SALVATORE

ALBA GIL CABRERA



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Alba Gil Cabrera

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz
Diseño de cubierta: Rubén García
Ilustradora: Ainhoa Madrid Markova
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7012-317-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

PLAYLIST



Nicholas Bonnin x Angelicca - *Shut Up And Listen*
Chris Grey, G-Eazy & Ari Abdul - *Let The World Burn*
Lana Del Rey - *Chemtrails Over The Country Club*
Lana Del Rey - *Margaret*
Lana Del Rey - *Dark Paradise*
Lady Gaga, Bradley Cooper - *Shallow*
Ariana Grande - *7 rings*
Britney Spears - *Criminal*
Camila Cabello - *Crying In The Club*
Bad Omens - *The Death Of Peace Of Mind*
Billie Eilish & Khalid – *Lovely*
Bad Gyal – Sebastián Yatra – *2 AM*
Lana del Rey - *Salvatore*

Para ti, que prefieres a los villanos,
porque los héroes ya te fallaron demasiadas veces.

ADVERTENCIAS

Lenguaje vulgar y explícito.
Escenas de sexo.
Proximidad forzada.
Violencia.
Personajes de moral gris.
Escenas que pueden herir la sensibilidad del lector.

Ahora sé una buena chica, y empieza a leer.

«Cuando era pequeño, mi padre me dijo que se puede llegar lejos con una palabra amable. Pero yo aprendí que se puede llegar más lejos con una palabra amable y una pistola».
Robert De Niro (*Los intocables*).

PREFACIO

María



Mi cuerpo estaba exhausto, trataba de buscar una motivación para volver a levantarme del suelo, no obstante, no la encontraba.

Mi adversario me vigilaba con los puños en alto, a la espera de que me pusiese en pie para volver a darme otro golpe.

Ya no le veía sentido a nada de esto, de hecho, dejé de vérselo hace años.

Mi nombre era María, María Osorio. Un nombre de lo más normal, con un apellido de lo más común. Vivía en Marbella, tenía veinticuatro años.

Se suponía que debería estar viviendo cosas increíbles, estudiando una carrera, peleando duro por convertirme en una mujer de éxito, o por cumplir al menos alguno de mis sueños.

Pero no, me dedicaba a existir meramente, odiando la persona que era, preguntándome qué hice mal para nacer en la familia que nací.

María Osorio era una mujer que aún se sentía como una adolescente, como si fuese una niña atrapada dentro de una pesadilla.

La vida me pasaba cual película ante los ojos, refugiándome en libros que leía y también en otros que escribía, deseando que algún día el príncipe viniese a por mí como si fuese su princesa o que, simplemente, el dragón terminase por devorarme de una maldita vez.

Mi padre era Pepe, Pepe Osorio.

Un nombre campechano y común aquí en nuestra tierra, de los nombres más repetitivos que había, junto con el mío.

Pero Pepe Osorio era de todo menos común, normal o campechano.

Él era la persona que más miedo me daba en este mundo, el hombre más frío, la bestia más despiadada, la rata más podrida.

Era el líder de una mafia, los Osorio (de cuyo apellido me avergonzaba enormemente), la familia era dueña de todos los clubs de mujeres que

existían en toda la Península. Mi padre conseguía mujeres para las mentes más retorcidas, mujeres que aguantaban cosas inimaginables, mujeres que a veces eran entregadas como carnaza y no salían con vida.

Algunos de sus puticlubs eran auténticos mataderos.

Siempre recordaré cómo, con dieciséis años, vi a una niña de doce en su despacho, ella me miraba suplicante mientras mi padre trataba de abusar de su inocencia, yo no debía estar ahí, y esa niña tampoco.

Creía que se había ido de viaje, escuché que su vuelo salía en una hora, pero al final debió cancelarlo; tenía la ridícula intención de coger pruebas que le incriminasen para llevárselas a la policía. A esa edad, no entendía que mi padre estaba por encima de la ley, porque esos que iban uniformados, vendiendo que protegían al pueblo, eran también clientes de los Osorio.

Agarré una lámpara, caminando a hurtadillas por detrás del gran sillón que estaba de espaldas, mi intención era abrirle la cabeza, matarlo, y salvar a la niña.

Pero todo salió mal.

Mi padre no solo le pegó un tiro en la frente a la menor y fue a por mí, dándome una paliza que nunca olvidaré, también me golpeó la espalda con la correa doce veces, una vez por cada año que tenía la niña, dejándome cicatrices que a día de hoy aún estaban en mi piel, también mató al hombre que se suponía debía vigilarme, un hombre que había sido lo más parecido a un padre, de cuya confianza abusé para poder escabullirme y robar la llave del despacho de Pepe.

—¿Vas a seguir ahí tirada? —Dominic se agachó para ver mi estado, era alguien cercano a los Osorio, el único italiano que le caía bien a mi padre.

—Dame un motivo para levantarme y quizás lo haga.

—Te recuerdo que entrenas por algo que te importa mucho, algo que te niegas a contarme —dijo las palabras mágicas.

Me levanté del suelo, limpiándome la sangre del labio, bajé del ring que teníamos en el enorme gimnasio privado de la mansión. Yo nunca salía de aquí, estaba totalmente vigilada, aislada. Como la princesa en el castillo.

O como la prisionera en el calabozo.

Observé el anillo de compromiso sobre mi dedo, deseando vomitar otra vez, no pude creer que Pepe me hubiese hecho esto, aunque en el fondo, una parte de mí, siempre lo esperó.

—¿Planeas matar a tu prometido? —Dominic me miraba con cierta sorpresa, adivinando mi intención, solo por el gesto de mirar el anillo—.

¿En serio estamos entrenando día y noche para que mates a Salvatore? —No decía nada, me mantenía callada, mirándole perpleja, mientras el sudor pegaba mi cabello rubio a la frente—. Estás totalmente loca, María, Salvatore Carusso te aplastará como a una cucaracha si intentas lo más mínimo.

Era el plan, matarlo o que me matase, no estaba decidida a vivir un matrimonio forzado, no iba a casarme con un desconocido y menos con un mafioso, no iba a formar parte de la vida de un monstruo semejante a mi padre, y mucho menos, darle hijos.

—Yo no he dicho eso. —Le llevé la contraria. Dominic era buena persona, me agradaba, pero era alguien de confianza de mi padre, lo cual ya le convertía directamente en mi enemigo.

Oí un carraspeo de garganta, el cabello rubio atado en una coleta de Dominic desapareció. Siempre que mi padre hacía acto de presencia, el italiano se quitaba de en medio con la misma habilidad de un fantasma.

Ojalá yo también pudiese hacer lo mismo.

—Estás como una jodida vaca. —Pepe Osorio me hizo uno de sus típicos y paternales comentarios—. Deberías intentar adelgazar un poco antes de tu boda.

Apreté los dientes, contestarle mal a estas alturas no tenía sentido, no quería más palizas y, además, yo era muy cobarde para suicidarme, lo había intentado un millón de veces, pero no hubo manera, siempre me arrepentía en el último momento.

Para morir, debía ser que alguien me matase, y mi padre no lo haría jamás, él quería torturarme como torturó a mi madre, la cual sí que se quitó la vida.

Una pena no tener su coraje.

—Salvatore me compró así —respondí, con un tono de voz pasivo y desganado, manteniendo el perfil bajo—. Quizás si adelgazo se decepcione, padre.

Yo no era una mujer con una figura de modelo, tampoco tenía un problema serio de sobrepeso, pero sí algo de tripa, brazos carnosos y muslos anchos. Siempre fui guapa, muy guapa, toda mi vida escuché el típico comentario de «si adelgazaras, podrías ser modelo».

Solo eran unos seis o siete kilos, pero no me daba la gana, prefería mi bollería rellena de chocolate y mis patatas fritas antes que gustarle a cualquier hombre. Nunca me cuidaría para ellos, la comida basura me daba felicidad, aliviaba mi malestar y calmaba mi ansiedad, tal vez muchas

personas no estuviesen de acuerdo con esto, pero para mí era la mejor forma de cuidarme a mí misma.

Pepe Osorio me recorrió con la mirada, mostrando su desaprobación, como si él fuese un tío de casi dos metros de cabello negro azabache y mirada intensa, con una barba cuidadosamente recortada y un cuerpo marcado, musculoso y perfecto, en vez del calvo, de metro setenta y barrigudo que era.

—Por una vez, te doy la razón —habló, llevándose un puro a la boca con sus rechonchas manos avejentadas—. Se ve que a ese morboso le van carnosas, o tal vez sea tan celoso que quiera a una gorda para que nadie la mire.

*«*Ese morboso*»*. Así se refería mi padre a sus clientes.

Noté cómo el anillo de compromiso me ardía sobre el dedo, sentí un asco terrible al pensar que iba a contraer matrimonio con uno de esos asquerosos hombres. Ojalá me matase pronto, o yo a él.

—Al final se ha adelantado todo —añadió, a lo que fruncí mi ceño, no entendiendo bien a qué se refería—. Te casas mañana a las diez de la mañana, en mi despacho, viene el juez aquí, Salvatore quiere algo muy íntimo. —Volvió a repasarme con la mirada—. Yo también lo querría si se tratase de ti.

Se fue, no hubo más, ni detalles, ni beso de felicitación, ni un *«*te deseo suerte, hija*»*, nada.

Escribí cientos de bodas en mis borradores, ninguna me parecía tan triste y penosa como la mía, a pesar de haber escrito bodas trágicas de cojones.

Apoyé la frente sobre el saco de boxeo, pegándole un fuerte puñetazo, una lágrima me brotó del ojo izquierdo, bajando por la mejilla.

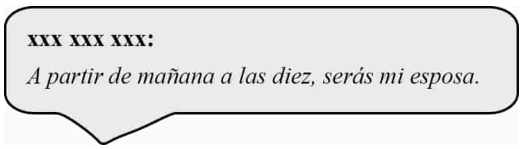
La limpié rápidamente tratando de mantener la mente fría, no iba a llorar, no iba a darle esa satisfacción a Pepe Osorio.

Abracé el saco, respirando contra él, tratando de calmarme a mí misma, sentí mi latido muy fuerte, muy rápido.

*«*Tranquila, María, mira el lado bueno, mañana saldrás de esta casa*»*. Me dije repetidas veces.

El móvil sonó en el interior de mi pantalón de chándal grisáceo, lo saqué extrañada, solo tenía una amiga, Violeta, y nunca solía escribirme de noche.

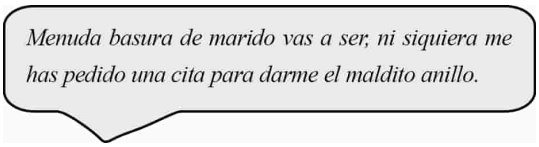
Era un número que no conocía.

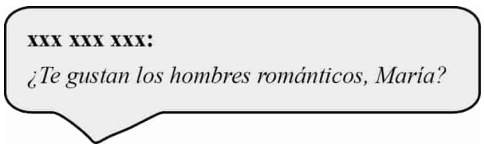


Mis cejas se alzaron tanto que casi me llegaron al nacimiento del pelo. ¿Cómo tenía mi número? No podía ser que se atreviese a escribirme con este descaro, ni siquiera nos habíamos visto en persona, no tenía ni la más remota idea de quién era Salvatore Carusso.

Busqué incluso en internet no encontrando NADA.

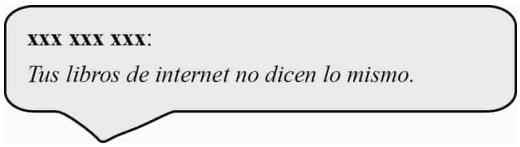
El anillo de compromiso me lo había colocado mi propio padre, de su parte.





Tragué saliva, casi pude escuchar su voz con un tono sádico en mi cabeza, imaginando a un completo lunático al otro lado de la pantalla. Sin saber por qué, miré hacia todas partes, asegurándome de estar sola.





Grité, llevándome la mano a la boca para autosilenciarme. No podía ser, no podía ser verdad que este hijo de puta tuviese mi perfil de aquella plataforma de libros, ¿a qué mafioso le interesaba leer estúpidas historias de romance en internet?

Es un farol ¿no?
seguro que te lo ha contado mi padre.

xxx xxx xxx:
Mañana quiero que te vistas de negro para nuestra boda,
si no obedeces, no me casaré contigo.

Esta vez grité con voz ronca sin poder evitarlo, pegándole una patada al saco, imaginando que era su entrepierna.

Me harías un favor, no me hace la más mínima ilusión ser tu mujer.

Intenté mirar su foto de perfil, solo tenía puesta la imagen de un cocodrilo.

¿Por qué un cocodrilo?

Seguro que era calvo.

No me importaba en absoluto el físico a la hora de enamorarme, pero tratándose de un mafioso, todo, absolutamente todo, me iba a parecer mal.

xxx xxx xxx:
¿Prefieres seguir viviendo con tu papá?

Cerré la boca, adoptando una postura seria sobre uno de los taburetes, Salvatore Carusso parecía saber más de la cuenta sobre mí.

¿Estaba al tanto de mi odio por Pepe Osorio?

Él sabía cosas y yo ni siquiera le había puesto rostro, no me gustaba que me sacase tanta ventaja.

¿Será mejor vivir contigo que con él?

xxx xxx xxx:
Solo tienes una opción,
ir vestida de negro, casarte conmigo, y comprobarlo.

Respiré profundo.

¿Por qué de negro?

xxx xxx xxx:
Porque estaremos celebrando el funeral de tu padre.

El corazón me dio un vuelco, quedé sin aire, notando como este latía desbocado dentro de mí. ¿Salvatore planeaba matar a mi padre? ¿Y qué sentido tenía entonces que se quisiera casar conmigo?

¿Por qué me has elegido?
¿Planeas matarme a mí también?

Debía haberle ofrecido algo muy, pero que muy costoso a Pepe para que aceptase.

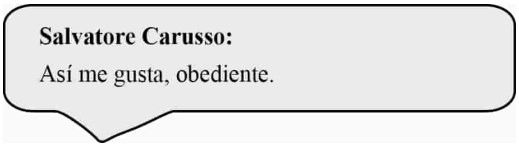
xxx xxx xxx:
Yo no he dicho que vaya a matar a nadie.

xxx xxx xxx:
Diez de la mañana, vestida de negro, déjate el pelo suelto.

Mordí mi labio inferior, esto pintaba mal, pero era lo único emocionante que sucedía en mis veinticuatro años de vida. Y la única oportunidad de ver a Pepe Osorio destruido.

Decidí guardar su número en la agenda del teléfono.

Está bien, tendrás lo que quieres, Salvatore.



Sentí un fuerte mareo azotar mi cabeza.
¡Pero bueno! ¿Qué se había creído este maldito imbécil?

CAPÍTULO 1

María



No me sentía para nada segura de lo que estaba haciendo, entendía que tras las horribles vivencias en mis veinticuatro años de edad y los traumas que me acompañaban desde la niñez, pensar con nitidez resultaba difícil.

Tenía una pistola entre mis manos, fue un regalo en mi dieciocho cumpleaños, un regalo de Pepe Osorio.

Estaba descargada, me dijo que era para que me matase como mi madre si no era feliz.

Intenté conseguir balas para cargarla muchas veces, pero fue imposible, además de que la casa estaba llena de cámaras, los hombres de mi padre siempre estaban detrás de mi culo.

Nunca entendí aquella obsesión con controlarme, tal vez fuese porque así lo hacía con mi madre, era un maltratador, un narcisista, la quería poseer literalmente, si hubiese sido posible para él, le hubiese succionado hasta el alma. Y yo era clavada a mi madre. Suponía que me hacía el daño que no le podía seguir haciendo a ella.

Solo se vengaba, haciéndola sufrir desde donde quisiera que estuviese, al hacerle ver qué hacía conmigo.

Y ahora, de buenas a primeras, me vendía a otro mafioso, me expulsaba de la mansión Osorio y de su vida.

Guardé la pistola en mi bolso, tal vez, en casa de Salvatore sí pudiese conseguir balas o, al menos, podría usarla para golpear a alguien en la cabeza.

Me miré al espejo una última vez, llevaba una trenza de espiga, nada de pelo suelto, y un vestido rojo, nada de vestidos negros.

Si no se quería casar, era su puto problema.

Podría parecer contraproducente mi comportamiento, Salvatore sería capaz

de repudiarme, mi padre se cabrearía y el castigo sería trágico, eso me hacía temblar, poniéndoseme la piel de gallina. Pero si me iba a *entregar* a ese hombre, no quería seguir aparentando ser una mujer sumisa, no deseaba ser el cordero sacrificado que todos consideraban que era en esta familia.

Salí de la habitación que fue mi hogar durante toda mi corta vida, un sentimiento extraño se adueñó de mi persona al pensar que, tal vez, nunca más volviese a este lugar. Era curioso cómo a los prisioneros a veces les costaba trabajo abandonar su celda.

Dos hombres altos y fornidos habían venido a por mis cosas, hice las maletas anoche mismo, también eran italianos, no los conocía de nada.

Uno de los matones de mi padre pasó por mi lado en el amplio pasillo, llevaba a una chica desnuda que iba llorando, apuntándole a la cabeza con su arma.

Tragué saliva, arrepintiéndome de no haberme dejado el pelo suelto, y vestirme de negro, tenía que salir como fuese de esta casa. Pero ya era tarde para dar marcha atrás, hacerle esperar podría ser incluso peor.

Bajé las escaleras, siendo perseguida como siempre, estaba acostumbrada a sentir ojos clavados en mi espalda. Dominic me esperaba en la planta baja, ofreciéndome su brazo con una cálida sonrisa, aferré mis dedos a su bíceps en un gesto de socorro, era lo más parecido que tenía a un amigo.

—Siempre he pensado que eres una de las mujeres más guapas del mundo —comentó, revisando mi figura con avidez, para conducirme hacia el despacho de mi padre—. No entiendo cómo nunca se te ha metido en la cabeza ser modelo, o algo así.

—¿Modelo? Para empezar, odio las dietas, odio los gimnasios y jamás me convertiría en una *influencer* de otras mujeres siendo la hija de un hombre que las asesina —sentencié, trabándome con las palabras, estaba demasiado nerviosa, mis dientes castañeaban, era como si me fuesen a entregar a un carnicero—. ¿Ya ha llegado?

—Su coche está fuera, no tardará en entrar.

—¿Qué coche tiene? —pregunté, simplemente por curiosidad.

—Un Bugatti Chiron negro, más de nueve millones de euros.

Tragué saliva una vez más.

—¿Cómo puede poseer tanto dinero alguien que no tiene ni redes sociales?

En mi poca experiencia con la vida, pensaba que para ser poderoso se debía ser famoso, aunque tampoco imaginaba a mi padre subiendo fotos a

Facebook mientras hacía cosas ilegales.

Menuda gilipollez acababa de decir, joder.

—Las personas que dominan el mundo no tienen nombre ni rostro, mi querida María —comentó, llegando al despacho. Dominic tocó la puerta, esta se abrió por alguien que estaba en su interior, una mujer de unos cuarenta años.

Sus ojos castaños y oscuros se encontraron con los míos, fríos, impasibles, tenía un cabello color chocolate y liso, cortado a la altura de la mandíbula, era delgada y elegante, ella sí parecía haber sido una modelo.

—Penélope, tu suegra. —Se presentó, acercándose para darme dos besos.

Su perfume era fuerte y embriagador, muy diferente al mío, yo usaba uno bastante fresco y económico. Me gustaba la sencillez.

—Encantada —contesté. No parecía una mujer sufrida ni maltratada, eso me reconfortó, tal vez en la familia Carusso las mujeres valiesen algo más que una simple mierda.

Ella me tomó del brazo, conduciéndome hacia la mesa del final, allí parecía estar el *juez*, con mi padre, a su derecha, fumándose uno de sus apestosos puros. Y entonces, vi que no seguía en el coche, de hecho, estaba ahí, plantado, firme, con los brazos cruzados a la altura del pecho, aniquilándome con unos profundos ojos azul cobalto tormentoso, era la primera vez que veía unos ojos de tal color.

Abrí la boca, tratando de que el aire me llegase a los pulmones, la intensidad de su enfado me estaba traspasando el alma como un afilado cuchillo, su cabello negro repeinado hacia atrás lucía brillante y suave, no estaba calvo para nada, ni siquiera tenía entradas.

Una sombra oscura delataba que se había afeitado hacía dos días, le quedaba de infarto, debía reconocer que al menos, Salvatore Carusso era guapo de cojones.

Definitivamente, el tío más guapo que había visto en mi vida.

Cuando estuve a su altura, no supe qué hacer, no sabía si saludar, sonreír o mantenerme muda, tuve que levantar la cabeza para poder mirarle directamente, de cerca se veía mucho más alto; comparado a mi metro sesenta y ocho, apenas le llegaba por debajo del hombro.

Su mirada repasó mi rostro rápidamente, bajando por mi silueta, no supe si le gustaba lo que veía, aunque entendía que un hombre de dieta estricta y que se debía matar en el gimnasio para presumir tal físico y musculatura, nunca se sentiría atraído por una chica de talla M en camiseta y talla L en

pantalón. En mi mundo, solo triunfaban las S, y XS. Ser una M en cualquier zona de tu cuerpo, ya era una condena.

No dijo nada sobre el pelo, ni el color del vestido, ni siquiera se molestó en saludarme o darme la mano, tan solo verificó que el anillo que envió a través de mi padre seguía puesto en el dedo correspondiente, y se giró hacia el juez.

—No tengo todo el día —dijo, y mis piernas volvieron a flaquear.

Su voz, ruda, grave e imponente, propia de alguien que puede destrozar el mundo si le place, retumbó entre las paredes, haciendo a mi padre incomodarse y al juez sudar.

Respiré profundo, tratando de calmarme, que mi enemigo fuese tan recio, no me gustaba.

No le encontraba puntos débiles ni zonas por las que atacarle, me sentía débil y miserable comparada a su poder. De hecho, mi padre, el hombre más temido de toda Marbella, parecía un simple bufón a su lado.

—¿Queréis el discurso o me lo ahorro?

—Sin discurso —instó con severidad.

El juez le entregó un bolígrafo, Salvatore firmó con una elegante caligrafía curvada, su firma era una simple S, seguida de un punto, y después su apellido, Carusso.

Intenté tomar el bolígrafo de su mano, pero este lo soltó sobre la mesa, no permitiendo ni que mis dedos estuviesen cerca de los suyos.

Quizás no me había visto en persona al igual que yo a él, seguro que mi padre me vendió como a una de sus maravillosas *putas* y se esperaba un bombón con el que chuparse los dedos.

Debía estar cabreado, muy cabreado, por casarse con una *gorda*.

No comprendía por qué no me rechazaba, no era capaz de asimilar por qué no se negaba a firmar el puñetero papel; con el físico y la pasta que tenía, podría conseguir a la mujer que quisiera, sin tener que pagar un maldito duro por ella. Estaba segura de que mi padre le había cobrado un pastizal por mí, el muy desgraciado no me soltaría así porque sí, quizás me estaba andando por las ramas, no obstante, Pepe nunca hacía tratos por menos de un millón de euros.

Bufé, ¿este hombre había pagado un millón de euros por mí? Ni de coña, algo apestaba detrás de todo esto.

—¿Vas a firmar o tenemos que volver mañana? —Salvatore me miró con impaciencia, su mocasín derecho golpeaba el suelo una y otra vez.

—Disculpa. —Fue todo lo que dije, molestándome que me agobiase, joder, bastante tenía con tener una boda de mierda.

Mi firma se hizo presente al lado de la suya, era una firma propia de una niña adolescente, nunca la cambié, tan solo mi nombre, *María*, con una línea debajo que salía desde el rabito de la última *a*.

Salvatore tomó el papel, acercándolo para verlo, quizás mi firma estaba demasiado cerca de la suya, debí hacerla en la otra punta de la hoja.

—Muy cutre para ser la firma de una escritora. —Dejó el papel sobre el mostrador, encendiéndose un cigarro para marcharse del despacho, sin decir nada más.

Penélope colocó un maletín sobre la mesa de mi padre, mientras el juez guardaba los documentos.

—Señora Carusso, le enviaré todo al señor vía mail —habló el hombre también retirándose.

Yo me mantenía ahí clavada, sin saber qué diablos hacer.

—Aquí esta lo que le pidió a mi hijo, Don Osorio. —Penélope abrió el maletín—. Ustedes pactaron veinte millones de euros, mi hijo le ofrece treinta, diez más, por haber accedido a que la boda se realizara hoy mismo. —Uno de sus hombres le dio un segundo maletín, cargado también de dinero—. La cuidaremos bien, no se preocupe.

Mi padre cogió un fajo de billetes, oliéndolo.

—El dinero de los italianos huele como un coño virgen y fresco —comentó, sintiéndome avergonzada de ser la hija de ese hombre. Penélope no pareció inmutarse, debía estar acostumbrada a cerdos así—. Haced con ella lo que queráis, es vuestra. —Hizo un gesto de irrelevancia.

Anhelaba salir corriendo, correr lejos hasta desaparecer y perderme en algún sitio en el que nunca nadie pudiese encontrarme.

En lugar de eso, Penélope agarró mi mano temblorosa, sosteniéndola con firmeza, tiró de mí para sacarme del despacho.

No dijimos nada durante todo el camino, una vez en el exterior, el Bugatti de Salvatore rugió su motor, una limusina negra se paró a nuestro lado, haciéndonos una señal para que subiésemos.

En cuanto estuvimos dentro, rodeadas de hombres armados con metralletas, Salvatore salió a la carretera, y nosotras detrás.

—¿Es necesaria tanta seguridad? —comenté, sintiéndome incómoda por el excesivo armamento.

—Cuando eres el Padre de todas las mafias, nunca es suficiente seguridad

—respondió, tomando una copa de champagne—. ¿Te apetece?

—No bebo.

Asintió.

—¿Estás bien?

Negué. Ella sonrió.

En parte, agradecía hacer este viaje con ella, y no con Salvatore, ayudaba a calmar mi ansiedad y nerviosismo.

—¿Por qué? —musité, captando su atención rápidamente—. ¿Por qué tanto dinero a cambio de mí?

Ella sonrió con sus finos labios pintados de rojo.

—Mi hijo no es un hombre que necesite pagar para estar con una mujer.

—Hasta ahí puedo llegar yo sola. —Arqueé una de mis cejas.

—Entiende entonces que no debes provocarle ni hacerle enfadar, María, mi hijo te odia con toda su alma, no hay nada en el mundo que deteste más que a ti, después de tu padre.

Reí, sin saber ni qué decir, mi cerebro estaba sufriendo un cortocircuito.

—¿Y decide pagar treinta millones de euros para casarse con la mujer que más odia en el mundo? Un poco inestable su hijo, ¿no cree?

Su ceño mostró algunas ligeras marcas de arrugas.

—Tu padre le quitó lo que él más quería, y ha querido hacerle lo mismo.

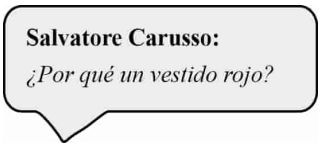
—Pues que me hubiese matado y le habría salido gratis —respondí con sorna—. Además, siento decepcionarle, pero mi padre no me quiere, ni un poquito.

Su sonrisa se curvó aún más.

—No te hubiese tenido tan vigilada de no ser así, y no aceptaría si no hubiese tenido que verse a punto de perderlo todo y necesitar desesperadamente ese dinero. —Dio otro sorbo a su copa de champagne—. Y sí, el primer plan era matarte, pero le mostraron una foto tuya, y cambió de opinión.

¿Qué? ¿Me había visto? ¿Y eso le hizo desistir de querer matarme?

El móvil me sonó en el interior del bolso, saqué el teléfono viendo que era un mensaje de *mi marido*.



Porque así me vestiría para el funeral de mi padre.

Posdata: Sigue vivo.

CAPÍTULO 2

Salvatore



Conducía a alta velocidad, con la música a volumen mínimo, los sonidos fuertes me crispaban los nervios, yo era amante de la calma y la quietud.

Dominic iba a mi lado, el idiota de Pepe Osorio me vendió a su hija por veinte millones de euros y que Dominic viviese con nosotros para que se asegurase de que ella estaría bien. Lo que no sabía ese imbécil es que su hombre de confianza era mi perrito faldero y que yo mismo le infiltré en su casa para que matase a María, el problema fue cuando me mandó esa maldita foto.

Aún recordaba aquellos mensajes.

Quiero ver la cara que tiene la hija de ese calvo asqueroso, debe ser tan fea como el culo de un mandril.

Esperaba a la típica veinteañera operada hasta las cejas, comiendo piña y pepino todo el día para ser tan delgada como una escoba. No tenía nada en contra del físico de cada uno, pero aborrecía a las personas obsesionadas con las dietas y las operaciones, como si la vida solo fuese aparentar algo, sin importar nada más.

Dominic
Tiene la cara de un ángel,
me va a dar mucha lástima matarla.

Fue el mensaje de pie de foto que me mandó Dominic. Y no, no era para

nada lo que esperaba, en su lugar, encontré a una chica mordisqueando una hamburguesa del menú ahorro del burger. La hija de un mafioso multimillonario, comiéndose un menú *ahorro*. Sus ojos se veían tristes y perdidos, mirando hacia la nada, brillantes, rebosantes de vida, pero a la misma vez, cargados de sufrimiento. Era como si estuviese suplicando que una bala le cayese del cielo directa al corazón.

Tenía el cabello rubio, dorado como los rayos del sol, con una raíz de unos cuatro meses, pues no era rubio natural, le gustaba hacerse mechas parecía, y también le importaba un carajo ir con esas raíces, podría parecer descuidada, sin embargo, su cabello se mostraba suave, brillante e hidratado, suelto, despeinado, como si no necesitase gustarle ni sorprender a nadie.

No pude evitar pedirle a Dominic que la grabase en vídeo, quería ver sus gestos, sus movimientos.

Y no es que fuese la única mujer en el mundo en comerse una hamburguesa y llevar cuatro meses sin teñirse el pelo, pero esto no era normal ni común en mujeres multimillonarias, mujeres florero, mujeres que no estudiaban y solo se preparaban para ser vendidas al mejor postor.

A ella le sudaba *el coño* prácticamente todo.

Y para mí, aquello resultó casi obsesivo.

Siempre me obsesionaba profundamente con mis enemigos, siempre necesitaba saberlo absolutamente todo de ellos.

Tanto que cuando Dominic me mandó el vídeo, y la vi coger un libro para empezar a leerlo, percatándome de cómo su mirada entristecida se iba llenando de chispa y cómo sus labios, los cuales mordisqueaban la hamburguesa se curvaban en algunas páginas, no pude evitar ir al burger a comprarme un maldito menú ahorro y después entrar en el centro comercial para comprar esa historia que ella estaba leyendo.

Aún recuerdo la cara de la dependienta cuando le dije que, por favor, quería leer *Haunting Adeline.*

No entendí su expresión ruborizada hasta que empecé a leer aquel libro y terminé llevándome las manos a la cabeza. ¿Cómo aquella criatura de mirada angelical se podía comer una hamburguesa mientras leía esas cosas? Y lo peor de todo, ¿cómo podía sonreír? ¿Cuál de aquellas escenas fue la que le hizo sonreír exactamente? Pagaría otros treinta millones de euros por saberlo.

—¿Y ahora? —Dominic rompió el hilo de mis pensamientos—. ¿Qué

harás cuando las doscientas amantes que tienes vean tu anillo de bodas?

—No habrá más amantes, no soy un hombre infiel —dije, como si alguna vez hubiese estado comprometido con alguien.

Dominic estalló en una carcajada.

—¿Vas a serle fiel a la mujer que odias?

Gruñí.

Esto no se me podía ir de las manos bajo ningún concepto.

—Aunque la odie, tendrá que cumplir como esposa, es lo que hay.

—Uh, ¿y qué harás si ella no quiere acostarse contigo?

Comencé a sentir dolor de cabeza, Dominic tenía una habilidad muy desarrollada para sacarme de quicio.

—Mira, ya veré, ¿vale? No sé cómo voy a llevar esta situación.

—¿La obligarás a vivir sin sexo en caso de que te rechace? ¿Ella no podrá follar con otros pero tú sí? —Arqueó sus cejas—. Ah, ¿relación abierta?

Me imaginé a un tío follándosela, mi estómago se llenó de ácido.

—He pagado treinta millones por ella, treinta putos millones, obvio que no va a ser una relación abierta, el que la toque, está muerto.

Me importaba tres cojones esa niñata, pero a mí se me respetaba, llevaba mi anillo, iba a vivir en mi casa, bajo mi techo, bajo mi protección.

Dominic se encendió un cigarro, subiendo un poco la música, la bajé desde el control del volante, nos fulminamos con la mirada.

—Huele a celos, Carusso.

—Huele a que la odio, y no la voy a dejar ir por ahí acostándose con quien quiera y riéndose de mí. Si me rechaza, no follará hasta que se muera, es un buen castigo, para empezar.

—Si quieres yo me ofrezco voluntario. —Le pegué una colleja que le hizo despeinarse—. ¡Joder! Salvatore, tío, he dicho si quieres, si tú no lo ordenas yo...

Dominic era gilipollas, pero era *mi* gilipollas.

—¿Te gusta María? —cuestioné, con un tono hastiado.

—No te voy a negar que es muy, pero que muy guapa, siempre te lo he dicho, ya lo sabes.

Chasqueé la lengua, maldiciendo en mis adentros, saqué un chicle de menta y me lo metí en la boca.

—A ti siempre te han gustado delgadas, nunca te he visto con una mujer que pese más de cincuenta y cinco kilos.

Dominic rodó los ojos.

—Me gustan guapas, y siempre ha dado la casualidad de que todas las mujeres guapas que he conocido tenían ese peso, ¿vale? Pero María es jodidamente bonita, nunca he visto unos ojos ni unos labios como los de ella, tiene una simetría angelical.

—Basta de hablar de los labios de mi esposa.

Lo que menos me apetecía era tener a este idiota liado con ella.

—Esposa a la que odias y que has comprado solo para joder a Osorio.

—Sigue siendo mi esposa —rugí por lo bajo.

Llegamos a la mansión que teníamos en Marbella, poseíamos propiedades también en Italia, Dubai, Francia y Tailandia. Yo solía estar la mayor parte del tiempo aquí, vigilando a Osorio, mi madre prefería irse a Francia de vez en cuando. Aunque últimamente estaba demasiado cerca.

Dejé el coche aparcado bajo el porche, esta mansión no estaba nada mal, la compré porque sabía que a mi padre le hubiese gustado. Le pegaron un tiro en la cabeza el día de su boda, justo después de casarse con mi madre, le traicionó su propio hermano, el cual era justamente el padrino.

No supimos esto en un principio, y aquel hijo de puta se terminó casando con mi madre, poco después. Una mujer viuda era un caramelito en la mafia, y cualquiera podría deshacerse de ella y desterrar para siempre a los Carusso del imperio que había construido mi padre con sudor y esfuerzo.

Del fruto de esa relación, nació mi hermana, Mía Carusso.

Desaparecida hace ocho años.

En cuanto mi madre, una mujer inteligente y que nunca se sometía a nadie, supo la verdad, me encargó que me deshiciese del traidor de mi tío. Lo maté, tuve que viajar a Dubai para vengar la muerte de Vladimir Carusso, mi progenitor. Ocupando yo su lugar como cabeza de familia.

Después de esto me tocó ir dando vueltas por el mundo, presentándome ante todas las mafias como el nuevo Padre.

Vladimir Carusso fue el hijo del anterior Padre de la mafia, mi abuela era rusa, también hija de una familia importante, gracias a esas raíces logré que me aceptaran, aunque no fue fácil, lo más complicado, resultó ser Corea.

Fue en ese viaje que entraron en nuestra casa para llevarse a mi hermana.

Un suceso ocurrido muy poco después de que mi madre le pidiese a mi tío que retomase la labor de mi padre y obligase a Pepe Osorio a dejar de usar menores en su red de prostitución.

El estúpido de mi tío amenazó a Pepe con cargarse a María y, justamente unos años después, desapareció Mía.

No encontraba a otro imbécil capaz de jodernos de esta forma que no fuese el mismo Osorio.

Bajé del auto, verificando que la limusina estaba aparcaba justo a mi lado, esperé a que mi madre saliese, seguida de los hombres armados, María tardó bastante en salir, de hecho no se bajaba.

Mateo me miró con impaciencia, sin saber qué hacer. Le hice un gesto para que se retirase.

—Yo me encargo de ella.

Abrí la puerta, asomándome para verla ahí sentada, como se sentaría cualquier mujer divorciada, cansada de su vida, y de trabajar dieciséis horas diarias, en un autobús.

—¿Es la primera vez que te subes a una limusina?

—Es la primera vez que viajo con una señora de cuarenta años a la que no conozco de nada y cinco hombres con metralletas.

—Tiene cincuenta y tres, pero se conserva bien —recalqué.

Ella me miró, de reojo.

—¿Qué me espera dentro de esa casa?

—Comida envenenada, un ataúd lleno de pinchos en el que deberás dormir, hombres enmascarados, asesinos con motosierras escondidos en el baño... todo lo que sucede durante un día normal en cualquiera de tus libros.

Bajó los párpados, tenía unas pestañas preciosas, iba apenas maquillada, un fino *eyeliner* con algo de rímel y un *gloss* natural sobre esos carnosos labios.

La hija de puta era linda, debía reconocerlo.

—¿Seguro que eres hija de ese calvo?

La hice sonreír. Mierda, el plan era ofenderla.

—Ojalá pudiese decir que no. —Finalmente, se bajó de la limusina, cerré detrás de ella, caminando a su ritmo, con las manos en los bolsillos—. Dijiste que sería su funeral, y sigue respirando —repitió.

—¿Te gustaría ver muerto a tu padre, María?

—¿No es obvio que sí? —Comenzamos a subir las escaleras, le di algo de espacio por si se tropezaba con los tacones y el vestido y debía agarrarla—. Es bonita tu casa.

No es que quisiera ser un caballero con ella, pero tampoco quería pasar el resto de mi vida con una lisiada. Las escaleras eran peligrosas.

—Como todas las casas de todos los mafiosos, más de lo mismo.

—Pues sí, pero quería ser educada.

Suspiré, adelantándole el paso, no quería seguir estando detrás de su espalda viendo como se le movía el culo mientras subía los peldaños.

—No te esfuerces, tú y yo nunca nos llevaremos bien, seas educada o no.

Ella tensó la mandíbula, mis hombres llevaron sus cosas hacia la planta superior, mi madre ya se había tumbado en el sofá del salón principal, acariciando la cabeza de Diamante, su chihuahua.

—Arriba a la derecha, al fondo, está tu habitación, tienes todo el día, toda la semana, todo el mes, todo el año, y toda tu vida, para encontrar la cocina, el baño y todo lo que necesites, estás en tu casa —dije sin más, despidiéndome con un gesto cordial.

—¿Estás de coña? ¿No piensas acompañarme ni decirme dónde queda nada?

Alcé los brazos.

—Eres mi esposa, no mi hija, además, eso te convierte en dueña de todo esto, de nada por toda la fortuna que te acaba de caer del cielo.

Me desanudé la corbata, estaba empezando a agobiarme, abrí la puerta de mi despacho, era una sala tan grande como el salón principal, repleto de estanterías y libros. Cerré, suspirando de alivio al encontrarme aislado, en mi zona segura.

Serví una copa de whisky sentándome en mi cómodo sillón, cerrando los ojos mientras notaba cómo el calor del alcohol ardía en mi garganta.

Me tuve que llevar la mano al paquete para colocármelo bien. Sentía una fuerte presión en la zona.

—Si vuelves a pensar en su culo, en sus ojos, en sus labios, Salvatore Carusso, te pego un tiro en las pelotas. —Me juré a mí mismo, dejando la cabeza caer hacia atrás, pensando que por muy guapa que fuese, seguía siendo la hija de una rata que posiblemente abusó de Mía.

Fruncí los labios, dando un puñetazo sobre la mesa, notando cómo las ganas de ser bueno con ella se desvanecían.

CAPÍTULO 3

María



No podía creerlo, me trajo a esta casa, y me soltó aquí tal cual, en plan «haz lo que te dé la gana y finge que ni siquiera existes». Joder, que nos acabábamos de casar.

Me sentía extraña con mis sentimientos, demasiado. Por una parte, esto era exactamente lo que yo quería, que me dejase en paz, para poder trazar mi plan de escape. Mi padre siempre me juró que si me iba (lo cual, tan vigilada y con tanta seguridad era realmente imposible) me encerraría en un sótano y no volvería a ver la luz del sol jamás. Y claro, ¿a dónde iba a ir lejos de Pepe Osorio? Una mujer sin un solo euro en la cuenta, pues no trabajaba, el único dinero del que disponía era el que me iba dando Osorio, el cual me negaba a usar, tan solo lo mínimo, tampoco tenía estudios, pues en las mafias se encargaban de que fuésemos totalmente inútiles, incapaces de valernos por nosotras mismas, simples floreros.

Y no es que yo fuese idiota, me sobraba inteligencia, pero carecía de experiencia laboral y títulos académicos para poder crearme un CV y entrar en alguna empresa.

Pero ahora que Osorio ya no quería saber nada más de mí, ahora que Salvatore compró mi vida a cambio de treinta millones de euros, quizás las cosas podían ser distintas.

Y todo eso vagaba por un lado de mi cabeza, mientras que por el otro, iba y venía la idea de que deberíamos estar tomando al menos un café, conociéndonos mínimamente.

Y no es que tuviese interés en ese mafioso de pacotilla, por muy guapo o atractivo que fuese, solo era eso, un físico, una cara bonita, un cuerpo musculado y unos ojos azul cobalto que nunca antes vi en ninguna otra mirada, nada más.

Aun así, no dejaba de ser un asqueroso que compraba mujeres por dinero, un hijo de puta que seguramente habría ido a los clubs de mi padre y abusado de alguna de sus chicas, un sinvergüenza que, tras pagar un dineral por mi vida, no me daba el más mínimo valor.

Esto era bueno, muy bueno, porque así no tendría remordimientos a la hora de traicionarle.

Saqué un cuaderno personal del bolso, ya había colocado las cosas en la nueva habitación, una habitación doble con cama de matrimonio, colcha de un blanco ahuesado, paredes rosa pastel y un enorme ventanal que daba al jardín exterior, la verdad es que era preciosa. No podía negarlo.

Tomé asiento sobre una silla bastante coqueta color *beige*, apoyándome sobre la mesita completamente vacía, debería colocar mi ordenador portátil y algunas velitas más tarde. Poco a poco, haría de este lugar extraño mi nuevo hogar, aunque esperaba que no fuese por demasiado tiempo.

Abrí el cuaderno por la mitad, tomando un bolígrafo negro, era el único color en el que me gustaba escribir.

Apoyé la punta sobre la hoja cuadriculada, mi caligrafía empezó a dibujar su nombre.

Salvatore Carusso

Suspiré, comenzando a escribir lo poco que sabía de él, debía llegar a saberlo absolutamente todo, no había mejor forma de enfrentarse al enemigo, que aprender todos sus puntos fuertes, y débiles.

No obstante, por ahora no tenía mucho más que detalles sobre su físico y personalidad borde. Parecía alguien adinerado (lo parecía y lo era), importante, tanto como para poder comprarse el mundo entero a pesar de vivir en las sombras, pues su nombre no existía en redes sociales, además de eso, odiaba a mi padre —era bonito tener algo en común con mi marido — y este parecía haberle arrebatado a alguien a quien quería.

Tragué saliva, notándome incómoda, dado que mi padre solo se fijaba en mujeres, debía de haber sido alguna chica que le importaba.

Coloqué un signo de interrogación al lado de la palabra *Desconocida* entre la flecha que unía en la hoja a Salvatore con Pepe Osorio.

Alguien tocó en la puerta, cerré de un golpe el cuaderno, guardándolo debajo del colchón de la cama, me coloqué bien el pelo y di permiso para entrar.

La puerta se abrió lentamente, él mismo estaba ahí, con un pijama de franela azul marino, su cabello parecía húmedo, llevaba unas zapatillas del

mismo color que el pijama, yo también me había duchado hacía poco, tenía un camisón grisáceo corto hasta los muslos y un albornoz blanco por encima.

—¿Tienes hambre? —El azul antinatural e imposible de sus ojos me escudriñó minuciosamente, tuve que taparme un poco al sentir vergüenza ante su descaro—. Soy tu marido, no te cubras.

Alcé el mentón, sosteniendo el albornoz alrededor de mi cuerpo con las manos, no le mostraría ni un solo centímetro de piel.

—Ni se te ocurra sentir el más mínimo deseo por mí, porque no vas a conseguir nada.

Salvatore agachó su mirada al suelo, entrando en mi habitación, cerrando la puerta tras sí, mi corazón empezó a bombear sangre como un loco, traté de pensar rápido, tenía la pistola, descargada, pero la tenía, podría usarla para apuntarle e intimidarle o golpearle la cabeza si se atrevía a intentar violarme.

—Pequeña Osorio... —susurró—. Treinta millones y no puedo ni mirarte el escote, ¿quién te piensas que eres?

—Lo que sea, menos una puta —contesté, dando pasos hacia atrás hasta llegar a mi bolso, él seguía acercándose despacio, agarré el arma y la coloqué tras mi espalda—. Mi cuerpo no tiene precio, además, estás rodeado de mujeres hermosas, así son las mafias, ¿no?, ¿por qué perder el tiempo conmigo?

Salvatore se detuvo a escasos centímetros de mí, debía reconocer que su aroma era embriagador, tuve que agachar la mirada pues no soportaba la profundidad de sus ojos.

—Esas mujeres desean la atención de cualquier hombre millonario, algo que aborrezco en demasía, pero tú, por el contrario, no deseas la atención de nadie, ni siquiera la mía al parecer.

—¿Y eso te pone cachondo? —Me atreví a alzar la cabeza, encarándole, noté un ligero temblor en las piernas.

—Me hace preguntarme qué tiene que tener un tío para llamar tu maldita atención —rugió con voz ronca—. Porque yo lo tengo todo, y parece que no te es suficiente, ¿acaso tu padre no te ha enseñado nada? Creo que nadie te ha explicado cómo debe comportarse una buena esposa.

Le empujé con la mano que tenía libre, golpeando su duro pecho, no logré moverle.

—Tú solo tienes belleza y dinero, lo cual para mí no es nada. —Deseé

asesinarle ahí mismo—. Y no, nadie me ha domado para ser una buena mascota.

—No me conoces lo suficiente como para juzgarme, María.

—No me interesa conocerte.

Sí, en verdad sí que me interesaba, pero no en el sentido que esperaba él.

Sus orbes volvieron a examinarme, mi respiración agitada hacía subir y bajar mi pecho una y otra vez, no le vi venir, no pude intuir que su brazo rodease mi cintura, colocándome de espaldas contra su musculoso torso, apretando mi muñeca con tanta fuerza que tuve que soltar la pistola, la cual me arrebató, comprobando que estaba descargada.

—Vaya, vaya... ¿te gustan las armas? —La tiró sobre la cama, sacando una de detrás de su espalda, no pude creer que aun yendo en pijama en su propia casa, fuese armado, la colocó sobre mi sien—. Esta sí que está cargada.

—Dispara —rugí, pensando que estaba harta de esta maldita vida, de sentirme acorralada, de ser una jodida presa—. Vamos, mátame, hazme libre.

Su brazo me mantenía encarcelada, apretando mi vientre contra su cuerpo, tenía la fuerza propia de un animal.

—Ya te gustaría, María, no vas a ser libre, tu pesadilla solo acaba de empezar.

Tiró del albornoz, quitándomelo de forma violenta, me arrinconé contra la pared, tratando de tapar mi escote con las manos.

Su ceño se frunció mientras sus ojos me juraban un odio a magnitudes abismales.

—Deberías estar suplicándome que te follara, y aquí estás, mirándome como si fuese una bestia que te produce hasta asco, maldita desagradecida. —Disparó sobre la lamparita que estaba en la mesita de noche, haciéndome pegar un grito—. Te domesticaré, María, aprenderás a quererme, sí o sí.

No quería verle, no quería hablarle, no quería saber absolutamente nada de él. Tan solo mantenía los ojos cerrados mientras trataba de no llorar, respirando profundo, tapando mis oídos con las manos, odiaba el sonido de los disparos.

—¿No dices nada, cariño?

—No me llames así —pedí, aun arrinconada, sin mirarle.

—Sí te voy a llamar así, y tú me vas a llamar de la misma forma, tienes prohibido llamarme por mi nombre, ¿te queda claro?

Negué, no podía ser, esto no podía ser verdad, ese hijo de puta solo me

había comprado para jugar conmigo, para vengarse de lo que fuese que mi padre le hizo a esa chica que tanto le importaba.

—Yo no tengo la culpa —susurré, manteniéndome a la defensiva, no me vería destrozada, no le daría ese gusto—. No sé a quién perdiste, ni qué le hizo mi padre, pero no es mi culpa.

—Mi hermana tampoco tenía la culpa, y seguramente se habrá visto obligada a hacer cosas horribles a cambio de grandes cantidades de dinero, así como lo harás tú. He pagado más de lo que ningún hombre haya pagado por otra mujer, y te obligaré a ser una buena esposa, te obligaré a amarme y te obligaré a complacerme, te preñaré, me darás hijos y seré el dueño absoluto de tu cuerpo y de tu jodida vida, me da igual que eso te haga sentir como una puta o como la peor mierda del mundo, es tu castigo, por ser la hija de ese cabrón.

Negué una y otra vez, lo sentía muchísimo por su hermana, de corazón que lo sentía, pero yo no quería pasar por esto, no era justo, no había derecho.

—Baja a cenar conmigo —siseó, avisando de su poca paciencia.

Me importaba una jodida mierda.

—No tengo hambre.

Me atreví a mirarle, viendo el rostro más cruel que había visto en mi vida, mi padre daba poco miedo comparado a él.

—Si no bajas a cenar, te obligaré a comer otra cosa —amenazó, con aires de chulería—. Y te aseguro que no me sacio hasta que la siento llegar a la garganta, ¿quieres eso, María?

Mis ojos acuosos le observaron con los párpados medio caídos, era un jodido cerdo igual que todos.

—Bajaré a cenar, Salvatore.

—Cariño —corrigió.

Tragué saliva de nuevo, notando cómo el ácido me subía por la tráquea.

—Bajaré a cenar, cariño.

—No me hagas esperar, si tengo que volver a subir a buscarte, el próximo disparo no será a una lamparita.

Cerró de un golpe seco, noté mi estómago retorcerse, no sería capaz de comer absolutamente nada, pero debía hacer el esfuerzo, mi cuerpo quería romper a llorar, sin embargo, vivir tantos años encarcelada junto a mi padre me otorgó demasiada experiencia como para perder los nervios tan pronto.

«Vamos, María, sabías que esto no sería *fácil, te prometiste no convertirte*

en una *víctima, y mantendrás tu promesa».*

Salí de aquella esquina, con cuidado de no pisar los restos de la lamparita rota, lo recogí todo, dejándola dentro de la papelera bajo la mesilla. Volví a colocarme el albornoz, suspirando y limpiándome las lágrimas, respirando hondo y profundo para acompasar mi respiración.

Solo era un imbécil de treinta años acostumbrado a comerse el mundo, pero yo sería más inteligente.

Saqué de debajo del colchón el cuaderno, trazando una flecha que iba desde la palabra *Desconocida* hasta *Salvatore* apuntando allí el nuevo e importante dato.

Hermana.

Volví a esconder el cuaderno en el mismo lugar, saliendo del dormitorio para bajar las escaleras. Dominic se encontró conmigo en mitad de los peldaños, sus manos acariciaron mis brazos, su expresión mostraba preocupación.

—¿Estás bien?

Negué.

—Quiere que me doblegue, quiere que me entregue sin rechistar —susurré, mirando hacia todas partes.

—Le conozco muy bien, nunca ha tocado a una mujer sin su permiso, él mismo me dijo que no haría eso contigo.

Solté un sollozo que fui incapaz de contener.

—No quiere obligarme a hacerlo sin mi consentimiento, pero sí quiere obligarme a que me entregue por voluntad propia.

La mirada de Dominic se ensombreció.

—Hablaré con él.

—No —supliqué—. Lo empeorará, estaré bien, no te preocupes. —Le regalé una sonrisa adolorida—. Gracias por estar aquí conmigo.

—Siempre estaré para ti, María. —Su mano acarició mi tez—. Tienes los ojos más hermosos del mundo, y no soporto verlos tristes.

Aquella muestra de afecto, me dejó perpleja. Dominic y yo éramos muy cercanos desde que se incorporó a la plantilla de matones de mi padre, pero nunca hubo signos de atracción, nada más allá de alguna tonta broma.

—No te metas en líos. —Aparté su mano de mi mejilla—. Tiene pinta de ser bastante posesivo.

CAPÍTULO 4

María



Estaba demasiado confundida, bajé las escaleras tratando de apaciguar la respiración, sin querer que ese indeseable monstruo sintiese que tenía poder sobre mí.

La atención de Dominic fue algo inesperado, él y yo se podía decir que éramos buenos amigos, pero jamás intuí que pudiese llegar a gustarle.

Quizás yo solo estaba confundida.

Quizás él solo estaba preocupado.

Pensé en por qué alguien como Salvatore aceptaría la condición de mi padre, la cual no era otra sino que Dominic viviese con nosotros, a modo de mi guardaespaldas.

También pensé en por qué Pepe Osorio se tomaría esa molestia, sobre todo después de decir sus últimas palabras.

*«*Haced con ella lo que queráis, es vuestra*»*.

Estaba segura de algo, *mi protección* solo era una tapadera, lo que mi padre realmente debería querer es que Dominic le filtrara información de Salvatore.

Tenía que aliarme con Dominic para que esa información también me llegase a mí.

Terminé de bajar las escaleras de aquella casa fría, ostentosa y enorme. Todas las casas de las mafias eran iguales, desprendían aquella aura de dinero, egoísmo, violencia, sangre y muerte. Realmente, era como vivir dentro de un cadáver, así me sentía, todo estaba muerto, mustio, ni las rosas, ni las esculturas, ni los cuadros, nada podía opacar lo que realmente se escondía tras cada una de estas paredes, seguramente fabricadas ladrillo a ladrillo con dinero manchado por sangre de personas inocentes.

Me abracé a mí misma, vislumbrando a través de los ventanales de la

noche oscura aquel Bugatti Chiron que resplandecía brillante, nueve millones de euros. ¿Cuántos problemas se podrían solucionar en el mundo con nueve millones de euros? ¿Y con treinta? Los que pagó ese desgraciado por tenerme aquí consigo, no podía hacer más que sentir odio y desprecio por alguien que prefiriese tirar el dinero de esta manera antes que intentar mejorar las cosas.

—Un poco más, y llegas solo para el postre. —Mi marido usó un tono de desaprobación, aun así, quedé perpleja al apreciar cierto alivio al verme aparecer.

Penélope se encontraba sentada al centro de la mesa, él en un extremo, y mi silla con el plato al otro. Igual que en casa de Pepe.

Noté algo formarse en el pecho, una extraña sensación de angustia. Nunca podría comer en una mesa cálida, nunca tendría una abuela o una madre que cocinase con amor, solo sirvientas que odiaban su jornada laboral, que odiaban hacer lo que hacían, que odiaban a todas las personas para las que trabajaban, porque sabían que eran monstruos, pero aun así les servían, por miedo, y por necesidad.

Me senté a la mesa, agarrando los cubiertos, viendo el magret de pato con mermelada de arándanos confitados y puré de chirivías.

Yo prefería unos espaguetis o unas simples patatas fritas.

—Buen provecho. —Fue todo lo que dije, cortando un trozo de la carne, para masticarla sin demasiado ánimo, con cero apetito.

Penélope comía apaciguada, mirándome de reojo, Salvatore la miraba a ella, para luego volver a mirarme a mí, y viceversa; era de lo más incómodo.

Nadie habló una sola palabra hasta que ellos terminaron su plato, el mío ni siquiera iba por la mitad, una sirvienta que aparentaba tener la edad de Penélope, uniformada con un vestido a la altura de las rodillas, negro de bordes blancos, pelo negro azabache recogido, bien maquillada y sonrisa persistente, se acercó para retirarlos.

¿Por qué sonreía? ¿Acaso era feliz trabajando aquí? Eso me causó cierta curiosidad, era la primera vez que veía a una sirvienta *feliz*.

—¿Terminaron? —Su expresión maternal me hizo perder un poco de tensión, se veía una mujer amorosa, una mujer que debería estar en un hogar rodeada de buenas personas y no aquí.

—Sí, Marcela, gracias. —Salvatore le regaló una sonrisa llena de calidez, como si fuese un hombre totalmente diferente al que estaba conociendo.

—Yo también acabé —habló Penélope, con su particular frialdad y *elegancia*—. Retírale el plato a María, no debe comer demasiado.

Marcela se sintió avergonzada por mí, pero no tanto como me sentía yo en una situación como esta, noté la boca de mi estómago cerrarse, al mismo tiempo que unas fuertes ganas de vomitar. Quería levantarme y salir corriendo, o que la tierra se abriese bajo mis pies y me tragase. Abrigué mi cuerpo con el albornoz, sintiendo que por ello me volvería más pequeña.

—Mamá, ¿qué acabas de decir? —Salvatore usó un tono de voz duro contra ella, la piel se me puso de gallina al tener la vaga idea de que me estaba defendiendo.

—Entiendo que esta muchacha sufra de ansiedad por todo lo que ha vivido, pero ahora es tu mujer, la mujer de Salvatore Carusso, mi hijo no puede ir con una mujer por ahí con... ese peso.

Le regalé mi mejor cara de asco, podía mantener la boca cerrada, tragarme las palabras, pero jamás sería capaz de disimular mis emociones a nivel expresivo.

—Si hubiese querido a una mujer delgada, no la hubiese comprado a ella —le contradijo su hijo—. Me gusta así, la elegí así, la quiero así.

No sabía explicar cómo me sentía en este momento, ¿feliz de que me defendiese?, ¿avergonzada por la bochornosa situación?, ¿humillada porque hablasen de mí como si fuese un trozo de carne?

—Hijo. —Ella le acarició la mejilla envuelta en una fina sombra de barba oscura, este tensó la mandíbula, no parecía querer demasiado a su madre, ni estar muy unido a ella, no en este momento al menos—. No olvides quién eres, solo deseo lo mejor para ti.

—No vas a elegir a quién me follo y a quién no. —Chasqueó los dedos para que Marcela se retirase dejando mi plato sobre la mesa—. Come —me ordenó.

Me sentía tratada como un jodido animal.

Limpié mis labios con la servilleta, tirándola a un lado de la mesa, levantándome con el plato entre las manos.

—No tengo hambre.

—No has comido nada, María, que comas he dicho —rugió, agarrando mi brazo por el codo en cuanto pasé por su lado, di un fuerte tirón, logrando que sus orbes hirviesen en furia. Le ponía histérico que le llevasen la contraria parecía—. ¿A dónde coño vas?

—A fregar mi mierda. —Alcé el mentón, dirigiéndome hacia la puerta que

daba a la cocina. Penélope negaba, con la frente apoyada sobre sus manos vestidas de caras joyas. Salvatore se puso en pie, persiguiéndome.

—Tenemos sirvientas para eso. —Me arrancó el plato, lanzándolo dentro del fregadero, se hizo trizas. Marcela comenzó a organizar el desastre mientras ambos nos asesinábamos en silencio. Imaginé mis manos alrededor de su cuello, estrangulándole, suponiendo que él debía estar imaginándome con una bala en mitad del entrecejo.

—Tú tienes sirvientas, yo no.

Arqueó una de sus cejas, cruzándose de brazos.

—Ah, ¿en casa de papá tampoco las tenías?

—Siempre he cuidado de mí misma. —Alcé mi mentón aún más, tratando de parecer algo más alta, para no ser eclipsada por su sombra—. Algo que tú, dudo sepas hacer.

Sus labios se arquearon ligeramente, en una mueca de hastío, con una expresión neutra que no me dejaba adivinar sus pensamientos.

—Se nota que no sabes quién soy, porque te aseguro que, en mi lugar, alguien que no sepa cuidar de sí mismo, no dura vivo ni veinticuatro horas.

Comencé a aplaudirle muy despacio, fingiendo admiración.

—¿Quiere una medalla, señor Carusso?

Sus ojos me repasaron ligeramente, deteniéndose en la parte de mi escote, mis manos cerraron esa zona a consciencia. Noté cómo se me cortaba la respiración, me sentía jodidamente intimidada, parecía que en cualquier momento se atrevería a ponerme las manos encima.

—Quiero otra cosa que, tarde o temprano, tendré.

Agarró uno de mis cabellos, torcí el rostro, tratando de separar mi piel lo máximo posible de su mano, esto pareció joderle muchísimo, y a mí, me hizo disfrutar.

*«*Podrás ser guapo, tener un físico impresionante y estar podrido de dinero, pero esta gorda te está rechazando, jódete, cabrón*»*.

Su mano envolvió mi nuca, tirando para obligarme a estar cerca de él, su aliento hizo cosquillas sobre la fría piel de mi cuello, noté un escalofrío recorrerme la columna.

—No me creo que yo no te guste, miéntete todo lo que quieras, a mí no me engañas.

Me atreví a fijarme en sus orbes, regalándole una expresión arrogante, cargada de aires de superioridad; si creía que iba a temblar como un corderito por miedo a llevarme un disparo, la llevaba clara. Mi padre era un

monstruo que me preparó para enfrentarme a lunáticos como él.

—Que tu madre te haya dicho que eres guapo, no significa que lo seas.

A Marcela se le resbaló un vaso de entre las manos, haciéndose añicos en el suelo.

—¡Perdón! ¡Perdón, señor! —repetía abochornada, corriendo a por la escoba y el recogedor, Salvatore le hizo un gesto de irrelevancia, pidiéndole que nos dejase solos—. Como usted ordene. —Se retiró, agachando la cabeza una y otra vez.

En cuanto quedamos a solas, en cuanto su ancha espalda y aquel cuerpo de dos metros se giró hacia mí, agarré un cuchillo apuntándole con él. Su expresión fue como la de un niño viendo una comedia infantil.

—Si me sigues apuntando con eso, te voy a apuntar yo con otra cosa. —Agarró el palo de la escoba, limpiando los cristales del vaso, acto seguido, se puso a fregar los platos.

—¿Qué haces? —pregunté, sin dejar de señalarle con la hoja afilada—. ¿Por qué te pones a limpiar ahora?

—Para que dejes de pensar que soy un inútil.

—Nunca dejaré de pensar eso, simplemente ahora eres un inútil que sabe barrer y fregar platos.

—Eso me descataloga del adjetivo calificativo «inútil», ya que inútil es la persona o cosa que no sirve para nada y yo, al menos, según tú, sirvo para fregar platos y barrer.

Repasé con la punta de mi lengua húmeda la sequedad de mis labios.

—Tú eres de los que se mueren si no tienen la razón, ¿verdad?

—¿Puedes dejar de apuntarme con el cuchillo? —pidió cordial, mirándome por encima del hombro, de espaldas a mí. Lo bajé lentamente, dejándolo sobre la encimera—. Buena chica. —Le oí decir, concentrado a su labor.

Buena chica. ¿Se podía ser más idiota?

Me fijé en sus manos, no lo estaba haciendo nada mal.

—¿Quién te ha enseñado a fregar así?

—Marcela, me ha criado ella prácticamente.

Oh.

—¿Y preferías fregar platos con Marcela antes que montar a caballo, jugar al golf o practicar esgrima?

Ya sabéis, esas cosas que hacían todos los varones pijos de familias ricas.

Me miró como si hubiese soltado una montaña de mierda por la boca.

—Nunca me gustó hacer esas cosas, y tampoco me gustaba estar con otros niños, prefería a Marcela.

Vale, admitía que, en estos momentos, Salvatore no me parecía tan mal tipo, aunque seguía odiándole, y mi plan de librarme de él, aunque tuviese que matarlo, para poder escapar de aquí y empezar una vida libre, de cero, como una mujer normal, seguía en pie.

—¿Por qué me has comprado? Dime la verdad, por favor —susurré, tragando saliva—. Sé que quieres vengarte de mi padre, pero él no me quiere, no tiene sentido que me uses para ese fin.

Le sentí sopesar la respuesta, tensando la columna y la espalda, relajando los hombros tras dar un leve suspiro.

—Eso no lo decides tú, y sí que te quiere, pero te quiere como quieren los mafiosos, de una forma distinta a como lo haría un padre normal.

Rodé los ojos, desviando la mirada hacia otra parte, no estaba de acuerdo, yo era un excremento para Pepe.

—Quizás te haya engañado, haciéndote creer que era importante para sacarte el dinero. —Fui franca, aunque esto supusiese tirar piedras sobre mi propio tejado.

—Sí es así, te mataré y me desharé de ti antes de lo que canta un gallo, reza para no estar en lo cierto, preciosa.

Respiré hondo, tratando de mantener las pulsaciones de mi corazón a raya.

—Eso, si no te mato yo primero. —Volví a agarrar el cuchillo, llevándomelo conmigo—. Buenas noches, cariño.

—*Buone notte (Buenas noches),* cielo, que tengas dulces pesadillas, a poder ser, conmigo.

CAPÍTULO 5

María



El cuchillo se encontraba entre mis dedos, nuevamente disfrutaba de otro baño, estar en contacto con el agua calmaba mi ansiedad.

Desvié mis ojos del arma para perderme entre el vapor que subía hasta el techo, los focos de luz parecían diamantes brillando desde arriba, el gran espejo lucía empañado, gotitas de agua resbalaban por los azulejos color crema. Toqué el grifo dorado con los dedos del pie, retirándolo rápidamente al quemarme, aún estaba caliente por el agua que salió de él.

Intenté olvidar el comentario de Penélope, al principio no sentí nada más que una sensación neutral hacia ella, aunque una parte de mí me hizo creer que, al ser mujer, estaría a salvo, pero no, llevarme ese ataque gratuito por su parte solo me hizo pensar que no era tan distinta de mi padre.

A veces desearía que uno de los personajes de esos libros que leía, saliese y solucionase mis problemas. Fantaseaba con encontrar a ese hombre que quemaría el mundo por la mujer a la que amaba.

En la mafia era fácil encontrar hombres dispuestos a quemarlo todo, pero casi imposible que amasen a algo más que al dinero.

Suspiré, ahogándome en el vacío de la soledad y el desamor, solo tenía veinticuatro malditos años, no es que se me estuviese pasando el arroz, aunque a los señores treintañeros de este mundo les gustaban las de dieciocho, recién salidas del horno. Pero a mí tampoco me iban los mafiosos, así que todo bien.

Por un momento, no pude evitar volver a pensar en Salvatore, él me defendió ante la víbora de Penélope, diciendo que me compró así y que le gustaba así.

«Yo elijo a quién me follo y a quién no».

Mordí mi labio inferior tratando de olvidar esa maldita voz, y esos jodidos

ojos azul cobalto mirándome como si desease arrancarme la ropa con los putos dientes.

Salvatore era un completo imbécil, pero tenía cara de follar bien, bastante bien.

Sacudí la cabeza, hundí el rostro en el agua, aguanté la respiración tratando de disolver aquella maldita calentura sin sentido con el enemigo; antes de hacerlo con él, prefería liarme con una mujer.

Alguien tocó la puerta, resoplé ante la idea de que volviese a ser él.

No era el mejor momento para verle ni a él, ni a nadie, así que decidí no contestar y no abrir; si mañana me preguntaban algo, diría que estaba dormida.

Volvieron a insistir esta vez con más contundencia.

—María, te traigo un par de cosas, si no me abres, tendré que entrar. —Era Dominic, no me cabía en la cabeza qué podía querer a estas horas y qué diantres traería, odiaba quedarme con la curiosidad, así que finalmente, entre gruñidos, saqué un pie mojado de la bañera, seguido del otro, liando mi cuerpo en la toalla para caminar de puntillas hasta la puerta, evitando mojar demasiado el suelo.

Con un resoplido y cara de pocos amigos, abrí.

—¿Qué coño quieres, Dominic?

El italiano rubio, mi entrenador, lo más parecido a un amigo, el hombre de confianza de mi padre y también mi guardaespaldas, me estaba devorando lentamente con la mirada.

—Nunca te gustaron gordas, Dominic. —Le recordé, pues hablamos muchas veces de chicas, de sus ligues, de las tías que se llevaba a su apartamento.

—Me gustan guapas, y una mujer no es más o menos guapa por su peso, María.

—Nunca te gusté, Dominic —repetí, arrastrando las palabras, tratando de hacerle entrar en razón—. Y ahora que estoy casada, menos.

Él negó con un brillo especial en los ojos.

—Sinceramente, las mujeres casadas siempre han sido mi debilidad, y si tienen hijos aún más.

Rodé los ojos.

—Genial, acabas de darme otro motivo de peso para no querer ser madre nunca. ¿Vas a seguir diciendo tonterías o me vas a dar lo que sea que querías darme?

Seguía con las manos tras la espalda, inclinó el cuello para echar una ojeada al interior de la habitación

—¿Puedo?

Era mi guardaespaldas, ¿por qué no?

Me hice a un lado, dejándole pasar.

Una vez dentro, se aseguró de cerrar la puerta, pensé en si esto le gustaría o no a Salvatore, seguramente lo estaría viendo todo por las cámaras y le daría totalmente igual.

Dominic debió estar pensando lo mismo que yo, pues revisó rápidamente cada esquina de la habitación, reparando en la lamparita rota.

—¿Te asustó mucho?

—No.

Mentí.

Sacó de detrás de sí unos bombones y una rosa a la que le había quitado todas las espinas.

—Para la mujer más guapa que conozco.

Titubeé, nunca me regalaron bombones y mucho menos una rosa. No estaba acostumbrada a ese trato y, para qué negarlo, resultaba agradable.

La tomé sin saber ni qué decir, lo obvio sería un simple «gracias», pero hasta eso se me hacía difícil.

—Dominic, se supone que debes cuidar de mí, y digo que se supone porque dudo que Pepe te haya mandado aquí por eso. —Recordé que debíamos ser cómplices, que necesitaba que me diese información de Salvatore para poder escapar de sus garras—. No creo que un romance entre nosotros sea adecuado...

—¿Un romance? —Aquella palabra pareció darle repelús—. Yo solo quiero ver otras facetas de ti, María, mientras te cuido, obviamente.

—¿Otras facetas? No logro seguirte.

—Los hombres de este mundo estamos muy podridos, María, tenemos un lado oscuro, jodidamente oscuro, y tú tienes algo que nos llama muchísimo la atención, ¿por qué crees si no que tu marido me pidió que no te matase en cuanto te vio la cara?

Arrugué la frente, entrecerrando los ojos.

¿Era Dominic el encargado de matarme?

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Tienes cara de ángel, tus ojos brillan con la inocencia de una cría, tu voz es jodidamente dulce, tu piel blanca se ve suave, como la de un bebé, es

prácticamente imposible imaginarte excitada o gimiendo, es casi un pecado desearte. —Sus ojos se posaron en mis pechos, bajando lentamente por la toalla que cubría mi cintura—. A tu marido le gusta amarrar a las mujeres y torturarlas sexualmente, la idea de hacer eso contigo debe estar volviéndole igual de loco que a mí.

Noté cómo la garganta se me secaba y el corazón me latía a mil por hora mientras Dominic se mantenía al frente, con las manos en los bolsillos del pantalón.

La puerta se abrió sin aviso, de par en par.

Salvatore ya no estaba en pijama, todo lo contrario, iba completamente trajeado, con su cabello negro peinado hacia atrás y una pistola en la mano apuntando a la cabeza de mi guardaespaldas..

—Te dije que tenías dos minutos para darle eso y ya van tres.

Dominic rodó los ojos.

—¿Cómo voy a protegerla si no me dejas acercarme a ella? Le estaba explicando que los bombones y la rosa eran de tu parte...

¿Qué? ¿De verdad eran de parte de mi marido? No dijo una sola palabra sobre ello.

—Ve al coche, ahora bajo —ordenó, a lo que Dominic se despidió de mí con un gesto militar, perdiéndose de vista. Salvatore cerró la puerta tras su espalda, acercándose lentamente, yo fui retrocediendo hasta chocar con la pared, buscando algo a lo que agarrarme para golpearle en la cabeza si se atrevía a pasarse de la raya—. Conmigo te tapas hasta el cuello y a este imbécil se lo enseñas todo. —Su tono parecía demasiado ofendido.

—Creí que ibas a dormir. ¿Vas a salir a estas horas?

Notaba el corazón golpeando como si fuese un martillo en la jodida garganta.

—Prohibido que entren hombres aquí, ¿entendido? —Ignoró mi pregunta, colocándose al frente, a tan solo un centímetro de mi cara—. Voy a trabajar, siempre trabajo de noche, como todos los monstruos, cariño.

—Seguro que te vas de putas y a eso lo llamas trabajo —escupí, con una mueca de asco—. Largo de mi vista, escoria.

Sus dedos acariciaron mi tez, traté de retirarme, no obstante, mi gesto logró cabrearle, haciendo que me agarrase del cuello, apretándome la garganta.

—¿De putas? Los hombres casados no van de putas, cielo, un hombre casado se folla a su esposa. —Me arrastró del cuello, tirándome sobre su

pecho para engancharme con rudeza de los brazos, hundiendo sus labios en mis cabellos, apoyándolos en el lóbulo de la oreja—. Y esta noche, cuando vuelva, tendré ganas de follar.

Mi cuerpo, mi maldito cuerpo traidor, se encendió bajo el tacto de sus manos, bajo su aliento sobre mi oído, bajo su maldito olor a perfume jodidamente caro que solo ocultaba la bestia podrida que era.

—Como esposa tuya te suplico que te folles a la mujer que quieras, menos a mí, te concedo esa libertad —rogué, deseando que se fuese de una maldita vez, deseando averiguarlo todo sobre él para poder trazar un plan de huida efectivo. Mi meta seguía siendo traicionarle y escapar.

Una sonrisa cínica se dibujó en aquella mandíbula cuadrada, bien marcada, mostrando unos dientes blancos como perlas.

—No soy un violador, por ahora. —Me soltó de forma brusca, lanzándome contra la cama—. Pero sí soy otras muchas cosas peores. —Sacó una cartera del bolsillo interior de su chaqueta, mostrándome una fotografía—. Esta es tu única amiga, Violeta, ¿verdad?

No, no y mil veces no.

—Ni se te ocurra acercarte a ella.

—Tienes una semana para acostarte conmigo, y no me refiero a dejarme entrar y ya, quiero que tu coño esté húmedo, quiero que gimas hasta quedarte con la boca seca y que supliques por más, y quiero que te corras gritando mi nombre. —Volvió a guardar la fotografía en el interior de su chaqueta—. Si en una semana esto no ha sucedido, traeré a Violeta a esta casa y se la echaré de comer, viva, a los caimanes.

Apreté los dientes, no dando crédito a lo que mis oídos estaban escuchando.

—¿Hay caimanes en esta casa?

—Hay muchas cosas horribles en esta casa, pequeña, siendo yo la peor de ellas. —Volvió a tomar mi rostro, apretándome las mejillas—. ¿Por qué mierda tenías que ser tan guapa? Con lo fácil que hubiese sido matarte. —Depositó un casto y venenoso beso sobre mi frente, soltándome con brusquedad—. Disfruta los bombones y la rosa, le he quitado yo mismo las espinas para que no te dañes, aunque no lo creas, puedo ser un buen marido. —Me guiñó un ojo, cerrando al salir, como siempre, con un golpe seco que me hizo dar un salto a causa del susto.

No fui capaz de contener la rabia, yendo tras él para cantarle las cuarentas, forcejeé contra la maldita puerta, estaba cerrada con llave. El muy cretino

se atrevía a amenazarme con dañar a Violeta, a tratar de chantajearme para conseguir mi cuerpo y encima me encerraba.

Apoyé la frente contra la puerta, con el mango aún entre mis dedos, la mano me sudaba y dolía a causa del esfuerzo por abrirla, respiraba profundo, tratando de pensar, de ser inteligente. Yo podía ganar, yo iba a ganar.

Escuché el motor de su puñetero coche seguido de un disparo. Noté como el corazón se me apretaba en un puño, siendo presa de un mal augurio, como si algo se me hubiese roto por dentro.

Abrí la ventana, notando el frío de la noche golpear mi rostro, mientras el viento sacudía mi cabello rubio aún mojado.

Mis dedos abrazaron las rejas negras de la ventana, resbaladizas a causa de la humedad.

Una lágrima descendió por mi mejilla al ver el cuerpo de Dominic en el suelo. Salvatore estaba apoyado contra la puerta del Bugatti Chiron, con un cigarro entre sus labios.

—Era mi amigo —mascullé entre dientes, notando un intenso dolor arremolinarse en lo más profundo de mi pecho, como un huracán a punto de estallar.

Una sonrisa se enarcó en sus crueles labios.

—Una mujer tiene derecho a tener amigos. —El humo salió lentamente de su boca—. Siempre y cuando no sea mi mujer.

Lloré, golpeando la reja, gritándole lo cabronazo que era, insultándole con todo lo que se me pasaba por la cabeza.

Ese estúpido, ese maldito italiano rubio, ¿por qué se atrevió a tanto? Nunca se acercó a mí, siempre me respetó bajo el techo de Osorio, ¿por qué dejarse llevar ahora que estaba casada con el enemigo? No tenía sentido.

—Cometen el error de creer que confío en ellos y así es como acaban. —Le dio una patada, soltando un silbido para que uno de sus matones se lo llevase de ahí—. Yo no confío ni en mi sombra, nena, pasa una linda noche.

Agarré los bombones y la maldita rosa, tirándosela por la ventana, él subió al coche, los bombones cayeron encima de este, uno de sus matones me apuntó directamente a la sien con la metralleta.

Salvatore sacó la mano por la ventanilla, con su pistola, con la misma pistola que había disparado a Dominic, pegándole un tiro al que me apuntaba. Sus crueles ojos me lanzaron una mirada de advertencia a través del espejo retrovisor, mientras hacía rugir el motor y salía de la mansión.

Más hombres se acercaron a retirar el segundo cuerpo.

Mi padre casi nunca mataba a alguno de sus trabajadores, él solo era malo con las mujeres.

Pero a Salvatore no le temblaba el pulso, era la primera vez que veía tanta frialdad en una persona a la hora de quitarle la vida a otra.

«Sí no supiese cuidar de mí mismo, no duraría ni veinticuatro horas vivo, siendo quien soy*»*.

El Padre de la mafia, ese era Salvatore Carusso, el jefe de todos los jefes, el Dios de Dioses.

Lo cual se traducía como el más cruel, el más cabrón, el más hijo de puta.

Y yo era su mujer.

Y tenía un plazo de una semana para acostarme con él.

Y no solo para abrirme de piernas, también tenía que disfrutarlo.

Mierda.

CAPÍTULO 6

Salvatore



Las puertas de la gran catedral se abrieron, dándome paso para bajar a las criptas. Era en la casa de Dios donde ocurrían las cosas más turbias. Donde el cielo negociaba con el infierno.

El olor a incienso golpeó mi olfato, curas de todos los pueblos colindantes caminaban de un lado para otro, vestidos con túnicas blancas y copas colmadas de vino en sus manos, bebiendo a bocajarro, admirando obras de arte, obras tan caras que una sola de ellas podría acabar con el hambre en el mundo.

El eco de las palabras hacía que fuese difícil entender lo que decía cada grupo, mis pasos se iban repitiendo unos tras otros, hasta llegar al final del todo, donde se encontraba sentado el obispo, alguien a quien nunca verías dando una misa ni bendiciendo a nadie. Él solo comía, bebía y se jactaba de la fe de los ilusos que creían que aquí había algo santo.

—¡Salvatore! —saludó, alzando los brazos, imitando mi acento italiano de una forma bastante cutre—. Qué ganas tenía de verte.

—Lástima no poder decir lo mismo. —Tenía la pistola cargada tras la espalda, miré hacia un lado y hacia el otro, uno de los *sacerdotes* en realidad era un exmilitar que llevaba una metralleta debajo de la túnica, dispuesto a masacrarnos a mí y a mis hombres si hacíamos algo *indebido*.

Respiré con profundidad, nunca me gustaron las iglesias, siempre creí que eran malditas sectas de pirados que se aferraban a querer gobernar el mundo, un trabajo que me pertenecía.

Yo era el Padre de todas las mafias, por lo que el mundo era mío.

—Tenerte de frente es como mirar al mismo Lucifer a los ojos, *bambino*, tienes una mirada antinatural, propia de un ángel caído.

¿Bambino? ¿Me estaba llamando niño?

Un tik se marcó en mi ojo izquierdo, creándome una punzada de estrés.

—Ni *bambino* ni pollas, ya tengo los huevos negros.

—Yo blancos.

Ugh.

—Dígale a todos sus hombres que se vayan de aquí ahora mismo, hablemos a solas como adultos, no me gusta que me apunten con un arma mientras me confieso.

El cuello del obispo se encogió como una tortuga intentando esconderse dentro de su caparazón, la papada se tragó su garganta y su cara me recordó a una patata enorme, los ojos saltones similares a los de un sapo venenoso le delataron, mirando en cuestión de segundos hacia la izquierda, luego a la derecha, después detrás de mí y, por último, al niño que tenía sentado justo al lado.

—Aquí solo hay hijos del señor, Salvatore, estamos en la casa de Dios, no se permiten las armas.

—¿Ah no? —Saqué la pistola, apuntándole directamente a la frente, esto hizo que todos los falsos sacerdotes se delatasen, revelando su posición—. Mentir es pecado, debería saberlo.

—Baja el arma o eres hombre muerto, Carusso.

—Seremos hombres muertos, tengo buena puntería hasta con una bala en el corazón, si no me crees, ponme a prueba, nos iremos juntitos al infierno. —Mis hombres apuntaron hacia los falsos sacerdotes, cubriéndome las espaldas—. ¿Para qué me has llamado? —Comencé a chasquear los dedos con impaciencia—. Rapidito, tengo asuntos importantes que atender.

Mi respiración seguía tranquila, el pecho me subía y me bajaba con calma, no tenía miedo a morir, era algo para lo que llevaba preparado desde que tenía uso de razón, a veces, incluso, deseaba que todo acabase.

No quería a mi madre, no tenía hermanos, mi padre estaba bajo tierra, el mundo en el que vivía me parecía una completa montaña de mierda, aborrecía a las personas... ¿por qué seguir aquí?

Lo único que me mantenía atado a esta realidad era seguir jodiéndole la existencia a hijos de puta como este.

—Quiero que Osorio vuelva a traer niñas, le he hecho varios pedidos, pero me dice que tú le has cortado el grifo.

—Niñas —musité, apretando con más fuerza el mango del arma—. ¿Para qué quieres niñas?

—Salvatore... —Inclinó la cabeza hacia un lado, acariciando los cabellos

del muchacho—. ¿No es obvio?

El niño tragó saliva, mirándome con una expresión de socorro, vi cómo su alma estaba rota, cómo su corazón latía sin ganas, cómo deseaba morir y escapar de estas criptas infernales.

—*Il ragazzo viene con me* (El chico viene conmigo) —farfullé en voz baja a Mateo, el tío que tenía contra mi espalda.

—*Capito* (Entendido) —respondió.

—No hay niñas —hablé con voz cruda, dejándole claro que la prostitución de menores, mientras yo respirase, era historia—. Confórmate con las pobres desgraciadas mayores de edad que tienen que acostarse contigo.

El obispo negó, chasqueando la lengua con molestia, tomó un largo trago de vino, las armas nos seguían apuntando.

—O le das permiso a Osorio ahora mismo para volver a traficar con menores, o no sales de aquí con vida.

Mateo me tocó la pierna, eso significaba una sola cosa.

Que éramos menos, que estábamos en una mala posición y que las cosas podían ponerse muy, pero que muy feas.

Debí traer a más de mis hombres, pero los dejé vigilando a María, me costaba creer que Osorio se quedara de brazos cruzados y no hiciera nada por recuperar a su hija, toda vigilancia me parecía poca, joder.

Decidí bajar el arma.

—Está bien, pero serán al menos mayores de doce años.

El obispo me regaló una expresión de asco, como si esto tampoco le gustase, ¿cómo se podía estar tan jodidamente enfermo?

—A mí me gusta la carne tierna, Salvatore, muy tierna.

—Es difícil secuestrar a niñas menores de doce años, lo sabes muy bien, ya los tiempos no son como antes, los padres tienen mil ojos en sus críos, sin embargo, a partir de los doce, ya empiezan a tener amiguitas y a salir.

Suspiró, reacomodándose en su enorme asiento dorado con forros burdeos de terciopelo. Le rajaría la puta garganta y lo dejaría ahí desangrándose.

—Está bien, quiero un documento firmado por ti, con ese permiso. —Chasqueó sus gordos dedos, un monaguillo de unos diecinueve años se acercó corriendo, con la espalda encorvada, no era capaz de mirarme a la cara, tenía pinta de haber sido un huérfano que creció aquí dentro.

Le arranqué el maldito papel de las manos, dejando mi firma, lo hice una bola arrugada y se lo tiré al obispo a la cara.

—Ahí tiene su permiso, pero quiero al niño a cambio, un favor por otro

favor.

—¿Y por qué iba a darle a mi pequeño amigo?

—Los favores del Padre de la mafia siempre tienen un precio. —Le recordé.

—Llévate la obra de arte que más te guste —sugirió, señalando hacia los imponentes cuadros y las exquisitas esculturas.

Mi mente, al momento de escuchar «obra de arte» y «que más te guste» me regaló una imagen de María, sacudí la cabeza.

—Me das al niño y tienes lo que quieres, o acabamos los dos con un tiro en la cabeza, elije.

Él deshizo el documento, verificando que todo estaba correcto, así funcionaba la mafia, cuando el Padre daba su palabra, se convertía en ley.

Podría negarme y salir de aquí con los pies por delante, con más agujeros que un puto colador, podría también haberme traído a más hombres y haberle acojonado, y también podría aceptar y dejarle ganar.

Pero no, Salvatore Carusso no se ganó el respeto del infierno actuando de forma predecible, yo era mucho más que todo esto y, efectivamente, mi palabra era ley.

El obispo agarró al niño con fuerza, avisándole de algo con la mirada, me preparé para disparar, pocos segundos después de un silencio incómodo y cortante, el jovenzuelo corrió hacia mi posición.

—¿Algo más? —pregunté con impaciencia.

—Que tengas un feliz viaje de regreso a casa, Carusso.

Me incliné levemente, haciendo una mediana reverencia, esos cabrones se creían superiores incluso a mí.

Caminé entre mis hombres, rodeado de estos, ellos apuntaban a todas partes, asegurándose de que nada ni nadie me tocaba. Para este tipo de cosas solo me llevaba a los mejores, a los de mi más absoluta confianza.

Subimos por la escalera de la cripta, encontrándonos con el rostro de la Virgen de los Lamentos, toqué la espalda de Mateo, él sabía el significado.

Se sacó una granada de alta potencia con temporizador de debajo de la amplia chaqueta, activándola y lanzándola al interior de la cripta, teníamos diez minutos. Mis hombres cerraron las puertas de hierro, sellándolas con una rápida masa que pegaba todo a cal y canto, un material tan fuerte y potente que resultaba incluso ilegal, mientras yo echaba una moneda de veinte céntimos en el cacharrito de las velas, viendo cómo se prendía una de ellas, alcé los ojos hacia la triste mirada de la escultura, santiguándome.

—Dile a tu Dios que me mate antes de que lo destruya todo —siseé, en un débil acto de rezar, cargando al niño entre mis brazos.

La mujer mayor que estaba postrada en la primera fila rezando, se quitó la peluca canosa, mostrando un cabello rubio y corto, con unos tatuajes en el cuello, era Petra, la tía más fiera, ruda y valiente que conocí en mi vida.

Bajo su paraguas había un lanzallamas, empezó a quemarlo todo mientras mis hombres también disparaban y destruían lo que se les cruzaba en el camino a la vez que salíamos de ahí a toda prisa.

Subimos a nuestros coches, la enorme Catedral estaba a las afueras del pueblo, así que cuando descubriesen este desastre sería porque el incendio ya estuviese devorando los altos pinos de los bosques. Me encendí un cigarro llevándomelo a los labios, sentado atrás junto al jovenzuelo.

Vi a mi espalda cómo todo volaba por los aires mientras el fuego se intensificaba cada vez más.

—¿Es usted el demonio? —El niño de ojos almendrados color miel, me miraba con cara de culpabilidad, como si él hubiese hecho algo malo.

Un rasgo propio de personas maltratadas física y psicológicamente.

—No —respondí, queriendo ayudarle a sentirse más tranquilo—. Soy su jefe, yo le mando castigar a los malos.

—¿No es ese el trabajo de Dios? —musitó, su mirada se fue cristalizando más y más.

Mis dedos viajaron hacia a su cabeza, se encogió en un gesto de miedo, relajándose cuando vio que no le hice nada más allá de revolver su pelo.

—Dios tiene cosas más importantes que hacer, por eso me contrató a mí. —Le regalé una de mis más simpáticas sonrisas. Petra se echó su largo flequillo hacia atrás, era una mujer de cuarenta y dos años, pero era tan ágil, rápida y mortal como una pantera con rabia. La rescató mi abuelo, cuando era una cría, de unos coreanos que la tenían secuestrada, ella fue hija de un militar que murió en la guerra.

Soltó una carcajada al verme hablar con el niño, mirándome de una forma maternal. Por ser unos doce años mayor que yo, se creía con ese derecho.

—Te quedaría bien ser padre. —Sonrió torciendo sus labios finos.

Tenía el rosto puntiagudo, los pómulos altos, su cuerpo se veía marcado a causa de la gran cantidad de deporte que hacía.

—Y a ti ser una abuelita. —Me reí, pasándole una calada, la aceptó de buen agrado.

—Para eso, primero me tienes que dar nietos.

Rodé los ojos.

—Bueno, ya estoy casado, un paso más para que tu sueño se haga realidad, aunque creo que Penélope te lo pondrá difícil, será una abuela acaparadora.

Nos miramos en silencio por unos minutos. Petra y yo nos habíamos acostado alguna que otra vez, era una mujer que se sentía sola, que nunca encontró a su media naranja y que siempre estuvo a mi lado, era fiel, madura, inteligente y letal.

Pero no nos gustábamos, ni yo era el hombre de su vida, ni ella la mujer de mi vida, solo fue sexo por diversión —o por aburrimiento, por estar aburridos de no encontrar a nuestras almas gemelas—, nada más.

—¿Cuándo tendré el placer de conocer a la afortunada? —Me pasó el cigarro, manchado de carmín.

Reí con sorna, dejando la cabeza apoyarse hacia atrás, el niño nos miraba perplejo, mudo, sin entonar una sola sílaba, se lo regalaría a María para que fuese practicando.

—Ella se siente la mujer más desdichada del mundo, me odia y le asquea que tan solo la mire, lo cual me encanta, porque es mucho más divertido torturarla con nuestro matrimonio que plantarle un disparo entre ceja y ceja. —Golpeé levemente la pierna del chico—. Hablo de tu madre, en breve la conocerás.

—¿Voy a tener una mamá?

Se me atoró el pecho, yo no era un tipo sensible, pero con los niños me volvía de otra pasta, no quería pensar en qué tipo de cosas se habría visto envuelto este pobre crío.

—Sí, y un padre, puedes llamarme papá.

Petra volvió a partirse de la risa.

—Ay, Salvatore, ¿en serio?, que lo acabas de conocer.

—Mi abuelo hizo lo mismo contigo, y bien que lo agradeciste ¿no? —Le recordé. Ella entrecerró los ojos como si fuesen una rendija, no le gustaba que se lo mencionara.

Se quedó callada, volví a centrar mi atención en el muchacho.

—Mira, enano, tu padre y tu madre se odian, pero a ti te van a querer mucho. Por cierto, ¿qué edad tienes?, ¿tienes nombre al menos?

—No sé mi edad, pero me llaman Gabriel.

—¿Tu cumpleaños lo sabes?

—Nunca he tenido cumpleaños.

Inspiré hondo, seguro que este niño no figuraba ni en el sistema, no debía tener partida de nacimiento, ni nacionalidad, ni documento de identidad, posiblemente naciera dentro de la catedral y nunca haya salido de ahí.

—Vale, te compraremos una fecha de cumpleaños y una edad. —Asentí, tratando de no entrar en pánico, esto iba a ser complicado, yo cuidando de un crío. ¿Por qué me metía en estos problemas?—. Ve pensando qué día te gustaría cumplir años y qué edad quieres tener.

—Veinticinco de diciembre, el día de la Navidad, y quiero tener once años.

Once. Le miré y le remiré, parecía rondar por los nueve, teníamos que negociar eso de los once.

—Bueno, ya veremos. —Volví a despeinarle, chasqueando los dedos—. Mateo, al burger, el nene quiere una hamburguesa con patatas —ordené, pensando que se veía bastante escuálido y malnutrido.

—Yo quiero una doble con extra de bacon —habló Petra, tirando la colilla por la ventana, acariciando con la mano la boquilla de su arma—. ¿Y entonces? ¿Cuándo me la presentas?

—Este mismo amanecer, vas a ser su guardaespaldas, Dominic está muerto, es un traidor.

Su ceja se alzó, con cara de «te lo dije».

—No sé por qué estuviste tanto tiempo haciéndote el idiota.

—Me caía bien, pero le ha mirado las tetas a María bastantes veces.

Los ojos de Petra brillaron curiosos, a ella también le gustaban las mujeres.

—¿Me matarás a mí también si se las miro?

Solté un gruñido de diversión, apuntándole con mi pistola a la frente, haciendo el ruido de un disparo con la boca.

—Vaya, no estoy segura de si la odias tanto como dices, o si te tiene loco hasta los huesos...

Esto sí que era gracioso, ahora era yo el que se estaba riendo a carcajadas.

—¿Hasta los huesos? ¿A mí?, ¿desde cuándo, Petra? Por desgracia no existe una mujer en este mundo que me llene ni que me haga sentir nada.

Ella hizo una mueca, sacando morros, asintiendo de forma irónica.

—Claro, señor Carusso, por eso pagó treinta millones y dejó a todos sus hombres protegiéndola, poniendo nuestras vidas hoy en peligro, ¿cierto? Se nota a leguas que la odia mucho, muchísimo. —Ronroneó, como una gata.

Apunté con mi dedo hacia su nariz puntiaguda, sus facciones parecían las

de un hada, yo la solía llamar «Campanilla» de forma cariñosa.

—No me gusta, lo que pasa es que... se la he quitado a ese gilipollas y ahora es mía.

Paramos en el burger, me crucé de brazos dejando que el niño sacase la cabeza por la ventanilla y eligiese junto a Mateo lo que quisiera, ignoré las carantoñas de Petra y sus claras intenciones de molestarme, mi cabeza martilleaba sin parar, buscando una respuesta que no lograba encontrar.

Solo era la hija de una rata. La rata que hizo desaparecer a mi hermana.

Tensé la mandíbula, recordándome a mí mismo que matarla era ser demasiado benevolente, que la seguridad era para que Osorio no me la arrebatara, y que ella sería mi juguete, un juguete al que torturaría día y noche.

—María no tiene la culpa de lo que Osorio hiciese con Mía. —La voz de Petra se coló entre mis pensamientos.

La miré de reojo, mostrándole el enorme enfado que cargaba sobre mis hombros solo con pensarlo.

—Si hubiese sido una mujer decente, se hubiese cargado a su padre, pero no ha hecho nada, ha permitido que esa bestia siga abusando de niñas inocentes, mientras ella vivía a todo lujo.

«A todo lujo, comiendo menús ahorros y con raíces en el cabello de cuatro meses, eso no es vivir a todo lujo precisamente», me contradijo mi mente.

—Tendría miedo, Salvatore.

Solté un bufido.

—Peor me lo pones, Petra, detesto a las personas cobardes.

CAPÍTULO 7

María



Mis ojos se abrieron como platos dando un grito ahogado, estaba empapada en sudor, con las manos adheridas a las sábanas suaves y sedosas, ahora húmedas por las altas temperaturas de mi cuerpo.

Abrí la boca en un intento de que el aire colmase mis pulmones, me costaba respirar, y a pesar de que no se encontraba nada obstruyendo mis vías, sentí que no era suficiente, que el oxígeno no llegaba.

Me costó varios minutos lograr entender que solo fue una pesadilla, que Violeta no estaba en esta mansión, que posiblemente lo de los caimanes solo fuese un farol. Por Dios, caimanes, ¿de dónde iba a sacar ese loco caimanes?

Hice uso de mi esfuerzo por mantenerme cuerda, serena, acompasando la respiración, tratando de entender que, a pesar de seguir en esa casa, no existía el peligro, todo estaba bien, todo estaría bien.

*«*Solamente tienes que abrirte de piernas, cerrar los ojos, dejar que haga lo que quiera, y que se vaya*»*.

Repetí esa frase en mi cabeza un millón de veces, nunca quise verme en la situación de una de las mujeres de mi padre, me juré que si llegaba ese momento me quitaría la vida sí o sí, yo no era tan fuerte como para aguantar lo que ellas soportaban.

Me fijé en la ostentosa decoración, en las estanterías con mis libros, en la mesita del escritorio, en mi portátil, traté de visualizar mi alrededor repasando cada objeto para mantener la calma y recuperar el sentido común.

*«*Es tu marido, si te acuestas con él, no pasa nada, eso no te convierte en una mujer de mala reputación*»,* me dije, como si la culpa fuese de esas pobres mujeres y no de esos malditos hombres que jugaban con ellas como

les daba la gana.

Suspiré, era fuerte, podía con esto, no sobreviví a tantas cosas para rendirme cuando por fin mi libertad estaba más cerca que nunca. Porque lo estaba, ¿verdad?

Alguien tocó en la puerta, entrando sin esperar a que diese permiso, en esta casa carecían de sentido de la educación por lo que veía. Una mujer cuarentona, de aspecto militar, con un caminar dirigente y mentón alto, me miraba como si fuese una simple mota de basura.

—Arriba, es hora de levantarse.

—¿Y tú eres? —Arqueé una ceja, pensando que esos tatuajes en el cuello debieron dolerle casi tanto como un parto.

—Tu sombra, la encargada de velar por tu seguridad y supervisar que estés a salvo —respondió, con una voz tan autoritaria como toda ella. ¿Qué coño le pasaba a esta tía?

Bostecé, pasándome la mano por la cara, tenía un montón de legañas y el pelo como un nido de pájaros.

—Genial, pues escúchame bien, querida sombra, vuelve a apagar la luz, cierra la puerta, y si vas a quedarte aquí dentro, colócate donde no te vea y ni se te ocurra hacer ruido.

Me enrosqué en el colchón, tapándome hasta la cabeza con la manta, hoy no tenía ganas de ver a nadie y menos a gente desconocida que se creía con el derecho de gobernarme la vida. Había sido comprada por treinta millones de euros, estaba prisionera en una mansión con un tío que amenazaba con desvirgarme en una semana o le echaría de comer a mi única amiga a sus caimanes, qué menos que poder dormir tranquila, ¿no?

Una mano fuerte tiró del nórdico de la cama, dejándolo en el suelo, escuché el gatillo de un arma y supe que me estaba apuntando, estaba tan acostumbrada a que lo hicieran que ya era tan común como ponerle dos terrones de azúcar al té.

Estaba hasta el mismísimo coño.

Apreté los dientes y el puño, rugiendo de la rabia, me lancé contra ella, agarrando su muñeca para quitarle la jodida pistola, forcejeamos en un baile ridículo sobre el colchón, hice uso de todas mis fuerzas mientras ella tan solo se reía en mi cara, resistiendo a perder la pistola con muy poco esfuerzo.

—No me intimidas, zorra. —Escupí, a lo que ella alzó una de sus cejas y me soltó un cabezazo que me dejó tirada en la cama, noté cómo la sangre

caliente brotó de mi ceja derecha, bajándome por la nariz—. ¿Y se supone que tú me vas a proteger? Casi me matas, pedazo de puta. —Cuestioné, pestañeando varias veces, tenía la visión borrosa, traté de ir al espejo para ver qué diablos me hizo.

Agarré un trozo de papel para limpiarme.

—Si quieres sobrevivir en este mundo...

—No quiero sobrevivir. —Le corté de inmediato, cogiendo el cepillo para desenredar mi largo cabello rubio, este fue atravesado por una bala, un agujero perfecto se veía al centro, la bala quedó incrustada en el marco de la puerta, resoplé, encogiéndome de hombros, peinándome con el cepillo agujereado—. Ahórrate todo lo que quieras enseñarme, no me interesa.

Ella se asomó por detrás de mi cuerpo, mirándome desde su reflejo en el espejo, tenía una sonrisa divertida pintada en la cara.

—¿No quieres que te enseñe a escapar de aquí?

Algo se retorció en mi estómago, muy hábil mi marido, mandarme a una mujer para que empatizara con ella y ponerme esa trampa, la misma que le puso a Dominic con los bombones y la rosa.

—¿Por qué? Mi esposo y yo estamos muy enamorados, recién casados, nos espera una vida llena de dicha y felicidad por delante —comenté con todo el aburrimiento y amargura que era capaz de mostrar en una sola frase.

Ella se dejó caer con los brazos abiertos sobre mi cama, logrando que mis nervios comenzasen a florecer a un ritmo vertiginoso, como si de mala hierba se tratase.

—Ojalá esa mentira que me acabas de contar fuese cierta, te facilitaría demasiado la vida.

Parecía ser una mujer muy segura de todo lo que decía, y también cercana a Salvatore, mucho más cercana que Dominic, viendo cómo acabó el primero, cuya muerte dejó una herida latente en mi pecho. Pensaba que esta mujer debía ser alguien importante para mi esposo ya que si no fuese así, temería comportarse de esta forma ¿no?

—¿Por qué me ha comprado? —pregunté, girándome sobre la silla del tocador, con las manos puestas sobre las faldas del camisón, estas me temblaban de rabia e impotencia, no soportaba seguir cumpliendo años sin ser libre, sin tener una vida, sin ser una persona digna. Estaba cansada de vivir encerrada, perseguida, vigilada—. No me creo lo de mi padre, todo el mundo sabe que no soy nadie para Pepe Osorio.

Su cuello se giró, mostrándome una chispa de curiosidad, dio unos leves

golpecitos sobre la cama, invitándome a tumbarme en mi propio colchón, en mi propia habitación, junto a ella.

—¿Por qué no vienes y charlamos como buenas amigas?

Su osadía no pasaba desapercibida, esta mujer me parecía cuanto menos intrigante, y creía que acercarme a ella podía ayudarme a subir escalones hacia la meta de saberlo todo sobre Salvatore. Además, prefería a una tía con cara dura y mucho morro antes que a la estirada de Penélope.

Resoplé, levantándome de mala gana, tirándome en la cama junto a ella, ambas nos quedamos en silencio mirando el techo, tras unos segundos sin decir ni una sola palabra, ella se recostó de lado, mirándome fijamente. Su rostro me recordaba al de un hada, era muy guapa, denotaba un poder femenino muy fuerte, además de una fuerza masculina impropia en mujeres, tenía algo que me hacía sentir segura.

—¿De verdad que Carusso no te parece ni un poquito guapo? Es el hombre más deseado del mundo, las mujeres se matarían entre ellas por ocupar tu lugar.

Sentí un cortocircuito en el cerebro, la rabia hizo que quisiera levantarme de la cama y largarme a cualquier sitio para conservar mi impuesta soledad a la que ya estaba más que acostumbrada. No lograba entender cómo el hecho de tener dinero y ser guapo (muy guapo, sí ¿y qué?) ya te hacía merecer todo el amor del mundo, sin importar que fueses un jodido cretino.

—Me da igual el físico, yo me rijo por la personalidad, siempre he tenido claro que solo me enamoraré, si es que lo hago, de una buena persona —susurré, no sabiendo si decirle esto a ella me jugaría en contra, bah, qué más me daba—. Y no has respondido a mi pregunta, ¿por qué me ha comprado?

Los ojos de Petra se entrecerraron como si fuesen dos persianas.

—Tengo entendido que Penélope ya te soltó algo, ¿no? Esa historia de que quería matarte y cuando vio tu cara, decidió casarse.

Sentí un retortijón en el estómago. Salvatore planeó mi muerte para vengarse de mi padre por lo que le hizo a Mía, pero al verme, decidió esto.

¿Por qué? Él debía estar acostumbrado a mujeres bellas, muy bellas. ¿Qué tenía mi desaliñado aspecto que no tuviese una morenaza o una rubia despampanante?

—Me sigue pareciendo incoherente todo esto, tenía que haberme matado y ya.

—¿Hubieses preferido eso? —Petra me hablaba en voz baja, esta vez sin chulería. Por un momento, parecía que éramos dos amigas de verdad,

charlando sobre un mafioso que planeó enterrarme sin siquiera saberlo y, al final, me convirtió en su mujer.

Pensé la respuesta, titubeando entre el sí y el no.

—¿Por qué soy su mujer? ¿Por qué ha pagado incluso diez millones más de los que mi padre aceptó? —Me mantuve firme, quería saber qué se traía entre manos esa bestia de dos metros con ojos azules.

Ella resopló, acariciando mi cabello, colocándolo en su lugar tras mi oreja.

—Creo que eres lo que siempre ha estado buscando y, aunque te odie, sabe que te ha encontrado.

Cerré los ojos, negando, nada de esto tenía el más mínimo sentido.

—Yo solo quiero ser libre, tener una vida feliz, hacer lo que quiera, salir y entrar, joder, tener los derechos de cualquier ser humano.

Se levantó de la cama con un grácil y rápido movimiento, haciendo unos estiramientos en su hombro derecho, ¿le dolía?, ¿estaba herida?

—¿Derechos? Tu padre le roba los derechos a todas las mujeres que caen en sus manos, eres la hija de la mierda más grande que existe en este mundo, sinceramente, no tienes derecho ni a existir. —Escupió—. Deberías estar jodidamente agradecida con Salvatore y besarle los pies por la vida que te ofrece.

La rabia me contaminó de una forma anormal, mi cara se puso tan roja como un tomate, mientras unas ardientes ganas de despellejarla viva me dominaban, no obstante, en vez de tirarme sobre ella como un animal para comenzar una pelea que acabaría fatal para una de las dos, tan solo me senté al borde de la cama, tratando de sofocar la opresión que se formó en mi pecho, costándome respirar.

Apreté los párpados, notando cómo se llenaban de lágrimas, mientras ese nudo formado en el centro de mi corazón, salía por mi boca convertido en llanto. Me llevé las manos al rostro para que no me viese en esta situación tan humillante.

—¡Eh! —dio un grito firme, como si fuese una sargento y yo una simple soldado—. Nada de lloriqueos. —Me agarró de las muñecas con una fuerza que no esperé, zarandeándome sobre la cama para que la mirase directamente a los ojos—. ¿Te ha dolido lo que he dicho?

—Obviamente, sí —rugí, con los dientes apretados, sin apartar mi vista de la suya.

—Entonces, defiéndete.

Esto me causó confusión, ¿quería que me defendiese?, ¿me provocó a

posta?

—No puedo contradecirte cuando tienes la razón. —Me excusé—. Todo lo que has dicho es cierto, mi padre es una enorme mierda, y yo no debí ni nacer, que siga respirando es un insulto para todas las mujeres que son oprimidas por él.

Petra me tomó por los hombros, agachándose para estar a mi altura.

—¿Y? ¿Sabes por qué tu padre está podrido de dinero, María? Porque hay personas peor que él comprando sus servicios, pero eso no le importa a nadie, llevas su sangre, es como una maldición que siempre te acompañará, una sombra visible para todos los que te rodean, vives en un mundo podrido en el que hacer daño es lo que más se disfruta. —Su dedo se clavó en el centro de mi pecho, empujando con él tanto que me hizo sentir dolor—. Quien huela tu punto débil, no dudará en hurgar en la herida, tienes que prepararte para ser más venenosa que todos ellos, y para que nada, ni siquiera tu padre, te duela.

Noté cómo mis sentimientos volvían a florecer, pero esta vez era algo que creí no haber sentido nunca por otra persona, gratitud.

Era la primera vez que me daban un consejo, la primera vez que me cuidaban, la primera vez que se preocupan por mí.

Era la primera vez que sentía que era importante para alguien, aunque solo lo estuviese haciendo por ser su trabajo, o porque Salvatore la hubiese mandado, tal vez todo esto era falso. No importaba.

Mi madre se suicidó y prefirió perder de vista a mi padre y dejarme sola con ese monstruo antes que quedarse y cuidar de mí, mas, por un momento, necesitaba cerrar los ojos y abrazar a Petra imaginando que era ella, que no se había ido, que no me había dejado.

Me rodeó con sus fuertes brazos, noté sus músculos recorriendo mi cuerpo, estaba delgada, pero muy definida.

—Llora todo lo que necesites, pero júrame que será la última vez, este mundo no es para personas sensibles.

—¿Por qué haces esto por mí? —Sollocé contra su cuello, llevaba un perfume unisex, ni masculino ni femenino, no sabía explicar su olor, era dulce y embriagador.

—Porque un día hace mucho, también lo hicieron por mí, y gracias a ello hoy estoy viva. —Me separó de su cuerpo, limpiando la sangre seca de mi ceja golpeada con la yema del dedo—. Ahora quiero que te pongas un buen escote y te pintes esos labios, me divertirá ver cómo a Carusso le tiemblan

hasta las piernas cuando te vea.

Suspiré, la idea de seducir a ese hombre seguía siendo algo que rechazaba, no quería ser una mujer comprada, ni una esposa por obligación, tampoco quería darle hijos a un hombre que pertenecía al mundo de la mafia, de hecho, no quería traer niños a este mundo lleno de monstruos sin corazón.

¿Quién querría parir en el puto infierno?

Decidí levantarme de la cama, fui al baño para lavarme la cara, puse un poco de alcohol en la herida de la ceja y luego hice un esfuerzo por maquillarme bien y tapar la hinchazón, se notaba menos, pero seguía siendo visible.

Me dejé el cabello suelto, cayendo sobre la espalda, decidí verter unas gotas de perfume deshaciéndome del camisón, caminando desnuda por la habitación para ir al ropero, con cuidado de no mostrar las cicatrices de la espalda. Petra me miraba sin cortarse lo más mínimo, repasando cada centímetro de mi cuerpo, la respiración se me cortó, ¿acaso le gustaban las mujeres?

Me cubrí con las manos, sintiéndome menos cómoda, con un ligero rubor en la cara que nada tenía que ver con el maquillaje que acababa de usar.

Se colocó a mi lado en cuanto cogí el primer vestido, arrebatándomelo de las manos para tirarlo sobre la cama.

—¿Vas a ir a misa? —inquirió.

Bufé de la molestia, ella parecía que iba a ir a la guerra de Vietnam y yo no le decía nada.

—¿Esto mejor? —Le mostré un conjunto de falda y jersey, a lo que se empezó a reír a carcajadas limpias—. ¿Qué tiene de malo?

—Si estás planeando ir a tomar el té y unas pastas con Penélope está genial.

—¿Acaso voy a hacer algo más divertido que eso?

—Vas a salir con Salvatore, pasaréis el día fuera, además, tiene que presentarte a alguien especial.

Arrugué la frente.

—¿Alguien especial?

No respondió a mi pregunta, tan solo metió sus manos entre mis prendas, eligiendo un vestido rojo que me pedí en el Lesle después de escribir un libro de romance, pensando que algún día encontraría a alguien para quien ponérmelo. Qué ilusa.

—¿Te compras ropa en el Lesle?

—¿Qué tiene de malo?

No dijo nada, tan solo se quedó callada soltando un resoplido.

—Habrá que llevarte de compras también, a Salvatore no le gustará tocar una tela de tan mala calidad.

Alcé las cejas sintiéndome ofendida.

—¿Y por qué iba a tener él que tocar uno de mis vestidos? ¿Le va el rollito...?

La expresión de Petra reveló una absoluta sorpresa.

—Me mata tu ingenuidad, María, no, a Salvatore no le gusta ponerse ropa de mujer, pero... —sus labios se acercaron a mi oído, mientras su brazo pasaba por mi espalda, pegándome a ella— no quedará un centímetro de tu cuerpo que no pase por sus manos, con ropa, y sin ropa. —Mi vientre explotó de una forma que no entendí, noté mi sexo contraerse y me vi obligada a apretar las piernas mientras se me escapaba un suspiro—. No tardes mucho en cambiarte, le cabrea tener que esperar, nos vemos fuera.

Petra cerró la puerta de una forma más cuidadosa a como solía hacerlo mi marido. El móvil sonó, vi que era un mensaje del mismo.

Salvatore Carusso:
Buenos días, princesa, ¿Cómo has dormido?

Negué, ¿Cómo se podía ser tan cínico? ¿Cómo podía tener tanta frialdad como para fingir de esta manera?

No hace falta que finjas que te importo, deja los jueguecitos.

Salvatore Carusso:
He pagado 30 millones, puedo jugar a lo que quiera, cariño.

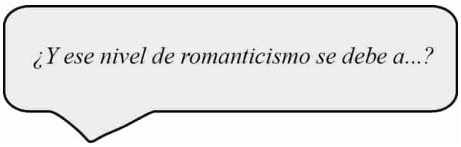
Deja de recordarme mi precio.

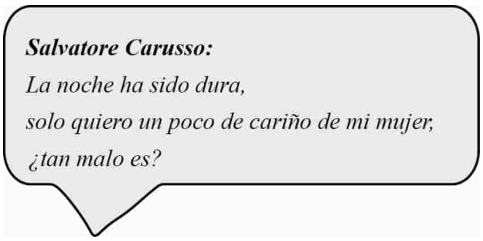
Salvatore Carusso:
No es tu precio, tú no tienes precio,
pero tu padre es tan ridículo, que no se ha dado cuenta.

Ese último mensaje me desestabilizó y me desarmó por completo, ¿no era que me odiaba?, ¿por qué era tan caballeroso ahora mismo? Se sentía como leer a uno de mis protagonistas de libros favoritos.

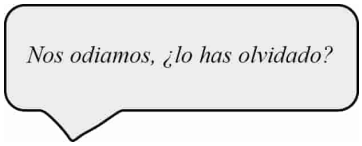
Mierda…

Mordí mi labio, repitiendo en mi cabeza que solo estaba jugando, que no debía dejarme ablandar.





Este tío estaba loco de remate, me odiaba, me quería matar. ¿Por qué iba a querer algo de afecto de mi parte?



Tardaba en responder, no decía nada.

Esto me dejaba mucho más intranquila, decidí terminar de ponerme el vestido, echando un último vistazo al móvil, revisando mi mensaje que quedó en visto.

Cuando abrí la puerta, le tenía ahí, de frente, mirándome con esos ojos imposibles, antinaturales, ¿de verdad que este hombre era humano?

Mis mejillas ardían por tenerle tan cerca sin haberlo esperado, llevaba el cabello engominado hacia atrás, con un elegante traje de chaqueta negro y una corbata gris. Sus mocasines brillaban relucientes. Olía delicioso. Poseía una barba oscura recortada y bien cuidada sobre su mandíbula cuadrada, cuando le conocí, solo era una sombra.

«Hijo de puta», le maldije.

Él tampoco perdió el tiempo en mirarme de arriba abajo.

—¿Qué te ha pasado en la ceja? —Su mano fue hacia mi mentón a lo que traté de evitar el contacto, imaginé que iba a recibir un gesto brusco por su

parte, mas tan solo mantuvo la distancia, volviendo a meter la mano dentro de su bolsillo en el pantalón, desistiendo de tocarme.

¿Estaré consiguiendo al fin que me respete un poco o tan solo estoy soñando?

«No, María, solo quiere ganarse tu confianza para luego romperte, así son los mafiosos, cero empáticos, cien por cien narcisistas».

—Me he golpeado sola con una silla, un accidente.

Volví a pensar en la frialdad con la que se deshizo de Dominic.

La rabia apareció una vez más, olvidando lo guapo, atractivo y sexy que era, cruzándole la cara de un bofetón. Petra abrió los ojos tanto que pareció que se le iban a salir de las cuencas.

—Esto es por mi amigo, hijo de puta.

Su cuello torcido, con la vena bien marcada, la cual bombeaba sangre a su cerebro, un cerebro que estaría ya ideando mi castigo, se enderezó despacio para volver a mirarme con esa mirada gélida, penetrante y glacial.

Petra intentó interponerse entre nosotros, como si intuyera que algo malo iba a pasar, pero él no se movió ni un solo centímetro.

—¿Señor? ¿Está bien? —preguntó ella, en voz baja, sosteniendo su brazo.

—Llevadla abajo con los caimanes, que vea cómo devoran el cuerpo de *su amigo* —ordenó a Petra y dos matones más que estaban armados a nuestros costados. Ella compartió una mirada de *eres idiota* conmigo, a lo que yo tan solo evité el contacto visual.

Cuando trataron de agarrarme, forcejeé, pataleé, intenté pegarles y librarme de ellos, gritándoles todos los insultos que se me pasaban por la cabeza, dejándole claro que le despreciaba y que le tenía un enorme asco.

—¡No eres mejor que mi padre! ¡Eres la misma basura! —le grité, mientras me arrastraban hacia a saber dónde.

Él se mantuvo firme e inmóvil, de brazos cruzados, asesinándome de forma visual, regalándome también todo su odio, un odio silencioso que me prometía que esto no quedaría así.

Entonces, vi cómo de uno de los pasillos aparecía un niño de unos nueve años, este se agarró a la mano de Salvatore, mirándome confuso.

—¿Ya vamos a ir con mamá a desayunar?

—No, Gabriel, hoy mamá no viene, iremos nosotros solos.

¿Qué?

¿Salvatore tenía un hijo?

CAPÍTULO 8

SALVATORE

Las cosas se estaban torciendo demasiado, complicándose mucho antes de lo que podía imaginar. Desde el primer momento en el que decidí hacer a María mi mujer, tuve claro que jamás sentiría lo más mínimo por ella, pues nunca lo sentí por ninguna otra mujer, ¿por qué ahora iba a ser diferente?

Había estado con tías guapas, jodidamente guapas, pero su belleza era algo inusual, esa cara de ángel, esa pureza, esa bondad...

Parecía no ser capaz de romper un plato, de no albergar una sola mota de maldad en su interior, parecía ser toda calidez, paz y amor.

La detestaba, pero su belleza angelical me atraía como si fuesen malditos cantos de sirena.

Y conocerla solo lo estaba empeorando. La muy desgraciada me caía bien, parecía simpática y, además, tenía genio, nunca una mujer me cruzó la cara, nunca me rechazó y mucho menos se atrevió a contestarme.

Nunca hasta que llegó ella.

Todo estaba escapando a mi control, imaginaba que la hija de Osorio estaría tan mimada que sería la típica veinteañera caprichosa e insoportable, una Penélope más.

Si hubiese sido así, mi plan era no darle el más mínimo interés, cortarle el suministro de dinero y obligarla a trabajar ayudando a Marcela.

Luego imaginé un segundo escenario, en el que ella estaría muerta del miedo en su propia casa, deseando salir de ahí para escapar de su condenado padre, sintiéndose afortunada por nuestra unión, alabándome como a un Dios y meneando la colita cada vez que le prestase un mínimo de atención.

Qué equivocado estaba, joder.

Si ese fuese el caso, entonces, bastaría con tan solo ignorarla y dejarla

encerrada muriéndose de pena, como una flor olvidada que termina marchitándose por escasez de agua y sol.

Pero no, ni plan A, ni plan B.

Solo quería hacerle la puñeta y romperle el maldito corazón, pero ¿cómo se lo iba a destrozar si no me permitía llegar a él?

María no se sintió feliz o especial por casarse conmigo, algo que lo descuadró todo por completo. Era para esto para lo que las hijas de los mafiosos se preparaban durante toda su vida, ser elegidas por el «Padre» de todas las mafias, era la mayor jodida de las suertes.

Aunque me odiase, yo era un caballero, María no se podía hacer una vaga idea de lo que había por ahí, en otras familias de este mundo. Aunque su padre fuese un monstruo con las mujeres y tal vez no se portase como el mejor progenitor del mundo, me apostaba el cuello a que ella no había visto ni la punta del iceberg de este infierno.

Pero quitando todo eso, tenerla cerca y observar su comportamiento me estaba creando una extraña necesidad por saber más y más de ella.

No era caprichosa, no era insoportable, tampoco una cobarde y mucho menos me hacía la pelota, era todo, absolutamente todo lo contrario a lo que siempre conocí.

Encima, tenía esas jodidas curvas, ese movimiento de caderas, ese culo llamativo y carnoso, al que deseaba hincarle los dientes, y qué decir de sus pechos.

María poseía un cuerpo diseñado para el placer, su piel parecía ser el oasis de cualquier hombre sediento como yo, y no podía parar de imaginarla amarrada a la cama, sin nada de ropa, totalmente desnuda, sin poder defenderse, sin poder negarse a mí.

Y, para colmo, Dios le había dado la cara más angelical que vi en mi puñetera vida. Pensar en estas cosas sobre ella resultaba pecaminoso y eso me hacía desearla mucho más.

¿Cómo sería verla excitada? ¿Cómo sería entrar en ella y sentirla húmeda?

Joder, solo era una mujer guapa, nada más, más guapa de lo habitual, tan guapa que podría ganar cualquier concurso de belleza yendo en pijama y sin maquillar, tan solo con sonreír y decir buenos días, tan guapa que me hizo pasar en menos de un minuto de querer matarla a pagar treinta millones por ella, tan guapa que no necesitaba de dietas , ni de horas en el gimnasio, ni de operaciones, su belleza natural resultaba arrebatadora y provocante sin adornos, sin nada más, era una estrella que brillaba con luz propia y yo

tenía la necesidad de apagarla antes de que me dejase ciego.

No iba a permitirme caer. Hoy fui débil, le pedí afecto y sé que fue porque estuve a punto de recibir un balazo en la Catedral, cada día podía ser el último, algo que me estaba creando un frenesí por querer probarla antes de «que sea tarde», no iba a dejarla casta y pura en este mundo para que otro se llevase lo que había comprado y era mío.

—Señor. — Mateo se acercó entregándome el teléfono, Gabriel devoraba un enorme plato de raviolis con carne, estábamos en un restaurante, pasamos la mañana comprándole ropa al niño, también le encontré una tutora que vendría a darle clases a casa, ahora estábamos en el proceso de crearle un DNI en el que figure su fecha de nacimiento, nombre y edad—. Le llaman.

Tomé el teléfono «del trabajo», pues el mío personal pocas personas lo tenían, podía contarlas con los dedos de una sola mano.

—Papá Carusso, *buongiorno* —saludó Félix, desde el otro lado del aparato —. Perdone que interrumpa su día, solo necesito pedirle permiso para algo.

—*Buongiorno* Félix, te escucho. —A Gabriel se le cayó el vaso de refresco sobre la mesa, manchando a mi madre, esta se encendió de la rabia deseando estrangular al niño, le hice un gesto para que se tranquilizase y chasqueé los dedos ordenando a Mateo llevárselo a jugar.

—Osorio quiere drogas, sé de su enemistad con el rey de las nenas, pero era uno de mis mejores compradores, cortarle el flujo afectará a mi negocio.

Rodé los ojos, dinero, dinero y más dinero, eso era lo único que importa.

Le corté el suministro de menores a Osorio, mis hombres revisaban todos los containers llenos de mujeres que llegaban a sus dominios, verificando que ninguna cría o crío cayese en sus manos. Sabía que en este mundo la prostitución era necesaria, pero quería que se hiciese de otra manera a como lo hacía Osorio, esas mujeres merecían dignidad y una vida de calidad, también derechos, y normas, normas en las que no se les pudiese obligar a hacer nada que no quisieran, sin importar el dinero que poseyera el cliente.

Eran personas que estaban vivas y tenían sentimientos, ofreciendo un servicio, no eran objetos sin valor alguno con los que se pudiese hacer cualquier cosa.

Sabía que imponer esto haría que las otras cinco familias deseasen mi cabeza mucho más de lo que ya la deseaban, pero no me importa en absoluto, iba a cambiar las cosas, para eso era el Padre.

Además de aquello, también le corté el flujo de drogas por parte de Félix,

tan solo para hacerle perder grandes cantidades de dinero y obligarle a aceptar la compra de María.

—Puedes volver a suministrarle tu mercancía sin ningún problema, igualmente no le queda demasiado tiempo de vida.

—¿Va a cargarse a Osorio, Padre?

Cargarse al líder de una familia no era fácil, ni siquiera para mí, no era como matar a los sacerdotes, que solo eran clientes.

Para esto debía organizar una asamblea y someterlo a votación, todos los líderes de las cinco familias tenían que estar de acuerdo en esto, y yo era el juez que daba el veredicto final.

Eso quería decir que si mi veredicto era declararle «culpable», y ellos votaban que siguiese con vida en mayoría, no podía matarlo.

Pero encontraría la manera, acusarle de traficar con menores no era «nada», para las demás familias resultaba algo impropio, aun así normal y común, también necesario para hacer más números. Cada familia aportaba una cantidad de dinero de sus ganancias al Padre, y el trabajo del Padre era mantener la cordialidad entre todas las mafias, haciendo que el dinero fluyese y se nutriesen unas de otras, como una simbiosis. Yo era el encargado de evitar una guerra dentro de nuestro mundo y de resolver cada conflicto.

Era como el cerebro que le ordenaba a cada órgano qué hacer y así lograba que el cuerpo funcionase en armonía.

Debía conseguir que algún testigo de peso revelase haber visto a mi hermana en sus manos, además de presentar pruebas. Entonces, eso se consideraría traición, y su cuello sería mío.

—Yo no he dicho eso. —Sonreí de medio lado, en la mafia había que tener mucho cuidado tanto con lo que se decía, como con lo que no—. Pero el hombre ya está mayor, le quedarán dos telediarios.

Podría envenenarlo y hacer que pareciese un accidente, pero eso me impediría llegar a la verdad. Fantaseaba con torturarle hasta hacerle soplarlo todo, mas su posición me impedía hacer eso hasta tener al menos un prueba que le acusara directamente.

—Solo tiene cincuenta años y mala hierba nunca muere.

—En ese caso, todos seremos inmortales. —Solté una carcajada, él también lo hizo—. Adiós, Félix, que vayan bien los negocios.

—Gracias, Padre, disfrute su día.

Cerré la llamada, viendo cómo mi madre se convertía en un auténtico

demonio.

—¡Salvatore! ¡No puedo más! —masculló entre dientes, aguantándose las ganas de decirme a gritos que esto era una locura—. No quiero a ese niño ni en nuestra casa, ni en nuestra familia.

Resoplé.

—Es mi casa, la compré yo y la puse a mi nombre, eso para empezar, y no es tu familia, es mi familia. —Esto la descuadró por completo—. Que yo quiera que sea mi hijo no significa que tenga que ser tu nieto.

De hecho, prefería a Penélope lejos de él.

—Mira, cielo. —Comenzó a acariciarse el entrecejo, tras estar unos segundos casi hiperventilando—. No puedes coger a un crío que has encontrado por ahí y convertirte en su padre de la noche a la mañana, no sabes de dónde viene, no sabes si pretenderá robarte, traicionarte, o incluso matarte, estos niños pasan por cosas tan duras que ya no tienen moral.

Miré a Gabriel corriendo tras Mateo, alzando con una mano en el viento un avión de papel que le hice con una servilleta.

—¿De verdad crees que esa pequeña cosa pueda matarme?

—No ahora, pero algún día será un hombre y tú serás un viejo, puede traicionarte, Salvatore.

Bebí un largo trago de vino.

—Cualquier hijo puede hacer eso, hasta uno de sangre, es un riesgo que siempre se corre al traer descendencia.

—Las familias pensarán que esto es una locura.

—Las familias creerán que es mío al igual que tú les hiciste creer que yo era tuyo —rugí, golpeando la mesa con fuerza, ella dio un pequeño salto sobre la silla, quedándose muda, con los ojos enjuagados en lágrimas—. ¿Me dirás algún día quién es mi verdadera madre?

Sus ojos, ocultos por una gruesa capa de maquillaje, sombra y pestañas postizas, evidenciaron exacerbación, su enojo floreció como las amapolas que nos rodeaban.

—Ya te he contestado a eso miles de veces, eres el hijo de una puta que se acostaba con tu padre, está muerta.

Ahora era yo quien tenía la visión oscura, no me creía nada.

Penélope me crio como si fuese suyo, yo creí que era suyo, pero en una acalorada discusión, me lo echó en cara.

*«*Deberías agradecerme el haber cuidado de ti, otra te hubiese tirado a la calle en cuanto tu padre murió*»*.

Esa frase se quedó grabada en mi corazón para siempre, tanto que me hice un tatuaje con la palabra «madre» entre las calaveras que llevaba tatuadas en el brazo izquierdo. No supe nunca quién era, pero sabía que debía valer mucho más que esta zorra adinerada.

Ella pensaba que le debía la misma vida por no haberse deshecho de mí, pero era todo lo contrario, ella me lo debía todo, pues en la mafia, sin un hijo varón, no eres absolutamente nadie, la hubiesen matado, ocupando otra familia el lugar de los Carusso.

Así que aparte de tener que preocuparme cada día porque no me rajasen el cuello, mis metas eran claras y fijas. La primera, descubrir qué le pasó a Mía, la segunda, saber quién era mi madre, la tercera, destruir a Osorio.

—Como sea —dije finalmente, tras tragarme las últimas gotas de vino, dejando la copa seca, el camarero me ofreció más, pero no quería, debía conducir, y aunque lo he hecho estando algo «contento» muchas veces, hoy era distinto, llevaba a un niño en el coche— Gabriel es mi hijo, llevará el apellido Carusso, y le entrenaré para ser mi sucesor algún día.

Penélope gimió de agonía, yo sonreí divertido, me encantaba ver cómo sufría con mis actos.

—¿Por qué no dejas preñada a María? Ya está gorda, qué más da que pierda la figura.

Muchas mujeres de la mafia preferían «adoptar» niños para no pasar por el embarazo y no ver sus vientres con estrías o tener los pechos caídos.

A mí esto no me parecía ni bien ni mal, cada mujer era libre de hacer lo que quisiera con su cuerpo, para eso eran ellas las que debían afrontar el embarazo y el parto (algo bastante complejo y doloroso que dejaba huellas para siempre) pero sí era cierto que, en mi opinión, las marcas que dejaba el traer una vida al mundo, eran algo precioso y para nada un motivo de vergüenza.

—¿Te hace sufrir mucho que su talla de pantalón esté por encima de la S?

—Tiene que tener al menos una XL. —Me reprendió, como si eso fuese una mancha peor que la de matar a personas inocentes—. Qué vergüenza, verás lo que dirán mis amigas cuando la conozcan.

—Pensarán que es la mujer más guapa del puto mundo y la criticarán porque son unas envidiosas de mierda —pedí que me trajesen un agua mineral, cuando estaba de mal humor se me secaba demasiado la garganta —. Y tiene una L, ya le he mirado la ropa, aunque, por mí, como si tiene una XXXL, me encanta su cuerpo y estoy deseando probarlo.

Penélope se ruborizó, le molestaba que le hablase de mis preferencias y deseos sexuales, como si de verdad fuese mi madre y me hubiese parido. Yo solo la veía como una compañera de negocios, ella me usó para llegar a donde está, y yo obtuve mis propios beneficios, fin de la historia.

Se terminó su último trozo de merluza a la plancha, sin aceite, sin sal, sin pimienta y dudaba mucho que fuese hasta merluza, por la mala pinta que tenía. Acto seguido, limpió sus labios con una servilleta, dando leves toquecitos, manchando el blanco de la tela de carmín rojo.

—Pues si tanto te gusta, con más motivo, déjala embarazada y deshazte de ese niño.

—Ya tengo treinta años, no quiero ser un padre viejo, necesito estar fuerte para protegerle de todo lo que nos amenaza y María no está preparada para un embarazo, ni siquiera me deja rozarla. —Esto último me creó un extraño sentimiento de amargura, no entró jamás en mis planes comprarla para formar una familia, solo quería torturarla y ya. La amenacé con decirle que debía darme hijos solo para sacarla de quicio.

Penélope agarró el cuchillo del pescado, ese que no tenía ni filo ni punta, dando tres golpes consecutivos con él sobre la mesa, con las piernas cruzadas.

—¿Pagas treinta millones de euros y aceptas que te imponga sus normas? Carusso, no me decepciones, no seas débil, joder, yo no te he criado así.

Agaché los párpados, jugando con el mechero entre mis dedos, encendí la llama y dejé que se fuese, así, repetidas veces.

—No se es débil por respetar las decisiones de una mujer, aunque esa mujer sea mi enemiga, nunca seré como Osorio ni como los otros hombres, ni siquiera como mi padre. —Le recordé—. Ni como mi tío. —Agachó la cabeza, desviando la mirada hacia otro lado—. Es mía, con eso me basta, le daré el tiempo que necesite.

Froté el puente de mi nariz, notando una punzada en la sien, el estrés me producía dolor de cabeza.

Recordé cuando le dije a María que si en una semana no se acostaba conmigo, me cargaría a Violeta, y recordé al mismo tiempo, cómo ahora mismo debía estar llorando en su habitación por haber sido espectadora de cómo los caimanes despedazaban a «su amigo».

Quizás no fuese tan distinto a ellos, pero los celos me podían.

Celos.

¿Por qué tenía celos? Era ilógico.

Ella volvió a mirarme, con una expresión de tristeza marcada en el semblante.

—No te quedes con ese niño, te lo suplico.

—Penélope. —Me acerqué, agarrando su mano—. Tú no viste lo que yo vi, no estuviste ahí, no fuiste testigo de cómo aquel hombre le tocaba y le miraba, no pudiste apreciar el miedo en sus ojos, ni la tristeza, ni la súplica de una vida mejor, porque tú solo viajas de una mansión a otra, te compras cosas caras y vives una vida de lujo. —Negué con pesar—. Si algo le pasa a mi hijo, me desharé de ti, *¿capisci,* madre?

Su respiración se cortó, pude leer sus pensamientos maldiciéndome, arrepintiéndose de no haberme metido en una bolsa de basura y tirado al mar.

—*Capito,* Salvatore.

MARÍA



Vomité por tercera vez, no salí del baño desde que me dejaron volver a mi habitación, estaba aquí encerrada, sentada en el suelo frente al váter. Seguía con el mismo estúpido vestido que una vez compré por si conocía al amor de mi vida (sueños ridículos de una veinteañera que lee demasiado romance) mientras trataba de olvidar cómo esos feroces animales mordían a Dominic, arrancándole pedazos de carne, tirándose sobre él como pirañas, arrastrándolo a las profundidades de aquella piscina subterránea.

¿Quién tenía una piscina subterránea llena de caimanes para hacer este tipo de cosas? Alguien muy malo, alguien muy cruel, alguien como Salvatore Carusso, por desgracia, mi marido.

Sentía temblores por todo el cuerpo, no podía quitarme de la cabeza a Violeta, la bloqueé en el móvil, y no era porque tuviese algo en contra de ella, la echaba de menos, muchísimo, no obstante, temía que mi línea de teléfono estuviera pinchada, no quería que Salvatore pensase que ella era importante, así la olvidaría.

Si algo le pasase, no me lo perdonaría nunca.

Apoyé la cabeza contra el frío mármol del baño, debería darme una ducha al menos, las piernas me temblaban tanto que me costaba ponerme en pie, las sentía entumecidas y odiaba esa sensación. Vi todo tipo de cosas duras en casa de mi padre, siendo el abuso y la muerte de aquella niña la peor de ellas, aun así, algo me decía que lo vivido en estos veintipocos años, no era nada comparado a lo que me esperaba entre las paredes de esta maldita mansión.

Alguien golpeó la puerta del baño, alguien que se atrevió a entrar en mi habitación. Solo dos personas podían hacer eso, el monstruo o Petra.

—Salvatore te espera para cenar. —La voz de Petra hizo que sintiese un mínimo alivio, alivio que desapareció en seguida al pensar que era porque él me estaba reclamando—. María, cuanto más te resistas peor será, si hubieses mantenido la boca cerrada, Dominic ahora estaría enterrado en un bonito jardín con flores.

Sentí mis ojos humedecerse.

—¿De verdad? —musité.

—No, se lo iba a echar a los caimanes igual, pero al menos no lo hubieses

visto.

Golpeé la nuca con el mármol, notando dolor, ¿y si lo hacía tan fuerte que al final terminase matándome?

—¿Qué crees que le jodería más a tu jefe, Petra? ¿Encontrarme aquí dentro muerta o que le siga llevando la contraria?

Silencio.

Ella hizo un intento de entrar, tenía el fechillo echado.

—Tienes prohibido suicidarte, María.

Me reí a carcajadas.

—Pues aquí dentro tengo muchas cosas para hacerlo, puedo cortarme las venas con las cuchillas de afeitar. —Miré hacia la ventana, tenía rejas, así que tirarme por ahí no era válido—. Ahorcarme con el cable del secador o... intentar ahogarme en la bañera.

Petra volvió a forcejar contra la puerta, esta vez con una fuerza mucho más bruta y pensé, de verdad lo pensé, que mi momento había llegado.

No quería, me negaba a seguir siendo «la cosa» de alguien, tener que entrar y salir, tener que ir y venir, tener que morir y vivir, cuando y como otros decidiesen.

Las circunstancias no iban a cambiar, nunca iba a salir de aquí, solo había una forma de hacerlo, con el corazón frío y los pies por delante.

Abrí el grifo del agua dejando que corriese, para que la bañera se llenase, agarré una de las cuchillas y me sumergí.

—María. —Petra me hablaba en voz muy suave—. Eres libre de quitarte la vida, es la única libertad que todas las mujeres dentro de la mafia tenemos, lo único que nos pertenece. —Por fin dijo algo en lo que estaba de acuerdo—. ¿Pero sabes qué es lo que más le jodería a mi jefe?

Ya hundí todo mi cuerpo en el agua, tenía la cuchilla pendida entre las yemas de los dedos, quería cortarme las venas y disfrutar de un baño caliente mientras me desangraba.

Pero no iba a irme sin saber qué sería lo que más le jodería a Salvatore Carusso.

—¿El qué? —Hice un corte en la superficie de la piel que cubría la muñeca, viendo cómo la sangre brotaba, no sentí más que un intenso quemazón, ¿ya estaba?, ¿con esto se acabaría todo?, ¿solo debía esperar?, ¿dolería quedarse sin sangre?, ¿debería hacer algunos cortes más para acelerar el proceso?

—Enamorarse de ti. —La forma en la que lo dijo, sonó convincente—.

Cuando tu madre se quitó la vida, te condenó a sufrir su suerte; María, si tú te quitas la vida, otra mujer será condenada a ocupar tu lugar, vive, vive para que otra no tenga que pasar por esto. Es lo que más te importa, ¿no?, proteger a otras mujeres de hombres como tu padre.

Mis ojos se empaparon en lágrimas, estas bajaban por mi rostro, el agarre sobre la cuchilla flojeó, titubeando, no tenía claro si quería hacerlo o no.

—También quiero protegerlas de hombres como tu jefe.

—Pues para eso debes elegir vivir.

El silencio cortó el aire, el vapor subía por las paredes pegándose al techo, la cuchilla resbala de entre mis dedos hundiéndose en la bañera, alguien partió el fechillo abriendo la puerta de un golpe con fuerza animal, Salvatore estaba delante de mí, con su cabello negro azabache despeinado y aquellos ojos azules fuera de órbita. Agarró mi muñeca, tirando con tanta fuerza que logró sacar la mitad de mi cuerpo de la bañera, aun llevaba el vestido puesto.

—¿Qué coño has hecho?

La voz se me atoró en la garganta.

—Complacerte —respondí, tratando de parecer valiente hasta en un momento tan cobarde como este—. Ese era tu plan, ¿no? Torturarme hasta quitarme las ganas de vivir.

Él negó una y otra vez, cogiendo una toalla pequeña para hacer un torniquete en mi muñeca, tirando de mí, sacándome de la bañera a la fuerza.

—Voy a cerrarte la herida con puntos, ven al laboratorio.

¿Había un laboratorio en esta casa? ¿Sabía coser una herida?

Tiré para zafarme de él.

—¡¿Es que no me has oído?! ¡ME QUIERO MORIR, JODER!

No dijo nada, tan solo hizo un gesto a sus hombres para me agarrasen y me llevasen, una vez más, a rastras y pataleando hacia donde sea que estuviese ese laboratorio.

—Eres una traidora Petra. —La acusé, iba caminando junto a nosotros—. Solo intentabas ganar tiempo, le has avisado.

—Te recuerdo que es mi jefe, y que mi trabajo consiste en mantenerte con vida.

Recorrimos los amplios pasillos, mientras mi marido caminaba un metro por delante de nosotros, iba sin la chaqueta del traje, solamente el pantalón de pinzas y la camisa, apreció cómo se pasaba los dedos por el cabello, peinándolo hacia atrás, había debido de venir corriendo, pues usaba tanta

gomina (o laca, no estoy segura) que ni un huracán podría despeinarle.

¿Tanto miedo le daba perderme? No tenía sentido.

Suponía que el juguete le costó demasiado caro como para permitir que se rompiese tan pronto, solo se trataba de eso.

Dinero.

Siempre era por el dinero.

Bajamos unas escaleras en forma de caracol, los peldaños eran anchos, color crema, con los bordes dorados, la barandilla también era del color del oro, aunque, seguramente, sería de oro macizo, podría arrancar un barrote y huir con eso, venderlo en algún sitio y sobrevivir hasta encontrar un trabajo digno.

Lástima que no fuese tan fácil romper el oro, sobre todo a escondidas.

Cuando descendimos por toda la escalera, seguimos hacia el ala izquierda, cruzando un jardín botánico en un patio de luz interior, con una fuentecita al centro y cuatro bancos de madera. Allí Penélope tomaba el té, mirándome con una expresión fría y neutral, negando con la cabeza, desaprobando todo lo que soy. Si no estuviese siendo agarrada por dos gorilas, le hubiera regalado un gesto obsceno.

Finalmente entramos en un ascensor, Salvatore sacó unas llaves de su bolsillo, metiéndolas en la cerradura que estaba junto al número -2, comenzamos a descender. Todos se encontraban mudos, solo se escuchaban mis quejas por estar sujeta, y mis suspiros para liberar la tensión que me corría por el cuerpo.

Mis ojos se encontraron con los suyos, me miraba de una forma extraña, no lograba adivinar lo que pensaba, ni lo que sentía, aunque dudaba que sintiese algo.

Se oyó el *din*, la puerta se abrió, encontrándonos en lo que juraría era un maldito hospital.

Había estanterías repletas de medicamentos, de utensilios, de libros sobre medicina, camillas...

Todo era blanco y frío, muy frío. Comencé a tiritar, estaba empapada y con un solo vestido escotado cubriendo mi cuerpo.

Petra me metió detrás de un biombo, apuntándome con la pistola.

—Quítate el vestido y ponte esto —Me entregó lo que parecía un albornoz de hospital, al menos estaba seco.

Levanté las manos a modo de rendición, no tenía más ganas de pelearme hoy, solo quería volver a mi jodida habitación y que esto acabase.

Ella tomó el vestido empapado, tirándolo dentro de una papelera metálica, adiós a mi sueño de tener una cita romántica con el hombre de mi vida (el cual dudaba existiese), en cuanto tuve el albornoz puesto, me volvió a coger del codo, llevándome a la camilla.

—Amarradla —ordenó mi marido. Volví a gemir tratando de escapar, me aterraban los hospitales y los médicos, no pensaba dejarme atar a una camilla, mucho menos sin saber qué planeaban hacerme.

Sus matones me empujaron contra el asiento blanco y helado, atando mis muñecas a los reposabrazos, también pasaron una tercera correa por mi abdomen, Petra me apuntó de nuevo con la pistola.

—Deja de patalear.

—Estúpida, acabo de intentar suicidarme, no me asusta que me puedas pegar un tiro, así que deja de apuntarme ya con esa porquería. —Escupí, ella rodó los ojos. Salvatore empezó a reírse, era la primera vez que le veía reír así, como si algo le pareciese divertido de verdad.

Finalmente, consiguieron amarrarme los tobillos.

—Dejadnos solos. Petra, tú espera fuera.

—Señor. —Los tres inclinaron la cabeza, saliendo del laboratorio, dejándonos a solas. Salvatore me dio la espalda, poniendo algo de música clásica, ¿eso era para que no se escuchasen mis gritos? Cuanto más le conocía, más claro tenía que era un perturbado.

El sonido de un violín inundó el ambiente, mientras un aroma a alcohol llegó a mi olfato, se estaba lavando las manos con un producto que parecía ser desinfectante.

—¿Has hecho esto alguna vez? —cuestioné. No me divertía el pensamiento de que se fuese a poner a clavarme una aguja sin tener ni la más remota idea.

Él no dijo nada, tan solo alzó el mentón señalando con la mirada a un cuadro que colgaba en una de las paredes.

Quedé boquiabierta al ver que se había sacado la carrera de cirujano.

—No es propio en un mafioso sacarse una carrera —apostillé. Él tomó unas tijeras, alcohol, algodones, agujas e hilo. Arrastró una pequeña banqueta hacia mi lado, su perfume me embriagó por completo, dejándome atontada, sus ojos azules se fijaron en los míos, vi la decepción en ellos, era como si estuviese ¿triste?—. ¿Por qué no me dejas morir? —susurré.

—¿Tan mal hombre soy? —Ignoró mi pregunta, haciendo otra—. No te intentaste suicidar nunca con tu padre, ¿y lo intentas conmigo?

Inspiré profundo, sin responder, porque realmente no sabía qué decirle, solo sabía que apenas le conocía y ya le tenía mucho más miedo del que le tenía a Pepe Osorio. Me aterraba, aunque fuese guapo, aunque fuera el hombre más atractivo del mundo, sabía que bajo su perfecta cara, bajo su musculoso y esbelto cuerpo, se ocultaba un demonio.

Salvatore se encorvó sobre mi brazo, limpiando la herida con cuidado, esperé brusquedad por su parte, pero no, lo hizo con una delicadeza y habilidad que me dejó en un estado de hipnosis, era como si disfrutase haciendo algo así.

—¿Te hubiese gustado ser cirujano?

—Hubiese preferido salvar vidas antes que quitarlas. —Su respuesta activó mis alarmas, pues escuchar eso de su boca, era algo inesperado—. Dormiría más tranquilo.

Tomó la aguja y el hilo, ensartándola a la primera, vertió un spray sobre mi piel, me quejé al notar que estaba helado.

—Pensaba que ya dormías bien.

—Y lo hago, pero podría dormir mejor. —Volvió a mirarme de una forma muy breve, curvando sus labios tan poco que casi pareció no haberlo hecho. Me recordó a la sonrisa de la Monalisa—. Supongo que no te interesa, pero me saqué la carrera con la esperanza de salir de aquí algún día, de ser libre.

Mordí mi labio al notar la aguja penetrar la piel, él unió los dos extremos del corte apretando con sus dedos bajo un guante de látex negro. Me sorprendió ver que dolía menos de lo esperado, aquel spray debía ser anestesia.

Así que Salvatore tenía los mismos anhelos que yo, alejarse de este mundo y ser libre.

—Mi padre siempre dice que de la mafia no se sale.

Le vi asentir, como si por primera vez, compartiese su mismo pensamiento.

—Es una desgracia, pero es así.

—Aún así luchaste por tu sueño, y te sacaste la carrera —hablé en voz baja, tratando de distraerme, no me gustaban las agujas, las detestaba.

Terminó de coserme en menos de lo que cantaba un gallo, volvió a verter un líquido rojizo para desinfectar y pasó un algodón con cuidado, acto seguido colocó una venda.

—No me rindo, nunca —comentó, tomando una pequeña linterna—. Mírame —exigió, abriendo mis párpados para examinar mis iris—. No me

fijé demasiado en el color del agua. ¿Perdiste mucha sangre?, ¿estás mareada?

—Estoy bien, no fue nada, Petra se chivó demasiado pronto —gruñí, él se levantó de la banqueta, tomando una bolsa de suero; decidió conectarla a mi brazo izquierdo por vía intravenosa—. Que estoy bien he dicho.

Salvatore se sentó de nuevo en la banca, arrastrándola con sus mocasines lejos de mí, como si estar a mi lado le produjese malestar.

—Treinta millones, para que no dures viva ni una semana —siseó entre dientes.

Lo sabía, era por el dinero.

—Debiste comprar un juguete menos caro, pero de mayor calidad, te han estafado, cielo —refunfuñé, tratando de forcejear con las correas. Me cansé, esto era una bendita mierda—. ¿Tienes un hijo?

Mi pregunta le hizo dar un sobresalto sobre la banqueta, como si ni él mismo recordase que lo tenía.

—Sí, otro juguete.

—¡¿Qué?! —chillé.

—Lo compré para ti, quiero que vayas practicando para cuando decida dejarte embarazada. —Se encendió un cigarro, mirándome con el cuello torcido y una mueca de diversión que le irradiaba desde lo más profundo del alma.

No podía ser, no podía estar tan loco, no podía ser tan cabrón.

—¿Has arrancado a un niño de su familia, solo para que juguemos a papás y a mamás? —La voz se me rompió, esto era demasiado jodido, no tenía ni cómo llamarlo.

—Gabriel no tiene familia.

Sentía que el alma se me caía por los pies al suelo, dudaba de su palabra, dudaba de sus intenciones, dudaba de todo lo que viniese de él. La cabeza me daba vueltas, ahora solo quería desatarme de esta cosa, ir a por ese niño, salir corriendo, llevarlo a la policía y entregárselo a sus padres.

—Eres el ser más detestable del mundo.

—A pocos seres detestables has conocido tú. —Recriminó—. Pero me da igual lo que pienses, ya estoy acostumbrado a que me miren como si fuese un monstruo.

¿En serio? ¿Ahora iba de víctima?

—Escúchame bien, Salvatore Carusso, me has comprado, has comprado a un niño inocente, metiéndole en un mundo en el que ningún niño debería

entrar, has matado a mi único amigo y encima me has amenazado con entregar a Violeta de almuerzo a tus caimanes que, por cierto, ya no somos amigas. —Aclaré, por si servía de algo—. ¿Y pretendes que piense que eres buena persona?

—Sí —dijo sin más, soltando el humo muy despacio de entre sus carnosos labios.

Que fuese tan guapo no me ayudaba, pero tampoco le haría sumar puntos. Esto era lo mismo que el cuento de la Bella y la Bestia, solo que la Bestia era fea por fuera y hermosa por dentro y Salvatore era todo lo contrario.

—Pequeña mía. —Apagó la colilla mojándola con un chorro de agua en el fregadero, luego la tiró en la papelera y volvió a lavarse las manos con ese líquido que apestaba a alcohol—. Dominic era un traidor, ese niño ya pertenecía a un mundo incluso peor que este y tú... cierto, te compré y podría haberte dejado libre, quedaría como el héroe ¿no? te salvo de Osorio y te ofrezco la libertad, pero es que... —Su cuello se torció hacia mi dirección, mientras se secaba las manos, mirándome de forma lasciva—. Yo te quiero para mí, me perteneces, y por desgracia, soy un completo egoísta, es uno de mis escasos defectos.

Escasos defectos.

—La carencia de humildad también será uno de esos pocos defectos que tienes. —Le miré con asco, repasando su figura, sintiendo calor y sudor al estar aquí atada con él. ¿Qué mierda se me estaba pasando por la cabeza? —. No voy a sucumbir a tu jueguecito, no le haré de madre a ese niño.

Él pareció divertirse con esto, dando leves golpecitos sobre su barbilla en un gesto pensativo mientras caminaba sobre sus brillantes mocasines de derecha a izquierda.

—Está bien, no puedo dejarle por ahí solo, podría irse de la lengua, ya ha visto demasiadas cosas. —Resopló, negando—. Qué pena, se lo tendré que echar a los caimanes.

—¡¿QUÉ?! —vociferé, cerrando la boca de inmediato para que el corazón no se me saliese disparado—. ¿Cómo puedes tan siquiera decir algo así?

Sus orbes azul cobalto volvieron a hincarse en los míos, sentía cómo todo él me dominaba, cómo me comía terreno, cómo me ganaba esta batalla.

—¿Cuidarás de Gabriel?

Respiré hondo, arrugando mi expresión, diciéndole un claro «te detesto con todo mi ser» de forma no verbal.

—Cuidaré de Gabriel.

¿Qué otra opción tenía? Ninguna.

—Bien. —Se acercó lentamente con pasos juguetones, como si estuviese danzando al ritmo de la música clásica, agachándose a mi lado, arrimándose mucho, muchísimo, demasiado.

Sus labios estaban a un centímetro de los míos, yo no podía retroceder más, pues estaba atada a la camilla, tan solo le miraba con los ojos muy abiertos mientras ya no me acordaba de cómo se respiraba, mi cuerpo temblaba como una gelatina y me faltaba el aliento.

De tan cerca era mucho más guapo, y olía demasiado bien, su piel era preciosa, ni blanca ni morena, si no de un ligero tostado, la fina capa de barba cubría su mandíbula cuadrada, por un momento, fantaseé con tocarla.

Mi corazón desbocado estaba sufriendo mucho, muchísimo.

—Calladita y obediente, así es como me gusta —añadió, girando su rostro para depositar un beso en mi mejilla, muy al borde de donde empiezan los labios, todo en mi interior explotó—. Si te suicidas, el niño y Violeta morirán, está en tus manos, cariño.

Y así fue como se acabó la magia de un golpe seco.

Volvió a ponerse recto, marchándose con pasos tranquilos y las manos dentro de los bolsillos.

—¡Te odio, hijo de puta! —grité a su espalda—. ¡Podrás mantenerme con vida! ¡Pero nunca conseguirás que sienta algo por ti!

Su caminar se detuvo, quedándose petrificado, estático, como si acabase de ser alcanzado por un rayo.

«¿Sabes que es lo que más le jodería a mi jefe?».

«¿El qué?».

*«*Enamorarse de ti*».*

Me habrás ganado varias batallas, Carusso, pero aún nos falta ver quién gana esta guerra.

—Acabas de decir que me odias. —Me miró por encima del hombro—. Sentir odio, ya es sentir algo, deja de contradecirte.

Fruncí los labios, negándome a seguirle el juego. Tan solo torcí el rostro hacia otro lado para no verle más.

Él se fue, dejando que Petra viniese a por mí.

—Zorra. —La insulté en cuanto empezó a desatarme.

—Haz algo indebido y verás cómo ese crío es devorado por miles de colmillos— advirtió—. Su vida ahora está en tus manos, depende de ti.

Me levanté de la camilla, acariciando mi muñeca doliente por encima de la

venda.

—Tu jefe es peor que mi padre —recalqué, dirigiéndome hacia el exterior con la espalda y la cabeza erguida, notando la boquilla del arma contra la piel en la zona lumbar.

—No, preciosa, no es peor. —Se rio, su risa sonaba como la de los duendes—. Es «mucho» peor.

CAPÍTULO 9

María



Esta vez, Penélope no quiso acompañarnos en la cena, tan solo estábamos Salvatore y yo, acompañados por Marcela, la cual iba y venía de vez en cuando, cerciorándose de que no necesitábamos nada. Era la mujer más entregada a su labor que había visto jamás.

Desde que empezamos a cenar, no hablamos ni media palabra.

No dejé de mirar la silla vacía al centro, y tampoco dejé de preguntarme qué pasaba con ese niño del que Salvatore me habló.

—¿Dónde está Gabriel? —musité al fin, tras tragarme el último pedazo de pollo relleno, acompañado de salsa de champiñones y arroz hervido.

Salvatore se llevó una aceituna a la boca, mirándome con mala cara, no entendía para qué me hacía bajar a cenar con él si no me soportaba.

Era una tortura para mí, pero también lo era para él, ni siquiera nos tolerábamos, nos odiábamos, nos detestábamos.

—Marcela se ha encargado de él, le ha dado la cena, lo ha duchado y le ha preparado su habitación. —Se tragó otra aceituna rellena de anchoas, odiaba las anchoas, suerte que no tendríamos que besarnos—. Ya está durmiendo, son las once de la noche, los niños deben dormir como muy tarde a las diez.

Nada en él me resultaba coherente, hablaba como si ese niño le importase, pero al mismo tiempo, me chantajeaba con echárselo de comer a los caimanes. ¿No era para perder la maldita cabeza? Suponía que este tipo de comportamiento era propio de un narcisista, confundir con buenas palabras, para ocultar su verdadera maldad.

—¿Puedo saber de dónde ha salido? —pregunté, sus ojos se entrecerraron, como si aquella pregunta fuese algo prohibido—. Si voy a ser su madre, tengo derecho a saber ciertas cosas sobre él.

Él volvió a lanzar otra aceituna al aire, atrapándola con la boca, se la tragó casi sin masticar y bebió un largo sorbo de vino, yo solo tomaba agua.

—¿No te gusta el vino?

—Estoy cansada de que evadas mis preguntas.

—Eso es porque preguntas cosas que no quiero responder —dijo automáticamente, apoyando los codos sobre la mesa, entrelazando sus dedos a la altura de la barbilla, seguía elegantemente vestido, yo llevaba el camisón, no pensaba ponerme guapa para cenar con él.

Que le follen.

Decidí imitar su gesto de beber, por hacer algo, mientras pensaba en cómo formular cada palabra.

—Si vamos a ser un matrimonio, un matrimonio con un hijo en común, como mínimo, debemos tener comunicación.

Sus cejas se alzaron llegándole hasta el nacimiento del pelo, un mechón negro le colgó sobre la frente, dándole un aspecto desenfadado a esa elegancia y poder que derrochaba.

—¿Ahora te interesa que seamos un matrimonio? Hace menos de una hora querías morirte.

Me carcajeé, con una risa despreocupada, echando mi melena rubia hacia atrás, él suspiró, lo cual me desarmó, ¿por qué ha suspirado?

—Y sigo queriendo morirme, cariño —repliqué, volviendo a ponerme seria—. Pero no dejaré que le hagas daño a ese niño ni a Violeta, acataré cada una de tus órdenes, aunque odie y deteste hacerlo, solo para protegerles.

Su incomodidad aumentó, mientras se retorcía sobre la silla, pensativo, era como si estuviese peleándose consigo mismo a cuestión de vida o muerte, ¿sobre qué se estaba debatiendo? Él pagó treinta millones por hacerme su mujer, pero yo pagaría cien millones por poder leer sus pensamientos.

Nunca conocí a alguien que me intrigase más que Salvatore Carusso.

—Discúlpame —dijo finalmente, y casi caí de la silla al oírlo, ¿me acababa de pedir disculpas? ¿De verdad?—. Lo de Violeta estuvo mal. —Sus ojos se oscurecieron, mostrándome ese azul cobalto tormentoso, como si un montón de relámpagos y nubarrones se formasen dentro de ellos—. Su vida no dependerá de que te acuestes conmigo, retiro lo dicho.

Suspiré de alivio, mas al mismo tiempo, algo en mi corazón se encogió.

¿Qué mierdas me pasaba? Ya no estaba obligada a pasar por sus manos ni por su cama, debería estar feliz, ¿por qué no lo estaba?, ¿por qué la

sensación de alivio había sido tan corta y fugaz?

¿Acaso solo jugaba a molestarme y realmente no le interesaba tenerme sexualmente? Sería lo normal, teniendo en cuenta la cantidad de mujeres hermosas que debía tener a su disposición.

*«*Eso es bueno, María, que se fije en otras, que te deje en paz*»,* me dije a mí misma, sin lograr convencerme.

—¿Por qué ese cambio tan repentino? —murmuré, entregándole mi plato a Marcela. Ella puso un flan con un poco de nata sobre la mesa, también le sirvió uno a él—. Marcela, gracias, pero... no quiero.

—¿No le gusta el flan, señora? —cuestionó, acariciando mi hombro, su toque me relajó, ella era cálida, inspiraba protección y confianza.

El monstruo se mantuvo en silencio, tan solo mirándonos, con los dedos aún cruzados a la altura de sus carnosos labios, rodeados de esa barba recortada y morena.

—Es que... —me sonrojé por tener que decirlo delante de él— quiero hacer dieta.

—Y una mierda —rugió, chasqueando los dedos para que Marcela se retirase—. No has comido nada apenas, disfruta del postre conmigo.

Traté de inspirar profundo, busqué mis últimas gotas de paciencia, no encontrándolas por ningún sitio.

—Yo hago lo que quiero con mi cuerpo, ¿vale?, sé cuidarme.

—No, no sabes, te has intentado quitar la vida, eso demuestra que te quieres muy poco —contradijo, llevándose una cucharada de flan con nata a la boca, no pude dejar de fijarme en como la cucharilla rozaba sus comisuras, traté de desviar la mirada.

—Yo me quiero muchísimo. —Le reté—. Lo del suicidio ha sido por otros motivos.

—Tus motivos no son suficientes, así que si te quieres, entonces, solo me acabas de demostrar que eres débil.

La boca me llegó al suelo, su osadía no tenía límites, no mostraba el más mínimo pudor ni reparo por amarrarse la lengua y mostrar algo de tacto.

—He vivido cosas muy duras, Salvatore, tú no me conoces.

—Te aseguro que yo también. —Me cortó, y me vi obligada a guardar silencio—. Y jamás se me ha pasado por la cabeza quitarme la vida.

—Pero tú eres libre, yo no —farfullé, retirando el plato con el flan a un lado, no quería, estaba cansada de sentir que no valía lo suficiente por mi peso y que hicieran comentarios sobre mi cuerpo.

*«*Así llevas toda la maldita vida y nunca te ha importado, ¿será que ahora quieres sentirte delgada por él?, ¿acaso te interesa seducirle?*»*.

Malditos pensamientos intrusivos, joder.

Ahora era él quien se reía a carcajadas, pareciese haber escuchado el chiste más gracioso de toda su vida.

—Que soy libre, dices, tú eres mi propiedad, pero yo soy propiedad de cinco familias a cual de ellas peor.

Negué, no, no era así.

—Tú eres el jefe, tú mandas, ellos son tuyos, hacen lo que tú les dices.

Él me miró divertido.

—Veo que conoces muy poco del mundo al que perteneces, pequeña. —Se levantó de su asiento, arrastrando con los dedos su plato de flan hacia el mío, también se trajo la silla, agarrando un folio con un bolígrafo del comodín colocado justo detrás, se sentó a mi lado, cerca, tan cerca que su fuerte brazo rozó conmigo—. Este soy yo.

En la mitad del folio dibujó un monigote, del cual sacó cinco flechas, plasmando cinco monigotes más, poniéndoles nombre a cada uno de ellos.

—Eva, líder de la familia que se dedica a blanquear todo el dinero, Liu Yum, líder de la familia que se encarga del tráfico de órganos, ¿alguien te ha roto el corazón? Él te traerá uno nuevo. —Su humor negro no me hizo ni puñetera gracia—. Niko, líder de la familia que se encarga del tráfico de armas, rusos; Félix, el líder de los polvitos mágicos y, por último, Osorio, el rey de las nenas, como le suelen llamar.

Sentí asco hacia esa forma de nombrarle.

—¿Solo existen cinco familias en todo el mundo? Creí que cada país tenía a sus propios mafiosos. —Me sentí idiota por la forma en que lo expresé.

—Hay cientos y cientos de mafias, esto es como una pirámide, va por niveles, pero las grandes familias se encargan de controlar a esos subniveles, ¿entiendes? Y yo los controlo a ellos.

—Entonces tengo razón, tú eres el jefe.

—Sí, pero eso no quiere decir que sea libre, todo lo contrario. —Dibujó una flecha desde Osorio hacia él—. Cuando tu padre quiere drogas, contacta con Félix, pero si Félix se niega, él no le da mujeres, entonces, ambos ganan menos dinero, por tanto, yo pierdo también dinero, pues mi deber es lograr que el flujo siempre exista, para que todos se hagan jodidamente ricos, haciéndome rico a mí también. Yo estoy arriba en la pirámide porque ellos trabajan para mí, algo que requiere de un control

exhaustivo.

Imaginé a Salvatore siendo el profesor de una guardería llena de niños caprichosos y berrinchudos.

—Entonces, tú eres el que se encarga de que todos se porten bien y sean buenos entre ellos, ¿no?

—Exactamente, ¿sabes lo que es mantener la paz entre bestias? Algo muy complicado, María.

Hablar con él con tanta apertura y naturalidad me hizo sentirme cómoda. Por unos minutos, olvidé que me compró por treinta millones, que le odiaba, y que había intentado quitarme la vida hace menos de una hora.

—¿Se suelen pelear mucho?

—Todos los malditos días, ya sabes, siempre están quejándose de que Eva no les blanquea el dinero de forma correcta, la acusan de quedarse con una parte de más, aun así, los números coinciden y no puedo reprocharle nada —comentó, parecía gustarle hablarme de su trabajo, era como si necesitase tener esta conversación con alguien desde hacía mucho tiempo. Sin darme cuenta, olvidé también mi intento de dieta, llevándome una cucharada de flan con nata a la boca. Cerré los ojos al notar lo dulce y delicioso que estaba—. Después, Félix siempre se está quejando de que las armas que recibe de los rusos son una basura, pero lo cierto es que han mejorado muchísimo y son las mejores del mercado, él quiere armamento militar, es complicado llegar a ese nivel, nosotros vamos un paso por debajo de ellos.

Arqueé una de mis cejas, poniéndome cómoda en mi asiento, apoyándome sobre el posabrazos, él había olvidado su flan, tan solo conversaba conmigo, mirándome directamente a los ojos, pero no de forma intimidante, parecía tener la guardia baja.

—¿Por qué vais un paso por debajo de los militares?

—Porque ellos son los que nos suministran las armas, los gobiernos son corruptos, María, ¿crees que tienen suficiente con los impuestos? Claro que no, nosotros compramos las armas que ya no quieren cada vez que avanzan tecnológicamente.

Imaginé que debía ser como un teléfono móvil, el gobierno siempre quiere la última versión y cuando esta sale, les vende la antigua a los mafiosos.

Lo entendía.

—Debe ser un rompecabezas controlar todo eso.

Reconocí que, debajo del montón de mierda, de todas las cosas malas que pensaba de él, de todos los motivos que tenía para tenerle miedo, para

odiarle y detestarse, para aborrecerle y sentirme desgraciada por ser su mujer, debajo de todo eso, una parte de mí le admiraba. Definitivamente, no era fácil hacer lo que hacía, en absoluto.

—Un trabajo propio de hombres fuertes e inteligentes. —Dio un leve toquecito sobre su sien.

—¿Solo hombres? ¿No hay mujeres? ¿No puede haber una «Madre» de la mafia?

Él me miró como si viese algo intrigante reflejado en mí, su cuchara fue hacia mi flan, al final se terminó el suyo y no me di ni cuenta, me robó una porción.

—Por desgracia, la matarían, siempre debe estar acompañada del Padre.

Este mundo era jodidamente machista.

Su cuchara fue de nuevo hacia mi postre, tomando una parte justo de donde yo estaba comiendo, se lo volvió a llevar a los labios, ¿no le daba asco?

Me mantuve en silencio, sin decir una sola palabra, embobada con él, con su persona, con el misterio que presentaba, al final no me contó nada sobre Gabriel, ni sobre por qué no estaba obligada a acostarme con él.

La cucharilla volvió a tomar otra porción, pero esta vez no fue a su boca, fue hacia la mía, manteniéndose a la espera frente a mis labios.

—¿Eres escrupulosa? —Curioseó.

Sinceramente, me hallaba deseando abrir la boca, pero sabía que eso le complacería y no quería ser tan fácil.

*«*Lo que más le jodería, es enamorarse de ti*»*.

Las palabras de Petra resonaron en mi cabeza. Si seguía siendo tan estirada, era complicado que pudiese llegar a sentir algo, no obstante, ¿de verdad me estaba planteando el intentar enamorarle? Por Dios, que gilipollez.

—No soy escrupulosa, pero no quiero más flan.

Él hizo una mueca de disgusto, me pareció escuchar un gruñido salir de sus cuerdas vocales, llevó la cucharilla a su boca, saboreando el casi último pedazo, de nuevo, quedé embobada viendo cómo esta acariciaba sus labios.

Joder, ¿qué me pasaba?

Dejó el utensilio de mala gana sobre el platillo, Marcela llegó para llevárselo, nos ofreció una infusión digestiva, los dos rechazamos.

—Quiero que entiendas que lo que has hecho hoy, no puede quedar así. —Su mano agarró mi muñeca, acariciando con la yema la venda sobre esta—.

No seré tan duro, pero te castigaré cuando te portes mal, de ti dependerá el tener una vida feliz, o no.

Empalidecí, ya decía yo que estaba siendo demasiado gentil, así que de eso se trataba, quería hacerme entrar en confianza para acercarse y clavarme una puñalada por la espalda.

—¿Y cuál es mi castigo?

—Uno muy simple, bastante leve para la atrocidad que has hecho. —Su cuello volvió a curvarse, inspeccionándome lentamente, tomándose su tiempo, mi mente explotó al creer que le gustaba lo que veía—. No voy a tocarte sin tu permiso, pero esta noche vas a dormir conmigo.

Todas las alarmas se me dispararon, las mejillas se me encendieron como dos semáforos, tenía los ojos abiertos como platos, no sabía qué diablos hacer o decir.

—Por favor, nunca he dormido con un hombre.

—Tienes veinticuatro años, no eres un bebé, y estás casada, creo que ya va siendo hora de hacer ciertas cosas, ¿no crees?

—La edad no importa, lo importante es que sea la persona adecuada. —Alcé mi barbilla, mostrándome altiva—. No quiero dormir contigo.

Su bello rostro cabeceó de izquierda a derecha, dándome a entender que no aceptaría un «no» por respuesta.

—Como tú bien has dicho, soy el jefe, y aquí se hace lo que yo diga.

Detestaba que me tratase de esta manera, que no me diese elección a ser yo misma, sentía que, en vez de su esposa, era una simple mascota.

—Te odio tanto —susurré, queriendo hundir mis dedos en su cuello hasta dejarle sin respiración—. Dormiré contigo, pero quiero que sepas que será la peor noche de mi vida.

Él se recostó en su asiento, ojeándome, manifestándose lo suficiente satisfecho.

—También lo será para mí, cielo. —Su mano tomó la mía, conduciéndome despacio por el amplio comedor, mi piel ardió bajo su toque, era como si todo él fuese fuego y yo estuviese totalmente congelada. ¿Por qué tenerle cerca me derretía de esta forma? Era inviable, incoherente, una total necedad—. Sufriremos juntos— prometió, dejando un casto beso sobre la palma de esta. Sentir sus labios en esa zona hizo que me estremeciese, mi vientre se llenó de un intenso cosquilleo, los nervios se incrustaron en mis costillas, sacudiéndome. Aparté la mano rápidamente, caminando alejada de él por el pasillo hasta subir por las escaleras de caracol de antes.

Mi habitación estaba en la segunda planta en el ala izquierda, la suya a la derecha.

Cada uno en la punta contraria al otro, como debía ser.

—Por favor —clamé, caminando con la cabeza agachada. Si no fuese por la amenaza de dañar a ese pobre niño, saldría corriendo ahora mismo y montaría un numerito—. Suplico permiso para volver a mi habitación, y pido disculpas por haber intentado acabar con mi vida. —Me detuve, sin poder dar un paso más, estaba acobardada, no tenía valor de entrar y dormir con él.

Salvatore se llevó las manos a la cabeza, echando su cabello hacia atrás mientras inspiró profundamente y canturreó mi nombre como si fuese la causa de sus delirios.

—Primero me gritas que soy un hijo de puta y ahora me hablas como una conejita obediente, ¿quieres volverme loco?

Levanté los párpados, viendo una enorme puerta de madera blanca, del pomo colgaba un aro dorado, con dos gárgolas con cabeza de león a cada lado. Si ponía un pie ahí dentro, me desmayaba.

—Por favor —pedí, una vez más—. No estoy preparada.

Él dio un paso hacia mí, yo retrocedí.

—Te juro por mi vida que no te voy a tocar un solo cabello —prometió, con una convicción que logró engatusarme, tentarme, solo era dormir, solo debía acurrucarme a un extremo, hacia el lado de la pared y cerrar los ojos, habré pagado «mi castigo» y mañana será otro día.

—Pero, ¿por qué? Si me odias, no tiene sentido que quieras dormir conmigo. —De nuevo, se quedó callado, sin decir una sola palabra—. Estoy harta de que evadas mis preguntas.

—No las evado —dijo de inmediato—. Simplemente en este caso, no tengo respuesta.

El frío que recorría los pasillos me congeló, ya no sabía qué más decir o hacer, tampoco sabía si me decía la verdad o no, todo era confuso y extraño, todo, incluso lo que sentía dentro de mí.

Finalmente, decidí aceptar mi «castigo» (como si en algún momento hubiese tenido la oportunidad de negarme), dando un paso hacia él. Este abrió la puerta invitándome a entrar en una habitación que parecía propia de un rey.

Nunca vi tanto lujo, tanta elegancia, tanta exquisitez.

Libros y más libros ordenados en estanterías que llegaban hasta un techo

alto, el cual era de escayola blanca con relieves y en el centro poseía una cúpula con ángeles pintados.

Dos lámparas de diamantes en forma de lágrimas pendían de él, una cerca de los pies de la cama y otra casi sobre su escritorio, el cual era un antiguo, bonito y clásico mueble robusto de madera oscura casi negra. En él había una máquina de escribir junto a un ordenador portátil, esto despertó mi curiosidad.

—Me gustan las antigüedades —comentó, encogiéndose de hombros.

—Claro, por eso te cae tan bien mi padre.

Nos reímos a la vez, disimulando ese mínimo momento de complicidad con una expresión de desagrado, cada uno se fue por su lado.

Salvatore entró en el baño suite, escuché el agua correr, parecía que iba a darse una ducha, yo ya estaba en camisón y me acicalé antes de la cena, así que decidí dar un paseo entre sus libros.

Aprecié que estaban ordenados por aquello de lo que trataban, los había desde medicina, hasta política, también economía, historia, enciclopedias, criminología...

Vaya, parecía que Salvatore era un ávido lector.

Algo se encendió sobre mi cabeza al encontrar entre tanto libro para mentes inteligentes uno que no pintaba nada ahí.

Una novela de romance oscuro que leí hace unos meses, una de mis favoritas de hecho.

No pude evitar agarrar el tomo para abrirlo y echar un vistazo entre las páginas, lo acerqué a mi nariz inspirando, olía a su perfume.

Fui a la página uno, había una nota escrita en la que ponía el título de la novela.

«María Osorio, 24 años, le gusta leer novelas de romance “turbio”, esta es una de ellas, la leía mientras se comía un menú ahorro del burger».

Era su caligrafía, no había duda, ¿así que me había estado espiando?

—El libro no me gustó. —Al escucharle, di un sobresalto, este se me escapó de entre las manos, logré atraparlo en el aire—. Pero el menú ahorro estaba bueno.

—¿Me espiabas? —Mi voz salió como el pito de un pato de goma, pues no esperaba encontrarle con el cabello húmedo, totalmente desnudo, con unos simples boxers negros ocultando su zona íntima.

Parecía fuerte, cachas y en muy buena forma bajo esos caros trajes, pero sin nada, su cuerpo era una odisea. Se veía como una maldita escultura

tallada por los mismos dioses. No podía explicarlo, juraba que no era de este mundo y que no tenía el suficiente vocabulario para describir lo que mis ojos estaban viendo.

Se movió hacia mí, como una bestia hambrienta a punto de cazarme, activé la guardia, sin dejar de apreciar el movimiento de sus hombros, de sus bíceps, de sus pectorales, de la V marcada al final de su duro y trabajado abdomen.

Mierda, ¿estaba sudando?

Al pasar por mi lado, se dejó caer de espaldas en la cama, con las manos tras la nuca, mostrando unas axilas masculinas y preciosas, era el tío más atractivo que vi en mis jodidos veinticuatro años, y aunque me jodiese muchísimo, creo que nunca vería nada igual.

—No sabía que te iban los tatuajes —susurré, sin haber tenido respuesta a la primera pregunta, la cual sí que estaba siendo evadida esta vez—. No tienes pinta de ello.

Tenía calaveras y cuervos tatuados a lo largo de uno de sus brazos, pude leer también la palabra *madre*, creí que él y Penélope no se llevaban del todo bien, por tanto, me sorprendió.

—¿Vas a venir o te vas a quedar ahí mirándome? Al final el que va a tener miedo voy a ser yo.

Le lancé el libro, maldiciéndole, él lo atrapó al vuelo.

—¿Por qué me espiabas?

Se incorporó sobre las mantas de terciopelo color crema, hacían un paisaje precioso mezcladas con el tono casi canela de su piel.

—Tengo la costumbre de querer saberlo todo antes de matar a una persona.

Me mantuve en pie, no era capaz de ir a su cama y recostarme junto a él.

—Pues sigo viva.

Su mirada brilló, intensa y perversa, cada día estaba más segura de que ese cuerpo albergaba algo demoníaco.

—Porque aún no lo sé todo de ti. —Contoneó las palabras en su boca—. Reconozco que está siendo complicado conocerte, cariño.

Me alejé de la cama dos pasos, estaba dispuesta a dormir en la silla, pasar la noche de pie, o tumbarme en la alfombra.

—Para mí también lo está siendo, tampoco sé quién eres.

—¿Acaso te interesa saber cosas sobre mí?

—Sí.

—¿Y eso por qué? —Su mano agarró el mando de la calefacción, poniéndola alta, muy alta, tan alta que mi cuerpo no tardó en empezar a sudar—. Puedo hacer que tengas la necesidad de quitarte la ropa y también que te congeles de frío y vengas a pedirme calor, ¿qué prefieres?

Hijo de puta.

No pensaba quitarme la ropa, aun hiciese quinientos grados aquí dentro, aun me cocinase como una maldita gamba en agua hirviendo.

—Hiciste la promesa de no tocarme.

—Yo no he dicho que te vaya a tocar. —Sonrió ladino—. ¿Por qué quieres saber cosas sobre mí? —Volvió a apretar los botones, subiendo la calefacción más y más.

Me vi en la necesidad de abanicarme con la mano.

—A mí también me gusta saberlo todo de mis enemigos.

Se recostó de nuevo sobre las almohadas en la cama, espatarrado, otra vez con las manos tras su nuca, dejando de jugar con el mando por ahora.

—¿Soy tu enemigo?

—El que más odio, después de mi padre.

—Vaya, no sabes cuánto me gusta que tengamos tantas cosas en común. —Inclinó el cuello hacia un lateral, echando un vistazo a la temperatura que marcaba la calefacción—. ¿Piensas sudar como un pollo toda la noche?

Mis dientes se apretaron, arañándose entre ellos.

—Sí.

Asintió, volviendo a jugar con el mando entre sus dedos.

—Bueno, otra vez será, en agosto cuando estemos a cuarenta grados, no lo aguantarás igual de bien. —Comenzó a bajar los grados de golpe, llevando el aparato a una temperatura muy, muy baja—. A ver qué tal se te da el frío.

Estábamos en invierno, de por sí ya hacía un frío que calaba hasta los huesos y él estaba tan solo en ropa interior, era imposible que enfriase la habitación tanto como para...

En pocos minutos, estaba temblando.

Los dientes me castañearon viéndome obligada a abrazarme a mí misma, él siguió en la cama espatarrado, sin mostrar debilidad, sin parecer que le importase que estuviésemos dentro de una jodida nevera.

—¿Tú no sientes nada o qué? ¿Estás hecho de piedra? —me quejé, entre temblores que sacudían mi cuerpo, decidí sentarme sobre su silla, encogiéndome, haciéndome casi una bolita—. Eres tan malo que hasta el frío te aborrece —murmuré entre sollozos a causa de los escalofríos.

No iba a ceder, no iba a buscar su calor.

—Si me das un beso, paro.

Otra vez, volvió a desestabilizarme por completo.

—¿Y por qué mierdas quieres tú un beso mío?

—No lo quiero, pero sé que te jode, y joderte me hace disfrutar tanto que estoy dispuesto a sacrificarme. —Cogió su teléfono móvil, llevándoselo al oído—. ¿No vas a venir a la cama entonces, María?

—¡No! —chillé en voz alta y clara para que me dejase en paz de una jodida vez.

Parecía que a quien estaba llamando, contestó con rapidez.

—Mateo, sube un caimán a mi habitación.

—No, ni hablar, ¿un caimán?, ¿pero tú estás loco?, ¿quieres que muramos los dos?

Salvatore colgó la llamada, apreciando la altura de la cama.

—No podrá subir, traerá un bebé, pero si no vienes, es posible que te lleves un buen mordisco.

Se puso en pie, tomando los bordes de las mantas para colocarlos sobre el colchón de forma que solo estuviesen las patas de la cama sobre el suelo, así el caimán no podría trepar, volvió a tumbarse, mirándome con una sonrisa radiante.

Alguien llamó a la puerta, sobresaltando mi corazón, era incapaz de creer que esto fuese cierto.

—Adelante, Mateo.

El matón entró con el bicho entre sus brazos, tenía una cinta que le mantenía la boca cerrada, Salvatore hizo un gesto para que lo liberase y le quitase la cinta, este comenzó a correr con sus patas hacia mí, grité como una completa loca, subiéndome a la cama de un salto.

—¡Mierda! ¡Mierda, joder! ¡Saca ese bicho de aquí!

Mateo inclinó la cabeza en señal de respeto, cerrando la puerta, Salvatore apagó la luz con dos palmadas.

—¡No! no, no, no, ¡joder! ¡quiero luz! ¡necesito saber dónde está! —Comencé a aplaudir como una desquiciada, las luces no se encendían, ni las malditas lámparas me tenían en cuenta en esta casa—. ¡Salvatore! ¡Por favor!

Mi cuerpo chocó con el suyo, estaba cálido, desprendiendo ese aroma que envolvía e hipnotizaba, sus dedos tiraron de la manta, cubriendo mi cuerpo helado, apretándome contra su pecho. Una fiebre repentina se adueñó de mi

ser, sentí que estaba flotando entre las nubes, con cientos de mariposas viajando por cada rincón de mi cuerpo. Incapaz de conseguir descifrar el porqué sentía esto cuando debería sentir asco, traté de mantenerme inmóvil, con el corazón martilleando en mi garganta, amenazando con salirse por la boca y caerse al suelo.

—No puedo dormir con ese bicho aquí, por favor —supliqué una vez más, dándome cuenta de que me estaba abrazando con mucha fuerza, nuestros cuerpos se hallaban totalmente unidos. Mi mano se atrevió a palpar su antebrazo, era fuerte, jodidamente fuerte, me avergoncé y retiré los dedos de inmediato.

—Toca lo que quieras, nena, yo también soy tuyo.

Mi sexo palpitó, de nuevo estaba apretando los muslos, tratando de evitar mojarme como una imbécil, repito que esto debería desagradarme, mucho, muchísimo.

—Cumple tu promesa. —Le recordé.

—No te estoy tocando, mis manos están fuera de tu cuerpo, y te he dicho que tú puedes tocarme a mí, eso no tiene nada que ver con mi promesa.

Resoplé, dejando caer mi cuello agotado sobre la almohada, era cómoda y confortable, como dormir sobre un cielo esponjoso.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra, Carusso?

—Siempre, Osorio.

Una punzada se me clavó en el estómago.

—No me llames así.

Percibí sus movimientos entre las sábanas, como si fuese una jodida anaconda, seguí sin ser capaz de digerir que teníamos un caimán caminando por el suelo. Su barba acarició el hueco entre mi mejilla y el hombro, los cosquilleos en mi zona íntima se intensificaron, era como si me estuviese quemando en una hoguera literalmente, a pesar del frío, me tenía ardiendo.

—Para de una maldita vez —cuchicheé, tratando de darle una patada, él detuvo mi golpe con su otra pierna, estaba cumpliendo con creces lo de no tocarme.

—Si no te gusta dormir conmigo, puedes bajarte de la cama y volver a tu habitación, pero cuidado con el caimán.

Hijo de...

No me cansaría nunca de decirlo.

Era malo, joder, muy malo.

Su barba volvió a acariciar mi piel, sentí sus labios suaves como un

melocotón recorrer la zona de detrás de la oreja, me estremecí bajo su fuerte agarre, esto era inmoral y jodidamente impropio, pero sabía delicioso.

No podía dejarme llevar, no podía permitirme ser seducida por el enemigo. Debíamos seguir odiándonos hasta el final, no podía perder la fijación de mi meta, la libertad.

—¿Cuándo haremos el amor, esposa?

No me estaba tocando, no me estaba estimulando, no hacía más que mantenerme apretada con sus fuertes brazos contra su pecho y acariciar mi cuello con sus labios, pero nunca sentí tanto placer como en este momento. Encontrándome totalmente excitada y capaz de llegar al clímax tan solo con esto.

No, joder, no, era impensable, era incorrecto. No le daría el placer.

—Nunca.

—¿Segura? —Apretó aún más, logrando que mis pechos estuviesen presos de su agarre, lo hizo a posta, se moría por tocarlos, lo sabía—. Sería increíble, podría hacerte sentir sensaciones que ni siquiera imaginas, pequeña, ¿no quieres que te enseñe a correrte como una verdadera mujer? ¿No quieres subir conmigo al cielo?

No le escuches, no te dejes, no caigas.

—Estoy tan acostumbrada a vivir en el infierno, que ya no anhelo nada de ahí arriba. —Me retorcí, tratando de verle, a pesar de la oscuridad, podía apreciar el perfil de su rostro—. No me entregaré a ti, aunque sepas cómo tocarme y excitarme, aunque seas atractivo, nunca olvidaré que hay un monstruo en tu interior.

Su agarre flojeó.

—Bien —habló con voz ruda, parecía enfadado—. Entonces, yo tampoco olvidaré que eres María Osorio, luego no vengas a pedirme piedad.

Me soltó con lo que pareció ser un empujón, dejándome al otro lado de la cama, el cual estaba frío, era como quedar abandonada sobre una piedra hielo.

Su mano volvió a coger el mando de la calefacción, adaptando la temperatura a una más adecuada, encendió la lamparita y se levantó a coger un libro, el caimán salió huyendo despavorido en cuanto sus pies se posaron en el suelo, hasta esos bichos podían oler el mal.

Acto seguido, volvió a recostarse, poniéndose unas gafas de pasta negra que descansaban sobre su mesita, si antes se veía guapo, ahora...

Su mano derecha fue hacia atrás, en su nuca, y la izquierda, mantenía un

libro, era *El Cisne Negro*, de Nassim Nicholas.

Me acomodé entre las mantas, tapándome hasta el hombro, cerré los ojos, tratando de dormirme, no obstante, parecía complicado.

Él no volvió a dirigirme la palabra en toda la noche, de vez en cuando le escuchaba pasar alguna página, no pudiendo evitar pensar qué hubiese pasado si en vez de rechazar, le aceptase la propuesta, si ahora me sentiría mejor de lo que me sentía, o peor.

Me enfadé por hallarme divagando entre estas ideas, estaba claro que entregarme a este hombre era lo peor que podía hacer, y que haría todo lo posible por evitarlo, aunque me costase la vida.

*«*Nunca seré tuya, Salvatore*»*, prometí en mi mente y él pareció leer mis pensamientos, pues me miró de reojo con una expresión desafiante, y yo los cerré apretando los párpados para fingir estar dormida.

CAPÍTULO 10

Salvatore



Me levanté temprano para atender algunos asuntos, los líderes de las familias nunca estaban contentos.

Todos los días, cuando abría los ojos, sabía que iba a tener problemas y, por supuesto, tenía que solucionarlos yo.

Corrí sobre la cinta un buen rato, peleé con el saco de boxeo y practiqué un poco de calistenia, estar fuerte y ágil era una necesidad cuando cada día podía ser el último y, además, no debías fiarte ni de tu sombra.

Tras darme una ducha de agua helada para activar todos mis sentidos, salí del baño con una toalla liada a la cintura y otra secándome el pelo, la dejé reposar sobre mis hombros mirando el lado de la cama en el que ella durmió anoche.

Cuando volví, ya no estaba. Sabía que no salió, mis hombres y Petra la tenían bien vigilada, bajó a la biblioteca, husmeó entre mis libros, se sentó en mi despacho y me insultó en voz alta unas nueve veces. Suponía que mentalmente muchas más.

Esta vez solamente estuvo sobre mi escritorio leyendo las biografías de los antiguos líderes de las cinco familias. Eran obligados a entregar sus memorias a la biblioteca del Padre de la mafia cada año, algo de sumo valor, era nuestra historia, lo que nos hacía ser quienes éramos y lo que nos podía evitar caer en una guerra que acabase destruyéndonos.

Obviamente cada familia contaba lo que quería, todos los hechos no eran verídicos y faltaría mucho por contar, aun así, seguía siendo importante.

Mi biografía estaba guardada bajo llave, en la caja fuerte. Cuando Gabriel fuese adulto, si me demostraba ser digno de mi confianza, sería el único en tener acceso a ella.

El teléfono sonó, el personal, no el de trabajo, contesté sabiendo que era

Marcos, mi mejor amigo de la infancia.

Él no pertenecía a ninguna de las familias líderes como miembro, pero trabajaba para Eva. Nos conocimos siendo muy niños. Así que también era parte de la mafia.

—Marcos, pensaba que ya estabas muerto, tanto tiempo sin saber de ti. —Me tiré en la cama, suspirando al ver de nuevo su sitio vacío, su maldito olor dulce llegó otra vez a mi olfato, recordándome que anoche estuvo aquí y no hubo manera de conquistarla.

—Papá Carusso. —Me llamó por mi apodo más conocido—. Dicen las malas lenguas que te has casado.

—Sí, también se le puede llamar así. —Arqueé las cejas, pensando que este matrimonio no estaba siendo nada de lo que esperaba.

—¿Y qué tal va? Todos estamos deseando conocer a la hija de Osorio, nadie le ha puesto nunca cara, la tenía bien escondida, algunos ni sabían de ella.

Osorio... cuando te cogiese, maldita rata.

—Pues... es todo lo contrario a su padre.

—Entonces imagino que es guapa.

Sonreí, sintiéndome ridículo por ello.

—Es lo que me hizo querer casarme.

Una carcajada llena de diversión se oyó al otro lado.

—Espera, ¿me estás diciendo que Salvatore Carusso, el soltero de oro, el hombre con el que sueñan todas las mujeres, aquel al que ninguna logra impresionar ni complacer, ha decidido casarse no por negocios sino porque se ha enamorado? Mierda, debe ser una jodida diosa.

Ahora nos estábamos riendo los dos.

—Nunca dije que me haya enamorado, sabes bien que un mafioso nunca se enamora.

Esas parafernalias del amor, en nuestro mundo, resultaba totalmente ridículo, solo pensarlo ya causaba risa. ¿Qué mujer en su sano juicio amaba a un tirano? Ninguna, en realidad, todas odiaban a sus maridos, pero fingían adorarlos porque estaban destinadas a ello, nacidas para ello, criadas para ello, educadas para ello.

No servían para nada, las privaban de estudios, de dinero, de medios, solo podían aspirar a ser compradas por un mafioso que tuviese una mano floja y las dejasen «respirar», alguien con quien pudiesen «tolerarse» y vivir una vida de lujos.

Conocía de matrimonios que nunca habían llegado a dormir juntos, algunos solo sabían sus nombres los unos de los otros, teniendo vidas privadas por separado.

Y qué hombre, destinado a pelear contra la muerte, despojado de su corazón, rodeado de enemigos, ¿podía confiar en una mujer que solo estaba a su lado porque había pagado un alto precio por ella?

Algunos padres vendían a sus hijas para que estas les filtrasen información de sus maridos y así ganarles terreno, eran auténticas víboras, víboras que no dudarían en matarte si pudieran.

Como Eva, que llegó a ser la líder de su familia por cargarse a su marido, las malas lenguas dicen que se lo comió vivo.

Aunque en mi caso era distinto, ya que nunca podría existir una «Madre» de la mafia, y mi muerte, significaría la muerte de mi esposa, a no ser que...

Decidiera casarse con otro mafioso para que este ocupase mi lugar, como hizo Penélope.

Ni hablar.

Nadie ocupará mi lugar, y nadie se quedará con mi esposa.

—Tú decías que estarías soltero para siempre, que adoptarías a un niño y le convertirías en tu heredero, pero que no tendrías a una mujer bajo tu techo jamás.

Mientras escuchaba las palabras de Marcos, ponía los ojos en blanco y le remedaba, como si ya me supiese de memoria todo lo que me iba a decir.

—¿Y? ¿Está prohibido cambiar de opinión o qué?

—No, pero debe ser muy especial para haber despertado en ti tal cambio.

Resoplé.

—No tiene nada que ver con el amor, te lo puedo asegurar, ni de lejos.

—¿Entonces?

Marcos sabía de lo Mía, sabía que quería a Osorio muerto y estaba de mi lado en esto, pero desde que supe que tenía una hija, hasta mi decisión de matarla, no estaba al tanto de lo sucedido.

—Mandé a Dominic a casa de Osorio en busca de pruebas que le inculpasen por lo de Mía, también en busca de la propia Mía.

—Sí, y también mandaste a Petra a vigilar a Dominic y aclarar tus dudas sobre si era un traidor o no.

Exacto.

No era un traidor del todo, pero tampoco fiel del todo. Y a mí me gustaba el todo o NADA.

Cuando eres el Padre, nunca puedes permitirte las cosas a medias.

—Marcos, tiene la cara de un ángel. ¿Cómo matas a un ángel?

Silencio.

—La chica no tiene culpa de lo que haya hecho ese viejo, no debiste ser tan radical, Salvatore.

Tragué saliva entrecerrando los ojos.

—Mi hermana tenía doce años, tampoco tenía culpa de absolutamente nada, ¿y quién le hace justicia?, el que se la haya llevado sigue respirando.

—Así es como empiezan las guerras, Carusso.

—Si es por Mía, como si empieza el fin del mundo.

Escuché cómo Marcos se encendía un cigarro, por los sonidos que podía distinguir había una mujer haciéndole un trabajito al otro lado y dudaba que fuese su esposa.

Y yo aquí, con un jamón ibérico en casa y pasando hambre.

—Bueno —dijo finalmente—. ¿Y el hecho de tener cara de «ángel» fue suficiente para querer casarte y renunciar a tu libertad?

—¿Desde cuándo un mafioso renuncia a su libertad por estar casado? Tú lo estás y te la están comiendo ahora mismo.

El trabajito que le estaban haciendo a mi colega llegó a su final feliz, teniendo que apartarme el teléfono pues me produjo bastante asco imaginarme la escena.

—No lo sé, explícamelo tú, era la excusa que siempre me ponías.

Marcos era gilipollas.

—Se la quería quitar a Osorio ¿vale?, punto y final, así que como no pude matarla, me casé, y ya.

—Podrías haberla secuestrado.

—Eso sí que iniciaría una guerra, tampoco soy imbécil, Marcos, aunque sea el Padre de la mafia, hay límites que no puedo pasar. —Sonreí lascivo, con una sonrisa pecaminosa en los labios—. Igualmente es como si estuviese secuestrada, solo que, por ese papel firmado, puedo exhibirla en público y exigirle atención.

—¿Y qué opina ella de todo esto? Supongo que se le habrá subido a la cabeza, se sentirá la reina del mundo por ser tu mujer.

Mi cara era un completo desastre en este momento, si pudiese llamar a mi expresión de alguna forma, la llamaría «decepción a niveles estelares».

—Me odia, me detesta, me tiene asco, no quiere que la toque, y para que durmiese esta noche conmigo en la cama, he tenido que traer a un caimán.

—...tío, preséntamela.

El alma se me retorció dentro del cuerpo, no es que me sintiese celoso de Marcos ni mucho menos, pero odiaba compartir, siempre lo odié, desde niño, era el ser más egoísta que existía en el mundo.

—Dominic acabó con un disparo en la cabeza después de mirarle las tetas, ten cuidadito, Marcos.

—¿Perdona? Me estás diciendo que después de todos los deslices de Dominic, y todas las veces que has hecho la vista gorda, de las cientos de millones de pruebas que te hemos dado Petra y yo para que se lo eches a los caimanes y has pasado de nuestra cara, ¿lo has matado por mirarle las tetas?

—Más o menos, sí.

—Tú estás enamorado.

Me pasé la mano por la cara en un acto de estar agotando la paciencia, estaba harto de que me dijesen lo mismo una y otra vez.

—¿Cómo voy a estar enamorado? Nos conocemos de hace una semana, nos detestamos, yo no la aguanto, y ella a mí tampoco.

—¿Y por qué te ha jodido tanto que le miren las tetas? Mi mujer se folla a otros y me la suda, con tal de que no se me acerque... todo bien.

—Tú siempre dejabas que otros niños jugasen con tus cochecitos, yo no.

—Como mínimo, te gusta.

¿Me gustaba?

Pensé de nuevo en ella, en su figura bajo ese ligero camisón, en su pelo largo y rubio, en sus mofletitos de niña buena, en esos ojos grandes, avellanados, con tanta luz, con tanta chispa. Aquellos labios carnosos y ese perfil ovalado, su simetría perfecta, su cara perfecta, su belleza perfecta, dada de otro mundo, porque en este, las mujeres no eran tan guapas de forma natural.

Su olor cuando la tuve aquí entre mis brazos, contra su voluntad, pero la tuve. Su piel suave, su terquedad, su necedad, su resistencia a entregarse a mí.

Era una mujer digna, con una dignidad que antes no conocí en ninguna otra persona, una dignidad que ni yo tenía.

María era pura, era de verdad, era sin duda, la joya de más valor entre toda la riqueza que poseía Osorio, y ahora era mía, comprada al ridículo precio de treinta millones. Eso no era nada, absolutamente una miseria, comparado a lo que esa mujer valía.

—Bueno, sí, me gusta, pero solo es curiosidad, porque está buena,

¿entiendes? En cuanto me la... —mi soldadito se empezó a despertar tan solo con la idea de tenerla de esa manera— se me pasará.

—Vaya, Carusso admite que una mujer le agrada, eso no ha pasado en mis treinta años de vida.

Mi sonrisa se amplió a lo largo de las mejillas.

—Ni en los míos.

La puerta sonó con tres golpes secos, me despedí de Marcos, planeando quedar esta noche con su esposa y María, para que se conociesen.

—Salvatore. —Penélope me miró con cara de indignación, como si algo horrible estuviese pasando—.Tienes que bajar a la cocina y poner orden ahora mismo, esto es una vergüenza.

MARÍA



Paseé por los jardines, con Petra a mi espalda con una metralleta entre las manos, no hablamos sobre nada, me mantuve en silencio, observando la calma de las flores y la paz de las nubes flotando por el cielo. Me gustaba ver a los pájaros volar, ser libres, ir a donde quisieran. Si existía la reencarnación, me gustaría en mi próxima vida, ser un pájaro.

A veces desearía abrir las alas y despegar del cielo, cruzar el mar, alejarme de las personas, a ellas solo les importaba el dinero, la reputación, la fama y a saber qué otras cosas más.

Yo solo quería ser yo, existir, conocerme, descubrirme, pues nunca tuve oportunidad de ser yo misma.

¿Quién hubiese sido en otra circunstancia? ¿Profesora? ¿Escritora? ¿Pediatra? ¿Veterinaria? ¿Cajera en un supermercado? También me gustaba mucho cocinar, y los dulces, ¿quizás pastelera?

¿Cómo hubiesen sido mis amigas? ¿Cómo se sentiría salir de compras y tener un día de chicas? Ganar mi propio dinero, tener mi sueldo, un sueldo ganado dignamente, creer en la bondad de las personas, enamorarme de un buen hombre.

—Señorita, eso debería hacerlo yo —comentó Marcela, sentada en la silla al lado del lavadero, tomándose una tila que yo misma le preparé. La pillé llorando a solas en la cocina cuando volví del paseo, estaba muy nerviosa.

Era la primera vez que veía a Marcela sin su pintoresca sonrisa pintada en la cara.

—Me encanta cocinar, Penélope no está, y Salvatore anda por ahí haciendo a saber qué, nadie se dará cuenta. —Le guiñé un ojo—. No sé qué la tiene tan triste, Marcela, pero seguro que se arregla.

Ella renegó, haciendo gestos de negación con la cabeza, dando otro pequeño sorbo a su tila.

—Es una cosa muy difícil que ya doy por perdida hace mucho, y por favor, tutéeme.

—Tú a mí también —pedí, acercándome para agarrarle las manos, las tenía estropeadas por tantos años limpiando—. Si necesitas alguien con quien hablar, aquí estoy, ambas somos presas de nuestros secretos, no estaría de más tener a una persona en la que confiar.

No sabía hasta qué punto podía bajar la guardia con Marcela, pero reconocía que ella me inspiraba una confianza que los demás no.

Petra solo a ratos, pero ya vi que era una traidora y estaba cien por cien de parte de Salvatore.

Sus manos agarraron las mías con fuerza, temblaron un poco, la forma en que me miraba revelaba que se estaba debatiendo también en si debía confiar en mí, o no.

—Antes de anoche, el señor estuvo a punto de morir, se llevó a pocos hombres, no sé por qué hizo eso, siempre es precavido.

Fruncí el ceño.

—¿Salvatore estuvo a punto de morir?

Ella asintió, dos lágrimas enormes bajaron por sus mejillas, ¿tanto le dolía que pueda pasarle algo malo a ese cretino?

Era extraño, porque mi pecho dolió un poco, como si un atisbo de preocupación se estuviese despertando en mi interior. Claro, si él moría, a saber qué haría la piraña de su madre conmigo, era eso, solo me preocupaba por mi seguridad, no por él.

—Espero que ese idiota no vuelva a ponerse en riesgo, se confía demasiado. —Su voz se quebró en las últimas palabras, sonándose en un pañuelo, le acerqué la tila para que bebiese un poco más.

—Él sabe cuidarse muy bien, Marcela, es un hombre fuerte, el hombre más fuerte que he conocido, y eso que solo llevo apenas una semana aquí. —Traté de animarle—. También es inteligente, todo un hueso duro de roer.

El agujero negro dentro mi pecho seguía comiendo terreno, haciéndose notar más y más. Mierda, ¿qué me pasaba?

Si Salvatore moría, escaparía, estaría bien, sabría buscarme la vida, no debía sentir miedo.

Pero el miedo no se iba, y la idea de que le sucediese algo, me asustaba, mucho.

«¿Sería por eso que me pidió dormir con él? ¿Necesitaba afecto tras una dura noche?».

—Cada vez que sale por esa puerta, siento que puede ser la última vez que le vea. —Logró decir al fin, consiguiendo recomponerse un poco.

Sentí una gran ternura por ella y algo de alivio, si esta buena mujer le quería tanto, no debía ser tan malo.

—¿Aprecias mucho a Salvatore? —cuestioné.

Esto hizo que ella explotase en lágrimas, no entendí por qué, pero me sentí

culpable, como si acabase de hacer una pregunta que nunca debí.

Me abrazó, y yo la rodeé con mis brazos, apretándola para ofrecerle consuelo, sus lágrimas mojaron mi blusa por encima del hombro, me produjo dolor verla tan rota, quería poder ayudarla de alguna forma.

—No podrías entenderlo.

—Todo se entiende si hay una explicación.

—Ese es el problema, María, no la hay.

Nos desunimos, mirándonos en silencio, Marcela terminó de beber lo último que le quedaba de la tila, entregándome el vaso vacío con el sobrecito dentro.

—Todo tiene explicación en este mundo, Marcela.

—Algunas cosas no. —Torció el rostro hacia el otro lado, evitando el contacto visual.

Me di por vencida, lo último que necesitaba esta mujer era que la agobiasen.

Decidí terminar de cortar la carne de ternera para meterla en la olla, la removí a fuego vivo, vertiendo un buen chorro de vino tinto que le aportaría dulzor a la salsa y potenciaría el sabor.

—¿Mamá? —Escuchar esa voz hizo que diese un sobresalto, el cuchillo con el que estaba pelando las patatas se me cayó de las manos, al girarme, vi a un jovenzuelo escuálido, bastante alto para tener solo ocho años según me comentó Marcela, pero con un rostro aniñado y angelical. Sus mejillas estaban pobladas de pecas, llevaba el pelo algo largo, en ondulaciones trigueñas que recordaban a un campo de cereales, sus ojos rasgados me miraban con tristeza, posiblemente fuese un niño que nunca conoció la felicidad.

Sentí ganas de llorar al verle, cayéndoseme el alma al suelo. Pensé que todo lo que yo sufrí en casa de Pepe Osorio, no era ni una cuarta parte de lo que este pobre muchacho debió pasar, pues su aura destilaba un dolor que ningún niño debería sentir jamás.

—Gabrielito. —Marcela le llamó, él corrió hacia ella, dándole un abrazo —. ¿Cómo ha dormido mi campeón?

—Bien, he dormido, he desayunado y he vuelto a dormir, me gusta mi cama —respondió, mirándome de reojo, tenía mucha curiosidad.

Me sentí increíblemente mal, se suponía que era la madre de este niño y no le di atención ni una sola vez, no como una madre debería hacerlo. Pero estaba esperando a los pasos de Salvatore, no sabía de qué iba todo esto.

Ahora veía que en serio.

—Anda, ve con tu madre. —Le empujó Marcela hacia mí, haciéndome un gesto de «por favor, dale cariño, lo necesita».

Él vino con pasos cortos, como ofreciendo resistencia, yo me agaché un poco para estar a su altura, no quise invadir su espacio, algo me decía por dentro que ya lo invadieron demasiado.

El corazón me crujió, como si fuese de cristal, sentí un pedazo desprenderse y hacerse trizas en el suelo.

Hijos de puta.

—Hola —murmuró con una voz cantarina y sosegada, llena de timidez.

—Hola, Gabriel —respondí en un tono tranquilo, ofreciendo mi mano para que la estrechase solo si a él le apetecía—. Bienvenido a esta casa de locos.

Mi comentario pareció sacarle una sonrisa.

—¿Es una casa de locos?

Asentí.

—Ya lo creo, empezando por tu padre, es el rey de los locos.

No pude imaginar la cara que se le quedaría a Salvatore cuando Gabriel se lo contase.

Sus pequeñas y pobladas cejas se arquearon de forma dispareja.

—¿Mi padre es el rey de los locos? Ah, por eso todos le tienen miedo. —Se cruzó de brazos y levantó la barbilla, como si se sintiese orgulloso—. ¿Tú eres la reina de las locas?

—No. —La comida empezó a hervir, corrí a bajar el fuego antes de que se quemase—. Yo soy la reina del estofado de ternera, cuando lo pruebes, no podrás parar de comer.

Gabriel se sentó a mi lado, moviendo las piernas balanceándolas.

—El sacerdote amarillo hacia un buen estofado, pero la carne estaba un poco dura y me dolían los dientes al masticar.

—¿Sacerdote amarillo? —Busqué respuestas en Marcela, que tan solo se encogió de hombros dándome a entender que no tenía ni idea.

Sacerdote amarillo.

¿Este niño vino de un convento o algo así?

Cuánto más sabía, más miedo me daba la realidad.

—Bueno. —Me puse los brazos en jarra—. ¿Y usted solo piensa estar ahí mirando? Ven a ayudar a tu madre. —Señalé a mi izquierda—. Venga, es hora de rebozar croquetas.

En cuanto vio la masa se le salieron los ojos de la cara, abrí el grifo para

que se enjuagase bien las manos, lo hizo dando saltitos de impaciencia.

—¿Tienen que tener forma ovalada sí o sí? ¿No se les puede dar otra? —murmuró.

—¡Las croquetas son croquetas porque tienen forma de croquetas! —reprendió Marcela entre risas, desde la silla, ya parecía estar más animada.

—Pero —puntualicé— podemos hacerla en forma de corazón, y serán coracretas, ¿qué me dices, Gabriel? ¿Hacemos croquetas o coracretas?

—¡Quiero tortucretas!

Tortucretas.

—Eso es un poco complicado de hacer. —Agarré un poco de masa, siendo incapaz de darle la forma de una tortuga, él lo intentó, nos quedó algo parecido a un churro engurruñado, empezamos a reírnos.

Mi tortucreta, parecía más bien una mierdacreta.

Alguien entró en la cocina, de forma violenta, como si estuviésemos haciendo algo horrible. Marcela se levantó rápidamente, aplanándose el delantal, buscando algo que hacer.

—¿Lo ves? —inquirió Penélope. Salvatore nos miraba de brazos cruzados, estaba sin camiseta, con el cabello húmedo y el pantalón del pijama; traté de desviar la mirada hacia otro lugar—. Marcela sentada de cháchara cuando debería estar trabajando, el niño con las manos metidas en la comida y tu mujer...

—¿Yo qué? —alcé la voz—. ¿Tanto te hostiga que esté cocinando en vez de haciendo pilates y comiendo palitos de zanahoria?

Penélope vino hacia mí, y yo hacia ella.

—Escúchame bien, Osorio, tú no vas a venir a mi casa a...

El brazo de Salvatore se interpuso entre ambas.

—Yo no he venido a tu casa a nada, tu hijo me ha comprado, si no te gusta, dile que me devuelva —escupí, con la masa de mi tortucreta aún en la mano, tenía ganas de tirársela a la cabeza.

—¡Basta! —Salvatore levantó la voz, haciéndonos a las dos guardar silencio—. Mamá, no están haciendo nada malo, que sea la última vez que me molestas por una chorrada así.

Ahora era él quien estaba frente a ella; yo quedé a su espalda, no me había dado cuenta de lo fuerte y ancha que era, sus músculos se pronunciaban con cada uno de sus movimientos, estaban en tensión, le vendría bien un masaje.

Suponía que con lo podrido de dinero que estaba podría pagar en cualquier

sitio para que se lo hiciesen. Si es que no se los hacían ya.

—Por favor, no peleen, es mi culpa. —Marcela habló en voz baja, tratando de formar cordialidad—. Me encontraba mal y la señora María se ofreció a ayudarme, entonces...

Penélope le cruzó la cara de un guantazo.

—Que lleves tantos años con nosotros no significa que puedas comportarte como si fueses una más.

Mi boca quedó abierta, tan abierta que dudé ser capaz de cerrarla en meses. Salvatore estaba congelado, sus ojos azules la observaban de forma glacial, Marcela tan solo se llevó la mano a su mejilla, conteniendo un sollozo.

Gabriel se abrazó a mi cintura buscando seguridad. Mi mano bordeó su cuello, apoyándose en su hombro, dándole un leve toque para transmitirle que todo estaba bien.

—Perdóneme, señora —se disculpó Marcela, corriendo a seguir con el estofado.

Penélope se marchó tras asesinarme con la mirada, haciendo un ruido exagerado con sus tacones al caminar. Salvatore intentaba hablar con Marcela, pero ella ofrecía resistencia.

—¡Marcela! ¡Joder!

—¡Señor! ¡Es suficiente! —exclamó finalmente, las lágrimas le recorrían las mejillas, dibujando los relieves de su piel arrugada por el paso de los años, aunque era guapa, mucho. Al menos ella, lucía natural—. Solo soy una criada, su madre tiene razón, no deben tratarme como si fuese una más.

—Salvatore. —Me acerqué, él me miró y mi cuerpo fue sacudido por un escalofrío, Gabriel se mantuvo abrazado a mi cintura—. Yo me empeñé, es mi culpa.

—¡Que no, joder! —exclamó, con cierto enfado—. Nadie tiene la culpa de nada. —Se llevó la mano a la sien, frotándola—. Marcela, quiero que te tomes el día libre.

—Ya libré, señor...

—Ahora, retírate y no vuelvas hasta mañana. —Ella le miró, de una forma que una empleada nunca miraría a su jefe, era como si quisiera decirle un montón de cosas que llevaba guardadas dentro de su alma. Finalmente agachó la cabeza, acatando la orden. Antes de que se fuese, Salvatore tomó su mano—. Siento mucho el comportamiento de mi madre, descansa, ¿vale?

—Sí. —Evitó el contacto a toda costa—. Yo también lo siento, adiós,

señor Carusso.

Verla irse así me rompió el alma, mi intención fue la de ayudarla a sentirse mejor, estábamos riéndonos y la cosa mejoraba, me jodía cómo se podía retorcer todo en cuestión de segundos, por culpa de la estúpida de Penélope. ¿Qué más le daba? ¿Por qué le tenía tanto odio a Marcela?

Ese comportamiento hacia ella no era normal.

Salvatore se asomó detrás de mi espalda, encontrando a Gabriel ahí escondido, le atrapó de la cintura ofreciéndole un saludo un tanto «salvaje», pues le agarró de la cabeza y le sacudió el pelo hasta que el jovenzuelo decidió empezar a defenderse.

La idea de que fuésemos un matrimonio feliz con un hijo hizo palpitar mi corazón, pero recordé que era un niño secuestrado, robado o comprado y que él era un mafioso sin moral.

El pálpito se convirtió en una arcada, giré mis talones para seguir con las patatas.

Cuando terminaron de bromear y jugar, Gabriel retomó su labor con las croquetas, pensé que Salvatore se iría, pero se mantuvo detrás de mí, su presencia tras mi espalda logró que se me erizaran los pelos de la nuca, me estaba mirando.

—¿Quieres algo? —pregunté.

—Dime en qué puedo ayudarte.

—Esfumarte estaría bien. —Gabriel levantó la cabeza, mirándome preocupado, mierda, debía disimular delante de él—. Quería decir que vamos bien, te llamaré cuando la comida esté lista.

Dio un paso más hacia mí, el corazón me pegó otro zumbido en el interior del pecho, mi estómago se encogió como si fuese succionado por una aspiradora. Noté cómo cada una de sus anchas y fuertes manos se posaban sobre mis hombros, un cosquilleo transitó por el interior de mi cuerpo. Sus labios se acercaron a mi lóbulo izquierdo.

—Muchas gracias, cariño, hoy tengo bastante trabajo, estaré ansioso por probar tu estofado.

—Y las tortucretas, papá. —añadió Gabriel.

—Por supuesto, quiero al menos cinco para mí solo. —El tacto de Salvatore abandonó mi cuerpo, a lo que volví a respirar, no me había dado cuenta de que dejé de hacerlo hasta que me empezó a faltar el aire—. Hasta la hora del almuerzo, cualquier cosa que necesitéis, estaré en mi despacho.

—Vale papá, te quiero. —Canturreó Gabriel feliz, envuelto en su labor

culinaria.

—Adiós —dije sin más, mirándole por encima del hombro—. Que te sea leve el trabajo.

CAPÍTULO 11

MARÍA



Me encontraba fregando los platos después del almuerzo, fue un momento de lo más incómodo. Penélope se sentó en la mesa junto a nosotros, sin decir una sola palabra. De hecho, probó mi comida, puso una mueca de asco y apartó el plato, justificando su disgusto con que era un plato demasiado «grasiento». Terminó almorzando una ensalada verde que se hizo ella misma.

*«*Guao, Penélope cortando pepino y lechuga con sus propias manos*»*.

La verdad es que mereció la pena todo esto por verla «hacer» algo por primera vez en su vida.

Mientras almorzamos, la miré de reojo un par de veces, preguntándome quién sería ella sin la mafia, sin un hombre que la comprase para casarse con ella y sin un hijo como Salvatore, con la tenacidad, fuerza y coraje suficiente como para ocupar el puesto de su padre, aun siendo tan joven.

Y no es que le estuviese regalando flores a mi marido, le seguía odiando, nunca cambiaría mi opinión sobre lo detestable que era, aun así, debía reconocer que no cualquiera podría lograr sus metas.

*«*Encima tiene una carrera*»*. Habló aquella estúpida voz en mi cabeza, recordándome el momento en el que cosió mi herida.

*«*Hubiese preferido salvar vidas antes que quitarlas*»*. Una frase propia de un héroe de película, pero que a él no le pegaba nada en absoluto.

—Señora Carusso. —Escuché tras mi espalda, a lo que seguí fregando, pensando que era una mujer buscando a Penélope—. Señora Carusso —repitió.

Por educación, decidí atenderla, con las manos llenas de jabón y los últimos cubiertos entre mis dedos, Gabriel fue al patio de fuera a jugar.

—Penélope no está aquí.

Una muchacha de más o menos mi edad agachó la cabeza, haciéndome un gesto de respeto, yo hice lo mismo, a lo que se puso roja; al final nos reímos.

—No haga eso señora, por favor —pidió.

—Es que no entiendo cómo van las normas en esta ridícula casa —expliqué, lanzando el estropajo dentro del fregadero de mala gana—. La bruja no está aquí.

Ella volvió a reírse, tapándose la boca con las manos, era una chica algo bajita, de cabello castaño recogido en un moño, sus ojos brillaban color chocolate, poseía unas facciones bonitas.

—Me refería a usted, usted es la señora Carusso.

—¡¿Qué?! —Se me escapó un gritito de histeria—. Antes prefiero morirme.

—Supongo que es mucho mejor llevar el apellido de un asesino. —La voz de la persona que más detestaba en esta casa, casi ganando a Salvatore, hizo que mis tripas se contrajesen—. ¿Vas a vivir dentro de la cocina? ¿Quieres que pida que traigan tus cosas aquí?

Respiré hondo, viendo a esa muñeca de silicona estirada sobre sus tacones, con un traje de tweed blanco que lo sentía muchísimo, pero le quedaba mal.

—El apellido de un asesino, vaya. —Le aplaudí—. Será que los Carusso recibieron el año pasado el premio Nobel de la paz ¿no? y tienen las manos muy limpias...

No es que defendiese a mi padre, pero esta tipa me crispaba hasta el alma.

—Los Carusso no venden mujeres.

—Solo permiten que las vendan. —Contraataqué , arqueando mi ceja izquierda—. Porque aquí nadie hace nada sin el consentimiento del «Padre». ¿No es así?

Ella me echó un vistazo de arriba abajo, curvando sus labios en una sonrisa déspota, se sentía superior, muy superior, pero sabía que era una coraza, por dentro tenía miedos e inseguridades como toda mujer de carne y hueso.

—Saliste de esa casa con bastante arrogancia, Osorio, pero aquí, en el mundo real, sin la protección de papá, aprenderás a ser humilde.

*«*La protección de papá*»*.

Si supiese que llevo doce cicatrices, cada una como mi brazo de largo en la espalda. Si supiese que apagaba las colillas de los cigarros sobre mi cuerpo. Si supiese que hizo barbaridades con otras mujeres mientras yo

estaba delante.

Protección...

Di varios pasos al frente, quitándome los guantes de fregar delante de ella, como si me estuviese quitando unas prendas de ropa altamente costosas, la elegancia no se compraba, se llevaba por dentro.

—Querida Penélope. —Mis labios pronunciaron cada sílaba de su nombre de forma lenta y arrastrada—. Pepe está donde está porque el «Padre» lo ha permitido, porque gracias al dinero que gana con las cosas tan horribles que hace, vosotros os pagáis todo esto. —Señalé hacia el gran lujo que nos rodeaba.

Ella me cruzó la cara de un guantazo, golpeándome con tanta fuerza que incluso se despeinó, pero a mí no me movió el rostro ni un solo centímetro, mi padre pegaba más fuerte.

Mis ojos permanecieron clavados en los suyos, sus orbes brillaban de la rabia, mientras los míos ardían en fuego, al igual que me ardía la mejilla, no obstante, eso no me importaba.

—¿Siempre haces lo mismo cuando te quedas sin argumentos? ¿Así lo solucionas todo? Qué poca educación, la de la señora Carusso.

Pasé por su lado, dispuesta a marcharme, ella agarró mi muñeca, deteniéndome en el justo momento que nuestros cuerpos quedaron a la misma altura.

—El único motivo por el que mi hijo te ha comprado, es porque quiere matarte —escupió.

Esto hizo que me riese a carcajadas, mostrándole la venda en mi muñeca.

—Pues ayer intenté matarme yo solita y, adivina, me salvó la vida.

Volvimos a asesinarnos visualmente, si las miradas matasen, las dos ya estaríamos tiradas en el suelo, desangrándonos y sin vida.

—Te veré muerta, Osorio.

—Bueno, según las leyes biológicas, yo te veré morir antes a ti, ya estás un poco vieja, Carusso.

Me deshice de su agarre con un tirón violento, que volvió a remover su cabello castaño cortado a la altura del hombro, en un corte recto. Y pensar que la primera vez que la vi me causó buena impresión.

Comencé a andar por el pasillo, con ganas de ir a mi habitación y encerrarme, la chica de antes me persiguió, con una taza en las manos.

—Señora Carusso —repitió, a lo que me giré de forma brusca—. Perdón, es que no sé cómo llamarla.

Llevaba el apellido más podrido del mundo, pero solo por el hecho de que ellos lo odiasen, lo disfrutaba.

—Señora Osorio —dije, levantando la barbilla, ella se estremeció al escucharlo, ya debía pensar que era un monstruo—, el señor ha pedido que usted le lleve este café a su despacho.

Miré la taza con repugnancia.

—¿Le han dado una paliza y se ha quedado inválido?

—No, por dios.

—Pues entonces que venga él a buscar su puñetero café.

Traté de evitarla, estaba de muy mal humor, solo quería abrir mi cuaderno, apuntar más cosas sobre Salvatore, analizar datos y ver de qué forma podía escapar, vengarme, matarlo, robarle todo lo que tuviese en la caja fuerte, ¡lo que fuese! pero no quería seguir perteneciendo a esta apestosa familia.

«¿Y qué hay de Gabriel? ¿Qué pasará con ese pobre niño si te vas? ¿Quién velará por su bienestar y seguridad?».

Me detuve, la mujer seguía a mi espalda, con la taza humeante entre sus manos. El olor a café ya invadió todo el pasillo.

Recé tantas veces porque mi padre comprase a una mujer buena que ocupase el lugar de mi madre y me quisiera.

Nunca sucedió.

No podía hacerle esto a ese niño, no podía seguir mirando hacia otro lado y pensar solo en mí, era hora de demostrar que no todos los Osorio éramos basura.

—Está bien —dije antes de que se marchase, tomando la taza con el platillo—. ¿Cómo te llamas?

—Ángela.

—Yo María, puedes tutearme.

Ella volvió a hacerme un gesto de respeto, el cual le devolví, porque no era mi sirvienta, no era inferior a mí, ni yo superior a ella, tampoco hice nada en la vida como para merecer la admiración de nadie. Éramos lo mismo. O tal vez, ella incluso mejor que yo, pues al menos trabajaba para ganar su propio pan.

El teléfono sonó en el interior de mi pantalón, iba con unos vaqueros, un jersey y unas zapatillas, de lo más simple y común.

—¿Puedes dejarme respirar? —imploré.

—Si vas a tardar mucho más, mejor tráeme un descafeinado, que no podré dormir esta noche.

Rodé los ojos, soltando un gruñido que pareció divertirle, mientras me encaminaba a su estúpido despacho.

—Los monstruos no duermen.

—Yo no soy un monstruo. —Se defendió—. Solo tengo un carácter difícil.

—¿Eso es lo que te dice la psicóloga para no herir tus sentimientos?

Silencio, una sonrisa triunfal se dibujó en mi cara de niña buena, había ganado.

—No. —Mierda, ¿siempre tenía que tener la última palabra?—. Es lo que les digo a mis víctimas antes de matarlas, ya sabes, para dormir mejor por las noches.

Me detuve, el platillo se me tambaleó un poco y el café casi llegó al borde de la taza.

—No pienso entrar en tu despacho, no después de esa barbaridad que acabas de soltar por la boca.

—¿Has dormido alguna vez boca abajo en un foso lleno de caimanes deseando que caigas al agua?

Respiré hondo, viendo la puerta al frente, cerrada a cal y canto, él estaba dentro, diciéndome todas estas aberraciones, sentado cómodamente en su sillón, seguramente, mientras se fumaba un cigarro y sonreía con esa expresión triunfal que yo misma tenía hace unos segundos.

—Eres un cerdo, Salvatore.

—Como se me enfríe el café, va a arder Troya.

La llamada se colgó y no me quedó más remedio que abrir, viendo el respaldo del sillón y el humo ondear hasta el techo lentamente, olía a su perfume.

Caminé con decisión, tratando de ocultar el miedo que me daba, poniéndole el café por delante. Cuando me miró, la respiración se me clavó entre los pulmones, no permitiéndome exhalar ni inhalar una sola mota de aire.

Las altas estanterías repletas de libros que, por más que me esforzara no podría entender, no solo en español, sino en varios idiomas, me causaron una irritante intriga sobre él. ¿Cuántas lenguas debía hablar Salvatore?

Las cortinas rojas caían majestuosas hasta el suelo, su sillón, parecía un trono con él sentado, elegantemente vestido con un traje de chaqueta y pantalón negro. Su corbata, color burdeos.

Se había afeitado, y debía admitir que la barba le quedaba de infarto pero... ahora que podía ver su «cara» tal cual era, sin adornos, sin nada que

la decorase, debía admitir que el desgraciado, era muy guapo.

Quería decir, mucho más guapo, si eso era posible.

Sus labios se entreabrieron, dejándome ver unos dientes blancos como perlas, tomó un sorbo de café amargo, con clase y delicadeza, dejando la tacita sobre el platillo, hizo un gesto para que me sentara al frente de su escritorio. Tragué saliva, obedeciendo.

Frente a mí, había vendas, alcohol y algodones. Se puso unos guantes negros de látex, levantándose de «su trono» para venir hacia mí. Apresó mi muñeca sin vacilar, sin delicadeza, todo lo que recibí de él fue posesividad y rudeza, como si necesitase enseñarme quién mandaba.

Traté de alejarme, siendo complicado, su pierna apresó mi hombro contra el respaldo del sillón sujetándome de una forma que me era imposible escapar.

—Veo que se te da bien acorralar a la gente.

—No sabes cuánto. —La mano que sostenía mi antebrazo con algo de violencia, haciéndome un poco de daño, no tenía nada que ver con la que acariciaba mi herida por encima de la venda, era como si la noche y el día estuviesen sucediendo al mismo tiempo dentro de él. Una noche que me detestaba y un día que parecía tolerarme.

Con cuidado, retiró el adhesivo, tomando un algodón para pasarlo mojado en alcohol, me encogí al notar el escozor, él paró hasta que guardé silencio, entonces, siguió.

Finalmente, volvió a cubrirme la herida, soltándome, sus dedos quedaron marcados en mi blanca piel.

—Se está curando bien. —Fue todo lo que dijo, antes de volver a sentarse —. Entonces, Osorio, ¿eh?

Vaya, sí que se enteraba rápido de todo.

—¿Tienes micrófonos puestos en los uniformes de tus empleadas?

—Tengo ojos y oídos en todas partes, amor mío.

Vamos, que ya fue su madre corriendo a contárselo todo. Bostecé, me aburría.

—Ya tienes tu café, ya hemos hecho el paripé delante de Gabriel almorzando juntos, ¿qué más quieres?

De nuevo sus ojos envolvieron mi figura, de esa forma que me hacía pensar que era capaz de desnudarme sin siquiera tocarme. Ese azul cobalto imposible.

—Vas a ir a comprarte ropa con Petra, esta noche tenemos una cena

informal, con un amigo y su mujer —comentó, encorvándose hacia mí, con los codos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados—. Y dentro de dos semanas tendremos una fiesta en la que estarán las demás familias, incluido tu querido papá. —Eso era algo que no esperaba, nunca fui a una de esas fiestas, el vello se me erizó, no quería ir—. Voy a presentarte a todos como mi mujer, María Carusso, Madre de la mafia.

Me retorcí sobre el asiento, notando cómo la bilis me quemaba la garganta por dentro.

—Para empezar, soy María Osorio, y... creía que no podía haber una Madre de la mafia.

—No puede mandar —aclaró—. Pero es una entidad que debe ser adorada.

—¿Tu madre era la antigua? —pregunté.

—Mi madre es la actual, pero ya es hora de que te ceda la corona. —Se llevó el cigarro a los labios, dando una calada suave que se me antojó sexi, aparté la mirada, debía dejar de pensar en estas estupideces—. Tú vas a ser mi reina, María, pero yo soy tu Dios, ¿te queda claro?

Volví a levantar la vista, atreviéndome a desafiarle.

—Yo nunca te voy a dar mi respeto, ni mi adoración, ni nada. —Juré—. De mí solo tendrás obediencia por miedo, miedo a que dañes a las personas que quiero.

Él se dejó caer sobre su asiento, con un semblante serio, ¿por qué se tuvo que afeitar? Era como si le estuviese viendo por primera vez, parecía un puñetero modelo de película, era una jodida locura.

—Con eso me vale. —Sus orbes se ensombrecieron, toda su aura se oscureció, debía tener el alma jodidamente podrida—. Por ahora. —Chasqueó los dedos, Petra apareció, armada hasta los dientes, haciéndome un gesto para que me levantase—. Por cierto, cariño. —Volvió a mirarme, Petra me sostenía del brazo—. Gabriel cree que somos sus padres de verdad y que le secuestraron, cree que nos queremos muchísimo y que le hemos echado de menos, esto es importante para que pueda construir su identidad, ha pasado por cosas muy complicadas. —Me zarandeé por el agarre violento de Petra, tratando de buscar el equilibrio entre mis propios pies. No sabía qué pensar de él, no sabía si de verdad le importaba el bienestar de Gabriel y que se recuperase, o si tan solo hacía esto porque disfrutaba haciéndome sufrir y obligándome a actuar como si fuésemos un matrimonio feliz—. Y en la fiesta a la que acudirán las demás familias, fáltame el

respeto, hazme un gesto de ofensa, contéstame mal, o haz cualquiera de las tuyas, y te juro que te entierro viva, ¿entendido, señora CA.RU.SSO?

—Entendido, CA.BRO.NA.ZO.

———— ◦ ❖ ◦ ————

—No te recomiendo ir pregonando por la casa de los Carusso que eres una Osorio. —Petra caminaba a mi lado, llevaba una gabardina larga hasta los pies con un gorro tipo francés sobre su corto cabello rubio, yo seguía con mi atuendo normal de chica que trabajaba de dependienta en cualquier sitio y estudiaba gracias a las becas.

Ojalá esa fuese mi verdadera vida.

—Prefiero el apellido de mi padre a ese —dije sin más, deteniéndome frente a un escaparte de libros—. ¡Oh dios mío! ¡Ya han sacado la edición especial!

—¿Qué? —Petra me miró con cara de «no puede ser verdad»—. Hemos ido a veinte tiendas de joyas, ropa y zapatos y no has querido nada, ¿en serio?, ¿unos putos libros?

La agarré del codo levantándolo hacia arriba para colar mi cabeza por debajo, mientras metí mi pierna por detrás y le hice una zancadilla que la derribó al suelo.

—No insultes a los libros, nunca más.

—¡Serás! —Se levantó rápidamente, sacudiéndose el polvo de la gabardina—. Me has pillado con la guardia baja, joder.

Miré hacia la izquierda, los matones de Carusso que nos vigilaban desde ahí se estaban descojonando de la risa.

—Quiero esos libros. —Mis manos se apoyaron en el cristal, mientras mi respiración hacía una especie de vaho, volviendo la visión borrosa, tan borrosa como mi cuenta bancaria—. Bueno, en otra vida será, vamos.

Caminé unos pasos, pero ella siguió frente al escaparate, tenía el teléfono pegado a la oreja.

—Sí, libros, que los quiere dice —habló con desespero, eh, un momento, ¿estaba hablando con él?—. No, ni collares, ni anillos, ni perfumes.... sí, libros, edición especial, seguro que ya hasta se los ha leído y solo los quiere porque cambia la portada... ropa tampoco, tampoco, ni zapatos ni bolsos, que no, que solo hemos comprado unos helados y encima los ha pagado ella... —Su entrecejo se arrugó—. ¿Estás seguro? bueno... ¡vale, vale! ¡no te pongas así! —Su mirada fatídica se encontró con la mía—. Espero que

tengas sitio para tantos trastos.

Petra entró en la librería, yo la seguí correteando, no podía creer que él hubiese dicho que me podía comprar libros.

No es que quisiera su dinero, ni mucho menos, lo detestaba, pero a ver, yo le había cocinado, le había llevado el café al despacho, hice cosas por él, y todo eso tenía un precio, ¿no?

¿Qué había de malo en que me comprase un par de libritos?

—¿Cómo dice? —La dependienta no daba crédito a lo que Petra le estaba explicando, con la *Black Card* pendida entre sus dedos—. ¿Quiere la librería entera?

¡¿Qué?! Quedé estupefacta mientras miraba a una y a la otra, sin saber ni qué decir.

¿La librería entera? ¿Era necesario?

No sabía si era un caballero o si tan solo quería demostrarme una vez más su «absoluto poder».

—Quiero uno de cada, y de todos los que salgan de aquí en adelante, tendrá que enviarlos directamente a la dirección que le diga y cargarlos a esta tarjeta.

—Pero usted no es la titular —balbuceó a duras penas.

Petra rezumó de impaciencia.

—Claro, es que aquí no conocen a mi jefe, a él no le gustan estos libros. —Volvió a marcar su número de teléfono—.Tome, hable con él.

La forma en la que dijo «estos libros» sonó como si fuesen libros malos.

¡Será posible!

Tras una larga espera en la que la dependienta y Salvatore arreglaron ciertas cosas por teléfono, me permitieron que me llevase todo lo que quisiera.

Tan solo cogí la edición especial de algunos de mis libros favoritos y otros que me faltaban por leer.

—Todos los demás, se los enviaremos a casa. —Se despidió la dependienta, mirándonos de forma extraña. Petra me ayudó con algunos libros, los matones de Carusso salían del coche para cargarlos y meterlos en el maletero.

—Bueno. —Petra echó un ojo por encima de los coches hacia la calle que nos rodeaba—. Ahora sí, María, hay que buscarte algo para esta noche, o terminaremos durmiendo juntas con los caimanes.

Rodé los ojos, maldiciendo.

—Estoy harta de esos malditos caimanes.

—Tú céntrate en estar apetecible para esta noche.

—¿Apetecible? —La sangre se me congeló al escuchar esa palabra—. ¿Por qué?

—Obviamente, lo de los libritos tiene un precio, tendrás que complacerle, y no te recomiendo ponerte brava, saldrás perdiendo.

Volví a pensar en Gabriel y en todo lo que debió sufrir.

Haría lo que sea por él.

O al menos, lo intentaría.

—Está bien, busquemos un maldito vestido.

CAPÍTULO 12

MARÍA



—¿Y qué pasó después? —Gabriel me miró con ojos cansados, yo le sonreí, removiendo su pelo, le había contado ya tres cuentos.

—Pasó que ganaron los buenos, porque así es la vida, siempre ganan los buenos.

Él quedó pensativo, como si mi comentario no le convenciera, la verdad era que a mí tampoco.

La realidad estaba muy lejos de lo que contaban los cuentos, las buenas personas brillaban por su ausencia, y los héroes no eran más que villanos disfrazados.

Me reí de mí misma, siempre tuve un peculiar gusto por los villanos de libros y películas, pero solo eran eso, villanos ficticios. Los reales, eran como Pepe. Hombres que no merecían ni el aire que respiraban.

Los malos de los libros quemarían el mundo por su chica, los del mundo real, las quemarían a ellas por salvarse el culo.

—Estás muy guapa, mamá. —Se recostó de lado, tocando la suave, cara y exquisita tela roja de mi vestido—. ¿Vas a salir con papá?

—Sí, saldremos a un lugar de personas adultas, Marcela cuidará de ti. —Dejé que mis labios pintasen un beso en su frente, el cual se lo borré con el dedo pulgar, haciéndole cosquillas—. Descansa.

Arropé su cuerpo delgado con el nórdico, su habitación era totalmente azul, llena de posters de superhéroes, cómics y algunas cosas más. Marcela me contó que Salvatore lo ordenó así para crearle una sensación de «protección»; nada mejor para un niño que estar custodiado por Batman, Spiderman, Capitán América, Lobezno y Superman, claro.

Se me enterneció ligeramente el corazón, pero luego recordé que me amenazó con echárselo a los caimanes si me negaba a cuidar de él.

Tragué saliva, mirando a esa indefensa criatura, santiguándome para que si existía algún Dios ahí arriba, se apiadase de él.

Giré sobre mis altos tacones dorados abiertos, era la ropa más cara que había llevado en mi vida, casi parecía la mujer de un mafioso. Sobre la clavícula reposaba una gargantilla de oro blanco, con unos pendientes que caían junto a la longitud de mi cuello en forma de lágrima y el pelo en un medio recogido, que me dejaba la cara visible, pero a la vez se podía apreciar el largo y rubio de mi melena.

El vestido era de tirantes, de escote cuadrado y espalda cubierta, me negué a llegar uno que no lo fuese para no mostrar las cicatrices. Largo hasta por debajo de las rodillas, con una apertura en el lado derecho.

—Mamá. —Gabriel me llamó antes de que girase el pomo de la puerta.

—Dime, cariño. —Suspiré, no lograba acostumbrarme a tener un hijo.

—No me has dicho que me quieres.

El pecho se me encogió, noté cómo unas lágrimas emocionaban mi expresión, no estaba segura de estar a la altura de ser la madre que necesitaba Gabriel, lo que sí sabía era que alguna mujer le tuvo en su vientre en algún momento de su vida, una vida que no debió ser buena, y que desde donde estuviese, ya sea viva o muerta, debía echarle demasiado de menos.

*«*Yo le cuidaré por ti, seas quien seas, estés donde estés», le prometí desde lo más profundo de mi corazón, pues me sentía en deuda con todas las mujeres oprimidas por los hombres de este mundo.

Si tuviese poder, acabaría con todos.

—Claro que te quiero. —Volví a él, haciendo ruido en la habitación con los tacones al caminar, de nuevo, le abrigué con la manta—. ¿Quieres que te dé otro beso de pintalabios?

Él se tapó la cara, entonando un gracioso «puaj», le hice cosquillas para que riese y le dejé la lamparita encendida, acercándole uno de los cómics que le compró su querido padre.

—Bueno, solo por hoy te dejo leer hasta tarde, pero mañana a las diez y media tienes que estar dormido, ¿entendido, señorito?

Sus manos, no tan pequeñas para la edad que tenía, pues se veía que iba a ser un chico grandote y alto, me arrancaron el cómic con euforia, tirando la manta atrás de dos patadas para sentarse al centro de la cama.

—¡Entendido, señora Carusso! —Hizo un gesto militar.

Me tembló todo, desde los tobillos hasta la última pestaña.

—¿Te ha dicho tu padre que me llames así?

—Sí.

—Pues a él tienes que llamarle también como yo te diga. —Fruncí el ceño para que me hiciese caso, aunque por dentro me estaba muriendo de la risa —. Rey de los locos.

—Pero mamá, me va a matar.

—No, pequeño. —Le despeiné—. En todo caso, me matará a mí.

Los ojos del niño cuya vida dependía totalmente de mis actos y al cual tendría que proteger mientras me quedase algo de aliento, se salieron casi fuera de sus órbitas.

—¡No digas eso, mamá! ¡Papá dice que te quiere mucho!

Me atraganté con mi propia saliva, tanto que de verdad sentí que me iba a ahogar. Comencé a toser, el aire no entraba ni salía, debía estar poniéndome tan roja como un tomate, Gabriel me dio unas palmadas fuertes en la espalda y, finalmente, esa gota salivosa bajó por el canal debido, desatorando mi respiración.

—JO...DER... —mascullé, con el corazón a mil—. Escuchar eso ha sido peor que lo de señora Carusso. —Pensé en voz alta, poniéndome aún más roja, gracias a Dios, Gabriel tan solo era un niño y no entendía aún mis chistes malos.

Unos leves golpecitos resonaron en la puerta, me levanté, pidiéndole a Gabriel que se hiciese el dormido, él se escondió bajo la manta con su cómic entre risas traviesas y yo salí.

—No conseguía que se durmiese. —Me excusé. Petra me miró de arriba abajo, con cara de satisfacción, como si ella misma me hubiese diseñado y moldeado—. El vestido es bonito, pero es más bonito porque lo llevo yo, así que no te flipes, ¿vale?

Su sonrisa de hada cantarina resonó entre las paredes del pasillo, iba con la metralleta entre las manos y su postura rígida de militar en plena guerra.

—Vamos, tu marido te espera.

—Mi marido. —Rogué con la mirada—. Ahí voy, rey de los locos.

—¿Por qué le llamas así?

—Porque tiene demasiados aires de grandeza y porque, obviamente, está mal de la cabeza. —Comencé a bajar los escalones que llevaban hacia abajo, descubriendo que no se me daba tan mal caminar con tacones, no era habitual para mí calzarlos, me sentía demasiado «incorrecta» como para vestirme de forma elegante. Mis curvas no lucían como los cuerpos de las

mujeres perfectas que pertenecían a la mafia.

Fui con una mano agarrando el vuelo del vestido para no tropezar, mirando el suelo, con cuidado de no doblar el tobillo y llegar abajo rodando como si fuese una maldita croqueta. Lo que me faltaría.

Cuando llegué a mi destino, choqué de bruces contra un pecho fuerte como el mismo acero, chasqueé la lengua de molestia, murmurando un estúpido «lo siento» que salió como acto reflejo de mi torpeza, al sentir su aroma a perfume caro, el cual ya tenía calado (porque era mi deber investigarle y saberlo todo de mi enemigo, no por otra cosa) se trataba nada más y nada menos que de Roja Parfum, casi tres mil euros la botellita, señoras y señores, más de lo que puede ganar una persona de clase media trabajando un mes completo. ¿Era para vomitarle encima sí o no? Por supuesto que sí.

—Apestas —gruñí, levantando los párpados y alzando la vista lentamente hasta clavarlos en sus profundos ojos glaciales.

Todo mi cuerpo se estremeció al tenerle tan cerca, pero mucho más al verme reflejada en esos orbes, porque vi a una mujer jodidamente preciosa, y me pregunté, por alguna extraña razón, si él estaba viendo lo mismo.

—Definitivamente. —Sus dedos fueron lentamente hacia mi mentón, tanteando muy despacio el terreno, como si estuviese atravesando un delicado campo de minas hasta llegar a mi piel—. Eres la reliquia más valiosa de los Osorio, ahora entiendo que tu padre te haya tenido veinticuatro años encerrada.

Mi mentón se torció, esquivando su toque, él dejó su mano suspendida en el aire, como una invitación a volver por mí misma y sentir su tacto, no lo hice.

—No hay nada que justifique mantener a una mujer encerrada en una propiedad durante toda una vida.

Su mirada brilló maliciosa, perversa, como si él estuviese valorando la misma idea, como si desease encerrarme en una jaula.

—Yo no quiero hacerte algo así, para qué comprar una joya tan valiosa si no puedes alardear de ella. —Sus palabras camufladas de adulación me hirieron, odiaba que me hiciesen sentir un objeto y él lo sabía, por eso mismo lo hacía, era mi castigo por haber esquivado su toque, nunca perdonaba, nunca dejaba pasar nada—. Quiero pedirte algo, María. —Finalmente, su brazo cayó junto a su costado, se rindió, volví a ponerme recta, mirándole fijamente, él también estaba guapo, y él también era la joya

más valiosa de los Carusso.

Él también era mío.

Y seríamos el uno del otro hasta que uno de los dos cayese, porque la finalidad de este matrimonio, desde un principio, no ha sido otro que destruirnos.

—Te escucho. —Mantuve la barbilla alta, no permitiendo que me hiciese sentir pequeña, ya estaba acostumbrada a su pelo engominado, negro, de aspecto suave y brillante. Al músculo de su mandíbula que se tensaba al enfadarse, es decir, las veinticuatro horas del día. A su altura, a su espalda ancha, a sus caderas estrechas, a esos dedos tan... sexis, sí, solo eran unos putos dedos, pero eran sexis.

Y por supuesto, estaba más que acostumbrada a esos orbes azul cobalto que nunca más había visto en la mirada de otra persona y que me recordaban a los días lluviosos y de tormenta.

Y desde ahora, las tormentas y los días lluviosos me recordarían a Salvatore Carusso. Porque ambos eran lo mismo, hermosos, bellos, pero también catastróficos, crueles y sin piedad.

Solo un diluvio o una tormenta eléctrica se podían comparar al carácter destructor de este hombre.

—Soy alguien importante, demasiado importante —habló con un tono humilde que no le pegaba en absoluto a lo que decía—. No puedes dejarme en vergüenza, María, espero que lo entiendas.

Algo en mi corazón crujió, rompiéndose, abrí la boca y la cerré, no sabía ni qué decir. Las mejillas se me encendieron, poniéndose rojas como tomates.

—Vaya, pues podrías haberte ahorrado todo esto. —Me señalé a mí misma —. El vestido, las joyas, la peluquería y... —Traté de quitarme uno de los pendientes, pero él me agarró de la muñeca, deteniéndome. Mi mano libre se coló por debajo de la raja del vestido, sacando un cuchillo del liguero, coloqué el filo de la hoja contra su garganta, esto le pilló tan desprevenido que ni siquiera se defendió, tan solo me miraba, pasmado—. Si creías que iba a ir desarmada a una cena de mafiosos, es que eres idiota.

Me preparé para que me hiciese una llave que me desarmase y me tirase al suelo, también para que reaccionase como un gorila, atacándome, pegándome, mandándome con los caimanes quizás. Vale, ahora la idiota era yo, porque tenía el cuchillo contra la piel que cubría su garganta mientras no hacía absolutamente nada y solo estaba ahí, congelada, esperando que se

deshiciese de mí y eligiese un castigo.

¿Por qué no podía matarle?

Salvatore agarró mi muñeca, despertando un intenso calor en mi cuerpo, tiré de ella, forcejeando para que me soltase, no lo conseguí, mi puño cerrado en el arma, seguía sujeto por sus dedos, los cuales solo me tomaban con firmeza, sin hacer daño.

—¿Por qué tan enojada, mi vida?

¿Mi vida? ¿Se podía ser más cínico?

—Me has obligado a ir de compras y a arreglarme para decirme que te avergüenzas de mí, ¿cómo quieres que me sienta? Entiendo que no quieras presentarme en público delante de tus amigos y que vean que estás con una gorda, pero podrías haberte ahorrado esta humillación, yo era feliz con mi jersey y mis vaqueros —escupí, notando cómo un nudo se me formaba en la garganta, mi agarre sobre el cuchillo flojeó, maldita sea. ¿Por qué era tan débil?—. En fin, dime qué mierda quieres, ¿finjo no conocerte?, ¿te espero en el coche?, ¿voy tres metros separada de ti?

Salvatore empezó a reírse, con una carcajada risueña que invadió la sala de una luz tan intensa como la de un relámpago.

—¿Qué tipo de gusanos hay en tu cabeza para que hayas tenido que llegar a esa conclusión?

Esa pregunta me desestabilizó por completo.

—¿No hablabas de mi físico? Soy brillante, soy jodidamente inteligente, si no te refieres a eso no sé qué otro tipo de vergüenza te puedo hacer pasar.

Me ponía histérica que no me soltase, sus dedos sobre mi piel no quemaban, ¡ARDÍAN!, tanto que juraba sentir una cicatriz formarse bajo su tacto. Era como si su piel le estuviese gritando a la mía que era suya.

—Tan lista no serás cuando no puedes ni darte cuenta de lo atractiva que eres. —Finalmente, me soltó, de forma brusca—. Voy a perdonarte lo del cuchillo, solo porque soy un caballero, y porque hoy, «pareces» una dama. —Inclinó el cuello a un lado, con una sonrisa traviesa, divertido por haberme lanzado otro dardo—. Con lo de que no me dejes en vergüenza, me refiero a que ni se te ocurra rechazarme en público, tienes que fingir estar loca por mí, cada segundo, cada minuto, como si yo lo fuese absolutamente todo en tu vida y, por supuesto, tienes prohibido acercarte, hablar o sonreír a cualquier tío que no sea yo. —Sus orbes se oscurecieron, creando un halo de temor y oscuridad—. No voy a compartir tu belleza con nadie, es mía.

Salvatore chasqueó los dedos; la chica que conocí en la cocina vino corriendo, con una bandeja plateada en la cual reposaba un tarro de perfume junto a un arma, él tomó primero el pequeño frasco, vertiendo unas gotas por mi cuello, se acercó despacio para olerme.

—Soy el único que usa este perfume, sabrán a quién perteneces si se te acercan en algún momento.

Dejó el frasco sobre la bandeja, cogiendo una pistola cargada, se agachó sin dejar de mirarme, su mano se colocó en mi tobillo, sentí cómo me desestabilizaba, tragué saliva y apreté los párpados. ¿Por qué me quedaba quieta? ¿Por qué no le daba una patada en la boca y salía corriendo?

Esos dedos palparon mi piel, subiendo despacio por mis gemelos hasta las rodillas, finalmente, echó el vuelo del vestido a un lado, tocando el liguero, jadeé de la vergüenza, era la primera vez que un hombre se me acercaba tanto a esas zonas tan íntimas, mi respiración se cortó de inmediato y mi vientre estalló en una serie de sensaciones que no reconocía. Era muy intenso, excitante y, por algún extraño motivo, no quería que parase.

Solamente me mantuve ahí, mirándole, jadeando, tratando de contener mi respiración, mientras él estaba de rodillas frente a mí, colocando la pistola en el ligero.

—¿Por qué haces esto? —susurré.

Se puso en pie, ajustándose el nudo de la corbata.

—Si creías que te iba a dejar ir a una cena de mafiosos desarmada, es que eres idiota.

Mis jadeos se convirtieron en un suspiro, estaba desconcertada, confundida, no sabía qué pensar; era como si todos mis sentimientos y pensamientos sobre él se hubiesen vuelto turbios y borrosos. Hasta hace cinco minutos, veía a un demonio, ahora, solo una sombra.

«¿Quién diablos eres, Salvatore Carusso?».

—Podría matarte —murmuré.

—No vas a matarme, acabas de tener la oportunidad de hacerlo y no lo has hecho. —Me recordó. Tenía razón.

—¿Por qué no te defendiste?

—Me gustaba la idea de que fueses lo último que viesen mis ojos. —Esa frase se clavó directa en el centro de mi corazón, marcando un definitivo antes y después entre el demonio y la sombra. ¿De verdad acababa de escuchar aquello? ¿No estaba jugando? ¿No se estaba riendo de mí?—. Y también porque sabía que solo era un farol, piensas que si me matases mis

hombres te freirían a balas, y tú no tienes ganas de morir, no hoy al menos.

Y pum, la sombra se desvaneció llevándose todo el romanticismo, dejándome con el demonio cabrón y egocéntrico.

Apreté la mandíbula, mirándole de forma desafiante.

—Te aseguro que si algún día decido morirme, tú te irás al infierno conmigo.

Otra carcajada, esta vez no tan inocente como la otra.

—Cariño. —Me miró de arriba abajo, cediéndome su brazo para ir juntos hasta el coche, le rechacé, caminando yo solita sobre mis preciosos tacones —. Ya te gustaría ir conmigo al infierno.

Rodé los ojos, era un jodido ególatra insoportable, levanté la mano enseñándole el dedo de la vergüenza.

—¡Ya estoy en el infierno contigo, Carusso! ¡Y es de lo más aburrido!

CAPÍTULO 13

MARÍA



Hay cosas en la vida que por más vueltas que se le den, nunca se logran entender.

Y una de ellas era el hecho de que prefería seguir en el coche con Salvatore, desvelar sus secretos, penetrar su armadura inquebrantable, desarmarle, desnudarle, quitarle la máscara, a pegarle un tiro con la pistola que llevaba en el muslo y salir corriendo. Detrás de cada mafioso, había un ser humano, ellos también tenían un corazón que latía y sangraba. Mi intriga por conocer el lado humano de Carusso, crecía tanto que ya no sabía ni dónde esconderla.

Sentí la incomodidad rezumar por todo mi cuerpo, tanto que me tuve que cambiar varias veces de postura sobre el asiento del Bugatti Chiron, íbamos solos, sin guardaespaldas, sin tíos armados, por primera vez. No obstante, llevábamos cuatro coches, uno delante, uno detrás, y otro a cada lado, por los tres carriles de la autovía.

Si le matase en este momento, sus guardaespaldas harían algo, obviamente, aun así, podría tener alguna posibilidad de escapar, nunca conduje, ¿tan difícil sería?

Rodé los ojos, solo pensaba completas gilipolleces, matar a Carusso sería como matarme a mí misma, lo cual significaba dejar a Gabriel (esa pobre criatura sin culpa de nada) abandonado en este mundo de mierda, otra vez.

—¿Siempre vas tan acompañado? —hablé, pensando que ya que era imposible huir, debería seguir con mi plan de sacarle información.

—Normalmente van en el coche conmigo —dijo sin más, encendiéndose un cigarro, abrió la ventanilla, sacando su elegante brazo con un Rolex que brillaba bajo las estrellas de la noche.

—¿Y por qué hoy tenemos que parecer un desfile de la Cabalgata de los

Reyes Magos?

Me miró con desdén, repasándome lentamente con la mirada, me sentí jodidamente desnuda, expuesta, aquellos orbes azules siempre lograban incomodarme, si algún día le mataba, se los sacaría, para que no pudiesen volver a mirarme nunca más. Desvié mis ojos hasta mi lado derecho, viendo otro coche negro, bufé como una gata enfadada.

—Ya quisieran los Reyes Magos tener estos coches. —Una carcajada aniñada salió de sus crueles labios, alcé las cejas sorprendida, guao, Salvatore Carusso haciendo una broma y riéndose de ella, ¿era hoy el fin de los tiempos?—. Solo quiero pasar un poco de tiempo a solas con mi mujer, por eso van aparte.

—Crees que eres el dueño del mundo —afirmé, no era una pregunta, pues en absoluto necesitaba una respuesta por su parte que lo confirmase—. Crees que eres el más atractivo, que tienes el mejor coche, que eres inmortal…

Su mano fue hacia mi muslo derecho, acariciando la exquisita tela del vestido que Petra compró por más de diez mil euros, ya que era de «no sé qué diseñador». El único motivo por el que acepté llevarlo fue por la grata sorpresa de que un diseñador se hubiese tomado la molestia de crear una prenda para mujeres más allá de la talla S. No era algo muy común en según qué tipo de ropa.

Le pondría un altar a ese hombre.

Sus dedos recorrieron el largo de mi pierna, bajando hasta la rodilla, mientras mi respiración se iba agitando, traté de inspirar profundo, llenando los pulmones de aire; diciéndome a mí misma: tranquila, María, tienes una pistola, no hará más de lo que tú permitas.

Su tacto caliente iba quemando la piel por debajo, le sentía llegar hasta el hueso, y no, no estaba exagerando, odiaba que mi cuerpo reaccionase de esa forma a él. Una vez llegó a la rodilla, retomó el camino de vuelta, y ahí sí que no pude controlar los nervios.

—Hiciste la promesa de no tocarme.

—No te toco a ti, toco el vestido, es mío, lo he pagado yo. —Su expresión dura se clavó en la mía, seguía conduciendo a toda velocidad sin siquiera mirar la carretera, por un instante deseé moverle el volante para que nos estrellásemos y, a lo mejor, si sobrevivía, podría huir, pero... ¿a dónde?, ¿con quién?, ¿con mi padre?, ¿a la casa de los Osorio?

—Te recuerdo que estoy armada.

—¿Piensas que serías más rápida que yo apretando el gatillo?

De nuevo esa sonrisa chulesca, le odiaba, apreté los dientes, notando cómo mi mandíbula se tensaba, él estaba totalmente relajado, disfrutando la tortura que sabía suponía para mí tenerle cerca.

—Tú no vas a matarme, te he costado treinta millones. —Quise regalarle un poco de su propio veneno.

Pero también era cierto que una parte de mí, una muy extraña y escondida, se sentía a salvo con él, había algo en lo más profundo de mi ser que me decía que mientras estuviese cerca de Salvatore, nada ni nadie me haría daño, tal vez, ¿ni siquiera él?

No era como con mi padre, cada vez que gritaba o se enfadaba me echaba a temblar, recordaba los correazos, las colillas ardiendo en mi piel, los insultos hirientes, los escupitajos, los tirones de pelo, los empujones...

Salvatore no llevaba mi sangre, pero hasta ahora no me había levantado la mano ni hecho daño. Algo en él me inspiraba una falsa seguridad, y decía falsa porque no podía olvidar que estaba con un mafioso, (el peor de todos) y que seguramente todo esto era parte de su juego, aunque mi ingenuidad, mi corazón hecho pedazos y mi carencia de afecto, deseasen con toda el alma que su negación a dañarme fuese real.

Ansiaba la libertad, pero también ansiaba estar a salvo, por una maldita vez en la vida.

—Tú tampoco vas a matarme, cariño —habló, con ese tono de voz rudo, fuerte, afilado, capaz de cortar el viento y hasta una garganta si se le ponía por delante. ¿Cómo podía hacerme sentir segura alguien así? Definitivamente, estaba loca de verdad.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Soy lo único que tienes.

Reí falsa, acalorada, con las mejillas rojas por sentirme descubierta.

—¿Te crees que soy una inútil que no puede sobrevivir sin un hombre que la mantenga? Estoy aquí porque no me queda otra, sin embargo, daría mi alma al diablo por bajarme del coche y salir corriendo.

Él arqueó las cejas, grabándose en su mente cada una de mis palabras, esto me costaría un precio, estaba segura, para Carusso nunca nada era gratis, todo eran negocios, todo, todo. Absolutamente TODO.

Este hizo un gesto a los coches, los cuales se colocaron detrás de nosotros, alejándose un poco, dándonos espacio, pisó el acelerador, colocándose el primero, ellos empezaron a quedar atrás, tomamos una salida, entrando en

Puerto Banús, paramos justamente frente a un hotel de cinco estrellas.

—¿Es aquí el restaurante? —Dudé, no tenía pinta.

Salvatore quitó el seguro del coche, recostándose cómodamente sobre su asiento.

—Vete.

Le miré sin entender absolutamente nada.

—¿Qué?

—Eres libre, vete. —Se encogió de hombros—. Acabas de decir que no me necesitas, que estás deseando salir corriendo, más fácil no te puedo poner las cosas.

Abrí la boca sin saber qué decir, mi mano tocó la puerta, deseando abrir y correr como si no hubiese un mañana, pero ¿hacia dónde?

—Yo... —No era capaz de terminar la frase, pero en mi mente acababa con un «no tengo a dónde ir».

—Te lo pondré más fácil, para que veas que no soy, o «fui», porque esto significaría nuestro divorcio, un mal marido. —Tomó la billetera de debajo de su chaqueta Gucci, poniendo sobre mis piernas un jugoso fardo de billetes—. Con eso tienes para pasar una noche en ese hotel, también podrás alquilarte algún piso y buscar un trabajo, serás libre y no volverás a verme nunca más.

Ahora la cosa pintaba un poco mejor, tragué saliva, tenía la boca jodidamente seca, me sentía mal de aceptar su dinero, un dinero sucio. Viví bajo mínimos mientras estuve en casa de mi padre porque me negaba a usar su asqueroso dinero, ganado con el sufrimiento de esas pobres mujeres.

—No es justo para ti —balbuceé.

—¿Justo? Cariño, el mundo nunca fue justo conmigo, estoy acostumbrado. —Dejó su coronilla descansar sobre el asiento, cerrando los ojos mientras de sus preciosos labios carnosos se escapa un suspiro—. Serás la única buena acción que haga en mis treinta años de vida, ¿crees que con eso ya Dios me dejará entrar al cielo?

Podría tomar el favor, trabajar duro y devolverle hasta el último euro, no obstante, aceptar su ayuda significaba divorciarnos y no volver a verle.

Moví la cabeza de un lado a otro, ¿en qué diablos pensaba? Aceptar su ayuda no significaba eso, pues era lo de menos, no importaba (sí importaba, pero no lo aceptaría jamás), lo jodido de hacer esto era abandonar a Gabriel, además, si se quedaba soltero, volvería a comprar a otra mujer, una mujer que tendría que aguantar su carácter amargo e imposible, pobre mujer.

¿Cómo iba a dejar que algo así sucediese?

La puerta estaba entreabierta y mi pie casi pisando la acera.

Cerré de un golpe seco y yo misma puse el seguro y le tiré su fajo de billetes a la cara.

—¿Tú en el cielo? Ni de coña, me aseguraré de que no hagas ninguna buena acción para que te pudras en el jodido infierno, Carusso, aunque me tenga que condenar a estar toda la vida contigo.

Un brillo especial en su mirada nació en el justo momento que el seguro hizo «clack».

El corazón me latía desbocado dentro del pecho, a mil por hora, la idea de no volver a verle, de un divorcio, de que solo fuese un recuerdo en mi vida me hirió, y no supe explicar por qué. Éramos desconocidos, le detestaba, y la única explicación que podía darle a todo esto es que tenía miedo a la soledad, estuve tantos años cautiva que ahora no sabía estar sola. Además, Gabriel, le prometí a su madre, fuese quien fuese, desde mi corazón, que me haría cargo de él. No iba a fallar, no iba a ser una cobarde. ¿O era cobarde por no irme? No, quedarme era ser valiente, era hacer lo correcto, irme estaría mal.

—Extraña forma de decir que me echarías de menos, pero me sirve. —Puso el motor en marcha, conduciendo muy despacio y tranquilo. Su forma de manejar el coche era elegante, en realidad, todo él, gritaba elegancia, exquisitez y exclusividad. También dinero, terror y poder.

Chasqueé la lengua.

—Ya te gustaría.

Intenté matarme porque no soportaba seguir viviendo bajo su techo, y ahora estaba aquí, diciéndole adiós a tal vez mi única oportunidad de escapar. ¿Quién me entendía?

Aquel pensamiento me hacía dudar sobre si realmente quise morir por culpa de este matrimonio, o si fue el resultado de todo lo vivido con Pepe. Por mi culpabilidad sobre lo que le pasó a aquella pobre niña.

Nunca olvidaría su destello de esperanza al verme caminando detrás de mi padre, con intención de matarle, ni cómo sus ojos se apagaron en cuanto él me descubrió y le apuntó con la pistola. Ver a un niño morir era posiblemente de las cosas más duras que un ser humano podía ver, pero verle ser asesinado por tu propio padre, por tu puñetera culpa, era otro nivel.

Tal vez, si no hubiese entrado, ella seguiría viva, tal vez, hubiese

soportado cosas horribles, pero habría encontrado la forma de escapar, o yo que sé.

Mi cabeza estaba dando vueltas, convirtiéndose en una bola de ansiedad enorme incapaz de digerir. Sin darme cuenta, tenía los ojos llorosos, mi cuerpo estaba en el Bugatti Chiron de Salvatore Carusso, pero mi mente seguía en aquel despacho, con mi padre gritándome y dos hombres agarrándome de los brazos, mientras el cuerpo de esa pobre criatura se desangraba en el suelo.

«Tú la has matado». Las palabras de mi padre se clavaban en mi pecho, en mi cabeza, en mi corazón, como puñales.

Y de repente, unos recuerdos que estaban borrados de mi mente lo inundaron todo, ahogué un grito seguido de varios sollozos, quería que parase, quería que su voz se fuese para siempre.

—Tú has matado a esta niña, zorra de mierda. —Escupió contra mi cara, mientras dos de sus matones me mantenían agarrada, odiaba que me tocasen, odiaba a los hombres, odiaba sentirlos cerca de mí.

—¡Yo no le he hecho nada! ¡Padre! ¿Qué estás diciendo?

—¡Te ha visto la cara! ¡Nadie puede verte! —gritó a pleno pulmón.

Mi pecho latía como una bomba a punto de explotar mientras forcejaba enloquecida, era joven, muy joven, me sentía capaz de desatar un huracán que se lo llevase todo, pero por desgracia, mi cuerpo de adolescente estaba en total desventaja contra esos gorilas fornidos y armados hasta los dientes.

Aquella niña, se parecía a mí, no entendí cómo ni por qué, pero por un momento fue como casi mirarme al espejo.

—¿Y qué importa? Muchas mujeres me ven cada día.

—No ella, joder, es... es... —Sus manos pasaron por el escaso cabello que le quedaba sobre la cabeza—. Una... —Mi mente no era capaz de recordar con total claridad lo que decía—. Los... nunca deben saber que existes.

Negué una y otra vez.

—¿Por qué le has hecho esto? ¿Por qué? Solo era una niña, ¡SOLO ERA UNA NIÑA! —grité tanto que me rajé la garganta, sentí el sabor de la sangre en mi lengua y papilas gustativas, mi padre me pegó un puñetazo en el abdomen, un puñetazo recibido con toda la fuerza bruta de un hombre.

Me rompí en mil pedazos, siempre le odié, pero aquello estaba marcando un antes y un después definitivo en mi vida.

—Esta niña era la compra de un cliente muy importante. —Sus manos

gordas agarraron mi cabello, obligándome a mirarle a esos ojos redondos de sapo—. No tengo más niñas, así que tendrás que hacer el trabajo tú.

—¿Qué?

SALVATORE



Desde que me enteré de que se había intentado cortar las venas, no me había llevado un susto como este, ni siquiera en mis peores misiones me acojonaba de esta forma. No es que María fuese importante para mí, no de esa forma, yo no la quería, no estaba enamorado en absoluto, de hecho la compré para martirizarla, sacarle información sobre Mía, sobre Osorio, algo que pudiese arrojar un poco de luz a mi búsqueda infinita de venganza.

Necesitaba pruebas, testigos, para poder presentar a esa maldita rata delante de las cinco familias y tener el permiso de acabar con él.

Pero no permitiría que una mujer se quitara la vida bajo mi techo, no al menos una que parecía merecer la pena. La desgraciada era buena persona, debía aceptarlo, además de esa puta cara de ángel. Algo en mí se estaba obsesionando con mantener el brillo de sus ojos y su corazón latente, era como una llama ardiente en una era glacial, no quería que se apagase, no quería volver a morir de frío.

Además, su belleza natural me recordaba a mi hermana. Tenía esa maldita aura tan especial y tan escasa.

Mierda, ¿qué gilipollez acababa de decir?

Ella me entretenía, no era aburrida como las demás, resultaba ser un rompecabezas, un juguete de lo más divertido, daba sentido a mi vida monótona, vacía y aburrida, solo eso. Tan solo eso.

Pero reconozco que verla en ese estado en el coche me sacó de quicio, hizo que por un momento desease abrazarla y jurarle que fuese la que fuese la mierda por la que había pasado, lo pagarían caro, todos, cada uno de los que crearon ese dolor en su cuerpo.

Aun así, no la toqué, no entendía de dónde venía su estado de nervios, su crisis de ansiedad, tuve miedo de agravar la situación, llamé a Petra que estaba en el coche de atrás, ella le inyectó un sedante en el cuello que la dejó dormida, anulé cena, y la traje de vuelta a casa.

—¿Ya? —pregunté a Petra. No me moví en toda la noche de la puerta de su habitación, tampoco me atreví a entrar, entendía que estas cosas eran delicadas, y no saber hasta qué punto podría ayudarla o joderla más me causaba una sensación de asfixia, nunca me gustó que las cosas se saliesen

de mi control.

—Sí, ya está despierta, no recuerda nada —dijo sin más, con la taza que le había llevado entre sus manos, al menos se tomó la mitad de la manzanilla —. Le he preguntado qué fue lo que le llevó a ese estado, dice que no lo sabe, solo recuerda hablar contigo y, de repente, dormirse.

Repasé los dientes con mi lengua, notando cómo se me tensaba la mandíbula, mis ojeras brillaban más que nunca y estaba despeinado, aun no me quité ni la maldita ropa, el pasillo estaba lleno de humo, a causa de todo lo que fumé, caminando de un extremo a otro.

—No se acuerda... —murmuré—. Y una mierda, claro que se acuerda.

Petra hizo gestos de negación, encogiéndose de hombros con pesar.

—Se acuerde o no se acuerde, son sus secretos, son sus recuerdos, es su pasado —habló sin más, como si por ser algo que le ocurrió antes de llegar a esta casa ya no importase—. Todos tenemos demonios que enfrentar, Salvatore.

—No es su pasado, le ha ocurrido hace unas horas, estando conmigo, así que es presente —aclaré—. Hay que solucionarlo.

—Deberías dejarla en paz —me habló en un tono que solo ella podía usar sin recibir un disparo en la cabeza—. No es el momento, solo déjala descansar. —Mi mano ya estaba en el pomo de la puerta, dispuesta a abrir.

—¿Es que no lo entiendes? Puede que esos recuerdos me acerquen más a Mía, puede que algo de lo que le pasó me ayude a culpar a Osorio.

Petra buscó algo de compasión en mi mirada.

—¿Por qué no juegas a una cosa? Intenta jugar a tener un puto corazón y finge por un rato que te importa esa muchacha, no porque sea una Osorio, sino porque es un ser humano que, evidentemente, ha sufrido cosas terribles.

Crují la mandíbula, Petra sabía muy bien dónde estaba cada una de mis heridas, y sabía mejor que nadie meter los dedos en ellas y hurgar.

—Vale, voy a jugar, pero no voy a jugar a imaginar que tengo corazón, voy a imaginar que te doy una paliza y aprendes a mantener la boca cerrada —espeté—. No abuses de tu confianza conmigo, Petra.

—¿Qué pasa aquí?

No, joder, la que me faltaba.

—Madre, ahora no —supliqué, Petra inclinó la cabeza con respeto, marchándose con un caminar militar, no le había dado permiso para retirarse, aun así, acepté que se fuese.

—Quiero una explicación de todo esto, Salvatore —instó, con su vestido de Channel y su cabello perfectamente planchado, su única preocupación siempre era verse más joven, más adinerada y más poderosa que el resto de mujeres que la rodeaban. ¿Para qué coño quería meter las narices en esto?

—Discutimos. —Mentí—. Discutimos, se puso algo nerviosa y le dimos un calmante, fin de la historia.

Ella rio con cinismo, echándose el cabello hacia atrás con sus largas uñas.

—Salvatore. —Adoptó la postura de una supermodelo en mitad de una pasarela—. Mátala de una vez.

—Aún no sé nada de Mía, ni de Osorio, para eso fue que la compré, ¿ya lo has olvidado?

—No conseguirás nada de esa mocosa, es cabezona y no te respeta. —Me envió una mirada que claramente dijo: porque tú mismo no te haces respetar —. Si la amarraras y le pusieras un caimán delante, seguro cantaría.

—Es la hija del líder de unas de las familias, no puedo matarla, está prohibido.

—Podemos hacer que parezca un accidente, tú mejor que nadie sabes hacer este tipo de cosas. —Bufó—. Deja ya de inventar escusas baratas, ¡mírate! —Alzó la voz—. Te has debido fumar al menos un paquete entero de tabaco, llevas unas ojeras propias de un muerto viviente y apestas a whisky, estás hecho polvo por una maldita discusión, esa mujer va a ser tu ruina y si tú caes, caemos todos. ¿Qué es todo este sentimentalismo, joder?

Mi paciencia desapareció como desparecen las buenas intenciones y la educación cuando una persona te toca suficiente los cojones. Agarré el cuello de Penélope apretándole la garganta, cortándole respiración.

—¿Te parezco un hombre sentimental?

—Sal...va…to...re... —pronunció mi nombre a duras penas, acariciando mi muñeca, en una intención de calmarme, la solté con brusquedad, logrando que se diese un golpe contra la pared, se recompuso sobre sus zapatos de tacón, se veía tan frágil y pequeña, me había costado tanto mantenerla con vida y llevarla a lo más alto de la mafia—. Por Dios, soy tu madre.

*«*Deja de venderme eso, Pen*é*lope*».*

—No te metas en mis asuntos con María, o la que terminará con los caimanes serás tú —advertí—. Yo no te necesito, Penélope, y tampoco hay ninguna ley dentro de la mafia que diga que no puedes matar a tu propia madre, así que contigo ni siquiera necesitaría hacer que pareciese un accidente.

María tosió al otro lado de la habitación, su voz parecía rota y deshecha, el corazón me palpitó con fuerza, me moría por entrar, pero tal vez debía hacerle caso a Petra.

—¿Salvatore? —murmuró en un tono lloroso.

María me había llamado. ¿A mí?

No supe el porqué de mi reacción, pero abrí la puerta sin pensarlo, cerrando en las narices de Penélope, eché el seguro.

—¿Querías verme?

La vi metida en la cama, con el peinado deshecho, los ojos rojos y los labios resecos, sus ojos al menos seguían brillando, aún tenía el vestido puesto.

—Sí.

—¿Qué necesitas?

Ella sollozó, pasándose una servilleta por la punta de la nariz, parecía que le costaba mucho decirlo.

—No pienses, solo pídelo, lo que sea, lo tendrás —insistí, tratando de no parecer excesivamente intenso.

Joder.

¿Por qué me ponía tan nervioso verla así?

—Quiero que tengas claro que te detesto y que te odio —su voz trataba de parecer tajante y dura, pero era como ver a un corderito llorar—, y que no te quiero cerca de mí, nunca me enamoraré de ti, jamás.

Rodé los ojos, ¿para eso me había llamado?

—Cariño, cuéntame algo que no sepa —repuse con aburrimiento.

—Pero.

—¿Pero?

—Necesito que alguien me dé un abrazo, y solo estás tú.

Tragué saliva, no esperaba que me pidiese algo así, pensaba que querría bombones, dulces, más libros, o que le trajese la cabeza de alguien.

—Puede dártelo Petra, o Marcela, también tienes a Gabriel, no solo estoy yo.

Si la abrazaba, algo malo pasaría, lo sabía, estaba muy pero que muy seguro de ello.

Ella pareció decepcionarse.

—Bueno... sí... supongo...

—Pero yo soy tu marido —dije de inmediato—. Así que te abrazaré yo.

Di unos pasos hacia ella, la noté retroceder hasta el cabecero de la cama,

como si ya estuviese arrepentida de lo que íbamos a hacer.

Joder, que solo era un abrazo, respira Carusso, respira.

¿Y por qué ella también estaba tan nerviosa?

Me senté al borde de la cama, extendiendo mis brazos con lentitud, dejando que fuese ella la que se acercase a mi regazo.

Finalmente, tras mirarme y analizarme unos segundos, avanzó por la cama como un cachorro confundido, apoyando su mejilla en mi pecho, sus brazos se negaron a rodear mi cintura, pero yo sí la rodeé a ella, apretándola entre mis bíceps.

—¿Mejor? —susurré contra su cabello rubio.

—Apestas a tabaco y alcohol —gimió, mientras el pulso acelerado de su corazón se iba acompasando.

—He pasado una mala noche. —Fue todo lo que dije, no queriendo que ese momento terminase jamás—.Tú hueles de maravilla.

—También he pasado una mala noche.

CAPÍTULO 14

SALVATORE



1 MES DESPUÉS.

Estaba sentado en mi despacho tomando un amargo trago de whisky, el calor invadió mi garganta, quedando el regusto del alcohol en mi paladar.

Me sentía molesto, realmente molesto, mi vida sexual siempre fue de lo más activa —y de lo más vacía—, busqué entre todo tipo de mujeres, e hice todo tipo de prácticas con ellas, nunca logré llenarme.

Y ahora estaba aquí, casado, con una alianza en mi dedo, pasando más sed y más hambre que un náufrago en una isla desierta.

Yo la cuidaba, yo era bueno con ella, yo la protegía, yo la consentía... y solo recibía hambruna, rechazo.

Incluso retrasé la cena con las demás familias para poder presentarla cuando estuviese más preparada.

Se me tensó la mandíbula, estaba a punto de levantarme e ir a buscarla, llevarla a rastras hacia mi habitación y enseñarle cómo se debía complacer a un marido que se jugaba el cuello por su mujer día tras día, noche tras noche.

Porque casarse con una Osorio no era moco de pavo, la hija de Pepe era considerada un mito, algunos decían que era la misma Afrodita y que por ello Pepe la ocultaba con recelo, esa era la versión de los hombres. La de las mujeres contaba una historia totalmente contraria, decían que su «cuerpo» era una vergüenza que deshonraba lo que esa familia vendía. «Belleza».

Así que por un lado o por otro, María Osorio despertaba la curiosidad, el deseo y la intriga de todas las demás familias, de todas las mafias, de todas las mentes enfermas.

Además, ¿qué podría hacer alguien que tuviese a la queridísima hija de Pepe en su poder? Resultaba tan tentador imaginarlo...

Pero no, a Pepe no parecía importarle su hija. Tras la muerte de Dominic no solicitó el servicio de ningún otro guardaespaldas, tampoco llamó una sola vez para preguntar por ella. Insólito... Tantos años escondiéndola para ahora, ¿soltarla?

Y bueno, independientemente de lo que pensasen las mentes masculinas y femeninas, ¿qué pensaba yo sobre ella?

María...

Sí, era la hija de Afrodita. Si la belleza tuviese rostro, sería el suyo, de eso no me cabía duda, era tan guapa que con solo mirarla a los ojos se me cortaba el aliento y se me quebraban todas las capas de hielo, haciéndome latir el jodido corazón. Así éramos los hombres, visuales. Las mujeres se endulzaban con una voz ruda o un comportamiento cortés, pero los hombres quedábamos hipnotizados por una mujer guapa, guapa de verdad.

Y no hablaba de sensiblerías ni de amor, no hablaba de sentir algo por ella, claro que no, era una Osorio, joder, solo me casé para estar cerca de su padre, y de mi hermana, para subir algún escalón más que me acercase a mi venganza.

Aun así, tras la acusación de Petra, no fui capaz de intentar sacarle información sobre Mía. Me sentía sucio y rastrero.

Pero evadiendo todo esto, yo era un hombre.

Y esto me causaba inquietud, pues creía haberlo olvidado, creía haberme convertido en un monstruo hacía demasiado tiempo.

Aun así, ella me hacía sentir y pensar como pensaban los hombres, activaba mis hormonas, mi ADN orangután de querer aparearme, reproducirme, y gritar a todos los otros machos que era mía mientras me daba golpes en el pecho, cargándome a cualquiera que se atreviese a mirarla.

Sí, era como un jodido animal cuando la tenía cerca, no pudiendo hacer uso de la razón, no pudiendo evitar arrodillarme ante su increíble belleza, porque vaya ojos, vaya rostro, vaya labios, vaya mujer. Joder.

Y su cuerpo, ese que tanto era criticado por otras mujeres, qué podría decir de él, solo reconocer que odiaba pensar con la polla y, en su caso, resultaba inevitable.

Me importaba una mierda su peso, su talla o su volumen, me daba completamente igual lo que dijesen o pensasen, yo nunca supe que necesitaba follarme un culo grande hasta que vi el suyo.

Y menuda follada que le metería, ¿cómo sería ver esa carita de ángel

gimiendo mi nombre, suplicando por más? Una maldita locura.

Mi entrepierna comenzó a doler, ya llevaba un rato dura y dando la tabarra, erre que erre con María, pero tan solo me mantenía aquí sentado, bebiendo más y más whisky.

Menudo asco.

Estar casado con un bellezón y no poder ni olerla.

Recordé el momento del abrazo, no supe qué la dejó en ese estado, pero no podía olvidar sus ojos tristes ni su voz agitada, tampoco la forma en la que su pecho subía y bajaba con desesperación dentro del coche. ¿Qué tipo de recuerdo estaba reviviendo? Me jugaba el cuello a que tenía que ver con Osorio.

Mi orangután interno, mi macho alfa escondido, el hombre que creía que ya no existía, me susurraba que debíamos matar a todos los que, en algún momento, le hubiesen hecho daño.

Y aquel susurro no me parecía para nada una mala idea.

La pregunta secreta era: *¿por qué?*, ¿por qué esta obsesión con protegerla?

¿Realmente quería protegerla o la palabra correcta era «poseerla»? Di otro amargo trago, carraspeando la garganta con sequedad, alguien tocó la puerta con tres ligeros golpecitos, delicados como las curvas de la cintura de María, las cuales se empequeñecían al centro para luego agrandarse en un pomposo trasero que gritaba «muérdeme».

—Adelante —murmuré con una voz más ronca de lo normal, a causa del alcohol—. Seas quien seas —repuse con aburrimiento.

La puerta se abrió, dejando correr una brisa tras mi espalda, solo con oler el viento supe que se trataba de ella. Un perfume muy económico pero exquisito en su piel.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, escuchando sus tacones sobre el brillante suelo de granito. Ella no dijo nada, su perfume se fue intensificando conforme se acercaba a mí, teniéndola al frente en unos pocos segundos. Seguía con ese vestido rojo, parecía diseñado por cientos de demonios para vestirla de una forma que enloqueciese a los hombres y llevarlos al borde del abismo.

—Solo quiero saber quién es mi marido. —Sus ojos me miraban brillantes, relucientes, esta vez no había odio en ellos, lo cual me causó cierto atisbo de curiosidad, ¿ese abrazo había cambiado tanto las cosas? Yo podría darle mucho más que eso, entonces.

—La última persona a la que quisieras tener cerca —contesté juguetón,

acomodándome en mi asiento, disfrutando el espectáculo de tener esas curvas delante de mí, solamente para mí. Con aquella melena rubia y abundante, recogida en un lado y cayéndole por el rostro al otro. Un rostro ovalado, con una simetría jodidamente perfecta—. Cariño, ¿cómo te encuentras?

—Mejor. —Sus pasos avanzaron despacio hacia mi posición, su cuerpo se movía de forma hipnótica, como si ella fuese el flautista y yo la serpiente, dejándome seducir por el vaivén de cada centímetro de su jugosa carne—. Salvatore, creo que hemos empezado con mal pie.

Sus palabras me pillaron de imprevisto, no me esperaba algo así, decidí servirme otra copa e invitarla a ella, para mi sorpresa, aceptó, dejando ese trasero bonito y llamativo posarse sobre mi escritorio, mirándome con descaro. Era la primera vez que su expresión mostraba algo de picardía y, joder, estaba ardiendo aquí sentado, y me daba igual calcinarme hasta recudirme a cenizas, no pensaba detenerla.

—Soy todo oídos, María.

—Me sacaste de esa maldita casa, me alejaste del monstruo de mi padre, me proteges, me cuidas, me consientes... —Iba repitiendo cada uno de los pensamientos que había tenido hacía unos largos minutos, como si hubiese tenido acceso a mi mente—. He sido desagradecida contigo. —Sus uñas largas y limadas de forma ovalada, pintadas de un rosa pastel muy suave y discreto, arañaron su piel blanca, bajando el tirante rojo del vestido por el hombro, desnudándolo.

Solo era un tirante, solo era un jodido hombro, pero estaba babeando y a punto de saltar sobre ella.

Necesitaba morder esa jodida piel pálida.

¿Por fin dejó de ser tan necia y estúpida? ¿Por fin se dio cuenta de que trabajar en equipo era lo mejor para ambos?

Un momento, yo no quería trabajar en equipo, yo quería humillarla y hacerla infeliz, ¿qué diablos estaba diciendo?

—Sal-va-to-re. —Sus jugosos y carnosos labios deletrearon las sílabas de mi nombre mientras se iban acercando, su escote hacía que la cabeza me diese vueltas, quería meter la cara ahí y asfixiarme mientras mis dedos la agarraban del cuello y también la asfixiaban a ella, por hacerme sentir que la necesitaba de esta forma, por haberse atrevido a rechazarme, como si tuviese derecho a ello—. Seamos un matrimonio feliz, ¿sí? —Sus densas pestañan subieron y bajaron, como un aleteo de mariposas.

Estaba sudando, casi no podía ni respirar, ¿qué me pasaba? Parecía un maldito quinceañero con las hormonas disparadas.

—No sé si ya sea posible, María, estoy harto de que esquives mis muestras de cariño. —Mi mano fue a su rostro, ella me agarró de la muñeca, apoyando su mejilla entre mis dedos, regalándome una expresión angelical, el corazón me dio un fuerte golpe en el interior del pecho.

—No digas tonterías, me encanta cómo me tocas, y cómo me haces el amor.

Un placer inundó mi cuerpo, sacudiéndome desde la entrepierna hasta la espina dorsal, estaba a punto de caer como un perro baboso cuando de repente una chispa se encendió en mi cabeza.

—Tú y yo nunca hemos hecho el amor.

De hecho, yo nunca he hecho el amor.

Solo he follado.

Su rostro ya no era precioso, ahora era alguien muy diferente, una mujer que ha estado obsesionada conmigo desde que tengo uso de razón.

—Si te atreves a quererla, si te atreves a darle lo que no me has dado a mí, la mataré.

El corazón me explotó dentro del pecho como una bomba dándome cuenta de que me había caído de la cama, mientras la alarma no paraba de timbrar con un sonido horrible y estridente que ya estaba despertando no solo a mis millones de células, sino también a mi migraña y a mi ejército de demonios.

—¡JODER! —chillé, levantándome de mala gana, tropezándome con la pata de la cama, me mordí el labio para no gritar como un miserable desquiciado, pues eso demostraría debilidad, pero, mira que me han dado palizas y he pasado por cosas.... jamás he sentido un dolor peor que el de golpear descalzo la pata de la puñetera cama.

—Maldita puta —insulté al mueble que no tenía culpa de mis ridículos sueños.

Encendí la luz, mientras me martilleaban la puerta sin parar.

—Joder, joder, joder —gruñí con tan mala hostia que agarré la pistola, abrí la puerta y di tres tiros.

Petra estaba agachada en el suelo cubriéndose la cabeza.

—Sabía que harías eso, cualquier día vas a matar a alguien.

—Si no me matáis a mi primero, ¿qué mierda quieres?

Ella se puso en pie, haciendo un saludo militar, bajando la vista hacia mi polla, porque sí, dormía en pelotas y sí, estaba duro de cojones.

—No la mires, ahora está casada —rechisté, dándome la vuelta, buscando una toalla con la que envolverme la cintura.

—Casada y más necesitada que nunca. —Se apoyó divertida contra el marco de la puerta—. ¿Por qué no visitas a tu mujer y le echas un mañanero?

La asesiné con la mirada por encima del hombro, esta perra quería morir hoy.

—No soy un violador.

—Oh. —Rodó los ojos—. Sarna con gusto, no pica.

Quedé quieto, chasqueando los dedos. ¿Por qué estaba despierto y no había un café expreso en mis manos?

—¡¿DÓNDE ESTÁ MI PUTO CAFÉ?! —vociferé, con tanta fuerza que logré que las paredes retumbasen.

En menos de dos minutos, Ángela estaba en la puerta de mi habitación, con la bandeja de plata y mi café al centro, Marcela me trajo unas magdalenas calentitas recién horneadas.

Di unas palmadas para que se retirasen y me dejasen a solas con Petra, ella entró, cerramos la puerta de la habitación.

La hadita militar dio saltitos hasta mi ropero, ahí se cogió una de mis sudaderas poniéndosela por encima, sentándose en la silla del escritorio, subiendo los pies sobre él. Iba a hacer como si no hubiese visto nada porque simplemente, Petra era Petra.

—Para ser una cuarentona te comportas como si tuvieses trece.

—Me quité la toalla, tirándosela a la cara, decidí abrir el grifo de la ducha y meterme bajo el agua fría. Era buena para activar los sentidos y el sistema inmune.

Lástima que no funcionase para olvidar esposas rancias y aburridas.

*«*Vamos Salvatore, María es de todo menos aburrida, reconócelo*»*.

Bueno, ahora también escuchaba voces, maravilloso.

Mientras el agua me bajaba por el pelo, aplastándolo contra mi frente, mantuve los ojos cerrados.

—¡Petra! —La llamé—. ¿Por qué has dicho eso?

—¿Decir qué?

—Que sarna con gusto no pica.

—Estás buenísimo, Salvatore, y ella es una mujer.

Una mujer.

Y qué mujer.

Esparcí un buen chorro de jabón por el pelo, dejando que al entrar en contacto con la fuerza del agua se crease la espuma por sí sola. Cómo me gustaría que María estuviese aquí, frotándome la espalda. Y luego yo también se la frotaría ella, y la cogería en brazos para...

«¡Basta! La odias, la detestas, es la hija del enemigo, solo debes usarla y después tirarla a la basura».

—Y yo soy un hombre, un hombre que necesita a una mujer. —Resoplé—. Me cabrea que me guste tanto —reconocí, apoyando la frente sobre el mármol húmedo—. Quiero decir, que me ponga tanto, porque gustar no me gusta en absoluto, es una niñata de papá que no tiene ni puta idea de la vida. Y una desagradecida —puntualicé y añadí.

—No es una mala chica, no le hagas daño.

—Yo solo sé hacer daño, Petra.

—Ella no tiene culpa de todo lo que te han hecho —murmuró, con esa habilidad suya para palpar cada una de mis heridas, alcé la barbilla, dejándome acariciar por el líquido que me bajaba por el cuerpo—. Sé que tus ganas de protegerla superan tus ganas de dañarla.

—Eso no es bueno.

—Te recuerda a Mía, ¿verdad? Por eso cambiaste de opinión al verla.

Tensé los labios, María era distinta, más adulta, más mujer y, joder, no era mi hermana, me sentiría como una mierda al pensar así de ella si tuviese mi sangre, pero sí, tenían semejanza.

—Sí, y tampoco es bueno.

—Es maravilloso —contradijo, creando una sensación de inestabilidad en mí—. Significa que estás sanando, Carusso.

Sonreí de amargura, saliendo de la maldita ducha, ella y sus cuentos con finales felices.

—Las personas como yo nunca sanan, Petra.

—No si deciden quedarse solas para siempre, sí si se abren al amor. —Petra se levantó de mi asiento, entrando al baño, poniéndose de puntillas para darme un beso en la frente, despeinando mi cabello húmedo—. Tu plan era casarte para someterla a intensas torturas desde la primera noche y hacerle cantar hasta el último secretito de Osorio, pero mírate, aun no le has hecho ni un solo rasguño y quiero decirte que estoy orgullosa de ti.

Agarré otra toalla limpia, con la «C» de Carusso bordada en hilo dorado, cosas de Penélope, mirándola de reojo, sin saber del todo qué decirle.

—Necesito saber qué le pasó a Mía, y necesito acabar con el culpable,

cueste lo que cueste, me da igual el precio.

—A Mía ya nadie puede salvarla. —Sus palabras se clavaron como afiladas dagas en mi corazón. A pesar de los años, seguía con la vaga esperanza de encontrarla, me había recorrido con mis hombres todos los clubs de mujeres del jodido mundo—. Pero a María sí, y no te hagas de rogar, aquella noche vi cómo le dabas dinero y le ofrecías «su libertad». —Empezó a poner morritos—. Qué bueno eres, Carussito.

Reí a carcajadas, estas hicieron eco en el baño.

—Solo hice eso para demostrarle que no la necesito y que, por supuesto, ella sí me necesita a mí.

—Solo ladras y ladras, pero sigo pensando que María provoca una debilidad en ti muy similar a la de tu hermanita.

Y escuchar aquello me provocó un latido en el pecho tan fuerte como el que tuve en mi sueño.

¿Y si mi obsesión por proteger a María venía de su similitud con Mía? Ambas eran puras, nobles, risueñas, angelicales...

¿Y si a pesar de querer vengarme, una parte de mí deseaba hacer por María lo que no pude hacer por mi hermana? ¿Fue eso lo que me obligó a pedirle a Dominic que abortase la misión de matarla?

Resoplé, sacudiendo la cabeza como un perro callejero, quería sacarla de mi maldita cabeza DE UNA PUTA VEZ.

Mi hermana merecía que le hiciese justicia, merecía venganza, merecía descansar en paz si es que ya algún hijo de puta acabó con su vida, y merecía, por supuesto que merecía, que su hermano mayor hiciese lo que fuese, por borrar de este mundo de la forma más cruel posible a todo aquel que hubiese puesto sus sucias manos sobre ella.

Pasé por el lado de Petra, que seguía ahí, a un lado del baño en suite de la habitación, no quería seguir hablando de María, ni de mis planes, ni de por qué me casé o no la maté. Debía empezar a actuar antes de que fuese tarde, antes de que me ablandase demasiado.

Penélope tenía algo de razón. ¿Desde cuándo yo era tan sentimental?

—¿A dónde vas, jefe? —La voz de Petra me detuvo antes de que saliese por la puerta.

—A hacer lo de siempre, correr unos cuantos kilómetros, trabajar, trabajar más, cagarme en mi puta vida, y seguir trabajando.

—¿No quieres saber si ya se encuentra mejor tu esposa? —Sus palabras se contonearon en el aire con un tono poco agradable.

—No, no me interesa. —Mentí, pero me encargaría de que no fuese mentira, haría que esa mujer dejase de importarme. Porque mi hermana siempre ha sido, es y será lo primero.

Bajé las escaleras rápidamente, Penélope me observó con la cabeza agachada, debía sentirme culpable por cómo la traté, no obstante, no había nada, como casi siempre.

—Salgo a correr, ten un buen día. —La saludé como de costumbre, eso pareció tranquilizarla.

—Que vaya bien, cielo. —Deseó, dando otro sorbo al té. Se pasaba el maldito día bebiendo eso porque decían que rejuvenecía.

Si fuese cierto no se hubiese gastado tantos miles de euros en operaciones, digo yo.

Salí al frío de la helada mañanera, los árboles se visualizaban casi cristalizados, las gotas del rocío pendían de sus hojas, alguna me cayó sobre la cabeza. Traté de respirar profundo, de llenar mis pulmones del aire fresco y el olor a hierba mojada era uno de mis olores favoritos, junto con las magdalenas de Marcela y, desde hacía poco, el perfume de esa engreída a la que tenía como esposa.

Empecé el trote, perdiéndome por un sendero que iba hacia el bosque, una vez estaba lejos de la carretera, entre los pinos, mi velocidad aumentó, intenté dar lo mejor de mí, intenté llevar mi cuerpo al límite, a mi corazón, a mis pulmones, a mi mente. Pero no paraba, no dejaba, no cesaba. No. Podía. Dejar. De. Pensar. En. Ella.

Me detuve, respirando por la boca, encorvándome para apoyar las palmas de las manos sobre las rodillas, visualizando un riachuelo a lo lejos. Mía y yo fuimos a ese lugar para pescar renacuajos un montón de veces.

El alma se me astilló mientras caminé hacia la orilla, no volví desde que vine a buscarla el día que desapareció, por si acaso se había escapado, ella no era feliz del todo en casa, solo cuando estaba conmigo.

Me agaché en cuclillas, dejando que mis dedos tocasen el agua, estaba tan helada como mi vida.

Si existía un Dios, ¿por qué dejó que a una niña tan hermosa, bonita y llena de bondad le sucediese algo así? Mi mirada se alzó hacia el cielo, viendo flotar las nubes, tapando el sol.

«Me pregunto, Dios, si harás algo para proteger a María de mí, o si también mirarás hacia otro lado, como hiciste con Mía».

El teléfono privado me sonó en el bolsillo, cosa que me extraña, no

esperaba ninguna llamada de nadie.

Al ver el número, una expresión divertida se formó en mi rostro, era Mónica, la mujer de mi sueño, la que me amenazó con cargarse a María.

Ella ha sido la mujer con la que más veces me he acostado.

La borré de mi agenda el día que decidí casarme.

—*Buongiorno signorina* —saludé, paseando por la orilla del riachuelo.

—Vaya, pensaba que no responderías a mi llamada.

Desde el otro lado de la línea olía a celos, celos que pagaría a cualquier costo por ver en María.

—Hemos hecho muchas cosas indecentes, Mónica, no es apropiado que hablemos estando casado —cotorreé, retomando el camino de vuelta a casa.

Ella chasqueó la lengua.

—¿Por qué lo has hecho? —Silencio, eso es... ¿un sollozo? ¿está llorando? —. Creí que... creí...

Contuve las ganas de reírme en su cara.

—¿Qué me casaría contigo?

—No, porque siempre decías que no creías en el amor.

Cierto, siempre dije eso, y seguía diciéndolo a día de hoy, el amor no existía, solo existía la complicidad, la atracción, el afecto quizás y, sobre todo, lo que existía y era real, era el interés. El dar algo a cambio de otro algo.

—No te metas en mis asuntos, ¿vale? —amenacé, apretando los dientes. Me ponía de muy mala leche que me reclamasen o pidiesen explicaciones, también que me recriminasen, pues siempre era claro en mis intenciones—. Sabes que solo has sido sexo, nada más.

—¿Ella te lo hace mejor que yo? Es lo único que necesito saber.

Una vez estuve en una zona un poco alta, desde la que veía todo el jardín de la casa, mis ojos se posicionaron en María, estaba corriendo de un lado para otro con una cometa, jugando con Gabriel.

Parecía que hoy se encontraba mejor, pues estuvo todo un mes bastante apagada.

Esa estúpida cometa en forma de ¿pájaro?, ¿insecto? le hacía sonreír más que yo.

Iba a romperla.

—¿Salvatore?

Ah, que seguía hablando por teléfono.

—Lo que haga o deje de hacer con mi mujer, es cosa mía.

Otro minuto de silencio, quería colgar, no me interesaba para nada hablar con Mónica, solo era una mujer fácil, una mujer tan desesperada por algo de atención que me dejaba hacer cualquier cosa con ella, la más sumisa de todas, la más obediente.

—Solo dime una cosa, ¿qué tiene ella que no tenga yo?

Seguí mirándola, corriendo por el césped con Gabriel, con esa sonrisa deslumbrante y ese aura brillante, tan hermosa y perfecta como una maldita estrella. ¿Quién le había dado permiso para brillar tanto?

Deseaba apagarla. Deseaba hacerla arder en mi fuego y consumirla hasta que tan solo fuese humo. Un humo que me tragaría.

—Pues... —Me froté la barbilla, recorriendo con mis ojos el largo de su trenza, cómo me encantaría agarrarla en mi puño y...—. No lo sé.

—Nunca te ha costado decir las cosas. ¿Qué diablos te pasa?

—Ojalá pudiese contestar, pero bueno, supongo que hay preguntas que nunca llegan a tener respuesta, Mónica. —Repasé con la punta de la lengua la sequedad de mis labios, no soportaba más el no ir a por ella, quería cazarla—. No me vuelvas a llamar, no me interesas.

Colgué la llamada, guardando el teléfono en el bolsillo del pantalón de chándal, retomé el trote, acercándome a la casa. En cuanto Gabriel me vio, empezó a señalarme, María alzó la mano a modo de saludo y él corrió hacia mí.

—¡Campeón! —Abrí los brazos, recibiéndole, sacudiéndole en el aire, como si la cometa fuese él. Se reía a carcajadas—. ¿Estabas jugando con tu madre?

—¡Sí! —Me enseñó el dichoso juguetito—. Lo ha hecho ella, es muy lista, sabe hacer de todo.

*«*Sí, de todo menos complacerme a mí*»*.

—Oh, qué bien. —Admiré el artilugio, animando a Gabriel a correr mientras la ondeaba de nuevo con el viento. María se quedó de pie a mi lado, con las manos cruzadas a la altura del vientre, iba vestida como de costumbre, con unos tristes vaqueros y un cutre jersey—. ¿Has dormido mejor hoy? —Mi tono indiferente y enfadado hizo que sus defensas se activasen. Estaba relajada después de ese cursi «abrazo».

Le di unas cuatro semanas de tregua para que se estabilizara después de lo sucedido. Pensaba que ser bueno serviría de algo, pero no, seguíamos en las mismas. Ya estaba harto.

—Sí, gracias por preguntar, Salvatore. —Alzó el mentón, siempre lo hacía

cuando se sentía pequeña y se negaba a permanecer bajo mi sombra, pero ahí era cuando yo la miraba directamente a los ojos y me tragaba su alma—. ¿Y tú?

Mi mano agarró ese mentón osado y caprichoso, ella trató de esquivarme pero chisté, mostrándole la pistola que llevaba encima.

—Recházame y le pego un tiro al niño.

Su corazón se desbocó, pude oler el miedo correr por su sangre, mientras esos iris oscuros se dilataban mirándome como si fuese un monstruo.

¿He dicho como si lo fuese? Claro que lo soy.

—Intento tener paciencia contigo, María, pero a veces pienso que tengo que estar recordándote las cosas constantemente.

—¿A qué te refieres? —Se mantuvo rígida como una barra de acero, mi mano fue de su mentón a su mejilla, acariciando esa suavidad desquiciante con los nudillos, cómo deseaba marcar y apretar sus carnes, morderla, clavarle los dientes, dejarle cada uno de mis dientes ahí hundidos.

—Te dije cuando llegaste a esta casa que debías llamarme «cariño», mi nombre está prohibido para ti.

—Discúlpame, lo olvidé.

Me mantuve a la espera, con los nudillos contra su suave piel, creando la necesidad de tocar más, mucho pero mucho más.

—También dijiste que no me tocarías, cariño. —Me recordó haciendo que riese de impotencia, alejé mi mano de ella, crujiendo el cuello.

—Tengo ganas de follar, últimamente me pasa cada vez que te veo —mascullé, acercándome tanto que solo quedó un centímetro entre nosotros —. Esta noche voy a follar sí o sí, de ti depende que sea contigo o con otra. —Mi mano agarró su mandíbula, apretando tanto que la obligué a soltar un quejido, mis labios mordieron los suyos, clavándole los dientes—. Dame una respuesta antes de las siete, por si tengo que buscarte una sustituta.

La empujé hacia atrás, viendo en ella una expresión de angustia total.

—No me mires así, pequeña. —Me acerqué nuevamente, colocándome a la altura de su hombro, mirándola desde arriba, haciéndole sombra, mucha sombra, tal y como ella odiaba que lo hiciese—. Dime, ¿qué te disgusta más? ¿Tenerme dentro de ti, o que esté dentro de otra?

—¡PAPÁ! ¡Papá, mírame! —Gabriel seguía correteando, haciendo la cometa volar muy alto.

Solté un silbido y aplaudí.

—¡Muy bien, hijo! ¡Ese es mi campeón!

—Eres un cerdo hijo de puta. —La dulce voz de María rezumó ácida tras mi espalda—. Fóllate a la que quieras, cariño, mientras no me toques, haz lo que te dé la gana.

Mi ceño se frunció a la vez que apretaba los puños.

—Así será —respondí, aún de espaldas—. Solo espero que luego no te arrepientas, te he tomado la palabra.

CAPÍTULO 15

MARÍA



Las manecillas del reloj iban haciendo eco en el sonido abismal del comedor. Penélope y Salvatore han estado hablando de negocios mientras cenamos, ella tomó una ensalada mientras yo he tenido que ayudar a Marcela a hacer de nuevo mi estofado porque Gabriel se negaba a comer otra cosa.

Salvatore no compartió ni una sola palabra conmigo, pero se comió hasta la última patata del plato, no quedando ni una gota de caldo. Sus dedos repasaron lo que sobró con un trozo de pan y se lo llevó a esos preciosos labios, me jodía bastante que fuese tan atractivo, aunque reconocía, que ser la cautiva de un hombre horrible como mi padre, lo hubiese empeorado todo.

—Mamá cocina de muerte, ¿eh? —apremió a Gabriel, acariciando su cabello, mi pequeño asintió y el corazón se me enterneció, nunca permitiría que nada malo le sucediese, Salvatore y yo teníamos una conversación pendiente, seguía necesitando saber de dónde le sacó—. Venga, ve a la cama ya, se hace tarde. —Le dio un beso en la mejilla, mientras agarraba una manzana del frutero al centro de la mesa y se la colocaba en sus manos. Gabriel se retiró, intentando compartir alguna palabra con su abuela. Esta le ignoró ampliamente, extendí los brazos para achucharle.

—Descansa, pequeño ángel.

—Gracias, mamá. —Dio un mordisco en la fruta—. Adiós. —Se despidió de todos corriendo detrás de Marcela, con la cual hizo muy buenas migas.

Penélope se limpió los labios en la servilleta, regalándome una de sus expresiones despectivas, comí todo lo que tenía en el plato e incluso repetí para joderla.

—Mañana vendrá visita, una amiga de mi hijo.

Salvatore arqueó las cejas, su expresión mostró un claro «¿Qué me estás contando, Penélope?».

—¿Y necesitas que cocine para ella porque tú no sabes hacer nada? —Limpié también mis labios con la misma delicadeza que hizo ella, imitándola.

—Es la ex de Salvatore, una mujer de mucha clase, distinguida, hermosa e inteligente, así que te pido que seas educada y ni se te ocurra montar una escenita de celos.

—¿Has invitado a Mónica? —Su disgusto, y el que tuviese tan claro de quién se trataba, me confirmó que no era ningún farol y que, efectivamente, sí que había una ex, esto debería aliviarme, que se distrajese con otra y me dejase en paz, sería la excusa perfecta para estar todo el día encerrada en mi habitación—. ¿Con qué permiso?

—No necesito ningún permiso, ella y yo siempre tuvimos buena relación, me llamó esta tarde, tiene curiosidad por conocer a… María.

Me reí en su cara.

—Estás loca si crees que puedes organizarme la vida. —Le advertí, tratando de ocultar mi palpable molestia—. No pienso conocer a ninguna Mónica.

—Estás bajo mi techo y...

Estaba a punto de levantarme de la silla cuando Salvatore nos interrumpió.

—Penélope, anula lo que sea que vayas a hacer con Mónica, si quieres verla, que sea fuera de esta casa —instó sin dar tregua, levantándose. Yo hice lo de siempre, recoger los platos e irme a fregar, ya estaban acostumbrados a que participase en las labores de casa junto con Marcela y Ángela, sabían que me ayudaba a sentirme mejor y, simplemente, aunque no les agradase, lo toleraban.

Salvatore salió a la terraza exterior para fumarse un cigarro, podía verle desde la ventana de la cocina, su espalda ancha y esos tatuajes visibles bajo la manga corta de la camiseta interior blanca que llevaba puesta, junto a unos pantalones de pijama grises, los cuales caían con gracia desde sus estrechas caderas, consiguió hacerme suspirar.

Me detuve en la zona del cuello, en cómo subía su cabello negro hasta la coronilla, brillando bajo la luna y las estrellas, me pregunté qué le hizo ser tan cabrón, si fue tan solo por el hecho de nacer en esta familia, si tal vez en otra circunstancia, hubiese sido distinto.

Imaginar a Salvatore fuera de la mafia era como imaginar al posible

hombre de mis sueños, eso me jodía. Reí de amargura ante tal sentimiento, pero era cierto, era el tío más guapo e inteligente que había conocido jamás, le admiraba en muchos aspectos, pero le odiaba en otros muchos más.

Lástima que ambos fuésemos quienes éramos. Lástima que estuviésemos condenados por nuestro apellido.

—Te encanta mi hijo, deja de hacerte la imbécil. —Penélope se sentó en una lujosa silla de estilo vintage junto a la pequeña mesilla que estaba en una esquina de la cocina—. Ya que te gusta tanto hacer de sirvienta, prepárame un té verde.

Suspiré, Penélope era cansina hasta la saciedad, aun así, la seguía prefiriendo a mi padre. Reconocía que aquí me sentía más libre que en la mansión de los Osorio.

—No es que me guste hacer de criada. —Comencé a calentar el agua, esta hirvió demasiado rápido, la vitrocerámica tenía una potencia realmente alta —. Pero cocinar para Gabriel es una forma más de quererle, a los niños les gusta sentir el amor de su madre en todo lo que les rodea, algo que supongo, alguien como tú no entiende.

Cuando le puse la taza del té sobre la mesita, nos miramos en un duelo.

—Deja de ser tan ridícula, María, no eres madre, y tampoco tienes madre, así que no me vengas a dar lecciones.

—Por eso mismo que no tengo madre es que lo sé, siempre quise tener una que cocinara para mí —contesté, poniéndole la estevia junto a la taza—. Y por eso haré por Gabriel todo lo que siempre quise que hicieran por mí.

Penélope se llevó la taza a los labios, bebiendo tranquilamente a pesar de estar hirviendo, el sorbo bajó por su garganta.

—No intentes venderme esa imagen, no me das lástima, ninguna.

¿Cómo le explicaba que la única que daba lástima aquí era ella?

Salvatore nos interrumpió, no supe en qué momento entró, mas su presencia, como siempre, hizo que el silencio se hiciese presente de forma cortante. Penélope se alejó contoneándose sobre los tacones, nunca la vi calzar algo distinto.

Eran ya las diez de la noche y no se me iba de la cabeza lo que dijo en la mañana, pasé todo el día con una ansiedad horrible por ello, preguntándome si iba en serio o si tan solo era otro de sus estúpidos juegos.

—¿Y bien? —preguntó, colocándose frente a mí, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón del chándal. Olía jodidamente delicioso, su figura alta hizo sombra sobre mi cuerpo, levanté el mentón en un intento de no

parecer tan pequeña, y porque odiaba tener su pecho y sus músculos sobre la cara, recordándome que mi enemigo era mil veces más fuerte que yo.

No obstante, ver sus ojos, sus labios, su mandíbula, su rostro, tampoco era de gran ayuda.

—¿Y bien, qué?

Las piernas me temblaban, el corazón me ardía.

No sabía qué diablos me pasaba, pero no quería que Salvatore se acostase con otra mujer. Y sabía por qué era, claro que lo sabía, no es que me gustase, para nada, nunca me gustaría un tipo de su calaña. Lo que me pasaba era que no quería que otra mujer se viese obligada a estar en los brazos de este simio por mi culpa.

«¿De verdad crees que lo harían obligadas?».

Esa voz en mi cabeza hizo que mi alma se retorciese, bueno, ¿y a mí qué me importaba?

—Lo que te dije esta mañana, tengo ganas de sexo, no soy un monje ni nada por el estilo, y con este cuerpo y esta cara no necesito ir haciéndome pajas. —Su ausencia de humildad me produjo ganas de escupirle en la cara, ¿por qué tenía que creérselo tanto el muy gilipollas?

Fue avanzando un paso y otro, hasta que finalmente me acorraló contra el fregadero, mis manos se apoyaron sobre este, las suyas seguían en los bolsillos.

—¿Puedo follar con mi esposa o tengo que recurrir a otras? Piensa bien tu respuesta, porque va a ser la última vez que te lo pregunte.

La idea de verle salir arreglado por la puerta de casa para tener entre sus brazos a otra mujer me creó acidez, este sentimiento era totalmente nuevo para mí, nunca sentí algo parecido por un hombre, y era normal, porque lo máximo que llegué a sentir por ellos fue el afecto similar al de una casi amistad, tratándose de Dominic.

¿Era esto lo que se suponía que se sentía cuando alguien del género opuesto (o del mismo, según gustos) te empezaba a agradar?

¡Pero a mí Salvatore no me agradaba! ¡Yo le detestaba!

—Salvatore.

—Cariño. —Me cortó rápidamente.

Rodé los ojos, bufando.

—Nunca... yo... nunca he... soy... —Me costaba la vida hablar de esto con él—. No quiero... digamos... yo... aún no estoy… lista. —Tragué saliva.

Su postura amenazante se relajó, como una bestia que es sedada.

—¿Se trata de eso entonces?¿De tu virginidad? ¿No es que no vayas a acostarte conmigo nunca? ¿Solo debo esperar?

Juro que casi quiso intentar «oler» mi virtud, para cerciorarse de que seguía intacta.

Traté de buscar las palabras adecuadas, pensaba que cualquier error podía echarlo todo a perder, Salvatore era volátil como el queroseno, resultaba sencillamente fácil hacerle arder, quemándome yo también con él.

—Sí —murmuré, teniéndole aún más cerca. Me eché hacia atrás abriendo la boca para poder respirar bien, todo su aroma estaba inundando mis pulmones, colmándome por dentro—. Si eres bueno conmigo, te haré saber el momento en el que esté lista, pero si eres un cabrón que se va de putas y abusa de las mujeres... nunca me entregaré a ti, tú eliges.

Una sonrisa curvó esos labios infernales, carnosos, suaves, crueles.

—No comprendo que odies tanto a los tíos que van de putas, si hace unos días presumías de tu apellido, aunque, al principio, odiabas que te llamase por él. Eres inestable, ya no sé qué pensar de ti.

¿Inestable yo? ¿Se había mirado a un puto espejo?

Esquivé su mirada hacia otro lugar, fijándola en el palo de la escoba, él se acercó aún más, sus manos seguían donde estaban, casi sentí su entrepierna bajo el pijama rozando mi cuerpo, y su maldito pecho, a un solo centímetro de mi rostro.

—Solo lo hago porque sé que te molesta, siempre he detestado mi apellido.

—Te gusta molestarme pero te mueres de miedo cuando estoy cerca, ahora mismo, estás temblando, de hecho —murmuró, delineando la curva de mi cuello con la punta de su nariz, era como si fuese su presa y él, estuviese deseando devorarme—. María, júrame que vas a ser mía, dame tu palabra.

Traté de resistir, de no desmayarme, de mantenerme entera, mis manos apretaron con tanta fuerza el fregadero que los dedos me dolieron, no pudiendo evitar volver a ver esos ojos tormentosos, crueles, ácidos, corruptos, sensuales y llenos de maldad.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que según mis acciones mi vida sería mejor o peor? —Él tan solo gruñó a modo de respuesta—. Pues el cómo te comportes conmigo definirá si me entrego a ti o no.

Su cuello se ladeó hasta la izquierda, relajándose, las manos salieron de sus bolsillos, cruzándose de brazos a la altura el pecho.

—¿Estás intentando negociar conmigo? ¿La pequeña, inocente y frágil

hija de Pepe Osorio haciendo negocios con el «Padre» de la mafia?

La forma en la que dijo «Padre» le llenó la boca.

Mantuve la postura muy firme, mi agarre en el fregadero flojeó, traté de ponerme recta y avanzar hacia él para invadir su espacio personal de la misma forma en la que él invadía el mío, pero no tenía el mismo efecto, no retrocedía, tan solo nos quedamos completamente pegados, cuerpo con cuerpo, piel con piel.

—El «Padre» de la mafia necesita que la inocente y frágil Osorio se entregue a él, así que sí, estoy negociando.

Sin poder verlo venir, agarró mi culo, dándole un azote con fuerza, apretándolo con ambas manos, clavando sus dedos en mis nalgas de una forma sucia, y ruda, no pensaba permitirle un trato así. Di un grito por no esperar ser tocada de esa manera, ni en esa zona, soltándole un bofetón, su expresión no cambió, su rostro no se movió, su agarre no flojeó, todo lo contrario, me apretó aún más contra su cuerpo, hincando las yemas sin pudor, manoseándome como si fuese una de esas mujerzuelas.

—Podría tenerte ahora mismo si quisiera, María, bájate ya de esa nube.

—Tú no quieres eso, no quieres violarme. —Le reté—. Si fuese así, ya lo habrías hecho hace mucho, quieres que me entregue, y de esta manera, nunca lo vas a lograr.

Su mandíbula se tensó, el músculo de esta hizo un movimiento en su cabreada expresión.

—Entonces, como no sé comportarme de otra manera, y tú nunca te vas a entregar, ¿para qué seguir perdiendo el tiempo? —Sus brazos tiraron de mis glúteos hacia arriba, levantándome del suelo, apoyándome contra el fregadero, metiendo su cuerpo con fuerza bruta entre mis piernas, obligándome a abrirlas, el camisón se me subió hasta una zona nada decente.

—Salvatore... —Gemí, temblando, muerta del miedo—. Por favor, no lo hagas.

Juro que el corazón iba a saltar de mi boca al suelo, me sentía en el ojo de un huracán, en el centro de un volcán que estaba a punto de explotar. Y lo peor era que no me disgustaba, lo cual resultaba aterrador. Era demasiado peligroso entrar en el juego de un hombre como Salvatore. Nunca debía bajar la guardia, nunca debía confiar, nunca debía sentir nada por él.

Pero mi cuerpo parecía huir de la razón, le daba igual que le detestase, le daba igual que fuese un hijo de puta, le daba igual que haya hecho cosas

horribles. Yo nunca dormiría tranquila a su lado ni le amaría, ni siquiera podría llegar a quererle, pero mi piel, por algún extraño motivo que no lograba explicar, ardía bajo su toque.

Esto me pasaba porque era guapo y ya está, ¿cierto?

Sus manos se apoyaron en mis muslos desnudos, acariciándolos suavemente, su toque era calmado, delicado, diferente a la brusquedad con la que me azotó el culo. Mi pecho subió y bajó, estaba acorralada y totalmente muerta de miedo, nada preparada para ir a más, ni siquiera lo estaba para estar con él en esta situación, ni para sentir nada de lo que sentía, nunca tuve a un hombre que no fuese mi padre o uno de sus matones cerca, esto era totalmente nuevo y desconocido.

*«*Solo es excitación por su belleza, está bueno, nada más, le odias, le detestas, prohibido dejarse llevar*»*. Repetí esa frase en mi cabeza a modo de mantra una y otra, y otra vez.

Salvatore se acercó aún más, tirando de mis muslos hacia él, obligándome a abrazar su cintura con las piernas, di otro grito ahogado, sin esperar que cogiese el cuchillo del interior del fregadero y colocase la hoja contra mi garganta. Mis labios se entreabrieron, quería pedirle piedad, no podía abandonar a Gabriel, no quería fallarle a ese pobre niño. Si moría aquí, ¿qué sería de él?

—Sería tan fácil hacerte mía en este momento, María. —Sus ojos me desnudaron, vi cómo recorría cada centímetro de mi cuerpo mientras tan solo respiraba agitada, tratando de regular los nervios—. Pero tienes razón, yo quiero que te entregues. —Apoyó la punta de la hoja afilada sobre mis carnosos labios, sentí el frío del metal, mientras no podía dejar de mirarle, quisiera saber qué estaba pensando en estos momentos—. Dame una fecha.

—¿Una fecha? —murmuré, en cuanto bajó el cuchillo, acariciando mi escote con él, apreté el vientre al sentir la punta del arma sobre mi ombligo, tragué saliva con dificultad—. ¿Para qué? —Me hice la estúpida, intentando ganar algo de tiempo.

—Para entregarte a mí, ¿cuánto tiempo debo esperar?

Dudé, quería agarrarle de la muñeca y arrebatarle el arma, se me pasó por la mente la idea de clavárselo y huir aunque, por otro lado, pensé que era una completa idiotez.

—Un año.

Se jactó, negando con la cabeza, chistando, jugando con el cuchillo entre sus dedos, al menos, ya no estaba contra mi piel.

—Nada de años, cariño, meses.

—Está bien. —Accedí—. Doce meses.

La hoja volvió a estar contra mi garganta.

—María, deja de joderme.

Alcé las palmas de las manos, a modo de rendición, estaba bien, aceptaría bajar el tiempo, aunque me jodiese, no quería acostarme con él, joder.

*«*Pero tampoco quiero que se acueste con otras*»*.

—Diez meses... —Apretó aún más, sus iris negros cada vez estaban más dilatados—. ¿Nueve? ¿Siete? ¿Seis?

—Un mes —instó finalmente, dejando el arma en su sitio, volviendo a crear una especie de jaula entre mi cuerpo y sus brazos, manteniéndome cautiva—. No acepto estar más tiempo sin sexo. En un mes te volveré a hacer la misma pregunta, ¿te acuestas conmigo, o me acuesto con otra? y tendrás que darme una respuesta sí o sí —advirtió, tomando mi cabello en su puño, tirando de él para hacerme chillar otra vez, traté de pegarle, aporreé su fuerte pecho para que me soltase, no había manera, era mil veces, qué digo, mil millones de veces, más fuerte que yo—. Quietecita, pequeña Osorio —ordenó, divertido por la situación, disfrutando de cómo se me bajaban los tirantes del camisón y de cómo se me subía cada vez más el borde de este—. Mírame a los putos ojos o te juro que de aquí vas a los caimanes —siseó, recordándome esos malditos bichos, dejé de tratar de defenderme, mirándole fijamente—. Quiero que sepas que puedo llegar a ser un buen marido, pero también el hijo de puta más grande que te puedas imaginar, voy a intentar darte lo mejor de mí durante este mes, pero como sea en vano... —Sentí como si una tormenta se estuviese formando sobre nuestras cabezas—. Te voy a enseñar lo que es vivir en un infierno de verdad.

Tragué saliva, su ira me abrazó con tanta intensidad que no tuve la menor duda de cuánto me odiaba, y de que todo esto no era más que un numerito, un juego de su macabra y enferma mente.

—¿Por qué no te ahorras todo esto y te follas a Mónica?

¿Qué? ¿De verdad acababa de soltar esa gilipollez por la boca?

Él se retiró un poco, echando un descarado vistazo a mi cuerpo, mordiéndose el labio sin reparo cuando pasó por mis pechos.

—Para qué comer hamburguesas de mala calidad cuando en casa tengo solomillo —comentó con descaro.

¿Me acababa de comparar con comida? ¿De verdad?

—Solo soy eso, ¿no? un trozo de carne al que quieres hincar el diente. —Arqueé una de mis cejas, mi pelo sigue atrapado en su puño—. Te cabrea y te vuelve loco que te rechace, porque nunca nadie lo ha hecho, ¿eh? tu ego está muy herido. —Fingí una expresión de lástima—. Qué tragedia, el padre de la mafia no consigue follarse a la gorda.

Su agarre flojeó, mientras se reía, su cuerpo se alejó de mí, dándome cuenta entonces del calor que había en mi zona íntima, bajé del fregadero rápidamente, tirando del borde del camisón y subiendo los tirantes, roja como un tomate y muerta de la vergüenza.

—Obvio que solo es interés sexual, simple curiosidad —aceptó, sin más, como si fuese de lo más normal—. Soy un hombre, un hombre malo, y los hombres malos tenemos pensamientos asquerosos con las chicas buenas y dulces como tú, así que jamás me romantices ni confíes en mí, porque nunca sentiré ningún tipo de aprecio por ti, ni por ninguna otra mujer, solamente quiero tus gemidos y mi nombre en tu puta boca, nada más.

Sus palabras me hirieron, una parte de mí esperaba más de él. Pero solo era un cerdo, como todos.

—Puedes tener a la que te plazca, ¿no es así?, no entiendo qué mierda haces jodiéndome, ¿por qué no te compras unas cuantas modelitos y me olvidas de una puta vez? —Le encaré, poniéndome de puntillas para parecer más alta y apta para retarle, a la mierda toda esa gilipollez de los celos, y de esperar un mes, que se vaya con la que quiera, desde ya.

Volvió a chistar, haciendo ese sonidito con la lengua que me crispaba la poca paciencia que le tenía.

—Te equivocas, nena, tú eres la mujer más bella del mundo, no existe, no hay una mujer más bonita que tú. —Otra vez mis sentimientos volvían a contradecirse—. Por eso he pagado treinta millones, por eso te he comprado, por eso eres mía, por eso preferí traerte aquí a matarte, por eso, me vas a dejar hacerte el amor dentro de un mes o destruiré todo lo que te importe, de la forma más cruel que te puedas llegar a imaginar, cariño mío.

Sabía que no habría más treguas ni oportunidades. En un mes, debería elegir si acostarme con él o dejarle irse con otras mujeres, pero sabía que tomar la segunda opción desencadenaría una serie de consecuencias nefastas para mí.

—Está bien, trato hecho.

Salvatore tendió su mano hacia mi dirección, la agarré, estrechándola con debilidad, me sentía mareada.

—Muy bien, María, pues a partir de mañana por la mañana, empezaremos de cero, con buen pie, como si no nos odiásemos. ¿Te parece bien?

¿Qué si me parecía bien? Pues no tenía ni idea, fingir no odiarnos para después ¿qué? Follar y volver a detestarnos ¿no? Nada de sentido le veía a eso, lo único que se me pasaba por la cabeza era que, por algún motivo, yo le atraía físicamente, y que mi rechazo hería su ego del tamaño de un continente. Si creía que yo era idiota la llevaba clara, solo me compró porque mi padre estaba viejo y yo era hija única; al ser mi marido, todo su dinero pasaría directamente a Salvatore el día de su muerte. Dado que mi padre era el líder de la familia con más riqueza después de los Carusso, yo resultaba ser un aperitivo muy jugoso para todas esas pirañas.

¿Cómo no pude caer desde un primer momento? Tuve que leer todas esas biografías en el despacho de Salvatore, incluida la de mi propio padre, para darme cuenta de esto.

Todas las familias ansiaban el poder y el dinero de los Osorio.

CAPÍTULO 16

MARÍA



Estaba sentada en el centro de la cama, con las piernas cruzadas y un montón de hojas dispersas sobre el colchón. Decidí arrancarlas de la libreta, para poder moverlas y visualizarlas de forma que fuesen encajando, como si de un puzle se tratase.

Para empezar, el mundo de la mafia se componía por seis familias, con seis líderes. El primero de ellos, Salvatore Carusso, apodado como el «Padre». Era por ello que la hoja que contenía su información estaba en la punta más alejada del colchón. Bajo él, se encontraba Pepe, siendo la segunda familia más poderosa, los Osorio. Por desgracia, el sexo era lo que más vendía, más incluso que los vicios como las drogas o la necesidad de armas u órganos. Rasqué mi barbilla, dejando a la familia Lelouch a la izquierda de mi padre, Eva.

Eva era francesa, se comió a su marido, según tengo entendido. Una mujer sanguinaria a la que mirarle directamente a los ojos te podía costar un balazo, parecía tener una amistad muy estrecha con los Carusso y, aunque en su biografía no constase, no me creía que sus blanqueamientos fuesen limpios, estaba segura de que era la más rica de todas detrás de Carusso y Osorio, pues una mujer con poco poder nunca se atrevería a deshacerse de su marido en un mundo como este, ella escondía algún As bajo la manga y, por ello, la dejé en la misma fila de mi padre.

Según todo lo que leí en la biblioteca de Salvatore, con las manos temblorosas y preguntándome si las cámaras estarían vigilándome, las otras tres familias estaban al mismo nivel. Félix Junior, colombiano, traficante de drogas; Niko Vanneto, ruso, traficante de armas y por último Liu Yum, japonés, traficante de órganos.

El mercado de Félix era mil veces más amplio que el de Niko o el de Liu.

El de Niko tampoco estaba del todo mal, quedando Liu como el último en el número de ventas, no obstante, un órgano valía más que la más cara de las drogas, o armas.

Así que para mí, debían estar igualados en cuanto economía y poder.

Ahora, mi gran pregunta se formulaba con la siguiente cuestión, ¿por qué los Carusso estaban en la cima? ¿Por qué heredaron el título de Padre? ¿De qué forma comenzó todo esto?

Traté de buscar la biografía de ellos, pero no encontré nada por ningún sitio, suponía que Salvatore solo dejó a la vista lo que quería permitirme saber.

Obviamente, era así.

¿Y por qué mi padre se llevó a su hermana? ¿Y por qué estaba seguro Salvatore de que había sido él? ¿Y por qué no lo mataba de una maldita vez si lo sabía? Algo no tenía sentido, algo no encajaba.

Metí los dedos entre mi cabello rubio, masajeándome la sien con movimientos circulares. Algún día sabría quién era Salvatore, algún día le quitaría la maldita máscara.

Quería ayudarle con lo de su hermana, pero no daría un solo paso en falso hasta saber quién era él de verdad. Pues quizás estuviese echando una mano al diablo, ayudando a alguien aun peor que Osorio. Si algo me había enseñado este infierno, es que Judas estaba en todas partes.

Recogí los papeles, ordenándolos, fui hacia el escritorio y puse mi ordenador portátil boca abajo, era un ordenador antiguo, de estos a los que aún se les podía sacar la batería.

Enrollé las hojas metiéndolas en ese hueco, cerrando la pestañita, la batería la tenía escondida en una caja de zapatos. No imaginaba a Salvatore buscando entre mis viejas zapatillas, y tampoco en un antiguo ordenador que estaba sobre el escritorio, a simple vista, a su entera disposición.

Giré sobre mis pies descalzos, yendo al borde de mi cama, revisé de nuevo las esquinas, no había cámaras, no estaba acostumbrada a tener «tanta» privacidad. Busqué por todas partes y desmantelé la habitación completa, pero no, ni cámaras ni micrófonos, absolutamente nada.

El corazón me golpeó el pecho en señal de gratitud hacia él, ya que en casa de Pepe estaba vigilada las veinticuatro horas, una estúpida sonrisa se me dibujó, la cual borré de inmediato.

*«*Es el enemigo, nada de gilipolleces*»*.

Volví a ponerme en pie, entrelazando mis largos dedos a la altura del

vientre, caminando descalza sobre la alfombra de un extremo al otro.

Seguía segura de que Salvatore me compró para hacerse con la fortuna de mi padre, claro, por eso no le mató aún, matarle sin casarnos era perder una millonada, mejor casarse conmigo y luego hacer que pareciese un accidente, ¿cierto? Por eso no le importó pagar treinta millones, pues los recuperaría después...

Pero, ¿de verdad era por eso o lo estaba malpensando? Quizás fuese verdad que buscaba la venganza de su hermana y que planeaba acabar con mi vida a modo de castigo, y que el verme le hizo cambiar de opinión...

Mariposas comenzaron a revolotear por mi estómago.

Sentí deseos de darme un puñetazo a mí misma en el abdomen.

—¡Estúpida! —me grité.

Yo era guapa, cierto, sabía lo que despertaba en las personas que me miraban, sabía que era distinta, pero mi cuerpo... mi peso...

¿De verdad que no le importaba? ¿De verdad que yo era capaz de llamar la atención de un hombre como él, tanto como para hacerle sentir piedad y abandonar la idea de mi asesinato?

—Ni de coña —dije en voz alta, a veces solía hablar sola para no sentirme tan... tristemente solitaria.

Volví a sentarme al borde de la cama, inquieta, con las manos sobre el colchón, clavando las uñas. La primera versión me parecía la más convincente y obvia de todas, la segunda, me parecía un paripé, un simple cuento.

Seguro que se lo habían inventado para venderme esa treta y que me portase bien hasta mover todos sus hilos y conseguir lo que quería.

No me creía ni una sola de sus malditas palabras.

Dejé mi cuerpo caer hacia atrás, recordando nuestro reciente trato hacía tan solo unas horas en la cocina. En un mes, tendría que darle una respuesta definitiva, entregarme, o dejarle hacer lo que le diese la gana con otras mujeres. La verdad era que no entendía su necesidad de pedirme permiso para acostarse con otras, todos los mafiosos lo hacían, la fidelidad en un matrimonio como este era algo ilusorio, más mitológico que los unicornios.

Pero él se empeñaba en serme fiel, acaso… ¿no era tan basura como el resto de los hombres?

De nuevo, esas malditas mariposas.

Carraspeé la garganta deseando tragármelas y matarlas con el ácido estomacal.

Giré el rostro, estirando mi cuerpo, abriendo los brazos como si fuesen alas, dejando mi espalda relajarse sobre el cómodo y mullido colchón. El ropero estaba mal cerrado, desde mi posición podía ver la tela roja del vestido. Recordé su mirada, sus manos colocando la pistola en mi muslo, su oferta de darme el divorcio y dejarme ir...

¿Qué sería de mí en este momento si hubiese cogido el dinero y bajado del coche? ¿Sería más feliz? ¿Estaría arrepentida?

Seguramente estuviese buscando algún alquiler de una habitación e iría dando vueltas por todos los restaurantes y hoteles preguntando si necesitan a una pinche de cocina, friegaplatos o alguien para la limpieza, lo que sea.

Tendría miedo, bastante, y la culpabilidad de hacer creer a Gabriel que su madre le había abandonado me carcomería por dentro día y noche.

Mis pestañas descendieron poco a poco, humedeciéndose, estaba cansada de preguntarme ¿Qué hubiese pasado si...? porque el «y si...» no existía, no podía hacer nada desde un simple pensamiento imaginario.

Esto era lo que había, esto era lo que tenía, y ya.

Debía abrazar mi vida, aceptar mi apellido, mirarme al espejo y quererme de una maldita vez, dejar de odiar a la mujer que se reflejaba en él, dejar de preguntarme si esa pobre niña seguiría con vida de yo no haber metido las narices en el despacho de Pepe.

Las lágrimas bajaron calientes por mis mejillas frías. Sentí deseos de bajar a la cocina y saquear la nevera, hartarme de mierda siempre me ayudaba a esconder las emociones que no quería gestionar, que no quería enfrentar.

Pero esta vez, algo era distinto, estaba cansada de huir, de correr por un desierto arenoso cuyas dunas me tragaban y ahogaban. Quería prenderle fuego al colchón y quemarme en él junto a cada uno de mis demonios. Quería arder por dentro y por fuera, que mi sangre hirviese y que mi corazón quedase calcinado junto a mis huesos y recuerdos.

Recuerdos...

¿Qué fue lo que recordé en el coche que me dejó en aquel estado?

Sé que vi a mi padre, sé que reviví el momento en el que el cuerpo de la niña cayó al suelo sin vida, y también sé que dos hombres me agarraron de los brazos.

Pero no recuerdo nada más.

¿Por qué me puse así?

Los pensamientos suicidas regresaron, siempre estuvieron ahí, desde que mi madre lo hizo y así logró escapar de este infierno, aun así nunca tuve

valor, nunca hasta que me atreví a cortarme la muñeca en la bañera.

Alcé el brazo, mirando la perfecta cicatriz.

Mis ojos visualizaron las llamas subiendo por mi carne, tragándose mi mano. ¿Dolería mucho?

Qué idiota, claro que dolería.

¿Pero dolería más que veinticuatro años odiando quién eres?

«Cómete algo con chocolate y olvida toda esta mierda ya».

No.

Decidí levantarme a duras penas, mirándome en el espejo, estaba despeinada, con los ojos rojizos, había llorado bastante sin darme cuenta.

—No voy a comerme un dulce —me hablé a mí misma—. Voy a ir a por lo único que me importa en ese momento, voy a hacer lo que siempre quise que alguien hiciese por mí. —Al decir aquellas palabras, otro sollozo escapó de mis labios, tenía heridas muy jodidas y no sabía cómo sanar.

Era difícil convertirse en una adulta sana cuando tu niña interior estaba hecha un puré de mierda.

Pero ya bastaba de lamentarse.

«Visualiza tus metas, aférrate a ellas, no pienses en nada más».

Esa voz me gustaba un poco más que la de «cómete un dulce».

Cogí una sudadera violeta que solía usar para estar calentita en la cama leyendo o escribiendo en el ordenador, me la puse sobre el camisón y también calcé unos calcetines largos de ovejas. Abrí la puerta viendo a Petra mirarme fijamente, ahí pasmada, como una estatua, con la metralleta en la mano.

—¿Nunca duermes? —mi pregunta no era ninguna broma, de verdad me daba intriga saber cuándo dormía esta mujer.

—No, y parece que tú tampoco.

—Yo sí que duermo, si fueses una buena guardaespaldas sabrías que sí duermo. —Me burlé, cerrando mi habitación para caminar por el pasillo, en un bailecito cutre, creo que me estaba volviendo algo loca, pues ni siquiera sabía por qué estaba bailando.

Mis ojos se cerraron mientras mis labios cantan en voz baja *Chemtrails Over The Country Club* de Lana del Rey.

Bueno, no me importa lo que piensen,
estoy corriendo en mi pequeño coche deportivo rojo,
no estoy trastornada o infeliz,

solo soy salvaje.

Llegué a la habitación de Gabriel, tarareando en un susurro casi inaudible mi canción preferida, la cual siempre me hizo palpitar el corazón sin siquiera saber por qué, pero tocó algo en mi interior desde la primera vez que la escuché.

Petra se esperó a unos metros de distancia, con una expresión neutra, sin mostrar absolutamente nada.

Ni siquiera sueño.

Agarré el manillar girándolo muy despacio, abriendo con cautela para no despertarle, solo quería dormir a su lado, cuidar de él toda la noche, librarle de esa soledad que a mí me oprimía de niña.

Cuando la luz del pasillo se coló en la oscuridad de la habitación, mi alma se agitó, pues Gabriel estaba dormido sobre el pecho de Salvatore, el cual también tenía los ojos cerrados, entre sus dedos, resbalaba amenazando con caerse, un cómic de Los Vengadores.

Era extraño porque, una parte de mí se alegró de no haberse bajado del coche y no haber aceptado el dinero. Y al mismo tiempo, sentí algo que nunca antes había sentido en mi vida, un sentimiento nuevo, esperanzador, lleno de luz.

Sentía que estaba donde debía estar.

Quería volver y no molestarles, no obstante, la soledad de mi habitación y los pensamientos suicidas me asustaban, así que decidí entrar de puntillas, cerrando con cuidado.

Mis pasos fueron hacia el cómic, lo retiré con suavidad colocándolo en su sitio. Cogí un cojín que estaba en el suelo dejándome recostar sobre la alfombra, mirándoles, la luna y las estrellas les alumbran.

Estar aquí con ellos era suficiente para mí. Al menos, si intentase matarme, Salvatore tal vez lo impediría.

Y mientras miraba la expresión pacífica, serena y feliz de Gabriel, mis ojos se desviaron sin quererlo hacia ese bello rostro, hacia ese hombre que no me dejaba de sorprender, a veces para mal (la mayoría de veces) y otras para bien.

Su pecho subía y bajaba de forma pausada, tenía una respiración suave y silenciosa, no roncaba, su cabello despeinado se veía hermoso, parecía que estuvieron jugando antes de dormir.

La forma en la que ese brazo musculoso y fuerte, rodeaba a Gabriel, me

hizo pensar que él nunca le haría daño, que todo era un farol, que siempre que me amenazaba con dañarle lo hacía solamente para chantajearme.

¿Le convertía eso en mejor o peor persona?

Y, mientras divagaba entre mis pensamientos y dudas sobre ese hombre, abrazada a mí misma, tumbada en postura fetal sobre la alfombra, la canción de Lana del Rey seguía sonando en mi cabeza, hasta que al fin, el fuego mental desapareció, y los brazos de Morfeo me abrazaron.

Será una noche larga,
quiero que me abraces
como cuando éramos niños jugando
bajo las estelas químicas del club de campo.
Nunca es demasiado tarde,
bebé, así que no te rindas.
Nunca es demasiado tarde,
bebé, así que no te rindas.

CAPÍTULO 17

MARÍA



Pasé algo de frío durante la noche hasta que algo cálido arropó mi cuerpo, no logré saber el qué, pues estuve medio consciente pero también medio dormida, como en un limbo entre el mundo de los sueños y la realidad, ¿alguna vez os ha pasado?

Lana del rey había estado sonando en mi cabeza toda la noche, suponía por haberme dormido cantando su canción mentalmente. Me removí notando que, en vez de estar sobre algo duro, me encontraba encima de algo caliente, confortable y fuerte. Olía de maravilla, a dinero, poder, elegancia, libros infinitos sobre temas serios y aburridos, gafas de pasta negra y ojos azul cobalto.

Una mano acariciaba mi cuero cabelludo, haciendo círculos sobre mi cabeza, enredada en mis cabellos, sobé mi mejilla sobre la superficie, sintiendo una respiración en mi frente, con un aliento fresco, mentolado.

Espera, ¿qué coño es esto?

Abrí los ojos a duras penas, estaban llenos de legañas, mirando como podía al frente, levantando el cuello.

—*Ciao bella* —saludó, lo cual quería decir «Hola, guapa», y yo grité, grité como si me acabase de despertar dentro de la jaula de un león.

El niño no estaba, debía de haberse levantado para ir a desayunar con Marcela, retrocedí en el suelo hasta llegar a la esquina, señalando a la cama, y luego a él.

—¿Por qué diablos estás en el suelo conmigo? ¿Por qué estaba durmiendo sobre tu pecho? ¿Por qué me estabas tocando el pelo?

Hice preguntas sin parar como si estuviese disparando al ritmo de una metralleta. Verle tumbado sobre la alfombra infantil a mi lado me causó una sensación rara, demasiado rara.

Él estaba en la cama, ¿por qué no seguía en la puñetera cama?

—Si lo que te asusta es que haya pasado algo entre nosotros, relájate —pidió y solté el aire que me queda en los pulmones, joder—. Desperté y te vi ahí, quise cogerte en brazos para subirte a la cama, no obstante, me tienes prohibido tocarte, así que si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. —Sonrió.

—Yo no soy Mahoma y no estoy buscando ninguna montaña —rechisté, por fin mi visión se fue volviendo menos borrosa, más nítida, era tan guapo, era tan atractivo, era tan... imbécil.

—Lo sé, pero eres mi mujer, y no podía dejarte sola durmiendo en el suelo.

—¿Por qué no?

—Porque así son los matrimonios, María, en la salud y en la enfermedad, juntos, hasta que la muerte nos separe. —Su sonrisa se amplió aún más—. Y antes de que me acuses de más cosas, tú misma te acostaste sobre mi pecho, yo no hice nada.

Rodé los ojos bufando, claro que sí, ahora también era culpa mía y le había buscado yo, ¡ni en sus sueños haría algo así!

—¿Y te he puesto una pistola en la cabeza para que me tocases el pelo, no?

Mis mejillas se enrojecieron al recordar lo agradable que resultaba sentir sus manos en esa zona de mi cuerpo. Por un momento, imaginé cómo podría sentirle de otras maneras.

Mierda, María, deja de ser tan idiota.

—No, pero tenías una cucaracha. —Se burló, poniéndose en pie, ofreciéndome la mano para ayudarme a levantarme, le pegué un manotazo en señal de rechazo, no quería, no necesitaba, no deseaba SU AYUDA.

—Claro que sí, *fetuccini*, tenía una cucaracha de dos metros llamada Salvatore Carusso —escupí, revisando que aun mis tetas siguiesen donde debían y mis bragas también.

Uf, menos mal, no hemos follado dormidos ni nada por el estilo.

Salvatore se acercó lentamente, con una mirada traviesa mientras yo agarraba la espada de juguete de Gabriel, apuntándole con ella a la garganta, tal y como él hizo la noche anterior (con un cuchillo de verdad).

—¿Qué carajos me acabas de llamar?

—*Fetuccini.*

—Ni se te ocurra llamarme así —advirtió, apuntándome con el dedo, le di

un espadazo que le puso de mala leche (de más mala leche), me la arrebató con un movimiento rápido viéndome en la obligación de atacarle con el cojín golpeándole en la cara para poder salir corriendo. Pero no, me atrapó antes de que pudiese llegar a la puerta, lanzándome contra la cama como si pesase menos que una pluma, rebotamos contra el colchón, él estaba sobre mí, con una pierna a cada lado de mi cuerpo, sosteniendo mis muñecas por encima de la cabeza con tan solo una de sus manos—. Te tengo, pequeña Osorio.

Inflé los mofletes, aguantándome las carcajadas, finalmente me salió una pedorreta que le escupió saliva sin querer en la cara.

—Eres peor que un jodido niño, *fetuccini* caducado en salsa de queso azul apestoso y mohoso.

—Oh, amore mío. —Rodó los ojos, sin soltarme—. Qué romántico, me arde el corazón.

Nos miramos, en silencio, se suponía que debería quitarse, o yo echarle, si pudiera, claro, porque no podía. Aunque sí podría gritar o seguir insultándole, pero no, ninguno de los dos hizo nada, tan solo seguimos observándonos, como si fuese la primera vez que nos veíamos, como si ambos llevásemos toda la vida viviendo completamente solos en una isla desierta, y acabásemos de encontrar a otra persona.

—No quiero que vuelvas a dormir en el suelo, María —murmuró—. ¿Por qué has hecho eso?

Mis párpados bajaron, tratando de evitar que pudiese ver a través de mí, me costaba tanto mostrarme, abrirme.

—No quería estar sola. —Fue todo lo que logré decir—. Necesitaba aferrarme a algo.

Necesitaba salvarme la vida, necesitaba mantenerme a flote sin saltar al vacío, necesitaba algo que atase mis manos para no prender el mechero y hacerme arder.

Su mano flojeó el agarre de mis muñecas, liberándome despacio, se iban retirando poco a poco mientras me observaba de esa forma tan extraña, tan distinta, tan cautivadora.

—Aférrate a mí.

—¿Qué? —El corazón me dio un pálpito y la voz me salió como si fuese un quejido.

—Soy lo que más odias, soy quien te priva de tu libertad, un sinvergüenza que te ha comprado por treinta millones y te chantajea para que te acuestes

con él. —Su breve resumen sobre sí mismo, con un punto de vista tan negativo, me descolocó por completo—. Aférrate a destruirme, a verme hundido, a matarme cuando tengas la menor oportunidad, la venganza siempre ayuda a mantenerse a flote, es lo más potente que existe.

Las palabras se me atoraban en la garganta, no entendiendo por qué esta conversación resultaba dolorosa para mí.

—¿Y por qué quieres que me aferre? ¿Por qué no quieres que simplemente me vaya? Tu plan era destruirme, al fin y al cabo, ¿no?

Él sabía de sobra que con ir, me refería a morir, y que a lo que buscaba aferrarme, era a vivir.

Sus manos se colocaron en el colchón, cada una a un lado de mi cara, bajó despacio, mirándome fijamente, sus orbes eran como un océano en el que sentía poder nadar, sumergirme y perderme.

—Porque yo también me estoy aferrando a ti.

El corazón, golpeando frenético bajo mi piel, mi sangre, ardiendo, mi alma, queriendo salir de mi cuerpo, queriendo volar, con él, lejos de este puto mundo, a un lugar en el que pudiésemos ser libres, en el que nuestros apellidos no nos condenasen a odiarnos.

—¿Y por qué te aferras a mí?

—Quién sabe, ¿porque me recuerdas a mi hermana?, ¿porque te compré para vengarme de tu padre y ahora que te conozco y sé que no eres como él, me siento en deuda contigo?, ¿porque me haces sentir humano?, ¿porque no había vuelto a sonreír desde que mi hermana desapareció hasta que te vi comiendo un menú ahorro, leyendo un libro para chicas morbosas?, ¿porque eres la mujer más bonita del universo y yo el hombre más avaricioso del mundo y eso me hace querer poseerte por el resto de mi vida?

Los pálpitos los sentía ya en la garganta, el cuerpo me ardía bajo el suyo, a pesar de no estar pegados piel con piel, un escalofrío me recorría la columna mientras me costaba decir alguna palabra que tuviese un mínimo de sentido.

¿De verdad que esto real y no un sueño?

*«*Solo te compró por dinero, por tu padre, por la herencia, no caigas, no te rindas, es un seductor, es un cazador...*»*.

—Tú solo quieres la fortuna de Osorio —escupí en su cara sin más, intentando arrancarle la máscara antes de que fuese tarde, antes de que mi herido y solitario corazón decidiese sentir lo más mínimo por él.

Su expresión fría, neutral, egocéntrica y preciosa, mostró un aura de satisfacción que no sabía si negaba o confirmaba lo que acababa de decir.

—Desconfiada y mal pensada. —Su dedo anular dio un ligero golpe sobre la punta de mi nariz—. Como debe ser, perteneciendo a este mundo. —Su cuerpo se alejó del mío, y sentí que todo fue un sueño del que acababa de despertar—. Pero lo único que yo necesitaba de tu padre, ya lo tengo. —Me miró por encima del hombro—. Tú.

Mis manos acariciaron las sábanas infantiles de Gabriel, me sentía al borde del precipicio, con la vista perdida en el limbo.

—Al principio todos decíais que nuestro matrimonio era para vengar a Mía, pero no me has preguntado ni una sola vez por ella.

Su cuerpo se tensó.

—¿Debería preguntarte?

¿Debería preguntarme? No tenía la menor idea.

—Me gustaría saber si las acusaciones sobre mi padre, de tal cosa, son ciertas, quizás estés equivocado. —Tragué saliva—. Y no lo digo porque piense que mi padre sea un santo, todo lo contrario, pero no es idiota, nunca se metería con el Padre de la mafia, ¿para qué?, le sobran mujeres por desgracia, ¿por qué complicarse tanto la vida?

Salvatore dejó su cabeza caer como si le pesase, apoyándose en el escritorio de Gabriel, su figura de perfil era una maldita escultura griega, era como tener a un Dios, ahí, a tan solo un metro de distancia.

—Mi padre y mi tío le prohibieron traficar al tuyo con niñas, justo después desapareció Mía, fue un mensaje, la mafia es así.

—Pero, es estúpido convertirse en tu enemigo, ¿por qué?, ¿por qué no le has matado y ya está? ¿Qué te lo impide?

Él me miró, con esa energía masculina territorial, protectora y afilada, cortándome la respiración y la capacidad de hablar con fluidez.

—Hasta yo debo cumplir las normas, y él lo sabe, juega con esa ventaja, no se puede matar a un líder de una de las seis familias sin pruebas directas que le incriminen, sin testigos, y sin el consentimiento de los demás líderes. —Sus ojos me estudiaron minuciosamente.— ¿Has visto alguna vez a alguna niña ahí dentro, María?

Tragué saliva una vez más, parecía complicado, mucho, negué de inmediato, siendo incapaz de contarle lo que sucedió aquella noche.

—¿Y si consigues las pruebas pero aun así ellos no lo consienten?

—Los mataré a todos.

Escucharle decir aquello con tanta seguridad, me puso la piel de gallina.

—¿Y si no consigues las pruebas para poder acusarle nunca?

—Los mataré a todos.

—¿Y por qué no los matas a todos ya y se acabó? —cuestioné, tratando de encontrarle algo de sentido a todo esto, quería creer en él, quería tragarme la versión del hermano protector y dolido para descartar la del tirano que solo buscaba dinero y poder.

Por algo se sacó la carrera de cirujano, ¿no? Tenía sentido querer vengar a su hermana y desaparecer de la mafia.

Sus orbes tormentosos descargaron una infinidad de rayos sobre mí, sentí el peso de su ira posándose sobre mis hombros, haciendo tanta presión que casi pude notar como si nadase en mitad de un océano embravecido.

—Era justamente el plan, María, tú eras la primera —confesó, sin sentir la mínima culpabilidad—. Pero te vi, y no me preguntes por qué, pues ni yo mismo lo sé. —Ahora fue él quien tragó saliva, con los labios ligeramente entreabiertos, la barba volvía a hacer sombra en su mandíbula perfecta, cuadrada, marcada—. Te vi y todo se fue a la mierda y ahora estoy aquí, aguantando que me pongas motes ridículos y durmiendo contigo en el suelo.

Quería lanzarme a la piscina y confiar en él, quería prometerle que le ayudaría con la venganza de su hermana, que juntos incriminaríamos a mi padre. Aun así, seguía teniéndole miedo, y no era para menos, sería una completa idiota si por un discurso ya confiase en el Padre de la mafia.

Él odiaba a mi familia, odiaba a mi padre, y sería jodidamente fácil que, por ende, me odiase a mí. No podía relajarme, no tan pronto.

—Genial. —Me encogí de hombros—. Pues gracias por perdonarme la vida. —Fue todo lo que dije—. Y gracias por no violarme, ni pegarme, ni hacerme esas cosas horribles que hacen los hombres como tú con mujeres como yo.

Él se rascó el mentón, soltando una carcajada para sí mismo.

No dije ninguna burrada, dije la mera y pura verdad, yo vi lo que mi padre hacía con mi madre, y lo que otros hombres hacían con mujeres que trabajaban para mi padre.

—Nunca le he puesto la mano encima a una mujer. —La seguridad con la que parecía incluso «prometerlo» volvió a hacerme dudar de si realmente era una rata o si podía considerarle «un ser humano»—. No sin que ella me lo pida y lo disfrute.

Y pum, se lo tenía que cargar.

Me levanté de la cama, dispuesta a desaparecer de su vista, quería saludar a Gabriel antes de que empezase sus clases, tomarme un ibuprofeno para el maldito dolor de espalda por dormir en el suelo y meterme en mi cama.

—¿Celosa, mi vida? —Su mano agarró mi antebrazo, en el justo momento que pasé por su lado, pegué un tirón, con el mentón alzado, mirándole de esa forma retadora, gritándole a la cara un claro «no me das miedo» que ni los más estúpidos del mundo se creerían.

—Dominic ya me contó algunos de tus... «gustos», asquerosos y repugnantes, *fetuccini*.

Su ceño se frunció de una forma que antes no había visto, sus labios se tensaron mientras aprecié cómo se movía el músculo de su mandíbula, su mano volvió a agarrarme con una rabia que antes no había sentido, haciéndome incluso daño.

—¿Qué hacías hablando con ese imbécil de sexo? ¡¿Cuándo ha pasado?! ¡CONTESTA!

Que se pusiese hecho un animal de la nada y me hablase en ese tono, no me gustaba lo más mínimo.

—Vuelve a gritarme y te rompo las pelotas, Carusso —advertí. Él me acorraló contra la pared llena de posters de superhéroes, agarrando mi mandíbula, hundiendo los dedos en ella, clavando las yemas en mi piel.

—Vuelve a hablar de sexo con otro hombre y le rompo los huesos uno a uno, Osorio.

Una chispa brilló en mis ojos, mis mejillas adoloridas le mostraron una de mis mejores sonrisas.

—¿Celoso, mi vida?

De nuevo, su cuerpo estaba a un centímetro del mío, y su boca, rozando el lóbulo de mi oreja. Mi respiración agitada empezó a entrecortarse, traté de buscar serenidad, no podía sentir qué me ponía así, no podía dejarle oler el miedo.

—Ya te gustaría... —El muy cabrón disfrutó el tenerme acorralada, incluso estando enfadado—. Pero yo he pagado treinta millones y no me has dado NA-DA de sexo. —Puntualizó—. Dale a otro hombre lo que es mío, y vas a conocer a alguien peor que Satanás, bonita —prometió, y supe que iba totalmente en serio—. Ve a descansar y tómate el día libre, esta noche tenemos esa cena pendiente.

Se fue, dejándome hecha un mar de sentimientos, dudas, contradicciones y

ganas de estrangularle.

¿No se suponía que a partir de hoy seríamos un matrimonio feliz? Parecía ser que eso era algo imposible para un Carusso y una Osorio.

CAPÍTULO 18

MARÍA



No volvimos a vernos en todo el día, se encerró en su despacho tras salir de la habitación de Gabriel y no asomó la cabeza ni para almorzar, no obstante, Marcela le llevó unos pocos de fetuccini con salsa de setas, Gabriel quería que le cocinase y me he divertido con esa receta. Pensé que no los tocaría o que saldría del despacho como una bestia, dando gritos, pero no, el plato vino más limpio que después de salir del lavavajillas. Parecía ser que le gustaba mi comida y que tenía más sentido del humor del que aparentaba tener.

Me tumbé en la cama, mirando el vestido colgado en el maniquí que tenía al frente, este era negro y largo hasta los pies, lo elegí cuando fui con Petra, recordando que quería que nos casásemos así. Vestido negro, pelo suelto.

Suspiré, yendo al tocador, tomé algo de crema, masajeando mi piel, mientras recordaba la forma en la que acariciaba mi cabello en la mañana, tontamente ya llevaba casi un mes y algo más viviendo con los Carusso, no me lastimó ni una sola vez.

En una relación normal, en un mundo normal, que un hombre lastimase a su mujer era algo impensable, algo inmoral, imperdonable, no se podía permitir ni tolerar. Las mujeres ya no eran criadas destinadas a atender a sus maridos y parir niños como conejas, ahora trabajaban, estudiaban y tenían sus propios sueños, éxito, autonomía, empoderamiento.

Pero eso solo ocurría fuera de la mafia, dentro, la cosa era muy distinta. O te convertías en una jodida asesina y te comías a tu marido como hizo Eva Lelouch, la cual estaba salvada por tener un hijo varón que la respaldaba, o eras la mujer florero de cualquier cabronazo que se dedicase a robar, matar, traficar con órganos o vender «sexo».

¿Qué tipo de trato se podía esperar en una relación con un asesino, ladrón,

camello, y no sé cuántas cosas más? Solo toxicidad, pura toxicidad.

Apliqué algo de polvos rosados con la brocha sobre mis mejillas, no era de usar maquillaje excesivo, me gustaba verme natural.

Delineé la longitud de mis ojos almendrados sacando un poco de filo al llegar al final, después ricé mis pestañas y me repasé los labios con un simple brillo que resaltase su volumen y forma.

Solo me faltaba vestirme y bajar las escaleras, estaba algo nerviosa por conocer a Marcos y a su mujer, pero al mismo tiempo, ansiaba tener un poco de ocio en mi vida, hacía ya más de un mes que no sabía nada de Violeta, seguía teniéndola bloqueada para protegerla, la echaba de menos. Mucho.

¿Cómo serían Marcos y su esposa? Tomé un pendiente de oro blanco, colocándolo en mi oreja derecha.

¿Serían felices? ¿Estarían bien juntos? Sentía muchísima curiosidad por interactuar con un matrimonio similar al mío con Salvatore y ver qué tal les iba, ver cómo habían evolucionado en el tiempo.

¿Acaso estaba barajando quedarme aquí para siempre?

*«*No, por Dios, María no caigas, solo aguantarás hasta que Gabriel sea grande y puedas irte sin cargos de conciencia*».*

Por suerte, a los hombres les iba bien en la mafia, Gabriel podría convertirse en alguien fuerte y respetable como Salvatore. Si hubiese sido una niña, todo resultaría peor. No soportaría criar a una criatura para tener que obligarla a casarse con un depravado mental, definitivamente, escaparíamos juntas, como fuese, de cualquier manera, aunque tuviésemos que vivir debajo de puente.

Alguien tocó la puerta, me llevé un sobresalto, tapándome con el kimono de seda rosa que llevaba puesto, otro regalo de Salvatore. La suave tela acarició mi piel y me extrañé al ver que la puerta no se abría.

Debía ser Marcela o Ángela, las dos únicas personas con educación en esta casa.

—Adelante. —Di permiso, levantándome del tocador para recibir a quien fuese que venía a verme.

El pomo dorado se giró despacio, su perfume golpeó mis sentidos, envolviéndome como de costumbre, con la magnitud de su presencia arrolladora.

Me quedé sin habla al verle tan arreglado, con su traje de Armani totalmente negro, una camisa azul cobalto, a juego con su mortal mirada de

depredador, y una corbata negra, como el resto del traje. Sus mocasines hicieron eco sobre el suelo al entrar, cerrando detrás de sí, se pasó los dedos por aquel cabello azabache, echándolo hacia atrás, sus densas pestañas se abrieron para mirarme fijamente, recorriéndome, comiéndome con los ojos, como hacía siempre. El vello de la piel se me erizó al instante.

—¿Qué haces aquí? Aún no estoy lista —murmuré de mala gana, me había chafado la sorpresa del vestido, el cual pareció agradarle.

—Por eso mismo he venido, muy bonito, por cierto. —Comenzó a dar un paseo por la habitación, fijándose en cada detalle—. ¿En qué parte de este lugar hablaste de «sexo» con Dominic?

Resoplé, sin poder creer que aun siguiera con eso.

—No hablamos de sexo, Salvatore, solamente me dijo lo que solías hacer con las mujeres. —Se detuvo de espaldas a mí, mirando mi cama, con las manos en los bolsillos y las piernas ligeramente abiertas.

—¿Y qué suelo hacer con las mujeres, según él?

Me atropellé con mi propia lengua, me resultaba de lo más incómodo hablar de estos temas con él, me daba... ¿vergüenza?

Pero bueno, era su culpa, él vino a molestarme, que se jodiese.

—Al parecer, te van los fetiches.

Su rostro se curvó ligeramente, tenía una coronilla sexy, sí, hasta eso lo tenía bien.

—¿Qué fetiches?

—No lo sé, lo mataste antes de que pudiese contarme más.

Sus piernas giraron sobre sus propios mocasines, una vez me miró de frente, en la misma postura amenazante y chulesca, se balanceó sobre ellos como si fuese un niño.

—Cuéntame algo, María, ¿fuisteis muy íntimos cuando estuvo en casa de tu padre «cuidándote»? —Su voz sonó a advertencia, parecía estar a punto de abalanzarse sobre mí, solo estaba esperando que dijese una sola cosa que le hiciese explotar como una bomba atómica—. ¿Te gustaba Dominic?

La forma en la que se acercaba y me observaba era como si buscase el más mínimo gesto de falsedad en mí, pero no, no iba a encontrarla, pues era totalmente transparente, estaba limpia, sin nada que esconder.

—Nunca me ha gustado un hombre, jamás —contesté a la única pregunta que sabía le importaba de verdad. Sus dedos tomaron mi mentón, quise esquivar su toque, pero esta vez algo era diferente, esta vez deseé sentirle ahí.

—¿Nunca? —Sus cejas se alzaron, su voz era más suave, como la de un marido cariñoso, protector y amoroso—. ¿Ni siquiera ahora?

Abrí los labios y esta vez sí hubo falsedad, esta vez no estaba limpia, y sí había mucho que esconder.

—Ni siquiera ahora.

El tiempo se paró entre nosotros, la habitación dio vueltas a nuestro alrededor, nuestras familias, mi padre, su madre, Dominic, Gabriel, Mónica, los caimanes... Todo formó un huracán dejándonos a él y a mí solamente en el centro, mientras la tormenta se desataba sobre nuestras cabezas amenazando con llevárselo todo si a uno de los dos se le ocurría ceder, dejarse llevar.

—Quiero que te cambies, se nos va a hacer tarde. —Fue todo lo que dijo, apartándose de mí, devolviéndome a la realidad.

Solté el aire que estaba oprimido en mi pecho, notando un alivio ácido, no quería aliviarme, no tan pronto.

La zona en la que tocó seguía quemando, aunque sus manos hubiesen vuelto a los bolsillos, él seguía ahí, sobre mí, en mí.

¿Por qué tenía ese poder? ¿Era así con todas las mujeres? ¿Todas se sentían de la misma forma?

—Vamos, cámbiate —ordenó, autoritario, señalando con el perfil hacia el vestido.

Parpadeé perpleja, sintiéndome una completa idiota, estaba cayendo y no debía. Solo era una cara bonita, solo era un pelo engominado, solo era un poco de perfume, solo era un traje de Armani, solo era un hombre, solo era... mi marido.

—Claro, disculpa. —Mis pasos fueron hacia el maniquí, maldije en mi interior haber olvidado completamente cómo caminar, joder.

—¿A dónde crees que vas? —La pregunta se clavó en mi espalda como un puñal, tanto que hice hasta el mismo gesto de recibir un arma arrojadiza.

—Al baño, a cambiarme, es lo que has dicho. —Mi voz sonó inocente, como un patito de goma desinflándose.

—De eso nada, te cambias aquí.

—¡¿QUÉ?! —Los ojos casi se me salieron de órbita, las manos me empezaron a sudar alrededor de la cara tela, creía que no escuché bien o, mejor dicho, creía que estaba dentro de una pesadilla y necesitaba despertarme porque tenía que arreglarme para ir a cenar con el Salvatore del mundo real.

Mi marido se sentó sobre la cama, con las piernas ligeramente abiertas, la espalda encorvada hacia mí y esos ojos puestos en zonas íntimas de mi cuerpo.

—Vamos, se hará tarde.

—No puedo. —Estaba temblando, como un puñetero flan, las piernas se me convirtieron en dos trapos y en cualquier momento me iba a desmayar en el suelo—. Salvatore, no puedo desnudarme delante de ti.

Él tan solo se encendió un cigarro, con serenidad, parsimonia y paciencia.

—¿Quieres que rompa mi promesa de no tocarte y te quite la ropa yo? —Sus densas pestañas se alzaron, prometiéndome sin decirlo que iría a por mí si no empezaba a hacer lo que decía.

—Pe-Pero...

—¿Pero?

—Mi cuerpo no es bonito, no te gustará, joder. —Estaba sudando, y tenía frío al mismo tiempo, me sentía en pánico—. Déjame apagar la luz al menos.

Juro que le oí gruñir como un perro con la maldita rabia, tenía que haberle echado laxante a los fetuccini y ahora estaría encerrado en el baño cagándose vivo en vez de estar aquí, jodiéndome la vida.

—¿Qué acabas de decir? —Le crujió el cuello—. ¿Has dicho que mi mujer no tiene un cuerpo bonito? —Se llevó el cigarro a los labios, quitándose el cinturón del pantalón.

—¡¿Qué diablos piensas hacer?! —Chillé, huyendo de él, correteando por la habitación mientras me perseguía.

—Darte unos buenos azotes en el culo, a ver si así aprendes.

—¡NO! —El pánico y la desesperación con la que lo dije le congelaron donde estaba, deteniéndose. Azotes no, por favor, cualquier cosa menos eso —. Está bien, me cambiaré delante de ti.

María, respira hondo, en casa de Osorio tenías cámaras hasta en el baño, estás acostumbrada a que te miren, no es nada distinto, solo es más de lo mismo.

Avancé hacia él, con pasos firmes, tratando de esconder mis millones de inseguridades. Cuando estuvimos uno frente al otro, dejé que el kimono resbalase sobre mis hombros, cayendo al suelo, él tan solo me observó con un brillo especial en los ojos y eso me enterneció, me ablandaba porque no veía la mirada de un jodido depravado, lo que veía, era a un hombre que estaba a punto de tener algo que había deseado por demasiado tiempo.

—Eso es, María —susurró, saboreándose. ¿Qué se estaba imaginando? o peor aún, ¿qué quería yo que se imaginase?—. Quítate la ropa como si fuésemos un matrimonio feliz, como si me amaras, como si Gabriel fuese el fruto de nuestro amor. —Esos orbes oscuros me devoraron íntimamente, le sentía en cada poro de mi piel, sin siquiera tocarme—. Como si hubiésemos hecho el amor un millón de veces para traer a nuestro hijo al mundo.

Mi sexo se humedeció traicionándome, noté una fuerte palpitación entre las piernas mientras mi piel ya no se conformaba con ser observada, quería ser acariciada.

—Está bien —musité, casi sin voz, dejando que un tirante cayese por unos de mis hombros, él entreabrió los labios, ¿eso fue un rugido? Busqué con mis manos el broche de atrás, deshaciéndolo y cerré los ojos cuando la prenda resbaló, dejándome tan solo con unas bragas color rosa pastel, mis pechos quedaron desnudos, a su vista, todo era visible para él.

Me mantuve con los ojos cerrados, pensando que por ello no podría verme, o que iba a desaparecer, o que quizás, desaparecería yo. Traté de inspirar fuerte por la nariz, relajando mis pulsaciones, las cuales estaban a mil.

—¿Puedo ponerme el otro vestido ya? —cuestioné, aun con los ojos cerrados, sin saber cuánto tiempo llevábamos ya así, un segundo, un minuto, ¿una hora?

—No. —Parecía haberse quedado ronco de buenas a primeras, escucharle elevó mis niveles de excitación por las nubes, tanto que sentí que tendría que cambiarme de bragas—. María, perdóname, pero no soy un buen hombre.

Antes de que pudiese decir algo, su ancha mano me tomó del cuello, apretándome la garganta, golpeando mi espalda contra el frío cristal del armario, la sensación helada contra mi piel caliente creó un contraste extraño, mis dedos fueron hacia su antebrazo, en un gesto reflejo de defensa, pero era imposible, sabía que no podría hacer nada para que me soltase. Tampoco sabía si quería que lo hiciese.

Aun así no podía ceder, no pensaba dejarle ganar, él hizo una promesa, debía cumplirla, no sería su juguete, no podía usarme cuando se le antojase, solo cuando yo quisiera, si es que algún día quería

—Suéltame —ordené y él empezó a reírse, no me haría caso—. Por favor...

—Tu cuerpo grita mi nombre, cariño. —Su nariz perfiló de nuevo mi

cuello, oliéndome, noté su aliento derramarse, mi piel seguía ardiendo, su mano apretó mi cuello con la suficiente fuerza como para enseñarme quién mandaba, pero sin llegar a cortarme la respiración—. Me vuelves tan loco que no sé ni por dónde empezar.

—Empieza por dejar que me vista e ir a cenar, como haría alguien con moral.

—Yo no tengo esas cosas. —Su mano fue de nuevo a mi culo, apretándolo de forma sucia, ardiente, caliente, se mordió el labio mientras me manosea el trasero a su antojo, lo sobaba con la mano abierta y luego la cerraba clavando los dedos en él, para después darme una cachetada que debió dejarme toda la mano marcada, di un grito por no esperarlo y él volvió a reírse—. Yo tan solo soy el dueño del mundo, solo tengo muchísimo dinero, y muchísimo poder —rugió contra mi cuello—. Pero no tengo moral, ni amabilidad, ni consideración, soy inmensamente rico en unas cosas, y miserablemente pobre en otras.

Su mano pasó de una de mis nalgas a la otra, dejándola usada, adolorida, marcada.

—Deja de tocarme así, joder. —Me removí, tratando de liberarme, él metió su pierna entre las mías, haciendo fricción contra mi sexo por encima de la ropa interior, este se empapó aún más, mierda, a tomar por saco el traje Armani, no podría ir a cenar así.

—¿Así cómo? —El muy desgraciado metió los dedos entre mis nalgas, bajando lentamente, acercándose a mi orificio trasero.

—Cómo si fuese una puta. —De nuevo lo estaba haciendo, de nuevo su sombra se creció y me hizo sentir pequeña, y de nuevo alcé el mentón para mentirle, queriendo hacerle creer que no le temía.

—No eres una puta. —Su mano abandonó mi culo, agarrando el borde de mis bragas, tirando de ellas tan fuerte que las rompió, su muslo, húmedo por mi excitación, se retiró, tomando lugar unos dedos fríos, largos y crueles, que pellizcaron mi zona más sensible, gemí de dolor, grité por la vergüenza, los ojos se me abrieron como platos por no ser capaz de creerme que me estuviese haciendo esto, a mí, a una señorita, a una mujer hecha y derecha, decente—. Eres mi puta.

—¡Para! ¡Para maldito cabronazo! ¡Yo no soy así! ¡No te atrevas a tratarme de esta forma! —grité, maldije, gemí, jadeé, mientras hice todo lo posible por huir del placer.

Sus dedos acariciaron mi adolorido e hinchado clítoris, mis fluidos bajaron

por su mano traicionándome vilmente, traté de pensar cosas malas, cosas tristes mientras mi vientre se contraía y mis muslos se apretaban, mi coño seguía palpitando entre sus caricias suaves, rápidas, con movimientos circulares a veces, de arriba hacia abajo de vez en cuando. Me tocaba mejor de lo que lo hacía yo misma.

—Para, Salvatore, para... —pedí, con los labios hinchados de tanto mordérmelos para no gemir, los ojos llorosos a causa de la vergüenza y sus dedos acariciándome, provocándome intensas descargas de placer—. No soy una maldita puta, retira lo que has dicho, ¡ahora mismo! —le chillé, hecha una auténtica furia.

Dos de sus dedos se metieron en mi interior, de golpe, sin aviso, penetrándome hasta el fondo, ambos gemimos contra el espejo, me seguía apretando de la garganta mientras mis manos golpeaban su pecho, tratando de quitarle de encima de forma inútil.

Su puño empezó a embestirme con rudeza, haciéndome gritar de placer y dolor, era de lo más extraño, intenso y diferente que había sentido nunca. Mi podrida mente no paraba de suplicarme que le pidiese que me follase, que le necesitaba, que le deseaba.

Pero no pensaba hacerlo, me moriría del asco si le tuviese dentro, era un cerdo, un cretino, un cabrón.

—¿Por qué debo retirar algo que es cierto? No solo eres mi puta, mírate, eres la puta más caliente y sexy que he visto en mi vida, y aún ni hemos empezado. —Sus dientes se clavaron en mi cuello, mordiendo con rabia, haciéndome daño, mientras un tercer dedo se coló en mi apretado coño virgen.

—¡Hijo de perra! ¡Te odio, joder! ¡Te mataré a la mínima oportunidad! —juré, cerrando los ojos, no pudiendo hacer más que abrazarme a él para no caerme, mis manos rodearon su cuello y espalda, él soltó mi garganta, pasando la mano por detrás de mi cintura para pegarme completamente a su cuerpo mientras mi frente se apoyaba en el centro de su pecho y gemía tan fuerte que me moría de la vergüenza.

Sentí como si me hubiese hecho pis encima, mi sexo explotó sobre su mano y mis piernas estaban derritiéndose como flanes mientras la humedad descendía por el interior de mis muslos.

Tenía la cara roja de vergüenza, se me corrió el jodido rímel y mi maquillaje sencillo ahora era un completo desastre.

Salvatore me soltó, mi espalda volvió a caer contra el espejo mientras

respiraba por la boca a grandes bocanadas, tratando de recomponerme.

—Maldito cabrón... —murmuré, viendo cómo se llevaba los dedos a la boca, probando mi sabor.

—Una delicia. —Su sonrisa sádica me regaló una expresión chulesca y prepotente que deseé borrarle de un bofetón, el cual no me contuve y se lo di, con todas mis fuerzas, a él ni siquiera se le torció la cara, su sonrisa seguía ahí, inquebrantable—. La próxima vez, te lo haré con la boca, y la próxima te la meteré hasta las costillas, y la próxima, me sentirás llegar hasta tu garganta y te darán arcadas mientras me corro apretándote las tetas. —Imaginar todo eso hizo que simplemente me volase la cabeza como si acabase de recibir un disparo—. Vas a ser una buena esposa, ya lo creo que sí... —Volvió a echarme un último vistazo, colocándose bien el enorme bulto que tenía bajo la bragueta—. Dúchate y vístete, yo iré a hacer lo mismo, y no vuelvas a decir que no te gusta ningún hombre, mi pantalón es la prueba de que sí.

Se fue, sin más, cerrando la puerta y dejándome así, humillada y usada.

¿Se podía ser más hijo de puta?

—¡TE ODIO! —vociferé contra la puerta, esperando que me escuchase—. ¡Y NO ME GUSTAS! ¡NUNCA ME GUSTARÁS!

CAPÍTULO 19

MARÍA



No sabía cómo debería sentirme en este momento. Mi interior era un mar de emociones sin saber ni qué pensar sobre mí misma.

Lo que Salvatore hizo conmigo, debería tenerme jodidamente cabreada, y lo estaba, juro por Dios que lo estaba, pero no al nivel que debía estarlo.

No me dio el asco que debía darme, ni sentí el malestar que debía sentir. De hecho, forcejeé contra él e intenté pararle los pies solo porque sentí que era lo correcto. Pero mi jodido cuerpo me gritaba, suplicaba, y pedía todo lo contrario. Tanto que mi intento de apartarle parecía ridículo y carente de credibilidad.

Yo no sentía el más mínimo cariño, amor o afecto por él, seguía empeñada en escapar y si no hubiese sido por Gabriel, ya no estaría dentro de esta casa.

Nunca iba a romper mi promesa de odiar a cada mafioso, a cada hombre, a cada monstruo que perteneciese a este mundo.

Y él era el «Padre» de todos ellos, por Dios, cómo iba a permitirme sentir algo por ese cabronazo.

Pero la mujer que llevaba dentro escondida, mi lado salvaje, mi espíritu que ansiaba la libertad, se había sometido a él, atreviéndose a desearle, sintiendo curiosidad, queriendo llegar más y más lejos para conocer cada uno de sus oscuros matices.

Era él, ¿verdad? Él tenía el poder de doblegar a las personas.

No, y mil veces no. Solo era maldita atracción, porque era jodidamente atractivo.

Solamente era esa aura de protección y seguridad, que en realidad era un disfraz para ocultar su obsesiva necesidad de poseerlo todo, y yo tan solo era eso, una más de sus posesiones, no intentaba protegerme, no intentaba

cuidarme, solo quería domesticarme.

No pensaba permitirlo, el hecho de que me obligase a desnudarme y me tocase, sin permiso, rompiendo su jodida promesa de esperar un mes, ya me dejaba claro que era una basura cuyo olor a mierda enmascaraba con caros perfumes.

Terminé de abrocharme el vestido negro dejando mi melena rubia caer sobre la espalda, como siempre cubierta, tapando las cicatrices.

Abrí la puerta, descendiendo tranquilamente por las escaleras, sintiendo que me había quitado algo que era mío, sus dedos en mi interior han sido como si... ¿ya no era virgen?, ¿había perdido mi virginidad por eso? Un sentimiento amargo se me formó en el pecho y aunque cada parte de mi cuerpo lo disfrutó, mi mente se mantenía fría y consciente de que su acto fue de lo más deplorable e inmoral.

*«*Me lo pagarás, Salvatore, yo también te quitaré algo a ti, ya sea la paciencia, la calma, la tranquilidad, la felicidad, o la vida*»*.

Mis tacones dorados siguieron bajando escalón tras escalón, poniéndoseme el vello de punta al sentir su presencia sin siquiera verla, su aura amenazante era imposible de ignorar.

Finalmente, nuestras miradas chocaron, se duchó y cambió de ropa, mirándome con una sonrisa de triunfo, como si estuviese en la cima de la montaña y yo abajo del todo. Se veía jodidamente elegante y guapo, ya no llevaba el Armani negro, ahora iba con un traje azul oscuro de Ralph Lauren, mas solamente era eso, un maniquí, bello por fuera, podrido y vacío por dentro.

*«*Tú no tienes luz, tú no tienes alma, tú solo eres oscuridad*»*.

*«*Soy jodidamente rico en unas cosas, pero miserablemente pobre en otras, María*»*. Sus palabras resonaron en mi mente mientras tan solo nos observábamos en silencio, analizándonos, de nuevo, como si fuese la primera vez que nos veíamos. ¿Por qué nos sucede esto una y otra vez?

Ángela volvió a aparecer, con la bandeja de plata, todo se repetía, él se acercó para echarme su perfume y marcarme como suya, cogiendo la pistola y el liguero, agachándose a mis pies, mientras un halo de satisfacción me llenaba por dentro.

—Así es cómo deberían estar todos los hombres de tu calaña, a los pies de una mujer.

Él agarró mi tobillo de forma brusca, colando el liguero por mi zapato de tacón, subiéndolo con ambas manos acariciando cada centímetro de mi piel,

tocándome otra vez de «esa» forma.

Gruñí, sin moverme, tenía una pistola en la mano, no iba a montar un numerito, no quería dejar solo a Gabriel con esta bestia.

Sus dedos se detuvieron con el liguero a la altura de mi rodilla, sus orbes azul cobalto me miraron desafiantes, él parecía también odiarme y estar enfadado, esto me descolocaba. ¿Por qué? Yo no le quité nada, yo no le obligué a nada, yo no le robé la virginidad con unos sucios dedos contra un espejo como si fuese una cualquiera.

—Todos los hombres de mi calaña se juegan el cuello y ponen en riesgo su vida por alguna mujer, ya sea su madre, su esposa o su hija —comentó con frialdad, con los dedos ahí clavados, quemándome hasta lo más profundo del alma, como solo él, que es el puto rey del infierno, puede hacer—. Desde que te *compré*, lo hago por ti, así que sé un poco más agradecida, Osorio.

El estómago se me llenó de ácido, el cual deseé vomitarle encima para desfigurarle ese rostro de Dios infernal que solo Satanás podía haberle dado. Mi espalda se encorvó, acercándome despacio a él, cortando la distancia entre ambos.

—Has roto tu promesa de no tocarme, y me has robado algo sin permiso, gratitud es lo último que pienso sentir por ti, Carusso.

Su risa, como siempre, derrochando prepotencia y cinismo.

—¿Qué te he robado qué? ¿Yo? ¿A ti? *Amore* mío, treinta millones compran cada centímetro de tu cuerpo, hasta tu sangre me pertenece. —Sus manos volvieron a ascender, cortándome la respiración en cuanto le sentí llegar a los muslos.

—Pídeme que deje de tocarte, María.

—Deja de tocarme, Salvatore —rugí, firme, mantenida en la misma postura.

—No te creo, no quieres que deje de tocarte. —Se burló haciéndome bufar de la desesperación, no le aguantaba, juro por mi vida que no le soportaba.

Su mano dejó el liguero a medio colocar, sacando su propia pistola, pues la que era para mí se encontraba aún en la bandeja de plata, sostenida por Ángela, quien nos observaba como si fuese una estatua, sin mostrar la más mínima emoción.

La cargó, giró el tambor y la cerró con un movimiento grácil que solo era una muestra de lo bien que se le daban las armas.

—Aquí tienes, cariño, si quieres que pare de tocarte, dispara.

Le miré atónita, no me entraba en la cabeza cómo podía estar tan jodidamente loco.

No iba a dejarle ganar, quería que se acojonase, quería que se sintiese arrinconado, intimidado, asustado. Mi mano le arrebató el arma de un tirón, apuntándole a la frente, pero él se mantuvo arrodillado, y sus manos volvieron a mi piel, haciéndome suspirar, subiendo más y más hasta la mitad de muslo.

—Sigo vivo, María —canturreó, manoseando el interior de mis muslos—. Podría bajarte las bragas ahora mismo, comerte el coño y follarte como a una jodida puta, y seguiría vivo. —Mis ojos se abrieron como si a la que estuvieran apuntando con una pistola fuese a mí. Mi mano quedó congelada alrededor del arma, él cogió la de la bandeja de plata, colocándola en el liguero, poniéndose en pie, le seguía apuntando a la frente, retrocediendo mientras avanzaba—. Vamos, dispara, demuestra que me equivoco, demuestra que NO.ERES.MÍA.

Las lágrimas me bajaron por el interior de las mejillas, a causa de la rabia y la impotencia, quería hacerle volar los sesos, pero no podía. ¿Por qué no podía? ¿Qué me pasaba?

¿Por qué no dejaba de pensar en que le echaría de menos?, ¿en que mi vida sería un completo vacío y una absoluta mierda si él no estuviera?

Finalmente, tener alguien con quien pelearse parecía ser mejor que estar completamente sola.

—Si te mato, tus hombres me matarán. —Justifiqué mi falta de coraje—. No voy a abandonar a Gabriel.

—Las cosas han cambiado un poco. —Dio un silbido, Petra apareció en seguida, con la metralleta en la mano—. Campanilla, ¿cuál es la orden que tienen mis hombres?

—Si ella te mata, le daremos todo el dinero que hay en tu caja fuerte y podrá marcharse a donde quiera con el niño —dijo sin más, logrando confundirme demasiado, esto era un circo, por mi puñetera calavera, que esto era un jodido circo.

—¡¿PERO TÚ ESTÁS LOCO?! ¿Cómo te pones en peligro así? —le chillé, ahora ya no sabía si quería dispararle, o darle un par de hostias, o simplemente, prepararle unas galletas con un vaso de leche y ofrecerle un masaje en la espalda.

¡ESTE HOMBRE ERA... ERA...!

Él torció su cuello a un lado, uno de sus mechones negros le resbaló por

esa frente color canela.

—Primero, soy un hijo de puta, luego un violador, y ahora estoy loco —suspiró, buscando respuestas en Petra—. ¿Por qué es tan complicado hacer feliz a esta mujer?

La mandíbula se me desencajó, solo era un farol, solo estaba jugando, claro que si le matase yo estaría muerta en un santiamén, no me creía ni la última de sus palabras.

—Las mujeres no somos complicadas, lo que pasa es que tú eres un psicópata que me confunde todo el tiempo.

Salvatore dio unos pasos delicados y elegantes hacia mí, sus mocasines brillaron bajo las ostentosas y lujosas lámparas de diamantes.

—Otro hombre te hubiese amarrado a la cama desde la primera noche y te hubiese arrancado hasta las últimas ganas de vivir que te quedasen, no sabes la suerte que has tenido conmigo, tal vez algún día lo valores, o tal vez no, lo cierto es que me da igual.

—Esto no se trata de otros hombres, Salvatore, se trata de que hicimos un trato, un mes para acostarnos, un mes en el que serías bueno y harías todo lo posible por ganarte mi corazón.

Ángela estaba roja de la vergüenza, Petra fingía contar los diamantes de las lámparas y yo ya no sabía ni dónde esconderme.

—Me he tenido que hacer una paja en la ducha. —Escuchar eso hizo que quisiera arrancarme los oídos y meterme dos caimanes dentro para que se comiesen mis tímpanos—. Así que, que yo sepa, no hemos follado, la promesa sigue en pie.

—¡Pero prometiste no tocarme sin mi permiso! —grité a su espalda en cuanto se giró.

—Ahí te doy toda la razón. —Se detuvo, metiéndose las manos en los bolsillos, yo seguía con dos pistolas, la suya y la mía, parecía que se la resbalaba completamente—. Solo quería mirar, te lo prometo, pero... —Me echó un vistazo por encima del hombro—. Todo hombre tiene un punto débil y tu cuerpo parece ser el mío.

No soportaba su osadía, ni su chulería, ni esos aires de «el mundo es mío» que se cargaba sobre los hombros. Mi mano apuntó hacia una escultura griega que parecía ser una auténtica obra de arte y valer una millonada, tal vez, más de lo que le costé yo, disparé, mi idea era reventarle la cabeza, no obstante, le di en el hombro, haciéndolo trizas.

Sonreí orgullosa, para ser la primera vez, no estuvo mal.

Diamante, el chihuahua de Penélope, al que solo vi un par de veces contadas, salió corriendo, ladrando como si fuese el fin del mundo.

Él tan solo me miró con aburrimiento.

—Dos cosas, pequeña Osorio, solamente dos cosas. —Levantó dos de sus dedos hacia mí—. La primera, esa escultura valía bastante cara, tendrás que pagármelo de alguna manera y la segunda, creo que ya sé por qué no has intentado matarme, terminarías matándote a ti misma por accidente antes de lograr alcanzarme.

———— ◦ ❖ ◦ ————

El viaje en coche estaba siendo un coñazo, me sentía indignada, enfadada, cabreada, mi expresión mostraba la rabia que me carcomía por dentro sin disimulo. Todo estaba yendo bien, le detestaba, no obstante, tampoco era como para no poder ni respirar por tenerle cerca. ¿Por qué tuvo que empeorarlo de esta manera?

Estaba amarrada al asiento de copiloto del conductor, con un bebé caimán encima, al parecer era hembra y se llamaba Priscila, llevaba un collar de perlas y un bozal.

Esto cada vez parecía menos real y más una jodida pesadilla.

—Cuando pienso que no puedes superarte, me amarras y me pones un bicho horripilante encima del vestido —siseé, viendo cómo esos asquerosos ojos reptilianos me miraban—. ¿Qué clase de trauma infantil tuviste de pequeño para querer tener caimanes de mascota?

Él se encendió un cigarro, ofreciéndome una calada, volví el rostro para mostrarle mi enfado e indignación.

—No bebes, no fumas, no follas... —murmuró—. ¿Haces algo divertido alguna vez?

—¡Sí! —grité, a punto de perder los nervios, me tenía tan desquiciada, tenía que aprender a relajarme, no podía dejarle tener tanto poder sobre mí —. Escribo, leo, veo películas, series, me gusta pasear, tomar té y comer chocolate, cosas divertidas para personas «sanas y normales» que, por supuesto, serán superaburridas para enfermos mentales como tú.

Me miró, echándome el humo en la cara, las patas de Priscila se removieron sobre la mantita que había sobre mis piernas, para que no me jodiese el vestido. Había pensado en todo el gilipollas.

—¿Tanto, vida mía? —cuestionó, descolocándome otra vez, ¿a qué se refiere con «tanto»?—. ¿Tanto odio por haber pasado un pequeño ratito de

placer con tu marido?

—¿Placer? ¡¿PLACER?! ¡¡¡¡¡¡PLACER MIS COJONES!!!!!! —Forcejeé, tratando de soltarme de las malditas cuerdas, quería estrangularle, necesitaba estrangularle, él seguía fumando, con música clásica de fondo, le gustaban los libros raros y la música clásica y tenía una piscina llena de caimanes, ¿necesitaba algo más para tener claro que estaba con un loco?—¡Lo he odiado! ¡Me ha dado un asco horrible!

Él negó, tirando el cigarro por la ventanilla para luego subirla, su mano fue a la cabeza de Priscila, acariciándola, parecía que al bicho le gustaba, claro, demonio con demonio, alimaña con alimaña, montaña de basura con montaña de mierda, Dios los creaba y ellos se juntaban.

—Tu cuerpo me ha dicho cosas muy distintas, aún tengo el pantalón del traje Armani y la manga de la chaqueta empapados de ti, eso no sucede cuando se tiene asco, deberías haber estado seca y cerrada, deberías haber gritado y llorado, deberías haber sufrido un intenso dolor en vez de tener que abrazarte a mí para no desmayarte por el pedazo de orgasmo que has tenido, pequeña Osorio.

Mis labios se fruncieron, sin decir nada, solo sentí vergüenza por el comportamiento tan impropio de mi maldito cuerpo, tenía toda la razón, por una vez en la vida, y no sabía explicar por qué no fue de esa manera.

Al observar mi silencio, decidió seguir hablando.

—Si hubiese sido de otra manera, no te habría hecho nada, no soy un violador, pero lo necesitabas tanto como yo, quizás Papá Carusso también sea tu debilidad.

Ni de coña.

No pensaba admitir eso.

Jamás.

—Ni en tus sueños, querido Padre de la mafia.

Él soltó un silbido divertido, el cual pareció más el aullido de un lobo.

—¡Wao! ¿quieres que sea tu papi, María?

—¡NO HE DICHO ESO, VETE A LA MIERDA! —Volvía a estar desquiciada—. ¿Lo ves? ¿Ves cómo entiendes solo lo que te da la puta gana?

Se acercó, sin dejar de conducir a toda hostia, con esa maldita música clásica martilleándome la cabeza. ¿Por qué no podía poner un poco de Lana del Rey o Adele?

Sus labios rozaron los míos, pero no era un beso, solamente era un roce

muy superficial, y mientras los estaba rozando, su voz ronca me prometió algo.

—Papá Carusso siempre cuidará de ti, mi pequeña Osorio.

Se retiró antes de que le mordiese, como si ya me conociese mejor de lo que me conocía yo misma.

—No quiero que me cuides, no eres mi «papi» y no soy tu «pequeña», para ya con eso, *fetuccini* caducado con hongos y bacterias.

—Pues para tú de ser tan brava —instó, con esa misma voz ronca que logró ponerme a temblar otra vez y mojar las puñeteras bragas por segunda vez, mis piernas se apretaron—. Porque es la primera vez que una mujer se me resiste de esa forma, y no te puedes ni imaginar, lo mucho que me gusta, y la de maneras que se me ocurren para domarte.

Yo era una mujer educada, llena de modales y con principios, pero este tío sacaba lo peor de mí, jamás haría algo así, si no fuese porque ya no sabía de qué otra forma mostrarle mi desprecio y bajarle de esa puñetera nube en la que él solito se subió.

—Nunca me vas a domar, imbécil. —Carraspeé la garganta, cogiendo saliva, echándole un escupitajo, el cual salió con tan poca fuerza que me resbaló por la barbilla cayendo sobre el freno de manos.

Él volvió a mirarme con pena.

—Veo que aparte de enseñarte disparar, también tendré que enseñarte a escupir.

SALVATORE



Cuando la vi con ese vestido negro y el pelo suelto, deseé divorciarme para volver a casarme con ella.

Por más que intentase despreciarla, su belleza siempre me dejaba con el alma saliéndose de mi cuerpo y arrastrándose hasta sus pies. ¿Cómo se podía ser tan bonita?

Lo que le hice en la habitación me carcomía por dentro, tanto que ya era el tercer vaso de whisky en bastante poco tiempo, la garganta me ardía mientras estábamos sentados en el Palace, un restaurante de Marbella al que solo venía gente «como nosotros».

Una vez que estabas dentro de este mundo y pasabas un tiempo en él, era bastante difícil mezclarse con la multitud, con la gente normal. Los mafiosos desarrollábamos una especie de envidia hacia esas personas que podían trabajar y dejar a su familia en casa sin miedo a volver y encontrárselos a todos muertos. A poder pasear por cualquier lugar sin llevarse un disparo en la cabeza. A poder ser felices, sin más.

Algunos entraban en la mafia porque no les quedaba más remedio, otros nacíamos ya dentro, y de la mafia, como todo el mundo sabe, nadie sale.

Aunque yo tenía algunos planes.

¿Y si hacía desaparecer a la mafia? ¿Y si no quedaba ni tan solo un miembro de las seis familias? Las familias éramos como la abeja reina, si todos moríamos, entonces, también desaparecía la colmena.

Nadie podría darles dinero ni mover los hilos a los subgrupos de «mafiosos» de pacotilla que se repartían por el mundo, nadie podría protegerles de la policía, y caerían uno a uno como moscas.

Solo tenía que matarlos a todos, coger todo el dinero blanqueado por Eva Lelouch y largarme al quinto coño, emprendiendo una nueva vida, como cirujano.

Mis ojos fueron hacia María, deslumbrándome otra vez con ese cabello rubio y esa naturalidad radiante, apenas iba maquillada, no se había hecho ni una sola operación, no iba al gimnasio, comía lo que le daba la gana, y estaba hecha toda una Diosa a la que las mujeres de este lugar odiaban.

Ojalá yo pudiese odiarla con la misma facilidad, ojalá hubiese tenido valor

para torturarla y sacarle información de Mía, pero no podía, algo en sus ojos me pedía a gritos que cuidase de ella y mi persona obedecía sin rechistar.

Quería que se acostumbrase a mí, ganarme un poco de su confianza y, entonces, enseñarle una foto de Mía y preguntarle, de buenas maneras, si podía ayudarme. Este no era el plan inicial, mas una parte de mi persona me susurraba que esta mujer era distinta a su padre, por eso decidí darle tiempo y esperar a que ella misma soltase la lengua; si era una buena persona, si estaba en contra de Osorio, lo haría.

Aunque ya una vez me dijo que nunca vio a ninguna niña en aquella maldita casa, y por algún motivo, la creía.

Mientras ella y Carla, la esposa de Marcos, hablaban de lo que les hubiese gustado estudiar y ser si no estuviesen en este mundo, Marcos me hizo un gesto para ir a la barra a por otra copa más, ya habíamos cenado.

—Voy a emborracharme. —Mi colega pulsó con el dedo sobre el brazo de Carla como si fuese un botón—. No me esperes, vete con tus guardaespaldas cuando te aburras.

Ella le miró como si fuese la última escoria del mundo.

—¿Se puede saber cuándo te he esperado yo a ti?

—Gracias a Dios, nunca.

—Pues desaparece ya de mi vista.

Estos dos tenían cero química sexual. Ojalá hubiese sido igual con ella, mi vida sería maravillosa en este momento.

Podría follar con las que me diese la gana y ella también, no tendría que estar como un loco poseso deseando sacarle los ojos a todo aquel que la mirase, ni llevar ya más de un mes matándome a pajas y sin echar un maldito polvo, por la ridícula necesidad de serle fiel que sentí desde que vi aquella foto.

Sí, eso fue lo que me hizo desear casarme y no matarla, la fantasía de cuidar de esa chica de ojos tristes, despertó algo en mí que estaba totalmente muerto, que solo pasó una vez cuando creí estar a punto de encontrar a mi hermana, pero en su lugar, encontré a una adolescente, mucho más joven que yo en aquel entonces, pues tendría unos veintidós años y ella apenas dieciséis, enroscada en una esquina, temblando de pánico. Sentí una lástima desoladora por ella, quise ayudarla pero se negó, estábamos infiltrados buscando a Mía en un hotel y no podía perder más tiempo, la abandoné, y tuve pesadillas con eso durante al menos dos años.

Nunca sabré quién era esa pobre cría ni qué sucedió con ella, pero ese

extraño sentimiento de protección regresó al ver la foto de María, y no quería volver a tener más pesadillas.

—Bueno, papá Carusso. —Marcos se apoyó en la barra, pidiendo dos chupitos—. ¿Cómo te va la vida de casado?

Me tragué el alcohol de golpe, carraspeando la garganta por el ardor, no quería beber mucho más, pero la ansiedad me estaba pudiendo, aunque a mí era muy difícil emborracharme.

—De culo y cuesta abajo. —Con Marcos siempre podía ser sincero—. Dominic estaba colado por ella, así que un hombre menos. No me importó demasiado mientras estuvo dentro de la casa de los Osorio, me pasaba información de calidad, pero una vez ella estaba bajo mi techo y ya era mi esposa, seguía mirándola como un idiota, como si se la quisiera comer, ¿sabes?

—Vamos, que la miraba igual que la miras tú. —Su sonrisa se torció a un lado.

—Sí. —Bufé—. Y ya sabemos que cuando un hombre está colado por una mujer se vuelve traicionero, no podía seguir confiando en él, y sabía demasiadas cosas.

—Hiciste bien, papá. —Sus ojos iban pasando de una mujer a otra, repasándolas a todas, ya estaba eligiendo con cuál se quería acostar. Marcos era agraciado físicamente, de cabello castaño y ojos profundamente verdes, tampoco era un monstruo, y el único motivo por el que su esposa y él no se soportaban era por la orientación sexual de ella, lesbiana, además de que su carácter era casi como el de otro tío, así que prácticamente era como si fuesen dos tíos heterosexuales casados el uno con el otro. Un circo.

—¿Alguna vez os habéis follado a la misma? ¿Tú y Carla?

Seguía vigilando a María desde mi posición. Petra estaba justo detrás, mi esposa no lo sabía, pero en mi mente le estaba echando el cabello a un lado y le estaba bajando la cremallera del vestido mientras le besaba el cuello.

Ay, terca, si te dejaras.

—Jamás, menudo asco. —Marcos hizo el gesto de sufrir una arcada—. Si ni siquiera se depila, tiene el Amazonas ahí abajo.

Me atraganté con la copa de la que estaba bebiendo, cagándome de la risa.

—Tío, ¿tan espeso es?

—Ahí dentro se puede rodar otra película de Jurassic Park. —La miró con cierto aprecio, en el fondo se llevaban bien, ella se dio cuenta, sacándole el dedo desde la mesa—. Mi polla podría hacer de Tiranosaurio Rex, pero

preferiría cortármela primero.

Incliné la cabeza, pensando que Carla se veía femenina y cuidada, seguro que tampoco era para tanto.

—¿Y María?

—¿María, qué? —Arqueé una de mis cejas.

—Que cómo lo tiene María.

El alcohol se me subió a la frente, la cara se me debió poner tan roja como un jodido semáforo.

—Lo tiene bien —dije sin más, no se lo había visto, ni chupado, ni lamido, ni follado, pero sí lo había acariciado y era el mejor que había tocado. Suave, rico, agradecido, húmedo, caliente. Yo le gustaba a ese coño tanto como él me gustaba a mí.

—¿Ya la has puesto en cuatro y la has reventado mientras le aprietas las tetas?

Gruñí como un perro sarnoso, Marcos era un pervertido a más no poder, pero sabía que él nunca pondría un ojo en una mujer que estuviese conmigo.

—Ya te dije que no me quiere ni ver, me detesta.

—¿Y eso qué? La cuidas, le pones guardaespaldas, está viva gracias a ti, joder, es una Osorio, hasta Mickey Mouse saldría de los dibujos animados para cortarle la cabeza, es la familia más odiada del puto universo. —Su dedo se clavó en mi pecho, dando leves golpecitos—. Así que si te la quieres follar, te la follas y punto.

—María no ve las cosas que hago por ella, y creo que no es consciente del odio que despierta en todo lo que la rodea. —Osorio ha traspasado los límites muchas veces, la desaparición de Mía no ha sido la primera, ya han desaparecido otras niñas de otras familias tras tener altercados con él y, aunque ha habido rumores, nunca se han encontrado pruebas para poder acusarle. Confío en que si las encuentro, entonces me den el voto para poder matarle, aunque nunca se sabe. Además, Osorio ha hecho tratos que luego no ha pagado bien, sus promesas nunca las cumple y siempre se sale con la suya, es un hombre sin palabra y un gilipollas, todo el mundo le aborrece por la espalda, no obstante, le hacen la jodida pelota a más no poder en la cara. Hipócritas—. Quiero que se enamore, quiero que me suplique atención, que me pida cariño, que se muera por mis besos. —Di un trago más, fulminándola con la mirada, odiando que ella no viese en mí lo que yo veía en su persona—. Quiero que venga a mi habitación, que se

desnude y que me pida que la folle.

Quiero que sea mi puta, porque ella necesite, adore y ame ser mi puta.

Marcos hizo una mueca, mientras fijaba su visión en ella, tan solo verle hacer eso, me molestaba.

—Parece un ángel, es como... ¿pura? ¿luminiscente? ¿llena de bondad? No parece una Osorio. ¿Seguro que no te ha vendido a otra y sigue teniendo a su hija?

Si fuese así, me hubiese hecho un favor, porque si no fuese hija de ese patán, me quitaría un gran peso de encima. Desaparecería esta culpabilidad que me carcome por dentro por querer proteger a la primogénita del cabrón que se llevó a mi hermana.

—Es ella, por desgracia no hay dudas.

MARÍA



—Entonces, ¿no os lleváis bien? —Una parte de mí, se desilusionó, quería creer en los cuentos de hadas, quería pensar que era posible de alguna forma, enamorarse y ser feliz en un matrimonio de este tipo.

—Nos detestamos mutuamente, no nos aguantamos, ni un poquito. —Carla dio un trago a su copa de vino, yo tan solo estaba tomando un Nestea de Maracuyá—. Pero no es mal tipo, en absoluto, nunca me ha puesto la mano encima, me deja gastar dinero sin pedirme explicaciones, y salgo y entro cuando quiero, solamente debo ir siempre con mi guardaespaldas.

Lo que tragué ahora fue mi propia saliva.

—¿Y eres feliz así? Quiero decir... ¿no te gustaría enamorarte de un hombre que de verdad sea el amor de tu vida?, tener hijos, formar una familia...

Ella me regaló una mueca de asco, su cabello negro caía como dos cortinas a cada lado de su morena cara, tenía los ojos achinados y perfilados, pero no era asiática, era alta, delgada, perfecta.

—¿Hijos? ¿Familia? ¿Hombres? Antes me tiro por un precipicio. —Volvió a beber, y cuando bebía, su feminidad desparecía, bebía como un auténtico macho, la imagen me dejó perpleja—. Bueno, es que creo que ni siquiera lo sabes, soy lesbiana. —Sonrió falsamente, como si esperase un comentario «dañino» por mi parte.

En absoluto.

—¿Y te han obligado a casarte con alguien del sexo opuesto a lo que te gusta? Mierda, que crueldad. —Me compadecí de ella, quería ayudarla, aunque no sabía cómo, porque ni siquiera sabía cómo ayudarme a mí misma.

La sonrisa falsa se convirtió en una carcajada amplia, esta vez, de verdad.

—Pensaba que dirías alguna cosa de las que me suelen decir.

—No soy yo la más adecuada para hacer un comentario de ese tipo, al parecer soy la hija del ser más despreciable del universo y, además, estoy gorda, lo cual es una maldición en este «mundo».

Carla frunció el ceño, rio una vez más y negó.

—Es cierto que no tienes un cuerpo delgado de la talla XS, pero te ves linda, eres muy guapa, María, demasiado quizás.

—¿Qué quieres decir con demasiado?

—Llamas mucho la atención de los hombres, piénsalo, cariño, todas estas bestias están atadas a mujeres que son puro hueso, piel, cirugía y maquillaje, faltos de afecto real, faltos de amor. —Sus ojos se apoyaron en mis pechos, los cuales se veían bastante agraciados gracias al escote del vestido. El negro siempre nos sienta bien a las rubias—. Y tú eres toda carne, curvas, belleza y luz, emanas amor, afecto y calidez, eres como un oasis en mitad de un desierto, estoy segura de que se dispararían entre ellos por beber de ti. —Su sonrisa se volvió cada vez más pícara y empecé a asustarme un poco—. Cuéntame, ¿Carusso ya ha bebido de ti?

—¡No! —solté de casi un chillido, en un tono más alto del que quería entonar, me llevé las manos a la boca para auto silenciarme—. Perdón, es solo que...

—Oh, ya veo, además eres virgen y pudorosa, eso aumenta mucho tu valor. —Alzó la copa hacia mí bebiendo otro trago más—. Carusso ha hecho una buena inversión, sin duda alguna.

¿Buena inversión? Que se refiriesen a mí de esa manera no me gustaba lo más mínimo.

—Yo no soy algo que se compra, no tengo precio —refunfuñé, buscando a Salvatore entre los tíos que estaban en la barra siendo atendidos por las preciosas camareras. Mis ojos se abrieron de par en par al ver que Marcos ya tenía a una chica entre los brazos, estaban jodidamente acaramelados, y Carla aquí, hablando conmigo, como si nada. El corazón se me disparó al pensar que Salvatore debía estar haciendo lo mismo, miré hacia la izquierda viendo a otro hombre trajeado que no conocía de nada, miré hacia la derecha y ahí estaba, sentado, solo, mirándome fijamente, llevándose la copa a los labios, saboreando el alcohol antes de que bajase por su garganta.

Suspiré de alivio al no encontrarle con ninguna mujerzuela entre los brazos, pero tampoco quería que estuviese ahí solo, era un blanco fácil, por Dios, ¡era el Padre de la mafia! ¡Y era el tío más guapo que había visto en mi puñetera vida! Debían de estar teniendo fantasías por doquier con él.

«¿Pero qué mierda estás diciendo, María? Es un hijo de puta, lo mejor que puede pasar es que se vaya con otra y te deje en paz».

Traté de creer lo que decía la voz de mi cabeza, me relajé, volviendo a centrarme en Carla, mi piel se puso de gallina, y sabía que era porque él me estaba mirando.

Suspiré sin poder evitarlo.

—El italiano es guapo de cojones —admitió Carla, y di gracias porque fuese lesbiana—. ¿No te dan ganas de follártelo? Es atractivo, podridamente millonario, y todo el mundo tiembla cuando le ve, encima, parece que es fiel, quién lo diría... Carusso siendo leal a una mujer.

Una bombilla se encendió en mi cabeza y esto era peligroso, porque la curiosidad mató al gato, y yo no era ninguna gata, pero podía acabar muerta igual. Aun así, deseaba saber más de él.

—¿Ha estado con muchas? —cuestioné y ella rio.

—No sé si tengo permiso para hablarte de su vida privada, no quiero recibir un disparo, gracias. —Me guiñó un ojo—. Pero sí te diré que nunca se ha enamorado ni le ha gustado una mujer, de hecho, siempre tuvo claro que jamás se casaría.

—No lo ha hecho por amor, solamente por venganza, él odia a mi padre.

Me miró, echándose la melena negra por detrás del hombro.

—¿Y quién no? Lo que tu padre hace es otro nivel, todas las familias le odian, pero su dinero es necesario para el flujo de la mafia. Ha hecho cosas horribles con familias más «pequeñas», que no son parte de «las seis», como Marcos y yo, por ejemplo, y claro, como él es «tan importante» nadie puede hacer nada, siempre les tapa la boca con dinero. —Chasqueó la lengua y negó—. Los Carusso son los únicos que siempre se han atrevido a plantarle cara, por eso les eligieron como Padres de la mafia, por eso ellos tienen ese legado, pero... que se haya casado contigo... está levantando rumores y preocupando demasiado al personal, creen que tu padre le ha comido la cabeza a Salvatore.

Quedé fría, helada, muerta sobre la silla.

—¿De verdad que nuestro matrimonio es un problema para él?

—Y de los gordos, ya hay rumores y conspiraciones en su contra, y él lo sabe, tiene que cuidarse ahora más que nunca.

—Pero, yo no soy como mi padre, ¿por qué me odian?

—Porque si le das un hijo varón, este llevará el apellido Carusso y Osorio, y será el siguiente Padre de la mafia, ¿no entiendes lo grave que es? Un Osorio, un descendiente de ese asesino, siendo el Padre.

Ahora era yo quien tenía cara de incredulidad.

—Perdona, no es por defender a Pepe, pero aquí todos son asesinos.

Ella alzó la mirada hacia el techo, con un gesto de diversión.

—Cariño, una cosa es matar por trabajo, y otra es secuestrar a niños pequeños y entregarlos vivos como carnaza para auténticos depravados. Ni

siquiera Liu hace cosas así; cuando necesita el órgano de un niño, lo mata de forma que no sufra y ni se entera, lo engaña hasta el último momento para que no pase miedo, ¿entiendes?

Pensaba que se estaba equivocando, mis tripas se estaban revolviendo sintiendo unas fuertes ganas de vomitar.

—No... no es así. —La correjí—. Mi padre no vende niños, solo hay mujeres, yo he vivido siempre ahí, es cierto que hace cosas horribles con ellas y no le excuso, le odio y deseo verle morir, pero son mujeres, quizás algunas demasiado jóvenes, solo una vez vi a... —Cerré la boca, no debía decir eso, no debía contarles lo de aquella niña de tan solo doce años—. En fin, que nunca ha secuestrado a un niño, ni nada de eso, joder, me apuñalaría a mí misma si fuese cierto.

Carla no dijo nada más, solo asintió, como entendiendo algo, no supe qué diablos estaba entendiendo, pero su silencio me causó inquietud y miedo, la ansiedad empezó a hacer palpitar mi pecho de manera frenética, no pensaba aceptar algo así, mi padre no hacía esas cosas, era falso.

Lo que leí en su biografía en el despacho de Carusso era que vendía mujeres a hombres que dejaban claro que ellas no volverían con vida y pagaban una gran cantidad de dinero a cambio de poder «matarlas».

Yo sabía que algunas no salían vivas de los encuentros con sus clientes, pero no pensaba que ya estuviese pactado. Que el matadero fuese real, que no tuviesen oportunidad alguna de salir con vida una vez entraban.

Era jodidamente terrorífico.

Pero… ¿niños? Eso ya era otro jodido nivel, joder.

Salvatore regresó seguido de Marcos, el cual llevaba en los brazos aún a la chica.

—¿Qué tal va la noche? —preguntó de forma cortés, debía admitir que cuando quería, parecía un caballero.

—De maravilla, hablando de asuntos familiares —respondió Carla, a lo que yo tan solo le miré, y él tan solo me miró.

Marcos cogió el vaso de Carla terminándoselo de beber, presentándole a la que llevaba en los brazos.

—Esta es mi esposa, esposa, esta es... no sé, una a la que me voy a follar —. Estaba un poco bebido, la situación me parecía de lo más irreal.

—Pobre mujer, la que te espera. —Suspiró—. Pasadlo bien, yo me vuelvo a casa, tengo una cita —comentó, despidiéndose de nosotros. Compartió una mirada cómplice con Petra que me dejó congelada, ¿estaban liadas?

Carla se retiró seguida de su guardaespaldas, las luces del lugar se volvieron oscuras, rojizas. Marcos y la chica de la que no sabía el nombre se sentaron en otra mesa, Salvatore volvió a estar a mi lado.

—¿Has cenado bien, María?

—Sí —respondí, estaba totalmente fresco, no parecía ni un poquito borracho, nada. Suponía que este demonio era inmune a todo—. Gracias por sacarme un poco.

—Tu padre no solía sacarte mucho, ¿verdad? —Ambos estábamos sentados como dos niños en la escuela sobre nuestras sillas, mirándonos de reojo, haciendo un esfuerzo por no tocarnos, por no rozarnos.

Mi padre...

Quería preguntarle sobre lo que me había contado Carla, pero me daba demasiado pavor saber la respuesta, no estaba preparada.

—No, casi nunca salía, bueno... nunca, más bien. —Sonreí de dolor, pensando en cuánto me hubiese gustado tener una vida normal, ser una chica normal—. Salvatore, ¿ser mi marido te crea problemas?

No pude aguantarlo más, me sentía jodidamente mal, ¿pero qué podía hacer? Yo no le pedí que se casara conmigo, fue él quien decidió esto. Sin consultármelo, además.

Aunque, si volviese atrás, creo que volvería a elegir pasar por el mismo recorrido.

—Los problemas los tienen ellos, no yo —prometió, con una oscuridad abismal en sus ojos, la cual logró tranquilizarme mínimamente.

—Carla dice que si tuviésemos un hijo...

Él chasqueó la lengua.

—Me preocupa Gabriel —añadí sin más.

—Vas a cambiarte de apellidos, vas a renunciar al apellido Osorio, llevarás los dos apellidos de tu madre y se lo pondremos a nuestro hijo, así dejaremos a tu padre fuera de todo esto y las familias se quedarán tranquilas.

Jadeé, el alivio me invadió creándome una sensación de paz, podría ser un gilipollas y un mierda, pero su inteligencia y capacidad de resolver, su seguridad, su aura de protección, se agradecía muchísimo en un mundo tan tétrico, oscuro y cruel como este.

Además de la idea de desvincularme para siempre de Osorio, resultaba cuando menos, agradable.

—Sí, bien pensado.

La mano de Salvatore fue a mi pierna, un escalofrío recorrió mi columna vertebral desde una punta hasta la otra.

—Pues relájate y no sufras, nuestro hijo está a salvo, tú estás a salvo, nuestra familia está a salvo, deja esas mierdas en mi espalda, tu marido sabe lo que hace.

*«*Nuestro hijo, nuestra familia, tu marido*»*.

La cabeza me daba vueltas, todo esto me producía una fatiga angustiosa al principio, pero cada vez me disgustaba menos.

—Gracias por hacer tanto por mí, y por Gabriel. —Fui del todo franca, nos estaba cuidando, a su manera, pero lo hacía, mejor de lo que lo hizo mi padre, mejor de lo que podría haberlo hecho cualquier otro hombre de este mundo. No me imaginaba tener que aguantar a Salvatore borracho con una y otra mujer todos los días. Agradecía enormemente que de entre todo lo peor, me eligiese el mejor.

Mis palabras parecieron agradarle, calarle hondo, su mano fue de mi muslo a mi cabello, ordenándolo detrás de mi oreja, no le hice ascos, tampoco le regalé ningún gesto cariñoso, tan solo me mantuve inmóvil, dejándome tocar.

—Vaya, que buena se ha vuelto mi chica. —Sus ojos brillaban fervientes, como si algo dentro de él estuve despertando, algo muy oscuro, algo con una fuerza tenebrosa—. Muy, pero que muy buena chica, recompensaré tu gratitud, y el que me hayas permitido tocarte sin rechistar.

Mi respiración se aceleró, me costaba estar tranquila cuando le tenía cerca, cuando me miraba así, cuando me hablaba así, no sabía si me gustaba o me disgustaba, no sabía lo que sentía, pero me aterraba y me atraía como un maldito meteorito a punto de estrellarse y acabar con todo.

—¿De qué forma? —murmuré, sin saber por qué mierda estaba haciendo esto.

Él cortó la distancia entre nosotros, su mano pasó de mi cabello a mi hombro derecho, recorriendo mi espalda con su fuerte brazo, pegándome a su cuerpo.

—Pequeña, soy el dueño del mundo, pero no puedo leer mentes, tú solo pide un deseo y yo hago que se cumpla.

¿Qué quería?

¿Qué podía pedirle?

Negué.

—Aún no sé lo que deseo.

Él sonrió, mientras sus dedos dibujaban círculos sobre mi hombro desnudo, le pediría que me sacara de la mafia, que nos llevara a Gabriel y a mí muy lejos de aquí, que se quedase, que nos cuidara, que fuese bueno, que se portase bien. Pero todo eso era imposible.

—No hay ninguna prisa, preciosa, vamos a estar juntos toda la vida. —Sonó como una advertencia, mientras me mostraba la alianza de casados—. Hasta que la muerte nos separe.

Mis ojos fueron desde su anillo de compromiso al mío, sabía que vivir sin él era una completa estupidez, con mi padre era jodidamente infeliz, ver a esas mujeres cada día, recibir su desprecio y muestras de odio constantemente, estar encerrada... mi vida había mejorado considerablemente gracias a Salvatore y, siendo quien era, la hija del hombre más odiado del planeta, no duraría viva por ahí sin su protección, ni veinticuatro horas.

Me dolió darme cuenta de ello.

Dejé la mano caer sobre la suya, nuestros dedos se entrelazaron y el estómago se me llenó de mariposas.

—Hasta que la muerte nos separe —prometí, con un sentimiento entremezclado, renunciando a escaparme, a traicionarle—. Pero solo bajo una condición.

¿Estaba haciendo lo correcto? No sabía si de verdad era lo que quería o si estaba cayendo bajo el hechizo de su imponente físico, de sus jodidos ojos.

—Pídeme el cielo y te lo bajo ahora mismo.

—Solo me tocarás cuando yo lo decida, te comportarás como un buen marido y te esforzarás por hacerme feliz, ese es mi deseo.

Su mano apretó aún más la mía, pero no en un intento de dañarme, si no en una respuesta afirmativa a nuestro acuerdo, los anillos estaban unidos el uno al otro.

—Trato hecho, pequeña Osorio.

Gruñí, soltando su mano.

—Deja de llamarme así.

Arqueó una ceja a modo de pregunta, sabía lo que quería decir, y mi respuesta era evidente, odiaba que me llamase así, pero me molestaba aún más lo de «señora Carusso» (porque significaba haberme dejado ganar por completo y yo aún tenía mucho que pelear), así que antes que Carusso, prefería Osorio.

—Ya has gastado tu deseo, así que, denegado. —Su sonrisa y tono

burlesco me hicieron arrepentirme de todo lo pensado y dicho hasta el momento—. Siempre serás mi pequeña Osorio, María, tu apellido solamente es el recuerdo de cómo, a veces, lo más odiado, se puede convertir en algo totalmente necesario.

¿Yo era necesaria para él? ¿Era eso lo que acaba de reconocer? ¿Será que después de casi dos meses de convivencia él también se estaba sintiendo atraído hacia mi persona?

Un gemido me sacó del hilo de mis pensamientos. No me había dado cuenta, pero movieron las mesas y ahora había una enorme cama de matrimonio, con una mujer totalmente desnuda sobre ella, en su cuello, un collar del cual salía una correa, esta estaba sujeta por el puño de un hombre, también desnudo.

Él se la follaba desde atrás mientras otra mujer lamía su sexo, chupándoselo como si estuviese hambrienta.

—¿Qué-mierda-es-esto? —Casi no me salían las palabras de la maldita boca.

—Un show erótico, relájate y disfruta. —Salvatore se acomodó a mi lado, sin quitar la mano que seguía sobre mi hombro, aún acariciándome. Y mi maldito cuerpo lo agradecía.

—No quiero ver cómo abusan de una pobre chica —rechisté, dispuesta a levantarme, pero sus dedos se clavaron en mi nuca con un gesto rápido—. ¿Qué haces?

—Vas a ver el show, aquí, conmigo, ¿o qué pasa?, ¿te da miedo ponerte demasiado caliente y no poder contenerte?

Mis labios se acercaron a los suyos, regalándole todo el odio que era capaz de hacerle sentir tan solo con mirarle.

—Ni de coña me pondría caliente contigo. —Mentí, y él lo sabía, pues me corrí casi a gritos solo con sus dedos—. Solamente no quiero ser partícipe de cómo abusan de una mujer, te lo acabo de decir.

Los gemidos de esta se colaron por mis oídos, la curiosidad humana me obligó a mirar, ahora el hombre estaba tumbado y ella de espadas, cabalgando su miembro, mientras la otra mujer le seguía lamiendo el clítoris, no podía evitar preguntarme cómo debía sentirse, siendo follada de esa manera, con una mujer haciéndole sexo oral en su zona más sensible, mientras todos la miraban. Por unos instantes, deseé ser ella, pero no con ese hombre, ni con esa mujer, mi mente me llevó a la cama de Salvatore, a estar sobre su rabo y tener ese mismo collar de perro puesto en mi cuello

mientras me susurraba al oído cosas poco decentes, con aquel maldito acento italiano y aquella condenada voz sexi y aterciopelada.

—Pues, yo creo que le gusta bastante —rugió contra mi oreja. Traté de desviar la mirada para no seguir pensando esas horribles cosas, mi sexo empezó a humedecerse y no me parecía nada propio de mí, pero él me agarró las mejillas manteniéndome la vista al frente, obligándome a mirar —. Quiero que veas cómo se corre, cariño, quiero que entiendas que el sexo no es nada malo.

Cuando empezó a gritar mientras se frotaba en la boca de la pelirroja que estaba a cuatro patas, el hombre la bajó de sus caderas, subiendo a la otra, ahora era ella quien le lamía ahí abajo y mi sexo ya estaba chorreando, tenía los pezones jodidamente duros bajo el vestido y por desgracia no llevaba sujetador, la seda negra cubría tan solo esa parte de mis grandes y llamativos pechos naturales, jóvenes y vírgenes, y Salvatore ya los estaba mirando.

—Definitivamente, tu cuerpo está diseñado para el placer, pequeña Osorio. —Su mano soltó mi rostro, y ya no era necesario que me obligase a mirar, yo quería verlo, quería descubrir el sexo, el sexo consentido, el que te daba poder y disfrutabas, no el tipo de sexo que vendía mi padre, quería ver, aunque fuese de lejos y en tercera persona, lo que se sentía—. Eres la mujer más hermosa de este maldito mundo, y eres jodidamente mía.

Sus labios iban rozando mi oído con cada palabra que me susurraba, su voz aterciopelada mezclada con el aroma del whisky, era tan ardiente que mi clítoris ya no podía más, quería que me la clavase hasta las costillas como había prometido en mi habitación mientras me masturbaba.

Y me avergoncé enormemente, me sentía sucia, como una maldita cualquiera.

«¿No te gustaría follarte a Salvatore?». La voz de Carla resonó en mi cabeza, y mi respuesta era un sí, joder, sí, claro que quería, quería follármelo como ninguna otra se lo haya follado, aunque ni siquiera supiese follar.

*«*Es tu marido, estás casada, tenéis un hijo, adoptado, pero es vuestro hijo, Salvatore te pertenece, es tuyo, fóllatelo*».*

Mis lascivos pensamientos seguían martilleando en mi cabeza, me encantaba ver cómo el rabo de ese hombre entraba y salía de aquella mujer, deseaba sentir lo mismo y quería que fuese con el rabo de mi marido, el que ha pagado treinta millones por mí, el que me ha comprado como si fuese

una puta, su maldita puta, quería sentirlo, joder.

Crucé las piernas en el momento en que él dejó de acariciar mi hombro, pasando a recorrer mi espalda, cerró el puño alrededor de mi cabello rubio, echándolo a un lado, haciendo unas leves y suaves cosquillas sobre la seda del vestido, sabía demasiado bien cómo debía tocar a una mujer y que tuviese tanta experiencia, se me antojaba fastidioso.

Mis labios se entreabrieron para poder suspirar y relajar toda la tensión que recorría mi cuerpo. Sin que nadie me estuviese estimulando, mi sexo estaba siendo invadido por un cosquilleo incesante, provocado por sus caricias en la espalda y su boca contra mi oído, el roce de esos suaves y carnosos labios, el cosquilleo de su barba oscura contra mi piel, se me escapó un jadeo al imaginar cómo se deberá sentir aquella sexi barbita ahí abajo.

Mierda.

Sus dedos bajaron por mi columna, estando cerca de mi trasero, aunque estuviese sentada, metió la mano agarrándolo, de esa forma tan sucia que me hacía arder de ira, odio y deseo.

—Cariño, tengo una habitación preparada en nuestra casa, una habitación de matrimonio preciosa, lista para estrenarla cuando decidamos dejar de odiarnos y empecemos a darnos amor. —No pensaba creer que eso fuese cierto, no iba a caer en su maldita trampa—. Ahora mismo, podríamos ir al coche, te quitaría los tacones y te daría un masaje en los pies mientras conduzco a casa. —Sus palabras sonaban tan calientes, románticas, apasionantes que no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera lo que él me estaba diciendo, su agarre en mi culo no era suficiente, los gritos de la chica a la que se estaban follando me causaban envidia, yo necesitaba que él me hiciera gritar igual, o más—. Te cogería en brazos y te llevaría como la princesa que eres hasta nuestra cama y te quitaría este precioso vestido con los dientes. —Su brazo tiró de mí, acercándome más a su torso, obligándome a mirarle, su mano pegó un fuerte azote en mi nalga, viéndome obligada a morderme el labio—. Besaría y lamería cada parte de tu cuerpo, te comería el coño hasta que te corrieses en mi cara y después entraría en ti despacio, muy muy despacio. —Sus dedos sostuvieron mi mentón, levantándolo para que le mirase, para que pudiese apreciar el fervor de esos ojos, la tormenta que se estaba despertando en ellos, ya no lo aguantaba más, mi sexo estaba a punto de explotar y no lo entendía porque no me estaba haciendo nada en esa zona—. Te haría el amor de forma

romántica, de forma salvaje, o te follaría de una manera muy sucia, eso dependería de ti, yo solo me dedicaría a complacer a tu precioso cuerpo, a tu delicioso coño. —Su mano bajó otra vez, para apretar mi culo de forma salvaje, con tanta fuerza que dolía y quemaba. Su otra mano fue a uno de mis pechos, metió uno solo de sus dedos bajo la cara y delicada tela, acariciando mi sensible pezón, sin poder evitarlo, me corrí de una manera suave y extraña, nunca tuve un orgasmo así. Traté de disimular, siendo imposible, un pequeño jadeo se me escapó y él pellizcó mi pezón tirando de él para agudizar mis gemidos—. Oh, mi vida. ¿Qué ha sido eso? ¿Papá Carusso ha vuelto a hacer que te corras, cielo?

—Nada... No... —Traté de recomponerme, de apartarme de él, me costaba respirar bien, mi sexo seguía demandando atención, quería ser lamido, quería ser llenado.

—No te sientas mal por correrte con tu marido, estamos hechos para eso, darnos placer el uno al otro. ¿Qué me dices, mi pequeña y preciosa mujer? —Sus dedos se enredaron en mi cabello rubio, acercando mi frente a sus labios para dejar sobre ella un beso protector—. ¿Quieres que hagamos realidad todo lo que te he dicho?

No quería, lo deseaba, lo necesitaba.

Pero no pensaba ponerme en bandeja, no pensaba ceder, no pensaba regalarme ni rebajarme, no era una de esas mujerzuelas que se rendían a sus pies tan fácilmente.

Él creía que ya lo había conseguido, pero...

—No —respondí, mirándole fijamente, retándole—. Hemos pactado un mes, y un mes tendrás que esperar para que sea tuya, si es que te lo ganas, claro. —La ira se descontroló en el interior de su ser, vi una tempestad formarse en su expresión y mi cuerpo tembló, no iba a acobardarme, no iba a echarme atrás—. Recuerda mi deseo, te pedí que fueses bueno y has dado tu palabra, cumple algo de lo que prometes por una vez en tu vida.

Él me soltó, creando todo el espacio posible entre nosotros, sus ojos me aniquilaron con un deseo ferviente cargado de odio y necesidad. Me necesitaba, y eso me daba poder.

—Cuánto te odio, Osorio —masculló, soltando un profundo suspiro.

—Yo también te odio a ti, Carusso.

CAPÍTULO 20

MARÍA



Marcela se acercó a la mesa, chupándose los dedos por detrás de Salvatore.

—¡Niña! ¡Tienes un talento innato para cocinar! —Me elogió.

Salvatore la miró, por fin vi sus cejas asomarse por encima del periódico, pues lo único que veía hasta ahora era su cabello negro engominado. ¿Quién leía el periódico hoy en día?

—¿Cómo que niña? —se quejó—. Señora Carusso. SE.ÑO.RA.CA.RU.SSO. —remarcó cada sílaba, llevándose un trozo de las tortitas que hizo Marcela con mi receta. Gabriel se metió casi una entera en la boca, ambos se miraron, abriendo muchos los ojos—. ¡Mmmmmm! —Gesticularon a la vez.

Penélope se encontraba sentada también en la mesa, mordisqueando una manzana y bebiendo un té verde, seguía sin compartir demasiadas palabras conmigo, no obstante, tras la conversación con Carla, no he podido dejar de pensar en la historia de los Osorio, y de los Carusso.

Corté un trocito de la tortita caliente con sirope, llevándomelo a la boca, ella me miró de reojo, gruñendo, Salvatore carraspeó la garganta para que se callase.

Rodé los ojos, ¿podríamos comer tranquilos alguna vez?

Marcela se disculpó por haberme llamado niña y yo le regalé una cálida sonrisa, ella podía llamarme como quisiera. Era la persona que mejor me caía en esta casa, aparte de Gabriel.

—Mamá. —El menor tocó mi mano, moviéndola de un lado para otro, tratando de captar mi atención—. ¿Cómo os conocisteis papá y tú?

Quedé muda, sin saber qué decir, resultaba difícil crear una mentira tan compleja, u ocultar una verdad tan cruda como un matrimonio pactado.

—En el burger. —Se adelantó Salvatore, dejando el periódico a un lado—.

La vi y era tan guapa, que no me pude resistir a comprarle una hamburguesa.

Una carcajada me estalló desde lo más profundo del pecho, hasta la propia Penélope se estaba riendo.

—Sin comentarios —añadí.

—¿Y por qué la abuela no me quiere?

Esa pregunta nos acuchilló a todos, dejándonos tiesos sobre las sillas. Nuestras miradas se centraron en ella, la cual tragó el último bocado de manzana con dificultad.

—No es que no te quiera, es que...

—La abuela lo ha pasado muy mal en tu ausencia, aún le cuesta asimilar que te secuestraran y te llevasen lejos de nosotros. —Mi marido era hábil y rápido para contestar, lo cual nos salvó de esta incómoda conversación.

Marcela decidió llevarse a Gabriel a lavarse las manos antes de empezar con las clases de idiomas.

—Mamá, ¿luego me contarás un cuento?

—Claro que sí, cielo. —Nos abrazamos, despidiéndonos con un beso en la mejilla, él corrió con Marcela, quien parecía ser su abuela de verdad. Una vez estuvimos los tres solos en la mesa, respiré de forma profunda, pensando que era el momento de hablar sobre «mi padre».

—Anoche Carla me contó algo que me dejó pensativa —dije, sin ser capaz de mirar a ninguno a la cara, no obstante, ambos se interesaron en mí, no solía ser muy abierta a conversar en la mesa, mucho menos con Penélope —. Quiero que me digáis si es cierto o no, por favor.

Penélope entrecerró sus ojos, llevándose la taza con sus delicadas manos a los labios, llevaba las uñas largas y pintadas de color burdeos, Diamante descansaba sobre su falda de vuelo beige.

—¿Ya te han hablado de las infinitas amantes de mi hijo?

Salvatore pareció recibir una estaca en el corazón, buscando respuestas en mi mirada, era cierto que Carla también me dejó caer algo sobre ese tema, pero no era lo que me preocupaba (o sí) aunque no tanto como lo primero.

O sí.

—No, Penélope, el mundo no gira alrededor de las mujeres que se acuestan con tu hijo. —Le regalé un poco de la mejor cosecha de mi propio veneno, atreviéndome incluso a tutearla—. Se trata de mi padre, me han contado algo sobre Pepe, quiero saber si es verdad o no.

Salvatore tomó un sorbo de su café expreso, clavando los codos en la mesa

para estar más cerca de mí, totalmente atento a mis palabras.

—Es curioso, nosotros te trajimos con la esperanza de que fueses tú quien nos contases cosas sobre él.

—Sé de sobra que solo soy una inversión, no hace falta que me lo recuerdes a cada instante. —El corazón me latía con fuerza, tenía miedo de hacer aquella pregunta, tenía miedo de saber la respuesta—. ¿Es verdad que mi padre secuestra niños? ¿Y que...? ¿Los mata? —Las manos me temblaron sobre la mesa, al igual que las piernas, noté como mi rostro quería hacer un gesto de tristeza, mas traté de calmarme, de controlar la serenidad. Aun así, no era capaz de mantener a raya la humedad de mis ojos.

Penélope arqueó una de sus cejas.

—No me jodas que no lo sabías.

Salvatore la miró, señalándome.

—Ella no es culpable de nada, no tiene ni idea de lo que hace ese hombre.

Yo tan solo miré a uno, y luego al otro, para volver a mirar al primero, y así todo el tiempo. La agonía me estaba devorando lentamente, como una barrita de incienso, quemándose, consumiéndose.

—Por favor, sed sinceros conmigo —supliqué, seguía sin estar preparada, pero no pude dormir nada en toda la noche, tan solo pensando en ello.

Penélope se sirvió un poco más de té.

—Sabes lo del hospital, ¿no?

Negué, cuantos más detalles daban, más perdida me sentía.

—¿Qué hospital?

De nuevo, se miraron, negando.

—No puedo creer que no lo sepa. —Penélope hablaba directamente con su hijo, el cual me observaba con una lástima que no tenía nombre.

—¡¿Qué hospital?! —Alcé la voz sin quererlo, estaba empezando a ponerme demasiado nerviosa, la voz me sonó aguda, como en un pitido, sintiéndome a punto de explotar—. ¿De qué mierda habláis?

Penélope se veía dispuesta a contármelo todo, pero Salvatore la detuvo, ella cerró la boca en cuanto él tocó su mano.

—No hay que ser tan fríos, puede producirle una conmoción, es duro de digerir.

Ella finalmente se resignó, él me hizo un gesto para que le siguiese, nos levantamos de la silla. Marcela apareció rápidamente para recoger los restos de la merienda, las rodillas me temblaban un poco, los nervios estaban

haciendo que me arrepintiese de haber merendado.

—¿Vamos a ir a hablar a tu despacho?

—No, vamos a salir a dar un paseo, por la playa.

Algo de emoción opacó las sensaciones vacías y oscuras de mi alma, nunca vi la playa de cerca, solo desde los cristales tintados de los coches en los que me movía con mi padre en raras ocasiones.

—Oh, está bien. —Mis piernas dejaron de flaquear, una energía intensa me recorrió por cada extremidad, mis pies iban apresurados escaleras arriba hacia mi habitación, ya estaba vestida, con un chándal deportivo color blanco, pero necesitaba mi bolso, necesitaba mi móvil, necesitaba grabar el sonido del mar, las olas, el resplandor del sol sobre el océano—. Voy a ver una playa, voy a ver una playa, ¡voy a ver una playa!

Bajé las escaleras a toda prisa una vez ya tenía mis pertenencias, él también iba con un estilo sport, pantalones grises, polo gris, zapatillas blancas y una gorra también blanca que le queda de muerte.

Fui caminando tan rápido que incluso le dejé atrás, llegando antes que él al coche, en cuanto escuché el «pip pip» de apertura, tiré del manillar para abrir la puerta y me senté, colocándome el cinturón de seguridad.

—No sabía que te gustaba tanto la playa. —Se llevó un cigarro en la boca, no entendía cómo podía hablar, fumar, poner el coche en marcha, colocarse bien la gorra y el cinturón de seguridad, todo a la vez—. Me lo hubieses dicho.

—Ya, bueno, ni que fuésemos amigos —rechisté y él gruñó—. ¿Qué? No nos conocemos, no sabemos nuestros horóscopos, ni fechas de cumpleaños, ni series favoritas, ni comidas, tampoco pelis, color, número de la suerte...

Salvatore rodó los ojos, como si solo dijese puras tonterías, pisó a fondo el acelerador, haciendo rugir el motor, Petra conducía justo detrás de nosotros, con dos hombres más, también armados.

Otra duda despertó en mi cabeza.

—¿La policía nunca os para? ¿No os dice nada por ir con armas?

Él simplemente sonrió.

—La policía no es nadie, en nuestro mundo, no existe.

—Pero hay policías que desmantelan mafias, que hacen redadas, que llevan a traficantes de drogas, por ejemplo, a la cárcel.

—Solo cuando son desobedientes y yo decido que hay que deshacerse de ellos. —Lanzó el cigarro por la ventana, subiendo esta, le gustaba estar en silencio y con música clásica a un volumen bajo, le molestaba el ruido,

parecía.

—¿Desde qué edad tienes que cargar con esta vida?

—Desde siempre, nací preparado para ocupar el lugar de mi padre.

El aire se comprimió en mi pecho, no imaginaba esa presión en un niño.

—¿Es verdad que siempre habéis estado en contra de los Osorio?

Salvatore volvió a sonreír, era como si su temperatura glacial estuviese descendiendo.

—Mi padre siempre odió al tuyo, y viceversa, Vladimir Carusso nació en la mafia, no tuvo más elección, pero su corazón no estaba podrido, él veía más allá del dinero, quería cambiar el mundo, nuestro mundo, por eso Penélope supuestamente se enamoró de él.

—¿Ellos no se casaron por negocios? —No encontraba otra forma mejor de llamarlo.

—Ni llegaron a casarse, le pegaron un tiro en la cabeza el día de la boda, fue mi tío, su propio hermano, toda la bondad que tenía mi padre, le faltaba a él.

Me llevé la mano a la boca, quedándome de piedra.

—¿Y tú estabas ahí? ¿En la boda?

—Yo llevaba los anillos —comentó, cerrando los ojos lentamente, para volver a abrirlos, como si un recuerdo doloroso asolase su alma—. La sangre de sus sesos me pringó en toda la cara, pero no lloré, ni grité, me quedé ahí, viéndole caer en el suelo, desangrándose, hasta que su sangre llegó a mis pies y se formó un charco entre nosotros. Todos salieron corriendo, tratando de ponerse a cubierto, incluida Penélope. —Volvió a encenderse otro cigarro, el primero lo tiró casi entero, solo le dio un par de caladas, ¿sufría de ansiedad?—. Nadie me llevó consigo para ponerme a salvo, a pesar de ser un niño muy pequeño, nadie quiso arriesgar su vida por mí, me dejaron ahí, siendo un blanco fácil y perfecto, a veces, desearía haberme muerto junto a mi padre, nunca entendí por qué mi tío no me mató, luego me contaron la historia de que mi padre le era infiel a Penélope y que por ello mi tío la quiso vengar, ya que él sí estaba colado por ella.

Mi ceño se arrugó, mostrando unas ligeras arrugas.

—Pero, si Vladimir y Penélope se querían, ¿por qué le era infiel?

—Dije que Penélope se enamoró de mi padre, no que mi padre se enamorase de ella, además, no ha cambiado, era igual en su juventud, caprichosa, fría, terca como una mula, y este mundo es desolador y desesperanzador para nosotros, los hombres, los encargados de daros una

vida llena de lujos y protegeros, a toda costa. —Vi cómo se debatía en sus pensamientos—. No sé quién es mi verdadera madre, pero dicen que fue con una puta, una que ya está muerta.

Un cubo de agua congelada me cayó sobre la cabeza y los hombros, que Salvatore tuviese la confianza de contarme todo esto era algo que simplemente no esperaba, en absoluto. Pero de alguna forma, me ayudaba a comprenderle un poco más, a entender esas murallas de hielo que construyó a modo de coraza alrededor de su persona.

—Pensaba que Penélope era tu madre.

Era normal que no pudiese dar amor alguien que nunca recibió amor.

Era normal que no pudiese sentir empatía, alguien que nunca recibió empatía.

Era normal que no pudiese ser comprensivo, alguien con quien nunca tuvieron comprensión.

—No, solo se quedó conmigo para tener un seguro de vida. Si algo le pasaba a mi tío, un hijo varón sería lo único que le salvaría, ellos se casaron, el matrimonio fue una tremenda mierda, la convivencia era nefasta y Penélope descubrió que él asesinó a mi padre, así que me encargó reventarle la cabeza de la misma forma y asumir el control.

Algo no me encajaba, no quería dañar la imagen de Penélope ante Salvatore, pero dudaba que ella estuviese enamorada de Vladimir, seguramente, trepó y los utilizó a todos hasta llegar a donde quería.

—Debió ser duro tener que matar a tu propio tío, y también saber que él se cargó a tu padre.

—A esas alturas de la vida, ya no me dolía nada, de hecho, hace años que no siento ningún tipo de emoción. —Su cuello se torció en mi dirección, el azul tormentoso de su mirada consiguió que me removiese en el asiento—. Hasta que te he conocido a ti, tienes algo que me hace sentir que estoy vivo, otra vez, pero no logro saber el qué, María.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mi expresión, no sabía qué sentir hacia Salvatore en este momento, había algo en mí que tenía esperanza, que me susurraba «podemos salvarle», pero había otra voz mucho más fuerte que me gritaba, «está totalmente destrozado, huye, antes de que acabe contigo».

—Me alegro de haber traído aunque sea algo «mínimamente bueno» a tu vida, *fetuccini*.

Él siguió conduciendo, con esa gorra blanca y ese flequillo negro cayendo sobre su frente.

—Es una lástima que no pueda decir lo mismo, pequeña Osorio, sé que solo soy una mancha oscura para ti.

Mis pulmones se llenaron de aire para vaciarse por completo, dando como resultado un resoplido.

—Aunque no lo creas, yo me alegro de haberte conocido.

Nos miramos, sin decir nada más. Salvatore dobló la esquina a la derecha, cogiendo la avenida de la playa en Puerto Banús, las altas palmeras eran preciosas, las gaviotas volaban por encima de los lujosos coches, el mar estaba lleno de barcos y el olor a marisma era...

Bajé la ventanilla del todo sacando la cabeza tanto como pude, dejando que el sol bañase mi piel y el viento sacudiese mi cabello, mientras el olor del mar y el sonido de las olas casi lograron que se me saltasen las lágrimas, solo había sentido esto a través de películas, series, libros y vídeos.

Mi cuerpo salió por la ventanilla aún más, tanto que Salvatore se asustó, agarrándome de la cintura, alcé los brazos en el exterior dando un grito de felicidad, ya no recordaba lo del hospital, tampoco recordaba a mi padre, solo sabía que quería estar así, con el viento, el sol y el mar.

—¡Soy libreeeeeee! —chillé a pleno pulmón, pues aunque no fuese la libertad que siempre imaginé, nunca había estado tan cerca de dicho sentimiento.

CAPÍTULO 21

SALVATORE



Llevábamos al menos tres horas en la playa, caminamos desde una punta hasta la otra, la mayor parte del tiempo en silencio. María se veía tan distraída, tan feliz, tan «lejos de este mundo», que me parecía una falta de respeto invadir sus pensamientos, privacidad y espacio.

Por algunos momentos la dejé caminar a solas, manteniéndome un poco más alejado, solamente vigilando que nadie indeseable se acercase a ella, mis hombres y Petra esperaban en uno de los coches.

No pude evitar sonreír cuando la vi abrir los brazos y corretear por la orilla, peleándose con las olas y las algas marinas que, al parecer, le daban un pelín de «grima».

También tuve que salvarla de un cangrejo que la amenazó con sus «mortales y diminutas pinzas».

Ahora, estábamos sentados sobre la arena, escuchando el sonido del mar, viendo un bonito atardecer, el sol se ponía en el horizonte mostrando un pintoresco cielo anaranjado, como la yema de un huevo frito.

Nunca me gustaron ni los amaneceres, ni los atardeceres, pero me acababa de dar cuenta de que tampoco nunca me había parado a ver uno. ¿Cuántas cosas dábamos por hecho sin darles tan siquiera una oportunidad?

—Supongo que ya tendremos que volver a casa. —La voz de María entabló una conversación conmigo después de largos momentos en silencio, momentos que disfruté, viendo su cabello rubio y curvas de guitarra, su preciosa anatomía andaluza y esa belleza española fundiéndose con una de las costas más bonitas de su tierra.

—Volveremos cuando tú quieras volver, podemos quedarnos toda la noche aquí si quieres.

—¿En serio? —Por un momento, me pareció escuchar a una niña llena de

ilusiones—. Pero nos congelaremos de frío, y Gabriel...

Mierda, era un gilipollas. ¿Cómo no había caído en algo así? Su piel estaba de gallina, la brisa ya era fresca y tenía una postura en la que se abrazaba a sí misma, en un intento de mantener el calor de su cuerpo.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no aprecié un detalle tan importante. Bajé la cremallera de mi sudadera de inmediato, quitándomela, sus enormes ojos almendrados y brillantes me observaban perplejos, sin comprender lo que iba a hacer.

—¿Me permites? —pedí permiso, recordando mi promesa, le demostraría que sí era un hombre de palabra y que sería capaz de respetarla.

Sobre todo después de haberme dado cuenta de que ella ni siquiera sabía las cosas que hacía su padre. Solo tenía una vaga idea muy superficial de a lo que se dedicaba Osorio y, a pesar de ello, ya vivió negada a gastar su dinero, sus libros eran todos de mala calidad, de segunda mano, estropeados, dedicados a otra personas, llenos de rayones, manchas de café... por no hablar de su ropa, me jugaba el cuello a que mucha de ella también era usada.

—Pero... —balbuceó—. Tendrás frío tú.

—Yo estoy bien, solo dime si puedo poner mi chaqueta sobre tus hombros, o no.

Sus preciosos labios, tiernos, carnosos, llamativos y suaves, me regalaron una sonrisilla divertida.

—No, no puedes.

—Que te jodan, no pienso dejar que te resfríes. —La atrapé con la prenda, envolviéndola como si fuese una croqueta, ella no dejó de reírse, y fue la primera vez que al entrar en contacto con su cuerpo, no la vi enfadada o incómoda. Nuestras miradas volvieron a cruzarse, el viento removió sus bonitos cabellos, había ido a la peluquería con Petra para arreglarse las mechas, se las solía hacer ella misma y no le quedaban nada mal pero, joder, ahora se veía como una jodida diosa. —¿Cuál es tu color favorito?

Sus mejillas se encendieron y quise que la arena se abriese y me tragase por decir una gilipollez así, ¿en qué mierda estaba pensando?

—¿Salvatore Carusso se interesa por esas tonterías? —Arqueó una de sus cejas.

—Todo lo que hago está mal. —Resoplé, acariciándome los bíceps, tenía los brazos desnudos pues llevaba una camiseta de manga corta bajo la sudadera que ahora abrigaba a María, que por cierto, se veía bastante tierna

en ella—. ¿Hay algún maldito hombre que te haya hecho sentir algo «bonito» alguna vez?

Me arrepentí de hacer esa pregunta tan rápido como terminé de decir la última palabra. Las tripas se me revolvieron y mi mente empezó a trabajar a toda máquina para grabarse el nombre del tío que nombrase y hacerlo desaparecer el mapa.

Ella se mantuvo pensativa, y no supe si era por no encontrar a ninguno, o porque había demasiados y no sabía a cuál elegir.

—Siempre he odiado a los hombres. —Parecía ser sincera—. No es que sea... digo... no... es que...

—Tras ver lo que hacían con las mujeres en casa de tu padre, es normal. —Decidí terminar la frase por ella—. Sinceramente, ahora que empiezo a conocerte, no entiendo cómo has podido sobrevivir tanto tiempo ahí dentro.

Sus ojos se entrecerraron, las nubes comenzaron a encapotar el cielo, tal vez lloviese en unas horas. Pero seguía sin querer moverme de aquí, seguía sin querer volver al coche, a la mansión, porque sentía que volver significaba odiarnos de nuevo, y ridículamente, era como si en este lugar, en este instante, ella y yo fuésemos dos simples personas conociéndose, sin un pasado, sin un apellido, sin una historia que les obligase a estar enfrentados.

María alzó las rodillas, apoyando sus brazos y barbilla sobre ellas, perdiéndose en el bonito horizonte, que parecía estar absorbiendo la energía y el calor del sol.

—¿Qué era lo que me tenías que contar sobre él? ¿A qué hospital te referías?

La voz le volvió a temblar, por desgracia, no se le había olvidado, quisiera protegerla de esas mierdas, sabía que le iban a hacer daño, sabía que se le iba a romper el corazón, hacía dos meses quería destrozarla, no obstante, ahora solo sentía ganas de ir pegando cada pedacito roto para ir reparándola, poco a poco, con delicadeza, porque así era como se trataba a una obra de arte.

Por desgracia me recordaba demasiado a Mía, tenía esa misma luz y sencillez, esa misma forma tan bonita de mirar el mundo.

—No es necesario que lo sepas, me alivia que estés fuera de ello, ahora sé que no eres una mala persona y que no debo ser duro contigo. —Sentí deseos de acariciar su espalda, sus mejillas y sus cabellos, pero tan solo jugué con una concha blanca que había encontrado entre la arena.

—¿De verdad creías que era mala?

Hice una mueca, sinceramente, creí que sería una jodida zorra, pero al ver la foto de Dominic tuve mis dudas y quise comprobarlo por mí mismo.

—Más o menos, te imaginaba siendo bastante peor que Penélope.

Ella se mofó, con una risa jodidamente sexi que me hizo entrar en un profundo calor.

—¿Es posible que exista algo peor que ella?

No pude evitar que su risa se me contagiase.

—Me encanta verte así, María.

Mi comentario la pilló totalmente desprevenida, y sentí que debería morderme la lengua, no obstante, me resultaba bastante complicado.

—¿Así cómo?

—Sin la coraza, tranquila, relajada, como si no me tuvieses miedo.

—Te estás equivocando. —Sus dedos agarraron un palito y me apuntó con él—. Te sigo teniendo miedo, y mucho.

La miré de arriba abajo, deseando comérmela, tragármela hasta no dejar nada de ella, la saborearía desde los pies a la cabeza.

—Pues yo te veo muy a gusto en mi compañía, y confortable, con mi chaqueta.

—¿Perdona? —Estaba tan roja como lo estaba el cielo hacía unos minutos —. Es por la playa, no por ti, ni por tu chaqueta.

—Ya, claro.

Debía ser verdad, pues nunca la había visto de esta forma salvo aquí, aun así, me jodió reconocerlo y no lo hice.

Desvié mis ojos de nuevo al mar, las olas seguían tranquilas, apaciguadas.

—Cuéntame lo de mi padre. —No iba a parar hasta que se lo dijera—. Por favor, no quiero seguir imaginando escenarios, no quiero gastar más energía en ello.

Abrí la boca, volviendo a cerrarla, apretando la mandíbula, me negaba a hacerle daño, me negaba a hacer nada que estropease este momento o que perturbase su paz. No quería dañar su calma, no quería seguir trayendo desgracias a su vida, lo cual resultaba irónico, pues decidí casarme con ella para hacer de su existencia una verdadera pesadilla.

—Te dolerá.

—¿Más que el suicidio de mi madre? —cuestionó, con los ojos vidriosos y la voz aguda, el pecho se me encogió, no decía que su madre fuese una mala mujer, pero la odié por haberla abandonado y no cuidar de ella—. ¿O más que cuando mi padre me regaló una pistola para que me pegara un tiro

por mi cumpleaños? —Vi en ella el intento de decir aún más, de mostrar unas cuantas más de las heridas que tenía enterradas en su alma, no obstante, pareció arrepentirse, abrigándose con mi sudadera, su mejillas estaban rosadas y la punta de la nariz roja a causa del frío.

*«*Eso es, cariño, refúgiate en mí, aunque solo sea porque tienes frío*»*.

—Sí, puede que más. —Fui claro y conciso, pero también me puse en su lugar, y sabía que si yo fuese ella, también querría saberlo—. Tu padre tiene un hospital privado.

La confusión dibujó una mueca de disgusto en su preciosa cara de rasgos únicos y exóticos, maldita sea, qué labios, y qué ojos. Qué nariz, qué mejillas.

Qué mujer.

—¿Un hospital? ¿Para qué quiere mi padre un hospital? —Su risa nerviosa mostraba que estaba luchando por rechazar la información—. Eso le vendría mejor a Liu, ¿no? Él trafica con órganos.

Parpadeé lentamente, sentí que decírselo era como dispararle, y no, no deseaba dispararle, de hecho, me pondría delante de cualquier bala que fuese directamente a ella.

¿En qué maldito momento sucedió esto? ¿Por qué cuanto más cerca la tengo más deseo cuidarla? ¿De verdad es por el recuerdo de mi hermana? ¿Necesito llenar ese vacío? ¿O es por esa chica que abandoné en aquella casa la noche en que creí encontrar a Mía? ¿Es por haber fallado como hombre a dos mujeres y no querer volver a fallar una tercera vez más? ¿O había algo escondido detrás de todo?

—Es un hospital materno infantil, María, mujeres y niños; una mina de oro. —Cuando terminé de dejarle claro de lo que iba todo esto, vi cómo cada trocito de su corazón se resquebrajaba en el interior de su pecho y caía sobre la arena. Definitivamente, ella no era como su padre, ni estaba al tanto del ser depravado que realmente era Pepe—. Lo siento muchísimo, si puedo hacer algo porque te sientas mejor...

Ella se quedó en silencio, con las piernas alzadas, envuelta en mi chaqueta y la vista perdida en las olas del mar que iban y venían. El viento seguía azotando sus cabellos y las gaviotas volaban en círculo, esperando pillar algún pescado.

—¿Alguna vez has querido sacarte el corazón del pecho y quemarlo?

—Solo una vez, y lo hice. —El recuerdo de mi padre muerto a mis pies regresó a mi mente, el ver cómo el miedo me paralizaba impidiéndome

incluso derramar una sola lágrima o llorar mientras todos se escondían y nadie se acercaba para ayudarme.

Todos pensaron lo mismo, mi padre había sido asesinado, y yo, por ser su sucesor, sería el siguiente, entonces, acercarse a mí, era ponerse en peligro, lo mejor era dejar que me matasen y que se largasen de allí.

Solo pronuncié una palabra, tan solo una.

«¿Mamá?».

¿Dónde estaba mi madre?

La busqué desesperadamente mientras mi pequeño corazón bombeaba aterrado en el centro de mi pecho, la vi cubriéndose debajo de una mesa, mirándome, de una forma muy distinta a como una madre miraría a un hijo al que quiere. No me miraba con dolor, ni con miedo, no me llamaba para que fuese con ella, de hecho, hubiese jurado que no me quería cerca.

Solo esperaba a que me diesen un tiro, a que me matasen. Y no podía esperar otra cosa, ya que a sus ojos, yo tan solo era el recuerdo de una infidelidad, el hijo de una puta.

Aquello abrió un agujero en mi alma por la cual pude meter la mano, agarrar mi inocente y malherido corazón y prenderle fuego, quemarlo e incinerarlo, llenando después aquel agujero de dolor y sufrimiento ajeno, solo producir en otros lo que habían producido en mí me hacía sentir que seguir viviendo en este asqueroso mundo merecía la pena.

Ese niño de tan solo cinco años, se juró a sí mismo, con las mejillas llenas de pecas, tres dientes de leche menos y los mocasines de la talla 34, manchados de la sangre de la única persona que le había querido en el mundo, que todos los que estuviesen cerca de él, se pudrirían en el infierno, junto con el que mató a su padre.

El graznido de una gaviota que se acercó demasiado me sacó de aquella trágica historia. María seguía mirando el mar, ahora las lágrimas descendían por sus mejillas, mojándolas como si estuviese lloviendo solo para ella.

—¿Quieres compartirla conmigo?

—¿Compartir el qué? —musitó.

—La tormenta que hay dentro de ti. —Algo en su triste mirada cambió, sabía que había tocado algunas de las teclas correctas, mi siguiente objetivo era dibujarle una sonrisa—. Me gustan las tormentas, vamos, no seas egoísta.

Finalmente, conseguí mi propósito.

—Así que ese es el misterio de Salvatore Carusso. —Sus palabras me

pillaron desprevenido, ella se atrevió a responder antes de que preguntase —. Lo de arrancarte el corazón y quemarlo, era eso, te has construido una coraza alrededor y no dejas que nada entre o salga de ahí, porque entendiste que tu destino era morir en cualquier momento, que cada segundo de tu vida podría ser el último, incluso este, ahora mismo, mientras hablamos. —Rio amargamente—. Por eso te arrancaste el corazón, por eso eres tan frío, porque no quieres sentir nada que te haga querer quedarte en este mundo, temes que al sentir algo empiece a importarte morir, y el miedo a morir te hace débil, y el Padre de la mafia no puede ser débil, ¿cierto?

Simplemente la observé, sintiéndome descubierto.

—Es curioso cómo en apenas dos meses me conoces más que algunas personas que llevan a mi lado toda la vida. —Lancé lejos la concha con la que estaba jugando entre mis dedos—. Salvatore Carusso nunca será débil, y nunca temerá morir, estoy preparado para irme en cualquier momento, pero no se lo pondré fácil a quien lo intente.

—Pues yo quiero meterme en el mar y ahogarme entre las olas. —Fue todo lo que dijo—. ¿Por qué me pasa esto?

—Se llama impotencia, aborreces el mundo en el que vives y como no sabes de qué forma cambiarlo ni encuentras manera de huir, piensas en la muerte como única salida. —Me arrastré sobre la arena un poco más hacia ella, pegando mi cuerpo al suyo—. Pero en vez de eso, puedes hacer otra cosa.

—¿Cómo qué? —Torció su rostro hacia mí, su olor dulce y fresco inundó mis sentidos y me morí por besarla, me morí por acurrucarla entre mis brazos y jurarle que mientras estuviese conmigo, nada ni nadie volvería a hacerle daño.

Pero no, me mantuve a su lado, respetando su espacio personal, soñando con algún día ser invadido, o tener permiso para invadirla.

Respirarla, olerla, sentirla, simplemente me producía sed, un tipo de sed que no podía calmarse con absolutamente nada, y que me mataba, me ardía, me quemaba, me desesperaba.

—Empezar a construir tu propio mundo, uno nuevo, en el que no haya sitio para nada de lo que te hizo daño en el anterior.

—Salvatore... —su mirada se agachó hacia nuestras manos sobre la arena, estaban a pocos centímetros una de la otra— no tengo dinero, no tengo estudios, no tengo... —De nuevo, ojos vidriosos y voz aguda—. No tengo cómo empezar nada, porque no soy nada, ¿entiendes?

Mis dedos dejaron de tocar la arena, para ir lentamente, despacio, tanteando cada mota de aire que nos separaban al uno del otro, solo eran unos centímetros, pero para mí era como si estuviésemos a años luz. Su rostro se mostró impasible, sin mostrar nada más que ese profundo dolor, esa desesperación, ese miedo a sucumbir hacia las voces que le aclamaban morir.

Yo acabaría con cada una de esas voces. Era mi mujer, y me pertenecía más que a todos sus demonios internos.

Mi mano envolvió su nuca con suma suavidad, acercándola a mí, apoyando mi frente en ella, para mirarla fijamente, como nunca antes he mirado a otra persona.

—Tienes todo el dinero del mundo, porque todo lo mío es tuyo, y aunque no tengas estudios, eres jodidamente inteligente y además, eres mi esposa —rugí con voz grave, marcando cada palabra de forma ruda y lenta, para que se quedasen grabadas una a una en su cabecita—. Eres la Madre de la mafia, puedes hacer con el mundo lo que te plazca, como si quieres verlo todo destruido, así será.

Mi agarre sobre su nuca se convirtió en una caricia, ella suspiró al notar el tacto de la yema de mis dedos, ya no parecía desagradarle tanto, ni asustarle como al principio.

Nuestras frentes seguían unidas la una a la otra, su aroma era tan intenso que casi podía sentirme dentro de ella y quería hincar mis garras ahí para no salir jamás.

—Por ahora, solo quiero ver destruido a mi padre.

—Déjalo en mis manos, tu marido se encargará —prometí, y esta vez, no rompería mi promesa, nada salvaría a ese hijo de puta—. Voy a hacer desaparecer a cada uno de esos infernales demonios que te atormentan, soy el único que tiene derecho a producirte pesadillas, nena.

Su pecho subía y bajaba, no soportaba tenerla así, tan cerca, tan vulnerable, tan triste, tan necesitada.

¿De dónde podía sacar voluntad para aguantar un mes sin devorarla? Sin sentirla, sin lamer, besar y morder su tierna carne, sin sentir la humedad de su exquisito sexo...

—El blanco.

No supe a qué se refería.

—¿A qué te refieres?

—Mi color favorito es el blanco, antes lo preguntaste.

Mis labios se curvaron, era tierna como una jodida nube de algodón.

—El mío es el negro, y también cualquiera que lleves puesto ahora mismo en tu ropa interior.

Y así fue, como la tierna escena de la playa terminó con un bofetón de María, cruzándome la cara.

—Ah... pequeña Osorio, si no fuese por la debilidad que siento por ti, no tendrías mundo para correr mientras te persigo.

—Qué casualidad —contestó triunfal, poniéndose en pie, sacudiéndose la arena de los pantalones—. Justo hoy mi ropa interior es de color negro.

Se dio la vuelta, empezando a caminar, mientras yo me relamía los labios imaginándome ese precioso culo, con un pequeñito tanga negro.

*«*Dios santo, creo que tengo fiebre*»*.

CAPÍTULO 22

MARÍA



2 SEMANAS DESPUÉS

Desperté mientras los pajarillos cantaban tras el cristal de la ventana, siempre solía abrir los ojos de la misma forma, viendo la preciosa habitación en la que ya me sentía como si siempre hubiese sido mi hogar.

Le fui dando algunos toques para sentirla más «mía», mis libros favoritos llenaban las grandes y espaciosas estanterías. Salvatore se empeñó en regalarme un ordenador portátil nuevo, quiso tirar el antiguo a la basura pero me negué, le tenía cariño, fue mi fiel compañero durante mucho tiempo y, además, lo usaba de escondite, así que estaba arrinconado en el fondo de mi armario.

Desde aquella tarde en la playa, mi marido y yo habíamos empezado a llevarnos algo mejor, digamos que ahora nos tolerábamos, nos saludábamos con educación y ninguno volvió a amenazar de muerte al otro. Nada de apuntarse con pistolas o cuchillos.

Un gran paso, supongo.

Suspiré, girándome al otro lado. Petra estaría en la puerta, como siempre, hacía las guardias por la noche y en cuanto me veía salir se iba a descansar siendo sustituida por Mateo, mi vigilancia duraba veinticuatro horas, pero podía entrar y salir de tiendas cuando quisiera, no era como vivir con Osorio, en absoluto.

La única condición de Salvatore era saber dónde estaba en cada momento e ir a todas partes bajo la supervisión de sus hombres.

Fui varias veces al parque a jugar con Gabriel, aprendí a ser una buena portera de fútbol, aunque me llevase más pelotazos que otra cosa, pues en vez de ir hacia las pelotas, huía de ellas, lo que Gabriel tenía demasiada buena puntería. Vale, tampoco era tan buena portera.

Petra, sin embargo, sí que jugaba bastante bien.

Hablé alguna que otra vez con Carla, por mensaje de texto; no sabía de dónde sacó mi número, pero agradecía tener algo parecido a una amiga. Traté de sacarle información a Petra, seguía sospechando que estaban liadas, mas cada vez que decía su nombre, la rubia solo sonreía y miraba hacia otro lado.

Superconfirmado.

Salvatore entraba y salía de casa al igual que yo, no obstante, su actividad era más nocturna, miré mi reloj, viendo que marcaba las diez de la mañana, a esta hora debería estar ya duchado después de correr por las afueras del bosque que nos rodeaba, tomando su café expreso, se encontraría exactamente dentro de su despacho, trabajando, como de costumbre.

Suspiré, asomándome a la ventana, viendo su flamante Bugatti Chiron, brillante e imponente. Hacía ya dos semanas que no subía con él en el coche, dos semanas que no teníamos ninguna conversación, que no trataba de invadir mi espacio ni tocarme.

Todo eran saludos cordiales, compartir una mesa en silencio junto a Penélope y Gabriel, y poco más.

Se suponía que esto era lo normal en un matrimonio como el nuestro, él me cuidaba y me protegía, me dejaba hacer lo que quisiese sin pedir explicaciones y yo tampoco se las pedía, no dándole problemas ni dolores de cabeza, encargándome de nuestro hijo, su sucesor.

La primera semana, debo reconocer que sentí un extraño alivio, y digo extraño porque no fue un alivio del todo, fue algo... pues eso, extraño.

Me jodía demasiado pero, aun así, yo sí que quería algo más que un simple hola y adiós, me gustaría saber cómo le había ido el día, me gustaría saber a dónde iba en las noches, me gustaría pedirle explicaciones después de ver la clase de amiguitos que tenía... no podía quitarme de la cabeza a Marcos con esa muchacha en los brazos delante de las narices de Carla, ni cómo todas las mujeres se morían por los huesos de Salvatore, deseando echarle el guante, aun estando yo ahí presente.

Y no es que fuese celosa y estuviese enamorada, que celosa era un rato, ¿y cómo lo sabía si nunca tuve novio? Pues porque cuando leía ciertas escenas en los libros me ponía en el lugar de la protagonista y, definitivamente, yo ya habría ido a la cárcel si me hubiesen puesto los cuernos.

Pero, aunque no sintiese amor por Salvatore, la idea de imaginarle con otra mujer cerca, me incomodaba, ¿por qué? No lo sabía, tal vez porque mi

estúpida mente seguía soñando con pajaritos, tal vez porque me había dado un tipo de atención que nunca antes recibí y que ahora quería seguir manteniendo, tal vez porque el gilipollas era bastante atractivo...

Y como fuese, él, Gabriel y yo, éramos una familia, una familia de tres, no tenía que entrar ni salir nadie de ahí, ¿no?

Me senté a los bordes de la cama, encontrando el libro del *Rey de la Ira* de Ana Huang tirado en el suelo. ¿Qué diablos? yo estuve leyendo *Twisted Games* que, por cierto, ¿dónde estaba?

Decidí darme por vencida, no entendiendo nada.

Miré el número de Violeta bloqueado en mi agenda, tenía ganas de hablar con ella, pero ¿qué le diría? ¿Cómo le explicaría todo esto? Ella era una amiga conocida a través de la plataforma de libros, tenía un marido y unos hijos, no me perdonaría perjudicarla de alguna forma.

Resoplé, decidiendo llamar a Carla.

—Buenos días, María. ¿Qué tal todo?

No sabía ni qué decir a esa pregunta. ¿Que qué tal? Pues mira, casada con un tío por obligación y ahora, por fin, cuando pasa de mí, resulta que le echo de menos y no dejo de preguntarme qué diablos hace todas las jodidas noches cuando sale de casa.

—Aquí. —Mi respuesta se resumió en tan solo esa palabra—. ¿Y tú?

—Genial, Marcos ha pasado toda la noche bebiendo como un desgraciado en una orgía de esas raras a las que le gusta ir, ha llegado como un alma en pena y está tirado en la alfombra de la entrada. —Me arrepentí muchísimo de haberla llamado, jugándome el pescuezo a que esos dos, fueron juntos a esa puñetera orgía, si ya decía yo, que era demasiado bonito que Salvatore aguantase tanto tiempo sin... ¡quería gritar!—. Así que voy a aprovechar para ir a comprarme unas joyas para la gala de esta noche.

—¿Gala?

—Claro, esta noche es una de esas galas tan importantes que se celebran con las seis familias líderes de la mafia, es preciosa, la verdad, como un cuento de hadas.

Salvatore no me dijo nada.

—Bueno, diviértete. —Sonreí, pensando que quizás a mi marido le avergonzase ir con una mujer como yo a esa gala, seguro que iría con alguna modelito de las que debía tener por ahí, además, si estaban las seis familias, debería estar también mi padre—. Ya hablamos otro día, solo era para ver qué tal estabas.

—¿Cómo que diviértete? ¡Tú también tienes que ir! —exclamó, llena de euforia—. Por Dios, si eres la estrella de esta noche.

Mi cara se empalideció por completo.

—¿La estrella?

—Por Dios, María, Salvatore y tú tenéis menos comunicación que Marcos y yo, y mira que eso es difícil. —Empezó a reírse como una niña, lo cual a mí no me hizo tanta gracia—. Todas las familias están deseando conocerte, tu padre te ha tenido encerrada sin dejarte ver el mundo exterior, y sin dejar que el mundo exterior te vea; además, vas a ser presentada oficialmente como la Madre de la mafia.

Las tripas se me retorcieron, no podía creerlo, no podía creerme nada de lo que me estaba diciendo.

—Debes estar equivocada, no me consta, no iré. —Mi voz sonó más agobiada de lo que me gustaría—. Tengo que colgar, Carla, ya hablamos en otro momento.

Resoplé, tirando el móvil sobre la cama. Un repentino dolor de cabeza azotó lo más profundo de mi sien, la masajeé caminando al baño con los pies descalzos sobre el frío suelo, los cristales de las ventanas estaban empañados, húmedos a causa del rocío de la mañana.

Abrí los grifos dejando el agua correr, sumergí las manos atrapando un poco de agua entre las palmas para hundir mi rostro y dejar que se refrescase. Me miré por unos minutos al espejo, preguntándome si debía cambiar para ser aceptada, si debía disminuir mi peso, mi talla, mi tamaño, preguntándome por qué los centímetros que medía mi cuerpo importaban más que todo lo que había dentro de mi corazón. Obvio, porque en el mundo en el que vivía, casi nadie tenía corazón, y quién lo tenía, fingía no tenerlo, como Salvatore, que huía de todo lo que le pudiese crear algo de ilusión para no aferrarse a esta vida, para poder seguir mirando a la muerte fijamente a los ojos, sin miedo a decir adiós.

Mis labios temblaron un poco, no quería que nada malo le sucediese, no quería que una bala le reventase la cabeza, ni el corazón, ni un pulmón. Fuese como fuese, le cogí algo de aprecio, no era tan mala persona, sufrió más de lo que debería sufrir cualquier ser humano, y merecía ser feliz.

Pasé la manga de mi pijama por el lagrimal, decidida a endurecerme, no podía seguir dándole tantas vueltas a las cosas. Él era un Carusso y yo una Osorio, y eso nos colocaba en el punto de mira, fin de la historia.

Tras un cepillado de dientes y una trenza alta en el cabello, me coloqué los

jeans con una sudadera cualquiera y salí de la habitación.

—Buenos días —saludé a Petra, la cual me repasó entre risas, siempre hacía lo mismo—. No, no voy al instituto—. Alcé el mentón, sabiendo que era justo lo que iba a comentar.

Cuando bajé las escaleras, unos disparos lograron que el corazón se me sobresaltase y mi cara empalideciese aún más, me aferré a la barandilla buscando a Petra, la cual me miraba como si se aburriese contando moscas. ¿Por qué no reaccionaba?

—¡Mamáááááááá! —Gabriel apareció corriendo con una pistola en las manos y no sabía si regañarle, quitarme un zapato y tirárselo o huir como alma que se llevaba el diablo.

—¡MALDITA SEA! ¿QUÉ HACES CON ESO?

—¡Me lo ha dado mi padre! ¡No me quedan más balas!

La boca se me desencajó al ver que el niño llevaba un traje de Armani azul cobalto de su talla y tamaño, con unos pequeños mocasines negros y el pelo engominado en un tupé. Era un mini Carusso. Un mini monstruo.

—Espera. —Me acerqué para olisquearle—. ¿Te ha puesto su perfume?

—Esta noche hay una fiesta muy importante y papá lleva toda la semana enseñándome a disparar, voy a llevar mi propia arma. —Me la mostró más de cerca, a lo que casi me desmayé, mi agarre en la barandilla seguía siendo el mismo que sería si estuviese a punto de caerme por un precipicio—. Mamá, ¿estás bien?

—No. —Le quité la pistola, su ceño se frunció estando a punto de decir una palabrota, lo sabía, esa era la cara que ponía cuando pensaba en groserías—. Mamá, es un regalo de papá, no me lo quites.

—¡Esto mata a personas! —chillé, hecha una furia—. ¡Los niños no deben jugar con esto!

—¡Eres tonta! —me gritó, y para cuando quise agarrarle y tirarle de los pelos ya se había ido corriendo. Me apoyé contra los barrotes de la barandilla, dejándome resbalar por estos, una puerta se abrió al fondo del pasillo y unos elegantes pasos hicieron eco entre los altos techos de la gran mansión Carusso.

El olor del perfume de Salvatore se hizo más notable, llevaba a Gabriel agarrado del cuello de la chaqueta, como si fuese una alimaña.

—¿Por qué le has gritado a tu madre? —preguntó, con una voz que a mí me haría cagarme de miedo.

Él tan solo mantenía la vista en el suelo, haciendo pucheros, con ganas de

llorar.

—¡Con ella eres muy rudo pero conmigo lloras, eh! —Lo soltó, dejándolo caer justo delante de mí—. Pídele perdón ahora mismo, dile que no volverá a suceder, los hombres no se comportan de esa forma, solo los cobardes.

Gabriel se tambaleó sobre sus zapatos, su frente seguía arrugada y la pistola entre mis manos, Salvatore se iba a llevar la bronca del siglo por haberle dado esto al niño.

—Mama, perdón —murmuró, con una evidente carga de culpabilidad.

Inflé mi pecho tratando de no parecer demasiado blanda.

—Disculpas aceptadas, ve a tu cuarto a estudiar o a jugar con algo propio de niños de ocho años.

—¡Que tengo once!

—¡Tienes ocho!

Las pruebas que le hicieron determinaron que su edad era de ocho años, gracias a Dios, estaba bien de salud.

—¡PAPÁ ME DEJA TENER ONCE!

—¡PAPÁ TAMBIÉN ESTÁ CASTIGADO! —grité a ambos, a lo que Gabriel se retiró con los puños apretados, empuñé el arma con fuerza apuntado a Salvatore directamente a los huevos—. ¿En qué mierda estás pensando?

—En que nuestro hijo sepa defenderse si intentan secuestrarlo, va a ir armado, siempre, veinticuatro horas.

—¡Eso es una locura! —Dejé de apuntarle para pasarme las manos por la cara, la paciencia me abandonó por completo—. ¿No puedes ponerle guardaespaldas y ya está?

—¿Y si uno de ellos es corrupto? ¿Crees que mi hermana no tenía guardaespaldas? María... aquí no puedes fiarte ni de tu sombra, incluso tú deberías llevar siempre la pistola encima, pero como no me haces caso, me toca tener a Petra veinticuatro horas pegada a ti.

Gruñí, sin saber ni cómo hacer que entendiese que las pistolas no eran para niños, joder.

—Podría hacerse daño, podría dispararse a sí mismo, podría... ¡matar a alguien!

—No es idiota, le he explicado cómo debe hacerlo y Mateo está siempre a su lado, no le pasará nada.

Y este, señoras y señoras, es el motivo por el cual los hombres viven menos que las mujeres.

—Mira, paso de ti. —No podía más, discutir con él era como pelearme con la pared, y parecía ser que siempre debía ser así, o nos ignoramos completamente para llevarnos bien, o terminamos peleándonos en cuanto nos acercábamos aunque fuese un poquito. Él se dio la vuelta para volver a su despacho—. Eh, tú, espera un momento. —Bajé unos peldaños más, estaba harta de que ese maldito simio italiano me ignorase.

Sus pasos se detuvieron, las manos me temblaron a causa de los nervios, no sabía por qué diablos estaba haciendo esto, solo sabía que lo estaba haciendo y ya.

Maldita sea, ¿por qué le quedaban tan bien esos dichosos trajes?

—Quiero saber dónde estuviste anoche.

Él giró despacio, sobre sus brillantes mocasines, mirándome con cara de incredulidad, sus hermosas cejas oscuras estaban alzadas, mostrando sorpresa.

—Trabajando, como siempre.

—Tu amiguito Marcos estuvo en una orgía. —Me crucé de brazos, dando leves golpecitos en el suelo con la punta del pie—. Tú no tienes pinta de tener resaca, pero seguro que...

—Soy un hombre de palabra. —Empezó a avanzar hacia mí y yo ya estaba a punto de mearme encima. Mis pasos iban retrocediendo en la escalera con cada peldaño que él subía—. Te dije que esperaría un mes para tenerte o que me dieses permiso de tener a otra, mi castidad acaba en dos semanas, cara mía.

*«*Para tenerte o que me des permiso de tener a otra*»*. El simple hecho de que valorase esa posibilidad me ardía y me quemaba el estómago.

Quería escupirle, pero aún no me había enseñado y me terminaría resbalando la saliva por la barbilla.

—¿Estás celosa? —cuestionó, mirando con desprecio mi atuendo, sabía que no le gustaba, pero me daba totalmente lo mismo.

—Ni un poquito, Carusso, solamente quiero saber qué andas tramando. —Retrocedí, él avanzó, él avanzó, y yo retrocedí una vez más—. Deja de acecharme como si fueses un lobo y yo una puñetera ardilla.

—Me encantan las ardillas. —Ya no podía retroceder más, llegamos al final de la escalera y mi espalda estaba totalmente pegada a la pared. Mi corazón volvía a latir como cada vez que le sentía cerca, esa sensación, esa adrenalina, la extrañaba—. ¿Por qué estás de tan mal humor? ¿Ha ocurrido algo que no te haya gustado? ¿Debo matar a alguien?

¿Cómo le explicaba que extrañé su indeseable presencia?

Al principio creía que todo era una trampa, que trataba de ganarse mi confianza, que quería el dinero de mi padre, que se estaba burlando de mí.

Aun así, tras casi tres meses entre las paredes de esta casa, tres meses siendo su mujer, tres meses viviendo bajo el mismo techo, todas esas teorías se estaban desmontando por sí solas. Salvatore no quería nada de mi padre más que vengar a su hermana, y tras conocerme y ver que no era como él, desistió de hacerme daño, digamos que... me perdonó.

Y como me perdonó, ¿también me olvidó?

Desde aquel día en la playa, no volvió a mostrar interés sexual ni de ningún otro tipo. Solamente me trató con educación, respeto y cordialidad, mientras seguía con su vida, con su rutina.

—No estoy de mal humor, estoy genial —repliqué hecha una verdadera furia, lo cual a él parecía encantarle. Su mano se apoyó en la pared, junto a mi mejilla, la otra seguía dentro del bolsillo del pantalón del elegante traje; cuando se agachó para mirarme fijamente, algunos de sus cabellos negros azabache cayeron sobre esos ojos azul cobalto, tenía la mirada de un ángel y el alma de un demonio. ¿O era al revés? Ay, me estaba volviendo loca.

—Yo no te he pedido explicaciones de ninguna de tus salidas, pequeña Osorio. ¿Por qué me las pides tú a mí?

Mis mofletes se inflaron, claro que no me las pidió, ¡por Dios! como si Petra o Mateo no le contasen hasta el último detalle de lo que hacíamos, pero ¿y a mí?, ¿a mí quién me iba a traer el chisme? ¡¿EL ESPÍRITU SANTO?!

—No te las pido, solamente quiero asegurarme de que... —No podía, no me salía, era como si tuviese un tapón en la maldita boca.

—¿De qué? —Volvió a arquear una de sus cejas, odiaba que tuviese esa habilidad de estar tan guapo poniendo cualquier cara—. Vamos, habla.

—Eh. —Mi dedo le apuntó a la nariz—. Sin prisas, que llevamos dos semanas sin hablar, dame mi tiempo.

Mierda, no podía creer que hubiese soltado eso.

Salvatore soltó una pedorreta, riéndose a carcajadas, a siete centímetros de mi cara, sí, podía calcularlos solo con verlos.

—¿Estás enfadada porque hemos pasado poco tiempo juntos? ¿Es eso?

Decir que querer que me tragase la tierra era quedarme corta, y decir que tenía la cara roja de la vergüenza era quedarme muy, pero que muy corta.

—Bueno, ¿y qué? Soy tu mujer. —Traté de desviar mi mirada a donde

fuere, él se puso en medio una y otra, y otra vez, con esa sonrisa de chulo empedernido que se creía el amo y señor del mundo, estaba disfrutando esto tanto como si a un vagabundo le acabase de tocar la lotería.

La mano que estaba apoyada contra la pared se retiró, echándose el cabello hacia atrás, mis hormonas sufrían cada vez que hacía esa mierda, odiaba que lo hiciera.

Ahora estaba con las piernas ligeramente abiertas, las manos en los bolsillos y la espalda medio encorvada hacia mí, haciendo que me sintiese jodidamente diminuta ante su persona, era como un dragón a punto de engullirme.

Levanté el mentón para crecerme ante su persona, no pensaba darle el gusto de que me viese cohibida.

—¿Y si me echabas de menos por qué no lo dijiste?

—Una mujer nunca debería tener que decirle eso a su marido —refunfuñé, contemplando cómo la comisura de su labio superior se extendía a lo ancho de sus mejillas, mierda—. ¡No!, joder, quería decir, ¿echarte de menos?, ¿yo a ti? Estás loco, simplemente me aburro, ¿vale? Tus guardaespaldas son un jodido muermo. —Fruncí el ceño, cruzándome de brazos—. Ya podrías llevarme a dar algún paseo... o a cenar.

—Quería darte espacio, María, sé que lo has pasado mal y que lo necesitas —dijo sin más, encogiéndose de hombros—. Además, hasta donde sé, no te gusta mi presencia.

—Pelearme contigo es más divertido que estar con tus matones. —Seguí debatiendo.

Sus mocasines se acercaron un poco más, el oxígeno se me cortó y mis pulmones se contrajeron avisándome de que volvíamos a estar en peligro.

—Seré más atento, si es lo que mi esposa quiere. —Sus labios acariciaron al lóbulo de mi oreja, su nariz se mezcló entre mis cabellos rubios, sentí su respiración contra mi piel como el rugido de una bestia deseando hincarme el diente—. Después de todo, yo también la he echado de menos.

El frío abandonó todo mi cuerpo, siendo invadida por un intenso calor el cual estaba segura, él podía sentir. Lo intuía, lo olía, lo saboreaba, sabía lo que despertaba en mí.

Porque debía despertarlo en todas.

—¿Con cuántas te has acostado en estas dos semanas, Carusso? —Seguí manteniendo la barbilla alta, según la respuesta que me diese, se iba a llevar un bofetón o una patada en los mismísimos huevos.

Él me seguía mirando fijamente, de esa manera que me desnudaba, que me quebraba, que me rompía y me hacía desear entregarme para que siguiese jugando conmigo, rindiéndome a su maquiavélico juego.

—Solo contigo, cariño, en la cocina, en mi despacho, en el baño, en tu habitación, en la mía... estas dos semanas te he follado más un millón de veces. —Su mano agarró la mía provocándome un grito, nunca me acostumbraría a que me tocase, siempre seguiría provocando este pavor y esta jodida atracción que me aterraba por doquier. Sus dedos se clavaron por debajo de mis nudillos, dejando un casto beso en ellos antes de soltarme.

—Eres un cerdo —rugí, apartando mi mano de la suya con un movimiento brusco—. ¿Cómo te atreves a decirme esas guarrerías?

—Oh, pequeña Osorio. —Esa sonrisa, esa maldita sonrisa, otra vez—. No solo me atrevo a decírtelas, también a hacértelas, si quisieras. —Se puso recto, logrando que las dichosas mariposas revoloteasen por todas partes, mientras mi sexo volvía a palpitar, humedeciéndose.

La puerta principal se abrió de par en par y lo que parecía un regimiento de mujeres lideradas por un hombre de cabello largo y rubio empezaron a colocarse en fila.

Llevaban un maniquí sobre ruedas cubierto por una funda negra.

—Hora de prepararte para la gala. —Salvatore se echó a un lado—. Ese es tu vestido, y ellos han venido para maquillarte y peinarte. —Chasqueó los dedos, dos chicas asiáticas subieron las escaleras, haciendo una reverencia delante de mí, no sabía ni dónde meterme, las imité por inercia dándome cuenta de que estaba haciendo el ridículo más grande mi vida—. Ellas son Lin y Plin, te harán un masaje, para que disfrutes y te relajes un poco, luego, esas dos chicas de ahí, Sofía y Tania, se encargarán de la manicura y la pedicura; esa mujer, Lidia, de tu cabello y Luigi, del maquillaje, te lo mereces. —Uno de sus preciosos orbes azules me regaló un guiño—. Pásalo bien, pequeña Osorio.

Salvatore volvió a caminar tranquilo, con su postura autoritaria, bajando cada peldaño de la escalera con suma elegancia, derrochando superioridad. Las personas a las que contrató para que se encargasen de mí se inclinaban en cuanto él las rebasaba, finalmente, el sonido de sus mocasines se perdió por los pasillos, acabando con un portazo en su despacho.

Joder...

CAPÍTULO 23

SALVATORE



24 HORAS ANTES DE LA GALA

Estaba en mi despacho, con un té blanco de frutas y flores de jazmín, no me gustaban mucho estas cosas, era más de whisky, pero en un mes cumplía treinta y uno y si dicen que estas porquerías rejuvenecen pues habrá que darle una oportunidad.

Le di un sorbo, arrugando la expresión, no le veía sentido a beber un agua caliente con sabor a algo, prefiero el café con leche con dos terrones de azúcar moreno y mucha espumita.

Estaba organizando la peluquería, la manicura y el vestido de la gala de mañana a esta hora, María iba a ir preciosa y su padre la iba a ver como si fuese una estrella caída del cielo. Quería que apreciase todo lo que perdió, todo lo que ahora era mío.

Aún no le comenté nada para no crearle ansiedad, desde que tuvimos esa conversación en la playa y conocí un poco más de ella, no quise agobiarla ni perturbar su paz, creía que había sufrido más de lo que mostraba, creía, de hecho, que tenía una fortaleza de otro mundo, pues a pesar de vivir en esa casa, su bondad seguía intacta. Era como una luz que nunca se apagaba. ¿Por qué no lo hacía? Yo me ensombrecí de la noche a la mañana, fui débil, supongo.

Suspiré, removiendo la cucharilla dentro de la taza, como si por hacer eso el té fuese a desaparecer, maldita sea, qué porquería de bebida.

Encontrar a alguien como María, tan natural, tan normal, tan rebosante de amor e ilusión dentro de este mundo, era más difícil que encontrar la fuente de la juventud eterna o la caja de Pandora. Y yo la tenía aquí, me pertenecía, debía contentarme con ello y dejarla ser, dejarla sentirse libre, dejarla existir.

En estas dos semanas no había reclamado mi atención ni una sola vez, la veía ir y venir, ordené a Petra y Mateo que la llevasen a todos los lugares que le apeteciera y que le permitiesen cualquier capricho, no quería que le faltase absolutamente de nada.

Tenía una agenda con cada actividad que había hecho día a día y un repertorio de fotos y vídeos de todas sus salidas, fue precioso verla sonreír, aunque fuese sin mí, pues conmigo solo se enfadaba y gruñía.

Supongo que hasta que aprendiese a ser un buen marido me tocaría conformarme con ser un mero espectador de su alegría.

El teléfono del trabajo sonó, contesté, era Félix.

—Papá, los idiotas del polígono de Madrid no han pagado, y encima tienen el descaro de pedirle más droga a mis hombres, dicen que ya pagarán.

—Te mando a algunos refuerzos y los matas, a todos —respondí, colgando.

Volvió a sonar.

Liu.

—Buenos días, querido padre. —Joder, otra vez el chino, era la quinta vez que me llamaba hoy—. El cliente del corazón para su hijo no deja de joder, quiere la devolución del dinero.

Me llevé las manos a la cabeza, despeinándome, ¿por qué no se iba a comer sushi por ahí y me dejaba en paz?

—Pero, a ver, ¿le has explicado ya que si su hijo muere en un accidente de coche no es culpa nuestra? Solo teníamos que entregarle el puñetero corazón, no somos un maldito seguro de vida.

—Dice que el corazón estaba defectuoso y que por eso se ha muerto.

—Estar borracho no es tener el cora... —Agarré el bolígrafo, dibujando a un chino en el papel que tenía delante, empecé a apuñalarlo con la punta—. Mira, dile que no hay devolución, y si se pone pesado, lo matas.

—De acuerdo, padre.

Colgué, volvió a sonar.

No podía más, necesitaba whisky. Ángela, que estaba limpiando las estanterías de mis libros lo intuyó, a lo que vino rápidamente con mi botella preferida y un vaso con hielo.

—Quiero que este té desaparezca de mi vista, tíralo por la ventana, no quiero volver a verlo —murmuré de mal humor, antes de descolgar la llamada—. Liu, acabamos de hablar, joder.

—Es que tengo otro problema, el que está esperando el riñón no deja de preguntarme por dónde va.

—Dile que ahora mismo les mando por email un código de seguimiento —rugí irónico—. ¡¿Y yo que sé por dónde va?! —vociferé, dando un largo trago, sintiendo ese quemazón por la tráquea que tanto me agradaba—. Además, son tus hombres los que lo trasportan, ¿no se supone que los controlas?

—Están en la aduana todavía, tenemos que esperar al que nos deja pasar, por eso le preguntaba si podría hacer algo para ayudarnos, padre.

Dibujé una línea debajo de la cara de Liu, preparado para tomar notas.

—Dime el maldito aeropuerto.

Anoté todos los datos que me pasó, siempre tenía que solucionarles todas las mierdas, nunca sabían hacer nada bien por ellos mismos.

—Y a ver si aprendes a sacarte las castañas del fuego, creía que los chinos erais inteligentes, joder.

—Señor, no soy chino, soy coreano.

Ya empezábamos.

Ojalá llegase el día en que disparase al teléfono y la bala le llegara a la persona que estaba al otro lado.

—Padre, tengo otro problema más.

Alcé las manos a modo de súplica.

—No sé por qué no me sorprende.

—¿Dónde están las armas que nos traería Junior? No las encontramos por ningún sitio.

Dejé salir todo el aire que me quedaba en los pulmones. Liu era pesado de cojones, sabía que lo hacía a posta, Corea nunca ha querido a los Carusso en la cima, siempre han querido estar ellos, si alguien ansía estar en mi lugar más que nadie, es el imbécil que tengo al otro lado del teléfono.

Le mandé cuatro emails explicándole detalladamente dónde, cómo y cuándo se realizaría la entrega de armas.

Mis labios se fruncieron en una mueca de desagrado.

—Revisa tu maldito email, y si aun así no encuentras las armas, hazme el favor de apuñalarte y tirarte tú solito al mar. —Colgué, bloqueándole, no pensaba desbloquearle hasta mañana, me dolía la cabeza.

Dejé el teléfono a un lado, volviendo a mis asuntos importantes, como era elegir el color del vestido de María, lo quería negro, el negro a las rubias les quedaba de puto infarto y ella no era cualquier rubia, era mi rubia.

La cantidad de imágenes que se me pasaban por la cabeza me obligaban a no poder pensar con claridad, era la primera vez que estaba tanto tiempo sin «cariño», y era la primera, también, que una mujer me atraía de esta manera.

Estaba siendo todo un reto para mí aguantarme las puñeteras ganas.

Lo que me llevó a pensar, ¿y si me rechazaba?, ¿y si me decía, una vez llegado el momento, que me buscase a otra?

NO QUERÍA OTRO COÑO.

Sin darme cuenta, di un golpe con el vaso de whisky sobre el escritorio, Ángela se asustó y uno de mis libros se le cayó al suelo.

—Perdón, señor, perdón... —Se disculpó una y otra vez mientras el teléfono sonó una vez más, era la alarma, hora de ir a trabajar, aunque ya llevaba trabajando una... ¿eternidad?

Apagué la dichosa alarma saliendo disparado hacia el coche, mis hombres me acompañaban, reforcé la seguridad para asegurarme de que a María y Gabriel no les rozaba ni el viento y ahora, papá iba a hacer lo que tenía que hacer.

—Jefe, son las once de la noche, a las once y media hay que estar en el muelle. —Alvarito, un chico joven y entregado, que por ahora parecía dócil, me informó de la situación—. Tenemos dos carreteras cortadas, una por obras y otra por un accidente, no nos queda otra que ir por ciudad, llegaremos un poco justos.

—El Padre de la mafia nunca llega justo, llega cuando tiene que llegar, Alvarito. —Acaricié su cabeza, como si fuese un buen chucho, encendí un cigarro subiendo al coche, hoy conducía él, yo seguía contestando llamadas y «trabajando», llevaba tres tíos más a mi espalda.

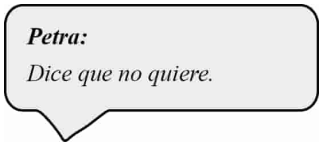
Un mensaje de Petra resaltó en mi pantalla, corté la llamada unos segundos para responder.

Petra:
Gabriel ya está durmiendo,
María en su habitación, está leyendo.

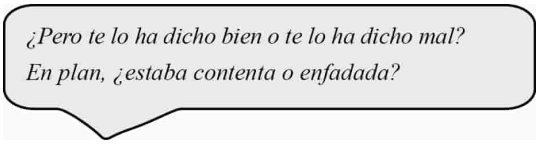
Ha cenado poco, pregúntale si quiere algo de postre.

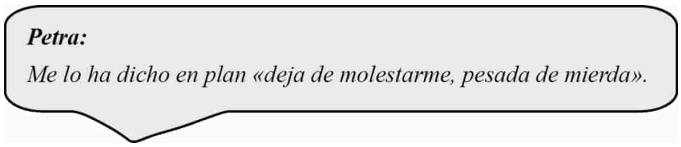
Seguí conversando con Eva Lelouch, estábamos pactando algunos

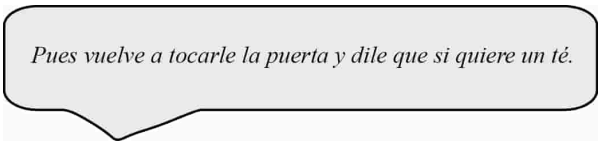
negocios para blanquear dinero en unas empresas tapaderas de forma más sencilla.

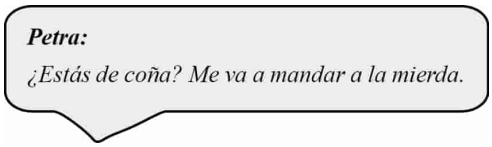


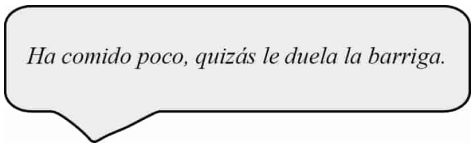
—Un momento, tengo que tratar un asunto muy importante. —Eva se quedó con la palabra en la boca.

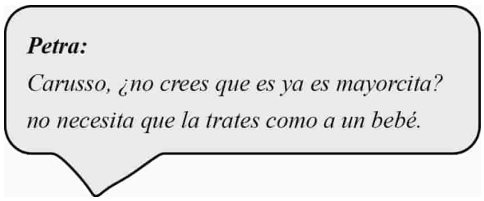


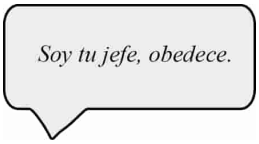








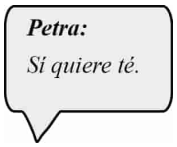




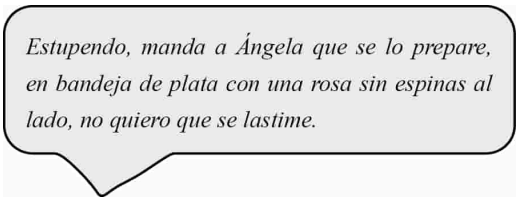
La llamada con Eva terminó, empezando a hablar con uno de los hombres de Liu.

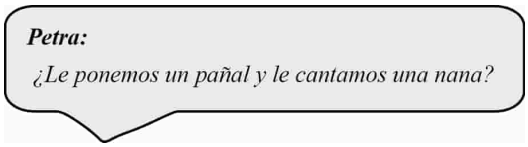
—A las once y media tenéis que estar allí, será algo rapidito, no queremos a la poli metida en esto, los que vigilan esa zona están sobornados, pero

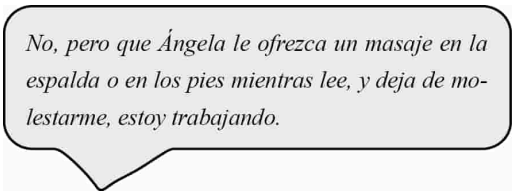
cuanto menos vean, mejor.

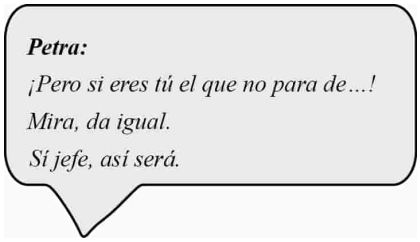


Sonreí de oreja a oreja, la estaba mimando sin que ella se diese cuenta y no podía hacer absolutamente nada para evitarlo.









Mientras escribía todo esto, seguía hablando con el subordinado de Liu, finalmente, colgué la llamada. Alvarito iba circulando por el centro de la ciudad, no veía la hora de bajarme del jodido coche, odiaba cómo conduce todo el mundo.

Marbella era preciosa, como María, cada vez que la miraba veía en ella a esta paradisíaca ciudad. El sol bañando las playas, la alegría de las calles llenas de flores, la calidez de su gente, los restaurantes con buena comida...

María era todo lo que me gustaba de España, era preciosa, era un regalo de la vida.

Ay, pequeña Osorio.

¿Y en qué momento me había empezado a gustar tanto? Suponía que

conocerla más a fondo me hizo perdonarla, y perdonarla significó no tener motivos para odiarla, lo cual dejó de eclipsar el enorme día soleado que ella era.

Sabía de sobra que si María no fuese una Osorio ni yo un Carusso, y me la hubiese encontrado en cualquier parte del mundo, no me habría resistido a pedirle el número de teléfono.

En la radio comenzó a sonar AM de Bad Gyal y Sebastián Yatra, me removí en el asiento del disgusto.

Son las dos de la mañana y no sé dónde estás.

Bebé, dejemos tanto drama, no quiero a nadie más.

—¿Por qué os gustan estas canciones con letras románticas? —cuestioné y Alvarito empezó a sudar, sabía que la respuesta que me diese le podía suponer un ascenso de sueldo o un tiro en la cabeza.

La canción seguía sonando, por algún motivo, haciéndome pensar en ella.

No lo soporté más, mi dedo apagó la maldita radio de una vez, por eso era que me gustaba la música clásica, no hablaban de amor, ni tonterías, ni bobadas de esas. Simplemente no hablaban.

Alvarito tragó saliva a modo de respuesta, dejando mi pregunta en el aire.

—No tienes que tener tanto miedo, supongo que estos imbéciles te han contado lo de Dominic. —Me giré y les miré, iban callados como putas—. No es que fuese mi mejor empleado y lo matase por tener un mal día, ya me avisaron de que jugaba a dos bandas, era demasiado colega de Osorio y además muy cariñoso con mi mujer. —Volví a acomodarme en el asiento—. Tú trata a María como si fuese un ser superior a ti, haz todo lo que yo te diga, nunca me lleves la contraria y llegarás a jubilarte, ¿vale?

—Va-vale —asintió, sin apartar la mirada de la carretera.

—*Bravo ragazzo (Buen chico).* —Le regalé unas palmaditas en la nuca, ya casi estábamos en el puerto—. Piensa en lo feliz que se pondrá tu novia cuando esta noche llegues a casa con cien de los grandes.

—Señor, no tengo novia.

Le solté una colleja.

—Que no me lleves la contraria, he dicho. —Encendí un cigarro, abriendo la puerta del infernal coche, pensaba conducir yo a la vuelta, por culpa de Alvarito casi vomité las galletas de dinosaurio que desayunaba con siete años.

Petra:
Ya se ha bebido el té, no ha querido masaje.

¿Sigue leyendo?

Petra:
Sí.

¿Cuál?

Petra:
Twisted Games, segundo libro de la saga Twisted de la autora Ana Huang.

¿Y ese libro va de...?

—Señor, los trailers ya están aquí.

—¡Ya voy, joder! —Les hice un gesto para que fuesen empezando sin mí, dando otra calada rápida al cigarro.

Petra:
De una princesa que se enamora de su guardaespaldas.

El alma se me encogió y los demonios se me empezaron a salir incluso por las orejas.

¿No se estará leyendo eso pensando en Dominic, verdad?

Petra:
Quién sabe, Carusso.

Asegúrate de que ese libro mañana desaparece,
quémalo, rómpelo, tíralo al mar, no quiero que vuelva a leerlo.

Me pasé los dedos por el pelo, debería estar ya junto a los trailers, aún se estaban posicionando, tenía unos minutos más.

¿No hay libros de esa autora que vayan sobre matrimonios forzados
y ella acabe locamente enamorada de él?

Petra:
Sí, el Rey de la Ira.

Que se lea ese entonces.

Princesa y guardaespaldas... lo que me faltaba.

Tiré la colilla al suelo y la pisoteé como si fuese ese maldito libro. Empecé a dirigirme hacia los trailers, haciéndoles señales para que se colocasen bien, porque así nos iba a ver hasta Jesucristo desde Nazaret tirando los cadáveres al mar.

Inútiles, inútiles todos.

El trailer con los cuerpos estaba a mi derecha, y el de Liu a mi izquierda, me entregaron una lista de nombres y empecé a repasar. La noche se mostraba vibrante, la luna brillaba intensa y las estrellitas parecían tan inocentes que resultaba irónico estar haciendo algo tan turbio mientras ellas nos observan.

¿Qué pensaría Dios de mí?

Suponía que no le gustaba lo más mínimo, no obstante, seguía sin entender por qué siempre me salvaba el pellejo, ¿no sería más sensato enviarme de una vez al infierno?

Bueno, ¿quién era yo para juzgar?

Desplacé los documentos entre mis dedos, adopté una pose de modelo de

Armani para que todos pudiesen ver lo increíblemente guapo que era y empecé.

—Ricardo Gutiérrez.

Sacaron un bulto envuelto en un saco con el cuerpo y algunas piedras, pesaba tanto que necesitaban ser cuatro, llevaba el nombre pegado a la tela.

—¡Muerto, señor!

—Al mar. —Señalé y el cuerpo cayó—. Antoni Ripoll.

Otro saco, este se movía como una oruga.

—Aún vivo, señor.

—Al camión de Liu, algo podrán aprovechar. —Resoplé, la noche iba a ser larga—. Carlos Suarez.

—¡Muerto!

—Al mar...

Y así, inspeccioné un total de trescientos cuarenta y dos cuerpos, todos ellos, personas que no cumplían, que me desobedecían y se atrevían a desafiarme.

El Padre de la mafia siempre proveía, confiaba (mentira) y apoyaba (más mentira todavía), pero no daba plazos para pagar más que los pactados al principio y tampoco se andaba con tonterías.

Y mucho menos, permitía faltas de respeto.

Hacer un pacto conmigo era como hacerlo con el diablo, o cumples, o me llevo tu alma.

Cuando acabamos toda esta mierda, y por fin puse los pies sobre el suelo de casa, eran las cuatro y media de la mañana. Todo estaba en silencio.

Mis hombres se retiraron a descansar mientras los que se encargaban del turno de noche seguían vigilando. Subí las escaleras lentamente, desanudándome la corbata y dejándola simplemente pender de mi cuello.

Mateo se hizo a un lado para que pudiese entrar en la habitación de Gabriel, dormía como un ángel, su expresión de paz me hizo sentir que estaba haciendo algo bueno, debió dormir con miedo y terror con esos malditos cerdos, y ahora estaba como un príncipe.

Cuando me miró en la cripta, vi mi reflejo, e hice lo que hubiese querido que alguien hiciese por mí.

Dejé un pequeño beso sobre su frente, abrigándole hasta los hombros con la manta, siempre tenía la manía de destaparse durmiendo y luego se despertaba moqueando.

Coloqué el peluche que se le había caído de la cama a su lado. Salí

cerrando, Mateo se colocó en su posición.

—¿Ha ido bien, señor?

—Sí, todo bien, lo de siempre, ya sabes. —Encogí los hombros—. Los que tenían una salud deplorable estaban tiesos, los que servían de algo solo heridos, esos se han ido con los hombres de Liu, nos harán ganar dinero.

Era como hacer croquetas con los desperdicios de una comida sobrante.

—Estupendo, señor.

—Me voy a dormir un rato, Mateo, nos vemos mañana. —Bostecé, caminando hacia la habitación de ella.

Petra estaba relajada, apoyada en la pared y sentada en el suelo, mirando el móvil, en cuanto me vio, lo guardó colocándose tiesa frente a la puerta.

No la culpaba, estaba haciendo demasiadas horas, pero no pensaba dejar que María tuviese a un hombre de guardaespaldas y no había mujeres como Petra para contratar.

—Vaya, tienes las ojeras propias de una momia. —Me burlé.

—Demasiadas horas extras. —Frunció el ceño.

—Retírate a dormir, yo te cubro.

Ella alzó las cejas, soltando una risa cantarina.

—¿Va en serio? ¿Después de trabajar todo el día y la noche? ¿Te vas a quedar aquí?

—Sí, es mi mujer. ¿Qué hay de malo en que la proteja?

—Lo malo es que no eres un vampiro y si no descansas terminarás muriéndote.

—Tú también debes descansar, cuando se despierte echaré una siesta.

Ella suspiró de alivio.

—Oh, dios, gracias, me está bajando la regla y te juro que no puedo más.

Mi mano agarró la suya antes de que se fuese, nos miramos fijamente, de verdad tenía mal aspecto.

—Mañana coge todo el día y la noche libre, llevas demasiado trabajando sin parar, estaremos bien en la gala.

Los sentimientos se debatían en su interior y sabía por qué era, quería ver a Carla, pero también estaba jodidamente cansada.

—Bueno, ve a dormir y ya mañana miramos —dije finalmente, ella asintió, corriendo escaleras abajo para ir a su área de descanso.

Una vez tuve la puerta delante, me giré de espaldas, adoptando la postura normal de vigilancia, sin embargo, las manos me ardían y mi cabeza no paraba de bombear tonterías.

No se iba a callar y no iba a poder estar tranquilo.

Joder.

«Solo mira a ver si está bien».

Chasqueé la lengua, agarrando el pomo para girarlo muy despacio, maldije cuando hizo un pequeño «clack», esperé unos segundos, al no escuchar nada intuí que no se había dado cuenta, empujé la puerta con cuidado echando un vistazo al interior.

Las luces estaban apagadas excepto la de la lamparita de la mesilla, debió dejarla así para poder leer.

Caminé muy despacio, sin hacer el mínimo ruido, yendo hasta su cama.

Tenía un camisón corto de color negro, estaba recostada de lado, en postura fetal y el libro se encontraba a punto de caerse de sus manos.

Mis dedos temblaron al ver esa preciosa piel blanca, esos muslos carnosos, suaves, tersos, esa mujer tan real, tan de verdad, tan cálida y preciosa.

Agarré los bordes de la manta, cubriéndola hasta los hombros, como hice con Gabriel, privando a mis ojos de su maldita belleza.

Una vez la abrigué, ella se removió, a lo que me aparté un poco, esperé sin moverme, siguió durmiendo.

Fui casi de puntillas al otro extremo de la cama y cogí el libro, ojeándolo por encima.

Mientras lo llevaba conmigo, me acerqué a la estantería, buscando *El Rey de la Ira*.

Una vez lo visualicé lo agarré e hice el cambiazo, eso era, mi plan iba sobre la marcha.

Volví a asomarme para ver su preciosas pestañas y esas mejillas tan bonitas, sentí deseos de quitarme la chaqueta y los mocasines, recostarme ahí con mi mujer y abrazarla toda la noche, disfrutando de su delicioso olor y de su bendito calor corporal.

Pero no, como ella no me quería cerca y me aborrecía hasta el infinito, tuve que salir de la habitación, cerrar la puerta y sentarme en el suelo, fumándome un cigarro mientras los ojos se me cerraban levemente y me peleaba con ellos por mantenerlos abiertos.

Como no tenía nada mejor que hacer, empecé a leerme aquel libro.

Princesa por guardaespaldas, ¡já! jamás.

CAPÍTULO 24

MARÍA



—Tenemos que hacel masaje de espalda sí o sí, si no hacel masaje de espalda, señol Caluso coltal cuello.

Lin y Plin intentaban que me diese la vuelta y me quitase el albornoz para hacerme el masaje, yo me negaba a toda costa, me sentía jodidamente incómoda, no las conocía de nada, era pudorosa a más no poder y no deseaba mostrar esas cicatrices que siempre me empeñaba en ocultar. Seguramente harían preguntas o se lo contarían directamente a Salvatore.

—Dejadme a solas con ella, no la agobiéis más, por favor. —Ángela hizo acto de presencia, había estado ahí todo el rato, sin decir nada, pareciendo ausente, agradecí enormemente que hiciese esto por mí.— Yo me encargo del masaje, vuestro cuello seguirá intacto.

Ambas hermanas se retiraron haciendo algunas inclinaciones con la cabeza. Una vez la puerta del spa se cerró, suspiré de alivio.

—No sabía que esta casa tenía un lugar así —comenté, relajándome sentada al borde del jacuzzi, con las piernas metidas en el agua y el cuerpo fuera, envuelto en el albornoz.

—Hay un mundo entero dentro de esta casa, la verdad es que se puede vivir perfectamente aquí sin necesitar nada de fuera —explicó Ángela, echándose un ungüento en las manos con olor avainillado—. Este es el olor preferido del señor, lo ha pedido expresamente para ti.

Sus manos bajaron el albornoz hasta la mitad de mis brazos y se apoyaron en mis hombros, empezando a hacer movimientos circulares, acercándose lentamente a la zona cervical, no pude evitar ronronear, lo hacía muy bien.

—Gracias, Ángela, aunque no tienes por qué hacer esto.

Ella soltó una risita, sus manos me tocaban con mimo y empeño, la piel se me puso de gallina al notar tan satisfactoria sensación, no estaba

acostumbrada a relaciones cálidas, ni muestras de afecto, tampoco a mimos, ni siquiera al contacto humano en general. Que alguien me tratase bien, de la forma que fuese, bajo el concepto que fuese, resultaba todo un mundo nuevo.

—Para mí es un placer, señora Carusso, es usted tan buena, y tan guapa, la mejor esposa que podría existir para el señor. —Sus labios se acercaron lentamente a mi oído—. Yo le debo la vida a él, y ahora también se la debo a usted.

Un escalofrío recorrió mi columna, no supe cómo sentirme, ¿celosa?, ¿elogiada? Como fuese, estaba confusa al cien por cien.

—¿Por qué le debes tu vida?

Le había dicho un millón de veces que me tuteara, pero seguía empeñada con tratarme de usted.

Ángela me ofreció su mano para invitarme a ponerme en pie, la seguí, quería información, quería ahondar hasta el fondo de todo esto, una parte de mí continuaba imaginando la vida en libertad, la vida fuera de la mafia, pero esa parte, cada vez era más pequeña, menos poderosa, más insignificante. Lo que predominaba en mi mente día tras día, noche tras noche, volviéndose cada vez más fuerte, era la necesidad de saberlo todo sobre él.

Caminé descalza envuelta en el albornoz hacia una camilla, ella deshizo el nudo sin que me diese cuenta, dejándome desnuda por la parte de delante. Me tapé de inmediato, mirándola asustada, sin entender de qué diablos iba esto.

—Hagamos un trato, señora Carusso. —Sus finos dedos agarran mis muñecas, tirando con suavidad para que dejase de cubrirme—. Vamos a hacer un ejercicio de confianza, usted va a aprender a amarse y valorar su belleza, va a sentirse cómoda y va a relajarse, también va a dejarme a mí hacer mi trabajo y cumplir las órdenes de mi señor.

Mis ojos buscaron respuestas en su expresión, en sus movimientos, en lo que hacía, en lo que decía, no entendía nada.

—¿A cambio de qué?

—A cambio, responderé a todas sus preguntas, preguntas que quedarán en confidencialidad entre nosotras, mi trabajo es hacerle el café al señor, ordenar sus libros, limpiar su despacho y ayudar a Marcela, pero desde que está aquí, él quiere que sea su mejor amiga y su punto de apoyo, hasta que confíe en él y le dé ese derecho.

Me reí sin poder evitarlo.

—¿Él quiere ser mi mejor amigo?

Su expresión mostraba una gran peculiaridad, era como si supiese mucho, mucho más de la cuenta, ¿cómo iba a confiar en ella, entonces?

—Él quiere serlo todo para usted, pero por ahora, mientras no le permita acercarse, señora, la cuidará a través de Petra, a través de Marcela y a través de mí.

Ella avanzó y yo retrocedí, me senté en la camilla y sus manos se apoyaron de nuevo en mis hombros, retirándome el albornoz y empujándome hacia atrás, la tenía de frente, así que no podía verme las cicatrices.

—Cierre los ojos, señora, relájese.

Respiré hondo, suponía que era lo correcto, un masaje no tenía nada de malo, aunque estuviese totalmente en pelotas, ella también era una mujer, así que, ¿qué más daba?

Acarició mi cabello, peinándolo suavemente con los dedos, luego llegó al cuero cabelludo con las yemas, ejerciendo presión, volví a ronronear, era delicioso.

—Es usted muy agradecida, su cuerpo recibe muy bien el afecto.

Mis mejillas se sonrojaron.

—Supongo que es lo normal, cuando careces tanto de algo. —Tragué saliva, notando cómo bajaba hasta mi nuca empezando a frotarme el cuello. Todo tenía aquel aroma avainillado—. ¿Por qué le debes la vida a Carusso?

—Llegué de Rusia siendo muy joven, me prometieron «cosas» y no fue bien, caí en una red de prostitución horrible, de la que conseguí escapar. Como no tenía papeles ni estudios, ni hablaba bien español, seguí ejerciendo en las calles para poder sobrevivir, hasta que un día me encontré con el señor.

El estómago se me llenó de ácido.

—¿Has sido su... «chica»? —No pude evitar hacerle esa pregunta tan cruel.

Mi corazón bombeaba sangre a mil por hora, las uñas se me estaban clavando en el colchón de la camilla y el aire no me llegaba a los pulmones.

—No, por dios. —Empezó a reírse a carcajadas—. Dios me libre, yo no estoy a la altura de alguien como el señor, de hecho no sé cómo se apiadó de mí y decidió contratarme para ayudar a Marcela, creo que fue porque estaba lloviendo y me vio en una esquina empapada, necesitaba hacer algún

servicio aquel día sí o sí, me moría de hambre. —Sus manos bajaron del cuello a los hombros, volviendo a trabajarlos—. Se acercó con un cigarro en la boca, me preguntó si conocía a su hermana, me enseñó una foto y desgraciadamente le dije que no, quiso saber qué hacía ahí sola y al contarle mi historia decidió darme trabajo.

La ira se fue de mi cuerpo al instante, dejándome exhausta, no sabía el motivo, pero imaginar a Salvatore requiriendo de ese tipo de «servicios» me llevaba a odiarle de una intensidad antinatural. No quería que él fuese así, y aunque estaba segura de que lo habría hecho más de una vez, deseaba negármelo y desechar esa idea, pero ¿por qué?, ¿acaso me estaba atreviendo a romantizarle?

—Has dicho que si me relajo y te dejo hacer el masaje, contestarás a mis preguntas, ¿verdad, Ángela?

—Exacto, señora.

—Bien, ¿ha sido malo alguna vez contigo o con otra mujer aquí dentro?, ¿ha intentado abusar?, ¿os ha levantado la mano o gritado?

Otra risita. ¿Qué tenían de divertidas mis preguntas?

—Para el resto del universo es el hombre más malo que existe, pero en esta casa todas le adoramos. No, jamás ha abusado de mí, aunque yo me dejaría sin dudarlo y entonces no sería abuso. —Me tensé, apretando los dientes—. Pero no he tenido esa suerte, señora, él no es para mí, y bueno, lo de gritar... él le grita a todo el mundo, forma parte de su particular carácter gruñón.

Me costaba respirar.

—¿Me acabas de decir que si *mi marido* intentase tener algo contigo, accederías encantada?

De nuevo, risas; a pesar de mi tensión, ella seguía haciendo el masaje con parsimonia y dulzura.

—Señora, no se enfade conmigo, pero ¿qué mujer se puede negar a él? Creo que solo usted, por eso la admiro, aunque, con lo guapa y atractiva que es, es normal que se ponga a su nivel y se atreva a torearle, la verdad es que vuestro romance nos está divirtiendo mucho a Marcela y a mí. Cada día cuando llego a casa, le cuento también a mi mamá todo lo que sucede entre vosotros, que por cierto, me la pude traer de Rusia gracias al señor.

Genial, así que éramos el centro de un montón de chismes... espera, ¿ha dicho romance? ¿Cómo que ROMANCE?

—¡NO HAY NINGÚN ROMANCE ENTRE ESE DEMONIO Y YO! —

chillé y ella me volvió a clavar sobre la camilla tirando de mis hombros hacia abajo, sus manos fueron a la clavícula, repasándola, bajando a mis...
—¡Ángela! ¡Por favor!

—Son órdenes del señor. —Se excusó.

—¿Salvatore te ha dicho que me pongas crema con olor a vainilla en las tetas? —Levanté los párpados, buscando su mirada, mi relajación se acababa de ir por un precipicio, ella señaló a un auricular negro que tenía en el oído derecho. ¿Qué diablos?

—Me está dando instrucciones ahora mismo. —Señaló hacia el techo, había una cámara apuntándome de frente desde la esquina derecha. Me puse tan roja como un jodido tomate, mientras me tapaba y buscaba el albornoz desesperada— ¡Dame ese pinganillo! ¡Dame ese puto pinganillo!

—Como ordene, señora, pero es posible que se enfa...

Le di un tirón, colocándome frente a la cámara mientras me ponía ese podrido aparato en la oreja, lo que escuché al otro lado me desarmó por completo, se estaba riendo a carcajadas como un niño, su risa juvenil, divertida, dulce, ácida, pecadora y llena de malicia logró que un ardor recorriese cada parte de mi cuerpo, alborotando mis idiotizadas hormonas.

—Mi vida, ¿por qué no dejas que Ángela termine de darte el masaje? Le había pedido que fuese con final feliz.

No podía creer lo que estaba escuchando, empecé a coger trastos, botes de crema, jabón de manos, sales de baño, ¡todo lo que encontraba! y se lo lancé a la maldita cámara, mientras le insultaba sin parar. Tras quedarme satisfecha, empecé a vestirme la ropa por debajo del albornoz para que no pudiese verme ni un solo centímetro de piel.

—Oh nena, venga ya... me acababa de bajar la cremallera, estaba a punto de sacármela. —Ronroneó contra mis tímpanos, la sangre se me subió por completo a la cabeza, no lograba imaginar a Carusso, el gran Padre de la mafia, el hombre imposible, adinerado, elegante, exclusivo y único, haciéndose una maldita paja mientras miraba como Ángela me sobaba las jodidas tetas.

—¡CERDO DE MIERDA! —Maldije, quitándome el pinganillo para lanzarlo al jacuzzi, mostrándole el dedo de la vergüenza antes de darme la vuelta, y salir de ese maldito spa.

———————— ◦ ❖ ◦ ————————

—¡Dios mío, estás preciosa! —Ángela y Marcela gritaron, dando saltitos.

A la primera la fulminé con la mirada, no iba a olvidar la trampa que me había tendido. Maldito Carusso, se iba a enterar cuando le viese, pensaba arrancarle las pelotas.

—Dudo que sea para tanto. —Rodé los ojos, dándome la vuelta para verme al espejo y, mierda, algo se removió dentro de mí al ver a la mujer que tenía delante.

No era una talla XS, no era una Barbie de la mafia, pero era la mujer más guapa que he sido en toda mi vida, no se trataba de ser igual o superior o inferior a las demás, se trataba ser la mejor versión de mí misma, y nunca me vi como me estaba viendo hoy.

El vestido era de manga completa y escote totalmente abierto, color negro, largo hasta los pies, me recordaba a los vestidos que llevaban las villanas en las películas y sentí que era precioso, giré sobre los tacones de diamantes, los cuales brillaron intensamente y mi melena rubia, suelta y despampanante, giró conmigo.

Cuando volví a verme, me llevé las manos al rostro, caminando hacia el espejo para tocarlo, seguía sin creer que fuese yo, seguía sin creer que me gustase lo que veía, por primera vez.

—¿Lo ves, María? Eres increíblemente guapa, tan guapa que dan ganas de llorar —decía Ángela, casi temblando de la emoción—. ¡Tú podrías ser Miss Universo!

—Por favor, parad que me da vergüenza —supliqué, llevándome las manos a las mejillas, encendidas y acaloradas.

Marcela siguió mirándome de arriba abajo con la mandíbula desencajada y los ojos abiertos como platos.

—Es que… estás... eres... chica, digo, señora, qué belleza, es deslumbrante.

—¡Sois unas exageradas!

Alguien tocó la puerta y acto seguido entró, solo dos personas hacían eso, y efectivamente, era una de esas dos personas, Petra.

En cuanto nos encontramos, me lanzó un silbido, logrando que mi vergüenza cada vez fuese más grave.

—Madre mía, id llamando a una ambulancia, Carusso se va a desmayar. —Bromeó.

Unos tacones se acercaron con pasos decididos y firmes, esa forma de caminar solo pertenecía a mi querida suegra.

—¡QUIERO VERLA! —chilló, de los nervios, al apartar a Petra, el

silencio se hizo espeso, incómodo y cortante. Penélope me observó sin decir nada, ni una sola palabra, ni un solo gesto, pero era como si le jodiera, como si sus planes de verme con un vestido horrendo y totalmente ridícula acabasen de ver truncados—. Bien, es hora de irnos, es de mala educación llegar tarde.

Su modelito era un traje de chaqueta y falda de tubo a la altura de las rodillas color rojo pasión, llevaba el cabello suelto y liso, como siempre, a la altura del cuello por encima de los hombros, con unas elegantes joyas de Cartier.

Las chicas se dispersaron, Petra empezó a caminar detrás de mí junto a Mateo, este le preguntó si al final no iba a tener el día libre y ella insistió en que quería ir. Penélope fue a mi lado, asegurándose de que sus tacones sonaban más fuertes que los míos, de que pisaba con más seguridad que yo, de que sus inexistentes caderas, se movían más que mis curvas, las cuales, ni siquiera necesitaba contonear para llamar la atención.

Jamás me metí con el físico de nadie, ni pensaba que ninguna mujer valiese más que otra por su tipo de cuerpo, todas éramos seres maravillosos, preciosos y perfectos, pero en el caso de Penélope, ella empezó primero, y para mí ya estábamos en guerra.

Una vez llegamos a las escaleras principales, Salvatore estaba ahí, como siempre, esperando impaciente. Volví a sentir que era alguien a quien llevaba esperando toda la vida, a quien había estado buscando a saber por qué motivo, y que acababa de encontrar; esa sensación siempre lograba eclipsar mis enfados y berrinches, aunque el muy cerdo no se iría de rositas por esto último.

Hoy tocaba un traje de Armani gris plata, con una camisa negra debajo y la corbata roja, a juego con el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Cabello negro engominado, mirada azul cobalto afilada y desafiante, labios crueles, sonrisa pecaminosa, y esa aura oscura que derrochaba dinero, poder, elegancia y mafia, pura mafia.

Gabriel se colocó a su lado, casi me dio un temblor de piernas que me hizo rodar por las escaleras al verle también con el cabello negro y los ojos azules.

—¿Qué diablos le has hecho al niño?

—Es por su seguridad. —Sus orbes se oscurecieron ligeramente, analizando cada mota de mi presencia en este plano existencial, asegurándose de que todo estaba como él quería—. Es un baño de color que

se irá en cuanto se duche y lo de los ojos son lentillas, si alguien intenta secuestrarle, buscará a un niño de pelo negro y ojos azules —explicó, aclarándose la garganta, haciéndole un gesto a su madre para que fuese a la limusina; esta fue escoltada por Mateo, el cual llevaba de la mano a Gabriel, iba realmente entusiasmado. —Estás preciosa, María.

Torcí mi rostro, evitando el contacto visual, admití que me gustó el cumplido, tanto que las mariposas volvieron a revolotear, pero ese sería un secreto que me llevaría a la tumba.

Ángela y Marcela estaban escondidas detrás de una columna escuchándolo todo. ¡Metiches! ¡Que no tenemos ningún romance!

—Qué pena no poder decir lo mismo de ti —repliqué, mintiendo vilmente, pues era el tío más guapo, sexi y atractivo que mis ojos habían visto, aquellos casi dos metros de cuerpo italiano, musculoso, tatuado, varonil, posesivo e intimidante, ponían a cualquier mujer de rodillas, a cualquiera menos a mí.

—Tu coño no me dijo lo mismo el otro día, princesa. —Chasqueó los dedos, Ángela vino rápidamente, el ritual de siempre, ya lo conocía.

Perfume en mi cuello, y liguero con pistola en el muslo derecho.

Cuando se arrodilló, levanté la pierna clavando el pie en su hombro, haciendo presión, mirándole con superioridad desde arriba, haciéndole sentir pequeño, como él me lo hacía sentir a mí.

—Que sepas tocar mi coño, no significa que tú me gustes, Carusso.

Él torció el rostro hacia mi gemelo, repasando mi piel con su nariz, sentir su barba negra y bien cuidada, perfilada sobre las pantorrillas me hizo ahogar un jadeo, le vi hincharse el pecho al inhalar mi olor y a mí me palpitó mi zona íntima deseando que siguiese subiendo más y más.

—Sé tocar tu coño, preciosa, y también sé lamerlo, y follarlo, como una mujer tan guapa y atractiva como tú, merece.

Mi sexo se derritió por completo, mojándome la ropa interior, él colocó el liguero dejando la pistola en su sitio, abrasando mis muslos con su fugaz toque, esta vez, me acarició menos de lo que desearía.

—Te queda una semana y media para eso.

—¿Ah sí? —Una vez se puso en pie, dio un paso hacia mí, amenazante, acechante, volviendo a crecer, volviendo a ser enorme, volviendo a hacerme sentir muy, pero que muy pequeña—. ¿Ya lo has decidido entonces? ¿Serás mía dentro de diez días?

—Yo no he dicho eso —musité, chocando mis tacones con el primer

peldaño de la escalera—. Aún no sé qué haré contigo.

Él se llevó las manos a los bolsillos, atreviéndose a mirarme el escote, mordiéndose el labio, relamiéndose, como un jodido león que se quiere zampar a una cebra.

—Bueno. —Sus orbes se clavaron en mí haciéndome temblar, como un cervatillo ante su depredador—. Decidas lo que decidas, eres mía, nadie se va a follar ni se va a comer mi coño. —Sus dedos fueron a mis mejillas, apretándolas de forma sucia, tocándome de esa manera que me hacía sentir una mujerzuela—. Algún día estarás tan necesitada que tú solita vendrás a mí, solo es cuestión de tiempo, vas a ser mi puta, y lo vas a disfrutar muchísimo, cariño.

A pesar del dolor que sentía en las mejillas, mis ojos ardían en llamas y todo mi ser deseaba arrancarle esa vanidad y ego a arañazos.

—Antes muerta, Carusso.

—Ya lo veremos, mi pequeña Osorio, ya lo veremos. —Y como si fuese una maldita pesadilla, o un jodido sueño, o una horripilante maldición, el muy desgraciado se atrevió a sostener aún con más fuerza mis pómulos, acercando sus labios a los míos, rozándolos superficialmente, sabían a menta y whisky, sabían a pecado y deseo, sabían a placer e infierno, dios santo, solamente los estaba rozando. Mi pecho, agitado por el disparo eléctrico que sufrió mi corazón, subía y bajaba mientras las pulsaciones iban a más de mil por hora—. Esta noche, vas a dormir conmigo, ¿te queda claro, mi preciosa puta?

Seguía sin oxígeno, quería coger a la pistola y apuntarle a la cabeza por atreverse a tratarme así, pero mi cuerpo seguía latiendo por él, por su trato obsceno, por su osadía, por su posesividad.

—Tendrás que amarrarme a la cama para conseguir eso, cerdo de mierda.

—No hay problema, se me da bien hacer nudos, será fácil. —Sus labios se estamparon con los míos, era un beso violento, corto, fugaz, que duró tan poco que nunca pude saber si fue real o si lo imaginé, no obstante, el fuego que despertó en mi alma, era imposible de apagar.

—Vamos, se nos hará tarde, ve delante, quiero mirarte el culo.

CAPÍTULO 25

MARÍA



Estaba temblando, un enorme malestar invadía cada recóndito rincón de mi cuerpo, sentía incluso nauseas, me veía totalmente incapaz de salir del coche y mantenerme en pie sobre los tacones. Toda mi seguridad, toda la confianza en mí misma, había desaparecido en cuanto aparcamos frente al lujoso hotel en el que se celebraría la gala de esta noche.

—No puedo —dije, con los ojos vidriosos. Estaba al borde de un ataque de ansiedad, mi padre iba a ir a esa maldita gala, nos íbamos a volver a ver y no solo él, habría mucha gente más, gente deseando ponerme cara, gente dispuesta a juzgarme de la peor manera por mi apellido, por mi peso, por mi cuerpo, por ser la mujer del Padre de la mafia...—. Lo siento, perdóname, pero no puedo.

Salvatore subió las ventanillas del coche, creando un aura de «protección» que rápidamente logró envolverme, era como estar totalmente solos, encapsulados de aquel espacio y tiempo.

—¿Qué es lo que te asusta?

«Todo», quise decir. No obstante, no quería parecer cobarde e infantil, aunque lo estuviese siendo.

—Ir a un sitio en el que voy a estar rodeada de mafiosos, presentarme como tu mujer, joder, la mujer de Carusso, del Padre de la mafia. —Mordí mi labio inferior—. Me juzgarán, me criticarán por mi cuerpo, y no solo se reirán de mí, también se burlarán de ti por estar conmigo y, además, mi padre lo verá todo y disfrutará, disfrutará de cada humillación que suceda ahí dentro. —Mi dedo índice señaló las puertas del hotel mientras el corazón me daba un vuelco, deseaba con toda mi alma que Salvatore arrancase el coche y volviésemos a casa.

—Ya has convivido con los dos peores mafiosos que existen en el mundo,

uno tu padre y el otro yo, así que lo que vas a ver ahí dentro, no debe intimidarte en absoluto, ninguno de ellos es peor que un Osorio o un Carusso. —Sonrió y logró que le imitase, mi cuerpo perdió algo de tensión —. Y sobre tu cuerpo... ¿Qué pueden decir de tu cuerpo, según tú?

Las palabras se me atoraron, nunca habíamos hablado sobre esto, intenté no pensar demasiado en ello durante estos meses, además, Salvatore nunca me había ofendido en ese sentido, de hecho, siempre lograba que me sintiese... ¿atractiva?, por su forma de buscarme y reclamar mi atención.

—Estoy gorda —dije sin más—. ¿No estás viendo a todas las mujeres que llegan? Son maniquís... perfectas, sin un gramo de grasa que les sobre de ningún sitio y yo... ¡por dios! ¡un brazo mío es una pierna de ellas!

Salvatore soltó una carcajada que, nuevamente, logró hacerme sentir que esto no era para tanto.

—Eres una exagerada, no estás gorda, ¿y qué si lo estuvieras? Seguirías siendo la mujer más guapa del jodido mundo, la belleza no es un número en la báscula, María.

Suspiré, estaba cansada de oír eso, todo el mundo lo decía, pero no era verdad.

—¿Me estás diciendo que si pesara diez kilos menos no sentirías más atracción hacia mí? ¿O que si los pesase aún de más de lo que ya peso, te hubieses negado incluso a casarte conmigo?

Él guardó silencio unos segundos, la farola que teníamos en frente deslumbraba su perfecto semblante masculino, varonil y sexi. A veces me resultaba poco creíble que este hombre pudiese sentir algo de atracción hacia mí y que encima yo le estuviese rechazando una y otra vez. Lo que me llevaba a la siguiente pregunta, ¿le rechazaba porque no me gustaba o porque no me sentía digna de él?

Una parte de mí seguía pensando que todo esto era una jodida broma, como cuando aquellos niños que venían a jugar a veces a casa de mi padre, fingieron que uno de ellos estaba enamorado de mí y yo me lo creí como una idiota, luego se burlaron y lloré por tres semanas como una idiota, fue la primera y única vez que me rompieron el corazón, solo tenía once años.

—¿Tú me pondrías kilos de más, o de menos? —cuestionó. Y no supe a qué venía esa ridícula pregunta.

—Tú eres perfecto y lo sabes, no te sobra ni te falta nada.

Sus orbes adoptaron un brillo especial, pude intuir que entre sus ideas vagaba alguna que otra maldad, en fin, era un Carusso.

—A mí me faltas tú, y me sobra el resto del mundo. —Su voz sonó ronca, logrando que un escalofrío recorriese mi columna, mi alma quería rendirse a sus pies, pero mi razón me repetía una y otra vez que Salvatore no era más que un guaperas con labia, mucha labia, la cual debía usar ágilmente para llevarse a las mujeres a la cama—. Y pienso lo mismo de ti, imagina si eres perfecta que mi plan desde un principio fue matarte y en cuanto te vi, le pagué a tu padre treinta millones para que fueses mía. —Sus palabras aterciopeladas se colaron entre mis tímpanos, acariciando cada uno de mis sentidos, era como estar dentro de un maldito cuento de hadas, el tío guapísimo y buenorro salvando a la chica que nadie quiere y han dejado olvidada en los calabozos del castillo.

Demasiado bonito para ser verdad.

—Solo quieres información de tu hermana, solo quieres encontrar a Mía, no me vendas el periódico, Carusso...

Sus labios se tensaron y sentí haber metido la pata, no obstante, llegados a este punto, solo podía ser sincera con él.

—¿Cuántas veces te he preguntado por ella? ¿A cuántos interrogatorios te he sometido? ¿Cuántas torturas has aguantado para que sueltes la lengua? Ninguna, de hecho, ni siquiera has visto a mi hermana, no te he enseñado ni una jodida foto.

El corazón se me paró y la respiración se me entrecortó, tenía toda la jodida razón del mundo.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque tengo miedo de la respuesta, supongo que una parte de mí sabe que Mía ya no debe estar viva, pero otra quiere seguir teniendo esperanza. —Pude apreciar cómo tragaba saliva, moviéndose la nuez en su garganta, la mandíbula se le tensó y algunos músculos del cuello se hicieron más notables—. También porque no sé cómo voy a perdonarme lo que sea que le hayan hecho, nunca logré salvarla, soy un mierda.

Yo creía que Salvatore era un ser sin sentimientos, sin miedo, sin escrúpulos y casi sin alma, él mismo reconoció arrancarse el corazón del pecho y quemarlo el día en que asesinaron a su padre a sangre fría delante de sus propios ojos. Pero había algo que sí le aterraba, saber la verdad, la verdad sobre su hermana.

—Por eso preferiste optar por el plan de matarme antes de secuestrarme para torturarme, dabas a Mía por perdida y ya pasaste a la venganza.

Salvatore se dejó recostar sobre el asiento, acariciando el volante del

coche, sus manos temblaron, trató de ocultarlo, pero pude apreciar el ligero temblor, algo se anudó dentro de mí al darme cuenta de que sus ojos azul cobalto, esos ojos que parecían ser el alma del diablo, estaban vidriosos.

—La escucho por las noches, llamándome. —La voz también le salió completamente rota y no pude evitar que los sentimientos se me arremolinasen dentro del pecho, estando a punto de empezar a llorar yo también—. Imagínatela, una niña, rodeada de bestias, sufriendo, muerta de miedo, llamando a gritos a su hermano, preguntándose por qué no ha ido a salvarla mientras algún hijo de puta abusa de ella y rompe en mil pedazos su inocencia, su corazón, su vida. —Sus densas pestañan bajaron lentamente y aprecié algo único que quizás no volviese a ver nunca más. El lado humano del Padre de la mafia.

Una lágrima descendió de su mejilla, bajando hasta caer sobre el muslo de su pierna, dejando una pequeña manchita redonda en la cara tela Armani.

—¿Cómo fue posible que se la llevaran si había vigilancia? ¿No dudaste de ninguno de tus hombres?

—Estaban todos muertos cuando llegué, solo Penélope, Marcela y Dominic quedaron con vida. —explicó, mirándome de nuevo, con esa maldad y esa sombra oscura emanando un aura tenebrosa—. Extraño, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

—Los que entraron debían saber el código de seguridad para colarse dentro de la casa, así que alguien de dentro se lo dio, pensé durante mucho tiempo que uno de mis hombres me había traicionado, pero estaban todos los cuerpos, no quedó ni uno vivo. —Se llevó un dedo a la barbilla, dando algunos leves golpecitos sobre ella—. Marcela aquel día tenía libre, está descartada. —¡Por Dios! ¿Cómo iba a dudar de Marcela?—. Dominic y Penélope eran los únicos que estaban allí, no tiene sentido, ¿por qué matar a todos menos a ellos dos? ¿Por qué no vieron nada?

Me encogí en mi asiento, la verdad era que sí sonaba extraño, Dominic tenía mucha confianza con mi padre, no era por echar leña al fuego, pero parecía el sospechoso número uno.

—¿Por qué no interrogaste a Dominic? Por las malas, quiero decir.

—Lo hice muchas veces y juro que algunas de ellas creí que era inocente, hasta hace poco— respondió, dejándome sin palabras, yo le vi antes de morir, no mostraba signos de violencia—. Le inyecté la dama de la noche, un veneno creado en mi propio laboratorio, te mata en veinticuatro horas si

no te tomas el antídoto, cuando fue a tu habitación, le quedaban dos horas para morir. —Volvió a tragar saliva—. No me contó nada, porque no sabía nada, Dominic era un cobarde al que le aterraba morir, lo hubiese soltado. —El dolor de su expresión me hacía querer abrazarle, arroparle entre mis brazos y decirle que todo estaría bien, que lo solucionaríamos, aunque no supiese de qué manera—. Pero entonces le vi ahí, contigo, y vi una química especial entre vosotros. No lo soporté, preferí pegarle un tiro antes que dejarle morir por la dama de la noche, me negué a inyectarle la cura y dejarle seguir mirándote de esa forma. —Todo el vello del cuerpo se me puso de punta, de repente, tenía un frío arrollador, me estaba congelando por él, el frío de su alma y de su corazón, estaba saliendo de su pecho, tratando de llegar a mí—. Soy un ser cruel, malo y egoísta, siento mucho que hayas tenido que casarte conmigo, María.

—Tranquilo, no voy a juzgarte por nada que hayas hecho para intentar salvar a tu hermana —balbuceé, tratando de evadir el tema de nuestro matrimonio.

—Al principio me negaba a creer que él me hubiese traicionado, pensé que entraron de alguna forma, que algo se me estaba escapando, pero cuanto más investigaba más se me cerraban las puertas, apuntando solamente a ellos dos. —Un coche de alta gama llegó al hotel, aparcando juntos a nosotros, vi un grupo de coreanos bajar de este, caminando hacia la entrada—. Espié a Dominic muchos años, descubrí que era un traidor, pero no estaba metido en lo de Mía, así que solo me queda Penélope, ella es la última pieza del puzle.

—¿Crees que su propia madre ha vendido a su hija?

Lo que insinuaba sonaba horrible, tanto que quería taparme los oídos para no escucharlo. Yo odiaba a Penélope, pero no la imaginaba haciendo algo así.

—En este mundo, todo es posible. —Salvatore sacó las llaves del contacto, guardándolas en el bolsillo del traje, se negó a dejar que el guardacoches se llevase su auto—. Además, observa la situación, la hija del mayor sospechoso de la desaparición de Mía vive en nuestra casa, y se ha preocupado más por criticar tu físico que por saber algo de ella. ¿Cuántas veces te ha preguntado por Mía? ¿Cuántas fotos te ha enseñado de ella?

El corazón se me heló, tenía sentido, era cierto, era muy extraño.

—Ni una sola vez.

—Exacto, porque no le importa, de hecho, ni quiere saber nada del tema,

no estaba nada de acuerdo en que vinieses a vivir con nosotros, le producía… terror —aclaró, haciendo una mueca de disgusto—. Le costó mucho aceptar que me casara contigo, casi le dio un infarto el día que se enteró, siempre ha querido que te mate y te borre del mapa.

—Supongo que debo tener cuidado con ella, entonces. —Mis ojos se entrecerraron, ahora tenía claro que iría con la pistola cargada a todas partes, hasta al baño.

—No, princesa —respondió, alzando una de sus oscuras cejas—. Es ella la que debe tener cuidado conmigo.

Se dispuso a bajarse del coche. Antes de que pusiese un pie fuera, mi mano se apoyó en su antebrazo, en cuanto me miró, me electrocuté, apartando los dedos rápidamente.

—Perdón.

—No pidas perdón por tocarme, soy tu marido. ¿Qué sucede?

—Esta noche, cuando esta mierda acabe, enséñame una foto de Mía, quizás pueda ayudarte.

Él asintió, algo de simpatía y gratitud se dibujó en su rostro, la cabeza me dio vueltas, si el Salvatore gruñón rompía corazones, el amable ya...

—Toda ayuda voluntaria es agradecida.

Le miré fijamente, preparándome para hacer esa pregunta que me hice desde el día en que me puse su anillo.

—Quiero el verdadero motivo, el motivo real por el que soy tu mujer.

—¿Lo quieres? Bien, aquí lo tienes. —Su áspera mano fue a mi rostro, no me retiré, dejé que me tocase, el pecho se me hinchó, llenándose de aire al suspirar—. El primero, torturarte y hacerte sufrir como debió sufrir Mía, para calmar mi dolor y frustración; y el segundo, por el cual sigues aquí conmigo, al conocerte y entender que no tienes la jodida culpa de nada, que no eres como él, quiero hacer por ti lo que no pude hacer por ella, quiero protegerte, cuidarte, y sacarte de este infierno.

Mis piernas temblaron sobre el asiento, casi no podía ni hablar, tan solo le miraba con los ojos bien abiertos, como si fuese una maldita lechuza.

—Me estás diciendo que... ¿tienes un plan de escape? ¿nos vamos a ir? ¿tú, Gabriel y yo? —Negué, no tenía sentido, nos matarían—. De la mafia no se sale, Carusso.

—Ya. —Torció su cuello a un lado, dejando de tocarme—. Pero si no existe la mafia, entonces, no habrá una mafia de la que salir... —Sus palabras iban cargadas de segundas intenciones—. Los mataré a todos,

desde el primero hasta el último.

Salvatore cada vez resultaba un enigma mayor.

Qué curioso.

Un demonio, queriendo destruir el infierno.

———— ◦ ❖ ◦ ————

La gala no estaba siendo nada del otro mundo.

Lujo por doquier, tanto que resultaba cargante, cada esquina en la que mirase había algo que gritaba «¡míranos, somos jodidamente ricos!».

Los mafiosos se recochineaban en su propio dinero y era normal, pues no tenían ninguna otra cosa de la que presumir. Sus vidas eran unas absolutas mierdas, y sus conciencias nunca deberían estar tranquilas.

Mis ojos buscaron a Carusso, estaba sentado en una mesa de poker, jugando con Marcos y otros hombres, de vez en cuando bebía de su copa de whisky o le daba una calada a un puro.

El alma me dio un vuelco cuando le vi reír a boca abierta, con ese maldito puro pendiendo de sus labios y los dientes tan blancos como perlas. Se le veía descarado, fuerte, inteligente, poderoso y sexi, muy sexi.

Petra se mantenía alejada de mí, pero con la vista puesta en mi persona, estaba sentada en la mesa sola con las mujeres, pues casi todos los hombres se encontraban apostando, muchos de ellos, a pesar de estar comprometidos, se iban besuqueando con muchachas.

El ambiente se respiraba cargado, las «esposas» y «viudas» sentadas en esta mesa se miraban unas a otras como arpías, lanzándose misiles disfrazados de «es por tu bien», «pero sin ofender, ¿eh?», y por supuesto el famoso: «¿pero quienes somos nosotras para juzgar?».

—Y... bueno. —Lo sentí, sentí cómo había llegado mi turno para ser el objetivo de todas las bombas atómicas, me mantuve toda la cena comiendo lo mínimo por vergüenza a ser juzgada, todas habían echado un vistazo a mi plato en algún momento y, por supuesto, estuve con la boca cerrada sin decir una sola palabra. Carla llegó del baño, algo despeinada y con el labial corrido, suponía que tenía algo que ver con los diez minutos de ausencia de Petra.

—¿Cómo se dio para que el Padre de la mafia se fijase en ti? cuéntanos... —La mujer de piel clara y cabello negro azabache, largo hasta la cadera, delgada como una modelo de Victoria Secrets, con pechos voluminosos, claramente salidos de un quirófano y pómulos marcados, me observaba

desde el lazo izquierdo de Penélope, algo me hizo intuir que se trataba de ella.

Las demás esperaban en silencio a que dijese algo.

—No hablo de mi vida privada con desconocidas. —Fue todo lo que dije, ofendiéndolas a todas al mismo tiempo y por igual.

Carla puso su mano encima de mi pierna por lo alto de la tela del traje negro, en un gesto de tranquilizarme.

—Vaaaaya, has respondido como si fuese un martirio estar casada con el hombre más atractivo, poderoso y codiciado de la mafia. —La morenaza compartió una mirada de complicidad con Penélope—. ¿No te duele que desprecien así a tu querido hijo, Peni?

—Para nada, Mónica —habló mi suegra, sin apartar sus castaños y endiablados ojos de mí, yo tampoco los aparté—. Rescatamos a esta pobre chica de las garras de Osorio, mi hijo se casó con ella por caridad, tenía lástima, ya sabéis lo sensible que es con las mujeres desde que perdimos a Mía. —Su cara mostró un gran dolor y todas la compadecieron mientras yo quería levantarme y vomitarle encima—. Pensaba que sería un poco más agradecida, Salvatore la cuida, la protege, le permite todos los caprichos y jamás le pega, aun así, se llevan como el perro y el gato. —Rodó los ojos, atreviéndose a hablar de nosotros como si yo ni siquiera estuviese delante —. Rezo cada noche para que se divorcien cuanto antes.

Las carcajadas a mi costa resonaron en la mesa, estaba sucediendo exactamente lo que yo temía, y Salvatore no estaba, él seguía absorto en sus juegos, con sus amigos, divirtiéndose, mientras a mí me fusilaban por ser su mujer cuando ni siquiera yo lo pedí.

Todo esto me llevó a pensar en si lo que hablamos en el coche era real o si tan solo estaba jugando conmigo como aquel niño cuando era una jodida cría, los hombres eran así, crueles, mentirosos, regalaban palabras solo para tener lo que querían a cambio.

Tal vez su promesa de matarlos a todos y llevarme a la libertad era tan solo una mentira más, una mentira para lograr que esta noche, cuando durmiésemos juntos, me entregase. A lo mejor, la historia de Ángela, aquella milonga de que la salvó y demás, se la estaba contando él por el pinganillo para que me entretuviese y me dejase hacer aquel jodido masaje.

La ira se estaba adueñando de mi persona, tenía ganas de salir corriendo, de huir a una isla desierta donde nadie me conociese, donde nadie pudiese encontrarme, jamás.

—¡Por los divorcios! —Mónica alzó la copa y las demás brindaron con ella, nadie esperó que yo también alzara la mía.

—Al menos conmigo ha llegado a casarse —contesté, mirándola fríamente mientras daba un largo trago al vino, no bebía alcohol, pero necesitaba algo que me ayudase a escapar de esa maldita angustia.

Las risas se volvieron un espeso silencio, las mujeres me miraban a mí y luego a ella, esperando a que una de las dos terminase de acuchillar a la otra.

—Al menos a mí podía cogerme en brazos.

Y pum, su puñalada fue directa al punto débil de toda mujer con algunos kilos de más. La mirada se me volvió acuosa y los dientes me rechinaron, estaba a punto de levantarme para agarrarla de los pelos y zarandearla cuando Carla me agarró de la muñeca, sirviéndome un poco más de vino.

—Mónica —habló la única persona que me caía bien en esta mesa—, te diría que superases ya el hecho de que Salvatore te haya dejado, pero es que... nunca fuisteis nada serio, así que no te lo puedo decir.

Mis pulmones se llenaron de aire, agradecí enormemente la ayuda de Carla, logrando recomponerme un poco al ver la ira en los ojos de la modelito morena, ahora no me tenía enfilada a mí, sino a ella.

—Habló la que tiene un marido borracho que se las va follando a todas.

—A todas menos a ti, me contó la otra noche cómo te le insinuaste y el asco que le dio solo imaginarse tener que tocar ese coño viejo. ¿Cuántos años tienes ya, Mónica?, ¿cuarenta y cinco?, ¿o tienes solo treinta y los cirujanos te han operado mal?

Las chispas saltaban de una a la otra, hasta que una mujer que aparentaba la edad de Penélope, de cabello rojizo recogido en un moño alto y gafas de sol negras, a pesar de estar en un lugar cerrado, carraspeó la garganta para hacerse notar. La palabra *Lelouch* bordada en hilo dorado sobre su vestido blanco nacarado me hizo saber de inmediato que se trataba de la propia Eva. La viuda que se comió a su marido.

—Pues a mí me parece estupendo que se vean otros tipos de belleza en nuestra sociedad, María es increíblemente guapa y tiene unos pechos y un culo que a más de a uno tiene babeando —Se bajó un poco las gafas, examinándome, volvió a colocárselas. Su voz sonaba elegante e incluso romántica—. Carusso es único y exclusivo, estaba claro que no elegiría a una belleza más del montón, esperaba deleitarme con una mujer completamente exótica y es justamente lo que ha sucedido, debe ser

apasionante veros hacer el amor. —La última palabra fue entonada con un rugido y el gesto de una garra. Me puso de los nervios.

—¡Oh María, eso! ¡Cuéntanos! —Todas comenzaron a cuchichear a mi alrededor, mientras Penélope se sentía claramente incómoda—. ¿Cómo es hacer el amor con el Padre de la mafia?

—Yo ya os lo he contado muchas veces —intervino Mónica, no queriendo perder su momento de protagonismo, aprovechando la oportunidad de enviarme otro misil más.

La ira volvió a dominarme, imaginarme a esa puerca en la cama con Salvatore me estaba desquiciando, mi mente me regalaba momentos de él abrazándola, besándola, lamiendo su coño y empotrándola en la cama, diciéndole las mismas cosas que me decía a mí, prometiéndole castillos de arena...

—Pero ella es su mujer, a su esposa se lo tendrá que hacer diferente... ¿no? sin ofender, ¿eh?

Ahora, parecía que el gallinero se estaba volviendo en contra de la Barbie morena.

Bebí otro trago más.

—A mí no me toca —contesté, seca y tajante—. Se lo tengo prohibido.

Silencio, hasta los grillos se hubiesen podido oír cantar. Un jolgorio se escuchó a lo lejos cuando los hombres de Carusso ganaron una ronda.

Eva se había bajado otra vez las gafas, mirándome con la mandíbula desencajada.

—¿Tú? —Mónica me señalaba con el tenedor—. ¿Has rechazado a Salvatore Carusso?

Carla se apoyó con el brazo sobre mi hombro, en una postura bastante informal.

—Su belleza le puede permitir hacer esas cosas y seguir teniéndolo a los pies, ¿cuántas de ustedes habéis conseguido algo así?

—Bájate de esa nube. —Penélope cortó a Carla en un santiamén—. Como ya he dicho, mi hijo la compró por lástima, su matrimonio solo es una obra de caridad, Pepe es un depravado, un asqueroso y un jodido guarro, y si esta desagradecida no se ha acostado aún con mi hijo, es porque a Salvatore no le gustan gordas, y no la tocará hasta que adelgace.

No pude más, tragué saliva, notando mi nuez moverse al pasar el mal trago, me disculpé con Carla y me levanté para ir al baño, las lágrimas amenazaban con salir en cascada mejillas abajo. Salvatore seguía jugando,

me había mirado alguna que otra vez, debía de haber notado el agobio, debía haberse acercado, debía haber hecho algo.

—¿María? —Una voz nada conocida y varonil, me hizo detenerme antes de entrar al aseo, Petra me tenía en el punto de vigilancia, giré sobre mis zapatos, encontrando a un hombre asiático vestido de negro, con el cabello también engominado hacia atrás—. ¡Vaya! ¡Cómo has cambiado!

—¿Li...u?

No podía creerlo, cuando leí su nombre, le recordé, recordé al pequeño Liu, aquel niño coreano que venía a casa a jugar, tanto él como otros niños más, todos hijos de otras familias, suponía que ahora estaban en este lugar, tan solo no les reconocía. Dejaron de venir a visitarnos a casa cuando mi madre se suicidó.

—¿Eres tú? ¿El chico que intentó enseñarme a jugar al ajedrez es el líder de la familia que se dedica al tráfico de órganos? —No podía creerlo, era depravador lo que este mundo hacía con las personas.

—Bueno, puedo ser ese o puedo ser... ese chico increíblemente guapo que te escribía cartas de amor y que ahora es todo un hombre millonario y exitoso.

Arqueé las cejas hasta el nacimiento del pelo, esto debía ser otra puta broma.

—Tus cartas de «amor» eran una jodida burla, me hiciste daño, pedazo de gilipollas.

Él dio un paso más hacia mí, no podía creer que tras tantos años tuviese en frente a Liu, mi Liu, mi amor platónico de la infancia. Cuando dije que nunca me gustó ningún hombre era puramente cierto, pues Liu no era un hombre en aquel entonces, aunque ahora sí.

—Nunca me burlé y nunca quise hacerte año, pero era un crío, mis amigos eran unos imbéciles y tuve vergüenza, disculpa a ese pequeño cobarde. —Su mano agarró la mía sin que pudiese reaccionar, dándome un beso en ella, no sentí nada en absoluto, nada comparado al maremoto, al volcán, al tsunami, al fin del mundo, que me invadía cada vez que Salvatore me rozaba—. ¿Puedo abrazar a mi mejor amiga de la infancia?

Todos aquellos buenos momentos vividos llegaron a mi mente, llenando mi corazón de felicidad y alegría, una sonrisa se me pintó en la cara de oreja a oreja, abrí los brazos, recibiéndole, él me estrechó fuertemente y fue como volver a tener diez años, como si mamá volviese a estar viva, como si la pesadilla aún no hubiese comenzado.

—Me alegro de que estés bien, pequeño Liu, aunque ahora midas casi dos metros.

—Y yo también me alegro de que estés bien, princesita Osorio, aunque ahora estés casada.

Princesita Osorio

Así me llamaba en las cartas, yo era su princesita y él era mi príncipe, teníamos planeado escaparnos e irnos lejos juntos; alguna que otra vez nos escondimos debajo de los árboles más alejados de los jardines de mi padre y nos dimos algún tonto beso.

¿Por qué había olvidado todo esto? La vida después de que mamá se fuese se volvió tan retorcida, que mi mente bloqueó cientos de recuerdos para mantenerme a salvo. Quizás solo fue para protegerme del dolor que me supuso saber que todo fue mentira y para burlarse de mí.

—¿Me he perdido algo? —Aquella voz, logró que la sangre cálida de mis venas se helase de inmediato, convirtiéndose en un glaciar instantáneo que terminó de congelar cada parte de mi cuerpo.

—¡Papá Carusso! —Liu me soltó tendiéndole la mano para saludarle, Salvatore le pegó un puñetazo que le hizo tambalearse sobre los mocasines —. Padre... —Liu soltó una especie de gruñido, limpiándose la sangre que le salía de la nariz con el pañuelo que llevaba en el bolsillo del traje—. Solo saludaba a mi novia de la infancia, no es nada malo.

El infierno que se estaba desatando en el interior de mi marido no tenía nombre ni apellido, y sabía muy bien que si Liu no tenía ya una bala en el entrecejo como Dominic, era porque estaba prohibido matar al líder de una de las seis familias. Al menos sin motivos.

—Tu novia de... —Me miró, adolorido, consternado, rabioso e iracundo, logrando que me temblasen las piernas—. No me habías hablado de esto, María.

—Tú tampoco de Mónica. —Rechiné los dientes a lo que él, simplemente, agarró a Liu del cuello de la chaqueta, arrastrándole hasta la pared. Allí lo empotró contra esta, poniéndole la boquilla de la pistola contra el muslo, disparó a sangre fría, haciendo que Liu rugiera de dolor, tratando de revolverse para defenderse. Se llevó otro disparo, en la otra pierna—. ¡PARA! ¡PARA SALVATORE, JODER!

—¡TÚ, TE CALLAS! —gritó, señalándome con el dedo, fuera de sí, con una rabia que no era propia ni del momento ni de los hechos, no tenía motivos, no tenía razones, solo era un amigo, y yo solo era su obra de

caridad—. Y tú, maldita escoria china, ya puedes borrar de tu cabeza cualquier recuerdo que tengas con mi mujer. —Liu estaba tirado en el suelo, con una bala en cada pierna, riéndose a carcajadas, mientras Salvatore le apuntaba directamente a la polla, no podía matarlo pero sí hacerle mucho daño—. ¡MARÍA OSORIO ES MÍA! —Su voz retumbó entre todas las paredes del exclusivo club, un silencio sepulcral lo invadió todo, las miradas eran más que curiosas, estaban llenas de morbo y ansiedad por grabar en sus memorias hasta el último detalle—. El que la toque, el que la mire o el que se atreva a respirar al lado de ella, si no es un líder, morirá, y si lo es, lo dejaré en silla de ruedas, no tendréis la suerte que ha tenido el puto chino, ¡¿QUEDA CLARO, JODER?!

Liu alzó el brazo desde su posición en el suelo, con los muslos ensangrentados, una parte de mí quería ir y ayudarle, auxiliarle, llamar a un médico, hacer lo que fuese por mantenerle con vida, fue un buen amigo y, aunque al final se comportase como un cabrón, no se merecía dos disparos.

O sí.

—Solo una cosa —habló el nombrado, con una mueca burlona que me recordó a Dominic—. No soy chino, soy coreano.

Y con un tercer disparo, Salvatore acabó con la hombría de Liu Yum, adiós a su polla, adiós al sueño que tuve de pequeña de algún día casarme con él y tener pequeños hijos de ojos achinados.

Salvatore abrió el cargador de su pistola, con suma gracia y elegancia, cargando el tambor, haciéndolo girar para cerrarlo con un simple movimiento de muñeca. Sin previo aviso, a sangre fría, y con una puntería exquisita, dio tres disparos, dos a las mujeres que se habían atrevido a faltarme el respeto en la mesa, estando ahora llena de sangre y con dos cadáveres sobre ella y un tercero en la copa de Mónica, la cual estalló en mil pedazos.

—Mónica, ven aquí. —La llamó. Félix, el líder de la familia que se dedicaba a la venta de drogas vino junto a ella, entendí entonces que debían ser parientes y por eso no la había matado. ¿Por eso o porque le importaba?

—Padre. —Félix se encorvaba frente a él, mostrando respeto, Mónica tenía la mirada fija en sus zapatos, sin atreverse a mirarle a la cara, toda ella estaba tiritando, tanto que casi no se podía mantener en pie sobre sus zapatos—. ¿Ha hecho algo indebido mi hermana?

—Le ha faltado el respeto a mi mujer. —Al decir aquello, Mónica levantó los párpados, dispuesta a defenderse, Salvatore le cruzó la cara de un

guantazo tan brusco que la tiró al suelo.

No podía permitir que le hiciese daño, aunque fuese su ex, aunque hubiesen follado, aunque se hubiesen hecho promesas y a saber qué mierdas más, aunque los celos me quemasen el alma al imaginarles juntos, me daba igual, era una mujer, una persona.

—Basta, Salvatore, por favor. —Salvatore me agarró del brazo apartándome con un aviso que me dejó claro su estado anímico, no era momento para llevarle la contraria—. No me ha faltado el respeto, ella no, no ha dicho nada. —Mentí, tratando de defenderla.

Félix me miró esperanzado, en sus ojos podía leer pura súplica, este se puso de rodillas, con las manos en posición de rezar y la cabeza agachada.

—Padre, perdone a mi hermana, se lo ruego, ella es lo único que tengo.

—¿Encima te atreves a mentirme? —rugió mi marido, ignorando por completo a Félix, dando un paso hacia mí. Yo retrocedí, tratando de buscar algo, una excusa, una palabra, un comodín que aplacase la tormenta que estaba a punto de cernirse—. Vi claramente desde mi posición cómo sus palabras te herían los sentimientos.

Mi ceño se frunció, mientras el paladar se me llenó de veneno.

—¿Y por qué no viniste a defenderme?

—Porque si tienes cojones para rechazarme y ponerme a mí en mi sitio, esperaba que los tuvieses con ellas. —Estaba hecho una furia, su postura amenazante, su mandíbula tensa, los músculos de su cuello, los puños apretados... pero no me tocaba, no me hacía daño, tan solo trataba de dominarme, de decirme «eres mía, yo te he comprado, me perteneces, no vuelvas a dejar que otro tío te ponga las manos encima o seré capaz de lo peor»—. La próxima vez, recuerda que tienes una pistola, úsala. —Tiró de la raja del vestido, dejando visible el liguero con el arma en mi muslo.

Todo un revuelo de rumores se hizo presente, mientras Mónica se levantaba del suelo con ayuda de Félix, sin dejar de mirarme, pasmada, como si acabase de ver un fantasma. Mis labios gesticularon un débil *de nada* que estuve segura pudo entender, aunque no me hubiese dado las gracias.

Los cuchicheos seguían y seguían, al parecer no solo Salvatore acababa de confirmar que yo le rechazaba delante de todo el mundo, sino que también, era algo inusual que una mujer fuese armada.

Un solitario aplauso empezó a hacer eco desde el fondo.

—Qué orgulloso estoy de mi hija. —Pepe estaba allí, tan feo, tan calvo,

tan barrigudo, tan asqueroso, como siempre. Una joven de unos diecinueve años bebía de su copa sentada en su regazo, no entendí cómo no prefería cortarse las venas antes que estar ahí—. Solo una Osorio podría dominar a un Carusso.

Parecía que hoy era el día de buscar en el baúl de los recuerdos, ahora tocaban las colillas quemando en mi piel, los latigazos con la correa de cuero, los insultos a mi persona, el maltrato continuo a mi madre, el tenerme encerrada, cautiva, enjaulada. Pero, sobre todo, lo que más me dolía y nunca le perdonaría, el haberle quitado la vida a aquella niña.

Y sin poder evitarlo, sin tener en cuenta las consecuencias que mis actos podrían tener, saqué la pistola, apunté a mi padre, y disparé.

CAPÍTULO 26

MARÍA



Íbamos en el coche de vuelta a casa, sin dirigirnos la palabra. Por suerte, Gabriel estuvo en una sala aparte del hotel, con los demás niños, siendo supervisado por Mateo, así que no vio nada de lo sucedido.

Nadie hizo preguntas sobre cómo Salvatore tenía a un niño idéntico a él (porque hicieron que así lo pareciese) de un día para otro, con ocho años de edad.

El corazón aún me latía enloquecido dentro del pecho, tenía algo de flato y sentía las pulsaciones en la garganta, con tanta intensidad que hasta dolía.

Lo que debería haber sido una presentación cordial, formal y sin ningún tipo de percance, terminó con mi «amor de la infancia» con tres disparos , uno de ellos en su órgano reproductor, (lo cual le impediría volver a tener sexo o un heredero por el resto de su vida), una ex abofeteada, una suegra cabreada, y un padre al que casi mato, de no ser porque Carusso me agarró el brazo y me hizo disparar al techo, salvándole la vida.

La forma de conducir de Salvatore era cuanto menos relajante, iba a mala leche, con movimientos rápidos y automáticos, aun así, se le daba demasiado bien, lo tenía todo controlado, aunque no dejaba de ser irascible.

Una vez llegamos a casa, en un silencio sepulcral, no perdió la caballerosidad de salir del coche y abrirme la puerta, caminando por detrás de mí a paso ligero, adelantándome rápidamente en cuanto sus hombres empezaron a cerrar todo el sistema de seguridad.

Me quité los tacones, llevándolos en la mano, para así subir sin hacer ruido y no despertar a Gabriel, ellos llegaron a casa antes que nosotros. Tras el incidente, «el Padre de la mafia» instauró el orden y la paz, invitando a otra ronda, volviendo a jugar con Marcos y los demás mientras yo hablaba con Carla sobre Liu.

—Ni se te ocurra acercarte a ese, es un hijo de perra, y un mujeriego.

—¿Acaso Salvatore no es más de lo mismo? Y no, no me interesa Liu, pero tengo buenos recuerdos (y malos) con él, solo me ha dado algo de alegría volver a verle.

—Pues yo creo que él sí que tiene interés en ti, y más ahora después de haberse quedado sin polla, no se quedará quieto, Carusso debe vigilarse bien la espalda.

—¿A dónde diablos crees que vas? —La voz de mi marido se clavó en mi columna como una afilada espada, logrando estremecerme como si una corriente de aire helada acabase de cernirse sobre mí—. Hoy duermes conmigo.

Tenía que intentarlo, tenía que intentar escabullirme pero, al parecer, no era mi noche de suerte, en ningún sentido.

—Pensaba que tras el disgusto que tenemos, sería mejor darnos espacio —comenté, manteniendo una distancia prudente. Él se sacó el cinturón del pantalón, repasándolo con sus dedos, estirándolo con un movimiento seco, como si estuviese pensando usarlo para algo.

—¿Prefieres dormir con Liu? —La forma en la que dijo su nombre sonó horripilante, como si desease acuchillarlo—. ¿Mi mujer prefiere dormir con otro hombre que no es su marido? —Dio otro paso más hacia mí, agarrándome del brazo con una dominancia que antes no había usado—. ¡Contesta!

—Vas a despertar a Gabriel —contesté tal y como él ordenó, con el mentón alzado, desafiándole, no me acobardaría, jamás—. Si quieres discutir, discutamos, pero que sea como personas civilizadas y sin perturbar la paz de nuestro hijo.

Salvatore alzó las cejas, soltándome, sus dedos se quedaron marcados en mi piel.

—Oh, al menos sigue siendo «nuestro hijo», pensaba que ahora sería «el hijo de María y Liu».

Me dieron ganas de abofetearle la puñetera cara.

—¿Qué tienes cuatro años?, ¿cinco?

Su mano volvió a agarrarme, esta vez del cabello, llevándome a su habitación casi a rastras. Una vez estuvimos dentro, me empujó contra la cama, cerrando con fechillo, manteniéndose de espaldas, tratando de respirar para calmarse, los músculos se le tensaron bajo la chaqueta, estaba al borde del colapso.

—¿Por qué le has abrazado?

No sabía si debía moverme o quedarme sentada en la cama, no sabía si debía inventarme algo que le pudiese tranquilizar o si debía decirle la verdad, no sabía qué diablos hacer para salir de esta.

—Es un viejo amigo de la infancia, nada más, me dio alegría verle.

Un puñetazo en la puerta hizo retumbar toda la habitación, el alma se me sobrecogió de forma automática, tenía la pistola en el muslo todavía, podría usarla, aunque dispararle me partiría el alma en dos. No quería hacerle daño, pero tampoco le permitiría hacérmelo a mí.

—Te dio alegría verle... —Su puño se apretó tanto sobre la madera de la puerta, que hasta los nudillos se le quedaron blancos—. Y por mí solo sientes asco.

—¡No es verdad! —Alcé la voz sin quererlo, poniéndome de pie, una parte de mí quería tocarle, darle un abrazo a él también, decirle que las cosas no se podían solucionar siempre con violencia, mostrarle otros caminos, con algo que era totalmente desconocido para él, el afecto, el cariño, el amor—. Tú no me das asco, simplemente no te conozco, bueno, ahora un poco, pero al principio no sabía quién eras, tenía miedo, es normal, entiéndeme.

Salvatore me miró, inclinando su cuello, parecía un ángel herido por Dios, que acaba de descender de los cielos.

Tragué saliva, manteniéndome firme, de pie, en mitad de su limpia e impoluta habitación.

—Le has sonreído y te han brillado los ojos con una facilidad arrolladora, ¿sabes cuánto tiempo llevo yo esforzándome para conseguir eso de ti?

Quedé sin palabras, simplemente no tenía la más remota idea de que él esperase algo así de mí.

—Pensaba que solo buscabas sexo, dominación y entretenimiento.

Finalmente, Carusso se giró, quitándose la chaqueta, dejándola caer a un lado de la silla que estaba frente a su escritorio, seguía cabreado, seguía con el ceño fruncido, le había pegado tres tiros y le había volado las pelotas a Liu, pero esto no había terminado para él, lo sabía, lo podía ver sus ojos.

—Eso ya lo puedo tener de cualquier mujer, y por supuesto que también lo quiero de ti. —Su mano rodeó mi nuca—. Pero quiero más, María, lo quiero todo, y lo quiero solo para mí. —Tenía la mirada desquiciada, sus dedos empezaron a apretar mi garganta, obligándome a abrir la boca para poder respirar—. ¿Te gustaba ese trozo de mierda? ¿De verdad?

—Si —respondí a duras penas, acuchillándole, si éramos un matrimonio, debíamos ser sinceros—. Pero solo fue en el pasado, al igual que a ti te gustó Mónica, además, solo éramos niños, no pasamos de simples besos, algo que tú no puedes decir...

Me soltó, de inmediato.

—¿Os habéis besado? ¡¿HAS BESADO A ESE PUTO ROLLITO DE PRIMAVERA?!

No lo soporté, agarré la pistola, apuntándole a la jodida frente.

—Vuelve a gritarme y te reviento la cabeza, imbécil.

Él se acercó más y más, agarrando mi muñeca para apretar el arma contra su entrecejo.

—Dispara, dispara para que puedas ir corriendo con Liu, vamos, consigue tu libertad. —La mano me temblaba mientras él mantenía el agarre firme, sin pestañear, sin dudar, sin sentir el más mínimo miedo, tenía razón, era verdad, él se había sacado el corazón del pecho y lo había quemado—. ¡DISPARA!

Los ojos se me volvieron vidriosos, la sola idea de perderle, de no volver a verle, a sentir su olor, a mirarle, a ver ese azul cobalto, a pelearme con él, me desolaba y me hacía sentir perdida, vacía, abandonada.

—No puedo.

—¿POR QUÉ?

Negué, aflojando el agarre, retirando la pistola de su frente.

—Porque me importas. —Sollocé, notando una gota de agua caer por mi mejilla—. Y Liu es mi pasado, aunque fue un gilipollas que se rio de mí cuando éramos niños, pero tú eres mi presente, eres... eres todo lo que tengo, aunque no te soporte, aunque a veces desee estrangularte, aunque me hayas comprado como si fuese una mascota, me da igual, porque sé que en el fondo de tu coraza hay un buen hombre, sé que quieres cambiar, y que tu carácter rudo y abrasivo es por la forma en la que la vida te ha tratado. —Un sollozo más fuerte se me escapó, seguido de un jadeo, él tan solo seguía mirándome como si quisiese reducirme a cenizas—. Sé que desde pequeño has tenido que ganarlo todo a la fuerza, peleándote a vida o muerte por cada paso que has dado, pero conmigo no es así ¿vale? no tienes que pelear, no necesitas matar a nadie, no tienes que usar la fuerza... —Mi reflejo se veía en el suyo, su respiración seguía agitada, al menos sus músculos se veían menos tensos, traté de tomar aire y ser valiente, tirando la pistola en la cama, di un paso más al frente, empezando a desanudarle la corbata, él se

mantuvo quieto, con las piernas ligeramente abiertas, haciéndome sombra, mostrándome su poder, yo permanecí con la vista agachada, centrada en deshacer el nudo y lanzar la corbata sobre la pistola, quitando el primer botón de su camisa—. Nada va hacer que me vaya de tu lado, voy a quedarme contigo, siempre, te lo prometo.

Al escuchar aquello la tensión en su cuello disminuyó del todo, no decía nada, tan solo mantenía una respiración fuerte, que parecía casi el rugido de una bestia, mientras mis dedos iban torpes y nerviosos al segundo botón.

—Pero necesito saber qué soy para ti.

Por fin se inhalaba algo más de calma en el ambiente, en cuanto quité el tercer botón, fui a por el cuarto, y luego al quinto, descubriendo un pecho esculpido por los dioses, con unos pectorales y un abdomen de infarto, cubiertos por una fina capa de vello oscuro que iba hacia el final de sus abdominales. No pude evitar dejar escapar un suspiro cuando bajé la camisa por sus brazos fuertes, voluminosos, con unos bíceps que parecían de acero, definitivamente, Salvatore Carusso era el hombre más atractivo del universo.

—Eres mi mujer y la madre de mi hijo, también la madre de mis futuros hijos —respondió con voz ronca, logrando que me estremeciese, mis manos se acercaron lentamente a él, colocando las palmas temblorosas sobre sus pectorales, sintiendo en la piel el latido de su corazón. Sí que lo tenía, muy escondido, muy al fondo, pero estaba ahí.

—No está bien ir secuestrando niños por ahí, Carusso. —Bromeé, para tratar de contrarrestar tensión al momento.

Su mano fue de nuevo a mi rostro, cuando me acarició le sonreí, mirándole directamente a los ojos, con dulzura, porque eso era lo que más necesitaba en su vida, él entreabrió los labios y suspiró.

—No todos van a ser secuestrados ni adoptados, alguno tendrá que ser nuestro, ¿no?

Mi vientre ardió al imaginarle haciéndome el amor, haciéndome suya, llevándome lejos de aquí, empezando una nueva vida.

Aun así seguía sin poder creer en él, en la veracidad de sus promesas, en nosotros, en lo nuestro.

—Me has comprado para vengar a tu hermana, y te has quedado conmigo por lástima, eso no significa que estés enamorado —susurré, sin apartar mis manos de su pecho, sintiendo su corazón cada vez más vivo, cada vez más despierto—. No quiero que te sientas obligado a cuidarme, puedo

desaparecer de tu vida y dejarte ser feliz con otra mujer si así lo deseas.

Su mirada se ensombreció y los latidos casi desparecieron, la caricia en mi tez se volvió áspera, ácida.

—¿Por eso te has puesto cariñosa? ¿Para convencerme de que te dé la puta libertad? —Otra vez, volvía a rugir, otra vez, volvía a salir la fiera—. Me importa una mierda el porqué te compré y el porqué sigues aquí, has prometido quedarte, acabas de decirlo y vas a hacerlo, vas a estar conmigo, siempre, ¡te guste o no!

—¡Ya basta, joder! —le grité más alto y más fuerte—. ¡Entiende de una maldita vez que necesito saber por qué estoy aquí! Me estoy volviendo loca, Carusso, no entiendo tus celos, no entiendo tu necesidad de acostarte conmigo cuando puedes tener a la que quieras y no entiendo que quieras protegerme como si... —parpadeé, notando el nudo de mi garganta romperse— como si te importase.

Él podría estar usándome para liberarse de la carga de no poder salvar a su hermana, tal y como me confesó en el coche, y tal y como dijo Penélope, yo era su obra de caridad, no obstante, yo estaba demasiado carente de afecto y amor, de atención, de cuidados, de calor, y su protección podría ser fatal para mí, podría ilusionarme, enamorarme, ¿y qué pasaría si algún día conocía a la mujer que le gustase de verdad? ¿Qué pasaría cuando se cansase de hacer obras caritativas?, ¿me tiraría a la basura y se desharía de mí sin más?

El tiempo se detuvo entre nosotros, mis manos en su pecho, su mano grande, cálida y fuerte envolviendo mi nuca, nuestros alientos cayendo sobre el rostro del otro, nuestros ojos navegando en los orbes del contrario.

—¿He dicho en algún momento que no me importes?

—No, pero no tiene sentido que alguien como yo le importe al increíble Padre de la mafia.

—Tampoco tiene sentido que una basura humana como yo le importe a un ángel como tú, pero es lo que hay, parece que nos importamos, ¿no?

Mi pulsación se fue incrementando, subiendo, acelerando, casi me estaba olvidando de cómo se respiraba, de cuánto le odiaba, de todas las veces que planeé irme lejos y no volver a verle, de lo mucho que detesté ser comprada por él. No bajaría la guardia, no iba a caer, no iba a entrar en su juego, no iba a pisar su infierno.

—Eso parece —murmuré, cuando sus labios estaban cerca de los míos, tan cerca que casi podía saborear todo el whisky que bebió en la maldita gala.

—¿En qué pensabas cuando fuiste a disparar a tu padre? —siseó, tan cerca de mi boca que casi fue como si sintiese un beso.

—Qué importa. —Le resté peso a mi impulsividad, recordando a la estúpida de Mónica, su odio fijado en mí, las ganas de arrancarme la piel a tiras, de desmembrarme, de borrarme del mapa. No sabía por qué pero yo también estaba celosa, y el odio era mutuo, jodidamente mutuo—. ¿Sabes? Mónica y yo no nos parecemos en nada, no entiendo cómo te pudo gustar ella, y ahora te puedo gustar yo.

Me enrojecí de inmediato por la osadía de haber soltado algo así, en su maldita cara. Él sonrió de lado, con una expresión lasciva, cuando me miraba así, solo significaba una cosa y mi cuerpo lo sabía de sobra, pues mi sexo había empezado a humedecerse, como si tuviese claro que su «amo» requería de él.

—Es que tú, María, no me gustas. —Mis manos se cerraron en dos puños, dispuestas a partirle el labio de un puñetazo, cuando sus dedos apretaron mis mejillas de forma violenta y sus dientes mordieron mis labios, dándome un beso agresivo, violento y jodidamente ardiente—. Tú me vuelves loco.

Mi boca latía hinchada y húmeda a causa del mordisco a modo de beso que acababa de darme, un sabor metálico inundó mi paladar, mis puños volvieron a abrirse, subiendo por su cuello, acariciando esa barba tan jodidamente sexi.

No podía dejar de pensar en Mónica y en las cosas que habrían hecho juntos, deseaba reemplazarla, deseaba quitarle el puesto, deseaba enamorar al Padre de la mafia y tenerle a mis putos pies, hacer con él lo que me diese la gana.

—Nos quedan siete días —musité, relamiéndome los labios para aliviar el dolor de la hinchazón, los músculos de su cuello hicieron un movimiento que dejaron ver unas gruesas venas marcadas, al igual que en la zona de la V al final de su abdomen, era una jodida locura—. Tendrás que quedarte con las ganas, Carusso.

El cinturón que aun pendía de una de sus manos, envolvió mi cuello, ajustándose al tamaño de este, tiró de él con el puño cerrado logrando que cayese sobre su pecho, recordé la mujer a la que follaron de esa misma forma en el show erótico que me hizo presenciar.

—Se me da bien negociar, puedo tratar de convencerte. —La mano que no sostenía el cinturón agarró el borde del escote del vestido, rajándolo de un tirón, dejándome con las tetas a su completa vista—. Deja ya toda esa

mierda, María, entrégate de una vez. —Su boca fue directa a mi pezón izquierdo, pegándole un lametón con la lengua, succionándolo fuerte hasta hacerme sentir dolor y placer el mismo tiempo, gemí y lloriqueé, removiéndome entre sus brazos.

Me levantó como si no pesara absolutamente nada, lanzándome contra la cama.

—Cabrón de mierda. —Jadeé, deseando provocarle, deseando que viniese a por mí y me callase la puta boca, deseando que su lengua volviese a lamerme—. ¿Cómo te atreves a tratarme así?

Su risa maliciosa logró que se me erizara el vello, se tumbó sobre mí como una pantera a punto de despedazarme.

—Te va a costar muy caro haber abrazado a Liu, voy a follarte hasta destrozarte el coño, no vas a olvidar nunca a quién perteneces. —Tomó la corbata, forcejé inútilmente cuando intentó atar mis muñecas, consiguiéndolo finalmente—. Y no pienso parar, cariño.

Sus dos manos agarraron mis tetas, sobándolas con descaro, escupiendo en uno de mis pezones para estimularlo después, chupando el otro, atrapándolo con los dientes para tirar de él, morderlo y volver lamer.

—¡Para! ¡PARA, JODER, HIJO DE PERRA! —Mis mejillas estaban tan rojas que me iban a reventar, el calor se me había subido directamente a la cabeza y mis pensamientos vagaban totalmente perdidos, ansiaba y deseaba ser suya, ansiaba sentir lo que había sentido Mónica al estar con él, ansiaba regalarle el mejor polvo de su puta vida, pero tenía miedo, tenía miedo de perder el control sobre lo que fuese que teníamos, de dejarle ganar y que después se fuese, de estar cayendo en una maldita trampa—. ¡Salvatore! ¡Va en serio! ¡PARA! —chillé, angustiada, muerta del miedo, arrepintiéndome de haberle provocado. Él se detuvo de inmediato, entendiendo que había fallado en su intento de «negociación». Volvimos a mirarnos, con la respiración agitada, su enorme entrepierna estaba marcada bajo ese pantalón gris de Armani, y mi coño latía adolorido, con el clítoris hinchado, deseando su atención, sus mimos, sus guarradas, su forma de hacerme sentir jodidamente sucia—. No... no pares —murmuré, sintiendo que ya me había vuelto completamente loca—. Quiero ser tu puta.

CAPÍTULO 27

MARÍA

Aquellos orbes azules centellearon en deseo en cuanto me escuchó decir aquello, justo en el momento en que lo dije, me arrepentí.

No es que no desease a ese hombre, no es que no quisiese sentir lo que había sentido Mónica, no es que no quisiera quitarle su lugar y reclamarlo como mío, no obstante... sentía que estaba perdiendo terreno contra el enemigo. Porque, Salvatore y yo, seguíamos en guerra.

Cada vez nos conocíamos más y nos odiábamos menos, aun así, el motivo por el que se inició este matrimonio seguía siendo el que era, al igual que su apellido y el mío seguían siendo los que eran.

Pero esto podría ser un buen plan, hacerle creer que estaba comiéndose mi terreno para que bajase la guardia, tal vez, después de tenerme, dejase de estar tan pendiente de mí y fuese más a lo suyo.

*«*Como en ese mes en el que apenas me hizo caso y le eché de menos...*»*. Mierda, entonces, ¿qué quería?, ¿que pasara de mí o que me hiciera caso?, ¿escapar o quedarme?, ¿ser libre por mi cuenta, o rezar para que sus palabras fuesen ciertas y huir juntos de esta mierda de mundo?

—¿Eso quieres? —Su mano subió mis muñecas atadas en la corbata por encima de mi cabeza, dejando mis tetas alzadas, expuestas a él, el pezón que había mordido aún me ardía. —¿Quieres ser mi puta, pequeña Osorio? ¿Quieres sentir mi polla dura dentro de ti? ¿Mmm?

La forma en la que me hablaba, me miraba, y me tocaba, resultaba tan sucia, humillante y dominante que deseaba darle un cabezazo y romperle algún diente, aun así, mi sexo palpitaba adolorido reclamando más y más de su atención, mientras mis ojos se iban desviando por ese maldito cuerpo, el volumen y la definición de cada uno de sus músculos resultaba abrumador, era una jodida obra de arte, no podía hacer otra cosa que mirarle y salivar.

—Sí, pedazo de inútil, quiero sentirte —rugí, viendo cómo se acercaba lentamente a mis labios, aun sosteniéndome las muñecas sobre la cabeza—. Métela de una puta vez, antes de que me arrepienta.

Él colocó el pulgar sobre mis labios, presionando para silenciarme.

—Cálmate, princesa. —Sus ojos volvieron a pasearse por mis pechos, terminando de cargarse el vestido que había costado trescientos de los grandes, me enrojecí al tener los michelines de mi barriga expuestos a él, seguro que estaba acostumbrado a cinturas perfectas con vientres planos—. Aquí hay mucha carne, mi vida, hay que comer despacio. —Mi enrojecimiento aumentó, y las ganas de pegarle un puñetazo también, quise taparme, ocultar mis chichas, pero no había manera, su fuerza lograba tenerme inmovilizada.

—Si te molesta que haya carne, vete por ahí a buscar algún hueso, maldito gilipollas.

Su mirada oscura formó un remolino en el fondo de sus ojos, se atrevió a agarrar mi michelín en el abdomen, apretándolo con fuerza.

—No te puedes ni imaginar lo que me pone tu cuerpo, ni las ganas que he tenido de morderte, desde que te vi por primera vez. —Su boca bajó hasta mi vientre, no soportaba la vergüenza que tenerle en esa zona me hacía sentir, traté de quitarle de encima, no esperando lo que vendría después.

Agarró la pistola, metiéndomela en la boca, se me saltaron las lágrimas al instante, hizo presión para que volviese a acostarme, boca arriba, con el arma llenando mi cavidad bucal y aquel sabor metálico invadiendo mis papilas gustativas.

—Lámela como si fuese mi polla. —Me atraganté tratando de escupir—. No seas así, María, no estás en posición de cabrearme, preciosa.

Puse los ojos en blanco, aunque no pudiese verme, le odiaba, no le soportaba, lo más mínimo.

Su lengua fue bajando lentamente, caliente, húmeda, hasta mi ombligo, allí hizo movimientos circulares con ella, dejándome algún que otro beso. Salvatore Carusso estaba besando mi vientre, el Padre de la mafia, el hijo de puta más cabrón de todos, la cabeza me daba vueltas como una noria.

Mi boca se fue acostumbrando al arma en el interior, recé para que supiese lo que estaba haciendo y no terminase con los sesos repartidos por toda la cama mientras era follada como una cualquiera, menudo final de mierda, ¿no? Aunque no merecía algo mucho mejor por llevar el apellido que llevaba.

Su mano libre, la que no sostenía el arma, tiró de mi muslo hacia arriba, subiendo mi pierna a su ancho hombro, el cabello le caía sobre la frente mientras repartía besos y pequeños bocados por el interior del muslo, el tacto de la sombra de su barba causaba unas cosquillas de lo más placenteras y mi clítoris moría por sentirle más cerca.

Al notar mi excitación, hundió aún más el arma a lo largo de mi paladar, logrando que me saltasen dos lágrimas más.

—Qué cuerpo tienes, estás muy buena, putita. —No podía rebatirle en mi posición, ni insultarle ni contradecirle, solamente noté cómo me empapaba aún más al recibir un cumplido como ese, de un hombre como él.

*«*Tú también estás muy bueno, maldita rata*»*.

La pistola salió de mi boca y sus dedos presionaron directamente mi clítoris adolorido, él volvió a chupar una de mis tetas, metiéndose cuanto podía de ella en la boca.

—*Mmmm*... —gimió, con voz ronca, relamiéndose los labios para volver a devorar la otra, mientras frotaba las yemas de sus dedos contra mi sexo, creándome intensas oleadas de placer—. Abre las piernas, nena, déjame usar bien ese coño caliente y mojado.

Me cerré, en un intento de cabrearle.

—¿Me desobedeces? —Sus labios pegados a los míos, otra vez, ese sabor a whisky.

—Siempre, hijo de puta.

Nos miramos, respirando fuerte y profundo, nuestras respiraciones sonaban lascivas, lujuriosas, cargadas de pecaminosidad.

—Joder, me encantas —masculló, con los dientes apretados, volviendo a mirarme como solo él sabía hacer, como si fuese la primera vez, como si llevase una eternidad buscándome y acabase de encontrarme.

Nuestras bocas se unieron en un beso, un beso de verdad, un beso en el que mi cavidad bucal recibió su lengua, dejando que me lamiese y degustase a su antojo, traté de tomar el control un par de veces, siendo imposible, él era más experto, más dominante, más posesivo. Finalmente, me dejé caer sobre la cama y él cayó sobre mí, sus manos desataron mis muñecas y mis dedos se dirigieron rápidamente a su espalda, a sus anchos músculos, a sus trabajados hombros, a su magnífico pecho, suave, cubierto por esa fina capa de vello oscuro. Cuanto más le tocaba, más caliente estaba.

—¿Te gusta tu marido, cielo? —rugió contra mi boca, tomando algo de

oxígeno, para volver a atacar, este beso iba a durar como mínimo toda la jodida noche.

Ojalá fuese toda la eternidad.

—Cállate y sigue besándome, aún no es suficiente. —Un fino hilo de saliva se rompió en el momento que nuestros labios se separaron, él me pegó un lametón sobre la comisura, apretando mis mejillas con fuerza, volviendo a la carga, sus dedos me penetraron hasta el fondo, grité con su lengua dentro de mi paladar y su saliva mezclándose con la mía, sabía a las puertas del infierno, al fuego en el que ardían las almas, a pecado, a lujuria, a sexo, puro sexo.

—Nunca va a ser suficiente, preciosa —gruñó, bajando con los dedos de las mejillas al cuello, volvimos a fundirnos en un morreo desesperado, nuestras lenguas sobresalían por fuera de nuestros labios, buscándose la una a la otra sin dar tregua. Sus dedos empapados por mi excitación, embestían con rudeza mi sexo, produciéndome descargas de placer que me hacían temblar, mi espalda se encorvó ligeramente y él supo que estaba a punto, su boca abandonó la mía, y sus besos se convirtieron en una necesidad para poder respirar, aun así, no me habían dejado, solo cambiado de sitio.

—¡Joder! —Los ojos se me quedaron en blanco, en cuanto esa boca experta comenzó a dar lametones rápidos y cortos sobre mi adolorido clítoris, sentí unas terribles ganas de hacer pis, acompañadas con un placer brutal—. ¡Para! ¡Salvatore...! ¡Creo que voy a...!

—Tu coño no quiere que pare, cielo, le encantan los besos de papá Carusso. —Los lametones rápidos y cortos se volvieron lentos, con deliciosos movimientos circulares, su boca atrapaba mis labios inferiores, succionándolos, dejándome el clítoris más hinchado de lo que ya estaba.

—Por Dios... te suplico que... —No podía más, trataba de contenerlo, trataba de evitarlo, mas resultaba imposible, mi cabeza estalló junto con mi sexo, noté una gran humedad en las sábanas mientras escalofríos y fuertes espasmos me sacudían de pies a cabeza, agarré su cabello negro tirando de él, tratando de apartarle, pero eso solo hizo que intensificara sus lamidas—. Eso es, mi princesa, córrete en la cara de papá, mójate bien para que pueda meterte la polla.

Sus dedos abandonaron mi interior mientras los gemidos llenaban el ambiente cargado de la habitación, estaba en su cama, entre sus sábanas, con su boca pegada a mi sexo, chupándome de una forma jodidamente rica.

¿Este paraíso era lo que había sentido cada una de sus «putas»? Con razón

Mónica estaba tan pillada por él, joder...

—Salvatore… —Jadeé, al caer rendida de nuevo sobre la cama, pues me había removido bastante para luchar contra el intenso orgasmo y los fuertes espasmos—. Mierda...

Mi cara se mostraba tan roja como un maldito semáforo, tenía el cabello sudado, pegado a la frente y los ojos vidriosos.

Mi pecho subía y bajaba, tratando de mantener una respiración y pulso normales, él aún tenía los pantalones puestos, con las rodillas clavadas sobre el colchón, mirándome de forma amenazante, era como si esto le gustase y cabrease al mismo tiempo.

—Estoy deseando follarte, María, pero solo lo haré si tú quieres, puedo conformarme con esto, por ahora.

Demasiado tarde para mí. Ya era imposible echar el freno y dar marcha atrás.

—Hazlo —gimoteé, abriendo más mis piernas, mostrándole mi sexo necesitado de él—. Entra de una vez, hazme tuya ya.

Salvatore se bajó la cremallera y aquel sonido metálico me arrancó un jadeo, estaba deseando descubrirle, estaba deseando que una parte de él llenase los vacíos de mi alma, ¿me sentiría de una forma distinta después de esto? ¿nos uniría más? ¿nos terminaría de separar por completo?

—Quítatelo todo, quiero ver a mi marido desnudo —ordené y ahora fue él quien rugió, deshaciéndose de los pantalones y los bóxers en menos de un segundo. Tenía la polla durísima, gruesa, grande, húmeda, con algunas venas marcadas en la longitud del tronco y un glande precioso, como una deliciosa fresa madura, rosado y suave—. Todo eso... va... a... ¿estar dentro de mí?

—Todo, nena. —Sus manos agarraron mis muslos tirando de ellos, arrastrándome al borde de la cama, penetrándome de una estocada ruda y limpia, haciéndome gritar su puto nombre—. Eso es, pequeña, que todos sepan a quién perteneces.

Traté de morderme la lengua, pero fue imposible, su polla se clavaba con una intensidad y una fuerza arrolladora, sentía que me iba a destrozar por dentro, sus caderas golpeaban mi coño, sus manos hincaban los dedos en mis muslos hasta el punto de cortarme la circulación y sus ojos, esos malditos ojos, me observaban queriendo devorarme el alma.

—Sigue gritando mi nombre, no pares de hacerlo.

Seguí gimiéndole, por su nombre, por su apellido, por todas las maneras

en las que en algún momento me había referido a él, sus embestidas cada vez eran más intensas y el placer que sentía en el interior del útero me estaba volviendo jodidamente loca, era un ardor mezclado con sensaciones cosquillosas y eléctricas que me hacían derretirme, encogerme y apretar su polla con mi coño húmedo y pequeño.

—Eres una puta muy caliente, nena, y jodidamente preciosa. —Sus dedos se colaron entre mis labios, entrando hasta casi la campanilla—. Si te atreves a hacer esto con otro, morirá de la peor forma que te puedas imaginar, ni siquiera necesito que llegues a esto, tienes prohibido sonreír, abrazar, tocar o dejar que te toquen, este cuerpo es mío, cada centímetro de tu piel, me pertenece, ¿entendido, pequeña Osorio?

—Entendido, Carusso.

—Mi amor, llámame mi amor —rugió, sacándome los dedos de la boca, volviendo a apretar mis labios—. Llámame mi amor, necesito escucharlo, hazlo, joder, ¡hazlo! —Su irritación iba aumentando por momentos y sus embestidas eran una bestialidad.

Logré entre jadeos, gimoteos y algunos gritos, llamarle como estaba pidiendo.

Sus dedos pellizcaron mi clítoris haciéndome gritar con todas mis fuerzas mientras volvía a empaparme y la cabeza se me iba a otro mundo. En cuanto me corrí por segunda vez, él sacó su enorme rabo y su esencia salpicó mi ombligo, mi coño y mis tetas.

—Has estado impresionante, cielo —dijo sin más, cogiendo una toalla, pensé que iría a darse una ducha y que me dejaría así, tirada en la cama, llena de su maldito semen.

Pero no, se echó la toalla sobre el hombro y me cargó en sus brazos, volví a chillar por el susto, pensando que nos caeríamos o algo, yo medía un metro sesenta y ocho y pesaba setenta y cinco kilos, en este mundo, con mi altura, no debería pasar de los cincuenta y nueve, máximo sesenta.

Mis brazos rodearon su ancho cuello en un intento de luchar contra el vértigo y el miedo a caerme.

Volvimos a mirarnos, una vez más, de aquella manera.

—Esto no cambia nada entre nosotros. —Juré—. Te sigo odiando, Carusso.

—Para mí, desgraciadamente, tampoco ha cambiado. —Su perfil se volvió ácido, mezquino y cruel—. Sigo estando obsesionado contigo, Osorio.

CAPÍTULO 28

MARÍA



El agua en la bañera cubría mi cuerpo hasta la barbilla, su bañera era mucho más amplia y espaciosa que la mía, aunque tampoco me podía quejar de mi habitación ni del baño en suite.

Todo olía a él, algo normal, ya que aquí solo estaban sus cosas de aseo personal; debía reconocer que el aroma de Salvatore resultaba cuanto menos, embriagador.

La espalda me dolía horrores, cada vez que me movía, notaba un ligero pinchazo en el lumbago, a parte de un ligero quemazón (¿he dicho ligero?, mierda) en mi zona íntima.

Me abracé sintiendo la espuma arroparme, no sabía en qué estado me encontraba ahora mismo, no sabía qué dirección tomaría todo esto y no sabía si había hecho lo correcto al dejarme llevar, al probarle, al descubrir el sexo, o si la cagué hasta el fondo y más allá.

Joder, Salvatore era una maldita bestia en la cama, y una máquina de dar placer, sabía demasiado bien cómo tocar, estimular, besar y follar a una mujer y, por supuesto, también sabía cómo hacer que mi cuerpo no pudiese olvidarle, aún le seguía sintiendo en todas partes, como si necesitase más de él.

No obstante, ahora en frío, me hundí en el terror, recordando que todo esto vino a raíz de sus celos por Liu. Cuando me pidió que le llamase mi amor, pensé que de verdad estos dos meses de convivencia habían despertado algo en su corazón, que yo le importaba, que me necesitaba. Qué ilusa, ¿cierto? Seguramente, tan solo se trataba de eso, de que el machito alfa debía ganar sobre los demás, de marcar territorio, de burlarse, de seguir siendo el jodido dios de las mujeres que tenía a todas las que quería, y más.

Fui una completa idiota, nunca debí entregarme, ¿ahora qué? Perdí mi

virginidad y me sumé a su interminable lista de «putitas». Que estuviésemos casados no significaba nada en este mundo, seguramente se volvería un golfo como Marcos y empezaría a hacer lo que le diese la gana, comportándose como un verdadero gilipollas.

Mierda...

Noté mi pecho subir y bajar de la irritación, el vapor me entraba por los orificios de la nariz, asfixiándome, de un momento a otro, su delicado aroma, se convirtió en veneno.

—Me largo de aquí— musité para mí misma, saliendo de la bañera, quitando el tapón para que se vaciase mientras cogía una toalla, no tenía con qué vestirme, él se cargó mi vestido.

Nada ha cambiado para mí, Carusso, te sigo odiando.

Para mí tampoco, Osorio, sigo obsesionado contigo.

¡Y una mierda me iba a creer esa parafernalia! Solo era un trolero, un mentiroso, un mendigo de atención femenina para validar su atractivo y confianza.

Ahora que estaba en frío, lo veía todo de una forma muy distinta, era aterrador el poder que tenían las hormonas sobre los pensamientos, joder.

Me lie en la toalla tras secarme el cabello lo mejor que pude y abrí de un tirón fuerte y decidido, con la intención de intimidarle y conseguir que me dejase largarme a mi cuarto, total, ya tuvo lo que tanto quería, ¿no?

—Vaya, por fin, estaba pensando en ir a ducharme a tu baño. —Su voz aterciopelada intentó contrarrestar mi enfado, mas no lo permití, fruncí mi ceño, torciendo el rostro, caminando de puntillas hasta la puerta para no ponerlo todo perdido de agua—. ¿A dónde piensas que vas, Osorio?

Estaba sentado en su escritorio, con los bóxers puestos, y esas malditas gafas de pasta, rascándose la barba mientras sostenía un libro entre las manos.

—Ya te dije que esta noche dormías conmigo, ¿cuántas veces hay que repetirte las cosas? Pensaba que eras más lista —siseó.

—No confundas inteligencia con sumisión —rechisté, girándome para encararle. Ver esos dos metros de músculo, mirada ardiente y tatuajes hizo que un suspiro se escapase de entre mis labios.

De nuevo, las hormonas.

—Deja ya esa mierda. —El libro terminó siendo cerrado, dejado sobre el escritorio, sentándose cómodamente, con las piernas ligeramente abiertas, mostrando ese enorme bicho que tenía entre ellas bajo la tela de la ropa

interior. Joder, era normal que me estuviese ardiendo después de haberle tenido dentro con esa brutalidad—. Ya te has rendido a mí, ya eres mía, no te esfuerces, no puedes escapar, cariño.

Estaba leyendo sobre psicología, vaya, qué sorpresa.

—¿Que yo me he qué? —Se me hizo la lengua un lío, mientras pestañeaba y me señalaba a mí misma—. ¿Perdona? ¿Tú de qué árbol te has caído? Hemos follado, sí, ¿y qué? No significa que te vaya a ir besando los pies porque me hayas metido la polla —gruñí, molestándome conmigo misma por el lenguaje tan obsceno, pero es que este cavernícola me hacía rebajarme a su nivel—. No soy Mónica, mi vida.

Sus labios se curvaron en una sonrisa tranquila, se retiró las gafas y volví a recordarle encima de mí, rugiéndome que le llamase mi amor mientras me la clavaba hasta el fondo.

—Me has regalado tu virginidad, y he sido el primer hombre que te ha hecho sentir una buena puta, y que te ha dejado el coño bien follado, eso no se olvida jamás, preciosa.

El silencio se hizo palpable entre nosotros, verle tan tranquilo y relajado, mientras me hablaba como si fuese una cualquiera, casi desnudo, mostrándome todo lo que tenía que ofrecer, orgulloso de ello, totalmente engreído y vanidoso, lograba que quisiera asesinarle.

—Serás el primero, pero no el último, este solo es el comienzo de mi vida sexual.

Mierda, ¿de verdad le acababa de soltar esto?

Las gafas que estaban entre sus dedos se partieron, los cristales se hicieron añicos, en un pequeño crujido, la mandíbula se le tensó y los músculos de su cuello se contrajeron rápidamente, marcando unas venas que bajaban por los pectorales, llegando a esa tableta de chocolate italiano, perdiéndose por la maldita V.

—Cualquier tío al que te acerques, va a terminar muerto, y no de una forma amigable, María. —Se levantó, caminando hacia mí, retrocedí sin pensarlo, mi espalda chocó contra la puerta, tiré del pomo, estaba cerrada con llave, no podía salir de aquí—. ¿Quieres tener sexo con otros hombres? —Su voz parecía la del mismo demonio, y sus ojos azul cobalto estaban convirtiéndose en una ventisca que amenazaba con llevárselo TO-DO.—. ¡¿QUIERES SERLE INFIEL A TU MARIDO?!

Alcé el mentón, con una ceja curvada, recordándole lo mucho que me molestaba que me levantasen la voz, un grito más y le partiría la puta nariz

de un cabezazo.

—¿Acaso tú vas a serme fiel a mí, Salvatore Carusso?

Él rio, una carcajada molesta, llena de ira, tan solo emitida para liberar tensión, pues seguía hecho una fiera, las venas de sus antebrazos ganaron bastante grosor en el último minuto.

—¿No lo he sido hasta ahora? A pesar de dejarme pasando hambre, sed y miseria...

Rodé los ojos.

—Madre mía, pobre Carusso, qué dramático.

Su puño golpeó la puerta, logrando que una astilla se saliese de esta, debió lastimarse, aunque no lo mostrase, era un maldito bruto.

—Nadie te va a tocar, María, antes mato a todos los hombres que existen en este puto mundo.

—¿Por qué? Y no me vengas con que soy tu mujer, porque eso en este mundo no basta, si sientes algo más, no seas cobarde y dilo, pero si tan solo estás jugando al machito engreído, déjalo ya, me aburres.

Ahora sus carcajadas eran tan amplias que llenaban cada centímetro de su enorme habitación.

—¿Quieres que te diga que estoy enamorado de ti? —Me señaló, con los ojos brillosos, mis dientes se apretaron—. O quieres que te diga que... ¿te quiero? —Abrió las palmas de las manos—. Mi vida, el amor no existe, sé que te encantan las historias que lees en esos libros, pero... esto es el mundo real.

—¿Y qué mierdas haces diciéndome que no puedo ser tocada por otro hombre? ¿Por qué me reclamas? ¿Por qué me haces creer que te importo?

—Que alguien te importe no significa que le ames, yo nunca voy a amar a nadie, no tengo corazón, ¿recuerdas? Pero eres especial, eres jodidamente preciosa y me gusta tenerte cerca, igual que me gusta mi coche, mi casa, mi ordenador, mi despacho, y tampoco soporto que nadie toque ninguna de esas cosas, porque soy terriblemente egoísta, fin de la historia.

El corazón se me quebró en mil pedazos, sentía que el mundo se abría bajo mis pies, mis ojos almendrados comenzaron a escocer, ¿por qué?, ¿en qué momento?, ¿cuándo me hice ilusiones con que Salvatore pudiese sentir algo más por mí?, ¿en qué instante se me ocurrió la terrible y absurda idea de romantizarle? Ni siquiera me estaba dando cuenta de ello.

—Pero... —La voz me salió totalmente rota—. Tú has dicho... antes... —Agaché la cabeza, tratando de evadir su mirada, sentía vergüenza, me sentía

terriblemente avergonzada por haberme entregado a él, por haberle llamado mi amor, para mí, esa palabra era demasiado importante, para Salvatore, solo era un juego de egos entre Liu y él—. Que estabas... obs...obsesionado... con... —Un sollozo se me escapó impidiéndome acabar la frase.

—Y lo estoy, eso es totalmente cierto. —Dió otro paso hacia mí, buscando el contacto físico, mis ojos le advirtieron de un «ni se te ocurra tocarme» mientras esquivaba sus dedos. Estos quedaron pendidos en el aire, como si nada de lo que pasó esta noche hubiese pasado, como si hubiésemos vuelto en el tiempo hacia atrás—. Si fuésemos de otro mundo, y con otros apellidos, haría todo lo posible por ser el marido perfecto, te haría feliz, y sé que me enamoraría perdidamente de ti. —De nuevo, la voz aterciopelada, de nuevo, sus palabras acariciándome—. Pero no puedo permitirme amarte, María, aunque seas la más indicada para ello, porque enamorarme de ti me haría querer quedarme, querer vivir... y entonces la muerte me pillaría desprevenido, y todo se iría a la mierda, no quiero convertirme en un cobarde.

Mi pecho subió y bajó, quería llorar, quería romper a llorar en solitario y quedarme seca, hasta que mis ojos ardiesen y no me saliese ni una sola lágrima más.

—Así que todo es falso, hasta lo de querer sacarme de la mafia.

—No, no es falso, y si lo consigo, las cosas serán distintas, pero primero debo llegar ahí. —Otra vez, trataba de tocarme, y otra vez, le esquivaba—. María, solo quiero que seas mía, disfrutarte y cuidar de ti hasta el último día de mi vida, sin importarme que ese día pueda ser mañana. Si me enamoro, entonces dejará de importarme, solo alguien que esté en mi lugar, puede entenderlo.

Me mantuve en silencio, sin decir ni una sola palabra, esquivando sus feroces ojos azules, no quería verle, porque verle significaba caer, siempre.

—María... —insistía, con esa voz suave, con ese abrazo cálido y protector que era el simple hecho de estar a unos centímetros de él, en Salvatore encontraba todo lo que siempre me faltó, y eso me fastidiaba, porque era una trampa mortal para mi persona, podía caer y podía hacerme mucho daño—. Eh, acaso... ¿tú…?... —Finalmente, su pulgar agarró mi mentón, conduciendo mis ojos hasta los suyos—. ¿Me quieres?

¿Le quería?

Ni de coña, nos conocíamos desde hacía solo dos meses y algo.

Dos meses en los que habíamos convivido bajo el mismo techo, así que se podía comparar con más tiempo, pero no le quería.

Apenas hicimos cosas juntos.

Aun así, las pocas cosas que sí hicimos formaban parte de los recuerdos más felices de mi vida, como aquel atardecer en la playa.

Por no hablar de su cara de placer cada vez que probaba mi comida, cuando siempre fue una de mis mayores ilusiones, tener a alguien a quien cocinar, o sus constantes muestras de atención, cuando siempre deseé que alguien me diese un poco de importancia, una migaja de pan bastaba, pero él me dio la panadería entera.

Y qué decir de su aroma, de su sonrisa, de su voz, de su mirada, de su forma tan elegante de moverse, de su presencia que lo llenaba todo de luz, él juraba ser la oscuridad en persona pero, aunque no lo supiese y jamás se lo confesase, estaba iluminando el profundo vacío de mi alma.

Pero no, no le quería, porque yo tampoco podía permitirme esa debilidad.

—Antes prefiero morirme —respondí, zafándome de su agarre, él retrocedió, volviendo a acariciarse la mejilla, por encima de la barba.

—Ya veo.

—¿Ya ves el qué?

—Estás cabreada por lo de Liu, todo se resume a eso, por eso este numerito.

Abrí los ojos como platos, gritando en mis adentros, soltando un gruñido por fuera.

—¿Y cómo quieres que esté? ¡Mi mejor amigo de la infancia tiene tres disparos y uno de ellos…! Le has arruinado la vida, tan solo por un abrazo.

—Tu mejor amigo... Creía que dijiste que se portó como un idiota. ¿Por qué sigue siendo tu mejor amigo?

Este tío podía ser el hombre más inteligente del universo y el mono más descerebrado de la selva al mismo tiempo.

—Solo de la infancia, ahora no, ahora solo somos conocidos. Y sí, lo que hizo estuvo mal, nunca se lo perdonaré, ¡pero me alegré de verle! Tengo muy pocos recuerdos de cuando era niña, nada más.

Él me dio la espalda, volviendo a sentarse en su escritorio, dando golpecitos con los nudillos sobre el libro de psicología.

—Tener lagunas de la infancia indica hechos traumáticos que tu cerebro ha bloqueado para mantenerte a salvo.

Repetí sus palabras con cara de asco.

—¡Vale! ¿Y qué?

—Que quiero saber cuáles son esos hechos.

Ahora era yo la que se estaba riendo como una psicópata.

—Si ni yo misma los sé...

—Se suelen desbloquear cuando dejas de estar alerta, en modo supervivencia o, por el contrario, cuando te sometes a una situación tan, tan estresante, que vuelves a revivir ese momento, eso fue lo que pasó en el coche, ¿verdad?, cuando perdiste el control y sufriste aquel ataque de ansiedad.

Negué. ¿Cómo pasamos de hablar de Liu a esto?

—Ni lo sé ni me importa, si mi mente lo ha olvidado, por algo será, ¿por qué diablos quieres saberlo?

—Ya te lo he dicho, María. —Volvió a levantarse, estaba inquieto, por mucho que tratase aparentar tenerlo todo bajo control, no era así, se encontraba tan inestable como yo—. Estoy obsesionado contigo. —Fue a su ropero, cogiendo una sudadera sin cremallera, blanca, vino hacia mí, pegando un tirón brusco de la toalla y metiéndome la sudadera por la cabeza, como si fuese una niña pequeña que se niega a vestirse para ir al colegio. Una vez mi cabeza pasó por la apertura de la prenda, sus ojos me estaban aniquilando, comiéndome, devorándome—. No solo quiero matar a todos los que se atrevan a tocarte, María, también pienso cargarme a todos los que te hayan hecho daño.

Mi estómago se retorció, estaba tan confusa que ya no sabía si vivía en el planeta Tierra, en Marte o en Júpiter. Mis manos corrieron con mis brazos a través de las anchas mangas, él dejó caer la sudadera hasta por encima de mis muslos, daba lo justo para taparme el culo.

—No tienes que hacer esto por mí si no lo sientes, no quiero ser tu obra de caridad.

No lo hagas, porque mientras tú te sanas, a mí me destrozas.

—¿Tengo pinta de ser un hombre caritativo? Prefiero tener un coche de nueve millones de euros antes de que donar diez mil euros a alguna ONG y ayudar a personas necesitadas, soy una escoria, María, no esperes ese tipo de actos de mí.

Cuanto más le conocía, más me intentaba convencer de que era una mala persona, aun así, mi corazón solo buscaba una débil excusa para perdonarle por ser como era.

¿Qué se podía esperar de alguien que tuvo una vida tan dura? ¿De alguien

a quien solo le han dado palos y ha tenido que aprender a apretar los dientes, soportar el dolor y devolverlos para poder vivir?

Él no sentía amor, no porque fuese incapaz de sentirlo, sino porque nunca se lo habían dado, era totalmente desconocido para él.

También lo era para mí.

¿Cómo entonces podríamos querernos alguna vez? Resultaba prácticamente imposible.

—Ve a la cama. —Rompió el silencio, haciendo un gesto con la mirada hacia ella—. Ni se te ocurra moverte de ahí mientras me ducho —advirtió. Yo tan solo me agarré a los puños de la sudadera, caminando hasta el lugar, tapándome con la colcha, abrazándome a mí misma.

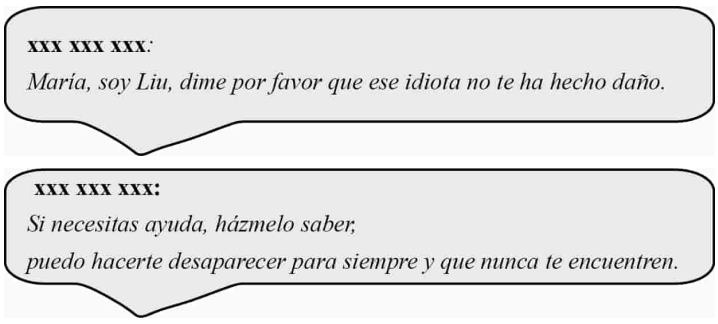
Mi cabeza daba vueltas y vueltas sin parar, él se encerró y oí el agua correr, traté de descifrar quién era Salvatore Carusso, cuál de sus versiones y caras era la real, cuál era la que debía creer.

Me mantuve divagando entre mis pensamientos, casi somnolienta, mientras aún me dolía la zona baja de la espalda. Cuando la puerta del baño se abrió, una gran humareda salió tras su espalda, tenía un pijama de franela azul marino y el cabello mojado. Abandonó la habitación, dejándome sola y encerrada, sin decir nada.

Suspiré, negando con la cabeza, pensando que era un cavernícola sin remedio, se habría acostado con muchas tías, pero no tenía ni idea de mujeres.

Decidí ir a mi bolso, mirando el móvil mientras regresé a acurrucarme en la cama, otra vez, su olor, otra vez, su abrazo protector.

Parpadeé lentamente por el sueño e inspiré, dándome cuenta de que tenía tres mensajes nuevos.



Mi cerebro se electrocutó.

Primero, por la osadía de escribirme después de haberle pegado tres tiros, ¿estaba loco? definitivamente, sí.

Segundo, por el doble significado que podía tener esa frase, ¿a qué se refería con hacerme desaparecer para siempre?

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

¿Estás loco? Te ha volado los putos huevos, ¿Qué quieres? ¿Qué te reviente los sesos? Porque créeme, lo hará.

Liu:
Llevaba un protector en esa zona, así que aun puedo darte esos hijos con los que tanto soñamos de niños, princesita Osorio.

La cara se me puso tan roja como un maldito tomate, ¿a qué venía todo esto? Llevaba años sin saber de él, ¿por qué ahora?

Bueno, me alegra que sigas pudiendo tener un heredero, pero no será conmigo.

Fruncí el ceño, jamás olvidaría lo imbécil que fue y el daño que me hizo.

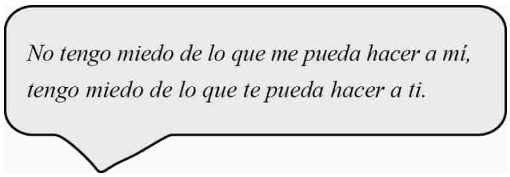
No solo quiero matar a todos los que te toquen... también a los que alguna vez te hayan hecho daño.

Liu:
Solo era una broma y sí, estoy bien, no podré caminar erguido durante unos días, nada que no se cure con reposo y mucho sushi.

Me parece genial, no vuelvas a escribirme nunca más, no quiero problemas.

Liu:
¿Tanto miedo te da Carusso?
¿El padre de la mafia es un cerdo que maltrata a su mujer?

Tragué saliva.



Decidí bloquearle inmediatamente.

¡Mierda!

La puerta se abrió, sus pasos eran completamente silenciosos por lo que no le oí llegar, el móvil se me cayó al suelo de los nervios, bloqueé la pantalla dejándolo sobre la mesita de noche.

Venía con una bandeja de plata entre las manos, le dio un empujón a la puerta con el pie para que esta cerrase, caminando hasta sentarse a mi lado. Traté de respirar profundo para calmar los nervios y el terror que sentía.

Liu era un completo imbécil.

Como Salvatore se enterase, se iba a liar una gorda.

—Toma, un calmante. —Me ofreció, con un vaso de agua.

Lo agradecí mil, me lo tragué tras dar unos sorbos volviendo a poner el vaso sobre la bandeja.

—Gracias, eres mono cuando quieres.

Pero mono de los que comen plátanos y se suben a los árboles, no mono de bonito.

Mi comentario le hizo reír.

—Tú eres mona incluso cuando no quieres. —Me entregó una taza llena de té caliente y unas galletas con pepitas de chocolate, también trajo un libro de mi habitación—. Ahora vas a tomarte esto, vamos a leer en silencio y vamos a dormir abrazados como un matrimonio, ¿entendido?

—¿Esto también forma parte de tu juego, obsesión o lo que sea que es?

Su mirada se ensombreció y volví a temblar bajo la sudadera.

—Esto forma parte de que me perteneces y no vas a librarte de mí, nunca.

CAPÍTULO 29

SALVATORE



Mirarla era como ver el amanecer. Yo vi muchos amaneceres, repasando la lista de cadáveres que debían caer al mar, por eso nunca me gustaron, para mí, el amanecer solo significaba que llevaba demasiadas horas de trabajo, demasiado tiempo haciendo algo que ya debería estar hecho.

Pero con ella era distinto.

La vi relajarse dentro de mi sudadera, mi olor no parecía molestarle, se acomodó sobre la almohada, leyendo aquel libro que yo le impuse como lectura, era un poco pesado (quizás bastante) pero era la primera vez que una persona me importaba de esta manera y no sabía cómo diablos gestionarlo.

Se veía preciosa.

Abrí el cajón de la mesilla de noche, sacando unas gafas de lectura para ver de cerca, continué el libro de psicología por donde lo había dejado.

—¿Cuántas gafas tienes? —La voz de María me sacó del texto.

¿Se estaba burlando de mí?

—Leer en silencio, he dicho —remarqué, como si yo fuese un profesor gruñón y ella una alumna risueña.

—Oh, sí, perdone usted, don cascarrabias —gruñó, volviendo a meterse en su libro.

Tenía varios repuestos de gafas, me fastidiaba que se me pudiesen caer o pisarlas sin querer y luego tener que volver a pasar por todo el follón de ir a la óptica y esperar a tener otras, demasiado tiempo sin lectura, acabaría loco, o ciego.

—¿Nunca lees nada divertido? —Otra vez. Chasqueé la lengua, mirándola de reojo, dejando el libro apoyarse sobre mis muslos.

—¿Y tú solo lees porno? —contraataqué.

No entendía cómo con esa cara de ángel podía estar todo el miserable día leyendo esas pavadas románticas en las que a veces tenían sexo sin sentido.

Espera, ¿acaso se necesita algo de sentido para tener sexo? Nunca fui de ese pensamiento, esta mujer me estaba cambiando demasiado, joder.

—¿Porno? Mira, imbécil, es *romantasy*, ¿vale? Bueno, en este caso es *dark romance*.

—¿Romanqué? ¿Darkqué? Mira, sigue leyendo tus cosas, y yo sigo leyendo las mías, EN SILENCIO —recalqué las dos últimas palabras para que se estuviese calladita. Estos dos meses la había tenido todo el día metida en mi cabeza y necesitaba desconectar, de alguna manera.

¿Y tu forma de desconectar es obligarla a dormir contigo?

Ya estaba mi estúpido subconsciente haciendo de las suyas, si no era María, era él.

Sí, sabía de sobra que ni mis acciones ni mis pensamientos ni mis palabras tenían coherencia últimamente, esto era lo que pasaba cuando otra persona se colaba en tus pensamientos, adueñándose poco a poco de más y más terreno.

Si me enamorase de ella, resultaría una verdadera catástrofe.

Por eso le dije esas cosas tan groseras, por eso a veces la trataba de forma indiferente, o me comportaba como un completo gilipollas, quería evitar que se enamorase, quería evitar que fuera cariñosa, sería el fin de los dos.

Cuando se acercó a mí y desanudó mi corbata, cuando me desabrochó lentamente los botones de la camisa y sus labios pronunciaron las palabras mágicas: «voy a estar contigo siempre, nunca me voy a ir», sentí una explosión de dopamina demasiado intensa, y ya sabemos lo que sucede con la dopamina, te vuelve adicto.

María era todo lo que había buscado por años, la mujer de mis sueños en carne y hueso, la compañera de vida ideal.

Ella apenas tenía veinticuatro años, pero yo en menos de quince días cumplía treinta y uno. Por mi cabeza rondaban pensamientos de tener una relación estable, formar una familia, convertirme en un buen marido, protector, proveedor, que resolviese, que cuidase, que satisficiese. Y todo eso lo quería con ella.

Pero entonces, necesitaría vivir, tendría miedo de mirar a la muerte de frente, desaparecería mi bravura, mi mal carácter y mi osadía para escupirle en la cara al mismo Satanás si era necesario; no temer llevarme un disparo o que me cortasen el cuello fue lo que me hizo estar donde estaba. Si eso

cambiaba, todo mi imperio se derrumbaría y con él, Ángela, Marcela, Petra, María y Gabriel.

Si yo caía, la casa del Padre de la mafia se convertiría en un campo de guerra, todos vendrían a por las biografías, todos querrían saber los secretos más oscuros de las otras familias, todos querrían buscar el dinero, apropiarse de las obras de arte y, por supuesto, de las mujeres que vivían en esta casa.

Penélope sería la primera en caer, pero eso era lo que menos me importaba.

Lo tenía todo preparado para que el código de mi caja fuerte le llegase a María en un mensaje de texto en el mismo momento que mi corazón dejase de latir, ella debería coger todo el dinero y largarse lejos con Gabriel, Petra, Marcela y Ángela, teníamos que hablar de esto, debía pedirle que no las abandonara, ellas no tenían a dónde ir; a pesar de cobrar buenos sueldos, sus vidas estaban vacías y rotas por el dolor.

Pero si María para ese entonces ya estaba enamorada de mí, todo esto le resultaría más difícil, ella era puro corazón y sentimientos, muy fuerte para unas cosas, pero jodidamente débil para otras, dudaba que quisiera irse de esta casa, desvincularse de nuestros recuerdos, tal vez, la muy idiota se quedaría aquí esperando a que viniesen a fusilarla, era ese tipo de chica, era de las que por amor hacían idioteces, la tenía demasiado analizada.

Así que, aunque yo fuese cayendo poco a poco, de forma inevitable, me aseguraría que fuese lo demasiado lento como para lograr mi meta, primero sacarla de aquí y, después, me entregaría y que acabasen conmigo, sabía muy bien que era imposible borrar a toda la mafia del mundo, podría acabar con las seis familias, pero ellos tenían raíces, raíces que buscarían venganza.

Por eso no podía enamorarme, el amor me haría cambiar de opinión, me haría querer vivir y eso estropeaba mi plan, eso ponía a las mujeres que vivían en esta casa, junto con Gabriel, en peligro.

Muchas veces pensé en irme lejos y esconderme, algo que podría hacer estando solo, pero no con una familia.

Por tanto, debía seguir siendo un cerdo, un imbécil, debía seguir evitando que me quisiera, perpetuando su odio, que me viese como un canalla y el día de mi muerte, no sintiese más que alivio.

Nuestro matrimonio debería seguir siendo un matrimonio forzado, hasta el final.

Pero hasta que eso llegara, necesitaba beber de ella, alimentarme de ella, disfrutarla con todos mis sentidos, empaparme de su luminiscente esencia.

Era mi último deseo, antes de morir.

MARÍA



Entre el sonido de las páginas del libro de Salvatore y el mío, se creó una especie de melodía relajante que logró dejarme extasiada, acabé durmiéndome antes de lo normal.

Suponía que el calmante que tomé también hizo su trabajo.

Sabía que estaba dormida, era una de esas veces en las que estás soñando y eres consciente de que es un sueño, lo ves todo en primera persona pero, al mismo tiempo, en tercera, como si fuese una película. Tú eres el protagonista, mas tu consciencia lo envuelve todo, viendo cada detalle.

Mis pies caminaban sobre la alfombra de aquel infernal pasillo, volver a estar ahí me hizo sentir pavor y miedo, prefería vivir con Carusso, un millón de veces más.

¿Por qué estaba ahí? ¿Qué hacía ahí?

¡Salvatore! ¡Salvatore, ven a por mí! ¿No decías que era tuya? ¿Por qué no estás aquí conmigo?

Empecé a llamarle entrando en pavor, necesitaba verle para tranquilizarme, tenerle cerca significaba que nadie me tocaría un pelo, nadie excepto él, lo cual ya no era ningún problema, nunca me hacía daño, lo peor que podía hacerme era comportarse como un imbécil, nada más.

*«*Shhh, tranquila, solo es un sueño*»,* me dije a mí misma, tratando de autorregularme.

Una vez mis pasos se detuvieron frente a aquella puerta, ya sabía lo que iba a suceder, no quería volver a verlo, no quería volver a vivirlo. Intenté salir corriendo, ir a otro lugar, evitar ese momento, pero era imposible porque, a pesar de ser un sueño, también era un recuerdo, y no se puede huir a ningún otro sitio salvo lo que tu mente recuerda.

Mi padre estaba con esa niña, intenté atacarle, él me descubrió y le pegó un tiro. Le recriminé el haberla matado y su dedo me señaló.

—Es una Carusso, los Carusso nunca pueden saber que existes, te matarán, están en guerra con nosotros desde hace demasiados años, ¡tú la has matado!, ¡es tu culpa!

¿Era una Carusso? ¿Era Mía Carusso? Aquella niña de dieciséis años que yo era, no entendía nada, pero mi consciencia, en el presente, lo empezó a comprender con un dolor desolador. Mientras mi padre ordenaba a sus

hombres que me subiesen a un coche, llevándome a rastras, metiéndome a empujones y colocándome un saco sobre la cabeza para que no viese a dónde íbamos, le oía decir que Mía era el juguete de un cliente muy importante, y que ahora, yo debía ocupar su lugar. Si no le ofrecía algo de la «misma calidad», mi padre sería hombre muerto.

—Te portarás bien y harás lo que se te diga, ya ha muerto una niña por tu culpa, no querrás que también muera tu padre, ¿no? Por supuesto, también te matarán a ti.

Cuando el coche se detuvo, me sacaron aun con la cabeza cubierta, agarrándome de los brazos, llevándome hasta aquella habitación infernal, la había olvidado por completo. No lo recordaba, era como si no existiera.

Una vez me quitaron el saco y levanté la vista, él estaba ahí, mis ojos se abrieron sorpresivos al ver de quién se trataba, al ver quién había comprado a Mía Carusso para hacer cosas despreciables con ella.

Liu Yum.

Solo tenía unos diecinueve años, pues Liu era menor que Salvatore y solo tres años mayor que yo, pero ya era un jodido monstruo.

—Vaya, esto es incluso mejor de lo que esperaba, la hija de Osorio, la fruta prohibida.

¿Por qué mi padre había accedido a esto? ¿Por qué alguien más poderoso accedía a algo tan peligroso para cumplir el deseo de un niñato?

Meterse con los Carusso costaba caro, muy caro.

—¡Liu! ¡Liu, por favor! ¡Ayúdame! —pedí, como una idiota, pensando que él seguía siendo mi amigo, a pesar de burlarse de mí cuando éramos críos.

—Siempre he querido follarte, desde que era un jodido niño, me hacía pajas pensando en ti, lástima que estuvieses un poco gorda y mis amigos se burlasen. La reputación es importante en alguien como yo, además, para los asiáticos, la obesidad es un jodido problema, nos da asco simplemente.

Liu comenzó a caminar alrededor de mi cuerpo, yo seguía de rodillas, con las manos atadas, tratando de respirar profundo y no desmayarme por la falta de oxígeno, me estaba dando una jodida crisis de ansiedad, tenía demasiado miedo.

—Aunque... parece... ¿estás un poco más delgada? —Sus manos agarraron mi cabello de forma violenta, y la cremallera de su pantalón se bajó, escuchar ese sonido metálico me hizo aullar del miedo, no estaba preparada para esto, no quería pasar por esto.

—¡Abre la boca y come, jodida gorda! —gritó, restregándola contra mis

labios cerrados a cal y canto.

Entonces, todo sucedió demasiado deprisa, hubo un corte de luz, se oyeron disparos, por el sonido del exterior, intuí que estábamos en un hotel. ¿Cómo me metieron dentro de un hotel con un saco en la cabeza sin que nadie dijese nada?

—¡Carusso! ¡Es aquí! —La voz de Petra me hizo dar un sobresalto, al igual que ese apellido.

La puerta se abrió siendo rota con demasiada fuerza bruta, a patadas.

«Ningún Carusso debe verte la cara, te matarán».

Liu levantó las manos, con una sonrisa sádica pintada en el rostro, Salvatore le apuntó con la pistola directamente a la frente.

—¿De qué se me acusa, querido Padre?

Salvatore apenas había cambiado, a pesar de ser mucho más joven, se había conservado bastante bien, mi corazón comenzó a palpitar desbocado por el miedo; la María de dieciséis años creía que ese chico quería matarla. Él debería tener unos veintidós en aquel entonces.

—Mi hermana, me han dicho que la has comprado, ¿dónde coño está?

Liu empezó a reírse.

—Solo he comprado a esta puta, por Dios, ¿por quién me tomas*?*

Petra empezó a levantar la habitación junto con Mateo, buscando por todas partes. Yo me mantuve de rodillas, con la cabeza agachada, la luz seguía apagada, él me alumbró con una linterna, viendo mi cabello moreno, aun no me lo teñía de rubio.

—Fuera de aquí, hijo de puta, es una cría, joder —rugió y Liu se subió la cremallera**—.** Vamos, ¡largo!

—Exijo un mejor trato...

—No eres ningún líder, tu padre sigo vivo, como si quiero matarte ahora mismo. —Aquellas palabras, hicieron hervir la sangre de Liu, noté en su expresión cómo deseó en ese mismo instante arrancarle la piel a tiras a Salvatore y luego cargarse a su propio padre para convertirse en el líder—. ¡Fuera de aquí, joder! —bramó, y Liu, tras mirarme de forma desafiante, se fue.

La linterna volvió a apuntarme, hice más hincapié en taparme el rostro, no quería morir, solo quería encerrarme en mi habitación y esconderme debajo de la manta, tenía demasiado miedo.

Escuché otra cremallera a lo que grité de pavor, pero no era para forzarme a nada, solo se había quitado la chaqueta y había cubierto mi cuerpo con

ella.

—Estás temblando, dime, ¿cómo te llamas?

Negué, no quería decírselo.

—Ven conmigo, estarás bien. —Su voz sonaba aterciopelada, era como una promesa en la que yo deseaba creer, pero no podía. Liu, mi mejor amigo de la infancia, había hecho algo terrible, mi padre, mi propio padre, era un monstruo con todas las letras, ¿cómo confiar nuevamente en otro hombre? Volví a negar, haciéndome cada vez una bola más pequeña, no podía dejar que me viese—. Me da pena dejarte aquí, venga, ven, no pretendo abusar, no soy como él, solo te llevaré a un lugar seguro, puedo mejorar tu vida.

—Déjame, por favor.

—Pero, ¿qué va a ser de ti?, ¿tienes a dónde ir?, ¿familia?

Asentí de forma rápida y repetida, quería que se fuese y me dejase en paz, estaba aterrada. Alcé los ojos entre mis dedos, pudiendo ver su rostro, parecía una buena persona, era un chico guapo, increíblemente guapo, pero eso no significaba poder confiar.

—Estaré bien, vete por favor.

—Toma, por si necesitas defenderte. —Se sacó un cuchillo de alguna parte que no pude ver, agarró mi muñeca obligándome a abrir la mano y lo puso en ella, cerrando el puño—. Cuídate, tengo que seguir buscando a mi hermana, espero volver a verte algún día, y que estés bien.

Petra apareció tras darle una patada a un cojín.

—Ni rastro de Mía, el que nos ha dado la información, ha mentido.

—Irá de cabeza a los putos caimanes —rugió con aspereza, echándome un último vistazo—. ¿Segura que no quieres venir? —Negué—. Bueno... ¡Seguimos buscando! ¡Peinad todo el puto hotel!

Antes de que se fuera, antes de que su espalda desapareciera tras la puerta, un chirrido de voz débil se escapó de entre mis labios.

—¿Quién eres tú?

Él se detuvo, mirándome por encima del hombro, vi la lástima reflejada en su mirada, no quería dejarme ahí, pero tampoco iba a llevarme en contra de mi voluntad.

—Me llaman Padre, pero mi nombre es Salvatore. —Una sonrisa inocente se dibujó en sus preciosos labios—. Aunque tú puedes llamarme Salva. —Me guiñó un ojo—. Me caes bien, pero que sea nuestro secreto, cuídate.

Una vez se fue, quedando a oscuras, su olor en aquella chaqueta fue lo

único que me hizo sentir a salvo, hasta que los hombres de mi padre vinieron a por mí, y me quitaron el cuchillo.

CAPÍTULO 30

SALVATORE



Los pajarillos cantaban; en mi otra vida (vamos, ayer mismo) me despertaba con ganas de sacar la pistola por la ventana y matarlos a todos, pero en esta nueva vida (porque follarme a esa preciosidad me había marcado un antes y un después, lo sabía aunque me negase) me parecían cucos y monos.

La tenía durmiendo encima de mí. Cuando se quedó frita la moví de esa forma y así quedó toda la noche, respirando profundo, acurrucada sobre mi pecho, como si yo fuese alguien que inconscientemente la hiciese sentir en paz, protegida, en calma.

Metí mis dedos entre sus cabellos rubios, el olor de su pelo llegó a mi olfato, provocándome deseos de comérmela entera y no dejar nada de ella. No tuve suficiente con follármela, para nada, yo necesitaba hacerle el amor.

Nunca hice el amor.

Anoche solo le hice lo que cualquier hombre se moriría por hacerle, le dejé ver un poco del deseo que sentía por ella, pues si se lo mostraba todo, la habitación ardería hasta reducirse a cenizas.

Dios, era tan bonita, tan hermosa, que dolía mirarla.

Las manos me temblaban, suspiré entreabriendo los labios, deseando despertarla con un morreo, deseando invadir su boca con mi lengua, llenándola de mí, llenándome de ella.

Acaricié la longitud de su columna, su espalda llena de curvas, su piel suave, su rico olor, la maravillosa forma de su cuerpo de guitarra, joder, qué carnes, maldita sea.

Decía que estaba gorda como si poseer unos pechos increíbles y un culazo, con unos muslos bien llenos, tersos, apretados y una barriguita adorable fuese malo. Lo que estaba era buena de cojones.

Y aunque pesara veinte kilos más, seguiría siendo perfecta, porque seguiría siendo igual de suave, igual de guapa, igual de risueña, igual de sexi, igual de especial, igual de terca, igual de... en fin, sería ella, su esencia, su persona, mi debilidad.

Esas zorras que se burlaron de su físico no merecían aquel disparo, fantaseé con echárselas vivitas y coleando a mis mascotas, y tomarme un vaso de whisky mientras los caimanes se las cenaban, pero supe que María me odiaría si me viese hacer algo así.

A Mónica se la tenía jurada, no le permitiría esa falta de respeto hacia mi mujer, ella solo fue un lío, un intento de algo que nunca funcionó, puse mi empeño y esfuerzo, pero fue imposible, porque yo era el hombre de otra mujer. Yo era de María, solo que aún no nos habíamos encontrado.

Y ahora le sería fiel hasta la muerte, aunque me odiase, aunque me comportase como un idiota, aunque le hiciera bromas, aunque la sacase de quicio, siempre tendría mi lealtad, siempre.

Los pajarillos siguieron cantando, cada vez más alborotadores. María frunció el ceño molesta, quitándose de mi pecho para irse a la otra punta de la cama, escondiendo la cabeza bajo la almohada, mierda, la estaban molestando, estaban perturbando su dulce sueño.

Los miré de forma asesina a través de los visillos, me costó mucho colocarla de esa forma y por culpa de ellos ya no estaba.

Visualicé su cuerpo dormido, aún envuelto en las sábanas y en mi sudadera, estiré los brazos con el ceño arrugado, me estaba gustando tocar su pelo y ahora, a saber cuánto tendría que esperar para poder volver a tener la oportunidad.

Fui descalzo al escritorio, cogiendo la pistola, la cargué y le puse el silenciador.

—Os vais a cagar, malditos bichos —repliqué, apartando el visillo. Disparé a algunas ramas a conciencia, para no hacerles daño, pero que se largasen de ahí.

Se acabaron los pajarillos.

Una vez cerré el visillo, decidí que ya no podía volver a la cama, por desgracia tenía una rutina demasiado marcada y desobedecer a ella me costaba la vida misma.

Era algo común en las personas como yo, con síndrome de Asperger. Necesitábamos una rutina y salirnos de ella nos estresaba a un nivel que podía hacernos perder los nervios y la calma.

Nos perturbaban los ruidos fuertes, nos costaba mostrar nuestros sentimientos, nos refugiábamos en nosotros mismos y el mundo nos parecía frío, desolador, horrible y apático. Nunca solíamos ser empáticos, muy pocas veces, a menudo podíamos ser más sensibles con una planta que con un ser humano, nos refugiábamos demasiado en nuestros objetos personales, los amábamos, llegamos a desarrollar verdadero apego por ellos.

La gente solía pensar que las personas con espectro autista eran discapacitadas, limitadas, menos inteligentes, incapaces de cuidar de sí mismas o de lograr algo en la vida.

Nada que ver.

Me saqué una carrera sin esfuerzo, podía realizar operaciones increíblemente complicadas gracias a mi falta de empatía y sangre fría; solo era trabajo, solo era medicina, solo era un cuerpo, solo hacía lo que tenía que hacer porque mi obsesión con perfeccionarlo todo me obligaba a hacerlo bien, nada más. No me temblaban las manos ni se me ponían las piernas como un flan por la presión de tener que salvar una vida.

No me importaba la vida, me importaba ser el mejor en lo que hacía.

Las personas con espectro autista, éramos increíblemente exigentes y duras con nosotras mismas. Y también padecíamos una infernal carencia de amor, estábamos sedientos de ese sentimiento.

Pero con María todo parecía ser distinto, ella hacía que mi burbuja se quebrase, ella me hacía ser empático, ella me hacía sentir cosas.

Y no era como con Mía, a Mía la quería, porque era mi hermana.

A ella no tenía motivos para alguna vez quererla, pero... dios, qué mierda.

Una vez me vestí con un chándal gris oscuro, sin hacer el mínimo ruido, echando ligeros vistazos al placentero descanso de María, tiré del pomo de la puerta y salí. Petra estaba en la parte de abajo, me hizo un saludo militar y yo le envié una señal para que subiese a la habitación.

—Custodia hasta que se despierte, no la quiero desprotegida mientras está indefensa.

—¿Hizo efecto la pastilla? —cuestionó con adversidad, no podía darle una respuesta clara.

Cuando María se intentó cortar las muñecas, y tuve que coserle, cogí disimuladamente una muestra de su sangre. En el momento en el que le pinché la intravenosa para inyectarle el suero, antes saqué un poco de aquel elixir de vida.

Quería saberlo todo sobre ella, hasta ese punto. No obstante, lo que tan solo era curiosidad por su grupo sanguíneo y pocas cosas más, me reveló algo muy curioso. Había un medicamento en su torrente, uno que tardaba al menos entre unos cinco y diez años en limpiarse totalmente del cuerpo y bastante más en dejar de hacer efecto (sin antídoto) a causa de su agresividad, se trataba de la flor de loto. Fue una medicina descubierta por médicos japoneses, creada para personas que vivieron hechos traumáticos que necesitaban olvidar para ser ellas mismas. Esto era útil en mujeres violadas, militares, personas que perdían a un familiar querido y quedaban atrapadas en la depresión...

Se le administraba media pastilla con cada comida, la flor de loto te permitía vivir con normalidad, pero eras incapaz de retener en tu memoria todo lo sucedido cuarenta y ocho horas antes, y cuarenta y ocho horas después. Esto sucedía por unos potentes y alterados azúcares que iban directamente al cerebro, atacando la zona encargada de memorizar, era como un Alzheimer inducido, algo muy útil según en qué caso, muy peligroso si se usaba a la ligera.

María tenía vagos recuerdos, no es que lo recordase todo, pero tampoco padecía una amnesia total, debieron suministrárselo de forma irregular, sin que lo supiera, oculto en sus comidas y bebidas, por eso no hizo el efecto tan abrasivo que se esperaba, por eso aún recordaba algunos matices.

¿Qué tan malo fue lo que le hicieron como para tener que recurrir a esa droga? ¿O fue tal vez por algo que descubrió? La intriga me mataba, una parte de mí no quiso devolverle sus recuerdos, pensó que podría destruirla, pero la otra, me hacía pensar que fuese lo que fuese, ella tenía derecho a saber la verdad, su verdad.

Tal vez lo mejor hubiese sido preguntárselo, pedirle permiso para esto, me sentía mal por tomar esta decisión sin decirle nada. No obstante, ¿cómo le sentaría saber que la drogaron sin su permiso? Quizás se asustase aún más, quizás no creyese en mí, quizás pensase que la quería poner en contra de su padre, quizás nos distanciáramos más. Así que solo opté por darle el dragón rojo, así se llamaba el antídoto, enmascarado como si fuese un calmante. Debería reducirse la inflamación del total de su cerebro, debería empezar a poder acceder a sus vivencias y debería ser capaz de recordar el motivo por el cual comenzaron a drogarla.

Pues todo lo vivido no se desechaba sin más, el cerebro lo grababa absolutamente todo, como una cámara, lo que ese medicamento hacía era

bloquear el procesamiento de la memoria para acceder a dicho recuerdo, no eliminarlo.

—Por ahora duerme tranquila —siseé, en voz baja.

Ángela apareció con mi café expreso, incliné la cabeza a modo de agradecimiento, ella se retiró rápidamente para seguir con la limpieza. Soplé sobre la tacita dando un pequeño sorbo.

—Quizás no haya vivido nada traumático, tal vez fuese para mantenerla idiotizada —añadió Petra, descarté su teoría de inmediato.

—De eso nada, ya viste el ataque de pánico que le dio en el coche, estoy seguro de que algo hay, y voy a romper los huesos de quien lo haya hecho.

—¿Y si es Osorio el culpable? Es un líder, no podrás hacer nada, ni siquiera has podido castigarle por lo de tu hermana, sin pruebas...

Entrecerré los ojos con desprecio, odiaba que me lo recordase.

—Algún día degollaré a ese cerdo.

MARÍA



Grité, cuando los hombres de mi padre vinieron a por mí, cuando intentaron volver a ponerme aquella bolsa en la cabeza, olvidé que era un sueño y grité desesperada, con terror, maldiciendo no haberme ido con Salvatore, él era mi marido, él prometió cuidarme, ¿por qué me quedé ahí?

—¡Salvatore! ¡No me dejes! ¡Ven a por mí! ¡SALVATORE! —Las sucias manos de esos hombres me agarraban, querían llevarme, la tela del saco me asfixiaba, no veía nada, todo estaba oscuro.

—¡María, por favor! —La voz de Petra me hizo abrir los ojos.

Y vi que estaba allí, en su cama, con su sudadera, envuelta en su olor, en su aura protectora, lejos de mi padre, lejos de sus hombres, lejos de Liu.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, un grito desgarrador salió de mi garganta, me abracé a ella con tanta fuerza como pude, llorando a pleno pulmón, sentía mi corazón abierto en canal, chorreando sangre a borbotones, el dolor era desgarrador, desolador, lo peor que sentí en mi vida.

—Tranquila, tranquilízate, estás a salvo, nadie va a hacerte daño —decía con voz pausada y tranquila, acariciando mi pelo.

—Petra, no lo entiendes, es horrible, esto es horrible. —Mi alma estaba sobrecogida en un puño, sentía que me moriría en cualquier momento, no sabía cómo gestionarlo, cómo llevarlo, cómo olvidarlo.

No solo mi padre me vendió al que un día fue mi mejor amigo, como si fuese una más de sus putas, su propia hija, con dieciséis años, virgen, entregada de la peor manera, esposada, de rodillas, con un saco puesto en la cabeza.

No solo ese hijo de puta me restregó la polla por la cara mientras me llamaba gorda y me humillaba.

Había algo peor, mucho peor.

Mía Carusso murió por mi culpa, si yo no hubiese intercedido, mi padre la hubiese mandado con Liu y Salvatore hubiese logrado salvarla. Las dos estaríamos vivas ahora mismo, o al menos ella, yo no importaba, era la hija de un monstruo, qué más daba.

Le robé la oportunidad a una pobre niña de doce años de volver con su familia, y ahora estaba aquí, en la habitación de su hermano, con su

sudadera, en su cama, recibiendo la atención y protección que le pertenecían a ella, estaba ocupando un lugar que no era mío.

Yo la maté.

¿En qué momento? ¿En qué maldito momento se me ocurrió que yo podría con Pepe? ¿Que podría hacer algo contra ella? ¿Por qué fui tan estúpida? ¿Por qué Dios me dejó hacer tal mierda?

Me deshice en lágrimas, queriendo soltarme de Petra, no merecía su atención, ni la de Salvatore, ni la de nadie, merecía pudrirme en un maldito agujero y morirme. O que él mismo me echase a los caimanes.

—Por favor... déjame —pedí, queriendo salir de la cama torpemente, las piernas no me respondían.

—No vas a ir a ninguna parte, ahora mismo llamo a Carusso, está reunido con Eva. —Sacó el teléfono, quedando petrificada cuando le di un grito, rogándole que no lo hiciera, no podía verle, no podía volver a ver esos ojos que se agacharon para ver si estaba bien, aquellos que debían haber encontrado a su hermana en mi lugar.

Si hubiese sabido que estaba muerta por mi culpa, me hubiese disparado en aquel momento.

—Solo quiero ir a mi habitación —balbuceé, tratando de quitarme a Petra de en medio, necesitaba estar sola, enroscarme bajo la manta y esperar a morirme.

—Está bien, pero te acompañaré —refunfuñó entre dientes, no muy convencida, asentí con la cabeza, agradecida porque aceptara lo que yo quería hacer.

Mis pies descalzos salieron de la habitación de Salvatore, empecé a caminar por el pasillo, sin dejar de pensar que estaba viviendo en la casa de Mía Carusso, que ella debió estar aquí, que ella era quien debía estar ahora mismo, y no yo.

La mirada se me cruzó con el amplio ventanal al fondo del pasillo, no pude evitarlo, fue como un impulso, como si alguien me cogiese de la mano y tirase de mi cuerpo, todo se volvió gris y mi corazón latió desbocado pidiéndome que acabase con todo esto.

No lo soportaba más, necesitaba dejar de vivir, ¿así era como se sentía mi madre? Me sentí horrible por haberla juzgado tantas veces.

Corrí hacia la ventana, Petra vino detrás de mí, gritando que no lo hiciese. Pero lo hice.

«Perdóname, Mía». Fue todo lo que pensé antes de coger impulso, y saltar.

CAPÍTULO 31

SALVATORE



El alma se me rompió en mil pedazos, cuando la vi caer. Fue como revivir aquel momento en el que mi padre recibió el disparo y quedó a mis pies, desangrándose.

Había tenido una reunión con Eva Lelouch por asuntos de dinero, acababa de bajar del coche cuando escuché una cristalera hacerse añicos y el grito de Petra.

Todo fue en cuestión de segundos, lejos de quedarme paralizado corrí hacia ella, corrí con todas mis fuerzas aun sabiendo que no sería suficiente, que no llegaría, era imposible.

Su cuerpo cayó sobre los espesos setos que bordeaban toda la casa, los cuales medían un metro de altura, estos aminoraron el golpe de la caída, pero los troncos de ellos, aunque finos y endebles, podrían haberse clavado en su carne como cuchillas.

Además de golpearse la cabeza y morir.

Petra saltó desde el bordillo directamente, las alturas no eran problema para alguien como ella, cayó de cuclillas, rodando por el suelo para aminorar el impacto y poniéndose rápidamente en pie, colocando los dedos en su cuello buscando pulso. En cuanto llegué, con el corazón a punto de salirse por mi boca y los ojos abiertos como platos, la abracé buscando signos vitales y, sobre todo, que no tuviera una apertura sangrante en la cabeza.

—Está viva, Carusso, se pondrá bien.

—Pero está inconsciente, se ha dado en la cabeza, se ha tenido que dar. —La respiración se me entrecortaba, había un sinfín de ramitas y pequeños cristales hincados en su preciosa piel blanca, haciéndola sangrar, su rostro mostraba dolor, miedo y tortura, como si algo la estuviese aterrorizando aun

inconsciente. No era el momento de preguntarle a Petra qué había sucedido, tenía que salvarla, ya—. Llama a una ambulancia. —Jadeé, de repente era como si se me hubiese olvidado absolutamente todo lo que aprendí en mi carrera, como si fuese un completo inútil, mi ego desapareció, la confianza se fue, me sentía demasiado poco, demasiado inexperto para salvar su vida. Si la perdía, no me lo perdonaría, jamás.

Esto no se trataba de otra medalla para colgarme en el pecho, ni de otro trago de orgullo, estábamos hablando de la única mujer que me había hecho sentir algo.

Las lágrimas empezaron a caerme mejillas abajo sobre la sudadera que aún llevaba, Gabriel vino corriendo, junto con Marcela, le hice un gesto para que por favor le llevase al interior de la casa, luego me ocuparía de él.

—Carusso, si llamo a la ambulancia, harán preguntas. —Petra se mantenía inmóvil a mi lado, con el teléfono pendiendo de los dedos.

—¡Me importa una mierda! ¡Que llames, joder!

Yo no estaba en condiciones para salvarla, podría necesitar más de lo que tenía en ese laboratorio, podría necesitar de un equipo completo y especializado.

—Te vas a poner bien, María, estoy contigo —prometí, besándole la mano, apretándola contra mis labios mientras las lágrimas me caían aun con más intensidad—. No puedes hacerme esto ¿vale? Te dejaré ser libre, tendrás todo lo que quieras, haré cualquier cosa, desapareceré si lo necesitas, pero no puedes morirte.

Petra ya estaba hablando con los servicios de emergencia, traté de aclarar mi mente, recordando todo lo aprendido de medicina.

—Carusso... —me dije a mí mismo—. Venga, espabila, joder.

Lo primero era la evaluación ABCD.

A, vías respiratorias, no había obstrucción.

B, insuficiencia respiratoria, respiraba con normalidad.

C, circulación, no presentaba ninguna hemorragia.

D, pérdida de consciencia, afirmativo.

No la moví, no se debía hacer en estos casos, la coloqué en la postura correcta mientras esperaba impaciente a que llegasen, sentía un fuerte impulso por cogerla en brazos y bajarla al laboratorio, hacerme cargo de ella yo mismo, o meterla en el coche e ir cagando leches hasta el hospital más cercano.

Todo me asustaba, todo me generaba dudas, todo me gritaba un «va a salir

mal, la vas a cagar, la vas a perder, no puedes controlarlo todo, no puedes con esto, te supera».

—Carusso, ¿estás bien? —No me di cuenta, pero estaba de rodillas junto a ella, llorando como un niño, con mi mano aferrada a la suya, acariciando su pelo, volviendo a sentir aquel dolor tan agudo, volviendo notar cómo mi corazón revivía la pérdida de un ser querido.

La quería.

Joder, quería a María.

—¿Por qué ha hecho esto? —Miré a Petra, con los ojos llenos de rabia, deseando aniquilar, matar, quemar, arrastrar y despellejar a todo lo que hubiese provocado este final.

—Al parecer el dragón rojo hizo efecto y ha recordado algo, me dijo que quería ir a su habitación, confié en ella, no esperé que se atreviese a algo así, perdóname. —La mano de Petra se apoyó sobre mi hombro, los cuales bajaron mientras dejaba caer la cabeza hacia delante, me pesaba demasiado. Petra también tenía la mirada acuosa—. Sé lo que estás pensando y no es tu culpa, Salvatore, le has devuelto una parte de su vida, una que aunque sea dolorosa tenía derecho a saber, sea lo que sea, le ayudaremos a superarlo.

—A lo mejor ella no quería recordarlo, a lo mejor, no quería superarlo siquiera. —Los labios se me tensaron mientras me sentía un completo gilipollas, la arrogancia me salió jodidamente cara, y esto era una clara lección de humildad, no se podía jugar a ser Dios, no se podían tomar decisiones sobre la vida de otras personas, mucho menos sobre las que te importaban, porque entonces el destino te pegaba una bofetada y se lo llevaba todo, para demostrarte que nunca tuviste nada, que nunca fuiste nadie—. Si se pone bien, la dejaré irse. —Juré, con todo el dolor de mi corazón, me iba a destrozar dejarla ir, me iba a romper en mil pedazos no tenerla en mis días, ni en mis noches, pero nada de eso me rompería más que perderla de esta forma. Quería su felicidad, conmigo o sin mí.

El sonido de la ambulancia no tardó en oírse, un coche de policía venía detrás de ellos, era lo normal cuando se avisaba de algo así.

El equipo de médicos se acercó de inmediato, comenzaron a examinarla, tumbándola en una camilla para transportarla al interior, intenté hablar con ellos pero era inútil, solamente conversaban con Petra, ella les decía que se despertó de una pesadilla e hizo eso. No podía mentir diciendo que había caído por accidente, pues por la rotura de los cristales se notaba que fue a consciencia.

—Señor, necesitamos tomarle declaración. —Uno de los policías estaba detrás de mí, mirándome con cara de pocos amigos, fijándose en el arma que tenía a un costado del pecho—. ¿Por qué va armado?

Hizo un gesto con la mano para que su compañero, el que estaba dentro del coche patrulla, solicitase refuerzos.

Estos imbéciles no tenían ni idea de quien era. Joder.

—Mira, no quiero un numerito. —Saqué el arma despacio, agachándome para dejarla en el suelo, le di una patada alejándola de mí, con las manos en alto—. Solo quiero que mi mujer esté bien, deje que suba a esa ambulancia y vaya con ella.

—De eso nada. —Intentó hacerme una llave para ponerme las esposas, rodé los ojos, mirándole con cara de asco—. Usted es... es... sospechoso, tiene que darnos declaración y va a venir a comisaría.

—Petra —supliqué—, sube a la ambulancia y cuida de María, por favor.

—Cuenta con ello —asintió, mirando al policía—. Tío, acabas de cometer el mayor error de tu vida.

Petra subió a la ambulancia a toda prisa, el policía trató de inmovilizarme una segunda vez, le permití que lo hiciera para poder acabar con esto cuanto antes, no quería una redada de doscientos policías en la puerta de mi puta casa cuando lo que tenía que hacer era estar con mi mujer de camino al hospital.

Una vez me puso las esposas, apoyó la mano sobre mi cabeza, atreviéndose a despeinarme, para subirme al coche.

—Vaya, así que eres el típico ricachón hijo de puta que maltrata mujeres —comentó su compañero, con un cigarro en la boca.

—¿Me invitas a uno? Tengo ansiedad. —Su rostro mostró sorpresa, se sacó la pistola y me apuntó con ella—. Anda, ¿es de verdad? ¿Sabes disparar siquiera?

—¿Te crees muy chulo porque tienes una mansión? Con nosotros no vas a divertirte tanto, vas a pagar lo que le has hecho a esa pobre chica.

Rodé los ojos, que insinuasen que yo sería capaz de hacerle daño a María me estaba provocando una acidez a niveles ilusorios.

—Callaos de una puta vez, no os aguanto, payasos —siseé, con los dientes apretados, era la primera vez que llevaba puestas unas esposas—. ¿A qué comisaría vamos? ¿Está allí vuestro jefe?

—Nuestro jefe. —Empezó a reírse—. A nuestro jefe le encantan los matones abusones como tú, te hará mierda, te golpeará tantas veces esa cara

de niño guapo que cuando salgas de ahí, no te va a reconocer ni tu madre.

Mis brazos se tensaron, haciendo fuerza contra las esposas.

—Uhh... me voy a mear en los pantalones —canturreé, dejándome caer hacia atrás—. ¿Podéis conducir un poco más rápido? Necesito hablar con vuestro jefe, antes del próximo año, si es posible.

—¡Somos policías, respetamos los límites de velocidad! —gritó, mostrándome el táser.

Como se le ocurriera darme una descarga con esa mierda...

Iba a dormir con Priscila.

Tras unos veinte minutos de horrible conducción, escuchando sus estúpidas amenazas sobre todo lo que me esperaba al bajar del coche y llegar a la comisaría, por fin aparcamos.

Eran los dos típicos policías que solo trabajaban de esto porque eran demasiado vagos para sacarse una carrera, pero al mismo tiempo necesitaban un título que les ayudase a sentirse superiores a los demás. Me apostaba el cuello a que se hacían fotos con el uniforme y las subían a las redes.

Patético.

—Una pregunta —cuestioné, al bajar de coche, mientras me empujaban hacia la comisaría—. ¿Os metisteis en el cuerpo solo para poder ligar?

Aunque no respondían, me daba que sí.

Las dos viejas que chismorreaban frente a la panadería quedaron con la boca abierta al ver la escena, otra chica de unos veinte años que iba paseando a su perro se asustó al vernos, los policías le regalaron una sonrisa mientras hacían más fuerza sobre mí, podría quitármelos de encima muy fácil, pero esto sería alargar las cosas y yo necesitaba ir con María.

—¡Señor! ¡Aquí tenemos a un hijo de puta que ha intentado matar a su mujer!

Ya estaba cansado de tanta tontería, todo el mundo quedó en silencio dejando de hacer lo que estaban haciendo para echarme un ojo, mi cara de pocos amigos era un cuadro y la del comisario una odisea.

Sudaba, sus mejillas gordas y su frente, tan amplia como un campo de fútbol, estaba sudando, mucho. Se trataba de apartar el cuello de la camisa porque le costaba respirar, quería decir algo, pero no podía.

—Comisario, ¿les dice que me quiten las esposas, por favor?

—¡Calla...! —Le di una patada en la espinilla al idiota que tenía a la izquierda, pegándole un rodillazo al otro en el estómago, el que viene de

nuevo se lleva un cabezazo, y el otro una patada en los putos huevos, tras unos golpes más, aun estando esposado, los dos están tirados en el suelo y tengo cinco pistolas apuntando a mi cabeza, el comisario sigue sin poder hablar.

—Se...señor... Carusso...

—El mismo, en mi día libre, aquí, con usted, ¿qué le parece? —Pestañeé con pesar—. ¿Cómo piensa recompensarme por esto?

El pobre hombre se levantó a duras penas, tenía las piernas como dos flanes, tanto que perdió ligeramente el equilibrio tambaleándose de un pie al otro, hizo un gesto para que bajasen las armas, confundidos, le obedecieron.

—Este señor... es el que manda —explicó, simple, directo y sin rodeos—. Aquí se hace lo que él diga, como él diga, cuando él diga.

El más rubio de los dos que estaban en el suelo se puso en pie, mirándome con recelo, finalmente metió la llavecilla quitándome las esposas, le pegué un puñetazo en la nariz volviendo a dejarle donde estaba, a mis pies.

Me giré hacia el otro tendiendo la mano.

—Devuélveme mi pistola.

Este miró al coronel, el cual asintió rápidamente, sacó el arma poniéndomela en la mano, automáticamente, le disparé en una pierna, y luego, al otro. Ambos quedaron tirados en el suelo en mitad de la comisaría, llorando como niños, inspeccioné con una expresión cruel y dura la cara de cada uno de los allí presentes.

—¿Alguno se ofrece voluntario para llevarme al hospital? No pienso conducir un coche de policía, me dan asco.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Iba corriendo por los pasillos, con el teléfono pegado a la oreja, siguiendo las instrucciones de Petra.

—¿Pero ya la han ingresado en planta?

—Sí, aún tienen que hacerle pruebas, he insistido en que es alguien importante y que necesitamos privacidad, cuando han visto de quién es hija, no han dudado en trasladarla —suspiré, menos mal, al menos ser una Osorio ha servido para algo positivo por una vez—. Va a ponerse bien, por dios, vuelve a respirar, el que se va a morir de verdad eres tú.

—Se ha tirado de un primer piso... —Me froté la frente, dejando mi espalda apoyarse contra el cristal del ascensor, me sentía agotado, tanta

tensión, tanto estrés, mi cuerpo acababa de sufrir un fuerte bajón al escuchar que se iba a recuperar, que estaba fuera peligro—. ¿Tiene algo roto? ¿Su cabeza está bien?

—Se ha desmayado, al parecer tuvo más que ver con su estado de nerviosismo que con el impacto, tiene una muñeca rota, una costilla y un esguince en el talón derecho, fuera de eso, todo bien, los setos amortiguaron su caída, gracias a Dios que saltó de esa ventana y no de otra.

Se oyó el *din*, la puerta se abrió y colgué la llamada, caminé a pasos rápidos hasta llegar a la habitación. Petra me esperaba fuera, le hice una señal para que no dejase de vigilar, una vez dentro, dejé salir todo el aire comprimido en mi pecho, sus pulsaciones eran constantes, parecía ir bien, solamente tenía una escayola en el brazo y una venda tanto en el pie como en el abdomen.

—Princesa —musité, agarrando su mano no herida para llevarla a mis labios, besuqueándola, sentía que iba a volver a emocionarme, no quería llorar delante de ella, eso me haría parecer un hombre débil—. ¿Cómo estás?

Una parte de mí deseaba gritarle, cantarle las cuarenta por haberse atrevido a intentar abandonarme de esa forma tan horrible, quería plantarle un sermón y hacerle ver mi dolor y frustración, pero no iba a hacer nada de eso, me tragaría el orgullo y reconocería que todo esto fue culpa mía, iba a estar a la altura de las circunstancias.

—Señor Carusso. —Su mano se retiró de la mía y un frío glacial congeló mi alma, no me quería, no me aceptaba, me rechazaba. Lo que hicimos en mi habitación, estos meses de esfuerzo, no habían servido de nada, ella nunca iba a fijarse en mí, nunca iba a ser para mí—. Estoy bien, no era necesario que viniera, tendrá cosas más importantes que hacer. —Una débil sonrisa se dibujó en sus labios, adolorida, viendo cómo sus orbes se volvían vidriosos, parecía estar sufriendo tanto como yo en este mismo instante.

—¿Señor Carusso? Pero, ¿por qué no me tuteas? —Mis oídos no daban crédito a lo que acababan de escuchar—. Por Dios, María, insúltame, pégame una bofetada, ¡vuelve a ser tú!

—Le pido disculpas por mi comportamiento. —No podía creer que esta mujer fuese ella, nada de esto era coherente, el golpe debió hacerle daño a su cerebro—. Usted me ha salvado la vida demasiadas veces, nunca más le volveré a faltar el respeto. —Una de sus lágrimas abandonó sus hermosas mejillas, resbalándose hasta la almohada—. Perdóneme.

—María —insistí, volviendo a agarrar su mano, ella trató de tirar pero no la dejé, no quería, me negaba—. Eres mi esposa, soy tu marido, deja de tratarme como a un extraño. ¿Qué ha pasado?, ¿por qué has hecho eso?, ¿por qué te comportas así?

No decía nada, quedó en silencio, con los labios fruncidos y una mirada lastimosa, parecía haber cometido el peor de los delitos y sentirse de la peor de las formas por ello.

—Pequeña, solo dime qué necesitas, haré lo que sea por ti. —Tragué saliva, a duras penas, mi garganta se sentía jodidamente seca, las manos me temblaban alrededor de la suya, era el momento de decírselo, por su bien, aunque esto me pudiese perjudicar demasiado, no obstante, ahora solo importaba ella—. Te daré la libertad, ¿eh?, compraremos una casa donde tú quieras, lejos, muy lejos, podrás quitarte el apellido, e irte con tanto dinero que no tengas que preocuparte por trabajar ni un solo día de tu vida, tendrás todo el tiempo del mundo para leer, escribir, conocer a un buen chico, enamorarte, ser la mujer que siempre has querido ser, te lo prometo, cariño, lo haré realidad si es lo que deseas. —Las palabras se me atragantaban una tras otra, y una lágrima también estaba bajando por mi mejilla, esto era jodidamente doloroso, pero no iba a rendirme, no iba a dejar que viese cómo me rompía delante de ella, no iba a darle lástima ni privarle de ser feliz—. Nada es imposible para Papá Carusso. —Sonreí, adolorido—. Todo estará bien, de hecho, podremos llamarnos alguna vez y... ser amigos, si quieres. ¿Eh? ¿Qué dices?

Ella solo parpadeaba una y otra vez, sin decir nada, su silencio se me clavaba en el pecho como una puñalada, necesitaba oírla hablar de una maldita vez, aunque no iba a presionarla, debía aguantar como un hombre.

—¿Usted quiere que me vaya? Si desea que desaparezca de su vida lo haré inmediatamente, pero para eso no debería haberme salvado, yo prefería morir.

Volví a tragar saliva. María estaba demasiado extraña, no entendía qué diablos sucedía, hacía unas horas la había tenido entre mis brazos, nos habíamos besado como si lo fuésemos todo el uno para el otro, joder, yo besé a muchas mujeres y nunca sentí algo así.

—Si quisiera que te fueras, como bien dices, no te habría salvado. —Mi agarre en su mano flojeó, no quería agobiarla—. Yo deseo *(necesito)* que estés conmigo, para siempre —dije entre dientes, viendo su rostro angelical serio, con arañazos y cortes, mis ojos descendieron por su preciosa piel

clara, tenía algunos moratones con una pinta bastante preocupante—. Ni quiero que te vayas, ni quiero que te mueras, ni quiero que te sigas haciendo daño, ni tampoco voy a dejar que otros te lo hagan, quiero que estés a mi lado, entre mis brazos, bajo mi protección, hasta el último día de mi vida, porque eres mi mujer, maldita sea.

Seguía con ojos llorosos, ahora fue su mano la que agarró la mía y una sensación eléctrica estalló en mi interior, nunca una mujer ha tenido ese poder sobre mi persona.

—Señor Carusso, haré todo lo que me pida y le complaceré, se lo debo. —La maldita intensidad brillosa de su mirada me estaba haciendo trizas, no soportaba no saber qué ocurría, no entender lo que pasaba por su mente—. Pero necesito que haga dos cosas por mí.

—Lo que desee mi princesa. —Me ofrecí, inclinándome más hacia ella, colocando mi mano libre sobre su cabeza, enredando los dedos en su cabello, masajeándole la frente con el pulgar.

—Quiero que me quite el apellido Osorio —rugió, con los labios secos y agrietados, sus ojos se volvieron casi rojos de la rabia—. Y quiero que me perdone, usted es el Padre de la mafia, ¿no? Necesito entonces contarle algo horrible, y que me dé su perdón.

—En cuanto te recuperes te quitaremos el apellido, y por supuesto que te daré mi perdón, cuéntame lo que ha pasado, confía en mí.

Sus preciosos labios carnosos, se entreabrieron, las lágrimas cobraron intensidad cuando intentó hablar, se tomó su tiempo, finalmente, entonó las primeras palabras.

—He sido una puta, he sido vendida como una puta, y tratada como una puta.

Un puñal en el pecho, otro en la espalda, otro en el costado, lo que me dolía oír eso no tenía casi ni forma de describirse.

—¿Quién te vendió y a quién?

¿Su puto padre se atrevió a algo así? ¿Se la entregó por dinero a otro hombre para que la usara antes de nuestro matrimonio?

—Mi padre me vendió, pero no recuerdo a quién. —Apartó sus orbes de mí, desviando la mirada hacia otro lugar, estaba mintiendo, sí lo recordaba —. No llegó a follarme, pero sí me dijo cosas horribles, y me trató como a una mierda. —Su pecho se infló para vaciarse—. Aun así, eso no es nada, lo peor... —Volvió a suspirar—. He matado a una persona.

Su agarre se debilitó y el mío se fortaleció, dándole el impulso que

necesitaba para no caer.

—Todos, absolutamente todos los que estamos en este «mundo», hemos matado a alguien.

—Era alguien inocente. —Seguía sin mirarme, seguía aflojando su agarre.

—Tendrías tus motivos, siempre hay motivos.

—No, no lo tenía, fue un error, tomé una mala decisión y esa fue la consecuencia de mis actos. —Sus lágrimas salieron con muchas más intensidad, sus pestañas estaban húmedas y preciosas, era la mujer más bonita del jodido universo—. ¿Puede perdonarme, Padre? Perdóneme o écheme a los caimanes, pero quíteme este dolor que no soporto, por favor. —Su llanto se intensificó y no pude permitirlo, mis labios atacaron los suyos besándola, envolviendo su nuca con mi mano, apretando contra mi boca, necesitaba saborearla, sentirla, decirle que estaba aquí, que no había nada que temer, que todo estaba bien. Ella no me rechazó, tan solo me dejó besarla, gimoteando por la intensidad del beso, como si lo necesitara, como si lo desease de la misma forma que yo.

Un enfermero entró interrumpiendo nuestro beso, un fino hilo de saliva se rompió entre nuestros labios, este se disculpó marchándose, cerrando la puerta.

—Estás perdonada, pero perdóname tú también a mí.

—¿Por qué?

—Por ser un gilipollas. —Mi voz sonó ronca, mientras la sostenía con cuidado de la cintura para volver a besarla.

La quería, la quería tanto que me dolía, la quería de una forma que nunca llegué a querer, la quería de una manera que todos pagarían con creces haberla herido y haberla empujado a hacer lo que hizo.

Ellos sufrirán mil veces más de lo sufrió mi mujer, porque nadie, absolutamente nadie, tocaba lo que le pertenecía al Padre de la mafia.

CAPÍTULO 32

MARÍA



Que me besara de esa forma hubiese significado muchas cosas para la mujer que era antes de recuperar mis recuerdos.

Tendría dudas sobre si estaba abusando de mí, sobre el verdadero propósito detrás de todo esto, aún vagaba por mi cabeza la idea de que hubiese forzado este matrimonio solamente para heredar la fortuna de mi padre y que todo lo de Mía era un simple cuento.

Pero ahora, ¿cómo podía seguir manteniendo esa versión de él? Era mi héroe, mi jodido héroe, me salvó de Liu cuando solo tenía dieciséis años, me ofreció ir con él y se preocupó por mí.

Y nunca encontró a su hermana, ni la encontraría.

El estómago me ardía en ácido puro, necesitaba escupirle la verdad en la cara, contárselo todo, absolutamente todo, hasta el último detalle.

No obstante, ¿qué resultado tendría para Salvatore saber la verdad? No es que fuese una cobarde, me daba igual lo que pasase conmigo, me lo merecía, por haber sido parte de todo esto. Era por él la única persona por la que temía, así como puse a Mía en evidente peligro por meter las narices, tratando de ayudar, tal vez ahora también condujese a Salvatore directamente a la muerte si le decía la verdad.

¿Cómo le sentaría saber que mi padre se la vendió nada más y nada menos que a Liu? Obviamente no se contendría, no esperaría a tener pruebas, no esperaría a ningún juicio ni a la aprobación de las otras familias, los mataría a los dos y, luego, todas las familias irían a por él.

Mi tortura era el claro ejemplo de que, a veces, era mejor no saber la verdad.

Ojalá pudiese olvidarlo, ojalá pudiese quitarme toda esta mierda de la cabeza y volver a ser la misma, aunque una parte de mí se sentía agradecida

de saber al fin, quién era de verdad Salvatore Carusso.

Un hombre bueno, un hermano protector, un tío con los huevos bien puestos y todo un caballero. El recuerdo de cómo colocó su chaqueta para cubrir mi cuerpo, el respeto con el que me trató a pesar de encontrarme en aquella situación...

Ahora entendía la devoción que Ángela y Marcela sentían hacia él.

Y ahora estaba aquí, en una cama de hospital, siendo devorada por sus labios, queriendo beberse hasta la última gota de mí, y yo no se lo impediría, porque desde que me salvó la vida por primera vez, desde que vi aquellos ojos azules, desde que fue el primer hombre que cuidó de mí con tan solo dieciséis años... yo ya fui suya. Y lo seguiría siendo, siempre.

Un sonido obsceno rompió nuestro beso una vez más, ambos con las respiraciones agitadas y los labios gruesos de tanto besarnos, mi pecho subía y bajaba al igual que el suyo, mientras su mirada me mostraba fiereza.

—Me pone muy celoso que esos enfermeros vengan aquí a tocarte cada vez que quieran.

Logró sacarme una sonrisa tímida, Carusso siendo Carusso.

—Puede usted sacarme de aquí, señor, no hay nada imposible para el Padre de la mafia.

Sus manos descendieron por mi espalda, colándose por debajo de la sábana, acariciando mis glúteos.

—¿Quieres que papá te lleve a casa y te cuide? ¿Es eso lo que quieres, princesa? ¿Mmm?

Intentaba respetarle y verle como a alguien con quien estaba en completa deuda, no obstante, me costaba la vida no imaginarme «algo más» con él.

Mordí mi labio inferior, notando el calor intenso que su toque siempre despertaba en mi piel, ahora entendía la traición de mis sentidos cada vez que él estaba cerca, le recordaban.

—Me gustaría, sí.

Sus dedos apretaron mis carnes, gruñó de deseo, dejándome apreciar lo loco que le volvía, si supiese lo que él despertaba en mí...

Ya no iba a seguir negándolo.

—Voy a solucionarlo, descansa, Petra se queda contigo —susurró en voz baja, con un hilo de voz suave y dulce. Intentar quitarme la vida no solo me cambió a mí, también pareció cambiarle a él.

Una vez se apartó de mí, noté la sensación de abandono, traté de relajarme y aclarar mis ideas, no podía actuar como si todo estuviese bien, disfrutando

de su amor, atención y mimos, yo no era su princesa, yo le robé a su princesa.

Volví a notar unas fuertes ganas de llorar junto con unas enormes oleadas de ira y de querer destrozarlo todo. ¿Por qué coño no me morí? ¿Por qué tenía que seguir cargando con este peso? Yo quería desaparecer, no era capaz de imaginar la decepción en sus ojos al saber que yo viví en lugar de Mía.

Podría tenerme algo de aprecio, sentirse atraído hacia mí incluso, pero nunca me preferiría con vida antes que a su hermana, y era normal.

De nuevo, la sensación de malestar que Salvatore logró arrancarme a besos apasionados, volvió a instalarse en mi pecho, esta vez, con la amenaza de quedarse para un largo tiempo.

Mierda.

—¿Cómo estás? —Petra se acercó a mí, colocando su mano sobre mi brazo, lo retiré torpemente, tampoco merecía la atención de ella, sentía que los había traicionado a todos—. Mira, sea lo que sea lo que hayas hecho, te puedo asegurar que todos nosotros hemos hecho cosas peores.

Necesitaba contárselo al menos a ella, necesitaba decírselo a uno de ellos, que me mirase fijamente y me dijese *«*no pasa nada, todo está bien*»,* pero no tenía valor, se lo dirían a Salvatore, sin dudar, y él se metería en líos.

—No sé yo —balbuceé—. Siento haberte desobedecido, Petra, necesitaba hacerlo.

—Tienes que aprender a convivir con las voces de tu conciencia, así es este mundo, todos pasamos por lo mismo.

Suspiré, notándome un poco más aliviada.

—¿Tú también tienes cargas de culpabilidad?

Ella asintió, en silencio. Una enfermera tocó en la puerta, asomándose con precaución.

—María Osorio, necesito hablar con usted en privado. —Envió una mirada de advertencia a Petra, la cual bufó del disgusto.

—Es por las cicatrices de tu espalda. —Me avisó—. Piensan que te las hizo Carusso.

—¡¿QUÉ?!

—Ahora mismo le estamos tomando declaración sobre ello y dice que no sabía nada, de hecho, está montando un numerito porque quiere venir a verlas él mismo, pero no nos creemos que, siendo su marido, nunca le haya visto la espalda... —Alzó las cejas, esperando una respuesta que pudiese

confirmar sus sospechas.

—A usted no le importa cómo me las hice, ¡ni a usted ni a nadie! —grité, hecha una maldita furia, queriendo quitarme la intravenosa para bajarme de esa cama, vestirme e irme yo misma, mas el esguince del tobillo y la muñeca junto con la costilla lastimada me lo impidieron—. ¡Dejen en paz a mi marido! ¡Él no ha hecho nada!

—¿Y por qué no puede darnos una explicación coherente? Solo queremos ayudarla, María, por cierto, su padre ya ha sido avisado de lo sucedido, está de camino.

No.

No...

¡¡NO!!

—¡SOIS UNOS GILIPOLLAS! ¡NO TENÉIS NI IDEA DE LO QUE HABÉIS HECHO! —le grité como si me la quisiera comer viva a bocados.

Salvatore estaba cabreado por lo que le conté, si se encontraba ahora con mi padre, se iba a armar la de Dios.

Petra buscó rápidamente su teléfono, acercándose a la ventana de la habitación para hacer una llamada, entonces la puerta se abrió rápidamente y no pude creer que ahí estuviesen los dos, Salvatore y Pepe, como el mejor yerno y el mejor suegro, como si se llevasen de maravilla.

—¡Mi pobre niña! —exclamó—. Dios mío, menos mal que estás bien. —Trató de darme un beso en la frente, me eché hacia atrás, evitando el contacto—. Lo que le pasa es que sufre una depresión severa desde que su madre se suicidó, piensa que es su culpa, por eso se comporta así —explicó con calma, apenado y frustrado, casi hasta yo me lo creí, lo hacía tan bien que tuve incluso que remover la cabeza y parpadear para asegurarme de que no era una ilusión.

—¿Y las cicatrices de la espalda? —cuestionó la enfermera, que ahora, analizándola, parecía una médica especializada en psicología.

A él le tembló el párpado.

—No... no sé si deba hablar de ello aquí delante de tanta gente... verá... mi hija tuvo una infancia dura... le hacía bulling y...

—Oh bueno —dijo la doctora, entregándome una tarjeta con un teléfono —. Damos la charla por conclusa, María, si necesitas algo, llámame. —Sus ojos advirtieron que no se creía nada de lo que mi padre contó, mas ya no tenía recursos a los que aferrarse.

—Gracias —murmuré, sosteniendo la tarjeta—. El médico le traerá el alta

de nuestro hospital ahora mismo para que puedan ir a esa clínica privada que dicen —informó, marchándose con enfado y dando un portazo al salir.

Los rostros de Salvatore y de mi padre cambiaron de inmediato, sentí deseos de pedir que me dejasen a solas con Osorio para hablar con él, no obstante, intuí que intentaría estrangularme o me tiraría por la ventana, ahora que le veía tan asustado, no quería morirme, quería ser su maldita pesadilla.

—¿Puedo hablar un momento a solas con mi hija? —Parece ser que leyó mis pensamientos, Salvatore me miró.

—No. —Negó de inmediato—. La vendiste como a una vulgar puta, ¿cómo te atreves tan siquiera a aparecer?

Sus ojos de sapo se abrieron, buscando respuestas en mí.

—María... cariño... ¿Qué dices? nunca hice algo así, ¿de dónde has sacado eso?

Me mantuve en silencio, respirando de forma forzosa. Salvatore caminó hacia él y sin que mi padre tuviese tregua a reaccionar le partió la nariz de un puñetazo, lo acorraló contra la pared agarrándole por el cuello de la camisa y empezó a propinarle ganchos en el estómago.

—Te voy a reventar las tripas maldito hijo de puta.

—¡Para! —chillé, no quería que lo matase, se iba a meter en un lío. Si mantenía la boca cerrada era por evitar justo esto—. ¡Salvatore! ¡Si le matas te matarán! ¡Salvatore! —No me escuchaba, no hacía caso, lo estaba destrozando, lo estaba haciendo puré. Petra trató de intervenir, pero su ira era tan ciega que tampoco consiguió separarlos, a pesar de ser una mujer fuerte.

—¡¡HAZLO!! —Pepe le gritó a la cara, con todo el rostro ensangrentado —. ¡Mátame para que tú también mueras! ¡Así no habrá nadie que cuide de ella! ¡Se quedará sola en esta maldita jungla!

El puño de Salvatore quedó prendido en el aire, mi padre solo se mantenía en pie por su agarre, estaba mal, bastante mal. El médico entró con los de seguridad, llevándose a mi padre para asistirle sin hacer ni la más mínima pregunta, supongo que ya sabían quién era mi marido.

—Señor Carusso, aquí tiene el alta y los informes que me ha pedido, está todo detallado, la medicación necesaria, cuidados y revisiones. —Inclinó la cabeza levemente mostrando respeto—. Disculpe los inconvenientes, tenemos un protocolo estricto para detectar situaciones de alerta, pueden volver a casa cuando quieran.

—Gracias —masculló mi marido, arrancándole los papeles de un tirón, haciéndole un gesto para que se largase. Estaba agitado, cabreado y con los puños llenos de sangre—. Quiero ver esas cicatrices —ordenó, acercándose a mí.

—No, aquí no. —Me cerré en mí misma, arrastrándome en la cama hasta la pared, apoyando la espalda contra esta, evitando que pudiese verlas, los ojos se me volvieron a enjuagar en lágrimas en cuanto le tuve tan cerca—. Lléveme a casa, señor Carusso, por favor. —Supliqué, no sintiéndome digna de pedirle algo así, pero qué podía hacer, él era lo único que tenía, lo único que necesitaba y el único lugar en el que quería estar—. Por favor... —repetí, en tono de súplica.

No quería estar en ningún sitio en el que se encontrase mi padre, solo necesitaba estar en mi habitación, en mi cama confortable, envuelta en mis preciosos libros, en el delicado aroma del hombre que empezó siendo un monstruo y terminó siendo mi héroe, en mi burbuja de seguridad.

—Deja de llamarme así —instó, suavizando su voz—. Prefiero que me insultes a que me llames así. —A Petra se le escapó una carcajada—. Eres mi jodida esposa, no una sirvienta.

Sonreí tiernamente, recordando nuestros primeros encuentros.

Tienes prohibido llamarme así, debes llamarme «cariño», ¿entendido?

—Llévame a casa, por favor, cariño.

CAPÍTULO 33

MARÍA



2 MESES DESPUÉS

Mi vida seguía siendo de lo más extraña, desde que llegamos a casa del hospital, me encerré en mi habitación, negándome a salir. Era imposible verlos, era imposible compartir cualquier cosa con ellos. Incluso me sentía avergonzada con Penélope, su hija murió por mi culpa.

A veces recordaba las sospechas de Salvatore hacia ella, pero me costaba creerlo, ¿de verdad Penélope le entregó a Mía a mi padre para que se la vendiese a Liu? ¿Por qué motivo harían algo así? No tenía el más mínimo sentido.

La cabeza me daba vueltas en bucle, aún tenía aquellos ojos azul cobalto clavados en la memoria, pidiéndome que fuese con él, preguntándome si estaba bien, si tenía familia.

Su recuerdo era un apabullante dolor que me acompañaba día y noche, las cosas cambiaron inmediatamente entre él y yo tras mi recuperación de memoria, pasó de ser mi verdugo, a mi salvador; y yo, pasé de ser la chica inocente a la que había comprado para hostigar, a la asesina de su hermana.

Menudo giro de guion.

La puerta resonó con tres golpes suaves, tragué saliva, guardando silencio. Todas las noches, él venía a verme, me traía la cena, me contaba cómo había ido su día, se quitaba la corbata y la camisa y se tumbaba a mi lado hasta que me dormía, al día siguiente, cuando me despertaba, ya se había ido.

Así, durante ocho semanas.

—Hoy Marcela ha hecho un intento de ramen, digo intento, porque que yo sepa, el ramen no lleva ni garbanzos ni patatas. —Me miró, sonriendo de forma cálida, la gelidez de su expresión desapareció desde aquel día, ahora

Salvatore, en vez de ser un glaciar, era una hoguera en la que refugiarse y obtener calor—. Vale, se acabaron los chistes sobre el ramen.

Seguí seria, callada, viendo cómo se quitaba los zapatos al forcejar con sus propios pies, mientras sostenía la bandeja con los dos platos entre sus manos. Tras lanzar los mocasines, como un niño lanzaría sus deportivas tras llegar del colegio, caminó hacia mí con esa particular elegancia que le caracterizaba.

Dejó la bandeja sobre la cama, dándome un beso en la frente y acariciando mi nuca, después se desabrochó la corbata y los tres primeros botones de la camisa, colocó los cubiertos mirando hacia mí y agarró los suyos.

—Buen provecho, cielo.

Agaché la mirada hasta la cuchara, mi mano no escayolada fue hacia ella, mañana tenía que ir a su laboratorio para que me retirase la escayola, al final todo fue más rápido y mejor de lo que esperaba. De la costilla también estaba casi bien.

El utensilio dorado se me tambaleó entre los dedos, algo de sopa se derramó sobre la bandeja, sentí una fuerte desesperación, la depresión que me produjo saber que valía tan poco para mi padre, y ser partícipe de algo tan cruel y turbio, me estaba consumiendo lentamente. Acabaría como mi madre, acabaría matándome, llegaría el día en que lo intentaría y lo conseguiría, mientras tanto, seguía luchando contra mis demonios, sin saber por qué.

¿Tal vez por él?

Dejé la cuchara sobre el platillo, negándome a comer, me recosté sobre la almohada cubriendo mi cuerpo con la manta.

Salvatore apartó la bandeja a un lado.

—¿No está bueno? —cuestionó calmado, asomándose para verme—. Traeré otra cosa, ya sabía yo que ese ramen era una mala idea, además, ¡a mí tampoco me gusta!, ¿a quién se le ocurre mezclar garbanzos con jengibre en un caldo? Tengo que decirle a Marcela que deje de ver esos vídeos tan raros de recetas en YouTube. —Se puso en pie, buscando sus zapatos, me cubrí aún más con la manta para no escucharle, que fuese tan bueno conmigo solo me hacía sentir peor—. Oh, ya sé, ¿quieres un menú ahorro del burger?

Asomé los ojillos por el borde de la manta, viéndole cómo movía las cejas hacia arriba y luego hacia abajo, con una sonrisa ladeada y auténtica cara de tonto.

—¿Y un heladito de postre? —añadió.

Lloré.

Rompí a llorar todo lo que no había llorado en estos dos meses, estaba desolada y rota en mil pedazos, quería arrodillarme y confesarle todo, quería pedirle perdón una y otra vez, pero la idea de su venganza, el saber de su impulsividad, la sola imagen de él siendo juzgado por matar a un líder de alguna de las familias... si le pasaba algo, me moriría, pero de verdad.

—Eh, eh, sin helado, nada de helados, soy un gilipollas, ¡prohibido decir helados! —Me acunó entre sus brazos, meciéndome en su pecho, aquel olor suyo revivió los momentos de aquella noche, volví a sentir que tenía dieciséis años y que estaba en aquel hotel, totalmente sola, esperando a que los hombres de mi padre regresasen para ponerme un saco en la cabeza y sacarme de allí como si fuese un animal.

Le abracé, no queriendo que se fuese, no queriendo que me dejase sola, nunca más.

—No puedo perdonármelo. —Seguí llorando como una magdalena—. No puedo perdonarme lo que hice...

Fue la primera vez que hablábamos de ello tras salir del hospital. Él sostuvo mi muñeca escayolada, llena de garabatos hechos por Gabriel.

—Creí que ya zanjamos ese tema, cariño.

—No puedo —repetí.

—Quizás contármelo te alivie.

Volví a negar, sintiendo que mi cuerpo empezaría a escupir palabras sin mi consentimiento, era como tener unas enormes ganas de vomitar y estar sellando los labios para no dejarlo salir. Asqueroso. Sucio. Nauseabundo.

—No lo arreglaría.

—¿Segura? —inquirió, con una de sus cejas oscuras alzadas, era tan guapo, era tan jodidamente encantador.

Siempre fue así de atractivo, mas su personalidad de cavernícola opacaba su irresistible belleza. No obstante, ahora se comportaba como un jodido príncipe, así que ya no tenía armas para luchar con mis sentimientos hacia él que, cada vez, tenían más peso.

—Al cien por cien, Carusso. —Suspiré, hinchando el pecho, tratando de llenar mis pulmones de oxígeno, últimamente tenía la sensación de asfixiarme demasiado a menudo—. El helado está bien, con sirope de caramelo, por favor.

Él pellizcó mi nariz cariñosamente, volviendo a coger su corbata para

anudársela de forma correcta. La nuez le subió y bajó en el cuello haciéndome suspirar, no volvimos a besarnos ni a tener relaciones, no se insinuó, ni yo tampoco. Aunque ha venido cada noche a dormir a mi lado.

—¿Hoy también vas a dormir conmigo? —musité dándome cuenta de que lo dije en voz alta, mis ojos se abrieron de la vergüenza mientras un ligero rubor me tiznaba las mejillas de rojo.

—¿Tú quieres que duerma contigo? —La corbata se le enredó, a lo que empezó a pelearse con ella. ¿Se puso nervioso? No pude evitar esbozar una sonrisa, el Padre de la mafia en realidad era un osito de peluche adorable y amoroso.

Desvié mi mirada hacia su nuez, quitándole los dedos de un manotazo, agarré la tela de su corbata empezando a hacerle el nudo. Esto era lo más íntimo que habíamos hecho en todo este mes, quitando su beso en la frente de buenas noches.

—Gracias por cuidar de mí, no tienes por qué hacerlo. —Suspiré, sin atreverme a mirarle de frente, aun así, él me buscó, le encantaba indagar en mi interior, ver más allá.

—Es lo que hacen los maridos, mi vida.

—Gracias por ser un buen marido —asentí, pensando en todas las cosas horribles que ideé sobre él al principio. Solté una carcajada, él hizo un gesto de incomprensión—. Estaba recordando cuando a cada momento me amenazabas con los caimanes, y ahora estás aquí, ofreciéndome una burger y un helado.

El estómago me rugió como un león al pensar en esa deliciosa comida basura, él se percató de ello.

—Creo que no debo tardar en traer ese menú, o tendré a una esposa enfadada. —Agarró uno de mis mechones rubios, dejándolo tras la oreja—. ¿Quieres que te traiga también a un caimán para que te haga compañía de mientras?

Sufrí un ligero tik en el ojo derecho.

—Ni se te ocurra hacer eso, Salvatore, te recuerdo que del amor al odio hay un solo paso.

—Oh. —Sus maliciosos ojos azules brillaron como si un relámpago los atravesase—. ¿Acabas de decir que me quieres?

Quise abrir un agujero en el suelo y enterrarme dentro.

—¡No! ¡Nunca! —Le di un empujón para que se fuese lejos de mi cama —. ¡Quería decir que te odio, pero aún te puedo odiar más!

—Lo que tú digas, pequeña Osorio, veo que el hambre empieza a ponerte gruñona. —Me guiñó un ojo, terminando de ponerse los zapatos—. Y ni se te ocurra intentar morirte, porque si lo haces, me pegaré un tiro y Gabriel se quedará solo, así que si no quieres dejar a un niño huérfano... —me sermoneaba mientras me señalaba con el dedo índice.

Al final, no me quité el apellido de mi padre, sentí que huir de quien era, significaba dejar ganar a Pepe. Debía afrontarle y dejar de tenerle miedo, debía encontrar la manera de destruirle, y con él, destruir todo su imperio. Algún día las familias de las mafias recordarían a María Osorio como la mujer que cambió el mundo de la prostitución para siempre, haciendo a las mujeres libres, fuertes e independientes. No estaba en contra del sexo, era natural como la vida misma, pero sí en la forma en la que mi padre vendía sus cuerpos. Ellas no eran cuerpos, eran diosas, ¡por dios, dábamos a luz!, ¡en nuestro vientre se formaba vida! ¡VIDA! ¿Cómo podíamos ser tratadas de esa manera? Ahora que sabía lo que era ser tratada así, ahora que sabía lo que se sentía, tenía claro, que mi misión era encarar a mi padre y luchar por todas aquellas que no tuvieron oportunidad de defenderse.

Por todas las que no fueron salvadas por un héroe.

—Deja de hacerme chantaje emocional y trae las hamburguesas de una puta vez. —Resoplé, poniendo los ojos en blanco y dejándome caer sobre la cama, con la piel de gallina, y los nervios a flor de piel. Si supiera todo lo que estaba pasando por mi mente.

Él se metió las manos en los bolsillos, sonriendo de nuevo con cara de gilipollas.

—Por fin vuelves a ser tú, te echaba de menos. —Dejó salir un profundo suspiro—. Eres tan guapa cuando te cabreas.

—Y tú tan idiota en todas tus facetas.

*«*Yo también te echo de menos, fetuccini», pensé, copiando su suspiro. Quedamos atrapados en un largo silencio, que duró segundos, pero parecieron eternas horas y nos mantuvo en pausa, uno frente al otro. Finalmente decidió salir para ir a comprar algo de comida basura.

No pude evitar asomarme a la ventana, abrazando los barrotes de las rejas con mis dedos, estaban frías y húmedas.

Al verme desde abajo, me tiró un beso y yo le hice una peineta.

—¡Eso te va a costar caro, señorita! —prometió, antes de subir al coche y arrancar el motor. Las elegantes luces del Chiron iluminaron el patio exterior, las barreras de seguridad le dejaron salir y un vacío llenó mi

corazón, deseaba que volviese, cuanto antes.

Mi aliento formó vaho, saliendo en forma de humo de entre mis labios, alguien volvió a tocar la puerta, me asusté.

—¡Adelante!

Petra, Ángela, Mateo y Marcela venían corriendo, con una caja envuelta en papel de regalo.

—Señora Carusso, le hemos traído esto para que se lo dé al señor —dijo Marcela, con una especial felicidad pintada en la cara, borrándose esta de inmediato al ver que no comimos su «ramen»—. ¿Es por los garbanzos?

Mierda, qué marrón.

—¿Qué decía que le tenía que dar al señor? —Sonreí nerviosa, limpiando el sudor repentino de mis manos sobre mi pijama.

Ángela me entregó una cajita envuelta en papel de regalo negro, parecía más que un regalo, la caja con las cenizas de un difunto.

—Su color preferido es este, qué puedo decir. —Se encogió de hombros.

—Claro. —Mi sonrisa se acentuó aún más, agarrando la cajita, no pesaba mucho—. No tengo ni idea de lo que es, pero... es muy... muy... ¿muy Salvatore?

Se rieron entre ellas, Petra se unió a la conversación.

—Antes le hicimos una tarta y nos pilló, casi nos mata, no quiere que descubras que es su cumpleaños bajo ningún concepto.

La moví un poco, se oía una cajita más pequeña en el interior.

—¿Es el cumpleaños de Carusso? —Mierda no le compré nada, debía estar a punto de batir el récord de peor esposa del universo, a solo diez puntos de diferencia de Eva Lelouch porque, claro, ella se comió a su marido. Vivo—. ¡¿Y se puede saber por qué diablos no quiere que me digáis nada?!

Marcela chistó, pidiéndome que bajase la voz.

—Es que usted solo tiene veinticuatro y él cumple treinta y uno.

—¡Piensa que es demasiado mayor para usted! ¡Y tiene miedo de que se busque a uno más joven! —exclamó Ángela con los dientes apretados y los ojos muy abiertos—. ¿No es supersexi? ¡Se preocupa de gustarle! ¡Está enamoradito perdido!

Un ligero calorcito agitó la vellosidad de mi nuca a la vez que las mejillas se me incendiaban.

¿De verdad pensaba que era demasiado mayor para mí? Solo eran siete años de diferencia y, además, estaba buenísimo.

—¿Y qué debo hacer con este regalo? —Dudé—. ¡Ay! Quiero llamar a Gabriel y darle una sorpresa.

—Gabriel duerme y nada de sorpresas, es capaz de pegarnos un tiro —advirtió Marcela—. Créame, el señor Carusso lleva muy mal los cumpleaños, le gusta pasarlos de forma privada, aunque pensamos que sería buena idea que usted le diese ese detalle, aunque gruña un poco, le gustará.

Volví a mirar la cajita negra, repasando la mirada de cada uno de ellos, Mateo estaba de brazos cruzados sin decir nada, pero se le veía contento. La única que faltaba era Penélope, ¿habría felicitado a su hijo en privado?

Petra me agarró la melena echándola hacia atrás, abriéndome el escote del pijama, la miré con cara de *«¡estás loca!»* mientras ella se reía a carcajadas.

—Yo creo que si se lo das desnuda, no se enfada.

—¡Petra! —le reñí, roja como un tomate, por dios, que Mateo estaba delante, ¡y Marcela!—. Bueno, ¿entonces, qué? ¿Se lo doy de vuestra parte? —Los cuatro negaron—. ¿No?

—Lo hemos comprado para que se lo des de tu parte —comentó Ángela, con los ojos brillantes como diamantes—. ¡Ay, qué pena no poder ver la escena! ¡Seguro que luego os besáis y hacéis el amor!

¡Pero bueno! ¡Esta mujer!

Marcela le agarró de una oreja tirándole fuerte.

—¡Para ser rusa tienes la sangre demasiado caliente!

Risas.

Algo se me agrandó en el centro del pecho mientras una sensación emotiva y extraña invadió mi ser. ¿Qué era este sentimiento? Acaso, tal vez, ¿me sentía feliz?

Volví a fijarme en cada uno de ellos, eran empleados de Carusso, pero juro que estas personas eran lo más parecido a una familia.

—Gracias —musité, tratando de no ponerme demasiado sentimental—. Le daré el regalo, seguro que se pone feliz, pero si me pregunta que cómo sé lo de su cumpleaños, ¿a quién le echo la culpa? —Todos señalaron a Petra rápidamente, esta les miró con desprecio, de brazos cruzados.

—Cuánto compañerismo. —Entrecerró los ojos.

—Eres su mejor amiga, y estás armada.— Añadió Mateo.

—¡Y tú tienes chaleco antibalas!

—Yo paso. —El nombrado empezó a caminar hacia atrás—. Tengo que ir a vigilar a Gabriel, ¡buenas noches, señora Carusso!

—No os preocupéis —aclaré—. No delataré a nadie. —Ellas suspiraron—.

Bueno, debe estar al llegar, voy a esconder el regalo.

Las tres se alborotaron, no sabiendo ni para dónde caminar para salir de la habitación, chocándose unas con otras, finalmente, salieron y Petra me hizo un gesto para que me sacara más los pechos antes de cerrar.

Me senté al pie de la cama, riéndome yo sola. Qué mujeres tan maravillosas.

El corazón se me disparó como si hubiese escuchado un disparo, solo era mi teléfono sonando, arrugué la frente al ver que se trataba de un número oculto, lo descolgué, llevándolo a mi oído.

—¿Diga?

—No cuelgues. —La voz de Liu hizo que la sangre me hirviese a borbotones, mi corazón siguió golpeando fuerte—. No pretendo molestarte, solo quiero saber si estás bien.

Apreté los dientes, quería decirle un millón de cosas pero, ¿sería buena idea delatarme? Le di cientos de vueltas al asunto, me pregunté muchísimas veces por qué mi padre actuó como si nunca hubiese hecho eso y por qué Liu, al verme, hizo lo mismo. ¿Cómo estaban tan seguros de que lo olvidé? Hicieron algo, no sé el qué, pero lo hicieron.

Y si descubrían que lo sabía todo, estando además casada con Salvatore, intentarían matarme por todos los medios posibles, así que no, no me delataría a mí misma.

—Pero Liu. —Reí, falsa, ocultando la acidez y el odio—. ¿Por qué iba a estar mal? Soy la mujer del Padre de la mafia. —Mi voz sonó sexi al decir *Padre,* remarcándole que deseaba a Salvatore—. Mi vida es un cuento de hadas.

Empecé a pasearme por la habitación, asomándome por la ventana por si le veía llegar.

—¿Y por eso has intentado suicidarte hace dos meses? Pepe me lo ha contado, está muy preocupado.

Claro, preocupado, pero porque recuerde algo, al igual que tú.

—Tuve una pesadilla, las tengo desde niña, por la muerte de mi madre, a veces me dan esos ataques —comenté sin más—. Pero estoy tomando medicación para poder dormir bien y no ha vuelto a suceder.

—María...

La boca se me secó, odiaba que pronunciara mi nombre.

—¿Sí, Liu?

—Recuerda mi propuesta, puedo hacerte desaparecer, sé que este mundo

no es para ti, te conozco demasiado bien.

Ahora entendía perfectamente el sentido de sus palabras, lo que quería era silenciarme, seguramente quisiera matarme desde aquel día y mi padre se lo impidiese, ¿por qué? Pues posiblemente para esto, casarme a cambio de dinero e incrementar su fortuna. No podía negar que mi matrimonio a él le beneficiaba, después de todo, el apellido Osorio estaba unido a los Carusso, los dueños del mundo.

Seguro que el imbécil iba por ahí fardando.

—Solo era una niña, he cambiado.

—Y tanto, nunca pensé que fueses capaz de disparar a Pepe. —Su voz sonó ronca—. Estabas tan sexi...

Asco.

Puro asco.

—Yo solo soy sexi para mi marido, además, te recuerdo que no te gustan las gordas, cosa que para Salvatore, no es ningún problema. —Las luces del Bugatti se vieron llegar desde lo lejos—. A él le encanta comer carne.

—¿Y quién ha dicho que a mí no?

—Ni lo sé, ni me importa, estoy casada, Liu, olvídame, como yo te olvidé a ti hace más de diez años. —Sonreí con maldad, trazando mi primer pequeño plan de venganza—. ¡Amor! ¿Ya has llegado? ¿Qué con quién hablo? Con... —Colgué la llamada.

Mantuve el teléfono contra mis labios, a la espera impaciente de que Salvatore llegase a la habitación. Le sonreí en cuanto se bajó del coche, mostrándome las bolsas de los menús. Copió mi sonrisa.

Escondí la cajita del regalo dentro del ropero para dársela más tarde.

En unos pocos minutos, la puerta de mi habitación se abrió y el delicioso olor de las hamburguesas llenó el ambiente.

—¿Me ibas a llamar para ver por qué tardaba? Intenté ser rápido, pero pillé cola.

Dejó las bolsas sobre la cama, empezando a quitarse la corbata, me percaté de que debería ser uno de los pocos hombres que usaban corbata para ir a por un menú ahorro.

Me encantaba.

—Tenemos que hablar —dije sin más, entregándole mi teléfono, antes de que empezásemos a comer.

Él se extrañó, finalmente lo cogió sin saber bien qué hacer.

—¿Ha pasado algo en mi ausencia? ¿Mi princesita tiene algo que contarle

a papá?

Su rostro, cabreándose, la mandíbula, tensándose, los músculos de su cuello, moviéndose en una ligera palpitación.

Era tan volátil.

—Soy tu mujer y quiero confianza absoluta contigo, te contaré todo lo que suceda, pero debes prometerme actuar con inteligencia.

Una de sus cejas se alzó, verificando la llamada en desconocido.

—¿Te parezco un hombre idiota, cariño?

—Para nada. —Me senté al borde de la cama, quedando a la altura de su entrepierna. Me imponía, mucho—. Liu me ha llamado desde un número oculto, quería saber cómo estaba, parece ser que mi padre le dijo algo de lo que hice hace dos meses —hablé rápido, sin dudar, siendo directa—. Me ha prometido que si quiero, puede hacerme «desaparecer». —Tragué saliva y su rostro se volvió el de un verdadero monstruo—. He fingido que me pillabas hablando por teléfono con él y he colgado, no ha sido casualidad que me llamase cuando has salido, alguien te está vigilando. —Volví a tragar saliva, los nervios me producían sequedad en la boca—. Así que, como por culpa de *«*quien haya sido el chivato*»* tú le has pillado, seguramente sufrirá un castigo, por tanto, quien aparezca con un ojo morado en estos días o con signos de violencia, será el topo, hay que estar atentos, Carusso, por si acaso es uno de tus hombres.

Liu no esperaba que Salvatore y yo trabajásemos en equipo, era impensable esperar algo así de un Carusso y una Osorio, seguramente querría intimidarme, ponerme en contra de mi marido y que le pidiese que me hiciese *«*desaparecer*»*, como si fuese tonta y no supiese que iba a acabar enterrada en cualquier sitio o en el fondo del mar.

Salvatore encajó su mandíbula, sentándose a mi lado, con los codos apoyados en las rodillas, algunos de sus cabellos negros caían sobre su frente.

—Así que esa escoria china te quiere hacer desaparecer...

Mantuve el mentón alto.

—Eso parece, creo que quiere matarme.

Nos miramos fijamente, sus orbes azules rezumaron en fuego, un fuego tan intenso que podía incluso quemarme sin llegar a tocarme.

—¿Crees que hay algún motivo por el que te quiera matar?

Ojalá poder decírselo, ojalá poder ser del todo franca.

—Supongo que solo es envidia, siente rivalidad contigo, te has aliado con la segunda familia más poderosa y la gente habla de nosotros por doquier, nuestro matrimonio puede tanto aumentar tu reputación como destruirte, ya que los Osorio somos muy odiados, él estará buscando lo segundo. —Lo que digo no es del todo mentira.

—Está mal no habértelo dicho, pero cuando fui a comprarte ya estabas vendida. —Mis ojos se abrieron sorpresivos—. Liu te tenía comprada por diez millones.

El techo se me cayó sobre la cabeza, no pude creerlo.

—Ese cabrón... —escupí.

Él me miró con fascinación.

—¿Tanto asco te produce la idea? ¿Estás más feliz de que te comprase yo? Creía lo contrario, pensaba que preferirías ser la mujer de Liu, la señora Yum.

Me sorprendí mirándole con enfado, no pude evitarlo y le crucé la cara de una bofetada.

—¡No vuelvas a decir algo así jamás! ¡Yo solo quiero ser tu mujer, y de nadie más!

Su mano fue hacia su mejilla roja, con mis dedos marcados por encima de la sombra oscura de la barba, regalándome una expresión que hacía más de un mes no veía.

—Maldita sea, María, cómo echaba de menos verte así de cabreada.

La respiración se me aceleró de cincuenta a cien en cuestión de segundos, todo él, me enloquecía, a niveles ilusorios.

—No vuelvas a insinuar que prefiero estar con otro hombre, antes me arranco la piel a tiras, ¿entendido, Carusso?

Su mano envolvió mi cabello cerrándola en un puño, tirando de él, haciéndome soltar un gemido, su rudeza y dominación me encendían en llamas.

—Me alegra que tengas tan claro a quién perteneces —susurró, con su particular tono aterciopelado, sexi y amenazante—. Voy a dejar en silla de ruedas a ese hijo de puta, pero antes... —Su boca lamió mi cuello, desde la clavícula hasta el comienzo de mi mentón, volví a gemir—. Quiero comerme a mi princesita. —La mano que no estaba sujetando mi cabello me retiró los bordes del camisón, dejando que este cayese de mis hombros, revelando algo más de mis senos. —Solo si ella quiere, por supuesto.

Mi sexo palpitó, mientras los pezones se me endurecían marcándose bajo

la fina tela del camisón y la humedad se hacía notar en el interior de mis muslos.

La imagen de Liu restregándome su asquerosa polla por la cara era algo que me había mortificado durante todo este tiempo, quería borrarla, eliminarla. Reemplazarla. Quería quitarle de en medio a él y ocupar su lugar con Salvatore.

—Hay algo que deseo de ti, Carusso.

—Habla, cariño.

—Quiero volver a ser tu puta y quiero que te folles mi boca.

CAPÍTULO 34

SALVATORE



Escuchar a doña «no me hables así, no me toques así, *mimimi*» decirme aquellas simples palabras, hizo que la polla se me pusiera tan dura que casi me rompió el jodido pantalón.

Amaba verla ahí, con esos ojos brillosos, almendrados y expresivos, aquel rostro ovalado y aquellos labios tan carnosos, apetecibles, rosados... con una piel blanca, suave, cubriendo cada curva de su bendito cuerpo, amaba la forma en la que su cabello dorado le caía por la espalda en delicadas hondas, era una jodida princesa, mi princesa. Y me estaba pidiendo que le follase la boca.

—Pequeña —siseé, después de aclararme la garganta, pues se me quedó seca a causa de los nervios, me estaba costando la vida no tirarme encima de ella como un maldito animal—. Aún tienes la escayola y mañana veremos en la radiografía qué tal va la costilla, nada de sexo duro hasta que te recuperes.

Sus mejillas se volvieron aún más rojizas, estaba echando humo por la vergüenza y adoraba que fuese así, adoraba cómo dejaba salir a la chica mala mientras que la buena se retorcía de angustia.

—A ver. —Se mordió ligeramente el labio y sentí un latido en la entrepierna, crují mi cuello al ladear la cabeza, dándole a entender que no era una buena idea hacer eso—. Hacer una mamada no es sexo duro... ¿o sí?

Ha dicho mamada.

Doña perfecta ha dicho mamada.

Oh... recordaré esto para siempre.

—Depende. —Curvé los labios, imaginándola de rodillas, con mi polla rozándole la garganta mientras la sujetaba del pelo y se la metía sin piedad —. No es buena idea hasta que estés bien, créeme. —Corté el espacio entre

nosotros, dejando mis labios a pocos centímetros de los suyos, solo con eso ya podía saborear su delicioso sabor—. Princesa, deja que te quite el camisón. —Por fin volvía a verla receptiva después de lo sucedido, la necesitaba demasiado.

Mi mano fue a su muslo derecho, estaba cálido y suave, como la piel de un melocotón, subí ligeramente pasando hacia el glúteo, apreté una de sus nalgas con fuerza, mordiéndome el labio para aguantarme las ganas de ponerla en cuatro y follarle ese bendito culazo.

—Voy a quitarte los malos recuerdos —prometí, empezando a besar la longitud de su cuello, bajando por su escote para morder uno de sus marcados pezones en la tela.

—Salvatore... —Jadeó, y apreté aún más mi agarre en su culo, le subí el vestido hasta la cintura y le pegué una buena cachetada—. ¡Oye! —chilló, asustándose, era tan pura, tan inocente.

—Perdona, estás demasiado rica. —Me disculpé, fingiendo arrepentimiento—. ¿Entonces? ¿Me dejas desnudarte?

Ella resopló, fingiendo que le molestaba, su mano tiró de los bordes del camisón hacia arriba, sacándolo por su cabeza, lo lanzó lejos de nosotros, quedándose tan solo con un tanguita de color rosa pastel.

Aquellas enormes tetas cayeron con naturalidad, con unos preciosos pezones de aureolas grandes y rosadas, su barriguita sobresalía de lo más tierna y aquellos muslos voluminosos estaban apretados entre sí, ocultando un coño que se escondía bajo una tela con corazoncitos.

Rugí con voz ronca sin darme cuenta, me estaba volviendo loco verla así.

—Eres consciente de que estás muy buena, ¿verdad?

—No, no lo estoy. —Sus brazos se juntaron un poco a causa de la vergüenza, esto hizo que las tetas se le unieran, la polla me dolía horrores y podría correrme solo con mirarla—. Peso mucho.

Alcé una de mis cejas, volviendo a mirarla a los ojos, porque me había desviado demasiado.

—¿Qué has dicho?

—Que peso demasiado.

Me reí.

—Oh vamos, nena, podría levantarte solo con la polla. —No pude verlo, pero supe que se me puso cara de auténtico idiota al soltar aquello, aun así, se lo iba a demostrar.

—¡Qué haces! ¡Maldito seas! ¡CARUSSO, SUÉLTAME!

María pataleaba contra mí, con esas tetas moviéndose de un lado para otro y ese coño bien marcado en ese tanguita rosa, finalmente le atrapé de un tobillo, tenía unos pies jodidamente bonitos, con la pedicura francesa hecha en las uñas y una pulserita plateada en el tobillo izquierdo. Tiré acercándola al borde de la cama y la cargué de los muslos para subirla a mi cintura, ella bordeó mis caderas con las piernas, aferrándose a mi cuello, tenía sus tetas desnudas pegadas en mi pecho, joder, qué calor.

—Vuelve a decir que pesas mucho, muñeca —repliqué, notando cómo sus carnes agradecían que mis dedos se clavasen en ellas, le clavaría otra cosa sin pensarlo. Noté algo de humedad en el abdomen—. Uh, ¿a la princesita ya se le está mojando el coñito?

—¡Para! —rugió, evitando mis ojos a toda costa, acurrucándose en mi pecho, muerta de la vergüenza—. Carusso, eres un cabrón.

—¿Por qué no te relajas y aceptas que me gustas de una vez?

Nos miramos, ahora sí, su enrojecimiento era distinto.

—¿Te gusto?

Mi pecho subió y bajó, mi polla estaba a punto de explotar, mi cabeza no dejaba de pensar en ella y haría cualquier cosa por esta mujer, negarlo era una tontería.

La dejé resbalar un poco hasta que sintió la fricción de mi duro miembro por debajo del pantalón en su sexo.

—¿Responde eso a tu pregunta?

Moví mi cintura contra la suya, agarrándola bien fuerte del culo, su humedad empezó a mojarme los pantalones mientras lo único que salían de sus labios eran suspiros y algún que otro gemido.

La llevé a la cama, hinqué las rodillas en el colchón aun con ella entre mis brazos, la dejé caer despacio sobre las mullidas almohadas y comencé a desabrocharme la camisa, la iba a poner perdida después de lo que pensaba hacerle.

—¿Has hecho un squirt alguna vez? —Esperaba que dijese que no.

No podía dejar de mirarle las tetas y el coño mientras me bajaba la camisa por los hombros, el deseo brilló impuro en su mirada angelical, le gustaba lo que veía.

—No, lo he visto en algunas películas porno, pero nunca he hecho uno.

La polla se me iba a caer y se iba a ir ella sola hasta su boca si seguía así.

—¿Te gusta ver porno, mi vida?

A pesar de la vergüenza teñida claramente en sus mejillas, su cuerpo

estaba liberando tensión, se veía a gusto, relajada y confortable entre las mullidas almohadas, con las piernas ligeramente abiertas y la tela del minúsculo tanga empapada.

—A veces, sí.

Otro latido en mi entrepierna, uno que resultó demasiado doloroso. Me la iba a sacar y me iba a correr a chorros encima de ella.

—¿Y qué te gusta ver?

—Pues... —Dudó, callándose, mirándome con ojitos de cachorro abandonado.

—No te avergüences, soy tu marido, la persona en la que más debes confiar en el mundo. —Me saqué el cinturón, dejándolo a un lado de la cama, empecé a desabrocharme el pantalón.

—Me gusta mucho cuando se lo comen a ella, me pone el orgasmo femenino, pienso que es tan... no sé, ¿sexi?, es precioso ver a un hombre besando a una mujer en su lado más íntimo, matándola de placer.

—Mmmm... —Me relamí los labios—. Quieres decir entonces, que te parecería precioso que yo besara tu coño y te matase de placer, ¿no? —Liberé mi erección, sus ojos fueron directamente a ella, lascivos, calientes, acaricié lentamente todo el falo para aliviar la dureza, algunas gotas salieron del glande a causa de la excitación, las aparté con el dedo índice y bordeé con la yema del mismo dedo la comisura de sus labios—. ¿Qué me dices, mi amor? ¿Me das permiso?

—¿Desde cuándo necesita un Carusso permiso para hacer lo que quiere? —Sacó la lengua chupando mi dedo como si fuese una jodida piruleta.

—Desde que está casado con una Osorio. —Le metí el dedo hasta la campanilla, este se llenó de saliva, se negó a dejar de chuparlo, así que metí uno más—. Eso es, preciosa, estás tan necesitada de mí, como yo de ti, ¿verdad?

Finalmente los saqué, llevando las yemas llenas de su propia saliva a la punta de mi polla, volví a tocarla echando la cabeza hacia atrás, rugiendo del gustazo.

Se incorporó, acercándose a mi cuerpo, chupando mis abdominales, besándolos, lamiendo con la punta de su lengua cada línea de mi abdomen, llegando hasta la zona final para...

La punta de la polla le rozó la barbilla y gemí fuerte, agarrándola del cuello para detenerla.

—Eres una traviesa, ¿eh?

—No dejas de provocarme... —murmuró, con una expresión muy distinta a todas las que había conocido de ella. Sus labios estaban húmedos e hinchados, sus ojos se tornaban maliciosos, me miraba como una puta, una buena puta, mi puta.

—¿Y lo dices tú? ¿Con ese coño y esa delicia de tetas? Me estás torturando, nena. —La empujé con cuidado contra la cama, no dejaba de recordarme a mí mismo que mañana debíamos chequear esa costilla.

Sin poder aguantar las ganas, agarré uno de sus pechos metiéndomelo en la boca tanto como me fue posible, chupándolo, lamiéndolo, succionándole el pezón mientras le restregaba la polla por encima del tanga ya empapado.

Me la saqué de la boca, viendo esa aureola rosadita, con el pezoncito duro y erecto, más rojizo a causa de mi maltrato, lo pellizqué haciéndola chillar mientras no paraba de buscar la fricción de mi miembro con su sexo.

—Tus tetas están de infarto, nena, pero es hora de comerme otra cosa. —Sus dedos se enredaron en mi cabello negro, empujándome la cabeza hacia abajo, con las piernas bien abiertas—. Uh, eres mucho, pero que mucho más traviesa de lo que pensaba.

—Cállate y cumple con tu deber de marido —instó, autoritaria y sexi.

—Por supuesto. —Le pasé la lengua por encima del tanga, sintiendo su sabor en la tela, ella gimoteó desesperada—. Espero que mi esposa quede bien satisfecha. —Pasé la lengua una vez más, haciendo presión con la punta en esa zona de arriba en su clítoris que mataba a cualquier mujer de placer—. Cuéntame una cosa, cielo, ¿te masturbabas viendo esos vídeos porno?

Un jadeo se escapó de sus labios, mientras trataba de meterme el coño entero en la boca, yo me apartaba para hacerla rabiar a propósito.

—Sí, es obvio, joder.

—¿Y te corrías fuerte? —pregunté, queriendo imaginármela, como me gustaría pillarla haciendo eso y meterle la follada de su vida. Dios...

—Algo... sí...

—Mmmm... —Le di un besito tierno justo donde estaba el agujero para penetrarla, volviendo a subir a su clítoris, tiré de la tela del tanga para que se clavase en sus labios hinchados, estos sobresalían en la tela, la cual se metió entre ellos solamente cubriendo el clítoris.

Mi lengua se paseó por la piel de ese lugar, dejando su zona más sensible para el postre, sus gemidos y gruñidos me llevaban a la locura, aparté un poco la prenda para meterle un solo dedo el cual agradeció con un «¡Sí!»,

sus caderas empezaron a moverse contra mi puño mientras mis labios succionaban los suyos «de ahí abajo».

—Carusso... por favor...

—¿Uhm? —cuestioné, con sus labios vaginales en mi boca, degustándolos, tirando de ellos, incluso mordisqueándolos juguetonamente.

—Necesito que... —Apreté con un segundo dedo hasta el fondo, arrancándole otro gemido—. Necesito que chupes... ahí...

—Dímelo cómo me gusta y lo haré, cielo.

Rugió y moví los dedos de forma circular en su interior, su humedad bajaba por mi antebrazo.

—Cariño, cómeme el coño —musitó finalmente—. Te lo suplico.

—Si me lo pides así, amor, claro que lo haré, pero promete que mi princesa se va a correr muy, muy fuerte.

Asintió, apretándose los pechos, retorciéndose entre las almohadas, estaba ardiendo en puro fuego.

—Buena chica, espero que me dejes empapado o me enfadaré, ¿vale? y ya sabes que papá tiene muy mal humor cuando se enfada. —Tiré de los hilos de su tanga con rabia, yo también estaba deseando hincarle el diente y chuparla hasta dejarla fuera de sí.

Una vez me deshice de la ropa interior, agarré sus muslos abriéndole las piernas tanto que su clítoris quedó totalmente sobresalido y expuesto a mí, abultado, húmedo, mojado, suplicando por mimos y atención.

—También eres rosita aquí, princesa, qué rico. —Mi boca fue hacia esa zona, pegándole unos buenos lametones cortos y rápidos, ella agarró de nuevo mi cabello apretando, metiéndomelo entero en la boca. Tuve que acariciarme la polla para aliviar la tensión de estar comiéndome esa delicia, el sabor de su sexo era una jodida maravilla, no podía parar.

Pegué mis labios en ese trocito de carne y succioné hacia dentro haciéndola gemir de placer y dolor, el agarre flojeó y en cuanto la solté, volvió a apretar, continué haciendo movimientos circulares, mi puño seguía golpeando su entrada, follándola durísimo con los dedos mientras mi boca seguía dándole placer.

—Cariño... —Su voz estaba totalmente rota.

—Dime, cielo.

—Creo que... tengo ganas de...

Buf, mierda, ya estaba cerca.

Joder, sí.

—Relájate, princesa, deja que salga todo, estás con papá, no tienes que tener vergüenza.

—Pero... quiero hacer pis... —Volvió a gimotear, intentando apartar mis labios de su sexo, intensifiqué mis lamidas, haciéndola chillar y retorcerse, trató de retirarme haciendo uso de su fuerza en mis hombros, no pudo moverme ni un centímetro, le metí un tercer dedo y mi lengua empezó a frotarse aún más rápido contra su clítoris—. ¡Por favor! ¡Amor! No puedo... ¡Ah! ¡Mierda! —Sus ojos se quedaron blancos, los muslos le temblaban mientras el vientre le daba espasmos, toda su humedad me invadió de inmediato y fue precioso verla correrse así, le metí la polla sin pensarlo mientras el squirt más bonito que he visto en mi vida me salpicaba el rabo a la vez que se la metía y se la sacaba sin tregua—. ¡Joder! ¡Salvatore! ¡No pares! ¡Sigue! —Suplicó, terminando de correrse con mi polla en su interior, su útero se contrajo apretándome tanto que casi no pude sacarla, el semen me salió a chorros salpicándole las tetas y la cara. Ambos terminamos hechos un completo desastre de jadeos y fluidos.

—Joder —dije finalmente, regalándole una sonrisa—. Creo que las hamburguesas estarán frías y que el helado parecerá caldo de ramen. ¿Estás bien? —pregunté, al ver que no decía nada.

Nuestros estómagos sonaron a la vez.

—Sí... te importa... ¿si me doy una ducha? —Se le veía totalmente avergonzada por lo que acabábamos de hacer.

Oh, joder, si me había encantado.

—En absoluto, ¿te llevo en brazos? ¿te preparo la bañera?

—No, puedo sola. —Me regaló una tierna sonrisita de boca cerrada—. Gracias.

—¿Por? —Encendí un cigarro, llevándomelo a la boca, aún en pelotas.

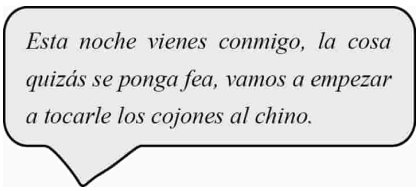
—Por hacerme sentir que soy atractiva, a pesar de mi peso.

Chisté, me daba rabia que siguiese con esas tonterías.

—Ya te lo dije una vez, para mí eres perfecta, ni te sobra ni te falta nada.

Asintió, marchándose de puntillas, caminando como una duendecilla hasta el baño, me fijé en cada una de las cicatrices de su espalda, luego le daría un masaje con aceite de almendras y besaría cada una de ellas. La puerta se cerró y me senté en la cama a verificar mi teléfono.

Escribí un mensaje a Marcos.



Muy bien, Liu, ¿has llamado a mi mujer? Me parece perfecto.
Así se empiezan las guerras.
Tú lo has querido.

CAPÍTULO 35

SALVATORE



Era increíble lo buena que estaba la comida basura incluso fría y después de llevar más de una hora tirada por el suelo.

Me tragué el último trozo de la hamburguesa, con la cabeza apoyada sobre las piernas de María. Al final compré cuatro menús, dos para cada uno, ya que eran pequeños (por eso eran ahorro), pero ella solo quiso uno y yo me comí los otros tres.

La miré desde mi posición, sus muslos eran suaves, calientes y confortables, me gustaba estar cerca de ella, sentirla.

—¿Te has quedado bien solo con esa hamburguesa? ¿Te traigo algo de la cocina? Sé cocinar, ¿eh? No soy un inútil, puedo hacerte un huevo frito, unos fideos instantáneos o un vaso de leche con Nesquik.

—Wao, tus dotes culinarias me asustan —siseó con una media sonrisilla disimulada, le estaba empezando a caer bien, aunque tratase de negarlo.

Yo ya me salté esa etapa, cuando la vi caer desde la ventana abajo, todo cambió drásticamente para mí. Entendí que me sentiría completamente vacío sin ella.

Me quedé embobado mirándola, ¿en qué estaría pesando?, ¿tendría tantas ganas de que la abrazara como yo de hacerlo?, ¿me echaría de menos cuando me fuese a trabajar?, ¿tendría tanto miedo de perderme como yo de perderla?

La muy ingrata cogió uno de sus libros y lo abrió, tapándome la cara con él.

Mis ojos casi se salieron de órbita al ver qué libro era.

Twisted Games, el guardaespaldas había vuelto.

¡Pero si lo hice desaparecer! ¿Se lo volvió a comprar? ¡¿CUÁNDO?!

—¡Oiga, señorita! —Se lo arranqué de las manos, estirando el brazo para

que no pudiese llegar a él—. Prohibido leer este libro, ¿entendido?, ¿de dónde coño lo has sacado?

Su cara era un completo desastre de furia y frustración, estaba roja y esta vez su rojez no tenía nada que ver con la vergüenza ni sentimientos similares.

—Pedazo de cavernícola, tuve que vender dos libros por internet para poder comprarme ese, ¡¿y vas y me lo prohíbes?! —Intentó arrebatármelo, pero yo seguía encima de ella, así que no podía.

Esta mujer no se enteraba de que era multimillonaria, ¿verdad?

—No necesitas vender libros para... en fin, qué más da, nunca lo vas a entender. —Me froté el ceño—. Prohibido leer sobre Rhys Larsen, ¿entendido?

María infló los mofletes, sus ojos se iluminaron y, sin poder evitarlo, explotó en mi cara de la risa, tapándose la boca con las manos.

—¿Estás celoso de Rhys? ¿En serio? Espera... ¿Cómo sabes quién es Rhys?

Al ver de lo que trataba el libro me lo tuve que leer, quería ver si ese guardaespaldas por casualidad era rubio o se llamaba Dominic, también quería saber qué tenía ese hombre que no tuviese yo.

Después de leerlo dudé sobre si dejarme el pelo largo.

No me quedaría bien.

—Porque lo sé y punto. —Miré mi reloj de pulsera, maldiciendo, era la hora de ir a trabajar—. ¿Por qué tienes que leer sobre guardaespaldas? Dante Russo es infinitamente mejor.

Ella seguía riéndose, sus carcajadas parecían aullidos, por momentos daba la impresión de que incluso le faltaba el oxígeno.

—Como sigas así te voy a tener que hacer el boca a boca —advertí.

—¿Dante Russo? Pero... ¿eres fan de Ana Huang y te lo tenías callado? —Se limpió las lágrimas—. Pues mi favorito es Alex Volcov.

Entrecerré los ojos como si quisiera matarla.

—Demasiado joven.

—Es italiano y con el cabello oscuro, como tú. —Se acurrucó, ronroneándome, haciéndome ojitos para que le devolviese el libro.

Resoplé.

—Dante Russo también es italiano, con el pelo negro, y más mayor —recalqué, entregándoselo—. ¿Me prometes que no te gusta Rhys?

Asintió, cruzando los dedos de ambas manos.

¿Qué iba a hacer con ella?

—¿Por qué no lees algo para personas cultas? Ciencias... economía... —Su tanga sucio se estampó en mi cara, respiré profundo antes de que esto fuese a peor.

Volvió a recostarse, haciéndose un ovillo entre la colcha de terciopelo y las mullidas almohadas, se veía como un angelito dentro de una nube. Me causó satisfacción verla tan feliz, protegida, segura, a salvo.

—¿A dónde vas? —Sus ojos se asomaron por encima del libro, al darse cuenta de cómo recogía mi camisa y los pantalones, estaba en ropa interior.

Mi mano fue a su cabeza, acariciando esos cabellos dorados como los rayos del sol.

—Tengo que trabajar, ya sabes, cuando es de madrugada, los monstruos deben hacer sus cosas.

Un resoplido de su parte me reveló que no le hacía gracia.

—Creía que dormiríamos juntos, como las otras noches.

—Siempre me voy a esta hora, cariño. —Ella siguió seria, sin decir mucho más, acaricié su nuca, acercándola a mí para dejarle un beso en la frente—. Descansa, princesa, Petra estará vigilando toda la noche en la puerta, estás a salvo.

Mis palabras no le causaron ni la más mínima calma.

—¿Y tú? —Su mano sostuvo la mía, tirando de ella, me soltó en cuanto vio que mis ojos se posaron en sus dedos tocándome la piel—. ¿Tú vas a estar a salvo?

Quisiera mentirle y decirle que sí, pero meterla dentro de una burbuja solo la haría más vulnerable.

—Nunca estoy a salvo, María, ya conoces las reglas —siseé—. Si mi corazón se para, un mensaje te llegará de forma automática, debes coger ese código, sacar todo el dinero de la caja fuerte e irte lejos.

El silencio se hizo espeso entre nosotros, tan solo nos mirábamos, otra vez, de aquella forma que tantas veces nos habíamos mirado antes. Incluso cuando nos odiábamos.

—No dejes que te maten, Carusso. —Su voz sonó dura, con una dureza jodidamente fingida, la cual enmascaraba un potente sentimiento de miedo y tristeza.

Traté de quitarle hierro al asunto.

—Mira el lado bueno, serás la mujer más rica del mundo si me matan, y podrás leer muchos libros sobre guardaespaldas.

Intuí que quería decir algo, mas sus labios permanecieron sellados. No quise alargarlo más, me estaba costando demasiado separarme de ella y no podía llegar tarde. Marcos debía estar esperando.

—Descansa, cielo.

—Cuídate, Salva.

Aquella forma de llamarme, me dejó tieso, trayéndome el recuerdo de aquella pobre adolescente a la que dejé tirada. Mi estómago se cerró. Era la primera vez que María se refería a mí de aquella forma. Mía era la única que me llamaba así.

—Siempre lo hago. —Agarré los mocasines del suelo, echándome la camisa y los pantalones sobre el hombro, saliendo en ropa interior de la habitación para ir a la mía a vestirme de limpio, ya me duché en su baño, así que acortaría tiempo.

Una vez en mi habitación, elegí un traje negro con una camisa blanca, coloqué las dos pistolas en su lugar bajo la chaqueta y el cuchillo que siempre llevaba por si acaso.

Un poco de perfume y algo de laca en el pelo. Salí hecho un figurín y Petra negó nada más verme.

—Te vas a terminar muriendo si sigues a este ritmo.

—Me gusta controlarlo todo, ya lo sabes. —El silencio de la noche era aplastante, tanto que parecía que hablábamos a gritos, cuando solo estábamos susurrando—. Cualquier cosa, me llamas.

—Cuidado, Carusso —advirtió, como si tuviese un mal presentimiento—. No deberías ir, deja que tus hombres se encarguen hoy.

Petra era consciente de la rivalidad que existía entre Liu y yo. Que me expusiese delante de sus hombres, al lado del acantilado por el que tirábamos los cadáveres era algo que simplemente le aterraba. Sería muy fácil pegarme un tiro y dejarme caer al mar, dándome por desaparecido. Aunque para irse de rosas, tendrían que sobrevivir a mis hombres, los cuales no tendrían piedad, esperaba.

No ir demostraría que mis huevos habían disminuido su tamaño y eso no pasaría jamás. Esto fue lo que me convirtió en quien soy.

Mirar a la muerte directamente de frente, fue lo que convirtió en el Padre de la mafia.

Una vez salí al exterior, el frío de la noche me caló hasta los huesos, algo que me pareció extraño, yo toleraba demasiado bien las temperaturas extremas, tenía el cuerpo entrenado para que cosas tan simples no lograsen

desconcentrarme. Cuando más de una docena de personas querían verte muerto, toda preparación era poca.

No me daba miedo morir, pero tampoco les pondría las cosas fáciles.

Subí al Bugatti Chiron, estaba donde lo dejé aparcado, mis hombres subieron atrás y Alvarito se puso a mi lado.

—Hoy conduzco yo, no te lo tomes como algo personal, pero odio cómo conduces.

—Entendido, señor.

—Odio cómo conduce todo el mundo —aclaré—. No es algo que tenga en contra tuya.

—Entendido, señor.

Puse algo de música clásica, a un volumen bajo, pisé el acelerador no queriendo tardar demasiado en esto, sentía sueño y cansancio, joder, era cumplir los treinta y uno y ya estar como un jodido abuelo.

—¿No tendrás un ibuprofeno por ahí, no? —cuestioné, odiaba los medicamentos, pero la frente me estaba empezando a quemar y la cabeza me daba algunos pinchazos.

Mis tres hombres tendieron sus manos hacia mí rápidamente, uno tenía paracetamol, el otro una aspirina y el tercero éxtasis.

Alvarito solo se encogió de hombros y negó.

—He dicho ibuprofeno —gruñí, empezando a ponerme de mala leche.

Retiraron sus manos, no tenían, en fin.

Yo era alérgico al paracetamol, así que me tocaba joderme hasta llegar a casa.

El coche de Marcos se unió al mío, iba con cuatro tíos más, armados hasta arriba, Marcos trabajaba para Eva, pero hacía extras conmigo cada vez que le necesitaba.

Intentó adelantarme y pisé a fondo el acelerador, estaba loco si creía que le iba a dejar ir delante de mí.

—*Continua a sognare, idiota! (¡Continúa soñando, idiota!)* —le grité por la ventanilla, cerrándola para no escuchar lo que me fuese a decir de vuelta. Era una de las pocas personas que tenía permiso para hacerme bromas.

El viaje hasta el acantilado en el que nos íbamos a deshacer del cargamento se me hizo mucho más ameno y divertido gracias a Marcos y su habilidad para hacer el ridículo al volante.

Una vez llegamos al lugar asignado, los trailers estaban allí preparados, bajé del Bugatti dejando a Alvarito al cuidado de él.

Caminé frotándome las manos hacia los trailers, los hombres de Liu estaba ahí en fila, todos con los mismos ojos de arroz frito con pollo.

Marcos y yo nos saludamos, unas palmadas en la espalda, un cigarro en la boca de cada uno y fuego.

—Papá Carusso, mi hombre favorito. —Dejó el humo salir de sus labios —. ¿Así que hoy toca joder al chino?

—Solo un poco, no te acerques al acantilado, dispara de lejos si ves que intentan algo.

—*Capito*.

Seguí caminando en solitario, con mis hombres cubriéndome las espaldas, tenía a un francotirador junto a Álvaro en el coche.

Una vez estuve entre los dos trailers, los coreanos se acercaron para recibir la mercancía, los que trabajaban para mí sacaron el primer bulto.

—Alexandro Martín.

—Muerto.

—Al mar.

El cuerpo calló.

—Fréderic Gastón.

Entrecerré los ojos al ver que el cuerpo se movía bajo el saco.

—Vivo.

Los coreanos se acercaron un poco más para llevárselo a mi señal.

Saqué la pistola y disparé al cuerpo, matándolo.

—Al mar —ordené, mientras mis orbes azules se clavaban en los del cabecilla.

—Entiendo que no va a cooperar con nosotros, ¿es así?

Mis labios se curvaron de forma cruel.

—Es así, a partir de ahora, tu jefe se tendrá que ganar su propio dinero.

El coreano se acercó un poco más, con una postura relajada, demasiado, que no me tuviese miedo no me gustaba en absoluto.

—Esto nos hará perder mucha pasta, pero también a ti, Liu paga bien por esos desperdicios que lanzas a los tiburones.

Saqué el cigarro de mis labios, dando un paso más hacia el jodido imbécil que me hablaba como si fuese un «*igual*» a mí y no como el ser inferior que era.

Le eché el humo en la cara, apagándole la colilla en la frente.

—No necesito el dinero de tu jefe. —Dejé caer la colilla al suelo—. Liu se ha portado mal, y papá Carusso está cabreado, díselo de mi parte. —Me

saqué el cuchillo de la chaqueta, pegándole una puñalada en el abdomen, la cual trató de esquivar pero yo fui más rápido, quedó agazapado contra mi hombro—. Y qué sea la última vez que no agachas la cabeza cuando me ves. —Saqué el cuchillo, admirando la hoja afilada llena de sangre, le di la espalda a propósito para valorar su reacción, si aprendió la lección, volvería al trailer y se largaría, si no...

Giré sobre mis mocasines pegándole una patada en la boca cuando intentó agarrarme para empujarme.

Al hacerle perder el equilibro, le solté un gancho por la izquierda que lo hizo caer al mar. Asomé la cabeza viendo cómo su cuerpo desaparecía entre las olas.

—Vaya, no he traído bolígrafo para apuntar su nombre en la lista, hoy el inventario no saldrá bien.

Entorné los ojos sobre los hombres de Liu, este era el momento más crítico, aun así, estos inclinaron la cabeza, retirándose.

Mis hombres se relajaron, bajando las armas. No eran tan idiotas como pensaba.

CAPÍTULO 36

MARÍA



La noche estaba siendo un auténtico infierno, la cabeza se me caía del sueño sobre mis propias manos, las cuales intentaban sujetar mi mentón.

Me encontraba sentada en la mesa del comedor, con el regalo de cumpleaños y el móvil sobre él, olvidé dárselo, olvidé felicitarle, y un mal presentimiento enredado en el pecho me alarmaba constantemente de que tal vez, no volviese a tener la oportunidad de hacerlo.

Dios, yo no era bruja ni nada de eso, no tenía por qué tener razón en lo que sentía, pero ese idiota me asustó diciendo lo del código que llegaría en caso de que algo le sucediese.

Mi móvil vibró, a lo que pegué un pequeño gritito, soltando todo el aire de los pulmones al ver que se trataba de una simple notificación del sistema.

Mierda...

Petra estaba en el sofá del amplio salón, descansando, con la metralleta entre las manos. ¿No le daba miedo moverse sin querer y que esa mierda se disparase sola? Joder.

Intenté quitarme de su ángulo por si acaso.

Las manecillas del reloj eran una auténtica tortura, cada tic que hacía, acompasaba un latido de mi corazón, miraba el móvil con ojos dormilones y húmedos, estaba empezando a lagrimear por culpa del sueño, mas no era capaz de dormirme.

Sentí un repiqueteo contra los cristales de las ventanas, una sombra pareció moverse en el exterior, fruncí el ceño, agarrando la pistola que descansaba junto al regalo de Salvatore. Caminé descalza, de puntillas, cubriéndome con las esquinas, hasta poder agacharme y acercarme a los pies del ventanal, me asomé con cautela y no vi nada más que árboles siendo mecidos por el viento y los vigilantes de cada noche.

¿Cómo podían aguantar ese trabajo? Estar ahí, perennes, noche tras noche, con frío, con sueño.

Le di la orden a mi propio corazón de calmarse, estaba más acelerado de lo normal.

Dejé de estar agazapada contra el ventanal, volviendo con la pistola en la mano hasta la mesa, allí volví a sentarme, volví a clavar los codos en la mesa y volví a resoplar con la barbilla sobre mis manos.

Las cinco de la madrugada.

¿A qué hora iba a volver? Esperaba que estuviese trabajando y no se hubiese ido por ahí a beber o... no, él no me haría eso, ya folló conmigo, ¿para qué lo iba a follar de nuevo con otra?

Mierda. ¿Estaba celosa?

Parecía ser que sí.

Preocupada, asustada, cansada y celosa. ¿Algo más?

Mis dedos sintieron cosquillas al deslizarse por la pantalla, ¿y si le mandaba un mensaje? ¿Y si le preguntaba qué tal estaba? No sabía si teníamos tanta confianza como para poder escribirle a su número personal. Nunca lo hice, no al menos dando el primer paso, siempre era él quien me hablaba primero.

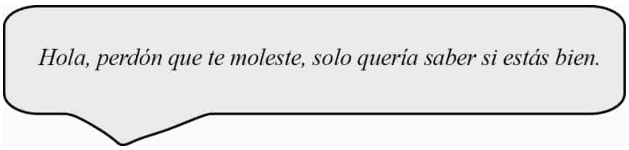
No lo soporté más, a la mierda.

Desbloqueé el teléfono, molestándome la luminiscencia de la pantalla, todo estaba prácticamente a oscuras salvo por la vaga luz que entraba por las ventanas de las farolas exteriores que rodeaban la casa.

«Salvatore Carusso»

Su nombre me hizo sentir nervios.

Repasé mis labios con la punta de la lengua, estaban secos y algo agrietados, me pasaba cuando estaba estresada, no sabía la relación entre una cosa y la otra, pero era real.



Miré el mensaje varias veces antes de enviarlo.

¿Le estaba pidiendo perdón por molestarle? Era él quien me estaba molestando a mí teniéndome preocupada.

Lo rectifiqué.

Carusso, ¿sigues vivo o ya estás muerto?

Demasiado directo, también lo borré.

Hola, ¿estás bien? he ido a hacer pis y vi que no estabas...

No, no tenía sentido, el baño estaba dentro de mi habitación, ¿cómo iba a ver que no estaba?

Me revolví los pelos gruñendo de la frustración.

Tomé aire, borré el mensaje otra vez y empecé de nuevo.

Dime si estás bien, por favor.

No quise pensar más y le di a enviar con el corazón en la garganta.

Esperé con la pantalla abierta, rezando para que respondiese.

Aguardé de aquella forma como al menos unos eternos e infinitos diez minutos, finalmente, su teléfono apareció en línea.

Sonreí de alivio y al mismo tiempo me preparé para matarle si no tenía una buena excusa para tardar tanto.

No dijo absolutamente nada, no obstante, me llegó un simple mensaje de texto.

Salvatore Carusso:
00589

¿Qué?

Noté cómo una bomba me explotaba en el interior del pecho, el silencio se volvió más espeso, el tic del reloj se hizo pesado, como un muro de acero, cayendo lentamente sobre mis tímpanos.

Déjate de bromas, no tiene gracia.

No había respuesta.

No.

No.

Mil veces no.

La respiración se me agitaba de forma apresurada, no sabía qué hacer, fui rápidamente a llamar a Petra mientras marcaba el teléfono de Salvatore, seguía sin poder creerlo, debía ser una jodida broma, de muy mal gusto, lo mataría después de esto, pero de verdad.

Casi cuando estaba a punto de tocar el hombro de Petra, el cristal de la ventana de enfrente se hizo trizas y una bala atravesó su pecho, mi grito debió oírse por toda la casa, el teléfono me resbaló de las manos y no pude hacer otra cosa más que ocultarme detrás del sillón en el que acababan de matarla.

No podía ser real, esto no podía estar pasando.

—¡Mamaaaaaaá! —Gabriel empezó a llamarme desde la habitación de arriba, una ráfaga de disparos empezó a destruirlo todo, giré rápidamente cuando tuve una mínima oportunidad para coger la metralleta.

Disparé para ganar tiempo y corrí escaleras arriba, pensando que en cualquier momento terminaría muerta.

No sabía cómo iba a salir de esta, no sabía cómo iba a salvar a Gabriel, no sabía cómo iba a superar haberle perdido, para siempre.

Tiré de la puerta encontrando a mi pequeño en las manos de aquel hijo de puta. Liu Yum.

Este le cubría la boca con la mano, a la vez que apretaba la pistola contra su sien.

—Dame el código de la caja fuerte, o lo mato.

Mis manos temblorosas le apuntaron directamente a la cabeza con el arma.

—Te daré lo que quieras pero primero suelta a mi hijo y dime dónde está mi marido.

Liu sonrió de forma cínica, sádica, llena de veneno y perversión. Era la misma sonrisa que tenía aquel día.

—¿Sabes qué? Tu marido está en el fondo del mar, con un agujero en el entrecejo, y a ti, ni siquiera te necesito, el código está en tu teléfono.

Liu apretó el gatillo, mis pulmones se desgarraron mientras el mundo se me hacía pedazos y sentía que me iba a morir de dolor allí mismo.

Abrí los ojos, algo cayó al suelo, solté otro pequeño chillido, estaba en mi

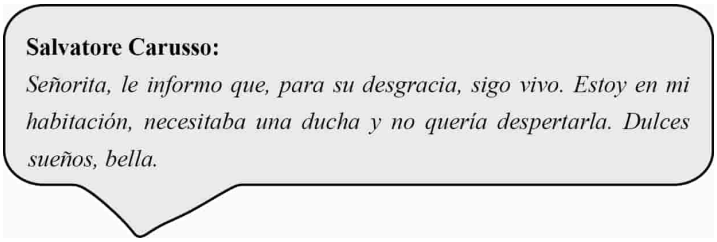
habitación.

Ni rastro de Liu, ni rastro de disparos, ni rastro de cristales rotos.

Miré hacia el otro lado de la cama, seguía vacío, maldije, buscando mi teléfono, tenía un mensaje de Salvatore.

—¡No! —exclamé, pensando que la pesadilla comenzaba a hacerse realidad.

Las manos me temblaban tanto que casi no podía desbloquear la pantalla, maldiciendo de forma repetitiva, logrando abrir el maldito mensaje al fin.



Volví a respirar, volví a nacer, volví a tener un sistema nervioso que funcionaba con normalidad.

Me dejé caer sobre la cama como si acabase de salirme de mi cuerpo y estuviese flotando, dejando que la tensión se fuese de mis extremidades.

Maldita sea, qué horror de pesadilla.

Intenté bajar los párpados y descansar, no podía, seguía nerviosa, todo fue demasiado real, para mí era como si aún estuviese ahí.

Chasqueé la lengua, bajando de la cama con los pies descalzos. Cogí su regalo de cumpleaños y salí de la habitación, encontrándome con Petra.

—¿Qué haces despierta?

La abracé, ignorando su pregunta.

—Estás bien —murmuré.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Jamás te acuestes a dormir abajo, en el sofá, frente a la ventana —susurré, señalándola con el dedo índice mientras me alejaba.

Mateo custodiaba a Gabriel, se hizo a un lado para que pudiese a asomarme, estaba bien, durmiendo como un ángel.

Volví a suspirar.

—¿Una pesadilla? —inquirió Mateo.

Vaya, qué audaz.

—Me temo que sí. —Resoplé, regalándole una sonrisa tímida a modo de agradecimiento por cuidar de Gabriel—. ¿Mi marido ha llegado?

—Sí, hace cuarenta y cinco minutos, está descansando en su habitación.

Asentí.

—De acuerdo, gracias. —Quise irme, sintiendo pena por ellos—. ¿No estáis cansados? —pregunté, mirándolos a los dos, cada uno, Petra y Mateo, estaban en una punta del pasillo.

—Estamos acostumbrados a dormir por la mañana, además, Carusso paga bien —respondió Petra.

Volví a afirmar.

—Bueno, que os sea leve. —Me despedí, con el continuo pensamiento de que yo no podría hacer ese trabajo.

Mis pasos se fueron volviendo más rápidos conforme me acercaba a la habitación de Salvatore, estaba ansiosa por verle, me daba igual si se enfadaba porque entrase sin avisar o sin permiso, quería verle y punto.

Si me regañaba, le pegaría un guantazo y estaría un mes sin dirigirle la palabra. El vería lo que más le convenía hacer...

Su habitación no tenía guardaespaldas. Esto me disgustaba.

Agarré el pomo y tiré con suavidad, entrando de forma lenta, de puntillas, para hacer el mínimo ruido.

Una vez metí un pie, e introduje el otro, me giré para cerrar, oyéndose tan solo el pequeño click de la cerradura.

Genial.

Estaba muy oscuro, aun así, la luz de la luna reflejaba algo de claridad plateada sobre aquel cuerpo de dios griego.

Su ancha espalda lucía desnuda, admiré en silencio la belleza de su piel morena, los tatuajes de su brazo izquierdo, los cuales empezaban en el hombro e iban hasta la muñeca. Su cabello negro, aun húmedo de la ducha, su precioso rostro.

Era guapo hasta rabiar.

Los ojos se me llenaron de lágrimas como en mi sueño, pero esta vez de alivio y felicidad.

Me iría por donde había venido, solo necesitaba saber que estaba bien, no obstante, no era capaz de marcharme sin antes tocarle, sentir su tacto cálido, su latido, su respiración, su vida.

Di un paso más, y luego otro, maldiciendo cada vez que hacía algo de ruido. Pisé sin querer uno de sus mocasines, contuve la respiración unos segundos hasta ver que seguía dormido.

Una vez estuve cerca, mi mano fue a su precioso cabello negro, acariciándolo, notando su suavidad.

Salvatore hizo un movimiento rápido, agarrándome de la muñeca para inmovilizarme en la cama bajo el peso de su cuerpo mientras con la otra mano me apuntaba con la pistola justo sobre la barbilla.

—Joder, princesa, eres tú.

Mierda, si no me había muerto de un infarto esta noche, no me moriría nunca.

—Lo siento. —Fue todo lo que logré decir en defensa propia—. Es que... yo...

—¿Qué diablos pretendías? —Su tono sonó duro y mi expresión se volvió más aguada, entonces, su mirada cambió drásticamente—. Oh, espera. ¿Querías dormir conmigo?

—¡No! —chillé en su cara (en voz baja) pero le chillé—. Solo... solo tuve una pesadilla, y quería ver que estabas bien.

Salvatore volvió a recostarse de lado, levantando la manta con su brazo, señalando hacia su torso desnudo.

—Ven, acurrúcate aquí.

Mis mejillas se incendiaron, el regalo cayó al suelo, mierda, esperaba que no fuese algo frágil.

—¿Hablas en serio?

Su semblante me dejó claro que sí.

Tragué saliva, recogiendo la cajita envuelta en papel negro, la dejé sobre la mesita, mañana se la daría con más calma. En otra ocasión le hubiese rechazado, habría salido disparada hacia mi habitación, pero después de sentir que le perdía, necesitaba tenerle más cerca que nunca.

Mi cuerpo se acurrucó junto al suyo, haciéndose una bolita, él me arropó en sus brazos, apretándome contra su pecho, su olor era jodidamente delicioso.

Un sollozo se me escapó sin remedio.

—María, ¿estás llorando?

—Déjame en paz, duérmete y ya está. —Jadeé queriendo controlar la llantina, no iba a explotar delante de él por una pesadilla, no iba a reconocer que casi me muero al pensar que ya no volvería a verle, no iba a admitir que me sentía la mujer más feliz del mundo por poder tenerle cerca y estar a su lado.

De ninguna forma.

—¿Tan horrible fue?

Horrible era quedarse corto.

—Sí.

Sus labios resonaron sobre mi frente, me di cuenta entonces de que su cuerpo estaba ardiendo, y que él estaba temblando.

Alcé la cabeza, tocándole la cara.

—Dios mío, Salvatore, estás enfermo.

—Estoy perfecto, ya he tomado ibuprofeno y un suplemento de ácido ascórbico, solo necesito descansar.

Su voz me advirtió que no aceptaría tenerme de enfermera.

Se lo dejaría pasar, solo por esta noche.

—Mañana no pienso dejar que salgas de esta cama, vas a tomarte el día libre sí o sí.

—¿Ah sí? —Su respiración golpeaba mis mejillas—. Tendrás que amarrarme al cabecero, preciosa.

—Haré lo que sea, pero vas a descansar. —Extendí el brazo por su costilla, llegando con la mano a su espalda, comencé a dibujar figuras geométricas al azar con la yema de los dedos sobre su columna, mientras mi mejilla reposaba sobre la fina capa de vello oscuro que cubría sus impresionantes pectorales—. Duérmete de una vez. —Rogué—. Y feliz cumpleaños —añadí, con una voz mucho más débil y suave, sintiéndome avergonzada por no haberle felicitado antes—. Y perdona por no haberte regalado nada. —Tragué saliva—. Y ya me callo, para que puedas dormir.

—Me has hecho el mejor regalo del mundo, María. —Sus brazos me apretujaron aún más contra su cuerpo—:Venir a dormir conmigo.

El calor de su piel me hizo arder hasta la última gota de la sangre que me corría por las venas, mis mejillas volvieron a incendiarse, aun así, no quise decir nada más, tan solo cerré los ojos, quedándome inmóvil, disfrutando de la sensación de estar a su lado. Aquel sueño me hizo entender que en cualquier momento la muerte podría separarnos; definitivamente, no estaba preparada para decirle adiós. Ni ahora. Ni nunca.

CAPÍTULO 37

MARÍA



Nunca imaginé que se pudiera hacer el amor con simples caricias y besos.

Mis manos estuvieron viajando por su espalda toda la noche, por sus fuertes hombros, por aquellos brazos de infarto, y las suyas por cada parte de mi cuerpo, con especial mimo en cada cicatriz que recorría mi columna. Sus labios durmieron junto a los míos, pero no solo en mi boca, también los sentí en el cuello, en la clavícula, en los hombros, en mi oreja.

Dormíamos, nos despertábamos, nos comíamos a besos y volvíamos a dormir, así hasta el amanecer.

«¿No es extraño este comportamiento en dos personas que se odian?». Recuerdo que le hice esa pregunta.

*«*Creo que hace tiempo dejamos de odiarnos*».* Fue su respuesta.

Cuando desperté, como era de esperar, ya no estaba ahí. Me resultó extraño estar a solas en su dormitorio, pero más extraño era el hecho de sentirme cómoda, protegida, a salvo.

Lo cierto era que desde que recuperé mis recuerdos, ya no le odiaba, a veces me sacaba de quicio, mas, esa faceta suya, solo hacía que le tuviese aún más afecto.

Salvatore era jodidamente encantador, y ya iba siendo hora de reconocerlo.

Todo su olor seguía pegado a mi piel, estaba tan empapada de él que aún le seguía sintiendo por todas partes, y me encantaba.

La puerta de la habitación se abrió y tanto Marcela como yo gritamos a la vez.

—¡Señora! Perdone, es que pensé que no había nadie, siempre vengo a esta hora para hacer la cama del señor.

Me reí a carcajadas con la mano en el pecho, por suerte no estaba desnuda.

—Ese idiota ya tiene más de treinta años, Marcela, debería hacerse la

cama él solito.

Marcela se encogió de hombros con una sonrisa tontorrona, ella amaba atender a Salvatore, a veces lo hacía con un cariño que iba mucho más allá de lo laboral. Parecía más hijo de ella que de Penélope.

—El señor siempre es ordenado y limpio —comentó, dejando unas sábanas nuevas al pie de la cama—. Pero trabaja las veinticuatro horas, nunca descansa, no es fácil ser quien es.

Suspiré, era consciente de ello, y no me gustaba, temía que si no bajaba el ritmo algo malo le sucediese cualquier día, además, no me hacía la más mínima gracia que fuese fumador. Que sí, que se veía jodidamente sexi con ese cigarro, y que me mojaba cuando me miraba fijamente mientras el humo le salía despacio de esos malditos labios carnosos, pero sus pulmones no deberían estar nada contentos con esto.

—Tenemos que conseguir que Salvatore descanse más y fume menos. —Pensé en voz alta. Sus ojos fueron hacia la caja de regalo aun cerrada—. Lo sé, no te enfades, es que... no he encontrado el momento. —Suspiré—. Me da vergüenza no haberle comprado nada, estaba esperando a comprar algo para darle todo junto, pero no tengo ni un euro, y encima, ¿cómo se supone que voy a salir sola de aquí sin que se dé cuenta?

Podría decirle que quería comprarme algo y en seguida tendría un coche a mi disposición, en mi cuenta me había hecho un ingreso de bastante dinero, demasiado dinero, pero era suyo. ¿Cómo le iba a comprar un regalo con su dinero?

Marcela fue quien suspiró esta vez, cerrando la puerta para caminar hasta la cama y sentarse a mi lado, su mano agarró la mía, estaba temblorosa, al mirar sus ojos pude darme cuenta de algo, se habían vuelto vidriosos.

—Tú quieres a mi niño, ¿verdad?

—¿Tu niño?

Una lágrima bajó por una de sus mejillas, no dijo nada, absolutamente nada, tras un largo silencio en el que su mano siguió temblando sobre la mía, finalmente, habló.

—Solo dime si le quieres.

Tragué saliva, no sabía que contestarle, ¿le quería? Era obvio que algo sentía, cuando tuve esa pesadilla, cuando pensé que le perdía, solo quise morirme detrás de él; obviamente, algún sentimiento se estaba formando en mi interior.

Pero no estaba preparada para decirlo abiertamente.

—Nuestra relación es algo complicada, estas cosas van despacio. —Fue la respuesta más sincera que pude darle—. Pero le aprecio y deseo lo mejor para él, es un hombre increíble. —De eso no tenía duda alguna.

Ella me regaló una tierna sonrisa, soltando mi mano.

—Perdone mi atrevimiento, señora, es que... en fin, ustedes son tan buenas personas, y se ven tan bien juntos, he visto al señor muy solo, siempre en malas compañías, y ahora que la tiene, me tranquiliza, pero tampoco quiero... —hizo una mueca de disgusto— que usted sea infeliz, que esté aquí en contra de su voluntad, no sé cómo explicarlo. Quiero que le quiera, quiero que se enamore de él y que él lo haga de usted, pero bueno, a veces no sucede lo que una desea.

Me fijé un poco en los rasgos de Marcela, su piel era morenita y su cabello negro brillante, como el de Salvatore.

—Marcela, tengo una duda, ¿cómo era el padre de Carusso?

Un ligero rubor encendió sus mejillas.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Solo quiero saber cómo era mi suegro. —Me encogí de hombros, divertida por su nerviosismo repentino—. Y por favor, tutéame, que no soporto que me llamen señora.

—Oh, sí, pues... —Agachó la mirada, volviendo a posar sus ojos sobre mí de forma disimulada, jugando con sus dedos—. Vladimir Carusso tenía sangre italiana y rusa, imagina lo que era, un torrente de mal carácter, daba un miedo terrible, solo con su presencia los matones se echaban a temblar, las pistolas se les caían hasta de las manos algunas veces a causa de los nervios.

Reí, sin poder evitarlo.

—Ahora entiendo de donde viene la «simpatía» de mi marido.

—Pero —sus labios se curvaron con disimulo— tenía un corazón increíble para otras cosas. Él detestaba este mundo, le daba igual el dinero, el poder... él solo quería ser un hombre libre, trabajar y formar una familia.

—Me suena, mucho.

—Sí, Salvatore y Vladimir se parecen bastante a nivel personal, luego en el físico, él ha sacado la altura y la complexión junto con los ojos azules de su padre, pero el color de piel y el cabello le viene por parte de su familia latina.

Alcé una de mis cejas.

—¿Familia latina?

Ella se llevó las manos a la boca rápidamente.

—¡Ay! ¡No sé por qué he dicho eso! Qué idiota soy, te-tengo que irme, luego vendré a limpiar.

Mi mano agarró su muñeca antes de que se marchase, nuestras miradas se encontraron y pude ver un dolor intenso oculto tras sus orbes.

¿Qué secretos ocultas, Marcela?

Ni siquiera Salvatore sabía quién era su madre. ¿Cómo iba a saber ella que su familia materna era latina?

—Perdona si he dicho algo indebido, puedes confiar en mí, te prometo que esta conversación será como si no hubiese existido —prometí.

Ella tiró de su muñeca, liberándose de mi agarre para acariciarse la piel.

—¡Tengo una idea! —exclamó con fingida felicidad, pues su voz estaba rota—. Al señor le encanta el brownie de chocolate, es su postre preferido, ¿por qué no le prepara uno y se lo da junto al regalo?, le encantará.

Cada palabra que decía, su voz se rompía más y más, sus ojos empezaban a lagrimear, mostrándose húmedos y rojizos, su dolor y tristeza se me estaban contagiando, no quería decirlo en voz alta, pero resultaba evidente.

Me puse en pie, dándole un fuerte abrazo, ella me lo devolvió, descargando un llanto sobre mi hombro. Me pregunté cuánto tiempo llevaría necesitando sacar todo esto fuera.

—Le cuidaré y le querré, Marcela, te prometo que algún día le voy a querer, (si es que no le quería ya) —hablé en voz baja—. Él se lo merece.

Ella asintió mientras mis dedos acariciaban su cabello negro azabache, el cual a partir de este momento siempre vería de una forma distinta.

Una sonrisa se me dibujó en el rostro, adolorida pero feliz, qué pareja tan bonita deberían haber hecho Vladimir y Marcela. Un hombre frío de raíces italianas y rusas, con una mujer latina de sangre caliente.

Ahora entendía por qué Penélope le tenía tanto recelo y aprovechaba cualquier oportunidad para atacarla.

No lo permitiría, defendería a Marcela con uñas y dientes, y Salvatore, algún día, sabría la verdad, pero primero tenía que averiguar cuál era el motivo de que ella se lo ocultase. A lo mejor podría hacerle más daño que ayudarla, estas cosas eran complicadas.

—Él ya te quiere, estoy segura.

Un intenso cosquilleo inundó mi vientre, las mariposas revolotearon por cada parte de mi cuerpo llegando a mi cabeza, produciendo una sensación de mareo y vértigo.

—¿Por qué crees eso?

—Porque te mira de la misma manera.

La aparté un poco, limpiándole las lágrimas de las mejillas.

—¿De qué manera?

—De la manera que su padre me miraba a mí.

———————— ◦ ❖ ◦ ————————

—Dios mío, Gabi, ha quedado increíble. —Saqué el brownie del horno, con los guantes puestos, Gabriel me ayudó a hacer la mezcla y nos reímos mucho preparando la receta.

Era un niño encantador. Su madre biológica debía ser un ángel.

Aun así, a pesar de pasar un rato bastante divertido, no pude quitarme de la cabeza a Marcela, debía ser increíblemente doloroso ver a su hijo día tras día, sin poder contarle la verdad, siendo tratada como una simple sirvienta.

Una lagrimita se me escapó, la cual disimulé rápidamente.

—Mamá, ¿estás triste? —Gabi cogió unos platos con cucharas, pedimos a Petra que trajese velas sin que Salvatore se diese cuenta, ahora que estaba encerrado en su despacho.

—No, amor, es que tengo alergia.

—¿Alergia a qué, mamá? —Frunció su pequeño ceño, el cabello volvía a lucirle de su color natural.

Unos tacones se escucharon venir a lo lejos pisando con fuerza. Rodé los ojos, sabiendo de quién se trataba.

—De las arañas venenosas.

—Pero, mami, aquí no hay ara...

—¡¿Se puede saber qué es ese olor?! —Penélope entró chillando, con un vestido negro ceñido a su cuerpo, tanto que parecía no poder respirar bien, llevaba puestas unas gafas de sol, lo cual me pareció de lo más extraño, ¿por qué llevar gafas de sol dentro de la casa?—. Estoy con una maldita dieta detox de apio y pepino, ese olor me genera pura ansiedad.

—Pues deja de ser tan amargada y cómete un pedazo —repliqué, dándole la espalda, Gabriel empezó a reírse.

—Vas a terminar explotando de gorda, ¡mira tu culo! ¡es enorme! —Me seguía chillando.

Coloqué mis dedos sobre los oídos de Gabriel para tapárselos.

—Pues a Salvatore le encanta, deberías ver cómo me folla, mejor de lo que te habrán follado a ti alguna vez. —Le destapé los oídos, vi desde la

ventana cómo Petra llegaba en una moto grisácea—. ¡Vamos, Gabi! ¡Ya están aquí las velas!

—¡¿Qué?! —Penélope se cruzó en mitad de la puerta, sin dejarnos salir—. Salvatore tiene prohibido celebrar su cumpleaños, aprende a respetar sus normas de una puta vez.

Si no fuese porque amaba la comida, le estamparía el brownie en la cara.

—Tal vez sea porque odiaba celebrarlo contigo —espeté—. ¿Me dejas pasar o debo soplar para que salgas volando?

Su mandíbula se tensó y, tras un duelo de miradas de nuera y suegra, finalmente, se apartó a un lado, poniendo cara de asco cuando se fijó en el brownie aun con un claro deseo de probarlo.

Me dio incluso lástima.

Gabriel correteó detrás de mí con los platillos y las cucharas, Petra entró como una soldado que acaba de ganar la guerra por la paz mundial, empezando a colocar las velas mientras Marcela y Ángela daban palmaditas acercándose a nosotras, ambas se alisaron el delantal. Mateo bajó las escaleras y sonrió cordial, llevaba el regalo que aún no le habíamos entregado.

—¿Listos? —pregunté entre murmullos.

Todos afirmaron.

Penélope nos observaba con los brazos cruzados desde la entrada, nosotros avanzamos hasta el despacho, ellos se quedaron detrás de mí, yo golpeé la puerta.

—¿Quién es?

—Tenemos que hablar, Salvatore, ¿puedo pasar? —Traté de parecer lo más seria posible.

Silencio.

—Claro, ven.

Las piernas me temblaron al escuchar esa voz tan sexi diciéndome «ven».

Abrí con cuidado, estaba de espaldas, así que no nos veía.

—Verás, es que... yo... —Iba caminando por detrás de su gran sillón—. Estoy enfadada contigo, porque no me gusta que no quieras celebrar tu... —di unos pasos ligeros para ponerme frente a él, los demás se colocaron detrás de mí y no supe si era porque querían que fuese la protagonista o si me estaban usando como chaleco antibalas— ¡¡CUMPLEAÑOS!!

—¡¡FELIZ CUMPLEAÑOS, SEÑOR CARUSSO!! —gritaron los demás mientras alzaba el pastel con las velas encendidas.

Él tan solo nos miraba las caras, pasando de una a otra, su mano agarró el vaso de café dándole un sorbo.

El silencio que se formó fue tan espeso que se podía cortar con un jodido cuchillo.

—Es un brownie. —Decidí decir algo—. Se supone que hay que soplar las velas, pedir un deseo y luego comer.

—Ya sé que es un brownie —rechistó, con voz ronca—. Y ya sé que... — Su tono se quebró un poco. El azul cobalto de sus ojos parecía un océano a punto de desbordarse.

No, mierda.

Dejé el pastel sobre su escritorio, él se levantó ajustándose la corbata, escuché cómo daba una respiración profunda para controlar los sentimientos. Cuando le tuve de frente, besó mis labios, era la primera vez que me besaba delante de todos.

Marcela y Ángela aplaudieron, Mateo y Petra silbaron mientras Gabriel tiraba de mi vestido para cortar el pastel de una vez, y porque le daba mucho asco que papá y mamá se besasen.

Pero mi cuerpo estaba de nuevo flotando en el cielo, entre las nubes, lejos del infierno, lejos de la mafia, lejos de mi padre, lejos de Penélope, de mis complejos, de todo lo que me asustaba, de todo lo que me hacía daño. Porque eso era Salvatore para mí, era mi refugio, mi lugar seguro.

Y creía que cada día estaba más cerca de cumplir la promesa que le hice a Marcela. Cada día estaba más cerca de querer a este hombre, y no solo de quererle, sino de terminar perdida y locamente enamorada de él.

Cuando nuestros labios se separaron y mi corazón aterrizó, su sonrisa encantadora me reconfortó tanto que no pude hacer otra cosa que ponerme de puntillas y ser yo quien le besase esta vez. Él me agarró de la cintura y giró conmigo, levantándome los pies de suelo.

Los silbidos y aplausos esta vez fueron mucho más fuertes y creía que iba a llorar, joder, pero de felicidad, porque era malditamente feliz en sus brazos. Nos reímos a carcajadas, con las mejillas rojas mientras Gabriel suplicaba que parásemos.

—Creo que tenemos un incidente. —Petra prendió el mechero para volver a encender las velas.

—¿Cincuenta? ¿Petra? Has sido tú la que las ha comprado, ¿no? — Salvatore seguía riéndose sin parar y juro que era sanador escuchar sus carcajadas, como una terapia que lo curaba todo.

—¡No quedaban del número tres, ni del uno! —Se excusó—. Pero que conste que parece que solo tienes cuarenta y cinco.

—Ja, ja, ja, qué graciosilla. —Su sonrisa desapareció por completo, aun así cogió a Gabriel entre sus brazos, agachándose para estar a su altura—. ¿Soplamos juntos, peque?

—¡Síííííííííí!

—A la de tres, y pedimos un deseo —avisó y todos empezamos a contar.

—¡Uno... dos...! ¡TRES!

Salvatore cerró los ojos cuando sopló y me morí por saber qué deseo pidió, vendería mi alma al diablo y todos mis libros a cambio de saberlo.

Gabriel, por el contrario, dijo su deseo en voz alta.

—¡Que papá y mamá no vuelvan a besarse!

—¡PERO BUENO! —Salvatore le soltó una colleja a la vez que chupaba el chocolate que tenía por debajo una de las velas—. Pienso besar a tu madre cada vez que me dé la gana.

—¡No! ¡No lo harás! ¡Mamá es mía! —rechistó mientras Carusso le quitaba la tarta del alcance, corriendo por el despacho, Gabriel le perseguía enfadado con las mejillas rojas de la rabia—. ¡Papáááá! ¡Papá, quiero probar el brownie! ¡Por faaaavor!

—Solo si deseas que pueda volver a besar a mamá.

La tarta regresó al escritorio, la vela que quedó sobre ella, la del número cinco, fue encendida de nuevo por Petra, y Gabriel, con el ceño fruncido, sopló con todas sus fuerzas.

—Deseo que papá y mamá se besen muchas veces pero no delante de mí, ¡y que me den un trozo enorme de brownie!

Aplaudimos, mientras mis ojos y los de Carusso se encontraron por un corto lapso de tiempo, prometiéndonos que el deseo de Gabriel se cumpliría, con creces.

Él le dio la vela a Gabriel para que chupase el chocolate, Marcela le cortó un pedazo enorme y todos procedimos a disfrutar del pastel con nueces entre comentarios y felicitaciones.

El regalo, al final, era una corbata azul cobalto como sus preciosos ojos y unos gemelos con la «C» de Carusso.

No sabía por qué odiaba celebrar sus cumpleaños, pero lo que sí sabía es que nunca le había visto tan feliz como este día.

Alguien carraspeó la garganta, nos dimos cuenta de que Penélope seguía en la puerta del despacho, con las gafas de sol puestas y una expresión

seria.

—Anímate. —La invitó—. Come un pedazo, venga.

—Sabes muy bien lo que estás celebrando, Salvatore, el día de tu cumpleaños fue el día en el que desapareció tu hermana. —Su voz sonó tan ácida y cortante como una daga envenenada, una daga que desgarró por completo la felicidad de mi marido, el cual, ahora volvía tener una expresión llena dolor y tortura.

Y no solo la suya, también la mía.

Porque yo era la culpable de que Mía no hubiese regresado con su hermano.

CAPÍTULO 38

MARÍA



—Ha sido el mejor brownie que he probado en la vida, te lo juro, tienes un don. —Salvatore se puso esas dichosas gafas que le quedaban para morirse, suspiré mientras le veía con la bata blanca, mirando la radiografía de mis costillas. Ya examinó la de la muñeca—. María, estás perfecta, te has recuperado muy rápido, se nota que eres una chica joven y fuerte. —Se quitó las gafas guiñándome un ojo y el alma se me sobrecogió. Por un momento fantaseé con la idea de ser cualquier cosa menos la hija de un depravado, que acababa de conocer al cirujano más sexi del mundo y este le pedía una cita—. He pensado... —se sentó sobre el taburete, arrastrándolo hasta el sillón plegable blanco en el que yo estaba sentada— que podríamos hacer algo esta noche.

Mierda, ¿tenía poderes? ¿podía leerme la mente?

—¿A qué te refieres con hacer algo? —Alcé una de mis cejas, cuando se trataba de Salvatore no se podían tomar las cosas a la ligera.

A lo mejor con hacer algo, se refería a bañarnos con los caimanes.

—Salir a cenar, ir de compras, al cine. —Se encogió de hombros—. Cosas que hacen las parejas normales, supongo.

Él accionó una pequeña cuchilla mecánica acercándola a la escayola de mi muñeca, me quedé muy quieta mientras empezaba a cortar. Adiós a los garabatos de Gabriel, los echaré de menos.

—¿Supones? ¿Quieres decir que nunca has hecho ese tipo de cosas?

Sus orbes azules me miraron una décima de segundo, suficiente para lograr que me removiese sobre el maldito sillón como si un rayo acabase de destrozarme.

—¿Tú sí?

—Nunca he ido al cine, no sé cómo es, a cenar... solo alguna vez siendo

muy joven, con mi padre, eran clubs que olían a tabaco, alcohol y sexo, me solía quedar en una especie de salón con las «chicas» y comía allí sola, escuchando cómo hablaban de lo que los clientes hacían con ellas.

La escayola se partió y mi muñeca quedó libre, sentí un enorme alivio y gran sensibilidad en la piel de esa zona.

—¿Sabes algo? —Seguía sentado en el taburete, con la espalda encorvada hacia mí, las piernas ligeramente abiertas y los codos apoyados sobre las rodillas—. Una de las cosas que más me sorprende de ti, es tu bondad, cualquier mujer estaría destrozada después de todo lo que has vivido, pero no, sigues siendo un lienzo en blanco, es como si mancharte fuese totalmente imposible.

—Te refieres a que te extraña que no me haya echado a la mala vida, ¿no?

Él cabeceó de delante atrás.

—Las mujeres de este mundo suelen estar muy jodidas, no me gusta juzgarlas, ya que no es para menos, aun así, creo que ninguna ha pasado por lo mismo que tú, pero ahí estás, fresca como una flor en primavera, irradiando luz.

No dije nada, tan solo agaché la mirada hasta el suelo, quisiera poder ser sincera con él y contarle todo lo que recordaba sobre Mía. La noche de la gala me dijo que me enseñaría una fotografía, yo no volví a sacarle el tema y, tras todo lo sucedido, seguramente no quería presionarme, esta sensación me estaba matando lentamente por dentro y creía que, al final, sí llegaría el momento en que me marchitase y me apagase.

—María. —Su voz pronunció mi nombre y el corazón me dio un sobresalto, no sabía en qué momento Salvatore empezó a franquear mis barreras y calarse en lo más profundo de mí ser—. Cuéntame cómo fue lo de tus cicatrices, por favor.

Tenía el cuello tenso, así como los brazos, y en el fondo de su mirada una tormenta estaba amenazando con desatarse, pensaba que lo dejaría pasar, pero parecía que solo estaba tratando el tema con calma.

—No estoy preparada para hablar de ello —musité, y la decepción le brilló en la cara.

—No me digas el porqué si no quieres, solo dame nombres, quiero saber todos los que tuvieron algo que ver con cada marca que hay en tu cuerpo.

Sonreí, inspirando profundo. Qué bonito sería refugiarme ahora mismo en sus brazos, contárselo todo y que me besara, que me prometiera que todo estaría bien y que me diese su perdón. Pero estaba segura que eso solo

acabaría de la peor forma posible. Primero, me odiaría, lo cual merecía y aceptaba, y segundo, el motivo real de peso por el que mantenía mi boca cerrada, se volvería loco e iría a por mi padre y a por Liu, terminaría siendo un desastre para él.

Hace tiempo que me arranqué el corazón y lo quemé.

No tengo miedo de morir.

Salvatore daría su vida a cambio de vengar a su hermana, no me cabía la menor duda de ello. No podía permitirlo, no iba a dejarle morir.

—¿De qué sirve? Solo alimentará tu ira, no puedes matar a mi padre, es mejor dejar el pasado tranquilo y seguir adelante.

Su ceño se frunció mientras esas cejas negras mostraban enojo, la forma en la que esos ojos azules se fundían en mi cuerpo simplemente me derretía.

—María, tu padre tiene poder, pero yo soy el Padre de la mafia, te compré limpia y virgen, sin estar tocada por ningún hombre, y resulta que él te ha herido y te ha marcado para siempre, no puedo permitir que mi mujer tenga toda la espalda cicatrizada y que esto quede así, sin más. —Tragó saliva haciendo subir y bajar su nuez, su voz sonaba más ronca de lo habitual—. Voy a castigarle y voy a hacerlo en la próxima gala, delante de todos, tendré la aprobación de las demás familias, lo que te ha hecho es humillante, para ti y para mí, porque tú eres mi mujer.

La boca se me secó un poco, no sabía cómo reaccionar a lo que acababa de escuchar.

—Siento que el producto viniese defectuoso, Salvatore.

Su expresión se crispó.

—No lo digo de esa forma, María, para mí no eres un objeto, olvida toda esa mierda. —Su mano intentó tocar la mía, pero la aparté.—. Oye, lo que me jode de todo esto es que te hiciera daño y yo no pudiese hacer nada por evitarlo, ¿lo entiendes?, llevamos casi medio año juntos, pero yo siento que tú eres mía desde que naciste. —El silencio reinó entre nosotros tras decir aquellas últimas palabras, el pecho nos subió y bajó a la vez, una parte de mí quería rendirse a él, dejarse llevar, enamorarse, quererle, entregarse en cuerpo y alma, pero la otra me decía que nuestros apellidos y los secretos que había entre nosotros, nunca nos permitirían ser felices—. ¿No vas a darme ningún nombre?

—Prométeme que no harás ninguna tontería y que nada de lo que hagas te pondrá en peligro.

—Suéltalo.

Suspiré, cerrando los ojos, reviviendo aquel momento.

—¡Lo has estropeado todo! —La voz de mi padre gritaba tras mi espalda, el sonido del cuero de la correa contra mi piel fue algo que quedó grabado en mi subconsciente para el resto de mi vida.

Mis gritos de dolor y lloros no le importaban, no le dolían, le daban completamente igual, de hecho, cada golpe era más duro que el anterior.

Dos de sus hombres me agarraban de los brazos, los conocía: Antonio y Alfredo.

La puerta del despacho de mi padre se abrió, Liu entró y no entró solo, entró con una mujer, Penélope.

—Tengo el corazón que necesitas, Osorio. —Liu habló con voz tranquila, mirándome por encima del hombro—. Pero yo no he tenido lo que quería.

—Siento mucho todo esto. —Mi padre se acercó con las manos y la cara sudada, yo seguía de rodillas en el suelo, con la espalda ensangrentada, deseando morirme. Me habían desnudado de cintura para arriba, Penélope me miraba de forma despectiva, como si mi cuerpo fuese algo repugnante y asqueroso—. ¿Quién se fue de la lengua? ¿Quién le contó a Carusso que estabais en el hotel?

Penélope tomó la palabra.

—Uno de tus hombres, Osorio, Paco Gutiérrez. Por suerte, se encontró a la furcia de tu hija y Salvatore ha creído que le ha mentido, está con los caimanes ahora mismo. —Sonrió—. Bueno, ¿seguimos con el trato o no?

—Tú tendrás ese maldito corazón para el trasplante que necesitas de urgencia —habló Liu y mi padre suspiró de alivio—. Pero yo me voy a follar a tu hija y vas a firmar ese papelito con el que tú y Penélope estaréis casados.

¿Qué? ¿Mi padre y Penélope? ¿Casados?

—Sí, lo tengo firmado, solo falta la firma de ella. —Fue corriendo como una maldita rata a su escritorio, entregándoselo—. Desde este momento, toda mi fortuna es tuya; el día que yo muera, todo será para ti, Peni.

Penélope y Liu compartieron una mirada cómplice, este le pegó una fuerte nalgada en el culo y sus mejillas se sonrojaron.

—Y mi hija... llévatela a alguna de las habitaciones, haz lo que quieras con ella y luego le inyectaremos la flor de loto.

—Y una mierda, la mataremos —masculló Penélope—. Es peligroso que sepa todo esto.

—No la vamos a matar. —Liu rugió entre dientes—. El trato la dejaba a

ella fuera de todo esto, era Mía quien iba a ocupar su lugar, además tiene que quedar preñada, joder, necesito un hijo que tenga vuestros apellidos para poder…

—Yo he sacrificado a mi hija por este trato, que Osorio también sacrifique a la suya.

—Él se va a salvar gracias a que me he jugado el pellejo desobedeciendo las órdenes de tu estúpido hijo, pues ha negado que le entreguemos el corazón porque lo quiere muerto, tú te vas a casar y vas a ser heredera de una gran fortuna y yo ¿qué?, ¿pretendes que me quede con las manos vacías? Quiero tenerla a ella, pero no va morir, no me sale de los putos cojones, me dará un hijo y yo también seré un Osorio.

Liu fue hacia mí, agarrándome del pelo, llevándome a rastras hasta la mesa del escritorio y cuando traté de defenderme me clavó un rodillazo en las costillas, estampando mi cara contra los papeles de mi padre. Allí mismo me subió el vestido arrancándome la ropa interior, mientras gritaba y suplicaba ayuda.

—¡Papá, ayúdame! —Él y Penélope tan solo miraban hacia otro lado.

Las lágrimas bajaron frías como la escarcha por mis mejillas. Salvatore seguía ahí, como una estatua, de repente, me di cuenta de que su mano estuvo sosteniendo la mía todo este tiempo.

—Cariño, ¿estás bien? —murmuró en voz baja, no era capaz de decir nada, estaba en shock—. Olvídalo, ¿vale? Si no estás preparada para hablar de ello no pasa nada, simplemente me jode que te hayan hecho daño, y no quiero que esto quede así, pero entiendo que necesites tus tiempos.

No pude más, mis brazos rodearon su cuello, refugiando mi rostro en su pecho, explotando en lágrimas que salían desgarradas.

Él me abrazó, sosteniéndome, el olor de su cuerpo era embriagador, sobreprotector, reconfortante, tanto que poco a poco me fue ayudando a entrar en calma.

—Pequeña, tranquila, no pasa nada, sea lo que sea, estás a salvo, estás conmigo.

Quería que los matase, quería que los hiciese desaparecer a todos, quería que acabase con sus vidas y los pisotease como ratas, quería verlos nadando en la piscina de los caimanes mientras estos le arrancaban los brazos y las piernas.

—Te daré todos los nombres, te lo contaré todo. —Mi pecho se hinchó, costándome soltar el aire contenido, era difícil asimilar todo esto, visité

aquel recuerdo un sinfín de veces, pero nunca lo recordé todo, solamente una parte.

Salvatore dejó un beso sobre mi frente, apretándome más contra su pecho, metiendo sus dedos entre mis cabellos rubios.

—Claro que sí, princesa, cuéntame hasta el último detalle y papá se encargará de hacerlos desaparecer.

Siempre conseguía que volviese a sentirme a salvo.

—Solo tengo dos condiciones, Carusso.

—Lo que quieras.

Sabía que cuando supiese la verdad, cuando supiese que fui usada por ese hijo de puta, que me salvó cuando debería haber salvado a su hermana, que por mi culpa Mía estaba muerta, no querría volver a verme nunca más.

Y ya no podía renunciar a él sin al menos haberle tenido un pequeño corto tiempo, no quería morirme sin haber conocido el amor verdadero, no quería desaparecer con la sensación de que nunca nadie me quiso.

Me deshice del abrazo mirándole suplicante, él parecía conmocionado, entristecido por verme así, era increíble cómo su forma de tratarme cambió tanto en estos meses.

—¿Cuándo es la próxima gala?

—En realidad cuando yo quiera, la tenía pensada para dentro de un mes, nena.

Suspiré y afirmé, tenía planes, muchos planes.

Si mi padre se operó del corazón debía tener una cicatriz en el pecho, esa era una prueba, mis cicatrices eran otra, quizás las únicas que tenga de todo esto, pero estaba segura de que cuando escupiese toda la verdad delante de las seis familias, los trapos sucios empezarían a salir por sí solos, además, Salvatore era muy inteligente, él sabría dónde buscar y qué hacer.

Si hablaba antes de la gala, era posible que la ira le llevase a hacer alguna estupidez, debía pillarle por sorpresa, al igual que a todos, nadie debía saber que recuperé mis recuerdos, nadie debía andar un paso por delante de nosotros. Ni siquiera Penélope, esa furcia traidora que vendió a su propia hija.

¡Claro! Por eso ayer llevaba gafas de sol, era ella quien nos vigilaba, fue ella quien avisó a Liu de que Salvatore salió para que me llamase. Seguramente Liu le golpeó por «cometer» un error que en realidad no sucedió.

Estaban compinchados y me jugaba el cuello a que el trato era cargarse a

mi padre, cargarse a Salvatore y, entonces, cuando todo fuese de Penélope, casarse con Liu para que este ocupase el lugar del Padre de la mafia y ella estar en el absoluto poder junto a ese maldito coreano.

La forma en la que él golpeó su culo, el odio y el desprecio con el que ella vio cómo me violaba, no era asco hacia él, era asco hacia mí, estaba celosa.

Hija de puta.

Toqué mi vientre, agradeciendo no haber quedado embarazada de ese cabrón.

Seguramente quería un hijo para asegurarse de que, si Penélope y mi padre le traicionaban, él tendría fichas para jugar.

Cero escrúpulos y capaz de cualquier cosa a cambio de poder. Vomitivo. Claro, por eso quiso comprarme a cambio de diez millones, y por eso Pepe prefirió venderme a Salvatore, tampoco confiaba en Liu.

—Mis condiciones son las siguientes. —Tragué saliva, tratando de recuperar mi respiración normal—. En este mes, quiero dormir todas las noches contigo, quiero que hagamos todas las cosas que sean posibles juntos, quiero que me hagas el amor, que me beses, que me ames, que me hagas sentir tuya por dentro y por fuera. —Ahora era yo quien sonaba con voz ronca, quien estaba ardiendo en llamas y quien debía tener una tormenta desatada en los ojos—. Y a cambio de ello, en la gala, te daré todas las armas que necesitas para destrozar a mi padre y a todos los que están metidos en esto.

Los labios de Salvatore se curvaron ligeramente.

—¿Y la segunda condición, mi vida? ¿Cuál es?

—Júrame que no tendrás piedad.

La curva de sus labios se volvió una sonrisa de lo más amplia, sádica, psicópata, cruel.

Me encantaba.

Era insólito cómo tu mayor enemigo, podía terminar siendo tu mejor aliado.

Sus dedos atraparon mi mano depositando un beso sobre esta.

—Tienes la palabra del Padre de la mafia, los que te hayan hecho eso, desearán no haber nacido.

—Te iré dando algunas pistas, Salvatore, necesito que muevas tus hilos. —Mis ojos se entrecerraron ligeramente y él me miró atento—. Pepe pidió al padre de Liu un corazón porque necesitaba un trasplante y tú rechazaste la orden, ¿no te parece raro que siga vivo?

Su mirada se ensombreció ligeramente.

—Me dijo que al final lo consiguió por la Seguridad Social y le operaron, no entendí cómo Dios le daba tanta suerte a ese cabrón.

—¿Te enseñó documentos?

—Sí.

—Debían ser falsos, empieza buscando por ahí, Carusso.

Se reclinó sobre la silla, acariciándose los muslos, parecía que esto le interesaba demasiado.

—Gracias por la información, preciosa, siempre intuí que sabías cosas, pero no he querido utilizarte para ello, tú vales más que eso. —Se levantó, dejando el taburete en su sitio—. Pero recuerda tu primera condición, quieres que te ame y te haga sentir mía, así que deja de llamarme Carusso, por favor. —Inclinó el cuello, mientras uno de sus mechones negros resbalaba cayendo sobre su frente.

—Entendido, mi amor. —Me atropellé con las palabras, notando cómo las cosquillas revoloteaban por todas partes al atreverme a llamarle de esa forma. El placer se dibujó en sus bellas y varoniles facciones angulares—. Una cosa más. —Me puse en pie, decidida a empezar por destruir a Penélope—. Tu «madre» es una mentirosa, no eres el hijo de una puta que está muerta, eres hijo de Marcela —solté sin más y la sangre se le congeló, quedándose petrificado sobre sus propios mocasines—. Si no me crees hazte una prueba de maternidad, pero ni se te ocurra hacerle nada malo a ella, lleva todos estos años sometida a la dictadura de esa perra, aguantando que su hijo la trate como una simple sirvienta, es una santa, tiene el cielo ganado.

—María... —No cabía en sí, no sabía si hice bien, o si hice mal, aun así ya era hora de empezar a desanudar toda esta tela de araña que tejió esa maldita zorra, la verdadera culpable de todo esto, el verdadero monstruo era Penélope, una mujer que ha destrozado a otras mujeres para su propio beneficio, no pensaba perdonarla—. ¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

Mi expresión se volvió amable, agarré su mano alzando los talones, poniéndome de puntillas, para acercar mis labios al lóbulo de su oreja, sentí el roce de su barba en mi mejilla.

—Intuición femenina, cariño mío, hazte esa prueba, y saldrás de dudas.

Su cuerpo se tensó, sus labios rozaron los míos mientras el infierno se desataba bajos sus pies.

—Si eso es cierto, si Marcela es mi madre y me han obligado a tratarla

como una sirvienta todos estos años, diciéndome que estaba muerta y llamándola puta, Penélope está jodida, pero que muy jodida.

No se podía imaginar lo que me reconfortaba escuchar esas palabras.

—Llámame para verlo, no me quiero perder la fiesta.

CAPÍTULO 39

SALVATORE



Le pegaba puñetazos al saco de boxeo sin parar, necesitaba sacar de alguna forma la rabia que llevaba acumulada dentro de mí.

María no me quería dar los nombres, ni contarme lo que realmente le hicieron, que fue su padre era obvio, mas no creía que se lo hiciera porque sí, debía haber toda una historia detrás de esas cicatrices en su preciosa piel y necesitaba conocer hasta el último detalle.

Sabía que en cualquier momento podía morir y si lo hacía, quería asegurarme de que todos los que le hicieron daño estén muertos antes que yo.

Noté cómo algo se rompía dentro del saco, abrí la cremallera viendo el relleno escurrirse en el suelo.

Era uno de los hombres de confianza de Osorio, a él no podía tocarle, pero a sus hombres me los comería uno a uno.

Se trataba de su médico.

—Por favor... —Rodó con más de una costilla rota, trató de levantarse sin poder, la sangre le resbalaba de entre los labios, manchando el suelo, los caimanes olían la sustancia desde el agua, asomando sus ojitos reptilianos, esperando mi aviso para poder darse un festín—. Hablaré, se lo diré todo, señor Carusso.

Hice un gesto a mis hombres para que lo llevasen de nuevo al cuartillo que tenía justo al lado, era como un despacho, pero menos profesional y más cuestionable.

Los caimanes volvieron a sumergirse dentro del agua.

Tranquilos, mis bebés, papá pronto os traerá la comida.

Una vez cerré la puerta de un golpe seco, tiré de la corbata para ajustarla bien, tenía algo de sangre en la mejilla de cuando le di la primera paliza,

nos miramos cara a cara mientras uno de mis hombres le agarraban de la cabeza para que pudiese mantenerse erguido.

—Está bien —balbuceó, con los ojos morados y el pelo canoso manchado de su propia sangre—. Reconozco que Pepe Osorio recibió un corazón que no fue otorgado por la Seguridad Social, se operó en su propio hospital.

Mis ojos brillaron maliciosos, al fin empezaba encontrar llaves que abrían puertas.

Oh, María, preciosidad mía, te recompensaré todo esto.

—¿Quién le dio el corazón? ¿El señor Yum? —Negó y fruncí el ceño, llevándome el dedo a la barbilla. ¿Quién se lo iba a dar si no? Nadie traficaba con órganos sin el permiso de Yum—. Te escucho.

—Su hijo, lo hizo a escondidas del señor Yum, en paz descanse.

Alcé el mentón notando una sensación de satisfacción, rabia, impotencia, ahogamiento y a la vez alivio, todo mezclado al mismo tiempo.

La satisfacción y el alivio venían de que al fin las piezas parecían empezar a encajar y lo demás, porque todavía no llegué hasta el fondo de esto y quería que acabase de una puta vez para poder despellejarlos vivos a los dos.

—Cuéntame todo lo que sepas de la relación entre Liu y Pepe. —Mis dedos se entrelazaron sobre la mesa, Mateo lo estaba grabando todo, eran pruebas que llevaría a la gala y presentaría ante las familias en caso de necesitarlas.

—No sé demasiado. —Hice un gesto con los ojos y un cuchillo se apretó contra la fina piel de su cuello, este tragó saliva—. Verá, Liu rondaba mucho por la casa de Pepe, pero era más por... ella.

—¿Ella?

—Su actual esposa, eran amigos de niños, luego estuvo mucho tiempo sin ir a la mansión de los Osorio y empezó a volver poco antes de que el señor Yum muriese, nunca más volví a ver a Liu con María, pero sí le vi observándola en muchas ocasiones, parecía un poco... obsesionado.

Así que el rollito de primavera estaba obsesionado con mi esposa.

Solo yo podía estar obsesionado con mi esposa.

—Sigue. —Mi voz sonaba tan iracunda que mis hombres se incomodaron, ya me conocían, sabiendo cómo terminaría la cosa.

—No sé nada más, aparte de que Liu fue quien me entregó el corazón y me pidió que no dijese nada.

Tomé aire, hinché el pecho como un gallo y le regalé mi mejor cara de

asco, dando un golpe sobre la mesa que le hizo ponerse a rezar.

—¿Y por qué no podías decir nada, querido doctor?

—Por...porque...

—¡ES PARA HOY!

—¡PORQUE USTED DIJO QUE NO, Y LE ESTABAN DESOBEDECIENDO! —gritó, con los ojos abiertos como platos, mientras me levantaba y mi sombra eclipsaba la poca luz de la habitación—. Por... por favor... no... no me mate...

—Has desobedecido al Padre de la mafia, mi palabra es ley, está por encima de Osorio, de Liu, y de cualquier mortal que haya en este puto mundo. Dios es el único que puede contradecirme, los demás, ¡me coméis los putos cojones! —Mis dedos se clavaron en sus mejillas con tanta fuerza que sentí que podía partirle la mandíbula—. Tenías que haberme llamado, enviado una nota, algo, tenías que haber sido fiel a tu jefe.

—Se...señor... Osorio... yo... vivía en su casa, trabajaba para él, si me descubría sería hombre muerto...

Una de mis cejas se alzó mientras le soltaba con una carcajada grotesca saliéndome de los labios.

—Te aseguro que tu muerte hubiese sido mejor que la que te espera. —Mi mano le volvió a agarrar, esta vez del cuello de la camisa, arrastrándole fuera, hacia la piscina, no tenía nada más que ofrecerme, cantó todo lo que sabía, contribuyó a que esa escoria siguiese viva y además cooperó con Liu, no pensaba perdonarle.

Nos colocamos frente a la piscina con mis hombres detrás, estos le apuntaron directamente a la cabeza.

—Quítate la ropa y ve a darte un baño refrescante.

—¿Qué? —Sus pantalones color beige se tornaron oscuros en la zona de la entrepierna, acababa de mearse encima—. Por favor... —Rogó, de rodillas —. Tengo familia, tengo mujer, tengo una hija...

—Ellas recibirán una gran cantidad de dinero y serán recompensadas por tu muerte. Ahora, obedece al Padre de la mafia, haz lo que te digo, o será aun peor.

La mirada de ese hombre fue hacia el agua, viendo cómo los caimanes volvían a asomar sus ojos verdosos, nadando en zig zag, ansiosos por probar la carne fresca.

—Por favor, pégueme un tiro, máteme de una vez, pero no me obligue a...

—No sabes el asco que me da un hombre cobarde.

—¿Co-cobarde? ¿Acaso sería capaz usted de meterse ahí?

Raúl, uno de mis hombres se agachó acercándose a su oído.

—De hecho, el señor se baña en esa piscina todas las mañanas y no le hacen nada, hasta ellos le respetan.

—Querido doctor, incluso los animales más salvajes saben que no se debe morder la mano que les da de comer. —Solté un silbido, mis preciosos reptiles empezaron a salir de la piscina.

Volví a fijarme en mi presa, dándole una patada en la costilla partida, haciendo que rodase hacia el borde. Pimienta lo enganchó de una de las piernas, arrastrándolo al interior del agua mientras Mantequilla le mordía uno de los brazos. El agua se tornó rojiza en cuestión de segundos y sus gritos no tardaron demasiado en desaparecer una vez fue arrastrado al fondo. Raúl me ofreció un vaso con hielo y whisky, en la justa medida que me gustaba.

Alvarito trataba de no mirar. Era el más joven y el que menos tiempo llevaba con nosotros.

—Señor, ¿cuál es el siguiente paso?

Levanté la barbilla, quitándome la ropa, iba a meterme en la piscina y bañarme en la sangre de ese hijo de puta.

—Por ahora nada, hay que esperar a que mi mujer me sople más información, ella es la que manda.

Dejé la corbata caer en el suelo, después la chaqueta y, por último, el pantalón con la ropa interior, de un salto me zambullí en el agua, nadando entre los cocodrilos. Los restos del médico flotaban por todas partes, el olor a sangre era intenso.

Cuando mi cabeza salió a la superficie, los caimanes me miraban desde la lejanía, no se acercaban, nunca, sabían que yo era el líder, sabían que podía hacerles mucho, muchísimo daño.

Apoyé los brazos en el borde de la piscina, dejando mi cabeza reposar también, mientras el resto de mi cuerpo flotaba con el agua ensangrentada, una risa grotesca volvió a salir de mis labios.

Los mataré a todos. A todos.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Tras la larga ducha de la que disfruté, por fin terminé de vestirme, decidí afeitarme, no me gustaba hacerlo muy a menudo, me sentía cómodo con mi barba.

Íbamos a ir al cine y dar un paseo por el centro comercial, como una pareja común, así que suponía que un traje de Armani no era lo más correcto, no quería que todo el mundo fuese girando el cuello, mirándome como suelen hacer de costumbre mientras intento tener algo de intimidad con mi chica.

No tenía ropa muy de ir casual por ahí, eran todo trajes o chándal de deporte, finalmente me decidí por un pantalón vaquero oscuro, con una camiseta blanca que no era demasiado formal. También elegí una chaqueta de cuero y unas deportivas de Lacoste.

Yo era como un millón de euros con piernas y ojos, caminando por ahí. Dinero, lujo y ambición.

La corbata azul cobalto que me regalaron en mi cumpleaños apareció dentro del cajón de mis calcetines, debió ser Marcela, ella guardaba mi ropa como sabía que me gustaba, siempre se esmeraba demasiado en cuidarme y siempre creí que era gratitud.

Penélope una vez me dijo que Marcela estaba enamorada de mi padre, que quiso romper su matrimonio y que tuviese cuidado con sus atenciones excesivas, que esa mujer era capaz incluso de intentar acostarse conmigo por dinero.

Lo peor es que hubo un tiempo en que la creí. Penélope fue la única mujer que se hizo cargo de mí, era un niño, creía que le importaba, aunque fuese solo un poco. Y yo había visto a Marcela muy cerca de mi padre en varias ocasiones.

Siempre recordaré aquella vez en la que ella le estaba dando un masaje en el despacho, sobre los hombros desnudos.

Pensé que ella quería romper nuestra familia, cuando en realidad, tal vez ella fuese mi familia, mi madre, la mujer que me trajo al mundo.

Penélope era la única intrusa en todo esto. Maldita zorra desgraciada.

No obstante, primero tenía que asegurarme, ¿y si solo era un rumor? Aún no sabía de dónde sacó María esa información.

Tragué saliva, guardando la corbata en el cajón, decidí salir de la habitación e ir a por Marcela, todavía me quedaban unos veinte minutos antes de ir al cine.

Bajé las escaleras inhalando el delicioso aroma de María, había estado por aquí, miré hacia todas las esquinas, no la vi. Suspiré.

Seguí mi camino, encontrándome a Gabriel haciendo los deberes sobre la mesa de la cocina mientras devoraba unas galletas caseras recién salidas de

horno, olían de muerte.

—¡Eh! ¿Hay galletas caseras y no dices nada? ¿Pensabas comerlas todas tú solo? —Le robé una, desordenando su cabello, para sentarme a su lado —. ¿Estás contento porque mañana juegas tu primer partido de fútbol?

Asintió, con un rubor especial en las mejillas, sus ojos brillaban de felicidad, los míos nunca brillaron de esa manera. Yo no era el mejor padre del mundo, pasaba demasiado tiempo trabajando y no podía dedicarle todo lo que un padre normal haría, pero su vida había cambiado a mejor y me esforzaría porque fuese un niño feliz. Todo lo feliz posible.

—¿Vendrás a verme, papá?

—¿Lo dudas? Tu madre y yo estaremos en primera fila apoyándote y comiendo perritos calientes.

—Quiero que la abuela también vaya —musitó, refiriéndose a Marcela.

Ella se sonrojó ligeramente, acercándose a la mesa mientras se limpiaba el sudor de las manos en el delantal, siempre le pasaba cuando yo estaba presente.

—Cielo, ojalá fuese tu abuelita, pero es la señora Penélope, puede enfadarse si...

—No, Penélope no es su abuela. —Le corté de inmediato, mirándola de una forma muy distinta a como la había mirado siempre.

Era tan maternal, cariñosa, buena, trabajadora y dedicada.

Siempre le tuve afecto y cariño, hasta en los momentos en los que Penélope me comió la cabeza, nunca pasé por alto su valentía y coraje, su fidelidad a nuestra familia.

¿Y todo eso fue solo para estar a mi lado?

—Marcela. —Mi voz nombrándola hizo que su cuerpo se agitase, en seguida agachó la cabeza, su cabello era negro como el mío y su piel canela, también como la mía, ¿sería que heredé de ella los rasgos que más me gustaban de mí mismo? Aunque los ojos eran de mi padre—. Necesito que me acompañes al laboratorio un segundo.

—Claro, señor.

Me llevé otra galleta a la boca.

—¡Sigue haciendo los deberes, campeón! —Señalé a Gabriel guiñándole un ojo y él levantó el pulgar—. Si acabas todo, Mateo jugará contigo al fútbol luego.

Mateo puso cara de «¿y yo por qué?». Le hice un gesto de cortarle el cuello por detrás del niño y su expresión se volvió de lo más simpática en

cuestión de segundos.

—¡SSSSSSSÍÍÍÍÍÍÍ! —chilló Gabi con los puños apretados, empezando a escribir a toda velocidad.

Era adorable.

Las manos me fueron a los bolsillos, las deportivas iban haciendo eco por el silencio abismal de la casa y el suelo se veía tan brillante que casi podía visualizar mi reflejo. Diamante se acercó para ladrarme y le ignoré, ese dichoso perro era tan insoportable como su dueña.

—¿A dónde vais? —La misma se asomó, estaba en el salón, hablando por teléfono y chismeando con sus ridículas amigas, ya encargó un vestido de miles de euros para la próxima gala, si supiese lo que le iba a caer encima como lograse descubrir toda la verdad…

—A dónde a usted no le importe —respondí, balanceándome sobre mis propios mocasines—. ¿Por qué sigues llevando gafas de sol? Supongo que tampoco me importa, ¿verdad?

Quedó sin palabras, con los labios pintados de rosa pastel tensos y secos como el tronco de un árbol.

Eres una zorra, una hija de la gran puta, mala de verdad, y te voy a castigar por ello, maldita perra.

—Me he hecho un tratamiento para las ojeras y tengo mala cara, las llevo para que no se note la inflamación, solo es eso. —Su voz sonó asustada, como un corderito acorralado entre una manada de lobos.

No me interesaba que intuyese mis pasos.

—Pues a Marcela le salió el colesterol alto en la última analítica que le hice y quiero ver si ya está mejor, ¿algún problema?

—No, ninguno.

Marcela me miró extrañada; cuando mis ojos se encontraron con los de ella, volvió a agachar la vista de inmediato, continué mi camino con ella siguiéndome, Penélope nos vigiló hasta que desaparecimos de su foco de visión.

—¿Mi colesterol estaba mal? —cuestionó en cuanto subimos al ascensor.

—Sí. —Mentí, nunca les enseñaba los resultados a mis empleados, solo en caso de que necesitasen mejorar, me gustaba llevar el control de la salud de cada uno de ellos, por dos motivos: porque me importaban, y porque me apasionaba la medicina—. Perdóname, Marcela, he tenido mucho trabajo y no tuve tiempo de comentártelo.

Ella negó rápido.

—Señor, tranquilo, puedo ir al médico de cabecera y así no darle molestias.

—De ninguna manera, sabes que me encanta hacer este tipo de cosas y no eres ninguna molestia.

La puerta se abrió, esperé a que saliese primero, ella se escandalizó, no estaba acostumbrada a ser tratada con caballerosidad; esta mujer resultaba ser mi madre, pensaba tratarla como a una reina y no le quedaría más remedio que aceptarlo.

Iba a tener todos los mimos, atenciones y consentimientos que no tuvo nunca. Por supuesto, habría que buscar a otra empleada inmediatamente, pues no iba a permitir que mi propia madre fuese por ahí con un uniforme de sirvienta.

Una vez dentro del laboratorio, ella comenzó a tiritar, hacía frío aquí dentro, me quité la chaqueta de cuero poniéndosela sobre los hombros, al menos para el ratito que estuviésemos aquí.

—¡Señor! —Se volvió a escandalizar—. ¿Pero qué hace? Por dios...

—Es para que no tengas frío, Marcela, tranquila. —Le regalé una de mis mejores sonrisas, estaba algo nervioso, ¿y si no era mi madre?, ¿y si me estaba haciendo falsas ilusiones?, ¿y si sí que lo era?, ¿cómo le compensaría todos estos años?—. Vamos, es bonita, y huele bien. —Tomé un algodón con alcohol pidiéndole el brazo, desinfecté con cuidado mientras ella tan solo miraba temblorosa, sus ojos brillaban aguados—. ¿Te dan miedo las agujas? —pregunté con voz suave, dándome cuenta de que a pesar de llevar toda la vida viviendo bajo el mismo techo, casi no sabía nada de ella.

—No, señor, no me dan miedo.

—Qué mujer tan valiente. —Coloqué una cinta para apretar la zona, pidiéndole que abriese y cerrase el puño varias veces—. Genial, toma aire un momento, no te dolerá, puedes mirarme a mí para que no te marees.

Ella prefirió mirar la aguja.

—Se le da tan bien —murmuró, fijándose en el diploma de mi carrera—. Es admirable todo lo que hace, señor.

—Tu trabajo también es admirable, Marcela. —Quité la aguja, poniéndole un algodón con una tirita—. ¿Te sientes bien? ¿Te ayudo a levantarte?

Nuestros ojos se quedaron sumergidos los unos en los otros, me pregunté qué estaría viendo, ¿a mi padre?, ¿le echaría de menos?, ¿le seguiría queriendo?, ¿realmente le quiso?

—Vladimir estaba loco por ti —musité y ella se sobresaltó encima del

sillón, enterrándose aún más en la chaqueta—. No te preocupes, siempre lo supe, desde niño, pero me lo callé.

—Señor, señor, perdóneme, yo... yo no... —Se veía a punto de llorar, mi mano fue hacia su mejilla, ella se encogió pensando que quería hacerle daño. Joder, yo no era Penélope, al ver que mi intención era tan solo la de darle una acaricia, sus párpados descendieron lentamente dejando apoyar su rostro en mi cálida piel, las lágrimas le bajaron como si de lluvia se tratase. El corazón me iba a mil por hora, no pudiendo dejar de preguntarme si realmente ella era mi madre—. ¿Por qué hace esto?

—Porque siempre fuiste importante para él y siento que debí cuidarte mejor, te pido perdón, Marcela.

Y porque creo que eres la mujer que me ha dado la vida, porque has estado a mi lado en las buenas y en las malas, porque me has cuidado y protegido desde las sombras, porque no te ha importado ser tratada como una basura y humillada cientos de veces con tal de estar cerca de mí, porque podrías haberte ido y empezado una nueva vida pero sigues aquí... conmigo, y porque te lo debo absolutamente todo.

Quería decirle todo esto y más, pero no podía, no hasta saber si de verdad era ella.

—No tienes que pedirme perdón, para mí es un placer servir a la familia Carusso, haces demasiado por tus empleados, usted es el mejor jefe que existe.

«¿Solo soy eso? ¿Tu jefe?». Ojalá poder decírselo a la cara, aun así no debía, iba a esperar a tener los resultados.

Decidí levantarme del taburete devolviéndolo a su lugar. Iba a ser una espera larga y tortuosa, veinticuatro horas, demasiado para un hombre impaciente como yo. Miré mi reloj de pulsera, quedaban diez minutos, suficiente como para poner en marcha el estudio. Marcela devolvió mi chaqueta sobre mis hombros, mientras metía la muestra de sangre en el escáner, ella no tenía idea de para qué servía, así que no me importaba que me viese haciéndolo.

—Gracias por todo, señor, voy a ver cómo sigue Gabriel con sus deberes.

—Gracias a ti, Marcela.

CAPÍTULO 40

MARÍA



Después de un maldito ataque de ansiedad, de casi tirarme de los pelos y de no saber si hice bien o no en delatar a Marcela, logré finalmente mantener la cabeza fría y concentrarme.

Lo que hicieron mi padre, Penélope y Liu no podía quedar así sin más, quedarme callada era ser cómplice de esas basuras, por tanto iba a ayudar a Salvatore de forma que no se pusiese en peligro, le iría dando pistas que le ayudarían a reunir todas las pruebas necesarias y una vez en la gala, los destrozaríamos. Después, que hiciese lo que quisiese conmigo, aceptaría mi destino sin rechistar.

Pero ahora, en este mes que me quedaba, pensaba ser egoísta y vivir cada segundo a su lado como si lo mereciera, como si de verdad yo estuviese hecha para él y él para mí. No sabía si esto se llamaba amor, capricho o simple atracción, solo sabía que mi último deseo, antes de que mi mundo se desmoronase por completo en mil pedazos, era estar a su lado.

Decidí ser un poco más atrevida en cuanto a mi forma de vestir, pintándome los labios de rojo, con el cabello rubio suelto en algunas hondas cayéndome sobre la espalda. Llevaba una camisa blanca ajustada que destacaba mis grandes pechos y una minifalda de cuero negra con una pequeña apertura en el muslo izquierdo, unas medias y unas botas también negras.

No era habitual en mí, pero hoy me sentía guapa.

Y lo mejor de todo, me sentía una chica normal que iría con su pareja al cine, a pasear y a tomar algo, era todo a lo que siempre aspiré, una vida normal llena de romance y momentos sencillos pero bonitos.

Cogí el bolso colgándomelo en el hombro, cerré la puerta de la habitación saludando a Petra, esta me lanzó un silbido logrando ruborizarme.

—¿Crees que le gustará? —Deseé saber, mientras me mordía el labio.

—Creo que te lo hará en el coche antes de llegar al cine.

Wao, me encantaba escuchar eso.

Bajé las escaleras de forma rápida, con ilusión, demasiada ilusión, joder, era la primera vez que iba a ver un cine, no tenía palabras para describir mis sentimientos en estos momentos.

—Marí...

—¡Salvatore! —Me tiré a sus brazos, colgándome de su cuello como si fuésemos una pareja de novios enamoradísima que apenas lleva un mes saliendo.

Cuando me di cuenta de lo que acababa de hacer, quise cavar un agujero infinito en el suelo y enterrarme bajo toneladas de arena.

Mierda.

—Digo... Carusso, ¿qué tal? —Volví a morderme el labio sin darme cuenta, por segunda vez, sin saber ni dónde esconderme.

Él sonrió, repasando todo mi cuerpo con sus ojos, tomándose demasiado tiempo en hacerlo, finalmente me tomó de la mano para hacerme girar.

—Permíteme mirarte el culo, cielo. —Ronroneó y rodé los ojos, dejando que lo hiciese, soltó un silbido más exagerado que el de Petra—. Estás increíble, lo único es que no sé dónde vas a esconder la pistola con esa falda tan cortita, pequeña.

—Nada de armas. —Le señalé y él abrió la cazadora, llevaba dos pistolas, tres cuchillos más un cargador con balas de repuesto, me abofeteé la frente sin poder evitarlo—. ¿De verdad crees que vas a necesitar todo eso para ir al jodido cine? Lo peor que puede pasar es que nos atragantemos con las palomitas.

Volvió a cerrarse la chaqueta.

—No sé, quizás a algún gilipollas le dé por mirarte demasiado —siseó con voz de idiota y sabía que cuando lo decía él, iba totalmente en serio. Tal vez debiese haber elegido un atuendo más tapadito para no provocar la muerte de nadie.

Al mirarle, me di cuenta de que se había afeitado, y de que su vestimenta era mucho más casual. El Salvatore mafioso, trajeado de Armani con corbata y esa sombra de barba oscura estaba para chuparse los dedos. Pero este también.

Era como tener a dos hombres guapísimos en uno.

—No te sienta nada mal ese estilo —admití.

—A ti tampoco te sienta mal la faldita, aunque te va a durar poco puesta. —Me mostró una sonrisa socarrona, con esos dientes blancos como perlas, ofreciéndome su brazo, lo rechacé viéndole molesto, en cambio, decidí darle la mano, era más normal, menos formal, más de personas comunes—. Vaya, esto tampoco está mal.

—¿A que no?

—Podría acostumbrarme. —Su voz, su acento italiano, sus ojos azul cobalto, su cabello negro, todo él, hacían juego con el bendito atardecer.

No podía creer que acabase de subirme al coche y me acabase de poner el cinturón de seguridad porque iba a tener una cita con el hombre que me gustaba.

Íbamos a ver una película, la que yo quisiera, la que yo eligiese, porque para él mi opinión era importante, porque para él verme feliz tenía sentido, mi sonrisa era su sonrisa, al igual que mi dolor era su dolor y mis cicatrices también eran suyas.

Dios santo, no quería que acabase este mes, no quería tener que decirle adiós. Porque sabía que cuando todo saliese a la luz, nuestra separación sería inminente; aunque me perdonase, yo siempre sería el recuerdo de lo que perdió.

Suspiré, con los ojos enjuagados en lágrimas, era curioso cómo en estas últimas semanas, las cuales estaban siendo las más felices de mi vida, había llorado más que nunca.

El coche avanzaba por la carretera, silencioso y elegante, imponente y poderoso, las luces de las farolas se reflejaban en su deslumbrante carrocería negra y las nubes iban cubriendo un cielo cada vez más oscuro. Mi canción preferida *Chemtrails Over The Country Clubs* de Lana del Rey comenzó a sonar, supuse que se dedicó a seguir espiándome y por eso lo sabía. Ya no me molestaba su necesidad de saberlo todo sobre mí, porque yo también necesitaba saberlo todo de él.

Porque no puedes cuidar de las personas que te importan sin saber nada de ellas. La información no era necesaria tan solo para destruir, también servía para proteger.

Cerré los ojos acomodándome sobre el sillón, dejándome arropar por el olor de Salvatore y la voz de Lana, joder, si esto no era el cielo, entonces no sabía qué era.

La mano cálida y fuerte de mi marido sostuvo la mía, nuestros anillos de compromiso se rozaron entre sí, la llevó a sus labios y la besó.

—Perdóname por todo el daño que haya podido hacerte, María —murmuró, con esos orbes glaciales mirándome fijamente, derritiéndose de amor. Sabía que era amor, porque aunque nunca hubiese conocido ese sentimiento, aunque nadie nunca me lo hubiese dado, era de esas cosas que cuando suceden sabes que están ahí, las reconoces, porque las has buscado y las has necesitado toda la vida, porque era como encontrar un tesoro en una isla perdida o volver a beber de un manantial después de cruzar el desierto—. No soy un buen hombre, pero lo que siento por ti hace que quiera serlo.

Nuestros dedos se entrelazaron aún más, él volvió a mirar hacia la carretera y no quería, quería que me siguiese mirando, aunque nos estrellásemos, aunque todo acabase aquí y ahora, morir en la mirada de Salvatore Carusso me parecía la mejor de las formas de morir.

—Eres el mejor hombre del mundo.

—Solo cuando estoy cerca de ti. —Prometió, como si cuando estuviésemos alejados hiciese cosas horribles, como si yo no supiese a lo que se dedicaba, como si fuese ajena a todo, le conocía, fueron casi seis meses, casi medio año a su lado, sabía de su carácter, de su violencia, de su ira, de su inteligencia, de su perspicacia, de su ímpetu, de su poder, de su ambición y de su impulsividad, pero también sabía de sus vacíos, de sus carencias, de sus anhelos y de sus sueños.

Soy jodidamente rico en unas cosas pero miserablemente pobre en otras.

Nunca olvidé esa frase que me dijo cuando apenas nos estábamos conociendo. En aquel momento, le veía como a un monstruo, ahora le veía como a un superviviente, alguien que no se ha dignado a vivir de rodillas y que se lo ha llevado todo por delante para permanecer en pie, y así seguirá siendo hasta el final, porque era un Carusso. Un Carusso de verdad, como su padre, Vladimir, y no como esa zorra de Penélope.

—Yo me siento a salvo cuando estoy cerca de ti —musité, haciéndole saber el bien que me hacía su persona, su cercanía, todo él en definitiva—. Eres como una medicina que va curando cada herida de mi alma, reparando las grietas del corazón y sanando cada pedacito de mi destrozada confianza.

No dijo nada, pero su sonrisa confirmó lo mucho que le gustaron mis palabras.

Finalmente llegamos a un aparcamiento de coches, Salvatore dejó el vehículo perfectamente aparcado entre los demás autos de clase media, todo

el mundo nos miraba sin poder evitarlo, tanto que se les torcía el cuello.

—A lo mejor debí alquilar un coche más discreto para esta cita. —Nos reímos juntos—. María, voy a darlo todo por ti, por cuidarte, por sacarte de este mundo, por darte la vida que mereces, cree en mí.

Nuestros dedos seguían entrelazados, nuestras manos se negaban separarse, nuestras pieles se necesitaban.

Quisiera prometerle lo mismo, quisiera grabar cada una de sus palabras en mi corazón y sellarlo para que nunca saliesen de ahí, pero sabía que en un mes todo esto se habría terminado. ¿De dónde sacaré fuerza para mirarle a la cara y decirle la verdad? ¿Cómo podré vivir sin él después de estos meses de odio, atracción y nuevos sentimientos que cada día me acercaban más al jodido amor?

—¿No me dices nada, princesa? —Sus labios cada vez más cercanos a los míos, nuestros ojos fijados en nuestras bocas, deseando saborearlas—. ¿Por qué no dices nada, cariño?

—Porque a veces las palabras se las lleva el viento, mi vida.

Y como si una fuerza gravitatoria ejerciese presión sobre nosotros, nos besamos de una manera tan diferente a todos los besos que nos dimos a lo largo de nuestra «relación», que sentí dudas sobre en qué punto estábamos y en cuánto habíamos avanzado, creía que bastante, no obstante, parecía ser que esa palabra se quedaba corta siendo mucho, muchísimo más.

La forma en la que mi corazón latía al sentir su lengua, su sabor, su calor, su olor, no era humana, ni normal, ni de este mundo.

Era algo que traspasaba los límites de cualquier pensamiento cuerdo, algo desconocido, adictivo y exótico que solo podía describirlo con esa palabra tan repetida en todos los libros de romance: amor.

El cinturón de seguridad desapareció de mi cuerpo y en menos de un minuto, estaba sobre sus piernas, con sus manos en mi culo por debajo de la falda y toda su boca llena de pintalabios rojo mientras yo desabrochaba los primeros botones de su camisa para tocar esos pectorales de infarto, volviéndome jodidamente loca.

Aparté la maldita tela, pasando la lengua por esa fina capa de vello oscuro, mis dientes se clavaron con rabia en su cuello haciéndole rugir y sus dedos apartaron mi tanga a un lado mientras escuchaba cómo se bajaba la cremallera, menos mal que las medias eran solo hasta los muslos, porque entonces no podría tirármelo en el coche como estaba a punto de hacer.

Nos encontrábamos en mitad de un parking, eran solo las ocho y media.

Aunque no había casi nadie, alguien podría vernos, éramos conscientes de ello, aun así, le daba igual, me daba igual, nos daba igual. Porque nosotros éramos de otro mundo, estábamos hechos de otra carne, podíamos morir hoy o mañana, no teníamos derecho a planear nuestro futuro y nuestras vidas se encontraban llenas de dolor y complicaciones, así que podíamos hacerlo.

Podíamos hacer lo que quisiéramos, cuando quisiéramos, como quisiéramos.

Toda su dureza entró en mi sexo clavándose hasta el fondo, ambos rugimos de placer en la boca del otro, como si acabásemos de pisar el jodido cielo.

Sus dientes mordieron los botones de mi camisa blanca, no me la iba a quitar para que nadie me viese las tetas, mas me quedó claro cuánto las deseaba y cuanto las necesitaba. No importaba, luego en casa podríamos hacerlo mil veces más, y mañana, otras mil.

Me moví sobre la longitud de su polla, chocando mi culo contra sus muslos cada vez que subía y bajaba, él rugía con cada gemido de mis labios mientras no dejábamos de besarnos, era una guerra, besarnos sin parar hasta que el orgasmo sacudiese nuestros cuerpos y nos quedásemos sin aire en los pulmones.

Una de sus manos se quedó en mi culo, clavando los dedos en una de mis nalgas, de esa forma que solo él sabía tocarme, la otra fue a mi cabello rubio, tirando de él para morderme la clavícula con tiernos bocados, mis gemidos cada vez eran más fuertes y su polla cada vez estaba más dura, sentía que iba a llegar al clímax cada vez que notaba cómo su glande se clavaba en lo más profundo de mí.

—Mi diosa, no puedes imaginarte cuántas veces he querido verte así, eres jodidamente sexi y bonita. —Me soltó para abrazarme de la cintura y pegarme contra su pecho, seguí moviendo las caderas de arriba abajo, torturándole—. Mierda, qué bien follas, nena, joder. —Mordió su labio y mi lengua los recorrió, dándole un lametón en la boca, sabía que ya estaba cerca, no iba a aguantar mucho más, era difícil no correrse rápido con un tío como él.

Aumenté la velocidad de mis movimientos mientras nuestros dedos se entrelazaban, nuestras alianzas brillaban en la penumbra del vehículo, él alzó nuestras manos para que pudiese verlas.

—¿Ves esto, nena? ¿Ves nuestros anillos?

—Sí, amor, los veo —susurré entre jadeos, apoyando mi frente sobre la suya, no me quedaba nada, estaba al borde de derretirme sobre su deliciosa polla.

—Hasta la muerte, mi vida, ¿me oyes? Juntos, hasta la muerte.

El placer se clavó en mis costillas, mi cuerpo se retorció mientras un espasmo en la zona baja de mi vientre impidió que siguiese moviéndome, chillé sin poder evitarlo sintiendo un orgasmo que me fundió como un helado a pleno sol.

—Eso es, princesa, me encanta cuando te corres así, que me dejes hecho un desastre. —Sus dientes arañaron el lóbulo de mi oreja mientras un escalofrío recorría mi columna y, aunque ya me había corrido, seguía teniendo ganas de él, bajé de sus piernas colocándome bien la falda, separé sus rodillas con las manos, mirándole fijamente mientras me agachaba en la zona de los pedales del auto—. ¿Qué haces?

—Quiero probarte, cariño. —Agarré su polla y la alianza de oro brilló increíble sobre ese miembro carnoso, duro y marcado con algunas venas que recorrían su gran longitud, le di un lametón como si fuese un delicioso helado y él gimió de placer, retorciéndose en el asiento—. ¿Te gusta, mi vida?

—Pequeña, me vuelves loco. —Jadeó, con los ojos cargados de lujuria y los labios entreabiertos, su pecho se movía agitado, se estaba conteniendo y me encantaba que lo hiciera, era la única que podía tener de esta forma al Padre de la mafia, al monstruo que todos temían, mi monstruo, mi héroe.

Abrí la boca todo lo que pude y sin dejar de mirarle a los ojos, introduje en mi cavidad bucal todo lo que pude, hasta que me rozó la garganta y se me saltaron las jodidas lágrimas, mierda, esto me ponía muchísimo. Subí y bajé con mis labios apretando alrededor del falo y de las venas de su polla mientras mi lengua lamía su precioso glande cada vez que llegaba al final, nunca hice algo así, pero por su expresión parecía que iba bien.

La saliva invadió mi boca y tragué para poder volver a bajar hasta el fondo, Salvatore dejó caer la cabeza hacia atrás mientras su mano agarraba mi cabello de forma suave, guiando mis movimientos.

—Cariño... creo que... quítate si no quieres...

Y una mierda, no pensaba quitarme, él había probado mi sabor y yo quería probar el suyo.

Volví a lamerle la polla y su esencia invadió mi boca, era un líquido espeso, cálido, salado. Siempre pensé que me daría un asco terrible hacer

algo así, pero tratándose de él, no es que no me diese asco, es que lo necesitaba, lo deseaba.

Nos miramos unos segundos, él se subió la cremallera y antes de que hiciese nada me recogió en sus brazos sentándome encima de sus piernas.

—¿Estás bien? —cuestionó, preocupado. ¿Qué le preocupaba?—. Mierda, has estado muy sexi, señorita.

Mis mejillas volvieron a enrojecerse, pensaba que habría hecho esto con muchas mujeres, no obstante, esperaba que conmigo fuese distinto.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Mis dedos viajaron por sus mejillas y los suyos por mi espalda.

—Puedes hacerme mil, si quieres.

—¿Alguna vez has estado enamorado? ¿Te ha gustado alguien? Gustar de verdad, no que simplemente te parezca atractiva.

Suspiró, dejando su cabeza caer de nuevo en el sillón, dejando la vista perdida en el cielo, ya terminó de oscurecer por completo.

—Quisiera decirte que no, que eres la primera, pero debo ser cien por cien sincero contigo, aunque fue algo muy raro, no sé ni cómo llamarlo.

El estómago se me cerró, sintiendo deseos de bajarme del coche, no debí hacer esa maldita pregunta, aun así, ya estábamos en la mierda, ahora tocaba soportar.

—No pasa nada, ¿es Mónica?

Intuía que la respuesta me iba a doler igual que cien puñaladas.

Él rio, como si acabase de contarle un chiste.

—Mónica ni siquiera llegó a gustarme, solo era un coño fácil, disculpa la expresión. —Su lengua repasó la sequedad de sus labios—. Nunca le he contado esto a alguien, tal vez ni siquiera debería contártelo a ti, puede ser incómodo.

—No, quiero saberlo. —Por supuesto que sería incómodo, pero la curiosidad me mataba, deseaba saber quién era esa mujer que había logrado meterse en el corazón de Salvatore Carusso. Los celos me hacían odiarla injustamente, sin saber nada de ella.

Su mente viajó lejos de este coche, como si estuviese en otro lugar, un lugar lejano al que yo quisiera poder ir con él, aun así, no me olvidó del todo, pues su mano seguía acariciando mi espalda.

—Fue hace ya algunos años, bastantes en realidad, nos dieron un chivatazo sobre mi hermana, al poco de desaparecer. —El corazón se me heló mientras él continuaba relatando su recuerdo—. Fui a un hotel a por

ella, cuando abrí la puerta, debí encontrar a Mía, pero en su lugar vi a una chica que... —Se quedó casi sin respiración—. Mierda, no creo que deba hablarte de esto, lo siento, estoy siendo egoísta.

Mis ojos estaban a punto de deshacerse en lágrimas porque no tenía ni la más remota idea de que esa chica era yo, y lo necesitaba, necesitaba escuchar cada detalle y saber lo que ese recuerdo significa para él.

Mi mano fue a su mentón para hacerle mirarme, traté de transmitirle calma.

—Cuéntamelo todo, por favor.

—No quiero herir tus sentimientos, cariño, es el pasado, ahora somos tú y yo.

—Por eso, es el pasado, no me dolerá.

Si no fuese porque sabía que era yo, por supuesto que me dolería.

—Está bien, gracias por dejarme compartirlo contigo. —Sus labios se curvaron adoloridos—. La vi y sentí algo raro, fue como un sentimiento protector, como si… la llevase buscando toda la vida, no sé describirlo, pero se veía preciosa, estaba asustada y en una situación lamentable, tu amigo Liu quería abusar de ella, ese hijo de perra, menos mal que pude evitarlo. —Siseó como si estuviese deseando arrancarle la cabeza en estos momentos, como si su corazón aun estuviese dividido entre esa chica y yo, sin saber que las dos éramos la misma—. No pude verla bien, se tapaba la cara todo el rato y estaba algo oscuro, pero su cuerpo era carnosito como el tuyo, con un precioso cabello largo, del mismo color del café. —Sus dedos apretaron mis chichas de la espalda—. Y se veía tan suave, tan adorable, tan... real y natural, a pesar de estar en esa circunstancia tan jodida, ella brillaba, brillaba como un sol en mitad de una galaxia, y yo me quedé ciego con su luz, me sentí jodidamente culpable por verla de esa manera, era muy joven, demasiado, y no supe por qué llamó mi atención de aquella manera sin siquiera verla bien, tal vez fuese la circunstancia, yo que sé…

Juro que no sabía cómo estaba respirando en este momento.

—Y... ¿no te decepcionó encontrarla a ella en vez de a tu hermana?

Salvatore chasqueó la lengua.

—Obviamente me dolió no encontrar a Mía, pero si volviese atrás, no cambiaría el haberla conocido, lo único que cambiaría es el haberla dejado ahí, debí obligarla a venir conmigo, no tuve valor de hacer nada en contra de su voluntad, pensé que bastante daño le hicieron ya, pero nunca pude quitármela de la cabeza ni perdonarme el no saber qué le hicieron, me fui y

la abandoné. —Su expresión se volvió tortuosa, llena de dolor y culpabilidad—. Me comporté como un mierda.

Negué, cabeceando de un lado para otro, dejándole claro que no fue así.

—No la abandonaste, le diste tu chaqueta para que no tuviese frío y un cuchillo para que pudiese defenderse, le ofreciste cuidarla y ella rechazó, porque estaba muerta de miedo, así que no te quedó más remedio que irte.

Sus ojos se abrían y cerraban perplejos, estaba congelado como una jodida piedra y mi corazón latía junto al suyo a punto de estallar.

—María, ¿cómo sabes eso?

—Porque era yo, Salva, tú me salvaste.

Sabía que era una verdad a medias, aún no sabía que su hermana murió por mi culpa, y no se lo diría hasta que llegase el momento, no por egoísmo, sino por protegerle. Aun así, confesarle esta parte de la historia, alivió la carga que llevaba sobre los hombros.

Él no cabía en sí, casi no podía ni hablar, estaba en pleno shock, mirándome perplejo, sin más.

—Así que has sido la mujer de mi vida por dos veces seguidas —murmuró, y escuchar aquello logró que el corazón me terminase de explotar dentro del pecho—. Así que Liu te desnudó y te pasó el rabo por la cara...

—Olvídalo, no hagas ninguna tontería, si te pasa algo, me muero.

—No haré ninguna tontería, pero me lo apunto, nadie que no sea yo va a volver a tocar tu cuerpo. —Él tomó mi mano una vez más, volviendo a besarla—. Hasta que la muerte nos separe, princesa mía.

Deseaba poder grabarme la forma en la que Salvatore me miraba en este preciso momento, como si fuese lo más bonito de su mundo.

No quería estropear nuestra cita.

Pero a lo largo de este mes iba a contarle que Liu me violó y que no perdí la virginidad con él, mi padre me vendió casta y pura cuando no lo era. Tal vez se lo dijese antes, o tal vez lo soltase en la gala, delante de todos.

Quería ver el mundo arder.

CAPÍTULO 41

SALVATORE



Tenía que confesarme, tenía que reconocer algunas cosas. La primera de ellas, que cuando conocí a María sin saber que era María, fue la primera vez que me puse nervioso delante de una mujer.

La segunda, que cuando vi por primera vez a María en aquella fotografía sin saber que era la mujer que logró ponerme nervioso por primera vez, fue la segunda vez que me puse nervioso delante de una mujer, y ni siquiera la tenía delante.

La tercera, que la primera vez que vi a María en persona, con aquella trenza de espiga y aquel vestido rojo, desafiando mi orden, dejándome claro en ese mismo instante que nada sería como yo lo había planeado, estando incluso más bonita de lo que yo la había imaginado, fue la tercera vez que me puse nervioso delante de una mujer.

Y la cuarta, que desde aquel día en el que María puso un pie dentro de mi vida, no dejé de estar nervioso cada vez que la tuve cerca.

Como justamente en este momento, en el que la tenía a mi lado, haciendo la cola para comprar las palomitas. Joder, íbamos a comer palomitas, la princesita del castillo y el villano de las mazmorras, en el cine, comiendo palomitas.

Una sonrisa se me dibujó en la cara, nunca había comido palomitas en un cine y, a juzgar por la cara de María, ella tampoco.

Mi mano agarró la suya, descubrimos al mismo tiempo que ambos teníamos las palmas sudadas, porque ambos estábamos nerviosos, porque ambos estábamos cayendo en picado el uno por el otro, cuando nos juramos que esto nunca pasaría.

Yo ya no podía parar, no era capaz de pisar el freno, prefería estrellarme y reventarme la cabeza antes que girar el volante y perderla de vista. Nada me

apartaría de su horizonte, ella era el sol poniéndose en el atardecer y el sol saliendo en el amanecer, ella era esas montañas que se veían a lo lejos, los cielos nublados y claros, los días fríos y calurosos. Mierda, ella lo era todo, siempre lo fue, desde que sin buscarla la encontré, y en ese justo momento, sin tener absolutamente nada, siendo miserablemente pobre, lo encontré todo, y me volví increíblemente rico, durante el corto momento en el que me agaché para colocarle la chaqueta sobre los hombros, durante los segundos en los que mi mano rozó la suya para entregarle el cuchillo, lo tuve todo, fui el hombre más afortunado del jodido mundo.

Y ahora estaba aquí, agarrando su mano, volviendo a rozar el cielo, tras haber vivido años sumergido en el vacío de la oscuridad.

—Llevas diez minutos mirándome fijamente, ¿qué estás pensando, Carusso?

—En si te gustarían más las palomitas dulces o saladas.

Ella se encogió de hombros.

—Me hice palomitas saladas alguna vez en casa de Pepe, aun así... creo que las del cine deben tener un sabor especial, ¿probamos una cajita de cada? —Sus ojos brillaron como si acabase de recibir un anillo de diamantes o un collar de rubíes, solo le faltaba ponerse a dar saltos de felicidad.

—Cómo prefieras. —Golpeé su nariz con el dedo índice—. Estás que se te sale el alma del cuerpo por unas simples palomitas, pequeña.

—Es que —tomó aire, su pecho se hinchó mientras mi mano seguía sosteniendo la suya, no pensaba soltarla, conduciría con un solo brazo, podía hacerlo sin dificultad alguna— no son solo palomitas, son palomitas en el cine contigo.

Juro que quería ponerme de rodillas y pedirle que se casase conmigo, de nuevo.

Mierda, ¿por qué no hacerlo?

—María, dame la mano. —Tenía la respiración a mil por hora, estábamos en mitad de un centro comercial enorme, a la entrada de un cine petado de personas, ahí, haciendo cola para comprar, y a mí no se me ocurría ninguna otra cosa mejor que hacer que esto.

—Ya te estoy dando la mano.

—La otra mano, la de la alianza.

Ella me la mostró y la retiré de su dedo, su ceño se frunció, me alejé un poco, no entendía nada.

—¡Eh! ¡Hacedme caso! —Empecé a levantar los brazos moviéndolos como un loco, haciendo el mayor ridículo que he hecho nunca, María comenzó a ponerse roja—. ¡Quiero deciros una cosa!

La gente empezó a pararse en mitad del centro comercial, en pocos minutos, había un círculo de multitud rodeándonos.

—Ella es María, y yo Salvatore, hola —saludé, María rio y algunas personas me devolvieron el saludo, sobre todo las chicas—. Hace seis meses conocí a esta mujer y, nos llevábamos bastante mal, como el perro y el gato. —La miré y deseé comérmela a besos—. Pero ahora... seis meses después... yo... —No sabía cómo iba a reaccionar, aun así sentía que ya era hora de empezar a hacer las cosas bien, como las haría un hombre de verdad —. La quiero, y la quiero no como quieren las personas normales, la quiero… —Las palabras se me atoraban en la garganta—. La quiero tanto que siento que me muero por ella, joder.

—Salvatore... —María se llevó la mano a la boca, sus ojos estaban llenos de lágrimas infinitas cayendo como gotas de lluvia, era seguro de que si llorase sobre un desierto, crecerían flores, porque ella tenía ese don, tenía el don de devolver la vida a todo lo que estaba muerto, como yo.

Clavé una rodilla en el suelo delante de ella, agarrándole la mano, recordando las palabras de mi padre, Vladimir Carusso, solo era un niño pero ya le veía como a un héroe y soñaba con ser como él.

—Hijo, si alguna vez le pides matrimonio a una mujer, pídeselo en italiano, no se resisten, te lo aseguro, de esa forma, tendrás el sí garantizado.

—¡Papá, que asco! ¡Yo nunca voy a casarme!

—No digas tonterías, el amor nos llega a todos, mira, voy a hacerte una demostración de cómo lo tienes que hacer —aclaración de garganta— ¡Marcela! ven un momento, por favor.

Mi padre agarró la mano de Marcela, se puso de rodillas y...

—Escúchame bien, hijo, primero agarras su mano y la acaricias con suavidad, luego la miras a los ojos y la saludas…

—Ciao bella (Hola, guapa). —Tenía el corazón que me iba a explotar, y mira que había estado en situaciones complicadas, pero esto era otro nivel.

—Hola, idiota —contestó casi sin poder hablar, seguía llorando como una magdalena, mientras su mano temblaba sin parar entre mis dedos.

—Y luego, le das un beso por encima de los nudillos, inclinando la cabeza y mostrándole respeto, porque la mujer de un hombre es el faro que le guía

hacia buen puerto, es esa luz que le muestra el camino a casa, el regreso hacia un hogar cálido, hacia el amor, hacia la familia.

Incliné la cabeza, besando la suavidad de su blanca piel, mostrándole respeto, sabiendo que ella era mi luz, mi guía, mi hogar, mi casa y mi familia.

—Después vuelves a mirarla y, sin pensarlo demasiado, se lo sueltas.

—Marcela...

—María... —Nuestros ojos se encontraron nuevamente los unos en los otros, y los seis meses que vivimos pasaron rápidamente, como una película a toda velocidad—. *Vuoi sposarmi? (¿Te quieres casar conmigo?).*

Por un momento temí que no lo entendiese, pero fue evidente que sí, porque afirmó, dijo sí varias veces con la cabeza y el anillo entró en su dedo, de la forma que debería haber entrado la primera vez.

—Sí quiero, Salvatore, quiero casarme contigo.

Me puse en pie, cogiéndola por la cintura para girar su cuerpo y darle un beso como esos que salen en las películas.

Eso era lo que hubiese pasado si Marcela hubiese dicho que sí en vez de salir corriendo del despacho de mi padre.

Cuando era pequeño no lo entendía, pero ahora estaba seguro de que mi padre realmente quería a esa mujer, y que su pedida de matrimonio, iba en serio.

Nuestros labios seguían unidos mientras un montón de desconocidos aplaudían, silbaban y gritaban varios «¡que vivan los novios!».

¿Era esto la felicidad? Porque si lo era, entonces quería quedarme aquí para siempre.

—Carusso, ¿sabes lo que acabas de hacer? acabas de declararte y admitir que quieres a una Osorio —replicó, chichándome, sin dejar de llorar; se iba a quedar seca si seguía así y lo peor era que iba a conseguir ponerme sensible a mí también.

—¿Y qué hay de malo? La guerra es con tu padre, contigo solo quiero peleas en la cama —murmuré, negando con la cabeza, aun sin comprender cómo se podía ser tan bonita—. *Sei la donna della mia vita, Maria, qualunque sia il tuo cognome, ti ho amata, ti amo e ti amerò sempre.*

(Eres la mujer de mi vida, María, sea cual sea tu apellido, te he querido, te quiero y te voy a querer siempre).

—Anch'io ti ho amato, ti amo e ti amerò per sempre, Carusso.

(Yo también te he querido, te quiero, y te querré siempre, Carusso)

—*Merda (Mierda)* —solté sin darme cuenta. La multitud empezó a disiparse y, a pesar de estar en un lugar público, volvíamos a estar en nuestra burbuja—. ¿Sabes italiano?

Ella cabeceó de adelante atrás afirmando.

—Lo estudié online por ti, quería aprender el idioma del chico que me salvó la vida, luego fui teniendo pérdidas de memoria, olvidando el motivo por el cual lo empecé a estudiar, aun así, no dejé de hacerlo hasta dominarlo, sabía que era importante para mí.

Mi mano fue a su mejilla, apartando ese precioso cabello dorado.

—Nunca volverán a hacerte daño, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, Salva.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Tortolitos! ¿Vais a querer palomitas o no? Mi turno acaba en diez minutos.

MARÍA



Era demasiado complicado explicar cómo me sentía en estos momentos. El anillo que tenía sobre el dedo, hace menos de un año, me abrasaba la piel produciéndome puro odio y hastío. Ahora, mirarlo me recordaba que el hombre más maravilloso del mundo y yo estábamos juntos.

Seguía siendo consciente de quién era Salvatore Carusso, el Padre del mafia, un hombre cruel, frío, al que no le temblaba el pulso a la hora de quitarle la vida a alguien. No obstante, conmigo todo era distinto, me trataba mejor de lo que ninguna otra persona en el mundo podría tratarme, me salvó sin conocerme, se preocupó por mí e intentó que fuese con él.

Sabía de sobra cómo eran los hombres de este mundo, y el tipo de vida que daban a las mujeres que compraban, pero Salvatore fue más parecido a un marido de verdad que a uno de la mafia. A pesar de nuestros altibajos, a pesar de su temperamento, a pesar de mis rechazos, a pesar de nuestros apellidos.

Oh, mierda, me dijo que me quería.

Mi cabeza cayó sobre su hombro, estábamos en el cine viendo una película de acción, su brazo se encontraba rodeando mi cuerpo mientras los dos comíamos de las cajas de palomitas al centro.

Al final ambos coincidimos en que las dulces sabían mejor.

Le montó un pollo a la chica de las palomitas por cobrarle siete euros por cada caja pequeña, diciendo que era un hombre trabajador al que le costaba ganarse la vida como para tener que pagar esa ridícula cantidad de dinero por unas palomitas. Fue demasiado difícil aguantarme la risa durante todo su teatro, solo lo hacía porque había interrumpido nuestro momento.

—¿Sabes lo que me cuesta ganar siete euros? ¿Sabes la cantidad de papel higiénico que debo vender en el supermercado para que me paguen esos malditos siete euros?

Y después de pelearse con ella por más de diez minutos, sacó un billete de quinientos euros para pagarle las dichosas palomitas.

Efectivamente la pobre muchacha no tenía cambio, así que le entregó su black card, alzando las cejas y bajándolas como un completo imbécil.

Joder, si es que yo también le quería.

—¿Te está gustando la película? —susurró contra mi frente, dejando un

beso en ella.

—Sí, mucho, el protagonista me recuerda a ti, siempre con trajes negros y una pistola encima.

Salvatore soltó una carcajada, metiéndome un puñado de palomitas en la boca.

—¡Yo tengo más estilo, nena! Además, casi todas las escenas de acción son falsas, le he matado ya un millón de veces estando aquí sentado.

—¿De verdad estamos viendo una película y lo único que haces es pensar en cómo matar al protagonista?

—Cada uno disfruta del cine a su manera, cielo.

Ahora fui yo quien le metió un puñado de palomitas en la boca, pero de las saladas, que le gustaban menos.

—Come y calla, idiota.

—¿Sabes? Mi padre siempre decía que un buen mafioso debía ser de dos maneras.

Salvatore nunca nombraba a su padre, pero me daba la sensación de que hoy le echaba más de menos que otros días. O tal vez, siempre lo hacía, pero lo se guardaba para sí.

—¿Qué decía el señor Vladimir Carusso? —cuestioné, olvidando la película, todo lo que tuviese que ver con él me fascinaba mucho más que cualquier otra cosa. Él era como mi libro favorito.

—Pues verás, la primera, debe ser un hijo de puta con todos, no debe mostrar los puntos débiles a nadie y se debe ver siempre frío como un témpano de hielo. —Sus dedos cogieron una palomita dulce, de color rojo, la puso en sus labios acercándolos los míos, la atrapé de estos, masticándola, pensando que así sabía muchísimo mejor—. Y la segunda, que a su mujer debe tratarla con todo el respeto y amor del mundo, que ella es el pilar principal de la familia, y que lo que ella diga, va a misa.

No me cabían dudas de que Vladimir era un hombre increíble, y que en el poco tiempo que pudo compartir con su hijo, le inculcó grandes valores.

—¿Él era bueno con Penélope?

Salvatore ladeó el rostro.

—Sí, solo era un niño y Penélope me contaba cosas que distorsionaban la realidad. Ahora que he pensado mucho en el pasado, me he dado cuenta de que la verdadera mujer de mi padre siempre fue Marcela, ¿sabes? él la miraba como…

—¿Como tú me miras a mí?

Nuestros rostros estaban a escasos centímetros, sus orbes azul cobalto se mostraban cálidos, como una playa en un día soleado de verano, si estos eran también los ojos de Vladimir no me extrañaba en absoluto que Marcela terminase enamorándose.

—¿Cómo lo sabes?

—Marcela me lo contó —susurré—. Sigue amando a tu padre, porque cuando se quiere de verdad, ni siquiera la muerte logra el olvido.

Sus labios temblaron, de forma ligera, lo ocultó, cogió ese sentimiento y lo enterró con la misma destreza que debía enterrar un cadáver.

—Si yo me muero, ¿me seguirás recordando al pasar de los años?

—Si tú te mueres, me voy contigo a donde sea que se vaya después de morir, te recuerdo que si sigo aquí, es porque tú me has retenido, hace mucho que la vida se acabó para mí, Salvatore, pero tú me la estás devolviendo.

Sus dedos acariciaron suavemente mi tez, sosteniéndome la barbilla.

—Solo dime que me vas a querer siempre.

—Te voy a querer siempre, cariño.

Volvimos a besarnos, en la escena en la que el protagonista recibió un disparo y Salvatore, a pesar de estar besándome, se rio, como si aquello le produjese satisfacción.

Mientras tanto, yo tan solo podía rogarle a Dios que no nos llevase todavía, que aunque este mundo fuese peligroso, violento y cruel, aún teníamos que ir a la playa a bañarnos en verano, pasear por un parque, tener un perro, casarme con un vestido de novia blanco y bonito, ver cómo crecía Gabriel, traerle un hermano porque, maldita sea, yo quería formar una familia con este hombre.

Pero claro, para eso primero debía saber toda la verdad y perdonarme, lo cual en mi mente parecía imposible.

Y mientras pensaba todo esto, la voz aterciopelada del hombre de mi vida me decía que el protagonista era gilipollas y que si no se moría al final de la película le dispararía a la pantalla, aunque la policía tuviese que venir a por nosotros después.

—Salvatore...

—Que no voy a disparar, nena, que es una broma.

—No es eso, es que...

—¿Qué?

—Que creo que soy feliz, mierda, no quiero que esto termine nunca.

Nuestros dedos se entrelazaron y apretamos fuerte, al mismo tiempo.
—Yo también creo que soy feliz, y tampoco quiero se acabe.

CAPÍTULO 42

SALVATORE



Desvié el volante para coger otra carretera antes de llegar a casa, quería llevarla a un lugar al que nunca fui con otra persona.

Llevaba demasiado tiempo sin ir, me sentía culpable por ello.

—¿A dónde vamos? —La voz somnolienta de María me resultó de lo más sexi y tierna.

Era mi chica, joder, era esa mujercita que conocí teniendo apenas veintipocos años.

No me la pude sacar de la cabeza desde ese entonces y ahora estábamos casados, qué locura.

Le iba a dar la boda de sus sueños, la iba a sacar de la puta mafia, e íbamos a ser felices, a cualquier precio, de cualquier forma, yo era inteligente, encontraría la manera de librarme de todas estas mierdas sin tener que dejarme cortar el cuello.

Porque esto no era un trabajo al que pudieses renunciar, decir: «bueno, me he cansado de ser mafioso, ahora voy a trabajar vendiendo pan en el súper». Ni de coña. Cuando uno sabía cosas, tu silencio era más importante que tu propia vida, o estabas dentro del ajo, o dentro del ataúd, no había más.

Llegamos al cementerio, aparcando en las explanadas de fuera, eran unos grandes terrenos vacíos. Estaba bastante alejado.

Una vez bajamos del coche, el aire sacudió nuestros cuerpos, colándose helado entre los altos pinos, trayendo el olor de las flores.

Mierda, cuánto tiempo sin venir, ya no recordaba esta sensación.

María me miraba extrañada.

—Quiero que conozcas a mi padre —expliqué, antes de que empezase a preocuparse.

—¿Tienes una llave para poder entrar en el cementerio aunque esté

cerrado? —Me miró atónita.

—No pienses cosas raras, pagué un buen dinero al vigilante para que me diese una copia, trabajo demasiado, no tengo tiempo durante el día, y a veces me gusta visitar a Vladimir, aunque lleve mucho sin hacerlo.

La puerta se abrió chirriando, la verdad era que cualquier chaval joven y en buena forma podría saltar sin problemas y colarse, aunque no encontraba demasiados motivos por los que alguien querría meterse dentro de un cementerio lleno de cuerpos putrefactos.

Entramos y pude apreciar cómo María sentía escalofríos, mi brazo la acercó aún más a mi cuerpo, caminamos juntos hasta llegar al mausoleo de la familia Carusso. Allí estaban mis abuelos, bisabuelos, tatarabuelos...

María alzó la vista hacia arriba contemplando los ángeles que nos observaban desde las alturas.

—Madre mía, Salva, esto es...

—Una mierda —dije sin más, al final estaban muertos, como el resto de las personas mortales, de nada les servía todo esto al otro lado, iban a ir al mismo sitio—. Las damas primero, sobre todo cuando son tan bonitas. —Abrí la puerta, haciéndome a un lado para darle paso—. Siento mucho lo descuida...

—¡Es precioso! —exclamó, viendo las hermosas flores que adornaban cada una de las tumbas, quedé sin aire, llevaba casi un año sin venir a verles y nadie más tenía la llave.

El olor fresco de las flores tan coloridas y vivas, opacaba la tristeza y oscuridad del lugar. Las tumbas resplandecían limpias, relucientes, como si acabasen de enterrarlos a todos.

—¿Pero qué...? —No encontraba palabras, miré hacia la cámara de seguridad que tenía en una de las esquinas, debería revisarlas luego en casa —. Mmm… —gruñí, no imaginaba a Penélope viniendo aquí a ver a mi padre, no se acordó de él ni una sola vez tras su muerte, eso sí, disfrutaba de su fortuna y dinero como la que más.

—¿Todo esto lo haces tú? Las flores y eso.

Me hubiese gustado decirle que sí pero...

—No. —Tenía ganas de fumarme un cigarro, pero a mi padre no le hubiese gustado que fuese fumador, él lo era, y siempre me decía de niño que nunca probase esa mierda—. No me malentiendas, sí he venido muchas veces y he traído flores, solo que… bueno, se me cae la cara de vergüenza, ¿sabes?

Ella arrugó la frente.

—¿Vergüenza? ¿Por?

—Porque siento que no hago bien su trabajo. —La conduje hacia la parte principal, donde había diez tumbas, solo tres de ellas ocupadas, la de mi bisabuelo, la de mi abuelo y la de mi padre, la siguiente era la mía y la próxima, sería de Gabriel. No quería acabar aquí, prefería que me tirasen al mar o que me incinerasen, cualquier cosa menos esto, lo veía como una jodida cárcel.

Una fuente chorreaba agua justo en la mitad de la fila.

María quedó boquiabierta, apreciando el techo alto con ángeles pintados y la gárgola con cabeza de cocodrilo custodiando el descanso de la familia Carusso.

—Salva, es imposible hacerlo mejor de lo que lo haces, eres increíble. —María tragó saliva al fijarse en el cocodrilo, prendí el mechero para encender las velas y tener un poco de claridad, mi mano repasó el nombre en dorado de mi padre—. Ellos no lo hubiesen hecho mejor, te lo aseguro.

—No soy un buen Padre de la mafia, María.

—Eres el mejor Padre de la mafia, cariño. —Escucharla llamarme así me devolvió diez años de vida. Suspiré.

—El Padre de la mafia debe querer proteger a la mafia. —La miré directamente a los ojos—. Yo quiero matarlos a todos, quiero que la mafia desaparezca, quiero poner bombas por toda la mansión y que reviente en mil pedazos, quiero ver a Penélope desangrándose, a Liu, a tu padre, a Félix, a Eva, a todos...

Ella se acercó unos pasos a mí, acariciando mi tez, su mano era tan cálida y suave como la caricia de un rayo de sol en un día de verano.

—Estoy segura de que ellos también quisieron lo mismo, por algo mataron a tu padre, y por algo aún tú sigues vivo, lo estás haciendo bien, lo vas a hacer bien, lo vas a conseguir.

Sonreí melancólico.

—¿Te imaginas? Pasar el día en un hospital salvando vidas, llegar a casa, quitarme los zapatos, darme una ducha y hacer la cena con mi mujer, cenar con mis hijos, darles un beso antes de dormir y acostarme con la persona que más quiero. —Imaginarme todo eso con ella hacía que mis ganas de luchar siguiesen al pie del cañón—. Quiero esa vida contigo, quiero que solo seamos tú y yo, junto a Gabriel.

—La tendremos, no importa lo que nos cueste, vamos a conseguirlo.

Mis ojos se sumergieron en los suyos, desde que recuperó sus recuerdos me miraba con culpa, como si quisiese contarme algo doloroso y no se atreviese a decirlo, como si algo la estuviese atormentando por dentro de una forma lenta y cruel.

No permitiría que nada ni nadie dañara la paz de María, ni siquiera un simple recuerdo, tampoco iba a ponerla en la tesitura de obligarla a confesarme algo que le aterraba.

Pero era lo suficiente inteligente como para saber que si intentó suicidarse, y que si al mirarme sentía esa culpabilidad tan aguda, solo se podía deber a dos factores.

Uno, tenía que ver con mi hermana.

Dos, tenía que ver con ella misma.

Así que no me quedó más remedio que contactar con Pablo, un hombre que me debía demasiados favores, trabajó para mí y se enamoró de una de las chicas de Osorio. Cuando me enteré de que se atrevió a contratar los servicios de sus putas le di la paliza de su vida, luego me confesó que estaba loco por ella y que esperaba un hijo suyo.

Le hice pasar por muerto, entregándole bastante dinero como para que se fuesen lejos de aquí y empezaran de cero.

Justo lo que yo quería hacer ahora, pero nadie haría eso por mí, yo nunca tenía quien me salvase el culo. No obstante, me debían favores por doquier.

Pablo trabajó muchos años en la Nasa, le despidieron por infligir varias reglas, ya que él no estaba del todo de acuerdo con ciertas políticas. Y yo le contraté.

Así que le pedí un trabajito muy, pero que muy sencillo para él, el cual podía hacer desde su misma casa en aquella isla paradisíaca.

Quería que se filtrara en las cámaras de seguridad de Osorio y me diese todos los vídeos que consiguiese del año en el que desapareció mi hermana y conocí a María en aquella habitación con Liu.

No pude pedírselo antes porque estos archivos estaban encriptados con unos códigos de seguridad imposibles de romper. Aun así, la tecnología avanzaba sin parar y unos rusos dedicados a la informática lanzaron un malware en el mercado negro capaz de romper estos códigos.

Lo compré sin dudar por una millonada, lo cual era calderilla para mi humilde cartera.

Eso sí, siete euros por unas palomitas me seguían pareciendo un jodido abuso.

Ahora, ese malware estaba en manos de Pablo, y pronto los secretos de Pepe Osorio estarían en las mías.

—Deja de mirarme así —susurré, arrastrando su mentón hasta mis labios —. Nada va a cambiar lo que siento por ti, así que sea lo que sea lo que te atormenta, déjalo en el pasado.

———— ◦ ❖ ◦ ————

La conduje por toda la casa con los ojos tapados, se tropezó con los peldaños de las escaleras un par de veces y la tuve que ir sujetando de la cintura mientras le tapaba los ojos con la otra mano. Me encantaba cómo su culo se rozaba con mi entrepierna.

Esa faldita le quedaba de muerte.

Una vez llegamos al lugar que quería enseñarle, y me restregué por su culo todo lo que pude y más, aprovechándome de la situación, abrí la puerta y la introduje en el interior de aquel lugar, cerrando tras nuestras espaldas.

—¿Lista?

—Lista, señor Carusso.

—Bien. —Empecé una cuenta atrás—. Tres... dos... uno... — Aparté la mano—. ¿Qué te parece?

Su cara era una jodida locura, estaba atónita, con los ojos tan abiertos como platos y la boca abierta, mirando de un extremo a otro sin saber qué decir.

—Mierda... Salvatore, la noche que dijiste...

—Que tenía una habitación especial para cuando empezásemos a querernos, sí, era cierto, es esta.

Esta habitación vino así con la casa, era demasiado grande, demasiado romántica, demasiado lujosa, demasiado empalagosa, demasiado todo, me hacía sentir vacío y desgraciado, así que la cerré con llave y nunca volví a entrar en ella. Preferí quedarme la que tenía, hasta ahora.

Pero la llegada de María a mi vida, estaba cambiando demasiado las cosas, y ahora me apetecía muchísimo que la llenásemos de nosotros, de momentos juntos, de amaneceres, de noches comiendo helado y viendo películas, de besos, de gemidos, de placer, de amor.

Teníamos una pantalla enorme frente a la cama, un espejo justo encima, en el techo, para vernos mientras lo hacíamos, con un vestidor inmenso a la derecha y un baño en suite a la izquierda. Un jacuzzi junto a un enorme ventanal desde el que apreciar las increíbles vistas, qué malditas ganas tenía

de ponerla ahí dentro a cuatro patas y follármela durísimo, viendo las jodidas estrellas en el cielo.

—¿Te gusta? —murmuré, abrazándola desde atrás, besando su nuca.

—¿Has traído alguna vez a otra mujer aquí?

—Nunca, ni siquiera yo he dormido aquí, está sin estrenar.

Una sonrisa pícara se dibujó en su rostro de princesita.

—Pero dijiste que esta habitación era para cuando empezásemos a querernos, eso significa que... ¿ya nos queremos?

Reí con sorna, quería escucharlo, y no había problema, se lo diría cien veces al día si era necesario.

La giré contra mí, cargándola en mis brazos, sus piernas rodearon mis caderas y la falda se le subió bastante, la acorralé contra la pared.

—Te quiero, pequeña —siseé, apoyando mi frente en la suya, deseando empezar a comérmela, de la misma forma que el lobo feroz se quería comer a su caperucita—. ¿Y tú?, ¿me quieres a mí?

Necesitaba tanto que dijese que sí.

Yo también quería escucharlo cien veces al día.

Ella se llevó un dedo a la barbilla, mirando hacia el techo, con las mejillas rojizas y el corazón latiendo a mil por hora, quería hacerse la interesante, pero estaba igual de nerviosa que yo.

—Creo que le quiero un poquito, señor Carusso. —Apoyó sus suaves manos en mis hombros, yo estaba deseando empezar a arrancarle la ropa con los dientes.

Sus dedos fueron a mi cuello, repasando las venas de este, jugando con el borde de la camiseta informal que llevaba puesta.

—Es increíble lo bien que te queda cualquier cosa.

—Es increíble lo bien que te queda estar desnuda. —Me relamí los labios, recordando la última vez que la vi sin nada.

Tetas, culo y coño increíbles.

—¿Sabes algo? —Sus ojos brillaron mientras la seguía manteniendo acorralada contra la maldita pared—. Al principio te detestaba, Salvatore.

Rodé los ojos recordando cómo odiaba tan solo tenerme cerca.

—No hace falta que me lo jures, nena.

—Pero... —colocó su dedo índice sobre mis labios para hacerme callar, su otra mano entró por dentro de la tela, palpando mis pectorales—. Cuando vi que no me despreciabas por ser una chica con sobrepeso, eso me hizo cambiar un poco la percepción sobre ti, y quería darte las gracias. —Su

dedo bajó de mis labios para seguir acariciándome el cuello—. Gracias por verme bonita aun cuando éramos enemigos, gracias por nunca haberme hecho sentir demasiado grande, o burlarte de mi celulitis, de mi culo fofo o de mis muslos gigantes, gracias de corazón por haber conseguido que me quiera y que me sienta bien en mi piel, siendo tal y como soy, sin necesidad de cambiar.

La miré sin pestañear, perplejo, sin entender ni una sola palabra de lo que me estaba diciendo.

—¿Insinúas que tu cuerpo no es perfecto y que no estás buenísima? —Una de mis cejas se alzó—. ¿Acaso alguna vez has dudado de tu jodida belleza y de ese poder femenino que llevas encima? Nena, vas dejando un rastro de hombres moribundos allá por donde pisas, yo el primero.

Ella soltó una carcajada tímida, adoraba verla reír de esa manera.

—Salvatore, eres un caballero, pero seamos sinceros, no soy perfecta, no tengo cuerpo de modelo, no soy como... las demás.

—Sí, es cierto —respondí y su luz disminuyó, apagándose de forma paulatina—No eres como las demás, porque si lo fueses, no me hubiese enamorado de ti. —La sostuve del mentón, levantándoselo, no me gustaba que agachase la cabeza, la María que me robó el corazón fue aquella que siempre alzaba la vista para no sentirse más pequeña que yo, aunque para mí, siempre sería mi nena—. María, yo no cambiaría ni un solo centímetro de tu cuerpo.

Sus ojos seguían perdidos en los míos, como si mis palabras no le cuadrasen en absoluto, como si le costase trabajo creerme.

—¿No quisieras que adelgazara un poco? Podría hacer dieta por ti... tú tienes un cuerpo... eres... en fin...

—No quiero que adelgaces, no quiero que hagas nada, solo quiero que seas feliz y que entiendas que te quiero y que tu culo fofo como tú lo llamas a mí me pone de lo más loco. —Terminé de quitarme la camiseta, dejándola en el suelo, busqué el mando de la calefacción y la accioné, sentándome al borde de la cama, con las piernas ligeramente abiertas—. Hazme un bailecito mientras te desnudas.

—¡¿Qué?! —Sus manos taparon aún más su cuerpo.

Oh no, movimiento incorrecto, princesa.

—Te quiero, mi vida, pero sigo siendo un cabrón, hazme un bailecito o empezaré a jugar con la calefacción y te volveré a traer un caimán.

Se quitó un zapato, tirándomelo a la cabeza, lo esquive fácilmente, dios,

cómo me ponía el mal carácter de esta mujer.

—Mmm... se te han movido las tetas cuando has hecho ese movimiento. —Volví a relamerme los labios.

—¡CARUSSO, ERES UN IMBÉCIL! —El segundo zapato sí que logró alcanzarme, lo aparté de la cama sacándome el cinturón para correr tras ella.

La perseguí por todas las esquinas de la habitación, agarrándola varias veces, pero siempre se me escurría, era más buena de lo que pensaba.

La acorralé contra uno de los rincones, estábamos al lado de mi chaqueta, sacó una de las pistolas que llevaba ahí, apuntándome, alcé las manos a modo de rendición con una sonrisa de completo idiota.

—Te quedan divinas las armas, cielo.

—Nada de caimanes, y nada de bailecitos.

—Tranquila, ya te he visto menear el culito mientras corrías de un lado para otro. —La desarmé con demasiada facilidad. Descargué la pistola y la metí debajo de su falda, empezando a frotarle el coño con ella—. Me pone muy caliente verte enfadada, cariño, nuestro matrimonio va a ser de lo más divertido.

Su cabeza calló sobre mi pecho desnudo, la calefacción empezó a volver el ambiente más cálido de lo que ya estaba por la situación. Apreté mi polla dura contra su culo.

—Mira cómo me tienes, ¿y luego dices que no estás buena? Como vuelvas a decir algo así, te voy a follar el culo y vas a ver las estrellas. —Saqué la pistola empapada de debajo de su falda, arrancándole el abrigo de dos tirones, fui a por uno de mis cuchillos, quería hacerla cabrear aún más. Coloqué la hoja afilada contra su cuello—. Dime que me quieres, vamos, dilo, quiero volver a escucharlo.

Ella frunció los labios, retándome con esos ojos de mujercita enfadada, Dios, ¿por dónde empezaba a morderla?

—No estoy escuchando nada, amor —repetí, quitándole algunos botones de la camisa, rugiendo de placer al ver esas enormes tetas apretadas en aquel sujetador—. ¿Amor? ¿Me quieres?

—¿Por qué siempre te empeñas en sacarme de quicio? —De nuevo, ese mentón alzado.

—Porque soy así. —Mi lengua repasó la comisura de sus labios, metiendo el cuchillo dentro de su sostén, tirando de la hoja hacia mí para cortar la tela y morirme al ver cómo esas tetas eran libres—. Joder, María...

Me dolía la polla una barbaridad.

No sabía en qué diablos pensaba ella, no tenía ni idea de lo que pasaba por su cabeza, pero parecía de nuevo querer decirme algo, volvía a mirarme de aquella forma.

Mis labios atacaron su clavícula, besándola desesperado por consumir todo su sabor.

—Salvatore. —Jadeó, con los ojos cerrados, acariciando mis hombros desnudos—. Cariño... escucha...

—Dime, princesa —gruñí contra su piel, sin dejar de besarla como un loco, me tenía mal, muy mal.

—Hazme sentir que soy tuya, que siempre lo he sido, que siempre lo voy a ser, lo necesito.

¿Cómo que...?

Me paré en seco, agarrándola del cuello, pegando mis labios a los suyos.

—¿Cómo que quieres que te haga sentir que eres mía? ¿Acaso tienes alguna duda de que lo eres? —No decía nada, tan solo me miraba— responde, pequeña, ¿tienes alguna duda de que todo tu cuerpo es exclusivamente propiedad del Padre de la mafia?

Su boca se abrió, y con un siseo de lo más sexi, consiguió hacerme perder la puta cabeza.

—Sí, tengo dudas, por eso necesito que me lo dejes claro.

Mi agarre se hizo más fuerte, atrayéndola hacia mi boca, mordiendo su labio inferior.

—Eres el amor de mi vida, eres mi mujer y eres mi puta, solamente mía, María Carusso. —Me retiré de ella para mirarla fijamente, ya estábamos casados, pero ahora era distinto, nos queríamos, había sentimientos, ella era mi esposa de verdad, nos casaríamos de nuevo, con una jodida boda por todo lo alto, y ella, solamente ella, era la señora Carusso. La única, la de verdad.

Porque Penélope nunca fue el verdadero amor de mi padre, pero María sí era el mío.

Su expresión se volvió amable por unos segundos, mostrando sus verdaderos pensamientos.

—Fóllame, Salvatore.

Negué.

—No pienses que te voy a tratar como a una cualquiera, reina, primero te vas a quitar las braguitas y te vas a sentar en mi cara, te voy a meter la

lengua hasta que te corras como la diosa que eres y después te reventaré ese coño tan sexi a pollazos.

La miré desafiante, disfrutando de cómo se quedaba sin aire con simples palabras, era tan fácil excitarla, por más que se negara a entregarse a mí desde el primer momento, su cuerpo siempre me pidió atención a gritos.

Y yo se la iba a dar.

Encendí el televisor, con una sonrisa perversa.

—¿Qué piensas hacer? —cuestionó, sin apartarse de la pared.

—Ponerte un vídeo de esos que te gustan.

Busqué una porno en la que a la chica le estuviesen haciendo sexo oral, le di al Play y le hice un gesto para que viniese a la cama.

—Vamos, nena, no me hagas esperar, ya sabes que la paciencia no es mi fuerte.

Se acercó con pasos dudosos, miraba la pantalla de reojo, escandalizada por los gemidos de la chica a la que le estaban chupando el coño.

—Tú vas a gemir más que ella —prometí, agarrándola de forma violenta en cuanto la tuve a mi alcance, quitándole esa estúpida camisa y subiéndole la falda, se la dejaría puesta, porque le quedaba de infarto.

La cogí en brazos, y la llevé hasta las mullidas almohadas, sus mejillas estaban tan rojas como la sangre, de hecho, toda la sangre de su cuerpo debería estar concentrándose ahí en estos momentos.

—Mira arriba, mira el espejo —le susurré al oído, metiéndole dos dedos de golpe—. Mira a la mujer de mis sueños.

MARÍA



Las promesas de este canalla, eran totalmente ciertas, él podía llevarme al cielo, tal y como me dijo aquella noche en la que le rechacé, la primera vez que dormimos juntos.

Dios, cuánto cambiaron las cosas desde aquel entonces.

No quería tenerle cerca, y ahora no soportaría tenerle lejos.

—¿Te gusta la peli, nena? —Sus labios seguían haciendo maravillas en mi sexo, y tenía toda la razón, yo estaba gimiendo más que la chica del video porno.

Obviamente, a ella no le estaba comiendo el coño Salvatore Carusso, punto extra para mí.

Su lengua se metió hasta el fondo de mi sexo y mis caderas se curvaron, cerré los ojos mordiéndome el labio inferior, era jodidamente increíble lo que se sentía cuando un hombre te hacía algo así.

La chica del vídeo tuvo un orgasmo intenso y no pude evitar correrme con ella, moviendo mi sexo contra la boca de Salvatore, notando cómo su lengua hacía movimientos circulares sobre mi hinchado clítoris, me humedecí inmediatamente, apretando los muslos, pronunciando su nombre mientras notaba cómo unos intensos calambres me sacudían desde los pies hasta la cintura, subiendo por toda la columna.

—Oh dios... cariño...

—¿Te has corrido bien, pequeña? —Su acento italiano me volvía loca a niveles estelares, no tardó en trepar por mi cuerpo como si él mismo fuese un jodido caimán, atrapando uno de mis pezones con la boca mientras el sonido metálico de la cremallera de su pantalón avisaba de lo que venía—. Voy a estar toda la puta noche follándote, te voy a echar todos los polvos que no me dejaste echarte desde el principio.

Una sonrisa disfrutona se me dibujó en la cara, acariciando esa mandíbula cuadrada y tensa, dios, qué guapo era el hijo de puta, podría correrme solo con escucharle y mirarle.

—¿Cuándo fue la primera vez que tuviste ganas de follarme? —Su polla se clavó en lo más profundo de mí de una estocada limpia que me hizo gritar su nombre con demasiada intensidad—. ¡Salvatore! no seas tan... —Otra vez más—. ¡Bestia!

Su mano me amordazó, silenciándome.

La boca de mi marido me buscó el oído, pegándose a él.

—Desde que te vi con aquella trenza de espiga y aquel vestido rojo marcando esas curvas tan peligrosas, desde que me miraste con esa cara de odio y te atreviste a ponerme nervioso con tu jodida belleza, desde que te vi suspirar y te acercaste a mí para firmar aquel papel que nos unió como marido y mujer, tuve que dejar el bolígrafo en la mesa porque como tu mano rozase la mía, no tendría forma de contenerme.

No sabía qué me daba más placer, si su jodida voz ronca diciéndome todas esas cosas o su enorme rabo entrando y saliendo de forma ruda, dejándome el coño adolorido y, a la vez, más mojado de lo que nunca lo he tenido.

Miré hacia el espejo que teníamos sobre el techo, viendo su cabello negro azabache, su jodida espalda, sus hombros, aquellos músculos tan bien formados y marcados, ese culo precioso, toda su piel color canela... mierda.

—Salva... creo que... —Me iba a correr otra vez.

Salió de mí, envolviendo mi nuca con la mano.

—Ponte en cuatro para papá, cielo.

Me enrojecí de inmediato, en esa postura no me vería nada favorecida, mis pechos eran demasiado grandes, tampoco es que tuviese un culo precioso, hacía ejercicio en casa de mi padre pero en estos meses no hice demasiado, debería estar blandito y... daba igual, él solito se encargó de agarrarme del cuello y colocarme de esa manera.

—¿Por qué tienes tanta fuerza? Pareces un jodido animal. —Me quejé, quedándome con los ojos en blanco cuando le noté entrar todo entero en mí, la humedad me empezó a bajar por el interior de los muslos mientras sentía como sus testículos chocaban con mi clítoris cada vez que entraba hasta el fondo—. Mierda, qué rico.

—Rica estás tú, preciosa. —Sus manos soltaron mi cuello para agarrarme el culo de esa manera que él siempre hacía, clavando sus dedos en la carne, dejándolo marcado y usado, tratándome de forma vulgar, de esa forma que tanto me gustaba que él, y solamente él, me hiciese sentir—. No sabes la de barbaridades que se me están pasando por la cabeza, María, es insano.

Volvió a clavármela, metiendo la mano por debajo de entre mis piernas para acariciarme el clítoris, con la otra agarró una de mis tetas, apretándola también de manera sucia, mientras me frotaba el coño y me follaba sin parar, sentía su aliento sobre mi espalda, sus gemidos y gruñidos.

—¿Te gusta cómo te folla papá, cariño?

Mi sexo se contrajo, el clítoris se me estaba derritiendo entre sus dedos, los cuales hacían movimientos suaves y circulares en el punto exacto para tenerme con la boca abierta, gimiendo sin parar, casi sin aliento.

—Me encanta como me follas, cariño.

—¿Te encanta ser mi puta? —Su mano soltó mi teta, envolviéndome el cabello en el puño para tirar de él con fuerza—. Te he hecho una pregunta, María, responde.

Lo haría si no fuese porque estaba gimiendo como una jodida perra en celo. Maldito sinvergüenza, odiaba que conociese mi cuerpo tan bien, odiaba que fuese tan fácil para él tenerme así.

—¿De quién eres, María? ¿A quién perteneces? —Otra estocada hasta el fondo me hizo mojarme más de lo debido, estaba deseando darme la vuelta y meterme en la boca ese rabo enorme y duro, aún recordaba su delicioso sabor en el coche—. ¿Quién es el único hombre que puede tocarte?

—Tú, cielo, te pertenezco, soy tuya, y solo tú puedes tocarme.

Sus manos acariciaron mi espalda, mis costados, mi pecho, mi ombligo.

—Muy bien, señorita, obediente, sumisa, con el coño caliente y mojado, así me gusta.

El ardor de mi vientre se intensificó por el resto del cuerpo, no pude seguir manteniéndome en aquella postura, mis brazos flaquearon y cuando el orgasmo más intenso que he tenido en mi vida me hizo volver a gritar su maldito nombre, caí en la cama sin fuerzas, con la respiración hecha un desastre y la boca entreabierta para intentar que el oxígeno me llegase a los pulmones.

Sus manos me giraron boca arriba y su orgasmo explotó encima de mis tetas, mientras sus dedos se encargaron de que mi clímax durase hasta el último chorro de semen que salió de su polla.

Cuando acabamos, se derrumbó sobre mí, abrazándome, quedando totalmente pegajosos, llenos de sudor, fluidos y a saber qué más.

Pareció darle igual, y a mí también.

Su corazón latía bajo aquel pecho jodidamente perfecto, notaba cada latido acompasar el mío, como si se estuviesen comunicando.

—¿Estás bien? —preguntó en un tono suave, logrando que sintiese un escalofrío.

—Sí, ¿y tú? —Busqué su mirada, encontrándome con aquellos profundos ojos azules, se veían brillantes y llenos de vida, felices, alegres.

El pecho se me anudó al verle tan de cerca y afeitado, la imagen del chico

que me salvó de Liu aquella noche volvió a mi mente, era como retroceder en el tiempo, como si hubiese aceptado ir con él y acabásemos de hacer todo esto ahora mismo.

—Salva...

—Dime, preciosa.

—Te quiero. —Dejé cerrar mis ojos, era consciente de que debía ducharme, pero estaba exhausta, él se acercó un poco más, acariciando mis mejillas con su aliento—. Te quiero mucho.

—*Ti amo bella.* —Sus labios dieron un tierno beso en los míos, provocándome ese cosquilleo de estómago.

Se levantó de la cama, intenté hacer lo mismo, mas chistó para que estuviese quieta. Me cargó en sus brazos sin el mínimo esfuerzo, dejé mi cabeza apoyarse en su hombro derecho.

—Vamos un rato al jacuzzi, me apetece que nos bañemos viendo las estrellas.

En aquel preciso instante, descubrí algo.

Salvatore tenía la misma habilidad tanto para joder todos los momentos bonitos, como para hacer que fuesen mágicos e inolvidables.

CAPÍTULO 43

MARÍA



Abrí los ojos, dando por hecho que él no estaría en la habitación, como de costumbre, me estiracé en la cama chocando mi puño en la cara de alguien.

—¡Oh dios! ¡Salva! ¡¿estás bien?!

—*Donna demoniaca! Stai cercando di uccidermi? (¡Mujer demoníaca! ¿Estás intentando matarme?)* —Sus ojos dormilones me miraron adoloridos, le había golpeado fuerte en la mejilla.

Acaricié su cara, disculpándome una y otra vez.

—Ay, cuánto lo siento, perdóname.

—Tienes un buen gancho. —Se carcajeó, contemplando mi desnudez, habíamos dormido desnudos toda la noche, nos vinimos a la cama a las seis de la madrugada, después de pasar horas y horas, hablando de nuestras vidas, abrazados dentro de jacuzzi, viendo las estrellas y bebiendo vino.

Nunca bebía, pero reconocí que me gustó tomar una copa (o unas cuantas) junto a él.

Hablamos mucho de su padre, de Marcela, de Penélope, de su infancia, de la mía, de muchísimas cosas, no obstante, lo más importante seguía sin habérselo contado, no era capaz, me sentía jodidamente cobarde.

Salvatore me dijo que quería que nos casásemos después de la gala, cuando «todo» hubiese acabado, su plan era sacarnos de la mafia e irnos a Italia, al menos durante unos años, que yo dominase el idioma era una ventaja, nos faltaba enseñar a Gabriel.

Comenzamos a vestirnos con algo de prisa, los dos sabíamos que hoy teníamos algo importante que hacer, pero no recordábamos el qué.

—No encuentro mis jodidas bragas... —maldije, rebuscando por todas partes, en esta habitación aún no tenía mis cosas, ni él las suyas, así que tocaba ponernos lo de anoche para ir a cambiarnos.

—Están aquí —informó, metiéndola entre sus dientes para traérmelas como si fuese un perro.

—Eres un cerdo —mascullé, quitándoselas para ponérmelas.

—Ah, ¿y lo que te gusta? —replicó, colocándose los bóxer y la camiseta.

Un puño pequeño golpeó la puerta con demasiada fuerza, esta se abrió mostrando unos ojitos enfurecidos color miel con un cabello rizado trigueño.

—¡Sois los peores padres del mundo! —Gabriel estaba al otro lado, vestido de su equipo, color rojo y blanco, con la pelota bajo el brazo—. Hace diez minutos que debería estar en el campo con mis amigos y aún estoy aquí, ¡seguro que si me volviesen a secuestrar ni os daríais cuenta! —Le lanzó la pelota a la cara a Salvatore con mala leche, él la atrapó con las manos.

Nos miramos sin saber qué decir.

Ambos estallamos en una oleada de culpabilidad, pidiéndole perdón sin parar, mientras seguíamos intentando vestirnos. Gabriel nos miraba con el ceño fruncido de brazos cruzados, viendo a sus padres correr de un lado para otro.

En menos de media hora estábamos en el coche, Salvatore se iba cepillando los dientes mientras conducía, la imagen era cuanto menos de película cómica.

—Papá, ¿por qué haces cosas tan raras?

—Calla, niño —gruñó con la boca llena de espuma blanca.

—Papá, ¿por qué Petra lleva una metralleta a mi partido de fútbol?

Salvatore rodó los ojos, Petra sonrió contestando por él.

—Es para asegurarnos de que te dejan ganar.

—¡Yo no quiero hacer trampas! ¡Mis amigos se van a asustar!

—Tranquilo, Gabi. —Traté de calmarle—. La metralleta se quedará en el coche, nadie la verá, y es solo por seguridad, no vamos a hacer trampas, cielo.

Él desvió los ojos por la ventanilla, viendo que nos parábamos frente a unos cubos de basura. Salvatore bajó del coche escupiendo la pasta de dientes y enjuagándose la boca con una botella de agua. Un señor que paseaba a su perro nos miraba como si fuésemos lo más raro que había visto.

Fijándose primero en Carusso, después en Gabriel y por último en Petra con el arma entre las manos.

—No está secuestrado, es mi hijo —respondió mi marido, adivinando los pensamientos del hombre, el cual se veía pálido y mudo.

—¡Papá! ¡Venga, que llegamos tarde!

Gabi estaba a punto de sufrir un berrinche de los fuertes.

Salvatore pisó el acelerador, preguntándome a cuánto estábamos.

—Dos minutos, justo giramos a la derecha y ya puedes aparcar —informé.

Gabriel jugaba en el patio de aquel colegio al que le apuntamos, pero era la primera vez que iba a ir a un campo de fútbol, todos estábamos emocionados.

Decidimos que tenerle encerrado en casa no era saludable y que ya estaba preparado para tener una vida más normal, relacionándose con otros niños de su edad.

Una vez el Bugatti Chiron de nueve millones de euros apareció entre los coches normales y corrientes de los padres que estaban por ahí, nos convertimos en el centro de atención. Petra agachó el arma para que no fuese visible.

—Qué vergüenza, todos nos miran —refunfuñó Gabriel.

—Mira, niño, una queja más y la próxima vez vienes en autobús con Marcela. —Salvatore estaba perdiendo los nervios, él quería mucho a Gabi, pero era de mecha corta, además que tener un hijo de casi nueve años de la noche a la mañana no era fácil para nadie. Coloqué mi mano sobre su muslo para aliviarle.

—Gabriel, nos miran porque el coche de papá es precioso, estas personas no pueden permitirse tener un coche así, tu padre trabaja duro para ganar dinero y darnos una vida maravillosa.

El niño frunció los labios, sintiéndose culpable.

—Está bien, lo siento papá, te quiero.

—Mmm… —gruñó Salvatore a modo de respuesta, le solté un codazo—. Yo también te quiero.

Logramos aparcar, bajando a toda prisa, corrimos entre los padres que estaban fuera fumando, bebiendo algún refresco o cerveza y mordisqueando perritos calientes.

Localizamos la entrada y al entrenador, los niños ya estaban calentando por el campo. Petra dejó el arma en el coche, acompañándonos, llevaba una pistola con silenciador escondida bajo la chaqueta oscura que vestía.

—¡Santo dios! ¡Pensaba que Gabi no vendría! Menos mal, este partido era superimportante para él —dijo el entrenador, un chico joven y encantador

de mi misma edad, cuando hablaba, solo me miraba a mí, ignorando totalmente a Salvatore.

Este se ajustó la corbata colocándose entre él y yo.

—¿Valora usted su vida?

Golpeé mi frente, ya empezábamos.

—¿Perdone? ¿Señor? ¿Qué ha dicho?

—Nada, solamente espero que gane el equipo de mi hijo, y deje de sonreírle a mi mujer, tengo doce cocodrilos hambrientos en casa.

Tiré de su brazo, poniéndome yo delante.

—Disculpa, es que es un poco malhumorado cuando no se toma el café, quiere decir que espera que nadie golpee o le haga daño a Gabi, es un niño muy sensible y especial.

—¡QUITA DE EN MEDIO, HIJO DE PUTA! —Gabriel le pegó un pelotazo en la cara a otro chaval, sus padres nos miraron desde lejos como quisiesen asesinarnos.

—¡BRAVO! ¡ESTOY ORGULLOSO DE TI, HIJO! —Salvatore empezó a aplaudir con los brazos en alto, yo me hice pequeña, tan pequeña que no sabía ni dónde meterme, esperando desaparecer.

—Vuestro hijo es un sol y muy cariñoso, pero no tolera ni una, a la mínima se defiende y, como acabáis de ver, lo hace bastante bien, ese chico es el abusón del grupo, bueno, era, porque Gabriel lo tiene a raya.

Suspiré de alivio, al menos la cosa no era tan mala como parecía.

Salvatore me echó el brazo por encima, nos alejamos del campo para ir a las gradas junto a los otros padres.

—¿Te parece guapo?

—¿Qué? ¡No! —No podía creer que estuviese celoso, joder, el chico no era feo, pero ningún hombre se podía asemejar a ese dios italiano de dos metros con cabello negro y ojos profundamente azules. Él estaba a otro nivel—. Nadie se puede comparar con el Padre de la mafia, cariño.

—Genial, acabas de salvarle la vida. —Su mano palmeó mi culo, dejándome pasar primero.

—¡PAPÁ! — Gabriel nos gritó desde lo lejos—. ¡DEJAD DE HACER COCHINADAS QUE ME DAIS VERGÜENZA!

Ahora los que teníamos vergüenza éramos nosotros, Gabi estaba tan malhumorado que casi parecía hijo de sangre de Salvatore.

El partido comenzó, cada padre iba animando a su hijo, las madres solían estar más calladas, yo me uní a Petra y Carusso para animar a Gabriel.

Cuando el señor de los perritos calientes pasó por nuestro lado, compramos uno para cada uno, era extraño y gracioso verle engominado, oliendo a un perfume que valía más que el sueldo completo de muchos de los que estaban aquí, totalmente trajeado, devorando un perrito mientras peleaba por no mancharse de mostaza.

El niño de antes le metió la pierna por medio a Gabriel, tirándolo al suelo. Salvatore empezó a hacerle señales a Mateo que estaba en la otra punta y yo ni siquiera me había dado cuenta, también se estaba comiendo un perrito.

—Quiero a ese niño en silla de ruedas, ahora mismo —decía mi marido sin articular palabra, pero Mateo le estaba leyendo los labios.

Le solté otro codazo, haciéndole gestos desde mi posición para que ni se le ocurriese obedecer su orden.

—¡Solo son niños! —exclamé, viendo cómo Gabriel se levantaba del suelo y le escupía en la cara—. ¿Lo ves? Sabe defenderse solito. —Quizás no debería, pero una parte de mí sintió ternura por él—. Le has enseñado bien, Carusso.

Su expresión iracunda se volvió un poco más afable.

—Cierto, y si vieras lo bien que dispara. —Volvió a echarme el brazo por encima—. Seguro que ninguno de esos niños sabe agarrar una maldita pistola.

—Pues no, porque lo normal es que los niños no usen esas cosas. —Resoplé—. Venga, intenta relajarte, disfruta. —Le acerqué mi perrito a la boca, le pegó un buen mordisco. Cuando le conocí, pensé que era el típico tío obsesionado con el gimnasio, los carbohidratos y la dieta pero no, todo lo contrario, siempre tenía un apetito voraz, le encantaba la pasta y mi estofado, también el flan y era un goloso con las chuches.

Ah, y las palomitas dulces.

Luego le cocinaría unas magdalenas, se las llevaría al despacho y le haría un buen masaje en la espalda, Salvatore vivía al límite del estrés de forma permanente, debía aprender a calmarse.

—Hola, disculpad. —Una pareja de más o menos nuestra edad se acercó a nosotros—. Somos los padres de Rubén, estamos viendo que nuestros hijos no se llevan demasiado bien y creemos que tal vez deberíamos invitaros algún día a casa para intentar que...

—Claro. —Sonreí de oreja a oreja—. Sería maravilloso, ¿qué opinas, cielo?

—Mi hijo no se junta con perdedores, fuera de mi vista. —Les chasqueó

los dedos en la cara para que se esfumasen, mirándoles con una ceja alzada a modo de incógnita—. ¿Por qué seguís aquí? Petra, encárgate.

Dios mío, hacer vida sociable con este hombre era imposible.

—¡Pero madre del amor hermoso! ¡¿Quién se ha creído usted que es?! ¿El dueño del mundo?

Sí, precisamente, eso era lo que pensaba.

La pareja nos lanzó una mirada de reproche, marchándose por donde habían venido.

—Así nunca tendremos amigos —murmuré.

—Yo no quiero tener amigos.

—¡Pues yo sí! —exclamé—. Me encantaría ir a alguna barbacoa, hablar de cosas de chicas mientras presumo de estar casada con el marido más guapo y perfecto de todos, viendo cómo te tomas una cervecita al sol, sonriente, feliz, sin pensar en matar a nadie.

Mis palabras parecieron remover algo en su interior.

—Eso... suena tan... extraño para mí. —Sus orbes glaciales me miraron en un gesto de culpabilidad—. Creo que voy a fumarme un cigarro, luego vengo. —Agachó la cabeza, metiéndose las manos en los bolsillos. Tuve la sensación de que no iba a volver, quería ir tras él, pero el partido estaba a punto de terminar y no iba a desaparecer en estos momentos. Quería felicitar a Gabriel por hacerlo tan bien.

Mierda, ¿dije algo que no debí? Tal vez le presioné demasiado. Solo quería que fuese feliz, que hiciésemos una vida de pareja normal.

Una vez regresamos todos al coche, Salvatore le dedicó un par de mimos a Gabriel, felicitándole y regalándole un billete de quinientos euros a modo de recompensa, por supuesto, delante de todos los niños y padres, los cuales se quedaron con la mandíbula desencajada.

En fin, Carusso siendo Carusso.

El camino a casa fue un tanto incómodo, el silencio se hizo espeso y pesado, tanto que llegué a asustarme cuando el teléfono me empezó a sonar, era un número que no conocía.

—¿No contestas? ¿Te asusta que sea Liu? ¿Quieres que responda yo?

—No, estoy bien —dije de inmediato, atreviéndome a descolgar, llevando el aparato a mi oído—. ¿Hola?

Salvatore seguía conduciendo, desviando su mirada hacia mí cada vez que tenía oportunidad.

—¡María! —La voz de Violeta hizo que se disparase mi corazón—. Nena,

he estado todo este tiempo perdida, no te vas a creer lo que me pasó, perdí el teléfono y me compré un móvil nuevo, te he mandado cientos de mails, pero parece que no has mirado tu correo, al final, encontré tu número en una agenda antigua que tenía por casa, dios, ¡¿cómo has estado?! —Violeta hablaba tan alto que a pesar de no tener el manos libres puesto, la conversación se estaba escuchando por todo el coche—. ¿Al final te casaste con ese cabronazo? Me dijiste que no te ibas a poner el vestido negro solo para joderle. ¿Qué sucedió? ¿Era calvo, como sospechabas?

Me quería morir.

Pero morir de verdad.

—Vi...Violeta... yo... ahora no... —No sabía cómo afrontar esta situación.

Salvatore tocó mi pierna, aparcando en un pequeño parque que teníamos al lado, le hizo un gesto a Petra y a Gabriel para que bajasen del coche.

—Habla con tu amiga tranquila, no te preocupes —murmuró en voz baja.

Los tres descendieron del auto, cerrando las puertas, dándome algo de privacidad.

Solté el aire que me quedaba en los pulmones, agradeciendo enormemente aquel gesto tan cortés.

Si es que, cuando quería podía ser un grandísimo hijo de puta, pero también un caballero.

—Mierda, ¿estaba ahí? ¡joder! ¡¿ESA ERA SU VOZ?!

—Sí, estaba aquí, y sí, era su voz. —Me sonrojé al ver su reacción, ella estaba casada, pero parecía una adolescente con las hormonas alborotadas —. Y no, no es calvo, es muy atractivo.

—Mieeeerda, ¿y qué ha pasado en estos seis meses? ¿Ya te lo has...? Oh dios, me tienes que poner al día, ¡¡¡tíaaaaaa!!!

Recordé cuando hablábamos de libros, eso fue lo que nos unió por internet, las dos éramos igual de marranas y estábamos igual de locas, pero ahora era como si no fuese yo, me veía seria, intranquila, extraña.

Tal vez porque siempre tuve como objetivo escaparme de la casa de Pepe y algún día conocerla, dijimos que íbamos a hacer muchas cosas juntas, ir de compras, al cine, a la librería...

Pero mi vida había cambiado demasiado, estaba casada con el Padre de la mafia, estaba claro que no podía ir por ahí haciendo lo que me diese la gana, y no me pesaba, entendía lo complicado que era este mundo, y estaba dispuesta a pagar ese precio por estar con él.

—En dos días es la Feria del Libro de Madrid, va a ser una pasada, pensé

en que ahora que no eres la prisionera de tu padre, fuésemos, podríamos quedar en el aeropuerto de Málaga, coger un avión y pasar la noche en algún hotel, van a venir tres chicas más que también están en este rollo de los libros, una acaba de publicar uno y dice que si queremos nos regala un ejemplar firmado.

Sonaba tan bien...

Mordí mi labio inferior, viendo a Salvatore jugar a la pelota con Gabriel, se veía tan sonriente, feliz, fresco, guapo...

Merecía la pena pagar el precio.

—No puedo. —Suspiré, notando un nudo en el pecho, me moría por ir, pero él no me dejaría, así eran estos matrimonios.

Algunas mujeres tenían permiso para entrar y salir a su antojo, aunque siempre acompañadas de un guardaespaldas, aun así, yo no correría esa suerte, además, tenía que hacerme cargo de Gabriel, Salvatore trabajaba muchísimo, debía estar en la casa para ayudarle, sí, era lo correcto.

—¿Seguro? —Su voz sonó con la misma decepción que yo estaba sintiendo en ese momento.

—Seguro, Violeta, pero gracias por pensar en mí. —Volví a mirar a través del cristal—. Ya hablamos otro día, me guardo tu número nuevo, cuídate.

———— ◦ ❖ ◦ ————

—¡Madre mía! ¡Tiene una pinta increíble! —Marcela comenzó a aplaudir cuando saqué las magdalenas del horno, tras llegar del partido. Carusso se fue a duchar con Gabriel, ambos salieron empapados del baño como dos perros vagabundos, con agua chorreando del pelo.

Gabi se estaba echando una siesta de horas en el despacho de su padre mientras este trabajaba en silencio con música clásica puesta al mínimo volumen. Recordé cómo sí o sí necesitó lavarse los dientes, aunque fuese en el coche mientras conducía, le costaba muchísimo desobedecer a su rutina, era jodidamente disciplinado.

—Esta que es de las más grande para ti, que también mides dos metros. —Le entregué un platito a Mateo el cual ya se estaba relamiendo los labios, la cola seguía con Ángela, Marcela y Petra. Diamante, el chihuahua de Penélope andaba por ahí olisqueando.

A veces tenía la impresión de que ese animal podía hablar y tan solo nos espiaba para contárselo todo a su dueña.

Cuando repartí las magdalenas entre todos, puse unos platitos en una

bandeja, uno para Salvatore y otro para Gabriel, con un zumo de naranja y un café con leche.

—¿Quiere que lo lleve yo, señora? —Se ofreció Ángela, con los labios manchados de chocolate.

—Tranquila, disfruta de la merienda. —Le guiñé un ojo, saliendo de la cocina mientras tarareaba una canción, estaba intentando olvidar la llamada de Violeta, mis anhelos de ser libre ya estaban olvidados, no sabía en qué momento sucedió, pero acepté ser la mujer de Salvatore y con ello, acepté esta vida, no estaba para nada mal, hacíamos cosas divertidas, me sacaba a pasear, no me faltaba de nada, y cuidaba de mí.

Di varios golpecitos suaves sobre la puerta de su despacho, me puse un poco nerviosa sin saber por qué, habíamos dormido juntos, tenido sexo y hablado bastante sobre nosotros, se suponía que había confianza, ¿no?

El pomo se giró y sus ojos azules me derritieron en pocos segundos.

—Hola —habló en voz baja—. Qué sorpresa.

Se hizo a un lado, dándome paso.

El tocadiscos giraba con lentitud, dando un ambiente de otra época al despacho de Salvatore. Gabi dormía en un amplio sofá de terciopelo rojo que estaba al fondo, enroscado como un caracol en su manta de superhéroes.

Su expresión de paz y felicidad me hizo pensar que tal vez no fuésemos tan malos padres. Dejé la bandeja sobre el escritorio de Salvatore, con cuidado de no manchar sus papeles. Este se sentó de nuevo en su majestuoso sillón, nos miramos en silencio por unos segundos.

—He preparado magdalenas y te he hecho café, espero no haber interrumpido tu trabajo, ya me iba —comenté, con las mejillas algo rojas, no sabía qué me pasaba, ¿por qué tanta vergüenza?

—Me encanta que hayas tenido este detalle, María. —Cada vez que me miraba fijamente era como si toda la sangre de mi cuerpo se convirtiese en agua—. Se me está haciendo muy pesada la tarde, creo que dormí de una mala postura y me duele el cuello, pero esto lo mejora todo muchísimo. —Agarró la taza, dando un sorbo al café—. Espectacular.

Sonreí, era tan agradecido.

—¿Te duele el cuello? —pregunté en voz baja, con la idea de retirarle un poco esa ajustada chaqueta que le quedaba para infartarse.

—Sí, luego me tomaré un calmante.

Cogí el plato con la cucharilla, acercándole el dulce, sus dedos rozaron los

míos y mi vientre estalló en cosquillas intensas y sofocantes.

Di un paso más observando cómo se comía el dulce, tomé su corbata empezando a desanudarla.

—¿Qué haces? —murmuró con un tono de voz mucho más seductor—. Gabi está aquí.

Seguí desanudando la corbata, liberando aquel cuello fuerte con venas marcadas, me acerqué lentamente a su oído mientras le quitaba los primeros botones.

— Solo quiero darle un masaje en los hombros a su padre, no es nada malo que sepa que te quiero.

Fue como si se hubiese petrificado, con esa bonita boca entreabierta, y los ojos como platos.

—¿Quieres hacerme un masaje?

Reí.

—¿Por qué te parece tan raro?

Su ceja se alzó a la vez que inclinaba el cuello levemente.

—Me has odiado mucho, no me acostumbro a que seas cariñosa conmigo —. Se llevó otro pedazo de magdalena a los labios, murmurando algo en italiano que parecía ser bueno, no llegué a entenderle—. Pero me encanta.

El corazón me dolió un poquito.

—Pues te acostumbrarás, te lo aseguro. —Le ayudé a deshacerse de la chaqueta, dejándola colgada en el perchero de madera caoba, me senté sobre el amplio reposabrazos, haciéndole un masaje en aquellos fornidos hombros sobre la tela de la camisa. No tardé en entrar en calor, pero me repetí varias veces que no era el momento de ese tipo de cosas.

Salvatore ronroneó de placer alguna vez, sobre todo cuando hacía movimientos circulares con las yemas de los pulgares, apretando en la zona de la nuca, le gustaba ahí.

—¿Te ayuda a sentirte mejor... —quise terminar la pregunta con alguna palabra cariñosa, mi necesidad por mostrarle afecto se estaba acrecentando de forma considerable en las últimas semanas— ...cielo?

Se puso tenso.

—Sí, preciosa, me ayuda muchísimo, y la merienda está deliciosa.

Me gustaba verle así, disfrutando de un buen dulce y su café, recibiendo algo de mimos y atención. Siempre le veía trabajando, solucionado problemas, exigiéndose, sacrificándose. Estaba segura de que Salvatore era un hombre muy, pero que muy escaso en amor. Mis labios volvieron a

acercarse a su oído.

—Voy a cuidar de ti siempre, Carusso, y voy a hacerte un marido feliz.

Su mano fue a la mía, tomándola para besarla, apretándola contra sus labios, luego tiró con delicadeza, haciéndome caminar hasta tenerme de frente, me miró despacio de arriba abajo.

—Toda esa belleza, ¿es mía? —murmuró, con una sonrisa radiante. Me miraba de una forma que nunca otra persona había hecho, me miraba con orgullo, estaba orgulloso de mí, como si fuese algo precioso y bonito, como si fuese jodidamente importante para él.

—Toda yo, completa, soy tuya.

—Gracias a Dios. —Juntó sus palmas, haciendo el gesto de rezar—. Estoy bendecido entonces. —Golpeó con suavidad su muslo izquierdo—. Siéntate un poco aquí conmigo, por favor.

Las cosquillas abrasadoras, de nuevo, jodiéndome la serenidad.

Apoyé mis caderas sobre su rígida pierna, acomodándome entre su ancho cuerpo, sus fuertes brazos me arroparon y nos quedamos así un rato, en silencio, abrazados.

Por mi mente vagaba la idea de que Salvatore parecía un animal enfurecido, aun así, cuando se quitaba la coraza, era como un cachorro necesitado de afecto.

—¿Por qué te fuiste del partido? —Deseé saber—. ¿Dije algo malo?

Él suspiró, dejando su nuca caer sobre el resposacabezas.

—No, para nada, no dijiste nada malo, el problema es mío. —Sus dedos comenzaron a jugar con mis cabellos—. Es que, tengo miedo ¿vale?, me aterra no poder darte todo lo que esperes de mí como hombre.

Fruncí el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Pues que si me pides un vestido, un coche, joyas, perfumes... solo tengo que chasquear los dedos y lo tendrás casi instantáneo, pero me pediste tener amigos, conversar con otras personas y... —Su expresión se rompió ligeramente—. Me sentí incapaz de ofrecértelo.

Mierda, así que de eso se trataba.

—Entiendo que por quién eres te hayas aislado tanto, pasas mucho tiempo a solas con tus libros y en este despacho, no puedes confiar en nadie, cualquiera puede intentar traicionarte, y tus seres más queridos son tus propios empleados, sé que es difícil para ti, también para mí, yo tampoco tengo amigas, bueno, Violeta, ya sabes, pero... —Resoplé—. Sé que no

encajamos con el resto de las personas, aun así, soñar es gratis.

Él quedó un poco pensativo, dándole otro sorbo al café.

—He intentado imaginarlo, ¿sabes? Piénsalo, ¿de qué hablaría con esos hombres mientras me tomo la cerveza?, ¿de trabajo?, ¿les contaría que todas las noches voy a cierto punto de la playa a tirar cadáveres al mar?, ¿o de cómo nos conocimos?, ¿tendría que inventarme cómo me enamoré de ti o les tendría que contar que te compré por treinta millones de euros? —Sus ojos se apagaban conforme me iba haciendo cada una de las preguntas—. ¿Y qué hay de Gabriel? ¿Qué mierda les diría cuando me preguntasen por Gabriel? —El pecho se me hizo un nudo, aún no sabía de dónde le sacó, pero sí sabía que fue de una situación complicada en la que el pobre niño estaba sufriendo abusos—. No me gustan las personas, María, las detesto—. Finalmente, dejó de mirarme, esquivando mi visión. —Ellos envidian mi coche de nueve millones, mis trajes de dos mil euros, el olor de mi perfume, entre otras cosas, pero yo envidio algo que ellos tienen, algo que vale mil veces más que todo mi dinero.

—Libertad —musité, dando en el clavo.

El silencio volvió a reinar entre nosotros, escuchándose tan solo la respiración de Gabriel de fondo.

El tocadiscos dejó de sonar.

—Algún día seremos libres —prometí, sin saber ni cómo ni cuándo, sintiéndome de nuevo culpable por saber que la verdad sobre Mía nos destrozaría y, posiblemente, no querría volver a saber nada de mí, no obstante, aún no era capaz de contárselo, de romper esto tan precioso que estábamos teniendo. Le quería y le necesitaba, y estaba siendo malditamente egoísta—. Y da igual que no te gusten las personas, con que te guste yo, es suficiente.

—Tú me encantas. —Sus dedos pellizcaron de forma cariñosa una de mis mejillas—. ¿Y qué tal con Violeta? Te noté incómoda cuando te llamó, por favor, olvida lo que te dije al principio, fui un capullo —se excusó, tragando saliva, la nuez de su garganta subió y bajó—. Puedes ir a visitarla cuando quieras, y por supuesto también puede venir a casa. —Lo agradecí con una sonrisa, mas no pude evitar ponerme un poco triste al recordar el viaje a Madrid—. Eh, pequeña, ¿qué sucede?

—Nada. —Me encogí de hombros—. Sí, quedaremos algún día, ella me llamó para ir a Madrid, hay un evento de libros, van a ir otras chicas que escriben en la plataforma por la que nos conocimos y bueno, suena genial.

—Noté un nudo en mi garganta—. Pero sé que no puedo ir, así que le dije que no.

Se llevó de nuevo la taza a los labios, mirándome atónito, con esa arruga tan particular en su frente.

—¿Y por qué no puedes ir a Madrid? ¿Te da miedo volar? Hay trenes, y si tengo que hacerme un montón de horas en coche para llevarte, las haré.

¿Eh?

¿Qué?

—Yo... no... no me da miedo volar. —Se me escapó una risita nerviosa—. Pero, ya sabes. —No sabía cómo decirlo sin sonar bruta—. Me compraste, soy tu mujer, tengo que estar aquí, se supone... ¿no?

—María, yo no soy Pepe Osorio, no eres mi prisionera, no estás secuestrada. —Dejó la taza sobre la mesa, adoptando una postura tensa, parecía muy serio—. Cariño, yo te quiero, eres mi mujer, somos un matrimonio, al igual que yo entro y salgo cuando quiero, tú puedes hacer lo mismo, lo único que te pido es respeto, porque tenemos un compromiso que debemos cuidar, nada más.

Iba a llorar, juro que estaba a punto de llorar.

Mis ojos empezaron a aguarse, mucho, muchísimo.

—Entonces... —Mi voz sonó de lo más rota—. ¿Puedo ir, amor?

—Joder, bebé, claro que puedes. —Envolvió mi nuca con su cálida mano, abrazándome fuerte, rompí en llanto, era la primera vez que tenía permiso para hacer algo que yo quería de verdad con total libertad. No sabía cómo explicarlo, pero el nivel de gratitud que sentía hacia Salvatore era abismal —. Perdóname si te he hecho sentir como si vivieras en una cárcel, tal vez he sido demasiado protector, pero no hay nada prohibido para ti, quiero que vivas, que disfrutes, que seas inmensamente feliz.

Sus dedos alzaron mi mentón, limpiándome las lágrimas de las mejillas.

—Lo soy, te juro que gracias a ti estoy siendo muy feliz.

Mierda, ahora me sentía mucho, mucho más culpable. Salvatore era todo lo que siempre había anhelado en un hombre, y le estaba traicionado, tal vez debería escupirlo ahora mismo, soltarlo de una vez, no obstante, sabía que se iría como un loco a por Liu y a por mi padre, si le pasara algo, yo...

—Venga, ve a llamar a Violeta, ¡tienes un viaje que preparar! —Su expresión mostró euforia, una euforia fingida que escondía algo de tristeza —. La casa estará muy vacía sin ti, te estaré esperando con los brazos abiertos.

Mis manos agarraron sus mejillas, plantándole un casto beso en esos morros tan sexis y carnosos.

—Te quiero, fetuccini.

—Y yo a ti, princesa.

CAPÍTULO 44

SALVATORE



Los resultados sobre la prueba de maternidad de Marcela llevaban horas esperándome en el laboratorio, aun así, tenía miedo de bajar ahí abajo y estamparme con la realidad en la cara.

Insistí por horas a María de que viajase en un avión privado y finalmente lo logré. Ella y sus amigas irían todas en primera clase, ya que no pensaba dejar que mi mujer fuese en un maldito *low cost* de asientos apretados, ¿y si le tocaba sentarse muy cerca de otro hombre?, me llevé otro cigarro a la boca, viendo los aviones surcar el cielo.

Sí, llevaba toda la jodida tarde fumando más de la cuenta, tenía ansiedad, ya que era la primera vez que ella se iba a alejar de mí después de nuestra «unión» y no llevaba demasiado bien el hecho de perder el control sobre algo que me importase.

Y nada me importaba más que María.

—Petra irá contigo —musité en voz baja, colocándole bien la bufanda, estábamos en el aeropuerto, esperando a sus amigas—. Ni siquiera notarás que está ahí, ¿vale? no va para vigilarte, simplemente será para cuidar de ti —. Tragué saliva, mis manos se negaban a soltar su bufanda, sus cabellos rubios se ondeaban con el viento, dejándome oler su maravilloso aroma a su champú frutal—. Si me necesitas, llámame, da igual que sea una tontería, como si te haces un rasguño y necesitas que te ponga una tirita, me llamas y voy corriendo.

Sus manos se apoyaron en mis muñecas.

—Voy a estar bien, señor Carusso.

Lo sé, sé que estarás bien, el problema es que yo no lo estaré.

—Y disfruta mucho. —Mis labios se posaron en los suyos, se me formó algo raro en el estómago al pensar que en toda una semana no volvería a

probarlos, dios, ¿estaba siendo demasiado exagerado?, nunca me pasó esto con ninguna mujer.

—Me sabe muy mal dejarte solo con Gabriel. —Sus ojos volvieron a mostrar culpabilidad, solo se iba unos días con sus amigas, pero para ella era como si estuviese cometiendo un delito—. ¿Seguro que no quieres que me quede? Aun puedo...

—Súbete a ese avión de una vez —ordené, con una sonrisa de oreja a oreja, notando otra vez ese nudo.

Ella me abrazó por la cintura, apoyando su mejilla en mi pecho, tres chicas más llegaron en un taxi, no entendí qué clase de basura tenía Violeta por marido que no se molestaba en venir a despedir a su mujer y acompañarla hasta el último instante.

—¡María! —La que supuse era su mejor y única amiga se le tiró a los brazos, ambas rieron a carcajadas y yo me hice a un lado, observando esa imagen tan extraña y desconocida para mí. Apreciaba a Marcos, era mi mejor amigo de la infancia, pero nunca me sentí tan feliz por verle, ni por él ni por ninguna otra persona.

Recordé la expresión de tristeza de María en aquella fotografía que Dominic me envió, la cual se acentuó mucho más en el vídeo que vino después. Era como si se estuviese ahogando en un pozo lleno de vacío y soledad.

Recordé al mismo tiempo cómo siempre estaba a la defensiva, con el mentón alzado, preparada para atacar, ocultándose en aquella coraza, intentando que nadie volviese a hacerle daño.

Y ahora estaba aquí, irradiando una luz tan bonita como la de una estrella, teniendo amigas, sintiéndose libre, con una sonrisa resplandeciente y los ojitos cargados de ilusión.

Algo invisible me dio una palmadita en el hombro, diciéndome en voz baja que no era tan mal marido. Si mi mujer se veía así de espléndida, tan malo no debía ser, ¿verdad?

Estaría dispuesto a dar la vida por conservar su luz.

—Chicas, este es mi marido, Salvatore Carusso. —Tras hablar un rato con ellas, me presentó, las tres me miraron de arriba abajo, como si fuese algo... ¿extraño?

—¡JODER! —exclamó Violeta—. ¿De dónde le has sacado? —Se acercó para darme dos besos y me eché un paso hacia atrás.

A mí solo me tocaba mi mujer.

Incliné la cabeza con una leve mueca a modo de saludo, lo mismo hice con el resto de las chicas.

Mi brazo envolvió el cuerpo de María, atrayéndola hacia mí para besar su frente por última vez.

—Abbi cura di te e chiamami per qualunque cosa tu abbia bisogno, ti amo, bella.

(Cuídate, y llámame para cualquier cosa que necesites, te quiero, guapa.)

Se lo dije en italiano porque sabía que podía entenderme y porque era algo íntimo entre ella y yo.

Nuestro abrazo se deshizo en unos dedos entrelazados, los cuales se fueron separando lentamente conforme ella caminaba hacia las escaleras del avión, le llevé la maleta hasta ahí.

Una vez la escalerilla se retiró y la puerta se cerró, me estuvo diciendo adiós con la mano a través de la ventanilla, le tiré un beso y me hice a un lado, quedándome ahí hasta que despegó y se perdió de vista en el cielo.

Un vacío se adueñó de mi persona, tornándolo todo bastante gris, bastante oscuro.

Sacudí la cabeza, encendiendo otro cigarro.

—Solo será una semana —gruñí para mí mismo.

Mi teléfono personal vibró en el interior del bolsillo de la gabardina que llevaba por abrigo.

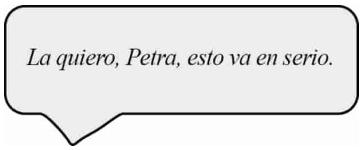
Petra:
Se han pedido algo de beber, están charlando sobre ti, creen que eres como los protagonistas de los libros que leen.

Sonreí.

Gracias por tu trabajo Petra, pero en este caso solo quiero que me avises si sucede algo preocupante, quiero respetar su privacidad.

Petra:
¿Quién eres tú y qué has hecho con mi jefe?

Una carcajada idiota se me escapó de los labios.



El móvil empezó a sonar nuevamente, era una llamada entrante, Pablo.

—*Buona notte* Pablito*. (Buenas noches, Pablito)* —saludé—. ¿Cómo estás?

—Padre Carusso, que alegría es escuchar su voz, estamos bien, gracias a usted, siempre.

Dejé la colilla caer al suelo, pisándola para apagarla, subiendo al coche, estaba empezando a chispear, por lo que accioné el limpiaparabrisas.

—*Che felicitá. (Qué felicidad*). —Arranqué el motor, esperando que el tiempo fuese favorable para que las chicas tuviesen un vuelo agradable—. ¿Hay novedades?

—Ha sido un éxito, lo tiene todo en su email, encriptado, la contraseña ya sabe cuál es, deseo que el contenido sea de su agrado y haber cumplido una vez más con sus expectativas.

—Bravo, Pablito, bravo. —Le felicité, incorporándome a la carretera, era de lo más rápido y eficaz—. ¿Te has encargado también de lo otro?

—Por supuesto, padre.

—Maravilloso, cuídate, Pablito, saludos a tu familia.

—Gracias, padre, buenas noches.

Colgué, sintiéndome de nuevo nervioso. En casa no solo me esperaba el resultado sobre lo de Marcela, también las imágenes de todo lo sucedido durante el año en el que mi hermana desapareció, al fin iba a saber la puta verdad de una maldita vez.

Pisé el acelerador a fondo, quería llegar e ir a mi laboratorio cuanto antes para luego encerrarme en el despacho. Iba a ser una noche de lo más larga.

Pablo no solo logró romper el sistema de seguridad de Osorio con ese malware, sino que también reforzó el mío, haciéndolo inmune a dicho programa, toda precaución era poca.

Aun así, no tenía cámaras ni en las habitaciones ni en mi despacho, si alguien viese algo, solo vería lo que yo quisiese que viera.

Siempre un paso por delante.

Mientras conducía a toda velocidad por el centro de Marbella, no pude resistir la tentación de marcar el teléfono de ese hijo de la gran puta.

—Padre, ¿necesita algo?

Necesito que te mueras.

—No tengo buena memoria, pero tampoco mala —gruñí, sacando el brazo con el cigarro por fuera de la ventanilla, necesitaba que me diese aire en la cara para poder pensar con claridad y no hacer ninguna gilipollez—. Pero el otro día, pensando y pensando... me acordé de algo, Liu, de algo que te va a hacer una gracia de la hostia.

—Le escucho, padre.

Crují mi cuello.

—¿Recuerdas aquel día en el que pensé que tenías a mi hermana en ese hotel? Te pillé pasándole la polla por la cara a una cría, solo tenía dieciséis años, y nosotros ya éramos unos tíos con los huevos negros... —Me estaba imaginando cómo sus huesos se romperían uno a uno entre mis manos, todas las muertes que se me ocurrían para ese hijo de perra me parecían un juego de niños—. Resulta que esa niña es mi mujer —expliqué, con los ojos muy abiertos, esperando a que dijese lo más mínimo para girar el volante e ir a por él.

Su respiración se agitó al otro lado del teléfono, trató de parecer tranquilo, pero acababa de delatarse.

Rata cobarde.

—Lo que sucedió... —Palabras arrastradas y silencio, intentaba ganar tiempo—. Lo lamento, padre, solo diré en mi defensa que María no era suya en aquel entonces, por tanto, no puede castigarme, le pagué a su padre por el servicio, fin de la historia.

—Le pagaste con un corazón. —Mi sonrisa se curvó de lo más ancha—. Un corazón que yo denegué y, aun así, te lo pasaste por los putos cojones.

—No sé de qué me habla, señor.

—Cállate la puta boca —rugí—. Escúchame bien, Liu, tienes hasta las doce de la noche para presentarte tú solito en la puerta de mi casa y dejar que te mate, o te juro que me voy a cargar a toda tu familia, y luego me voy a bañar en la sangre de todos ellos mientras mis caimanes se comen tu jodida polla, ¿te queda claro?

—No voy a entregarme, padre, porque no he hecho nada malo, y sobre... ese corazón, no tengo ni la más mínima idea. —Escuché cómo encendía un mechero al otro lado, también estaba fumando, también estaba nervioso, quizás más que yo—. ¿Tanto le molesta que otro hombre haya estado interesado en la asesina de su hermana?

El corazón se me paró de un golpe, creí que me iba a dar un jodido infarto, pegué un volantazo, frenando en mitad del arcén.

—¡¿QUÉ COJONES ESTÁS DICIENDO?!

—Oh, ¿no te lo ha contado?, parece ser que María cuenta las verdades a medias... —Una carcajada logró que la vena de mi sien se hinchase más de lo normal—. Ella mató a tu hermana, por eso tiene las doce cicatrices en la espalda, una cicatriz, por cada año de vida que tenía Mía Carusso. —El cielo se estaba rompiendo en mil pedazos y se me estaba cayendo encima.

—No te creo —grazné, sosteniendo el teléfono contra mi oído—. Ella nunca haría algo así, solo eran dos niñas, ¿por qué iba a matarla? No tiene sentido.

«*He matado a alguien… ¿Puedes perdonarme, Padre?*»

—Mía Carusso no era hija de tu tío, Salvatore, si me permites tutearte. —Otra calada, yo hice lo mismo—. Es hija de Osorio, es hermana de María; Penélope y Osorio eran amantes, por eso la madre de María se suicidó, de hecho, Penélope y Osorio, están casados—. Cuánto más escuchaba menos sentido le veía a todo esto, era surrealista, ¿Penélope? ¿Casada con Pepe? ¿Mía? ¿Era hermana de María?—. No la secuestraron, Osorio se la llevó a vivir con él porque quería tenerla cerca, María le cogió celos, no soportó dejar de ser la princesita de papá, así que se la cargó. —El corazón me volvió a latir fuerte en el pecho—. Luego intentó suicidarse, por eso su padre se vio obligado a administrarle la flor de loto, para hacerla olvidar todo lo sucedido. Pepe siempre ha querido a María, pero nunca le ha perdonado lo que hizo con Mía, de ahí que se portase de forma fría con ella hasta que te la vendió por treinta millones.

—¿Tienes alguna prueba de todo esto?

Los hechos, para mi desgracia, parecían coordinar, la forma culpable en la que María me miraba, su intento de matarse una vez recuperó los recuerdos, las doce cicatrices...

¿Supo en todo este tiempo lo que pasó con Mía y nunca me lo dijo?

Yo daba por hecho que sabía cosas, que algo había visto, aun así no quería presionarla, no quería hacerla sentir «utilizada» para ese fin, como si lo nuestro solo fuese un jodido interrogatorio.

Pero nunca imaginé algo como esto.

—No, no tengo pruebas, pero puedes preguntárselo a Penélope, o al mismo Pepe, te dirán lo mismo que yo.

Me dejé caer sobre el coche, mirando la luna menguante a lo lejos, el cielo

volvía a parecerme tan triste y vacío como antes de conocerla.

No podía ser verdad, me negaba a creerlo.

—¿Y por qué la compraste por diez millones?

Otra vez, silencio, que tardase tanto en contestar solo significaba una cosa, se estaba inventando las respuestas, estudié demasiado sobre psicología como para ser tan idiota.

—Porque quiero tu lugar, y solo puedo conseguirlo trepando como una lagartija, aliándome con unos y otros hasta llegar a tu nivel y poder quitarte el puesto, ser un Osorio me acercaría a mi objetivo, Carusso.

Reí pretencioso, como si acabasen de contarme el peor chiste de mi vida. Al final parecía estar siendo «algo» sincero.

—Ningún Osorio estará jamás a la altura de un Carusso. —Colgué la llamada, sintiendo la sangre burbujear en lo más profundo de mi alma, necesitaba llegar a casa cuanto antes, necesitaba saber la maldita verdad de una vez por todas.

CAPÍTULO 45

MARÍA



El viaje fue una pasada, el concepto que tenía de ir en avión era lo que siempre vi en películas y series, esto fue de lo más distinto, lo mismo pesaron Violeta y las otras dos chicas, Elena y Daniela.

Que Salvatore me diese permiso para viajar una semana a Madrid no quería decir que pudiese ser a cualquier lugar y en cualquier circunstancia, me eligió un hotel de cinco estrellas con todos los gastos pagados, la habitación de Petra estaba al lado de la mía, aunque tal y como prometió, ni siquiera me daría cuenta de que estaba «ahí».

Me sentía culpable por estar aquí sin él. Sabía que no podía tener tanto apego hacia una persona, que esto nos vendría bien a los dos, maldita sea, llevaba soñando con un momento así desde que tenía uso de razón, ¿y ahora? Ahora resultaba que no sabía estar sola.

Me retorcí por toda la cama una y otra vez, dando vueltas como una croqueta. No me apetecía leer, no me apetecía charlar por teléfono con Violeta, ya hablamos suficiente durante el vuelo.

Solo quería estar con él.

Suspiré, pensando en si yo también había desarrollado algún tipo de adversión hacia las personas. Ellas eran felices, estaban entusiasmadas con el viaje, no dejaban de hablar de Salvatore como si fuese un pedazo de carne apetecible y adinerado, sin tener en cuenta que era mi marido.

Las escuché hablar de sus carreras, de sus estudios, de sus planes a futuro, mientras yo tan solo podía sonreír y asentir sin poder interactuar. ¿Qué les iba a contar? ¿Qué crecí cautiva dentro de la mansión de un mafioso que traficaba con mujeres? ¿Qué vi a muchas de ellas morir? ¿Qué en mis veinticuatro años de edad fui al cine por primera vez hace menos de una semana? ¿Qué mi marido me compró por treinta millones?

Recordé su perfume, el calor de su cuerpo, la comodidad y protección de su regazo, haciéndome un ovillo en la inmensa cama.

¿Y qué les diré cuando me pregunten por mi trabajo? ¿Les contaré que cada noche voy a tirar cadáveres al mar? ¿Qué les diré cuanto pregunten cómo te conocí? ¿Qué les diré cuando pregunten por Gabriel?

Mierda, cómo le entendía.

Miré el reloj de pulsera dorado de bisutería barata que colgaba en mi muñeca, seguro que si él lo viese me lo quitaría y lo tiraría a la basura, no pude evitar reírme.

El teléfono sonó dándome un susto de muerte, tenía la esperanza de que fuese él, me desilusioné al ver que se trataba de Violeta.

—¿Sigues despierta? —preguntó al otro lado de la línea.

—Supongo que sí —respondí, soltando un bostezo, estaba cansada pero no tenía sueño.

Cuando llegué al hotel le mandé un mensaje a Salvatore diciéndole que estaba bien, me respondió de inmediato dándome las gracias por avisarle.

No estaba frío, tampoco raro, pero tuve una mala sensación.

Mierda, me estaba volviendo demasiado dependiente.

Aun así, Salvatore era la única persona que me había cuidado, querido y protegido. ¿Cómo no aferrarme a él?

—No te vi a gusto con las chicas hoy, siento si te hemos incomodado.

Negué.

—Tranquila, estabais impresionadas por el lujo, es normal, a mí es algo que... bueno, ni me viene ni me va.

Fueron demasiado repetitivas con el vuelo del avión y con todo lo relacionado con Salvatore.

—Ya. —Se jactó—. Eso es porque no tienes que ir cada día a trabajar un montón de horas a cambio de un sueldo mediocre, bonita. —No lo dijo a malas, pero me molestó.

Creo que yo tampoco soporto a la gente.

Creo que yo también soy extraña.

—¿Salimos a alguna disco a bailar un rato y beber algo? —insinuó y tan solo de pensarlo se me erizó la piel.

¿Yo? ¿En una discoteca?

—Le pedí permiso a mi marido para ir a un evento de libros, no a una discoteca... tendría que hablarlo con él y ya es un poco tarde... —Lo decía en serio y al mismo tiempo a modo de escusa.

—María, ¿y qué crees que estará haciendo él en este momento? ¿Contando ovejitas en la cama mientras espera a dormirse?, ¿tú crees que yo se lo cuento absolutamente todo a mi marido?

Fruncí el ceño.

—¿Ah no?

—¡Obvio que no! ¡Ni él a mí!

—¿Y entonces para qué estáis casados?

—Eso me pregunto yo a veces. —Suspiros de cansancio—. María, la vida es complicada. Cuando estás soltera sueñas con encontrar al amor de tu vida, pero luego, cuando llega, pasan los años y te das cuenta de que te volviste a equivocar de hombre, y vuelves a querer estar soltera. —La escuché beber algo—. Supongo que el estar casada con un millonario guapísimo hace que sea más llevadero, aunque no deberías tener que pedirle permiso para hacer nada que quieras.

Yo le pedía permiso porque quería que él también me lo pidiese a mí, los dos debíamos estar de acuerdo en todo, tal vez mi visión de lo que debía ser una relación no era la adecuada, pero era la que me hacía feliz.

—Creía que... —No sabía si decirlo o no, bah, qué más daba—. Creía que las relaciones de las personas que se unían por amor y no por dinero u obligación, eran bonitas.

—María... el amor existe con dieciséis años y dura hasta los veinte, luego cuando creces te das cuenta de que es algo que se vive a través de los libros, pelis, series y poco más.

Hice una mueca, no estaba de acuerdo.

Aunque Violeta era algo más mayor que yo, pues ella ya tenía los treinta, yo quería seguir pensando que no tenía razón y que las historias de amor verdadero sí que existían.

¿Por qué mi amiga ya no me parecía mi amiga? Era como si toda esa conexión que hubo entre Violeta y yo hubiese desaparecido de un momento a otro.

—Yo no viviría un amor que no me hace feliz si no estuviese obligada a estar con esa persona, tal vez deberías dejarle y...

—María, la vida no va de eso, las cosas no son fáciles, tenemos hijos, es complicado, sobre todo cuando no eres una princesa.

Estaba cansada de escuchar eso.

—No soy una princesa —gruñí.

—Pues sal con nosotras a tomar algo, ¡venga! Luego dormimos hasta las

tantas y en la tarde nos vamos a mirar libros, demuéstrame que tu marido «multimillonario» no te tiene domesticada, princesita. —Colgó, a lo que me tiré sobre la cama resoplando.

Pasaba completamente del tema, no iba a ir, ni de coña.

Volví a mirar mi teléfono, él estaba en línea.

Salvatore Carusso estaba en línea y no era para hablar conmigo, un dolor profundo se me instaló en el pecho.

Los dedos me temblaron de ansiedad sobre la pantalla, lo pensé una y otra vez sin saber si atreverme o no, finalmente, lo hice, le llamé.

El teléfono no llegó a hacer ni un solo tono de llamada cuando se descolgó, el corazón me dio un vuelco dentro del pecho, con una palpitación tan puntiaguda que resultó hasta dolorosa.

—¿Hola?

No.

No podía ser.

Ella.

¿Qué hacía ella contestando el teléfono de mi marido a estas horas?

¡¿QUÉ HACIA ELLA CON ÉL?!

—¿Mónica? —Dos lágrimas enormes bajaron por mis mejillas.

La llamada se colgó de inmediato y el aire me empezó a faltar como si acabasen de sumergirme debajo del agua.

¿Qué crees que estará haciendo tu marido ahora mismo? ¿Contando ovejitas hasta dormirse?

No supe qué otra cosa hacer, no supe a qué aferrarme para salir de aquello, mi cabeza me decía que cogiese un maldito avión y me plantase allí a cantarle las cuarenta, lo haría y tanto que lo haría, pero primero necesitaba calmarme y mantener la cabeza fría.

Si su intención era jugar conmigo, hacerme daño y destrozarme, si todo esto había sido una jodida mentira, no le daría el gusto de verme rota, aunque lo estuviese, más que nunca.

Volví a marcar el teléfono de Violeta.

—¿Sí, princesita?

—En quince minutos estoy lista.

SALVATORE



UNAS HORAS ANTES

Llegué a casa hecho un auténtico cuadro, necesitaba saber la maldita verdad, necesitaba averiguar si María me había engañado todo este tiempo.

Si Liu tenía razón, entonces, ¿qué sentido teníamos nosotros? ¿Cómo íbamos a confiar el uno en el otro? ¿Me quería? ¿Era todo mentira? ¿Me la había colado a pesar de estar jodidamente preparado para pillar mentiras al vuelo? ¿Mis años de estudios de psicología no me sirvieron de nada?

O tal vez sí me quería, tal vez, aunque la matase por un arrebato de celos, sí terminó enamorándose de mí y por eso me miraba con aquella culpabilidad.

La cuestión era, ¿podría yo perdonarle algo así? Me veía entre la espada y la pared, daría la vida y haría cualquier cosa por María, mi María, la que se fue en ese avión, la que conocí en estos seis meses.

¿Pero era esa la verdadera María? La cabeza me iba explotar en mil pedazos y mis sesos iban a quedar pegados en el jodido techo.

Marcela me saludó con unas profundas ojeras marcadas, ella siempre esperaba a que llegase a casa para poder ir a dormir.

—No deberías esperarme despierta, tienes que descansar —supliqué, tratando de disimular mi angustia.

—Sí, señor. —Me miró de reojo—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. —Mentí, frotando mi sien—. Buenas noches, ve a dormir, por favor.

Se retiró, con la cabeza agachada y las manos cruzadas a la altura del pecho. La seguí con la mirada hasta que entró en su habitación. Álvaro se puso de pie junto a la puerta, custodiándola, si resultaba ser mi madre de verdad, no me extrañaría que Penélope tratase de hacerle algo, así que le puse vigilancia sin que lo supiera.

Bajé al laboratorio, el corazón me iba a mil por hora. Aunque mi apariencia seguía siendo la de un témpano de hierro, por dentro, estaba vivo y seguía sufriendo.

Los mocasines hicieron eco en el silencio sepulcral del pasillo, abrí las puertas del laboratorio sintiendo el frío y el olor típico de las clínicas, inspiré profundo, me gustaba.

Cogí las gafas, sentándome en la banca, tenía las manos algo temblorosas, me costaba pensar con claridad, mi mente seguía pensando en María y en lo que Liu me contó.

No obstante, debía ir por partes, estaba cansado de que me viesen como un idiota, yo era el jodido Padre de la mafia, creía que me respetaban, que me temían, pero no, se estaban riendo en mi cara, una y otra vez, mintiéndome sin parar.

Imprimí los resultados sin querer mirar la pantalla, con la mano apoyada en la frente, la cabeza me estaba doliendo horrores.

Una vez la hoja de papel blanco salió de la impresora, la agarré frotándome los ojos por debajo de las gafas, no estaba preparado.

Inspiré profundo, leyendo los resultados.

Tras una larga lista de datos, lo que decía al final del todo, me dejó en un estado de congelación, quedando varios minutos mirando la hoja sin poder moverme, gesticular o sentir algo.

En base a los alelos comunes existentes entre la muestra 1 de la presunta madre y la muestra 2 del presunto hijo, se puede establecer que entre ambas muestras existe una relación genética que en este caso alcanza un porcentaje de maternidad del 99,9998 %.

Doblé el papel varias veces, guardándolo en mi cajón personal.

Pasé una y otra vez las manos por mi cabello, mi madre era Marcela, no era una puta, (que la hubiese querido igual si lo fuese) pero al menos no estaba muerta como decía esa furcia de Penélope que, por cierto, se atrevió a humillar y faltar el respeto a mi progenitora en mi maldita cara una y otra vez.

Siempre tuve cariño por Marcela, pero joder, nunca la traté como a una madre, nunca le di el lugar que merecía, nunca la cuidé y protegí como debería hacer un hijo.

Lo arreglaría. Toda esta puta mierda, la arreglaría.

Apagué el monitor, decidido a ir a mi despacho para terminar con todo esto de una vez, ahora me faltaba Osorio.

Mateo seguía arriba, custodiando a Gabriel.

Hizo un gesto de respeto en cuanto me vio pasar, me encerré rápidamente en el despacho, sirviéndome un buen vaso de whisky, esto iba a ser duro de digerir. Bastante.

Prendí el portátil del trabajo, pues tenía otro personal en la habitación que usaba para mirar tonterías, leer algunos artículos y poco más; abrí el mail.

Descargué todos los archivos de los correos de Pablo, descomprimiéndolos con la contraseña adecuada, su fecha de nacimiento junto a la mía, del revés. Siempre usábamos ese código para este tipo de cosas.

Un par de clicks y listo, la vida de Osorio estaba en mi pantalla.

La piel se me puso de gallina por estar al fin presenciando lo que tanto ansié durante años, lo que no sabía es que no estaba en absoluto preparado para lo que mis ojos iban a ver.

De todo lo que Liu me contó, una sola cosa era cierta, Penélope y Osorio se casaron en su despacho, en el mismo que yo me casé con María.

No solo les vi a ellos, Mónica también estuvo ahí junto a Penélope en algunas ocasiones, no supe qué diablos pintaba. También vi a Eva.

Y a Félix.

Todos negociaban con él a mis espaldas, todos me traicionaban y se lucraban de mí.

La muy perra traidora de Penélope, se iba a enterar de lo que significaba traicionar a Vladimir Carusso. Estaba seguro de que ella fue la que organizó su muerte, seguramente le comió la cabeza a mi tío para que se lo cargara, igual que luego me la comió a mí para que me lo cargase a él.

Solo quería llegar al poder junto a ese viejo asqueroso de Osorio.

Seguí avanzando a velocidad rápida, las horas se me iban, la noche pasaba rápidamente, los ojos se me cerraban mientras la botella de whisky iba bajando, parecía que nunca iba a llegar, hasta que...

Mía apareció en el despacho de ese vejestorio y no pude evitar llevarme la mano al pecho mientras un desgarro salía de mi garganta, era la primera vez que la veía desde que le perdí el rastro.

Mi niña, mi pequeña, estaba ahí, sola, muerta de miedo, arrinconada como un pobre animal asustado.

Osorio intentaba abrazarla, los segundos en los que la vi luchando por resistirse fueron agonizantes, eternos, se quedaron grabados en mi mente de la misma forma que se me grabó el momento en el que aquella bala atravesó la cabeza de mi padre y su sangre me salpicó de lleno.

La puerta del despacho de esa maldita escoria se abrió y mis iris se dilataron al enfocarse en ella, era la misma chica a la que salvé, aquel cabello color café con ondulaciones era inconfundible.

Ambas se miraron, con Osorio de espaldas, María agarró una lámpara con cuidado, acercándose lentamente por la espalda para atacar a su padre, no

obstante, Mía fue demasiado obvia, delatando la posición de María.

¿Pero qué más se podía esperar de unas niñas de doce y dieciséis años asustadas? El alma se me estaba quebrando en pedazos, dando por hecho lo que venía después, mi hermana cayó al suelo sin vida de un disparo, el dolor se me clavó en el centro del corazón como un puñal, aun así, algo de alivio bañó mi atormentada alma, al ver que murió rápido y sin sufrimiento, pues imaginé millones de muertes horribles y dolorosas, también pensé en que a día de hoy siguiese viva, soportando a saber qué torturas.

Su sufrimiento no duró ni veinticuatro horas después de su desaparición. Seguí avanzando los vídeos, encontrando algo que me destrozó más de lo que ya estaba, si es que eso era posible.

Mi hermana no sufrió, pero María sí, María se llevó todos los maltratos y abusos que posiblemente tenían pensados para Mía.

Vi cómo la metieron en el despacho con un saco en la cabeza, llevaba puesta mi chaqueta, se la arrancaron a tirones y la sangre me subió a la cabeza cuando vi de nuevo a aquellos hombres sujetándola con sus sucias manos, mientras Pepe le azotaba la espalda con la correa.

—Nena... no... —Las lágrimas me bajaban de impotencia, quería entrar ahí y matarlos a todos, abrazarla y llevármela conmigo—. Cariño, perdóname. —Me sentía una jodida montaña de mierda enorme y maloliente, un inútil, un desgraciado.

Me la tenía que haber llevado conmigo, quisiese o no, a mi lado nunca le hubiesen hecho daño, yo jamás le hubiese puesto una jodida mano encima.

Y mucho peor que todo eso, por si no era suficiente, fue lo que vino después.

Ver a Liu follándosela encima del escritorio en el que ella y yo firmamos los documentos que nos unieron como marido y mujer, mientras Pepe y Penélope miraban la escena, sin hacer nada.

HI-JOS DE PU-TA.

Las manos me temblaban tanto que no lograba contenerme, cerré el ordenador no soportando más ver la escena, pegándole un puñetazo, y luego otro, haciéndolo trizas. Tiré todo lo que había en el escritorio al suelo, incluido el propio escritorio, empecé a destrozar el despacho entero, la rabia acumulada en mi interior estaba a punto de explotar como una bomba nuclear, necesitaba matarlos a todos, iba a matarlos a todos.

La puerta se abrió sin permiso y se cerró rápidamente, alguien vino corriendo hacia mí, abrazándome.

—Ya está bien, cariño, contrólate. —Marcela me tenía en sus brazos, respirando contra ella como una bestia—. Ya es suficiente, por favor.

—No lo entiendes —rugí—. Han hecho algo horrible, tengo que matarlos.

Sus brazos seguían sosteniéndome con fuerza contra ella, Marcela era pequeña y menuda, pero su fortaleza y entereza podía compararse con la de mi padre.

Papá... ¿Qué hubieses hecho tú? ¿Cómo lo solucionarías?. Rompí en llanto por la maldita impotencia de no haber sido capaz de evitar todo lo que les hicieron a ambas, cayendo de rodillas en el suelo, abrazando por la cintura a mi madre, ella era lo más cercano a él.

—¿Qué haría mi padre en este momento? —pregunté, muerto de dolor. Hacerle esa pregunta a Marcela era totalmente ilógico, pues ella no sabía lo que mis ojos acababan de ver.

No obstante, como si de alguna forma sí que estuviese al tanto de todo lo que estaba sucediendo, sus manos acariciaron mi cabello oscuro, sus ojos negros se fundieron con los míos, por un instante me pareció verle a él reflejado en ella, y a su vez, sentí que ella le estaba viendo a él reflejado en mí.

—Tendría la mente en calma, tu padre era italiano pero se comportaba como un jodido ruso, y ya sabes cómo son los rusos, se tomaría un par de tragos de whisky e idearía un plan, recuerda lo que siempre decía. —Su ceño se frunció ligeramente—. *La vendetta è un piatto che va servito freddo.*

(La venganza es un plato, que se sirve frío).

Apoyé la cabeza en su vientre, sintiendo sus manos aún tocar mi cabello, no sabía cómo iba a lograr calmarme, pero empezaría por una ducha de agua helada y después, iría moviendo hilos, esto no iba a quedar así, cada una de las cicatrices de María les dolería mil veces más a ellos.

Me incorporé, viendo el desastre en el que se había convertido mi despacho.

—No te preocupes, entre Ángela y yo lo ordenaremos. —Marcela seguía mirándome adolorida, podía escuchar el latir de su corazón en un estado de histeria.

—No quiero que ordenes nada, mamá —respondí, dejándola clavada como una estaca sobre el suelo, no esperaba que la llamase de esa forma—. Déjalo así, quiero recordar lo que me han hecho cada vez que entre aquí. —Agarré su delantal, arrancándoselo de un tirón—. Y tú no vas a volver a

vestirte como una sirvienta, nunca más. —El pecho me subía y bajaba con intensidad—. Eres la mujer de Vladimir Carusso, y eres mi madre, eres la señora de esta casa, junto con María.

Sus orbes brillaron acuosos, entreabriendo los labios lentamente.

—Salvatore, yo... no sé... —Se le escapó un sollozo—. Siento mucho que seas el hijo de una criada, no es que fuese una fresca que se quiso meter en la relación de Vladimir y Penélope, es que él me buscaba sin parar y yo... yo no podía rechazarle, lo intenté muchas veces, pero le quería, yo quería al señor Carusso, con toda mi alma, igual que te quiero a ti.

Mis manos acariciaron sus brazos, quisiera sentarme a hablar con ella de muchas cosas, pero ahora mismo no podía, no estaba en el estado adecuado, seguía teniendo demasiados asuntos pendientes, como vengar a Mía y a María por todo lo que les hicieron.

—¿Tú sabes si Mía era hija de mi tío o de Osorio? —pregunté, en voz baja.

La mirada de Marcela se convirtió en cristal.

—Penélope es estéril, no puede tener hijos, así que suya no es, y de tu tío tampoco.

El corazón me dio otra palpitación.

—¿Qué estás diciendo?

—Vladimir se acostó conmigo bajo el permiso de Penélope para que ellos tuviesen un heredero, querían a alguien de sangre, no a un niño adoptado, fue a raíz de esa vez que nos acostamos que ya no pudimos dejar de pensar el uno en el otro, yo tenía muchas deudas y me ofrecieron mucho dinero a cambio de entregarme una noche a tu padre. —Tragó saliva, sintiéndose muy mal por reconocer esto delante de mí— Y... Mía... era hija de Osorio, junto con la madre de María. Osorio se la quitó y se la entregó a Penélope, por eso se suicidó.

La puta cabeza me iba a explotar, lo sentía, me faltaba poco para terminar con el cerebro hecho puré.

—¿Pero por qué querían una hija de esos dos?

—Ella no quiso volver a correr el riesgo de que tu tío se acostase con otra mujer y se enamorase como pasó con Vladimir, así que le dijo que compró una niña a Osorio. A cambio, firmaron el acuerdo de casarse, Penélope quería estar en el poder absoluto, y Osorio también, ellos fueron amantes desde jóvenes, se gustaban mucho, pero era ambiciosa, y por eso decidió casarse con un Carusso antes que con un Osorio, aunque nunca dejaron de

verse a escondidas y siempre le prometió que algún día, sería el Padre de la mafia.

Negué y volví a negar.

—Yo vi a Penélope con la barriga, tenía barriga de embarazada.

—Era una prótesis, Salvatore, no quería que el rumor de su infertilidad se extendiese, no tener un hijo de sangre para proseguir con el linaje de los Carusso era una vergüenza, ¿entiendes? Tu tío estuvo de acuerdo, ya te tenían a ti, que eras el varón, solo necesitaban a otro hijo que les uniera a ellos dos como matrimonio y Mía fue la solución.

Las familias líderes de la mafia respetaban más a los matrimonios con hijos, pues daban la sensación de estar más consolidados, dando una mayor sensación de confianza.

Saqué la pistola de debajo de mi chaqueta, poniéndosela en las manos.

—¿Sabes disparar?

—Sí —respondió fríamente.

—Protégete, vas a tener a Álvaro cuidando de ti las veinticuatro horas, pero no bajes la guardia. —Mis labios dejaron un beso sobre su frente, acariciando sus mejillas—. Sé que te debo mucho, te lo daré, pero dame un poco de tiempo.

Su entereza era maravillosa, mantenía la postura rígida y la mirada serena, a pesar de estar hecha un mar de emociones dentro de sí.

—Cuídate hijo, no hagas estupideces.

—Estaré bien, ve a dormir —insté, a lo que ella agachó la cabeza retirándose, tenía que quitarle esa costumbre—. Mamá. —La llamé antes de que saliese de ahí, un lamento se le escapó de los labios—. Gracias por estar siempre a mi lado, te quiero.

Ella sonrió, llevándose una de sus manos al rostro para contener las emociones, asintió, diciéndome con la mirada que ella también me quería, salió de allí a hurtadillas, cerré el despacho con llave, vigilando que entraba en su habitación.

Caminé hasta la mía, quitándome la chaqueta mientras pensaba en cómo cargarme a Liu, y luego ir a por Osorio. Matar a Penélope era tan fácil que ni siquiera necesitaba pensarlo demasiado.

Dejé la corbata sobre la cama y el móvil al lado, terminé de desvestirme para darme una ducha de agua helada.

Necesitaba hablar con María, ponerme de rodillas y suplicarle que me perdonase por no haber cuidado de ella e impedido lo que le sucedió, mas

no quería arruinarle sus pequeñas vacaciones, la extrañaba mucho, pero en parte me reconfortaba saber que estaba divirtiéndose, lejos de toda esta mierda.

Entré en la bañera, dejando el agua fría caer sobre mi cabello negro, mientras mantenía los ojos perdidos en el foco de luz que colgaba del techo.

Se me estaban ocurriendo algunas ideas maravillosas. Para empezar, iba a organizar una reunión urgente con todos los líderes de las familias, sería obligatorio asistir, bajo amenaza de muerte si no se acudía, ser el Padre me daba ciertos derechos.

Sí, tenerlos a todos ahí juntitos era una maravillosa forma de empezar mi venganza.

Una vez el frío me caló hasta los huesos y me sentí más despejado, cerré el grifo y mis pies descalzos pisaron sobre la alfombra, envolviendo una toalla a mi cintura mientras me sacudía el pelo con otra.

Apoyé los brazos sobre el lavabo mirándome al espejo.

Veía mi cabello repeinado hacia atrás, el traje de Armani puesto, una pistola en la mano y el vaso de whisky en la otra.

Siempre deseé huir, salir corriendo de este jodido mundo, dejarlo todo.

Pero, ¿por qué perder lo que tanto esfuerzo me costó conseguir? ¿Por qué abandonar la vida que construí con el sudor de mi frente? ¿Por qué regalarle a otro mi lugar?

Esas ratas no me verían salir corriendo como un cobarde, las pisotearía una a una y me adueñaría de absolutamente todo.

Tal vez me estaba volviendo loco, pues el reflejo del espejo se acercó a mí, mirándome fijamente.

Suponía que sería la concentración de alcohol en sangre, no obstante, el Salvatore Carusso del espejo, abrió los labios, y con una voz clara, profunda y real, me dijo aquello que ya sabía, que siempre supe, y nunca quise aceptar.

—De la mafia, no se sale.

Asentí, teniéndolo claro.

Mi teléfono móvil sonó en la habitación, fue un tono corto, demasiado, salí de inmediato pensando que podría ser María o Petra para avisarme de que algo malo estaba sucediendo.

Lo que encontré, solo terminó de estropear mi noche.

—¿Qué mierdas haces tú aquí?

Mónica estaba en ropa interior, sentada en la cama, con un kimono abierto,

mostrándome su cuerpo. El cabello tan negro como el mío le caía sobre la espalda, llevaba los labios pintados de un rojo intenso.

—Tu madre me dijo que María se fue por ahí, de vacaciones. —Arqueó una de sus cejas, recostándose hacia atrás, cruzando las piernas—. Así que he venido a darte calor.

Reí.

—¿Y qué te hace pensar que yo necesito «tu calor»?

—Vamos, Salvatore. —Se quitó el kimono, caminando hacia mí mientras se desabrochaba el sujetador, mostrándome los pechos—. Siempre me has buscado, y siempre te he dado lo que te gusta, ¿no me echas de menos?

Su cuerpo desnudo, no tenía nada que ver con el de María, mi mujer era increíblemente preciosa, mi locura, mi princesa.

Mientras Mónica, tan solo me recordaba a aquel hombre vacío y desesperado que fui por tantos años.

—Vístete y lárgate de aquí —advertí—. Hazlo, ahora mismo.

Mi tono de voz la asustó, aun así no se rindió, sus manos fueron a mi nuca, acariciándome el cuello, bajando por mi pecho desnudo, se puso de rodillas, mirándome fijamente a los ojos.

—Querido Padre, quítate la toalla y deja que te de placer, por favor.

Sonreí cínico.

—Has dicho que mi madre te ha llamado, ¿no? —Asintió, acariciando mi entrepierna dormida bajo la toalla, jamás se me levantaría con ella, ni con ninguna otra que no fuese María— Sois muy amigas, ¿eh?

Seguro que esta zorra formaba parte de todo ese enredo, la vi en el puto vídeo, en casa de Osorio.

Sí, estaba seguro.

Empezaría por ella.

—Penélope y yo... —Mi mano agarró su cuello sin dejarla acabar, levantándola del suelo, apretándole la garganta.

Mónica forcejaba contra mi antebrazo, no pudiendo hacer nada por liberarse de mí.

—¿Te crees que puedes venir a mi casa sin avisar? ¿Te crees que puedes entrar en mi habitación en pelotas? ¿De verdad piensas que voy a permitir que le faltes el respeto de esta forma a mi mujer? Claro que no.

La acorralé contra mi pecho, cogiendo uno de los cuchillos que tenía en la chaqueta que previamente dejé sobre la cama, poniéndolo contra su garganta.

—Grita y estás muerta.

Salimos de la habitación, en silencio, su respiración iba a mil por hora, cada vez que intentaba decir alguna palabra clavaba más la hoja en su carne, ya estaba comenzando a sangrar.

La conduje a oscuras hasta el sótano, mis hombres se sorprendieron al verme llegar con ella, la empujé haciéndola caer de rodillas junto al borde de la piscina. Los caimanes comenzaron a ponerse nerviosos.

—¿Quién es ella? —Quiso saber Raúl, uno de mis matones.

—Una puta —rugí, deseando sacarle las tripas yo mismo, pero se moriría demasiado pronto—. Violadla, cada uno de vosotros, y luego tiradla dentro de la piscina, que se la coman viva. —Mis ojos se volvieron tan negros como un cielo sin estrellas—. Luego nos encargaremos de la otra puta.

Penélope, la segunda serás tú.

CAPÍTULO 46

MARÍA



Ir a un lugar público, abarrotado de gente, no era lo mejor cuando tenías el corazón roto y el alma en pedazos.

Quería pensar que todo fue un malentendido, que Salvatore no era ningún mentiroso, que no me estaba engañando, ¿pero qué explicación lógica se le daba a que su ex cogiese su teléfono a las cuatro de la madrugada mientras yo no estaba en casa?

Violeta insistió en que tomase un trago, negué, jugando con la Coca Cola que tenía entre mis dedos.

—A ver, María, relájate —decía Daniela, en los brazos de su maromo, al parecer tenía un lío con Lucas, un treintañero de por aquí que conoció en otros eventos—. Tú piensa en la buena vida que tienes gracias a ser su mujer, y ya.

—Eso me da totalmente igual, si no me quiere, si me ha engañado, voy a divorciarme.

El anillo me quemaba sobre el dedo, no podía dejar de pensar en lo que hicimos en su coche, en cómo se clavó de rodillas en mitad del centro comercial y me pidió que me casase con él de nuevo.

¿De verdad que un simple polvo con una morenaza de tetas operadas valía más que todo esto?

Se miraron entre ellas algo incómodas.

Elena, que parecía ser la que más sentido común tenía, acarició mi hombro, con una mueca de compasión.

—Ahora lo que tienes que hacer es sacar fuerza de voluntad y orgullo, ponerte a dieta, ir al gym y demostrarle que estás más buena que esa zorra.

—¡ESO! —gritaron las otras dos.

No se daban cuenta de que esto no me ayudaba en absoluto.

—¿Estáis diciendo que mi marido me engaña y yo lo que debo hacer es ponerme a adelgazar para darle su merecido? ¿Como si el hecho de tener unos kilos de más fuese suficiente motivo para ponerme los cuernos?

Las tres se quedaron mudas.

Daniela y Elena eran delgadas y no muy altas, de estatura media, ambas con un cabello castaño y largo, el de Daniela rizado, y el de Elena, a pesar de estar recogido en una trenza, parecía ser liso. Los ojos de ambas eran de un marrón oscuro.

Violeta, sin embargo, llevaba el cabello del mismo color de su nombre, bastante pálida y de ojos claros, su cuerpo también lucía delgado y bonito.

—A ver, María. —Violeta tomó la palabra—. No te lo tomes a mal, eres guapa, muuuuy guapa, pero los hombres son hombres, ellos quieren muñequitas, mira, yo estoy haciendo ayuno intermitente, si quieres te cuento mi horario de comidas y...

—Basta, dejadme en paz —supliqué, dando otro sorbo a mi refresco.

—Si te es de ayuda —Lucas se dirigió a mí por primera vez—, yo soy entrenador personal, puedo darte algunos consejos para reducir cintura y moldear glúteos. —Quería tirarle el refresco en la puta cara, mas por educación, me mantuve callada, dejándole terminar de hablar mientras me rechinaban los dientes—. Sé que quizás no te guste escuchar esto, pero por lo que dicen ellas, Salvatore está en buena forma, y los hombres que se cuidan, quieren mujeres que también se cuiden.

—Claro, porque el hecho de que mi talla no sea una S, significa que no me cuido, entiendo. —Sonreí con falsedad, tragándome mis lágrimas, di un último sorbo a mi vaso de tubo y lo dejé sobre la mesa. Mi marido o exmarido, (ya se vería), pagó el vuelo en primera clase, así que estas zorras me iban a pagar la jodida Coca Cola—. Me voy a casa, gracias por... ¿los consejos? —Volví a reírme de los nervios, quería romper algo—. Violeta, borra mi número de teléfono, no quiero volver a veros.

—María...

Salí de ahí chocándome con un cuerpo y otro, odiaba las multitudes y las aglomeraciones.

Un borracho se topó conmigo de bruces, estando cerca de derramarme su bebida encima.

—¡Vaya tetas! —exclamó, a lo que le pegué un bofetón y se armó un jaleo enorme del que no supe ni cómo salí.

Cuando me di cuenta, estaba caminando por calles que no conocía,

totalmente a oscuras, abrazada a mí misma, llorando como una magdalena.

Lo que creía que iba a ser un viaje increíble estaba siendo una completa pesadilla.

La que creía ser mi mejor y única amiga en realidad era una tipa a la que ni soportaba, ¿cómo se podía cambiar tanto en internet?

Las personas del mundo real, fuera de la mafia, eran igual de superficiales, igual de gilipollas, igual de carentes de empatía.

Lo único que les diferenciaba era no tener dinero y poder.

Daban asco, daban puto asco, pero más asco daba yo por haberme construido tantos castillos en el aire, por creer que todo sería color de rosa, por tener esperanza a pesar de haber vivido tantas cosas horribles.

Qué equivocada estaba.

Me paré junto a una máquina de vending, se acababan de burlar de mí por tener unos cinco o seis kilos de más, por no poseer una figura esbelta y estilizada, aunque mi cuerpo no era feo, tan solo tenía el culo, los muslos y las tetas más anchos de lo normal, además de que mi barriga no era del todo plana, ¿y qué?, ¿por ello no tenía derecho a existir o a sentirme mal porque mi marido estuviese con otra?

Metí las últimas monedas que me quedaban en la máquina sacando una chocolatina, un señor me miraba, sentado al lado sobre unos cartones.

—¿Podrías sacarme un sándwich, jovencita? No he comido nada en todo el día.

Suspiré rebuscando en mi bolso.

—¿Conoce el Hotel Palace cinco estrellas?

—Sí, claro, solía ir alguna vez por las cercanías a pedir dinero, pero los ricos nunca ayudan a los pobres, me va mejor en sitios como este.

—Vaya con esta tarjeta. —Le entregué la llave de la habitación—. Yo no tengo dinero, bueno, sí tengo, pero no es mío, así que no puedo gastarlo. Vaya allí, pase la noche, pida toda la comida que quiera, los gastos están incluidos, disfrute.

El hombre se puso en pie, mirándome atónito.

— ¿Habla en serio?

Suponía que al verle con esa pinta no le dejarían entrar, así que decidí acompañarle para yo misma explicar en recepción que quería que él pasara la noche allí. Luego volví a salir, caminando sin un rumbo fijo, sin saber qué hacer con mi vida.

¿Podría quedarme en Madrid? A lo mejor encontraba algún trabajo o

acababa viviendo entre cartones como ese señor, pero nunca volvería a vivir con Salvatore si se había atrevido a serme infiel.

Aunque tuviese que arrancarme el corazón del pecho y morirme de dolor, porque al final terminé enamorándome como una completa imbécil.

Nunca olvidaría a ese hombre y nunca podría volver a confiar en otro.

Cansada de caminar a ciegas, en la oscuridad y el silencio de la noche, me senté en una parada de autobuses, apoyando la cabeza en el frío y húmedo cristal, cerrando los ojos, pensando en cuántas decepciones más tendría que llevarme a lo largo de mi vida y, sobre todo, hasta cuando sería capaz de aguantar.

Iba a echar tanto de menos a Gabriel, encontraría la forma de trabajar duro para poder ir a verle y hacerle sentir que le quería, me encariñé demasiado de ese pequeño diablillo.

Aunque a Carusso no le gustase, Gabi me veía como su madre, y yo seguiría ejerciendo como tal.

—Creo que el siguiente autobús no pasa hasta mañana por la mañana.

Aquella voz me heló por completo, notando cómo una gabardina negra se posaba sobre mis hombros, arropándome en aquel delicado aroma.

—¿Puedo sentarme contigo y fumarme un cigarro a tu lado?

Sus orbes azules removieron todo mi interior, logrando que la esperanza de que fuese un malentendido volviese a cobrar vida. ¿Qué hacía aquí? ¿Cómo me había encontrado?

—Sí, siéntate, si quieres —balbuceé, haciéndome a un lado, él se sentó, nuestros cuerpos estaban a unos dos centímetros, cerca, pero sin tocarnos—. ¿Por qué has venido?

El humo salió de entre sus labios, mezclándose con la niebla que nos rodeaba. Hacía muchísimo frío en Madrid por las noches.

—Porque eres lo más importante para mí.

Suponía que Petra me estuvo vigilando todo el tiempo, y le debió avisar de que salí del hotel a altas horas de la noche.

—Importante —repetí—. Salvatore. —Le miré directamente a la cara—. ¿Tú de verdad me quieres?

Sus labios se tensaron, el corazón me golpeaba en el interior del pecho, a punto de explotar.

—María, yo te amo.

Jadeé, notando cómo el oxígeno no me llegaba a los pulmones.

—¿Y Mónica? ¿Por qué estaba en tu casa? ¿Por qué ha contestado a tu

teléfono?

El músculo de su mandíbula hizo un movimiento, en tensión, mas no apartaba la mirada, tampoco parecía estar pensando demasiado en la respuesta, lo cual mostraba sinceridad.

—La he matado por lo que ha hecho.

Un cubo de agua fría me cayó por encima.

—¿Qué?

—Penélope le dijo que te fuiste, aprovechó para venir a casa siendo invitada por ella, yo no sabía nada, fui a ducharme y al salir, estaba en ropa interior, en mi cama, en la cama que he dormido contigo y te he hecho el amor, fue una falta de respeto hacia ti que no pude perdonar. —Tomó aire y lo soltó—. La he tirado a la piscina de los caimanes y me he tomado un whisky mientras se la comían viva—. Escuchar todo aquello me estaba dejando en un jodido estado de shock—. María. —Su mano congelada agarró la mía—. No soy un buen hombre, soy un demonio, nunca voy a poder salir de la mafia, porque yo soy la mafia. —Sus labios hablaban tranquilos y serenos, dejando un rastro de vaho con cada palabra—. He intentado cambiar por ti, pero solamente soy capaz de ser bueno contigo, haga lo que haga, siempre seré un monstruo, aun así, quiero pedirte que me des la oportunidad de...

No pude dejarle terminar de hablar.

Tal vez estaba loca.

Tal vez yo también era un monstruo.

Pero mis brazos bordearon su cuello y mis labios besaron los suyos.

—Yo tampoco puedo salir de la mafia, Salvatore, porque yo también soy parte de ella.

No era normal que me aliviase escuchar todo aquello.

No era normal que prefiriese que la hubiese tirado a los caimanes antes de que se acostase con ella.

No era normal nada de esto, pero yo tampoco era una mujer normal, crecí en el ambiente más tóxico y hostil posible, no podía exigirme ser mejor persona, así que ya era hora de aceptarlo.

Nuestras respiraciones se agitaron levemente, él acarició mis mejillas rojizas por el aire helado que sacudía nuestros cuerpos.

—Te vas a resfriar, vayamos al hotel.

—No podemos. —Hice una mueca de «dios, me vas a matar cuando lo sepas»—. Le he dejado la habitación a un pobre vagabundo, me daba

lástima.

Salvatore negó, esbozando una sonrisa.

— ¿Le has dado tu suite de lujo a un sin techo y te has venido a pasar la noche a una parada de autobuses, teniendo como cena una simple chocolatina de una máquina de vending, cuando podrías estar comiendo caviar y entrecote?

—Las chocolatinas me gustan más que el caviar. —Me defendí, aún entre sus brazos, quería quedarme ahí, para siempre—. Y aquí tampoco se está tan mal, hay estrellas en el cielo, y el aire es fresco, quizás demasiado.

—Tú y tu habilidad para verle el lado bueno a todo. —Su sonrisa se fue haciendo cada vez más amplia—. ¿Me das un mordisco de ese chocolate? Tengo hambre.

Logró sacarme una carcajada.

—Claro que sí.

Le di una de las dos barritas que venían dentro del envoltorio, él la llevó a sus carnosos labios dándole un bocado, ambos devoramos el dulce en silencio, mirando el cielo estrellado, rodeados por la niebla.

A veces el mayor lujo no estaba en los lugares, sino en las personas con las que compartías esos lugares.

———————— ◦ ❖ ◦ ————————

Caímos sobre el mugriento colchón, el cual rechinó como si la cama estuviese a punto de partirse, nos reímos comprobando que no estábamos sobre el suelo y seguimos besándonos.

La parada de autobuses se hallaba lejos del hotel y teníamos una pensión de mala muerte justo al lado, a los dos nos hizo gracia probar la experiencia.

Las paredes blancas lucían agrietadas y llenas de humedades, la luz parpadeaba a causa de presentar problemas de electricidad, hacía un frío terrible, por supuesto, no teníamos calefacción, ni televisión, tan solo la cama y ya está.

Al menos las sábanas olían a limpio.

Nuestros labios resonaron mientras sus frías manos se colaban en la interior de mi cuerpo caliente a causa de la ropa y chaqueta, yo hice lo mismo con la zona de su espalda, ambos gruñimos por la sensación helada, pero seguimos envueltos en caricias y besos.

—Pensaba que estarías haciendo el amor con ella. —Suspiré, mientras sus

labios descendían por mi cuello, no me sentía culpable de que estuviese muerta, todo lo contrario, un alivio se instauró en mi corazón, ¿era una mala persona por ello? Tal vez sí.

—Antes me corto la polla, nena. —Sus facciones angulares se fijaron en mí, era precioso, jodidamente precioso—. ¿A ti te ha tocado alguien en esa discoteca?

Negué de inmediato, notando la calma en su cuerpo.

—Nadie, tampoco lo permitiría.

—Cuando Petra me contó lo sucedido me preocupó que te lanzaras al primer idiota que te encontrases por ahí.

—Yo no así, solamente me tropecé con un borracho que casi me tiró la bebida encima.

—Me encargaré de ese borracho —añadió con voz ñoña, apretando mis mofletes, para seguir dándome besitos.

Traté de relajarme, resultándome imposible.

— ¿Soy mala? —pregunté y se detuvo—. ¿Soy mala por no estar cabreada porque hayas matado a Mónica? ¿Soy un ser horrible por sentir el alivio que siento en este momento?

Aquellos icebergs en su mirada, desnudándome, desarmándome, una vez más.

—¿A quién le importa, María? En nuestro mundo, o te respetan, o te comen vivo, me alegra escuchar lo que acabas de decir, porque significa que estás lista para ser quien eres.

—¿Y quién soy? —La voz se me volvió un tanto acuosa—. Dímelo, por favor, dime quién soy.

—María Carusso, Madre de la mafia.

Mi corazón revivió latiendo desbocado a un ritmo casi frenético.

—Tengo que confesarte algo. —Tragué saliva, pensando que tal vez hacer esto terminase el sueño que estábamos viviendo juntos—. Sé que me vas a odiar cuando te lo diga, pero te juro que lo he hecho para evitar que cometas una estupidez, prométeme que te vas a contener y no vas a poner tu vida en peligro.

Salvatore chistó, colocando su dedo índice sobre mis labios, silenciándome.

—¿Recuerdas cuando una vez te dije que no tenías nada que temer? ¿Qué papá Carusso siempre se encargaría de proteger a su pequeña? Ya lo sé todo, mi niña, sé hasta el último detalle de lo que sucedió y quiero darte las

gracias.

El alma se me sobrecogió, ¿las gracias? Debía estar muy equivocado.

—Salvatore, por mi culpa...

—Intentaste salvarla, fuiste valiente, muy valiente.

—Pero no lo conseguí. —Una gota descendió de mi mejilla, no podía creer que, al fin, estuviésemos hablando de esto. Había sido una carga demasiado pesada—. Si no hubiese entrado ella seguiría viva, ella hubiese ido con Liu y tú la habrías encontrado.

—Liu me lo va a pagar caro, muy caro y no debes culparte por algo que escapó de tus manos, hiciste todo lo que pudiste por ella. —Sus labios tensos sonaban crueles y mezquinos, como si estuviese pensando en algo terrible—. ¿Sabías que Mía era tu hermana? Qué cosas, ¿eh?

—¿Qué? —Mi voz salió aguda, como en un pito.

—No era hija de mi tío, ni de Penélope, era hija de Osorio, la tuvo junto a tu madre, se la quitó y se la entregó a mi familia, por eso ella se suicidó. —Sus dedos comenzaron a trazar caricias en mi piel, en un intento de calmarme—. ¿No viste su embarazo?

—Mamá estuvo muy distante, era cierto que pasaba muchas horas encerrada y con ropa demasiado ancha, a lo último mi padre no me dejaba verla, decía que tenía una enfermedad contagiosa. —Mierda, ahora todo tenía sentido—. Entonces... Mía... y yo... ¿éramos...?

Su mirada se volvió amable.

—Si aquel día no te hubieses colado en el despacho, de no ser por ti, Mía hubiese sido violada por Liu. Lo que hiciste lo retrasó todo, María, yo no hubiese llegado a tiempo, habría sido rota de una forma casi imposible de reparar, casi prefiero que todo haya terminado de la forma que acabó, al menos, no sufrió y, al menos, murió viendo que su hermana mayor intentaba salvarla, no se fue sola, se fue sabiendo que alguien la quería, aunque no la conociese, estabas ahí, arriesgando tu vida por ella.

La voz de Salvatore se fue volviendo menos consistente conforme hablaba, Mía resultó no ser su hermana, siendo la mía, aun así, la seguía queriendo mucho. La que estaba totalmente consternada era yo.

El pecho me subía y bajaba a un ritmo acelerado, saber todo esto así, de golpe, me estaba afectando mucho, aunque lo prefería un millón de veces a seguir viviendo en este engaño.

Dejé caer los párpados, tratando de calmarme, entrelazando mis dedos a los suyos.

Todo estaba bien, todo estaba bien...

—María.

Abrí los ojos, centrándome en él.

—Voy a matar a tu padre, y a Liu, y a Penélope, y no será de una manera amable, van a sufrir, mucho más de lo que sufrió Mía, y mucho más de lo que has sufrido tú.

Asentí, apoyando mi frente en la suya.

—Prométemelo, prométeme que lo harás.

—Te lo prometo, van a sufrir tanto como si estuviesen en el jodido infierno.

El pecho se me agitó al recordar a Gabi.

—¡Gabriel! ¿Lo has dejado solo en casa con esa arpía de Penélope? ¿Y si se lo llevan? ¿Y si vuelven a hacer lo mismo que con Mía?

—De eso nada. —Se acomodó a mi lado, abriendo uno de los sandwich de pollo que sacamos de otra máquina de vending antes de subir a la habitación, una pareja estaba follando a lo bestia justo al lado. Era casi imposible tener una conversación seria y emotiva de esta manera—. Me los traje en el avión privado conmigo, están en el hotel con Petra.

—¿Te los has traído? ¿A quiénes?

—A nuestro hijo, a Marcela y a Ángela —comentó, partiendo la mitad del panecillo para dármelo, el otro que pillamos era de atún—. Mateo se quedó al mando de mis hombres, lo hará bien, la casa está vigilada y tienen orden de cargárselo todo a la mínima, mañana si quieres puedes ir con tus amigas al evento y yo daré un paseo con Gabriel, Marcela y Ángela, Petra irá contigo, desde lejos, vigilando tu seguridad.

Negué, ni de coña.

—No quiero ir con ellas, esas tres no son mis amigas —refunfuñé, a lo que su ceja se alzó a modo de pregunta.

—¿Hay algo que deba saber? ¿Tengo que hacerles una visita?

—No vas a matar a nadie más, quiero decir, a nadie que no sea de «nuestro mundo» y realmente «lo merezca».

—Está bien. —Se llevó otro pedazo de sandwich a la boca, ¿por qué me gustaba tanto verle comer?— Pero tú solo dame nombres de todo lo que te estorbe, y yo me encargaré de sacar la basura de tu vida. —Guiñó uno de sus ojos—. Entonces, ¿mañana iremos a ese evento de libros?

Mis mejillas se volvieron rojas, mientras trataba de disimular la pequeña chispa de felicidad que se estaba encendiendo entre tantos chubascos.

—¿Hablas en serio? ¿Irías conmigo?

Asintió.

—Me muero de ganas por ir contigo.

Los gemidos y golpes de la habitación de al lado se hicieron mucho más fuertes, esto era realmente bochornoso.

Carusso se dio cuenta, adoptando una expresión idiota.

—¿Qué me dices, nena? ¿Les enseñamos lo que es follar de verdad?

CAPÍTULO 47

MARÍA



Despertar en aquel colchón fue algo distinto a todo lo que viví en mis veinticuatro años de edad. Era la primera vez que estaba tan lejos de Marbella, en una simple habitación de cualquier lugar, sin que él tuviese idea alguna de mi paradero.

Me gustaba, me encantaría dejar de existir para Pepe Osorio, amaría que nunca más volviésemos a saber nada el uno del otro.

Despegué la mejilla del pecho de Salvatore, dormía sin camisa, la llevaba puesta yo. El resto de nuestra ropa figuraba por ahí tirada.

—*Buongiorno bella* —saludó, con ojitos dormilones.

—*Buongiorno, cielo* —Puse los pies en el suelo, viendo algo oscuro moverse muy rápido—. ¡Oh dios mío!

Salvatore se sobresaltó de inmediato, colocándose a mi lado para ver qué pasaba.

—¡Salva, hay una cucaracha! ¡Una cucaracha gigante! —Empecé a entrar en pánico, subiéndome a la cama—. Mátala, por dios acaba con ella.

Este cogió su mocasín negro y reluciente, dando tumbos mientras rebuscaba el insecto.

—No veo nada, María.

—Que sí, que la he visto, está... —Él me miró, abriendo los ojos sorpresivamente—. La tengo encima, ¿verdad? —Mi voz sonó con un hilo angustioso, prefería tirarme por la ventana otra vez antes que ser rozada por un bicho de esos.

Su expresión se volvió divertida.

—No, no la tienes encima, pero casi. —Señaló hacia la pared y la vi ahí, a pocos centímetros de mi cara, salí corriendo como alma que lleva el diablo hasta el baño, encerrándome allí, encendí la luz viendo que dentro había

como cien más.

—¡SOCORROOOOOOOOO!

Salvatore abrió la puerta rápidamente, trepé por su cuerpo como si él fuese un árbol y yo un mono, los malditos insectos que querían subir por mis piernas, salieron huyendo nada más verle.

Suspiré, gracias a dios.

Esto era lo bueno de tener un marido con tan mal carácter que ahuyentaba hasta a los bichos.

Me volvió a dejar sobre la cama, trayéndome toda la ropa para que pudiese vestirme, él empezó a hacer lo mismo, le devolví su camisa.

—No sabes cuánto me gusta que uses mi ropa —comentó, con un cigarro en la boca—. Me estoy muriendo de hambre, ¿te parece si vamos a desayunar algo?

Mi estómago rugió también, el sándwich y el chocolate de vending no fueron demasiado saciantes.

—Creo que es una idea fantástica.

Bajamos las escaleras, Salvatore presentaba inquietud por no haber podido lavarse los dientes.

—¿Te saca muy de quicio romper tu rutina? —Deseé saber, tras despedirnos de la mujer que nos atendió y salir del edificio, comenzamos a pasear hacia el centro, agarrados de la mano.

—Sí, al nivel de llegar a crearme ansiedad —comentó.

Eso no era algo normal.

—¿Sabes por qué te ocurre?

—Síndrome de Asperger. —Su respuesta fue como terminar de descifrar un rompecabezas, ahora podía comprender muchos de sus matices—. Pero lo llevo bien, solo tengo algunas manías tontas y... me cuesta mostrar mis sentimientos, también empatizar con las personas.

Seguimos paseando, bajo las calles coloridas de Madrid, los edificios eran increíblemente altos, llenos de luces, semáforos, vehículos… Gente por aquí, gente por allí...

—No creo que sea cierto, por Gabriel te preocupaste desde el primer momento, y conmigo eres un amor, al igual que con las personas que te importan.

—Sí, pero porque lo pienso, no me sale solo, quiero decir, me recuerdo a mí mismo que son personas importantes y debo darles afecto, ¿entiendes? —explicó, con un rastro de dureza en su voz, como si se estuviese haciendo

una autocrítica—. Aunque contigo y con Gabriel es distinto, a él le elegí porque me vi reflejado, la forma en la que me miraba, su comportamiento, su expresión... era como si nada le doliese, como si todo le diese igual, pero a su vez, estaba sufriendo.

—¿Crees que Gabi también lo tiene?

—Es posible, habrá que darle tiempo —contestó sin pensarlo demasiado —. Y tú... tú eres un caso aparte.

Le hice una mueca.

—No sé cómo tomarme eso, señor Carusso.

Sus ojos se fijaron en mi reloj de pulsera.

—¿Por qué llevas esa basura? Quítatelo ahora mismo.

¿Qué os dije?

—Me gusta, y se va a quedar conmigo, quieras o no. —Le solté la mano, a lo que me atrapó por la cintura, conduciéndome a una cafetería llena de plantas y cuadros decorativos, tenía un aire bohemio—. ¿A qué te referías con lo de que soy un caso aparte?

—A que contigo me sale solo, por ti siento cosas que antes nunca he sentido por nadie, me preocupo, me apetece cuidarte, te incluyo en mi rutina, en mi espacio, en mi vida.

Una chica jovencita, que tenía pinta de estar en su primer día de trabajo, nos atendió de forma muy amable. Salvatore pidió un expreso y yo un té con leche de almendras, para comer ambos coincidimos en una tostada de huevos revueltos con aguacate.

—No es que entienda demasiado, pero tengo entendido que las personas como tú necesitan mucho espacio personal, ¿es cierto?

Dio un sorbo a su café en cuanto se lo pusieron en la mesa, comentando en voz baja que el de Marcela estaba mejor.

—Cierto.

—Lo tendré muy en cuenta, trataré de no agobiarte.

Las tostadas llegaron, oliendo delicioso, tenían una pinta increíble.

Salvatore cortó un pedazo de la suya, acercándola a mis labios.

—Las damas primero. —Abrí la boca, recibiendo la porción de su tenedor —. Y ya te lo he dicho, contigo me pasa todo lo contrario, me encanta que estés en cada momento de mi vida, no necesitas tener nada en cuenta.

—Gracias —susurré, cortando un trozo de mi tostada para dárselo a él en la boca, su cara se volvió más amigable y sorpresiva, le pasaba lo mismo que a mí, no estaba acostumbrado a las muestras de afecto. Y estaba segura

de que no era porque no hubiese mujeres dispuestas a entregarle su cuerpo, su corazón y hasta su alma, fue por decisión propia, él decidió encerrarse en sí mismo, hasta conocerme.

—Cuéntame cosas de ti, María —dijo en voz baja—. Ya sé que tu color preferido es el blanco, y tú sabes que el mío es el negro, aparte del que sea que tengas en tu ropa interior —añadió, haciéndome rodar los ojos—. Sé que eres piscis, y tú sabes que soy escorpio, sé que te encantan los libros de romance, y tú que me gustan los de ciencias, psicología y medicina, te hubiese gustado dedicarte a la escritura y a mí ser cirujano, pero... ¿qué más?

Tragué saliva, saboreando el último pedazo de aguacate con aceite de oliva.

—La verdad es que por mi parte no hay más. —Suspiré, siendo totalmente sincera con él—. He vivido encerrada en una habitación prácticamente, mi vida ha pasado entre libro y libro, sumergiéndome en historias ajenas para no pensar en la mía, creo que, olvidarme de mí misma ha sido la mejor forma de sobrevivir a todo lo que me sucedió, y sinceramente, no tenía esperanza de vivir demasiado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mi padre me terminaría vendiendo tarde o temprano, era un mal negocio tener a una hija marchitándose dentro de una habitación hasta cumplir los treinta, a partir de esa edad ningún hombre te compra —comenté con los hombros caídos, colocando mi cabello rubio tras las orejas, seguía llevando la gabardina de Salvatore, él decía estar bien con su camisa —. Y yo empecé a entrenar para que cuando llegase ese momento, poder matar a mi comprador o que él me matase.

Salvatore se recostó sobre su silla, apoyando la espalda.

—Vaya... debiste sentirte muy mal cuando te avisaron de nuestro compromiso.

Hice una mueca.

—Sí y no, lo llevaba esperando desde los dieciocho, sinceramente bastante tardó, en parte me alivió poder salir ya de ahí, aunque tenía miedo, por mucho que entrené, sabía que no estaría a la altura suficiente como para poder matar a un hombre más fuerte y más adiestrado que yo, terminaría muerta, pero al menos sería libre. —Algo se me removió en el estómago—. Fue increíble conocerte, ¿sabes? Esperaba cualquier cosa menos... tú.

—Yo también esperaba cualquier cosa menos a ti. —Se sinceró, colocando

las manos sobre la mesa, jugando con una servilleta—. Intenté no caer, te lo juro, al principio solo era atracción física, aunque te «odiase», mis ojos se deleitaban con cada centímetro de tu cuerpo de una forma abismal, me producía placer el simple hecho de mirarte, y luego, al conocerte, llegaron los sentimientos.

—¡María! —Aquella voz fue lo último que deseé escuchar. Violeta se acercó a nosotros, acompañada de Daniela y Elena, junto a Lucas—. Tía, te he llamado como un millón de veces, también hemos ido al hotel a preguntar por ti. —Sus ojos fueron hacia Salvatore, sonriéndole, él tan solo desvió la mirada hacia la taza de café vacía.

No iba a obligarle a ser simpático si no le apetecía aunque, finalmente, mostró algo de cordialidad, aceptando que se sentasen con nosotros en la mesa y estrechándole la mano a Lucas, el cual no tardó en empezar a hablarle sobre temas de política, fútbol etc., Salvatore tan solo asentía y le escuchaba.

—Siento muchísimo que te enfadaras anoche, no era nuestra intención hacerte sentir mal. —Violeta le pidió a la misma chica de antes un par de cafés.

—No pasa nada, está olvidado —respondí con una mirada de completa incomodidad.

Hablar de estas cosas delante de Carusso era jodidamente peligroso.

—¿Qué dijisteis para que se sintiese mal?

Y ¡boom! lo escuchó, de lleno.

Y, obviamente, no lo dejaría pasar.

Violeta se colocó el cabello detrás de la oreja con una sonrisa afable, dándome la impresión de estar intentando coquetear con él. Buena suerte con eso.

—Solo le dábamos consejos para bajar de peso, tú también deberías animarla, es muy guapa, tener un buen cuerpo ayudaría mucho a aumentar su autoestima.

Me pareció ver cómo le daba un ligero tik nervioso, sus codos se apoyaron sobre la mesa, acercándose a ella.

—¿Estás insinuando que mi mujer no tiene buen cuerpo?

—No digo eso, pero si adelgazara unos kilitos...

—Mi mujer es perfecta.

La dureza con la que le contestó hizo que incluso a mí se me erizara el vello de la nuca. Lucas intervino, cómo no, queriendo aliviar tensiones y

soltando otro comentario impropio.

—Que no lo decimos en mal plan, ¿eh?, yo, por ejemplo, soy entrenador personal, le dije que si quería podría ayudarla a hacer ejercicios para reafirmar la cintura y endurecer el culo.

El cuello de mi marido crujió de una forma poco humana.

—¿Te estás atreviendo a opinar de la cintura y el culo de María? —Sus palabras fueron arrastradas entre los dientes—. ¿Y se te ha ocurrido ofrecerle un entrenamiento?

—Tío, tranquilo. —Rio de forma nerviosa—. Es algo totalmente normal, no es que me interese, a mí no… —Alzó las palmas de las manos—. A ver, para que me entiendas, ella no es mi tipo.

Esto se iba a poner divertido.

El puño de Salvatore se estampó en la cara de Lucas con tanta fuerza que pensé que lo mataría ahí mismo, las chicas comenzaron a gritar, esperando que yo hiciera algo, mas lo único que hice fue tomar otro sorbo de té, admirando con qué destreza mi marido hacía puré al tío que tenía entre los brazos.

—¡MALDITA SEA! ¡MARÍA! ¡MARÍA, HAZ ALGO!

—Tiene mucho estrés, su trabajo es agobiante, es bueno que se desahogue. —Hice un gesto de «dejadme en paz» y seguí tomando el té—. Amor, cuidado que no te rompas la camisa, es mi favorita.

Salvatore le escupió en la cara tras dejarlo con la nariz rota y los dos ojos morados.

—Vas a entrenar a tu puta madre, gilipollas.

Se sacó un billete de cien euros, entregándoselo a la muchacha.

—Quedaos el cambio, por las molestias. —Pasó con un pie por encima de Lucas, el cual estaba siendo atendido por Daniela. Elena nos amenazaba con llamar a la policía, francamente, nos daba lo mismo.

—María, esto no está bien. —Me culpó Violeta, antes de que mi marido me diese la mano.

—Discúlpame y no vuelvas a llamarme, no somos amigas.

Tras salir de la cafetería, el frío exterior me hizo moquear, el brazo de mi marido me envolvió y sus labios se acercaron para pedirme perdón.

—No te disculpes, me ha parecido divertido.

—No podía permitir que te hablasen así, ¿por qué les da tanto coraje que no seas el palo de una escoba? Maldita sea, eres preciosa, solo intentan apagarte.

Ay, Señor Carusso, qué iba a hacer yo sin usted.

La vena de su cuello seguía hinchada, marcada de forma prominente en este.

—No todas las personas tienen los mismos gustos, ni todo el mundo me mirará como me miras tú, cielo, pero sí es cierto que no se debería ir opinando de los cuerpos ajenos. Lucas estaba casi calvo y yo no le mandé en ningún momento a hacerse un injerto de pelo. —Disimulé una risita traviesa.

—La gente debería meterse la puta lengua en el culo, y gracias a dios que no todos te ven con mis ojos, tendría que estar peleándome todo el jodido día.

—Claro, y tú odias pelearte, ¿verdad?

Su cara mostró la felicidad de un niño.

—Me ha pillado, señora Carusso.

Pasamos todo el día de compras, fuimos a varias joyerías, se empeñó en comprarme un reloj nuevo de oro blanco y un precioso collar de diamantes.

Lo acepté todo, porque le hacía feliz.

Hicimos una parada en un puesto de churros con chocolate caliente, él se manchó la camisa, intenté limpiarle, pero solo lo empeoramos, finalmente, le dio igual ir con esa mancha por todas partes. Era el rey del mundo. ¿Qué le importaba lo que pudiesen pensar los demás?

Después llegó la hora de ir al evento, paseamos entre cientos de libros y muchos autores, una gran parte de ellos autopublicados, cada vez era más difícil que una editorial tradicional te hiciese caso si no eras *influencer* o tenías miles de seguidores; el mundo de la literatura, cada vez parecía más una red social en vez de tan solo eso, literatura.

Aun así, me pareció precioso conocer a algunas autoras que se atrevieron valientemente a lanzar sus libros al mundo, gastándose un dinero importante que ahorraron con gran esfuerzo, era muy bonito ver cómo las personas creían en sí mismas y apostaban por sus sueños.

Salvatore se comportó como un auténtico caballero, siendo encantador, carismático y de lo más agradable, sabía cuándo algo era bueno para mí y cuando no, y su personalidad cambiaba en base a ello.

Le adoraba.

—¿Te gustaría autopublicar? —preguntó, tras un largo paseo, agarrados de la mano de camino al hotel, cada uno con un cono de helado de nata—. ¿Has probado a enviar algún manuscrito alguna vez a una editorial

tradicional?

—Creo que prefiero la autopublicación —contesté, siendo sincera—. No me mola eso de tener que esperar seis meses para obtener una respuesta que casi nunca llega, creo que es más viable publicar una misma e intentar hacer ruido. —Con mirarle ya sabía lo que estaba pensando—. No, no vas a intervenir y no vas a usar a ninguno de tus contactos. Si lo hago, quiero lograrlo sola, por mi propio esfuerzo, y porque el mundo crea que tengo talento.

Él inclinó la cabeza, aceptando mi orden.

—¿Y sobre qué escribirías? ¿O tienes algo ya escrito?

—Pues algo sí que tengo.

—Ajá, quiero escucharte, cuéntame.

Me sonrojé, ¿de verdad quería saberlo? bueno...

—Es nuestra historia, empecé a escribirla a modo de diario, estaba asustada, no tenía con quién hablar y busqué refugio entre las letras. Al final, se ha convertido en una novela en la que yo misma soy la protagonista.

—Vaaaaya. —Se llevó las manos tras la nuca—. Tengo que leer ese libro, quiero saber todo lo que piensas de mí. —La frente se me incendió—. Me dejarás leerlo, ¿verdad?

—¡Ni hablar! ¡Jamás! No dejaré que te acerques a ese libro, ¡por encima de mi cadáver, Carusso!

—¡Espera, espera! —Me atrapó bajo su brazo—. Y cuéntame, ¿cómo termina nuestro libro?

Suspiré, dejando salir el aire lentamente de mis labios.

—Aún no lo sé, pero siento que el final está más cerca que nunca, y espero que sea bonito.

Nos detuvimos, casi en la puerta del hotel.

—Será bonito, princesa, te lo prometo.

CAPÍTULO 48

SALVATORE



—¿Te gusta? —Marcela se quedó mirando los tatuajes de mi antebrazo, llevaba una camiseta sin mangas, estaba fregando los platos tras hacer la cena, llegamos hacía unas horas, las chicas (Ángela, Petra, Carla y María), disfrutaban fuera en el jardín, tomando unos margaritas, Gabriel jugaba al fútbol con Marcos mientras Mateo y Álvaro seguían vigilando. Penélope no salió de su habitación desde que volvimos. —Me lo hice por ti— añadí, señalando a la palabra «madre».

Llevaba el pelo suelto, con un vestido verde hoja que le compré en Madrid, nos la llevamos de tiendas sorprendiéndola y le renovamos el armario entero. María tenía un gusto exquisito y le eligió unas prendas maravillosas, estaba preciosa.

—Gracias por nunca olvidarme, aunque no supieses que era yo, sé que siempre me tuviste presente. —Su mano acarició mi mejilla, dibujé una sonrisa, terminando de fregar.

—Nunca dejé de buscarte, y te tenía delante de mis ojos, es increíble cómo se enreda la vida. —Esto me había caído de golpe, no estaba preparado, pero poco a poco lo iría asimilando—. Por cierto, la tumba de mi padre, eras tú, ¿verdad? La que le ha estado poniendo flores y cuidando tanto.

Ella asintió, no le pregunté cómo consiguió la copia de la llave ni quién la llevaba hasta allí, pero podía imaginar que se trataba de Petra.

—Gracias. —Fue todo lo que dije, sintiendo que mi deuda con ella era cada vez más grande.

Dejé el trapo a un lado, tras secarme las manos, cogí la bandeja con hamburguesas para llevarlas al jardín.

—Salvatore. —Marcela agarró mi brazo, antes de que saliese fuera—. Quiero que sepas que me siento increíblemente orgullosa del hombre en el

que te has convertido, tuve mucho miedo al saber que serías criado por Penélope, pensé que haría de ti un tirano sin corazón ni sentimientos.

Suspiré, me costaba gestionar estos momentos, tal vez por mi condición, o tal vez porque llevaba demasiado aislándome en el vacío de mi despacho, de mi habitación, de mi vida en general.

—Soy un tirano —admití—. Pero no una escoria, es lo que me diferencia de ellos.

—Eres un buen hombre, aunque te cueste verlo, sé que lo eres.

No quise discutirlo con ella, simplemente le di un beso en la frente y seguí mi camino hacia el exterior, llenaría la vida de mi madre de buenos momentos juntos, y la dejaría pensar de mí lo que quisiese pensar.

Una vez en la mesa, todos empezaron a silbar, celebrando la llegada de la comida.

Gabriel vino corriendo hacia la bandeja, cogiendo una hamburguesa enorme con intención de morderla y salir huyendo a coger la pelota, le tuve que retener en contra de su propia voluntad y obligarle a sentarse en la mesa a comer.

—Quietecito y calladito —advertí—. O dormirás con los caimanes.

—¡Salvatore! —chistó María, asustándose como siempre que nombraba a esos animalitos.

—El respeto es la clave del éxito, *amore mío*. —Tomé asiento, levantando mi copa de vino, todos hicieron lo mismo, cada uno con su bebida—. Por la familia, por el amor, por la vida, y por un nuevo futuro en el que las cosas sean distintas y mejores para todos nosotros.

—¡Por el Padre de la mafia! —exclamó Petra. Los demás imitaron su gesto.

—Por vosotros.

Carla y María siguieron hablando como dos cotorras, riéndose sin parar, Ángela estaba sentada junto a ellas, disfrutando de la conversación, se veía como una más y, aunque trabajase para mí porque decidí sacarla de las calles, ella también fue parte de esta familia, desde el minuto uno.

Yo era un tirano, pero daría la vida por cada una de las personas que estaban en esta mesa.

—Tía, es que desde que apareciste en la gala, todas han dejado la dieta, incluida yo, por fin puedo comer croissants de nuevo, estaba hasta el jodido coño de los palitos de apio —decía Carla, mordisqueando una hamburguesa sin culpa, llenándose la boca de mostaza, a Petra se la caía la baba

mirándola.

Marcos se sentó a mi lado.

—Tu soldado está loquita por los huesos de mi mujer.

—Y tú estás loquito por los huesos de mi empleada. —Le avisé, me di cuenta hace tiempo, Marcos no solía venir mucho por casa, pues no soportaba a Penélope, pero cada vez que venía, dejaba un rastro de babas detrás de Ángela.

—Está bastante bien sin el uniforme. —Bebió un trago.

—¿Por qué no le pides una cita?

Me miró como si estuviese loco.

—Carusso, estoy casado, aunque Carla y yo seamos más amigos que otra cosa, pensará que soy un cerdo.

Marcos se casó con Carla para salvarle la vida. Ella era lesbiana, algo que le jodió lo negocios a su padre, le dijo que si no aceptaba un matrimonio, la mataría de un tiro en la cabeza, la respuesta de Carla fue que ella misma se mataría.

Carla y Marcos eran muy amigos, salían de fiesta, trasnochaban, se emborrachaban hasta terminar vomitando incluso por las orejas y se cuidaban mutuamente. Ella una noche le confesó que iba a quitarse la vida y, entonces, Marcos, le pidió matrimonio a su padre para no perderla.

Era y es y siempre será, su mejor amiga.

Pero no estaban enamorados, y ambos tenían derecho a hacer sus vidas.

—Carla ya no le pertenece a su padre, ese tío cobró tu pasta, era lo que quería, podéis divorciaros y...

—¿Y qué hará ella? ¿Trabajar? ¿Dónde? Sabe cosas, está dentro de este mundo, la matarán, no puede irse, tampoco puede ser una líder, solo puede ser lo que es, una mujer florero. —Su rostro se volvió serio, mirándola con añoranza—. Ojalá las cosas fuesen de otra manera, amigo.

—Lo serán. —Asentí para mí mismo. Si mi plan funcionaba a la perfección, todo iría bien, todos tendríamos una vida mejor.

Soñé con escapar durante demasiados años, pero eso significaba dejar tiradas a todas estas personas, podía llevarme a mi madre, a mi hijo y a mi mujer, no obstante, ¿qué sería de Petra? ¿De Álvaro? ¿De Mateo? ¿De Marcos? ¿Ángela?

Yo era el Padre de la mafia, era el encargado de proteger sus vidas a cambio de la lealtad de cada uno de ellos, no merecían que saliese corriendo para salvar mi propio culo.

—Así que mañana debemos asistir todos a esa gala que has adelantado. ¿Qué te traes entre manos? ¿Por qué has impuesto la pena de muerte para los que no se presenten?

Volví a tomar otro sorbo de vino.

—Acompáñame.

Levanté el culo del asiento, desordenando el cabello de Gabriel, Marcos vino conmigo al interior de la mansión, le conduje hasta mi despacho, Marcela no me hizo caso, y lo organizó todo de nuevo.

Cerré con llave, accionando el tocadiscos, por suerte no lo rompí, vigilé desde la ventana que todo estuviese bien en el patio.

—Mañana todas las bebidas estarán envenenadas, vamos a brindar y vamos a beber.

—¿La dama de la noche? —inquirió, Marcos conocía mi secreto.

—Sí, ese virus se propaga de forma muy lenta y cuesta demasiado mantenerlo con vida, ha sido difícil conseguir una cantidad tan elevada como para poder envenenar a tantas personas, me ha llevado años, pero ya está listo.

—¿Pretendes que nosotros también bebamos?

Asentí.

—Así es, solo de esa forma confiarán, pero cada uno de vosotros, tendrá el antídoto en el bolsillo, debéis ir al baño disimuladamente y tomarlo, tendréis solo una hora tras la ingesta.

El veneno original tardaba veinticuatro horas en matar a su huésped, no obstante, dejé tan solo dos cargas de esa variación, haciéndole mutar para lograr una combinación mucho más letal y peligrosa.

Marcos quedó pensativo.

—Pero, ¿y luego? ¿Qué será de nosotros si destruimos la mafia? No tendremos a dónde ir, ni cómo empezar de cero, ¿de qué voy a trabajar yo, Carusso? No podré mantener mi casa, mi madre está enferma, necesita tratamientos muy caros...

—Shh. —chisté, colocando la mano sobre su hombro para tratar de tranquilizarle—. Nadie va a destruir la mafia, lo que vamos a hacer, es mejorarla.

—¿Mejorarla?

—Marcos, ¿alguna vez te he fallado?

Él agachó la cabeza, negando.

—Confío en ti, Carusso, te seguiré hasta la muerte.

Nos palmeamos las espaldas, dándonos un abrazo.

—Tú y Carla seréis felices, te lo prometo.

Él asintió sobre mi hombro.

—Larga vida al Padre de la mafia.

—Larga vida a los que le son leales —contesté, de la misma forma que contestaba mi progenitor. Mañana vería a todos esos malditos traidores caer, mañana, sería el gran día en el que mi venganza se serviría, de la forma más fría; en un delicioso cóctel helado.

En honor a Vladimir Carusso.

MARÍA



Me lo he pasado taaaan bien.

Al final el viaje a Madrid fue increíble, como el vuelo de regreso y también la cena en el patio. Carla era tan genial, sentía una conexión con ella muy especial, como si nos conociésemos desde hace años. Ángela por otro lado me parecía un encanto, cada vez le tenía un aprecio mayor, aunque ella era más que una amiga, formaba parte de la familia.

Y qué decir de Marcela, estaba tan guapa y reluciente con su vestido verde y su cabello suelto, radiante de felicidad junto a su hijo, como debía ser.

Me miré al espejo, soltándome el pelo y pintándome los labios de un color vino, a Salvatore le encantaba beberlo, así que pensé que le agradaría el color.

Vestí un conjunto de ropa interior sexy y provocativo, negro, con un camisón transparente por encima, del mismo tono, subiéndome a los tacones.

Lo compré mientras Petra le distraía, quería darle la sorpresa esta noche.

—¡Señora Carusso! ¿Vas a estar todo el día en el baño? ¡Empiezo a aburrirme!

Sonreí, pensando en si tal vez esto era demasiado provocativo, la tela transparentaba mis pechos, y llevaba todo el culo fuera, mierda, yo no estaba buena como para usar estas porquerías.

—¡Te estoy dando espacio! —chillé para que me escuchase a pesar de tener la puerta cerrada.

—Yo no quiero espa... —Le tenía delante, mirándome perplejo, con la mandíbula desencajada—. Jo-der.

—No, estoy horrible, mejor cierra y me lo qui..

Me cargó sobre su hombro, como si fuese un maldito saco de patatas, lanzándome en la cama a la vez que se arrancaba la parte de arriba del pijama como un cavernícola.

—¡Haz el favor de calmarte! ¡Carusso! ¡Me estás poniendo nervi...!

Lo tenía encima sin camiseta en menos de lo que un mafioso tardaba en cargar una pistola.

—Nervioso me acabas de poner tú a mí.

Me sentía avergonzada no, lo siguiente.

—¿En serio te gusta?

—No, no me gusta. —Me miró de arriba abajo, mordiéndose el labio—. Me encanta.

Nos miramos en silencio unos segundos, oyendo tan solo nuestra respiración de fondo.

—María.

—Salvatore.

Dijimos los dos al unísono, volviendo a callarnos.

Y de repente, como si de una explosión nuclear se tratase, atacamos a la boca del otro, besándonos desquiciados, con rabia, con ansiedad, como si hubiésemos vuelto al primer día, como si estuviésemos haciendo el amor tras aquella estúpida boda. Ambos luchábamos por dominar al otro, mi lengua tomaba el control de la suya, pero él volvía rápidamente a invadir mi cavidad bucal demostrándome quién estaba al mando.

Le clavé las uñas en la espalda, queriendo castigarle por todas las veces que se atrevió a asustarme en nuestros inicios, esta era mi venganza.

—A lo mejor —jadeó de placer al ver mis pezones rosados a través de la tela de encaje negro, su polla dura como una barra de acero se restregó contra la humedad de mi sexo, por debajo de su pantalón— mañana terminamos todos muertos.

—Lo sé. —Devolví el jadeo, al notar cómo mordía mi clavícula, pellizcando mis pechos—. Moriré contigo, a tu lado, no tengo miedo.

Era cierto, no temía por mi vida, solamente por la de Gabriel, si tenía que morir junto a Carusso lo haría con el mentón alto. Ahora tocaba ser fuerte.

—Si me matan —sus dientes arañaron mi labio inferior, mientras se quitaba los bóxer y me giraba de forma violenta, alzándome el culo— no me olvides nunca.

Ni de coña, yo no podría vivir sin él, éramos los dos o ninguno.

—Si te matan... ¡AH! —gemí al notarle entrar de una estocada limpia y tirar de mi cabello— me iré contigo al infierno, Carusso.

—Me complace oír eso, cielo, pero tenemos algo por lo que luchar, Gabriel. —Su agarre firme se convirtió en una caricia. Creí que me lo haría duro como el resto de las veces, no obstante, se recostó sobre mi espalda, hundiendo el rostro en el hueco que había entre mi cuello y hombro, retirando mi cabello con cuidado, oliendo mi piel, besándola, susurrándome al oído lo mucho que le importaba—. Eres mi vida, María, y te querré incluso más allá de la muerte. —Sus palabras hicieron que toda la piel se

me pusiera de gallina, a la vez que sus caderas golpeaban con cuidado, mimo y suavidad mi culo y sus besos seguían logrando que me retorciese de placer en la cama bajo su cuerpo—. ¿Te gusta? ¿Sabes lo que estoy te estoy haciendo, cariño? —De nuevo, otro reguero de besos y caricias mientras su miembro se clavaba hasta el fondo, apretando de forma delicada, logrando hacerme suspirar—. Te estoy haciendo el amor, ¿sabes por qué? Porque te amo, María, con todo mi corazón.

Su mano se enredó en mi cabello rubio, mientras la otra sostuvo mi cintura, empezó a moverse de forma constante a un ritmo medio pero intenso.

Nuestros cuerpos permanecieron así de unidos durante tal vez una hora, o puede que más.

Me besó, le besé, nos abrazamos, estuve encima de sus caderas y él volvió a recostarse sobre mí, nos juramos amarnos para siempre y nos hicimos un millón de promesas. Sus labios estuvieron en cada parte de mi cuerpo y toda mi piel ardió en fuego bajo su toque.

—Salvatore. —Caí agotada sobre el colchón, empapado de nuestro propio sudor, los rayos rojizos del amanecer empezaron a colarse por los visillos —. Sobrevive, por favor.

Él se recostó una vez más sobre mí, colocando mis tobillos sobre sus hombros, abriendo los labios en un suspiro, me hizo llegar al clímax de esa forma, y después, terminó sobre mi cuerpo y la maldita tela de encaje negro.

—Mientras me ames, pase lo que pase, seguiré vivo, dentro de tu corazón.

CAPÍTULO 49

SALVATORE



Petra y Mateo venían conmigo, bajamos del coche, armados hasta los dientes, a mí nadie podía exigirme ir desarmado, privilegios de ser un Carusso.

Las puertas de la mansión de Eva se abrieron para nosotros, los Lelouch estaban obsesionados con el arte, tanto que resultaba grotesco y aborrecible; aquella casa, en vez de un hogar, parecía un museo.

Me volvería loco si tuviese que vivir aquí.

—¡Querido Padre! —Eva bajó las escaleras, con un vestido blanco y largo, el pelo recogido en un coqueto moño y un cóctel entre sus manos enfundadas en un guante de seda. ¿Quién en su sano juicio desayuna un cóctel?—. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Señora Lelouch. —Me incliné, besando su mano, ella se ruborizó—. Pido que hablemos con intimidad.

—Por supuesto, ahora mismo. —Hizo un gesto a sus hombres para que se retirasen, llevando a su hijo del brazo, siempre estaban unidos, como uña y carne.

Eva y yo fuimos muy amigos, era íntima de mi padre, por lo que mi presencia no le hacía sentir ningún tipo de amenaza.

Error.

Una vez entramos en su despacho, en el cual no había ni un solo libro (¿quién prefiere cuadros y figuras antes que libros?) tomé asiento acomodándome, sacando una pistola para dispararle primero a ella, y después a su hijo.

Lo que les disparé no fue una bala, fue un dardo, el cual les inyectó la dama de la noche. Ambos se llevaron la mano al cuello, mirándome con ojos acuosos y rotos, acababa de traicionar su confianza, tal y como ellos

traicionaron la mía pisando la casa de Osorio.

—Escúchame bien, Eva. —Mi voz se tornó dura y fría—. Vas a llevar a TODOS tus hombres mañana y te vas a asegurar de que ni Dios va armado ahí dentro, si las cosas se ponen feas, nos protegerán y velarán por nuestra seguridad.

—Padre. —Una lágrima bajó de una de sus delicadas mejillas—. Lo hubiese hecho sin pensar, no debía llegar a esto, ¿qué nos ha inyectado?

—Un veneno que tarda veinticuatro horas en destruir el corazón de su víctima, si no hacéis lo que os digo, no tendréis el antídoto. Si cumples, no solo te salvarás tú, y también tu hijo, podrás blanquear todo tu capital y largarte lejos, empezar una nueva vida en una isla paradisíaca, te dejaré desaparecer para que tu muchacho sea feliz.

El hijo de Eva era un cobarde, vivía arrinconado bajo las faldas de su madre, con más miedo que ganas de estar vivo.

Ofrecerle la libertad era como abrirle el cielo.

—¿De verdad nos dejará salir de la mafia?

—¿Cuándo he fallado yo a mi palabra?

—Pero ¿por qué ha tenido que recurrir a esto? ¿No confía en nosotros?

Odiaba que me tomasen por tonto.

—A mi padre le traicionó su propio hermano, como comprenderás, es una valiosa lección que nunca olvidaré.

No estuve sentado en aquella silla ni quince minutos, me puse en pie abandonando el despacho, caminando a prisa hacia el coche seguido de mis acompañantes. Mirando como un perro rabioso a cada uno de los tíos que trabajaba para Eva. Pronto serían míos, todos.

Arranqué, abandonando los dominios de los Lelouch, Petra chupaba una piruleta, Mateo estaba atento a los coches que teníamos alrededor por si alguien nos seguía.

—Has tenido una buena idea, Carusso, sin nadie armado, será difícil que nos maten ahí dentro.

—De eso se trata, lo importante es que se tomen el jodido cócktel, si no, habrá que abrir fuego y matarlos a tiros.

—Jefe. —La voz de Mateo me avisó de lo que justamente acababa de ver, un coche negro con bastante potencia se colocó detrás de nosotros.

Era habitual ver coches caros en Marbella, pero obviamente que se posicionase tras mi culo me hacía sospechar.

Aumenté la velocidad, viendo que la suya también lo hacía. En pocos

minutos, teníamos dos coches más, uno a cada costado.

Petra sacó el arma, esperando mi orden.

Íbamos directos hacia un puente y después, al interior de un túnel que atravesaba una gran montaña, sabía cómo funcionaban estas cosas, en el túnel habría más coches esperando, nos dispararían a las ruedas, nos acorralarían y terminaríamos muertos.

—¿Qué te apuestas que son chinos? —Rodé los ojos, a lo que Petra soltó una risa frenética, le producía adrenalina pura estar en peligro. Mateo estaba como si nada, a él le daba igual todo, como si le caía un meteorito encima, por eso era de mis favoritos.

Eché un vistazo a la ventanilla que tenía justo al lado, llevaban los cristales tintados.

—Bueno, espero que sepan nadar.

—¿Vas a entrar en el túnel, Carusso? —cuestionó mi mejor amiga, con un tono divertido.

—Campanilla, claro que no.

Pegué un volantazo inesperado, tirando al que tenía a la derecha por el precipicio. Empezaron a dispararnos, la carrocería y los cristales eran a prueba de balas, seguramente igual que los de ellos.

Pero no eran a prueba de hijos de puta como yo.

Giré el volante hacia el sentido contrario, haciendo un trompo para evitar que pudiesen tener las ruedas a tiro.

—Si la cosa se pone fea, saltamos al mar —avisé, ellos asintieron.

Era una caída jodida, pero más jodido sería recibir cien disparos, o más.

Perseguí al otro coche, el que tenía a la izquierda el cual ahora huía de mí, no esperaban mi reacción, le embestí para tirarle también, haciéndole dar una vuelta de campana aunque no logré lanzarle abajo.

Quedaron pendidos de la barandilla, la ventanilla se abrió mientras intentaban salir por ahí, di otro volantazo, pues aun había un coche más, el que nos seguía por detrás desde un primer momento.

Petra sacó la boquilla del arma por la apertura del cristal, Mateo hizo lo mismo, dispararon a sangre fría a los que trataban de escapar del segundo auto.

Efectivamente, debían trabajar para Liu, eran putos rollitos de primavera.

Una vez tuve al tercer coche de frente, hice rugir el motor del Bugatti. Esto era lo que me diferenciaba de todos ellos, lo que me hacía ser quien era.

Podría mirar a la muerte de frente un millón de veces, y nunca le tendría miedo.

Aceleré a fondo, conduciendo como un kamikaze hacia ellos.

Si nos estrellábamos, moriríamos todos.

—Si no se quitan de en medio, saltad del coche en el último momento —ordené.

Petra se tensó en su sillón.

—Carusso, no queremos abandonarte, ¿no tienes una idea mejor?

—No hay otra opción, y no pienso sacrificaros de una forma tan ridícula, mi familia os necesitará si muero, saltáis del puto coche sí o sí, no hay más que hablar.

Cuando los morros de ambos vehículos estaban a poca distancia, cuando Petra y Marcos salieron despedidos del coche rodando por la carretera, cuando las ventanillas del enemigo se bajaron un solo centímetro para dispararles y yo saqué el brazo disparando también, cubriéndoles para que pudiesen ponerse a cubierto detrás del auto que aún pendía de la barrera, el piloto contrario dio un volantazo para esquivarme. Sabía que lo haría, y puesto que yo estaba inclinando más hacia el carril izquierdo que hacia el derecho, era obvio que giraría a la derecha. Antes de hacer nada, abrí la ventanilla del todo.

Así que tan solo tuve que mantener la velocidad, girar un poquito mi volante y embestirle de costado, haciéndole caer por el precipicio y cayendo yo con él.

Mi coche salió disparado por los aires al estamparse con el contrario, los airbags saltaron mientras el cinturón de seguridad mantenía mi torso sujeto al asiento.

Si caía al mar dentro del vehículo con todas las ventanillas cerradas, estaría en serios problemas, pues era muy complicado romper uno de estos cristales hechos de materiales tan resistentes, bajo la presión del agua, por eso es que la bajé antes de colisionar.

Rajé el airbag con el cuchillo que siempre llevaba en la chaqueta.

No tuve tiempo de salir antes de que morro del coche chocase contra la superficie del agua, protegí mi cabeza con los brazos para que estos se llevasen el primer golpe de la marea. Aguanté la respiración agarrando cada extremo de la carrocería para impulsar mi cuerpo y salir por el hueco de la ventanilla.

Vi cómo el otro coche se iba hundiendo hacia lo más profundo. Abrir las

ventanillas poco a poco una vez dentro del agua era un jodido error, y tal vez lo que posiblemente hicieron. Los cristales podrían reventar por la presión y matarte como si fuesen cuchillas. Me impulsé con los brazos hacia arriba, dando una bocadana de aire fresco nada más salir a la superficie.

Nadé hasta la orilla más cercana, quedándome ahí tirado, empapado, riéndome a carcajadas.

El móvil a pesar de estar chorreando, comenzó a sonar, era resistente al agua.

Lo saqué del bolsillo, pegándomelo a la oreja.

—Estoy bien —informé.

—Hemos cogido el coche que estaba casi al borde de caer, nos hemos metido en el túnel y Mateo ha lanzado dos granadas a los que estaban ahí esperando para tendernos la trampa, han volado por los aires, en seguida vamos a buscarte, jefe.

Traté de incorporarme, una niña estaba pescando con su padre, ambos me miraban como si fuese lo más raro del mundo.

—Genial, buen trabajo. —Me puse en pie, escurriéndome la corbata—. Oye, ni una palabra de esto a mi mujer, no quiero que se preocupe.

—Entendido, jefe.—La voz de Petra sonó dramática.— Gracias por no morir.

La llamada se cortó, volviendo el teléfono a sonar.

María.

—Cielo, ¿todo bien? — Esta mujer y su intuición femenina eran acojonantes.

Seguí mirando de reojo a la niña y al hombre, este le pasó una mano por encima para que no me acercase a ella, fruncí el ceño. ¿Por quién me tomaba?

—Sí, cariño, es que… no tenían de esas galletas de chocolate que le gustan a Gabriel y estamos buscando otro supermercado.

Ahora sí que me miraban raro de verdad.

Tapé el teléfono, acercándome a ellos.

—¿Podéis dejarme en paz? —rugí en voz baja—. ¿Amor? ¿Sigues ahí?

—Carusso, ¿de verdad que estás bien?

—Claro, ¿por qué iba a estar mal?

—He tenido un mal presentimiento.

—Debía ser por las galletas, si no las encuentro, Gabriel se enfadará y no

tendremos dónde escondernos. —La hice reír—. Vuelvo pronto, nena, te quiero.

—Y yo a ti, cuídate.

La llamada se cortó.

Uf, joder, por los pelos.

—Señor, ¿se encuentra bien? —murmuró con voz adorable la pobre criatura.

Me ajusté la corbata aún empapada.

—Estupendamente, gracias por preguntar.

Maldita sea, Petra, ven ya de una vez a por mí.

MARÍA



UNAS HORAS DESPUÉS

Mi mano envuelta en una pulsera de diamantes y nuestro anillo de compromiso, se apoyó en la barandilla para no matarme con los tacones al bajar las escaleras.

Salvatore esperaba en la entrada, como siempre.

El vestido en esta ocasión también era de color negro, largo hasta los pies, y no tan ceñido al cuerpo, ocultando un chaleco antibalas que protegía mi torso.

Llevaba el pelo recogido en una trenza de espiga, como el día que nos casamos y nos conocimos «por segunda vez», pues ya hubo una primera, aunque no nos recordásemos.

Sus ojos brillaron intensos al verme, mi sonrisa se volvió radiante, recordando como hacía unos meses, tenía ganas de salir corriendo cada vez que me veía en esta situación, y ahora, solo quería tirarme a sus brazos.

Una vez estuve cerca de los últimos peldaños, su mano tomó la mía para ayudarme a bajar sin tropezar hasta llegar al final, viéndole más guapo, más Padre, más mafia y más intimidante que nunca.

*«*Tú no puedes morir*».* Pensé, notando cómo los sentimientos estaban a flor de piel. Dijo que solo fue a por galletas, pero tardó una infinidad de horas y tenía una ceja ensangrentada con cuatro puntos cosidos.

Fruncí los labios.

Maldito Carusso.

Mi mano fue llevaba a su boca, depositando un casto beso sobre ella, vertió su perfume sobre mi cuello y se puso de rodillas para colocar la pistola en el lugar de siempre.

Sus dedos me acariciaron desde el tobillo hasta el gemelo, llegando al interior del muslo, a la vez que nuestros orbes se bebían mutuamente.

—*Ti amo, bella* —susurró, levantándose para colocarme el abrigo sobre el vestido.

—Yo a usted también, señor Carusso. —Sus ojos se iluminaron, como si acabase de volver a ver la luz tras un horrible y oscuro encierro.

Los tacones de Penélope se oyeron llegar desde lo lejos, haciendo acto de presencia, con cara de pocos amigos.

Gabriel, Ángela y Marcela no estaban en casa. Mateo se los llevó de vuelta a Madrid, Salvatore los quería lejos de toda esta locura, también insistió en que me fuese con ellos, pero le dejé claro que estaríamos juntos hasta el final, pasase lo que pasase, y si me obligaba a irme, no me volvería a ver jamás.

—¿Qué ha sucedido con el servicio de limpieza? —cuestionó de mal humor—. Me he tenido que hacer el maldito té yo sola, ¿y qué diablos te ha pasado en la ceja?

Salvatore soltó mi mano, caminando hacia ella, la agarró de los hombros para acercarla a sus labios y darle un beso en la frente.

— Les he dado el día libre, madre, la noticia que debo dar hoy es maravillosa, quiero que todos disfruten y lo de la ceja, ha sido un golpe tonto que me he dado al bajar del coche.

Ella se debatía en su interior, se veía que le gustaba recibir la atención de «su hijo». Por la forma en la que le estaba mirando, podía adivinar que le echa de menos.

—¿Has visto a Mónica? Vino el otro día y desapareció sin más.

—Sí, estuvimos hablando un ratito. —Le guiñó un ojo—. Se le hizo tarde y le pedí a Álvaro que la llevase de vuelta.

—Ah. —Su expresión se tornó más amable—. Genial, me alegra que hayáis pasado tiempo juntos —recalcó las últimas palabras mirándome con odio.

Yo debía mantenerme en mi papel, fingiendo sentirme mal ante su «comentario». Agaché la cabeza y ella alzó el mentón, en cuanto se dio la vuelta, caminando agarrada al brazo de Salvatore, sonreí.

Si no la mataba él, la mataría yo misma.

Llegamos a los coches, Salvatore abrió la puerta trasera del Bugatti para Penélope y luego abrió la mía, acariciándome la espalda antes de subir.

Una vez estuve dentro, me percaté de algo extraño, era el mismo auto, pero olía como… ¿a nuevo?

—¿Es el coche de siempre? —murmuré en voz baja.

Él me miró acojonado.

—Sí, claro.

Arqueé una de mis cejas. Mentiroso.

En fin, se lo dejaría pasar. Por ahora.

Durante todo el trayecto, su mano descansó sobre mi pierna.

—¿Y cual es esa noticia que debes dar? —Penélope no dejaba de usar su

teléfono, posiblemente quería notificar a mi padre y a Liu de lo que Carusso se traía entre manos, debían estar nerviosos.

Me fijé en un pequeño detalle. En la casa no quedó ni uno de sus hombres, todos venían con nosotros.

En aquella mansión solo quedaba dinero, lo cual para él, no tenía el más mínimo valor.

—No seas impaciente —contestó con una amabilidad poco común en él —. Pero es algo que estoy seguro te va a alegrar el día.

—Has amenazado a las familias con matarlas si no acuden —recalcó, entrecerrando los ojos como dos persianas.

—Soy el Padre de la mafia, es mi forma de hacer las cosas, Vladimir hacía lo mismo, deben entender que lo que yo quiera decirles, es igual de importante o más que sus propias vidas.

Penélope suspiró.

—Tu padre acabó muerto, Salvatore, no deberías ser tan osado.

—Mi padre tenía el mundo a sus pies, fue traicionado por alguien de su sangre, algo que a mí no me sucederá. —Su ceño se frunció, mirándola a través del espejo retrovisor.

La mano de mi marido apretó con cuidado mi muslo, era su forme de decirme, *«*estoy aquí, contigo, todo va a salir bien*»*.

Apoyé la cabeza sobre el sillón del auto, mirándole de reojo para intentar calmarme. Su cabello negro iba repeinado hacia atrás, con la sombra de barba oscurecida a través de su cuadrada y perfecta mandíbula, sus ojos se veían más azules que de costumbre, el traje que llevaba hoy era negro, al igual que la camisa, al igual que la corbata, al igual que el pañuelo. Todo, absolutamente todo, era negro.

Tuve que abrir un poco la ventanilla para que me diese el aire, los nervios me impedían respirar con normalidad.

Su forma de conducir fue tan elegante e impecable como siempre, no importaba el tráfico que hubiese o la distancia, siempre lograba que fuese un agradable paseo.

Una vez llegamos, ya anocheciendo, aparcamos junto al coche de Liu, parecía que éramos los últimos en llegar. Vaya, cuanta impaciencia.

Esta vez la gala no se celebraba en un hotel, si no en una enorme y lujosa nave dedicada a eventos.

Penélope entró primero.

Mi mano tiró de su brazo, reteniéndole unos segundos.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos frían a tiros?

—No debería, no pueden entrar armados.

—¿Y quién se ha encargado de que no haya armas ahí dentro?

—Eva y sus hombres, junto con algunos de los míos —explicó, arrugué el entrecejo.

—¿Confías en ella?

—No, pero no puede traicionarme, me he encargado personalmente de ello. —Sus labios se unieron a mi oído, fingiendo darme un beso—. Te amo, mi vida, relájate y disfruta del espectáculo.

No me quedó otra que tomar una gran bocanada de aire, pocas veces había estado tan nerviosa.

Una vez dentro, todas las miradas se posaron en nosotros, el silencio se hizo sepulcral, contuve la respiración al ver algunos caimanes junto al lugar en el que se solía sentar Salvatore.

Llevaban una cinta en la boca y estaban atados como si fuesen simples perritos.

Los ojos rasgados de Liu se cruzaron con los míos, este bebió de su copa de una forma extraña, como si desease leer mis pensamientos.

El ambiente no era igual al de otras veces, el miedo se podía respirar en el aire, estaban jodidamente asustados.

Mi padre, al otro extremo de donde se sentaba Liu, me repasó ligeramente en un vistazo, esquivando el contacto visual en cuanto me fijé en él.

Volver a verle nunca resultaba agradable.

Salvatore y yo fuimos a nuestro lugar, junto a Penélope que ya nos esperaba allí, Carla, Mateo, Eva y su hijo.

—Queridas familias. —Salvatore tomó la palabra, todos los allí presentes aguardaban con la respiración contenida—. Siento haber sido tan exigente, pero lo que debo informarles es lo más importante que he tenido que decir en mi vida. —Sonrió ampliamente, demostrando buen humor, esto alivió la tensión del momento, Penélope compartió una mirada de incomodidad con mi padre y después con Liu—. Quiero anunciaros que, tras haber comprado a esta mujer por treinta millones, ha pasado lo más inesperado. —Cogió mi mano, alzándola, mostrándola para que viesen nuestro anillo de compromiso—. Le he vuelto a pedir que se case conmigo, pero esta vez con una boda por todo lo alto, pues estoy increíblemente enamorado de ella, y no solo eso, ¡vamos a tener un hijo! ¡María está esperando un bebé! —Eso último era totalmente falso, no obstante, Salvatore necesitaba un motivo de

peso para hacerles creer que estaban aquí por algo que no era matarlos a todos. Se armó un revuelo de aplausos, silbidos de conmemoración, empezaron vitorear un «larga vida al Padre de la mafia», en realidad, estaban felices pensando que no corrían peligro y celebraban poder seguir respirando.

Salvatore alzó una de sus manos.

—Perdonad el haberos amenazado de muerte por no asistir, me gusta el humor negro. —Soltó una carcajada que despertó las risas en lo demás. Mi padre y Liu bajaron la guardia, dejando de estar a la defensiva, pero tampoco uniéndose a celebrar—. Ahora, bebed y comed todo lo que queráis, esto hay que celebrarlo por todo lo alto, os he traído unas chicas preciosas y estupendas para que deleiten vuestras vistas, las cuales, se las entregaré a Osorio como regalo por haberme dado la oportunidad de casarme con su maravillosa hija, también retiraré mi restricción de no poder traficar con menores, Osorio, eres libre de nuevo. —Le guiñó un ojo.

Mi padre no cabía en sí, se puso en pie, carraspeando la garganta para decir unas palabras.

—Para mí, es un orgullo que mi preciosa y única hija haya sido elegida por el Padre de la mafia, me llena de felicidad saber que esperas un hijo de ella, los apellidos Carusso y Osorio, quedarán unidos para siempre, será el comienzo de una nueva era.

Pareció ser que esas palabras no le gustaron ni un poquito a Liu.

Mi marido se acercó mi padre, con los brazos abiertos, este tembló un poco, pero recibió el abrazo, ambos se palmearon las espaldas delante de todos, estaba siendo un show de lo más divertido.

Pude apreciar la adversidad que esta unión significaba para muchos de los presentes, Carla tenía razón, los Osorios eran fervientemente odiados.

Las mesas no tardaron en llenarse de comida deliciosa, todo el mundo disfrutaba de la cena, el ambiente hostil y silencioso se convirtió en una increíble fiesta.

—Oye, ¿y Mónica? ¿Por qué no ha venido? —preguntó Penélope, buscando de un lado para otro.

—Estará indispuesta. —Salvatore sonrió de lado, metiéndose una aceituna en la boca, sabía que la había matado, pero por la forma en la que Penélope y las demás se miraron entre ellas, entendiendo algo distinto, me hizo sentir rabia.

Su mano acarició de nuevo mi pierna por debajo de la mesa.

Suspiré, tratando de contenerme.

No pude casi comer nada, al menos, tras lo que sucedió la última vez, nadie se atrevió a hacer comentarios sobre mi cuerpo. Carla estuvo a mi lado toda la noche, bebiendo como un camionero en un bar, pero sin emborracharse lo más mínimo, tenía un jodido don, me recordaba a Salvatore en eso.

—Ps… —Me llamó—. Tranquilízate, sonríe un poco, parece que estás a punto de ser sacrificada.

Traté de sonreír forzaba, me costaba muchísimo.

Solo quería que todo esto acabase de una vez por todas para poder salir de aquí.

—Necesito ir al baño, permiso. —Me levanté de la mesa, Carla decidió acompañarme, Petra nos siguió con la mirada, al igual que mi marido.

Quise echarme algo de agua fría en la cara, pero me haría el maquillaje un desastre, así que tan solo me refresqué la nuca.

—No lo aguanto más —dije entre dientes.

—Queda poco, en seguida llegará el brindis y... se habrá acabado. —Carla estaba al tanto del plan de Carusso—. Estás siendo muy fuerte, todo va a salir bien, solo aguanta un poco más.

—No soporto mirarles a las caras, tanto a mi padre como a Liu, después de lo que me hicieron.

—Salvatore los destruirá, confía en tu marido.

Las dos hablábamos en voz muy baja para que nadie nos oyese, la música y el jolgorio casi no nos dejaba escucharnos la una a la otra.

—Oye, Carla.

—Dime. —Empezó a retocarse los pómulos y la nariz. ¿Quién se preocupaba por su imagen en un momento como este? Estas mujeres estaban hechas de otra pasta.

—Si todo sale bien, si mañana seguimos vivas, quiero que seas mi amiga.

Ella se giró hacia mí, tomando mi mano, entrelazamos nuestros dedos.

—Yo ya soy tu amiga, María.

—Pero quiero que seamos amigas de verdad, quiero ir contigo de compras, a la peluquería, que nos llamemos para contarnos cosas, quiero tenerte cerca.

Afirmó, dándome a entender que deseaba lo mismo.

—Si mañana estamos vivas, que lo estaremos, seremos inseparables.

—Gracias. —La abracé, oliendo su maravilloso perfume, yo olía al de

Salvatore, cosas de los Carusso.

—Hueles como tu marido.

—Lo sé, es un poco posesivo.

—Yo también lo sería si estuviese con una chica como tú, créeme.

El móvil me sonó dentro del bolso, lo saqué para ver de quién se trataba.



Cuando salimos, la cena había acabado, las luces se volvieron más tenues, casi un centenar de chicas preciosas salieron de las cocinas, con ropa interior de encaje y bandejas de plata con cócteles sobre ellas.

—¡¿Cómo sabemos que las bebidas no están envenenadas?! —cuestionó Liu desde su asiento, con la copa en la mano, aún sin beber.

Carusso fue hacia su posición, cambiando la suya por la de él, brindando en su cara.

—Salud —contestó con voz ronca, bebiéndose el cóctel de un trago. Esto dio tranquilidad al público, todos empezaron a beber—. Si alguien desconfía de mí, tampoco merece mi confianza, y si no puedo confiar en alguien, simplemente lo elimino. —Fue diciendo, de camino a su lugar de nuevo, justo a mi lado—. ¿Hay alguien más que no quiera brindar por mi futuro hijo? ¿Después de organizaros esta increíble fiesta, me vais a hacer este desprecio? ¿Debo empezar a enfadarme?

—¿Envenenadas? —cuchicheó una de las mujeres—. Qué ridiculez, Salvatore siempre nos ha protegido, además, nos necesita, trabajamos para su imperio.

—¡Por el Padre de la mafia! —gritó Eva, y todos la siguieron.

Carusso verificó que cada uno de los presentes estaba bebiendo, incluido Liu, incluido mi padre.

Me sentía extraña al saber que acababa de ingerir un veneno que, sin el antídoto, destrozaría mi corazón en tan solo una hora. Temblé bajo el vestido.

—¡Que siga la fiesta! —gritó y todo fue un desmadre. Mi padre cogió a

una de las chicas, follándosela encima de la mesa delante de todos, muchos otros hombres hicieron más de lo mismo—. Nos vamos —susurró Salvatore en mi oído.

—¿Ya? ¿Se acabó?

—Sí, todo ha salido bien. Eva ha cumplido su parte, nadie ha intentado dispararnos, ahora nos iremos a casa y mis hombres se encargaran de Liu, de tu padre y de Penélope, aún no he acabado con ellos.

Salvatore y yo nos levantamos, despidiéndonos de los invitados en la mesa, Marcos y Carla tenían intención de hacer lo mismo. Todos teníamos prisa por desaparecer y tomarnos el antídoto.

Contar con este veneno hizo que Salvatore desistiera de incrimiar a mi padre ni presentar pruebas, su fijación ya no era solamente Osorio, eran todos.

—¡Un momento! —Liu se levantó de su asiento, caminando hasta donde estábamos nosotros—. Quiero decir algo antes de que os vayáis.

—Mi mujer está embaraza, debe descansar —replicó de mal humor.

Liu hizo un gesto de súplica.

—Solo será un momentito, es que... esto no es así ¿sabes? No puede ser que ahora vosotros tengáis un hijo, los Carusso y los Osorio ganen y yo me quede sin nada, así no era el trato.

—Liu, cállate —ordenó Pepe, desde su posición.

—No, maldito viejo, no me voy a callar.

—¡Liu! —Penélope se acercó a nosotros, con los puños apretados—. Basta, por favor.

—Oh, pero si es la señora Osorio. —Aquello levantó un montón de murmullos—. Sí, ¿no lo sabíais? Pepe y Penélope están casados, ella ni siquiera es una Carusso, aunque se atreva a seguir gastándose el dinero de Vladimir, solo es una jodida puta que se ha acostado con Pepe aun estando casada con nuestro antiguo Padre, ¿qué me dices de eso, Salvatore? ¿No vas a castigarla?

Penélope empezó a temblar, estaba al borde del colapso, sus manos agarraron el brazo de mi marido, buscando clemencia.

—Hijo, no le creas, no dice la verdad, por favor.

Salvatore hinchó su pecho, respirando profundo.

—Sí, sí que lo sabía, Liu, aun así, agradezco tu sinceridad. —Penélope se retiró con los ojos tan abiertos como platos, casi podía escuchar su corazón latiendo a mil por hora—. Lo que pasa es que íbamos a discutirlo en casa,

de una forma más íntima, aun así, ya puestos... ¿Qué castigo creéis que merece? —cuestionó en voz alta.

—Salvatore... hijo…

Mi marido le soltó un bofetón que la tiró al suelo, caminando despacio hacia ella, para pisarle la cabeza con su reluciente mocasín negro.

—¿Alguien se ofrece voluntario para violarla y humillarla aquí mismo? ¿Delante de todos nosotros?

Pepe se acercó con la cabeza agachada, también temblaba como una sabandija.

—No le hagas daño, por favor.

—Tú, ¿ruegas por su vida?, ¿y la de tu hija?, o mejor dicho, tus hijas, ¿por qué no te importó la vida de ninguna de ellas?

—¡¿HIJAS?! —Empezaron a preguntarse entre todos.

Carla destapó un pequeño botecito de cristal, bebiéndoselo, aprovechando que nadie la miraba, Marcos hizo lo mismo, poniéndose de espaldas. Petra se escondió tras él para también beber el antídoto.

Faltábamos Salvatore y yo. El tiempo corría en nuestra contra.

—Me estoy mareando, necesito las vitaminas que me recetó el médico para el embarazo —murmuré, agarrando el brazo de mi marido. Él lo entendió.

No iba a esperar ni un minuto más, esa mierda te iba jodiendo por dentro, aunque no te matase al instante, cuanto más tiempo en el organismo, más daño te hacía. Podríamos quedar con secuelas irreparables.

—Claro, disculpad. —Salvatore sacó un pequeño frasco de cristal, golpeándolo con el dedo para abrirlo, me lo entregó y lo bebí delante de todos.

—El segundo. —Su mirada se llenó de incertidumbre—. Son dos tomas, ya lo sabes, cielo.

Por favor, confía en mí.

—Sí, cierto. —Su pie seguía manteniendo la cabeza de Penélope en el suelo, abrió el segundo antídoto, el que era para él y me lo entregó.

Tomé el contenido, sin tragármelo, agarré el cuello de su camisa para traer su boca a la mía, nos besamos e impulsé la medicina en su cavidad bucal.

—Gracias por cuidar de mí —susurré, cuando nuestros labios se desunieron.

Otro aplauso.

Esta gente amaba el romance y el drama.

—Disculpad este pequeño corte, mi mujer es lo primero —comentó de forma cortés, mi corazón volvía a latir con normalidad, estábamos salvados —. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, Osorio, cuéntales a todos lo que hiciste con tus dos hijas, Mía y María.

—Mía...

—¿Habla de Mía Carusso?

—¿Mía es hija de Osorio? ¿Cómo así?

Un revuelo de cuchicheos hacía eco por todas partes, Liu comenzó a reírse a carcajadas.

—Estás muerto, Osorio.

—Claro, pero ¿por qué no cuentas tu parte? ¿Por qué no les dices que Mía fue lo que pediste a cambio de traerme aquel corazón? —Mi padre alzó sus ojos saltones hacia mi marido, el cual le miraba desde arriba como si fuese un ser mucho más superior que él, pisoteando la cara de Penélope, la cual lloraba a mar abierto—. Liu me pidió a Mia como precio del corazón, porque quería dejarla preñada para tener un hijo que llevase el apellido Carusso, buscaba un golpe de estado para arrebatarte del título de Padre de la mafia. —Sus ojos viajaron hasta los míos posándose en mí—. No estaba abusando de ella, solo quería abrazarla, era mi hija, llevaba años sin verla, pero ella creía lo contrario y tú también, quería decirle que solo debía dejarse utilizar por Liu y que luego le daríamos la pastilla del día después a escondidas para que no quedase embarazada, de la misma forma que hicimos contigo.

Aquel nuevo recuerdo se desbloqueó en mi cabeza, mi padre me obligó a tomar una pastilla blanca y pequeña después de que Liu me violase encima del escritorio, delante de su cara y de la de Penélope.

—¿De verdad te atreves a hablarme después de todo lo que has hecho? ¿De verdad crees que hiciste algo bien? —Las lágrimas de rabia empezaron a aflorarme desde lo más profundo del alma, quería agarrarle del cuello y estrangularle, quería vengar la muerte de Mía, y quería vengarme por todo lo que me hicieron—. ¿Por qué la mataste?

—No podía permitir que supieses que tenías una hermana, se parecía mucho a ti, te terminarías haciendo preguntas, yo no podía matarte, María, te quería demasiado, así que la tuve que sacrificar a ella.

—No podías matarme porque estarías perdiendo la oportunidad de venderme en tu beneficio, todo son negocios para ti, y la mataste a ella para que ningún hombre pudiese apoderarse del apellido Carusso y ganarte

terreno, hijo de puta.

—Además —Salvatore volvió a tomar la palabra—, me vendiste a tu hija como virgen, cuando en realidad fue violada por esta rata.—Su mano agarró el cuello de Liu, este intentó defenderse, mas le tiró al suelo retorciéndole el brazo con muy poco esfuerzo, Penélope trató de alejarse arrastrándose por el suelo. Mi pie le pisó la cara, sonriéndole desde arriba.

Salvatore se ensañó con Liu, pegándole puñetazos en la cara con una fuerza bestial mientras le sujetaba del cuello. Cuando se cansó, lo dejó tirado en el suelo como un simple trapo.

—Exijo la pena de muerte para ellos, ¿estáis de acuerdo o no?

Ni siquiera necesitó presentar las pruebas, ellos mismos se delataron, era increíble a lo que podía llegar la estupidez humana. Penélope y Pepe nunca debieron confiar en Liu, aunque nunca les quedó otra alternativa, pues fue el único capaz de conseguir un corazón para mi padre, a un alto precio.

Los líderes restantes de las familias (Félix, Niko y Eva), alzaron sus pulgares, tumbándolos hacia abajo, lo cual significaba muerte.

—Traed a los caimanes —ordenó. Álvaro se acercó con las correas—. Déjalos libres.

El cuerpo se me heló al saber que una de esas bestias se me acercaría, Salvatore me agarró del brazo.

—Ahora sí que nos vamos —susurró, tirando con cuidado de mí—. Que se coman viva a Penélope, Pepe y Liu se vienen con nosotros —instó a los suyos. Su mano se levantó haciendo una señal al resto—. Podéis hacer lo que queráis con ella, tenéis mi permiso.

Penélope no era una mujer muy querida, parecía ser. Las mujeres empezaron a tirarle restos de comida, los hombres fueron a por ella, arrancándole la ropa a tirones, de repente, eran como una manada de animales salvajes, peores que los propios caimanes, los cuales iban deambulando a su antojo por la sala. Los invitados trataban de esquivarlos, subiéndose a las sillas y mesas cada vez que les veían pasar.

Salvatore siguió tirando de mí, aprovechando el barullo para quitarnos de en medio, busqué con la mirada a Petra y los demás.

—No te preocupes por ellos, saben cuidarse, ahora hay que salir deprisa, no tardarán en empezar a morir.

Liu siguió intentando resistirse, fue abatido rápidamente por los hombres de Carusso, mi padre no ofreció resistencia, llorando al contemplar el cruel final de Penélope.

—¡SALVATORE! ¡SALVATORE, NO ME ABANDONES! ¡TU PADRE NUNCA TE LO PERDONARÁ! —sus gritos se oían a lo lejos, alcé la mirada por encima del hombro, viendo cómo la empujaban totalmente desnuda y ensangrentaba al suelo, cayendo frente a tres caimanes hambrientos, en libertad—. ¡SALVATOREEEE!

Las puertas se cerraron, el frío de la noche invadió nuestros pulmones, todas las personas que estaban ahí dentro, morirían en pocos minutos, pronto empezarían a encontrarse mal.

Los hombres de Carusso y Lelouch sellaron todas las entradas y salidas, los demás se reunieron con nosotros a las afueras, incluida Eva y su hijo.

—¿Vas a dejar que la dama de la noche los mate lentamente o terminamos esto de una vez? —cuestionó Petra, con el rifle entre las manos.

—Dejad que el veneno actúe por sí solo. —Una expresión sádica se dibujó en sus crueles facciones, torciendo el cuello hacia Liu y mi padre, atados y de rodillas en el suelo. Liu presentaba el labio partido, la nariz sangrante y un ojo morado—. Dadle el antídoto, tengo que divertirme con ellos.

Eva se acercó a nosotros al ver que nos íbamos hacia los coches.

—Padre, cumple tu palabra, al igual que yo he cumplido con la mía.

Pensé que les daría la cura, que los dejaría marchar y ser felices, pero Carusso no era el hombre amoroso y gentil que mostraba a sus seres queridos, tal y como intuí desde el primer momento que le vi, un ser oscuro y terrorífico vivía dentro de su persona.

Salvatore les apuntó con la pistola, los hombres de Eva no hicieron nada, sabían que revelarse contra el Padre de la mafia tenía consecuencias y, además, les superaban en número.

Tiraron sus armas, postrándose de rodillas, traicionando a Eva.

—Carusso... por favor... —Ella también se arrodilló ante él—. Prometiste sacarnos de la mafia.

La mandíbula de Salvatore se relajó, mostrando una de sus más bonitas sonrisas.

—De la mafia, no se sale.

Dos disparos. Dos cuerpos. Una madre y un hijo desangrándose sobre el asfalto.

La frialdad de su gélida mirada me hizo sentir un escalofrío al enfocarse en mí.

—No me mires así, como si tuvieras que tener algún motivo para temerme, sabes que yo daría la vida por ti.

Cerré los ojos, inspirando con fuerza.

—Nunca te tendré miedo, Carusso.

Se llevó las manos a los bolsillos, aun con aquella sonrisa resplandeciente.

—Así me gusta, pequeña. —Me guiñó un ojo, recordándome al Salvatore que conocí hacía seis meses, caminando con aires de superioridad y prepotencia hacia su flamante Bugatti Chiron. No había cambiado, seguía siendo el mismo demonio, pero mis sentimientos por él sí que eran otros.

Amaba a ese demonio.

Su mano abrió la puerta de copiloto, haciéndome un gesto para que subiese.

—Ni se te ocurra volver a intentar escupirme o te pondré a otro caimán encima del vestido.

Cuando estuve a su altura, volvimos a mirarnos, y volvimos a vernos.

Salvatore había vuelto a refugiarse en su armadura, volvía a ser el Padre de la mafia, abandonando sus sueños de dedicarse a la medicina, de huir, de escapar.

Decidió finalmente seguir el legado de Vladimir, aceptando su destino, pues siempre debería existir un Padre, de la misma forma que siempre debía haber un Satanás que gobernase el inframundo.

Y nadie, controlaba el infierno mejor que él.

—Entonces. —Me dejé apoyar sobre la puerta del coche—. ¿Al final no nos escaparemos?

La boquilla de su pistola se apoyó contra mi mentón, alzándomelo, para que le mirase de esa forma altiva que tan cachondo le ponía.

—De la mafia no se sale, princesa, pero tú eres libre de elegir, dime, ¿qué deseas?

—Hasta que la muerte nos separe, amor mío.

—Que así sea, *cara mia*. —La pistola bajó lentamente por mi pecho, apartándola rápidamente para abrazarme y besarme allí mismo, junto a la puerta del coche, mientras Liu y Pepe eran cargados en el maletero del vehículo de Petra.

Carla y Marcos también salieron de allí, dirigiéndose a la mansión.

Nuestros labios se separaron haciendo un sonido estridente al romper el beso, su mirada se fundió en la mía y viceversa, le amaba, le amaba con toda mi alma, de la misma forma que sentía que él me amaba a mí.

A veces, los planes no salían como nos gustaría, a veces, tocaba sacrificarse por el bien de las personas que más te importaban. Él se estaba

sacrificando por cada uno de nosotros, eligió vivir en su crisálida de hielo, desafiando a la muerte cada día, antes de empezar una vida de cero.

Y yo elegí acompañarle y ayudarle hasta nuestro último suspiro.

Después de aquella noche, fuimos al cine todos los viernes, y comimos muchas palomitas dulces.

Salvatore siempre sacaba tiempo para ser un hombre atento y cariñoso, dejando al mafioso despiadado de lado, cuando estaba conmigo.

Los nuevos líderes de las familias fueron elegidos por ambos, estando totalmente de acuerdo en todas las decisiones que tomábamos tanto el uno, como el otro.

Petra, tráfico de armas.

Marcos, tráfico de órganos.

Carla, blanqueo de dinero.

Mateo, tráfico de drogas.

Salvatore, siguió siendo nuestro Padre, y la ley absoluta.

El negocio de la prostitución, fue exterminado, ninguna mujer volvería a ser vendida, perseguiríamos a cada delincuente que se atreviese a traficar con ellas y no nos mostraríamos benevolentes.

Todas las mujeres que pertenecían a mi padre, recibieron estudios, educación, apoyo psicológico y un fondo económico para poder empezar de cero.

Y yo me dediqué a escribir mis libros de romance. Disfrutando finalmente de ser libre, de poder hacer todo lo que me apeteciese con mis mejores amigas, Carla y Ángela, de entrar y salir, de respirar, de vivir.

El hospital de Pepe Osorio, pasó a estar en nuestro poder, el cual dejó de ser una carnicería en la que secuestrar niños, convirtiéndose en un hospital con los mismos servicios de uno privado pero totalmente gratuito en el que se atendía a personas de gravedad.

Y adivinad quién era el cirujano más prestigioso de todos en dicho hospital.

Sí, el mismo, Salvatore Carusso.

Porque a veces lo sueños no se cumplen de la forma que esperamos, pero si se lucha por ellos, siempre, absolutamente siempre, se hacen realidad.

FIN

EPÍLOGO

SALVATORE

El aplauso resonó en la sala del quirófano, por fin conseguimos salvar la vida de aquella niña cuyo destino estaba marcado por la muerte. Diecinueve horas de operación a corazón abierto, pero valió la pena.

Las felicitaciones llegaron por todas partes, elogiando mi trabajo, a mí solo me importaba llegar a casa y contárselo a María. Que ella me viese como a un héroe era el momento en el que sentía que me colgaban la medalla en el pecho.

Salí del quirófano, junto a algunos otros médicos, el padre estaba ansioso, la madre tenía los ojos rojizos de tanto llorar, me miraron preocupados, con el alma cogida en un puño, asentí dándoles a entender que la niña permanecía estable, fuera de peligro.

—¡Gracias a Dios! —Ella gimió cayendo en los brazos de su marido, ambos lloraron desconsolados y solo deseé no estar nunca en ese lugar, si a Gabriel le sucedía algo, no sabría de qué forma afrontarlo.

Mis compañeros se enjuagaron las lágrimas, yo tan solo les di un par de instrucciones y fui a por un café.

Me hubiese gustado llorar con ellos, que se me saltasen las lágrimas o sentir algún tipo de emoción, mas por mi condición, era casi imposible. Solo pasaba con aquellas personas realmente importantes en mi vida.

Saqué el teléfono llamando a María, ahora las cosas funcionaban mejor, los nuevos líderes de las mafias eran competentes, hacían su trabajo bien y no debía estar todo el día detrás de ellos como si esto fuese una maldita guardería, teniendo tiempo para hacer lo que me gustaba de verdad.

—Hola, cielo. —Saludó, con un tono de voz diferente, no sabía si estaba contenta o feliz, me preocupé al instante—. ¿Por fin has terminado esa operación tan complicada?

—Sí, ha ido bien.

—¡Wao! Eres impresionante.

Saqué el café de la máquina, llevándomelo a los labios, aún con el uniforme de cirujano puesto. —¿Qué le pasa a tu voz, nena?

—Tengo algo que contarte, bueno, más bien, tengo dos cosas que contarte.

Pasaron tres meses desde que nos deshicimos de las cinco familias líderes, estuvimos trabajando en nuestros sueños e ilusiones, al mismo tiempo, fuimos preparando nuestra boda. Marcos iba a ser el padrino y Marcela la madrina.

Nos casábamos mañana.

Sabía que la guerra no había terminado, en algún momento, alguien buscaría venganza, pero estaríamos listos para recibirlos y destrozarlos.

—Soy todo oídos, preciosa, pero si es muy importante, cojo el coche ahora mismo y voy para allá.

—No quiero que vayas conduciendo como un loco, sí que es importante, pero quédate donde estás.

Rodé los ojos.

—La escucho, señora Carusso.

Finalmente, María se cambió el apellido, teniendo ahora los dos de su madre.

—La primera, acabo de terminar mi manuscrito y lo he enviado a la editorial de la que tanto te hablé, ahora estoy a la espera de la valoración y el presupuesto.

Me sentía orgulloso de ella, pero como esa editorial se atreviese a rechazar su trabajo, iban a caer unas cuantas bombas por allí.

—¡Bravísima! Eres increíble, nena, verás cómo todo el mundo ama ese libro. —Di un trago más, debía comprarle algo bonito para celebrarlo más tarde—. ¿Y la segunda noticia?

La escuché suspirar.

—Estoy embarazada.

Escupí dentro del vaso todo lo que había bebido. Era cierto que María y yo follábamos mucho, y a veces sin condón, pero nunca terminaba dentro.

Aun así...

—Joder, nena. —Me puse nervioso, caminando de un lado para el otro del pasillo—. ¿Y cómo te encuentras? ¿Estás bien? ¿Vamos al médico?

Mierda, no sabía ni qué hacer, me estaba poniendo de lo más histérico.

—Respira, Carusso, no quiero que te de un infarto. —La escuché reírse,

mi cuerpo obedeció de inmediato—. Y ahora, sal de ese hospital, sube a tu increíble coche, y ven calmadamente a casa, estoy deseando besarte.

La polla se me puso tan dura como una piedra, tres enfermeras pasaron por mi lado haciéndome ojitos, me di cuenta de que con este uniforme se notaba todo.

¡Mierda!

Me quité el gorro del quirófano para tapar esa zona, corriendo a los vestuarios.

—Te voy a dejar preñada de nuevo cuando llegue a casa, que lo sepas.

Abrí mi taquilla, sacando la mochila y el chándal gris, porque no, no venía al hospital vestido de Armani.

—¿Sabes que te amo, verdad? —Su voz sonó dulce y ñoña.

Busqué mi gel para darme una ducha antes de cambiarme.

—Y yo a ti, preciosa, gracias por esta noticia, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

Mierda, ahora sí que iba a llorar, tuve que respirar profundo varias veces.

—Yo estoy muy emocionada, aunque me preocupa cómo pueda reaccionar Gabi.

Negué.

—Gabi es nuestro hijo, y será mi sucesor, nada cambiará eso.

Silencio.

—Gracias. —Su voz se emocionó un poco—. Eres un padre increíble.

—Y tú una esposa y una madre maravillosa. —Le di un beso al teléfono —. Voy a ducharme y tiro corriendo para casa, estoy deseando verte.

El teléfono se colgó, lo dejé dentro de la mochila, ya estaba en pelotas, mirando el agua correr en la ducha. Traté de contenerme, pero no pude.

Grité de felicidad, iba tener un bebé con María, iba a ver su barriguita crecer, iba a estar en el parto, iba a ver esa criatura dar sus primeros pasos, decir sus primeras palabras.

Me metí dentro del agua, enjabonándome las axilas mientras hacía el helicóptero con la polla, celebrando las cosas buenas que, por fin, nos traía la vida.

———— ◦ ❖ ◦ ————

Llegué a toda prisa, con una bandeja de dulces y un ramo de flores. En cuanto entré en casa, Gabi vino corriendo a saludarme. Le entregué las flores y los dulces a Ángela para coger a mi campeón y darle un achuchón.

—¿Cómo ha ido tu día? ¿Qué tal el partido? ¿Has marcado muchos goles?

A veces, por mi trabajo, no podía acudir a todos los partidos de Gabriel, pero María los grababa y luego los veíamos todos juntos en el salón, comiendo palomitas y celebrando cada gol, esto hacía que mi pequeño mocoso se sintiese como una superestrella.

—¡Cinco goles! ¡Yo solo! Porque los demás son unos completos inútiles.

—¡Gabi, esa lengua! —María apareció con un precioso vestido rosa, largo hasta los pies, de cuello de palabra de honor, cuando la miré no pude creer lo que mis ojos estaban viendo—. ¿Qué te pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?

Su pelo ya no era rubio, ahora lucía color café, como el día en que la vi por primera vez.

—Vaaaya... —Estaba atónito, no tenía jodidas palabras—. Cariño, estás preciosa. —Le arranqué las flores de la mano a Ángela, la cual no pudo evitar reírse, ella quiso seguir trabajando para nosotros, era feliz aquí, aunque ahora las tareas del hogar las hacíamos entre toda la familia, aun así, nos resultaba de muchísima ayuda—. Para la mujer de mi vida.

Gabriel dio una arcada.

—Gracias, señor Carusso. —Nuestros labios se unieron en un breve beso, no pude dejar de bañarme en su increíble belleza, no era normal, no era natural, esta mujer era un ángel caído del cielo.

—Entonces. —Mis manos se posaron en su preciosa barriguita—. ¿Estás...?

Ella asintió, enseñándome el test, lo cogí para verlo más de cerca. Las dos líneas estaban ahí, en rosa, maldita sea.

Aquello que nunca me sucedía, esos sentimientos que parecían imposibles para mí, salieron de forma brusca, como siempre me pasaba cuando estaba con ella. Los ojos se me volvieron vidriosos y noté que si decía alguna palabra, iba a llorar.

—Marcela dice que será una niña —añadió, tocando mi hombro—. Sea lo que sea, estará bien, pero si es niña, me gustaría que llevase el nombre de Mía.

—Mía Carusso. —Volví a ponerle las manos sobre el vientre, arrodillándome para saludar a mi bebé—. Oye, tienes que ser fuerte y crecer saludable, estoy deseando conocerte.

María también estaba llorando, la abracé, aún de rodillas, era mi diosa y la

mujer de mis sueños.

Estuvimos así un ratito, hasta que Marcela llegó.

—Pero cuánto amor se respira en esta casa. — Mi madre dio un cambio radical, estaba siempre reluciente, con sus bonitas joyas y su cabello negro suelto, aun así, se pasaba el día con Ángela, limpiando por aquí, ordenando por allá—. Bienvenido a casa, tesoro, y felicidades. —Nos dimos un beso en la mejilla—. ¿Os parece si esta noche vamos a celebrarlo? ¿Vamos a algún restaurante a cenar?

María y yo nos miramos, ella se mordió el labio.

—Mamá, tendrá que ser en otra ocasión, esta noche es nuestra despedida de solteros.

Su cara se incendió, mirándome con gran enfado.

—¡¿Despedida de soltero?! ¡Cómo se te ocurre! ¡No quiero verte por ahí guarreando con mujeres cochinas! ¿Me has escuchado, Carusso?

Cuando Marcela se enfadaba daba miedo de verdad, tanto que a veces temía que me arrancase una oreja o me sacase los ojos.

—¡Nada de mujeres cochinas, mamá, lo juro! —Logré quitármela de encima, todavía le salía humo de las orejas—. De hecho, solo estaremos María y yo, será algo privado.

—Oh, bueno. —Su expresión se volvió complaciente en pocos segundos —. Pues que disfrutéis.

—Yo tengo un bizcocho en el horno. —Señaló María, despidiéndose de mí mientras la miraba con súplica—. Te he adelantado el trabajo en el despacho, solo tienes que revisar que todo esté bien, en poquito te traigo la merienda y hazme el favor de dormir un rato, trabajas demasiado.

—Eres maravillosa —susurré, viendo cómo su bonito culo se movía bajo aquel vestido tan coqueto mientras aquella melena larga color café le caía sobre la espalda.

Oh, cielos.

Gabriel ya estaba en la cocina revoloteando alrededor del horno, era el niño más goloso que había visto en toda mi vida.

Hice como que me iba a la habitación, dándome cuenta de que estaban despistados. Bajé de inmediato al sótano, tenía unas «cositas» pendientes.

—Señor. —Mis hombres se inclinaron nada más verme llegar, ahí abajo siempre solía estar Mateo o Marcos, Petra también seguía por aquí con nosotros.

Que, por cierto, había empezado a salir con Carla tras el divorcio de ella

con mi mejor amigo.

Abrí la puerta de uno de los cuartillos, viendo a Liu tirado en el suelo. Pepe Osorio murió ayer, no le di la noticia a María, le dije que los hice desaparecer aquella misma noche y nunca más volvimos a hablar del tema.

Ya me había cansado de jugar con ellos, les daba palizas, les rompía huesos, luego los metía en la piscina con los caimanes para que le arrancasen alguna extremidad sin dejar que llegasen a matarlos...

Fue divertido ver a esos dos nadando como imbéciles, huyendo de mis pobres y adorables animalitos.

Y mi último castigo fue la inanición, estuvieron toda esta última semana teniendo como comida y bebida lo que cagaban y meaban. Liu debía comerse la mierda de Osorio, y viceversa.

—¡Hoy estoy de buen humor! —anuncié, viendo cómo Liu tenía solamente una pierna por la mitad, y un solo brazo—. Así que por fin, te voy a matar.

Sus párpados se levantaron casi sin fuerzas, mirándome entre temblores y espasmos.

—Gra...Gracias...

—De nada, es un placer. —Chasqueé los dedos—. Llevádmelo al laboratorio.

—No, por favor, al laboratorio no, pégame un tiro y ya está.

Me agaché con las manos en los bolillos, mirándole fijamente.

—¿Me estás dando una orden, rollito de primavera?

Negó entre espasmos.

—Ah, ya decía yo.

Mis hombres lo levantaron del suelo, Marcos se acercó a mí con un puro en los dedos.

—Felicidades, Papá Carusso. —Parecía estar también al tanto, nos dimos un apretón—. Vaya tela el Osorio anoche, estuvo llamando a María a gritos, pensando que ella iba a venir a hacer algo por él, al final lo tiramos a la piscina para que se ahogara de una vez.

—¿Sufrió mucho?

—Bastante, pero hemos tenido que vaciar, sacar de ahí a los caimanes y volver a echar agua limpia, lo dejó todo lleno de mierda.

—Bien.

Caminamos juntos hasta el laboratorio, mis hombres dejaron a Liu atado en la camilla, comprobé sus signos vitales mientras Marcos le apagaba el

puro en el centro del pecho.

—Es increíble lo saludable que estás, parece mentira, te quejarás de que te hemos cuidado mal... —Cogí un bisturí, apretando en la zona baja de su abdomen—. Bien, querido Liu, esto es por haberte atrevido a tocar a la mujer incorrecta y por haber desobedecido mi orden, nunca debiste conseguir ese corazón para Osorio, disfruta del viaje.

Clavé la hoja en su piel, sus gritos se volvieron guturales, aullaba como una jodida alimaña, lo abrí en canal, acercándome a una pequeña jaula que tenía al lado con ratas.

Atrapé dos de ellas, sus ojos casi se salieron de las órbitas al ver lo que trataba de hacer.

—Por favor, por favor, Carusso, trabajaré para ti, haré cualquier cosa, o mejor, dispárame, hazlo, te lo suplico pero...

Agarré su abdomen, metiendo las dos ratas dentro de su cuerpo, volviendo a unir su piel en el correspondiente lugar, cosiéndole con grapas.

Marcos tuvo que apartar la mirada, pero yo disfruté hasta el último momento, hasta el último de sus espasmos, hasta el último de sus gritos.

—Que te vaya bien en el infierno, Liu Yum, algún día volveremos a vernos, y tu pesadilla volverá a comenzar, no creas que esto ha terminado.

CAPÍTULO EXTRA

MARÍA



Los rayos de sol entraban por los visillos, hacía un día precioso, los parajillos cantaban felices, me sentía como en un cuento de hadas.

La despedida de solteros fue una pasada, a nuestra manera, nunca mejor dicho.

Compramos unos menús del Burger con helados y nos tiramos en la cama a hacer nuestra primera lectura conjunta, nos costó casi la vida encontrar un libro que nos gustase «a los dos».

Ya era por la tarde, nos separamos nada más llegó el amanecer y permanecimos en habitaciones distintas. Decían que daba mala suerte verse el mismo día, antes de la boda.

Me casaría con el cabello suelto y ondulado, natural, como yo era.

Tan solo puse un poco de polvo rosáceo sobre mis mejillas, algo de línea sobre el párpado y un pelín de *gloss*.

El vestido que elegí no fue ni caro, ni algo excesivamente llamativo. Era blanco, de tirantes, largo y sencillo, con un coqueto escote.

Tomé el ramo de flores, colocando un mechón de pelo tras mi oreja, estaba lista.

Salvatore sugirió una boda en la iglesia, por todo lo alto, pero yo me negué, porque ese no era el sueño de mi vida y tampoco nos representaba, a ninguno de los dos.

Yo quería casarme envuelta en la sencillez de la que él se enamoró de mí, y quería que fuese en el lugar que me sentí libre por primera vez.

La playa.

Alguien tocó la puerta, me di la vuelta encontrando a Petra junto con Carla, las dos chillaron de la emoción. Marcela estaba ayudando a vestirse a Salvatore.

—Estás... —Carla se mordió el labio.

—Sencilla, normal, feliz. —Terminé por decir—. Libre, sobre todo libre.

Seguía perteneciendo a la mafia, seguía pudiendo morir en cualquier momento, pero ¿acaso alguien estaba exento de ello? Cientos de personas morían en los hospitales, en accidentes de tráfico... al final, todos teníamos nuestro momento de dejar la vida atrás, y solo Dios sabía cuándo y cómo.

Salvatore me dio la oportunidad de irme y comenzar de cero, no obstante, la rechacé porque quería seguir a su lado, quería seguir siendo parte de este mundo, de su mundo.

Así que, con la boca llena y el mentón alto, podía decir que finalmente era libre.

Salí de la habitación acompañada de las chicas, Marcos me esperaba al final de la escalera, Gabriel se había ido con su padre.

—¡Pero qué novia tan bonita! —Me ofreció el brazo—. Salvatore va a necesitar una reanimación cardiopulmonar cuando te vea.

—Dejad de ser tan exagerados, solo es un vestido blanco y nada más. —Estaba empezando a ponerme roja de la vergüenza.

—Es que tú no necesitas nada para deslumbrar con tu belleza, María —añadió Carla, caminando de la mano junto a Petra.

Alguien se acercó con pasos apresurados.

—¡Esperadme! ¡Esperadme! —Ángela venía corriendo, descalza, con su particular acento ruso, marcando mucho las «r» y los tacones en la mano—. Oh, dios, creí que no llegaba.

—¡Pensaba que te fuiste con Salvatore! —dije, golpeando mi frente, hubiese sido un horror dejar a la pobre aquí sola.

Ella se sonrojó y la pillé al vuelo, quería ir en el coche de Marcos.

—Anda, vamos. —Le dediqué una sonrisa mientras mi padrino de bodas no dejaba de comérsela con los ojos.

—Te puedes agarrar al otro brazo si quieres.—Marcos subió y bajo las cejas, ofreciéndoselo, ella hizo una mueca, subiéndose a los tacones para ignorarle.

Muy bien, Ángela, así es como se hace.

—Creo que te lo vas a tener que trabajar un poquito más si quieres una cita —bromeé, viendo cómo había decorado su coche, con preciosas flores blancas en los manillares de las puertas.

Me senté atrás con las chicas a posta, dejando que Ángela tuviese que ir delante con Marcos por obligación, fuimos todo el viaje riéndonos de

ambos, pues estaban realmente avergonzados por estar tan cerca el uno del otro.

Saqué la cabeza por la ventanilla, sintiendo el aire fresco. Marbella era preciosa, con sus altas palmeras y edificios blancos, con el olor de la marisma y el sonido de las olas, con sus calles rebosantes de bares y turistas, sus tiendas, su sol brillante, sus cielos azules llenos de gaviotas revoloteando de un lado para otro.

La vida era tan bonita, y merecía tanto ser vivida.

El mar se empezó a ver lo lejos, estábamos cada vez más cerca.

Ayer terminé de escribir el final del libro de mis sueños, pero hoy se escribiría el final del sueño de mi vida.

Los sentimientos se me atoraron en la garganta, el coche se aparcó al final del paseo marítimo, toda la zona estaba llena de guardias de seguridad y hombres armados que trabajaban para Carusso.

La presencia de mi marido se hizo palpable al instante.

Una vez puse uno de mis pies sobre el suelo, Marcos me ofreció de nuevo el brazo, Petra y Carla se colocaron detrás de nosotros, con las manos unidas y, cómo no, con el rifle dispuesto a acribillar a cualquiera que se atreviese a interrumpir este momento.

Avanzamos hasta el camino de arena bordeado de bonitas conchas coloridas y pétalos de rosas.

El mar estalló con fuerza contra las rocas, me quité los zapatos dándoselos a Carla para sentir la playa bajo mis dedos, colocándome recta y respirando profundo, le vi ahí, con esos ojos tan profundos, tan azules, como el horizonte que se dibujaba tras su espalda.

«Qué guapa», gesticularon sus labios, mientras la mirada le brillaba como si mil estrellas estuviesen naciendo ahora mismo dentro de sus orbes.

Estaba precioso, estaba jodidamente precioso, por dios, estaba... ¡estaba increíble!

Llevaba unos pantalones blancos cortos con una camisa de lino, también iba descalzo. Su pelo se movía al viento, sin gomina, sin laca, totalmente natural.

No lo soporté más, no pude aguantar la conmoción del momento, solté el brazo de Marcos, corriendo hacia Salvatore.

Él también vino hacia mí, colocando sus manos sobre mi cintura para levantarme del suelo, abrazándome y girando conmigo entre sus brazos, mientras lo míos se extendían, a través del sonido de las olas y el viento

azotando mi cabello color café.

«¡SOY LIBREEEEEE!». Grité en mi interior, notando que casi podía volar y hacer de mi vida lo que quisiese.

Mi cuerpo fue resbalando poco a poco, hasta que estuve de pie frente a él, junto al altar, con nuestras manos unidas.

El cura empezó a decir algunas palabras, esta vez no había prisa, esta vez no nos importaba si nos quedábamos en aquel momento para el resto de nuestras vidas.

Cuando llegó el momento, tuve que respirar con todas mis fuerzas para no deshacerme en lágrimas.

—Yo, Salvatore, te quiero a ti, María, como esposo; y me entrego a ti y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

No podía, juro que no podía hablar. Sus manos apretaron las mías transmitiéndome fuerza.

Entreabrí los labios, sintiendo el sabor de la sal de mis propias lágrimas.

—Yo, María, te quiero a ti, Salvatore, como esposa; y me entrego a ti y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

Nuestros labios se unieron, sellando la boda más bonita que jamás hubiese podido imaginar.

Gabriel vino hacia nosotros, entregándonos los anillos, nos quitamos los antiguos, poniéndonos los nuevos.

Los invitados comenzaron a aplaudir, Petra era la que más gritaba que, por si fuese poco, empezó a disparar al aire. Todos la imitaron, sacando sus pistolas, disparando al cielo.

—¡LARGA VIDA AL PADRE Y A LA MADRE DE LA MAFIA! —Coreaban, mientras el cura se ponía a cubierto, casi a punto de sufrir un infarto.

Salvatore me agarró de la cintura, conduciéndome hasta la orilla del mar. Nuestras manos se entrelazaron, sosteniendo en el interior las alianzas antiguas.

—¿Lista?

—Sí.

—A la de tres.

Movimos nuestras manos una vez, dos veces y ...

Los anillos salieron volando, hundiéndose en el mar, siendo tragados por

las olas.

Y así fue como lo que empezó con un matrimonio comprado, una traición y dos personas que se odiaban mutuamente, terminó convirtiéndose en una de las historias de amor más bonitas del universo.

Porque estaba segura, muy segura, de que pocas personas se amaban como Carusso y yo.

Sus brazos me rodearon desde atrás, mientras una mujer cantaba *Shallow* de Lady Gaga y Bradley Cooper.

Definitivamente, esta canción era nuestra ación.

—¿Aceptas bailar conmigo? —susurró en mi oído, haciendo que me girase.

—Acepto cualquier cosa, mientras sea a tu lado.

Nuestros dedos volvieron a unirse, su cálida mano se apoyó en mi cintura y mi mejilla se dejó caer en su pecho.

Comenzamos a movernos despacio, con los pies descalzos en la arena.

Marcos invitó a Ángela, ella aceptó. Marcela bailaba con Gabriel y Carla ya estaba en los brazos de Petra.

Mateo y Álvaro se zarandeaban uno apoyado en el hombro del otro, se veían bastante graciosos.

Todos los hombres de Salvatore se movían sobre la longitud de la playa, de izquierda a derecha, con sus mecheros alumbrando el atardecer.

—Lo hemos conseguido, Carusso. —Alcé la vista, para volver a verle, no podía creer que al fin, el pasado quedase atrás para siempre, y estuviésemos comenzando una nueva etapa juntos—. Al final, hemos logrado ser felices.

—Yo lo fui desde el primer momento en que te vi, lo que pasa, es que tuve miedo, me dio miedo todo lo que me hiciste sentir.

Mis manos se apoyaron en sus mejillas, cubiertas por aquella sombra de barba oscura.

—Yo también lo fui desde que te vi, cualquier persona reconocería al amor de su vida a simple vista.

El sol comenzó a ponerse en el horizonte. Marcos lanzó un cohete, el cual explotó sobre el mar, luces rojas, verdes, doradas, violetas, todas ellas, cayeron lentamente hasta desaparecer con las olas.

—¿Dónde quieres que sea la luna de miel? —Sonrió divertido.

Mierda, no lo habíamos hablado, él siempre tenía tanto trabajo...

—Eres el Padre de la mafia, no puedes desaparecer.

—Veinticuatro horas, no sucederá nada por veinticuatro horas, hay cinco

líderes viviendo en nuestra casa, protegiendo a nuestra familia, nos lo merecemos. —Me guiñó un ojo—. Tengo un avión privado esperándonos, tú solo elige el destino.

Mis mejillas se sonrojaron a la vez que mis labios se curvaban.

—Francia, quiero subir a la torre Eiffel.

—No se hable más, nos vamos a Francia.

Otro cohete estalló en el cielo ya casi oscuro, iluminando nuestras miradas, la paz y la calma que se respiraba era mágica, como si nos hubiésemos teletransportado al interior de un libro de fantasía.

Salvatore no tenía dragones ni superpoderes, pero era mágico. Podía ser un ogro y a la vez un príncipe, podía cargárselo todo y a su vez construir un mundo nuevo. Podía matar a sangre fría con la misma facilidad que salvaba vidas. Era alguien peculiar, distinto, brillante, único.

Y era mi marido.

—Carusso, gracias.

—¿Por qué?

—Por abrirte conmigo, por dejarme conocer más de ti, por haber sacado de mi vida todo lo que me hacía daño, por haber destruido cada una de mis pesadillas, por haberme llenado de sueños, de ilusiones. —Coloqué sus dedos sobre mi vientre—. Y de amor.

No dijimos mucho más, en momentos como aquellos, sobraban las palabras.

Aun así, había algo que quería decir a todas las mujeres de este mundo.

Por favor, no os quedéis con el primer sapo que llegue a vuestra vida, siempre habrá un villano dispuesto a cualquier cosa por vosotras, no os conforméis con menos.

Os lo merecéis.

Nota de la autora

Si te ha gustado esta historia, no olvides seguirme en redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades de todos mis libros y por favor, ¡ayúdame con una reseña en Amazon! Es de gran apoyo para mí.

Instagram: @albabooks1322
TikTok: @albabooks1322
Wattpad: @albiisgc